

Todas las cosas brillantes y hermosas

se

**James
Herriot**

grijalbo



Lectulandia

Todas las cosas brillantes y hermosas, estrofa de una poesía del poeta decimonónico inglés Cecil F. Alexander que exalta las maravillas de la Creación, es la tercera entrega de las aventuras del veterinario James Herriot en los valles del Yorkshire occidental; de nuevo, por sus páginas desfilan las pequeñas tragedias cotidianas de la enfermedad, tragedias que, cuando se desarrollan en seres tan desamparados como los animales —hasta 1948 no era precisa ninguna titulación para ser «médico de animales»—, exigen sinceros sentimientos de compasión. Pero esta obra también es una descripción de la vida rural, con sus característicos personajes, su psicología, problemas y esperanzas. Y es que quizá para el autor todos ellos constituyen distintos planos de su propia experiencia vital, dignos de ser percibidos con cariño y respeto. Por su ternura, su atinada descripción de personas y cosas y su sentido del humor, esta obra es ese tipo de lectura que, además de no poder abandonarse, deja una grata sensación de armonía.

James Herriot

Todas las cosas brillantes y hermosas

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2020

Título original: *All Things Bright and Beautiful*
James Herriot, 1974
Traducción: Amparo García Burgos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Con amor a MI ESPOSA
y a MI MADRE
en la querida ciudad de Glasgow

*Todas las cosas brillantes y hermosas
todas las criaturas grandes y pequeñas
todas las cosas sabias y maravillosas,
todas las hizo el Señor Nuestro Dios*

Cecil Frances Alexander, 1818-1895

1

Cuando me deslicé en mi lecho y pasé el brazo en torno a Helen se me ocurrió, y no por primera vez, que hay pocos placeres en este mundo que puedan compararse con el hecho de apretarse contra una mujer encantadora cuando uno está medio helado.

No había mantas eléctricas en los años treinta, lo cual era una lástima porque, si alguien las necesitaba de verdad, ese era el veterinario rural. Es sorprendente lo helado hasta los huesos que puede uno sentirse cuando lo sacan de la cama de madrugada y le obligan a desnudarse en los establos de una granja en el momento en que su metabolismo está en el punto más bajo. Y con frecuencia, lo peor era volver a la cama; yo solía yacer en ella exhausto más de una hora, anhelando el sueño y sin conseguir dormirme hasta que hubieran reaccionado mis miembros helados.

Pero, desde mi matrimonio, todas esas cosas desagradables pertenecían al pasado. Helen se agitó en sueños —ya se había acostumbrado a que su marido la dejara durante la noche y volviera como un viento procedente del Polo Norte— e instintivamente se acercó a mí. Con un suspiro de gratitud, me dejé envolver por aquel bendito calor y casi en el acto empezaron a desvanecerse de mi mente los sucesos de las dos últimas horas.

Todo había empezado con el timbre agresivo del teléfono de la mesilla de noche, a la una de la madrugada. Y era la madrugada del domingo. Pero resulta bastante natural que los granjeros, después de la juerga de la noche del sábado, echen una mirada al ganado y se decidan a llamar al veterinario.

Esta vez era Harold Ingledew. Lo que me chocó inmediatamente fue que hubiera tenido tiempo de llegar a su granja después de tomarse diez jarras de cerveza de medio litro en Las Cuatro Herraduras, donde no eran demasiado meticulosos con respecto a la hora de cierre.

Y había un farfulto significativo en el graznido de su voz.

—Tengo una oveja enferma. ¿Quiere venir?

—¿Está muy grave?

En aquel estado semiconsciente, siempre me aferraba a la esperanza, por débil que fuera, de que una noche alguien me dijera que podía esperar a la mañana siguiente. Pero nunca había sucedido, ni tampoco sucedería ahora. El señor Ingledew no iba a admitir un no por respuesta.

—Sí, está muy mal. Habrá que hacer algo por ella y pronto.

Ni un minuto que perder, pensé con amargura. Pero, probablemente, habría estado muy mal toda la noche mientras Harold se entregaba a la francachela.

Sin embargo, siempre hay excepciones. Una oveja enferma no suponía una amenaza demasiado grande. Era peor cuando uno tenía que salir de la cama enfrentándose a la perspectiva de una labor difícil en este estado de debilidad. En las circunstancias actuales, contaba con poder aplicar mi técnica de semivigilia, lo que significaba, sencillamente, ser capaz de salir, llegar hasta allí, resolver la emergencia y volver a las sabanas sin dejar de disfrutar todavía, en parte, muchos de los beneficios del sueño.

En la práctica rural, había tantas llamadas nocturnas que me había visto obligado a perfeccionar este sistema; lo mismo, supongo, que la mayoría de mis compañeros veterinarios. Había realizado incluso trabajos difíciles en un estado de puro sonambulismo.

Así que, con los ojos cerrados, crucé la habitación de puntillas y me puse las ropas de trabajo. Bajé las escaleras apenas sin darme cuenta, pero, cuando abrí la puerta lateral, el sistema empezó a desmoronarse porque, incluso al abrigo de los altos muros que rodeaban el jardín, el viento me atacó con fuerza salvaje. Era difícil mantenerse dormido. Ya en el patio, y cuando sacaba el coche del garaje, las ramas elevadas de los olmos gemían en la oscuridad al doblarse ante el vendaval.

Mientras dejaba atrás la ciudad, conseguí volver de nuevo al estado de trance, aunque mi mente seguía meditando perezosamente en el fenómeno que era Harold Ingledew. Aquella forma absurda de beber no estaba de acuerdo con su carácter. Aquel hombrecillo de unos setenta años recordaba más bien a un ratón asustado y, cuando entraba en la clínica algún día de mercado, era difícil extraerle unas pocas palabras aunque fuese en murmullos. Vestido con su mejor traje, sobresaliente el cuello huesudo de una camisa siempre demasiado grande para él, era la estampa del ciudadano plácido y sensato. Los ojos azules acuosos y las mejillas flacas corroboran esa impresión, y solo el color rojo brillante de la punta de la nariz hablaba de otras posibilidades.

Los granjeros que convivían con él en el pueblo de Therby eran todos ellos individuos serios que no se permitían más que un vaso de cerveza de vez en cuando, y su vecino más próximo se había expresado con cierta aspereza al hablar conmigo hacía unas semanas.

—No es más que una maldita molestia, ese Harold.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, cada sábado por la noche, y cada noche en día de mercado, se pone a cantar y a escandalizar hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Harold Ingledew? ¡Seguramente se equivoca! Es un tipo muy tranquilo.

—Sí, ya lo creo, durante el resto de la semana.

—¡Pues no puedo imaginármelo cantando!

—Entonces debería tenerlo como vecino, señor Herriot. Arma un escándalo espantoso. Nadie puede dormir hasta que se le pasa la borrachera.

Desde entonces había oído de diversas fuentes que eso era perfectamente cierto y que la señora Ingledew lo toleraba porque, fuera de esos momentos, su marido le era totalmente sumiso.

El camino a Therby bajaba en unas curvas en zigzag bastante pronunciadas antes de llegar al pueblo, y, al mirar hacia abajo, pude ver la larga fila de casas silenciosas que se curvaban hacia la base del monte que de día se alzaba majestuoso y pacífico sobre los tejados apiñados, pero que ahora era un bulto negro y amenazador bajo la luna.

En cuanto bajé del coche y corrí hacia la parte trasera de la casa, el viento me atacó de nuevo y me despabiló tan por completo como si alguien me hubiera lanzado un cubo de agua al rostro. Pero por un momento se me olvidó el frío ante el susto que recibí al escuchar aquel sonido. Una canción... un canto bajo y ronco que despertaba ecos en las viejas piedras del patio.

Salía de la ventana iluminada de la cocina.

—¡UNA SOLA CANCIÓN EN EL CREPÚSCULO, CUANDO LA LUZ SE DESVANECE!

Miré al interior y vi al pequeño Harold sentado, con los pies cubiertos tan solo por los calcetines y tendidos hacia las brasas mortecinas del hogar, y en la mano una botella de cerveza negra.

—¡Y LAS SOMBRAS TEMBLOROSAS VAN Y VIENEN SUAVEMENTE!

Cantaba con toda su alma, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de par en par.

Di unos golpes muy fuertes en la puerta de cocina.

—¡AUNQUE EL CORAZÓN ESTÁ CANSADO Y EL DÍA ES TRISTE Y LARGO! —contestó la voz de tenor de Harold, apenas golpeé de nuevo en la madera, con impaciencia.

Cesó el ruido y aguardé un tiempo increíblemente largo hasta que oí que la llave giraba y se corría el cerrojo. El hombrecillo sacó la nariz y me miró inquisitivamente.

—He venido a ver a su oveja —dije.

—Ah, sí —asintió secamente, sin su cortesía habitual—. Me pondré las botas.

Me cerró la puerta en las narices y le oí pasar el cerrojo.

Por desconcertado que me sintiera, comprendí que no pretendía ser deliberadamente grosero. Aquel modo de cerrar la puerta era solo una prueba de que todo lo hacía mecánicamente. Sin embargo, seguía en pie el hecho de que me había dejado allí y en una situación muy poco caritativa. Cualquier veterinario puede decir que, en el patio de una granja, hay ciertos puntos que son más fríos que la cumbre de cualquier colina, y yo estaba ahora en uno de ellos. Justo al lado de la puerta de la cocina había un arco de piedra que daba a los campos abiertos, y por aquella abertura negra soplaba un viento siberiano que me atravesaba las ropas sin el menor esfuerzo.

Había empezado a saltar de un pie al otro cuando la canción empezó de nuevo:

—¡HAY UN VIEJO MOLINO JUNTO AL ARROYO, NELLIE DEAN!

Horrorizado, corrí hacia la ventana. Harold se había sentado de nuevo en la silla y estaba poniéndose una bota con la mayor tranquilidad del mundo. Mientras aullaba, trataba de hallar los agujeros de los cordones y, de vez en cuando, se echaba un trago de la botella.

Di unos golpecitos en la ventana.

—Por favor, dese prisa, señor Ingledew.

—¡DONDE SOLÍAMOS SENTARNOS Y SOÑAR, NELLIE DEAN! —chilló Harold, como respuesta.

A mí ya me castañeaban los dientes antes de que él consiguiera meterse las botas, pero al fin reapareció en la puerta.

—Vamos de una vez —dije entrecortadamente—. ¿Dónde está la oveja? ¿La tiene en una de estas casillas?

El viejo alzó las cejas.

—¡Ah, no, no está ahí!

—¿Que no está ahí?

—No. Está en uno de los edificios más altos.

—¿Allá, sobre el camino, quiere decir?

—Sí, me detuve allí cuando volvía a casa y le eché una mirada.

Me froté las manos y pateé para librarme del frío.

—Bien, tendremos que subir en coche. Pero allá arriba no hay agua, ¿verdad? Será mejor que traiga un cubo de agua caliente, jabón y toalla.

—Muy bien —asintió solemnemente y, antes de que yo advirtiera lo que iba a suceder, me dio de nuevo con la puerta en las narices, pasó el cerrojo y me quedé solo en la oscuridad.

Inmediatamente corrí al galope hasta la ventana y no me sorprendió ver a Harold sentado cómodamente de nuevo. Había levantado la tetera que tenía sobre las brasas y por unos instantes pensé horrorizado que iba a empezar a calentar el agua en las cenizas del hogar. Pero vi con alivio que tomaba un cazo y se dirigía hacia un puchero enorme, colocado sobre la cocina primitiva y parrilla negra.

—¡Y LAS AGUAS AL CORRER PARECEN MURMURAR EN VOZ DULCE Y BAJA! —aulló feliz, mientras llenaba un cubo sin apresurarse.

Creo que ya se había olvidado de que yo estaba allí cuando salió al fin, porque me miró como si no me viera mientras seguía cantando.

—¡TÚ ERES LA AMADA DE MI CORAZÓN Y TE AMO, NELLIE DEAN! —me informó a grito pelado.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñí—. Vamos. —Le hice entrar a toda prisa en el coche y partimos por donde yo había venido.

Harold sostenía el cubo en ángulo sobre el regazo y, cuando tomábamos una curva, el agua me caía suavemente en las rodillas. El interior del coche estaba tan cargado de efluvios de cerveza que yo mismo empecé a sentirme un poco mareado.

—¡Aquí! —gritó el viejo de pronto, en el instante en que aparecía la puerta de una valla a la luz de los faros.

Aparqué sobre el borde de hierba y quedé en pie por unos instantes y sobre una pierna, hasta haberme librado del medio litro de agua que llevaba en los pantalones. Cruzamos la puerta y me lancé a toda prisa hacia el oscuro bulto del establo en la ladera de la cocina, pero observé que Harold no me seguía. Caminaba, sin propósito al parecer, por el campo.

—¿Qué hace, señor Ingledew?

—Busco a la oveja.

—¿Quiere decir que está fuera? —pregunté, tratando de reprimir el impulso que me instigaba a chillar.

—Sí. Parió esta tarde y pensé que estaría bien por ahí.

Sacó una linterna, una linterna típica de granjero —pequeña y con una batería agonizante—, y proyectó un resplandor muy débil en la oscuridad. Aquello no suponía la menor diferencia.

Mientras caminaba vacilante por el campo, me saltó una sensación de impotencia. En el cielo, las nubes se abrían de vez en cuando ante el rostro de la luna, pero allí donde yo estaba no se veía nada. ¡Y hacía tanto frío! Las heladas recientes habían endurecido espantosamente el terreno y las hojas de hierba punzantes se inclinaban bajo el viento implacable. Acababa de decidir que sería imposible encontrar al animal en aquella extensión de tierra negra e inmensa, cuando Harold gritó:

—¡Ahí está!

Y, desde luego, cuando inicié el rumbo hacia el sonido de su voz le vi de pie junto a una oveja de aire tristón. No sé qué instinto le había llevado a encontrarla, pero allí la teníamos. Y era indudable que se encontraba mal; la cabeza le colgaba melancólicamente y, cuando le puse la mano encima y acaricié el suave vellón, solo dio unos pasos vacilantes en vez de salir galopando como haría una oveja sana. Junto a ella, un corderito diminuto se pegaba a su flanco.

Le alcé la cola y le tomé la temperatura. Era normal. No había señales de las dolencias habituales tras el parto, ni síntomas de deficiencia, ni derrame, ni una respiración acelerada. Pero algo había que iba mal.

Miré de nuevo al corderito. Había sido un nacimiento extraordinariamente prematuro en esta región tan elevada; parecía injusto traer a la pobre criatura al mundo tan poco hospitalario del Yorkshire en marzo. Y era tan pequeño..., sí..., sí..., la idea empezaba a filtrarse en mi cerebro. Era demasiado pequeño para ser uno solo.

—¡Tráigame ese cubo, señor Ingledew! —grité.

Apenas podía esperar para comprobar si tenía razón.

Pero cuando coloqué el pozal sobre la hierba, todo el horror de la situación se me reveló. Iba a tener que desnudarme allí mismo.

A los veterinarios no suelen darles la medalla al valor, pero, cuando me quité el abrigo y la chaqueta y me quedé temblando en mangas de camisa en aquella colina oscura, estaba convencido de que me merecía una.

—Sosténgale la cabeza —dije entrecortadamente, mientras me enjabonaba el brazo a toda prisa.

A la luz de la linterna introduje la mano en la vagina y no tuve que ir muy lejos antes de encontrar lo que esperaba: un pequeño cráneo lanudo. Estaba muy doblado hacia abajo, con el morro bajo la pelvis y las patitas hacia atrás.

—Hay otro cordero ahí —dije— y en mala posición; de lo contrario, habría nacido con su compañero esta tarde.

A la vez que hablaba, ya mis dedos habían enderezado la presentación y con toda suavidad saqué a la criaturita y la deposité sobre la hierba. No había esperado que aún estuviera vivo, tras haber retrasado tanto su salida al mundo, pero en cuanto tomó contacto con el terreno helado sus miembros se agitaron convulsivamente y, casi al instante, sentí que las costillas se alzaban y bajaban entre mis manos.

Por un momento olvidé el viento como un cuchillo debido a la emoción que siempre me producía una nueva vida; una emoción siempre nueva, siempre cálida. También la madre pareció estimulada, porque, en la oscuridad, la sentí tantear con el hocico, muy interesada, al recién llegado.

Pero mis agradables pensamientos se vieron cortados por un gruñido a mis espaldas y unas palabras ahogadas.

—¡Maldita sea! —murmuró Harold.

—¿Qué ocurre?

—He volcado el cubo.

—¡Oh, no! ¿Se ha perdido toda el agua?

—Seguro. No queda ni una gota.

Bien, esto era magnífico. Tenía todo el brazo sucio de mucosidad por haberlo introducido en el interior de la oveja. Imposible ponerme la chaqueta sin lavarme antes.

La voz de Harold sonó de nuevo en la oscuridad:

—Hay agua en ese establo.

—Está bien. De todos modos, hemos de meter allí a la oveja y los corderitos.

Me eché las ropas al hombro, me metí un animalito bajo cada brazo y empecé a cruzar los montecillos de hierba hasta el lugar donde yo pensaba que estaba el establo. La oveja, indudablemente muy mejorada sin su incómoda carga, trotaba detrás de mí.

De nuevo fue Harold el que tuvo que dirigirme.

—¡Por aquí!

Al llegar al establo me refugié agradecido tras sus muros de piedra. No era una noche para pasear en mangas de camisa. Temblando de modo incontrolable, miré al viejo. Apenas le divisaba a la luz agonizante de la linterna, y no estaba completamente seguro de lo que hacía. Había alzado una piedra del suelo y machacaba algo con ella; de pronto comprendí que se inclinaba sobre la pila del agua y estaba rompiendo el hielo.

Cuando hubo terminado metió allí el cubo y luego me lo entregó.

—Aquí tiene el agua —dijo en tono triunfal.

Antes creí haber llegado al límite en el frío, pero cuando metí las manos en aquel líquido oscuro con sus icebergs flotantes, cambié de opinión. La linterna había expirado al fin e inmediatamente se me escapó el jabón. Cuando descubrí que estaba intentando sacar espuma de uno de los pedazos de hielo abandoné el empeño y me sequé los brazos.

En algún punto cercano oía a Harold tarareando entre dientes, tan feliz como si estuviera junto a la chimenea. Sin duda, la cantidad desmesurada de alcohol que le corría por las venas le hacía insensible al frío.

Metimos a la oveja y sus crías en el establo, lleno de heno hasta el techo, y antes de marcharme encendí una cerilla y contemplé a la nueva familia cómodamente instalada sobre el trébol fragante. Estarían seguros y abrigados hasta la mañana siguiente.

El viaje de regreso fue menos accidentado porque el cubo sobre las rodillas de Harold estaba vacío. Le dejé ante su casa, luego tuve que seguir un trecho para girar y, cuando pasé ante la casa de nuevo, el estruendo se me metió en el coche.

—¡SI TÚ FUERAS LA ÚNICA CHICA DEL MUNDO, Y YO EL ÚNICO CHICO!

Me detuve, bajé la ventanilla y escuché maravillado. Era increíble cómo resonaba aquel escándalo en la calle serena y, si era cierto que así seguía hasta las cuatro de la mañana, como decían los vecinos, estos podían contar con toda mi simpatía.

—¡NADA MÁS IMPORTARÍA HOY EN EL MUNDO!

Comprendí de repente que pronto me sentiría más que harto de las canciones de Harold. Su volumen era impresionante, pero, aparte de esto, nunca le llamarían desde Covent Garden; desentonaba constantemente y en las notas altas la voz chirriaba de tal modo que daba dentera.

—¡NOS SEGUIRÍAMOS AMANDO SIEMPRE DEL MISMO MODO!

Subí apresuradamente la ventanilla y salí a toda marcha.

Mientras el coche avanzaba entre la red interminable de vallas de piedra que dividían los campos, me encogí en una inmovilidad helada tras el volante. Ahora había alcanzado un estado de entumecimiento total y apenas recuerdo nada de mi regreso al patio de Skeldale House, ni de las acciones automáticas de guardar el coche, cerrar de golpe las puertas chirriantes de lo que en tiempos fuera la vieja cochera, y recorrer lentamente el jardín alargado.

Pero la comprensión de mi felicidad surgió de nuevo en mí cuando me deslicé en la cama y Helen, en vez de apartarse de mí como hubiera sido natural, aproximó deliberadamente pies y piernas a aquel bloque de hielo que era su marido. Una bendición increíble. Valía la pena tener que salir solo por volver a esto.

Eché una mirada a la esfera luminosa del despertador. Eran las tres en punto y, a medida que el calor me iba inundando y el sueño se apoderaba de mí, mi memoria volvió a la oveja y sus crías, en el establo cargado de aromas. Estarían dormidos ahora; y yo estaría dormido muy pronto. Todo el mundo estaría dormido.

Excepto, naturalmente, los vecinos de Harold Ingledew. A ellos todavía les quedaba una hora más de juerga.

2

Me bastaba con incorporarme en la cama para contemplar todo Darrowby y las colinas más allá.

Me levanté y me dirigí a la ventana. Iba a ser una mañana estupenda y el sol brillaba ya sobre los tonos rojos y grises de los tejados apiñados, algunos de ellos un tanto hundidos bajo el peso de las tejas muy viejas, y avivaba el color de los recuadros de césped en los que se alzaban los árboles de los jardines entre el conjunto de las chimeneas. Y, detrás de todo ello, la mole serena de los montes.

Era una gran suerte para mí poder contemplar todo esto apenas me levantaba cada mañana; después de ver a Helen, naturalmente, lo que aún era mejor.

Al término de nuestra luna de miel tan poco ortodoxa —con aquellos tests de tuberculina— habíamos fijado nuestra primera residencia en el tercer piso de Skedale House. Siegfried, mi jefe hasta la boda y ahora mi socio, nos había ofrecido gratis aquellas habitaciones vacías en el tercer piso, cosa que aceptamos agradecidos y, aunque era un arreglo temporal había en aquel nido elevado un encanto y una alegría que muchos habrían envidiado.

Y digo que era temporal porque en aquellos momentos todo lo era, ya que no teníamos idea del tiempo que seguiríamos allí.

Siegfried y yo nos habíamos presentado voluntarios para la R. A. F. y estábamos a la espera de que nos llamaran, pero esta va a ser mi única alusión a la guerra. Este libro no va a tratar de hechos que, en cualquier caso, estaban tan alejados de Darrowby; esta es la historia de los meses que pasé con Helen desde nuestra boda hasta el día que me movilizaron, y hablaré en él de las cosas corrientes que siempre han informado nuestra vida: mi trabajo, los animales, los valles.

La habitación delantera era nuestro salón-dormitorio y, aunque no estaba lujosamente amueblada, contenía una cama excelente, una alfombra, una hermosa mesa que había pertenecido a la madre de Helen y dos sillones. Había también un armario ropero antiguo, pero la cerradura no funcionaba y

el único modo de mantener la puerta cerrada consistía en calzarlos con uno de mis calcetines viejos. La puntera quedaba siempre colgando por la parte de fuera, pero al parecer eso no le importaba a nadie.

Salí del cuarto y, cruzando un descansillo pequeñísimo, entré en nuestra cocina-comedor, en la parte de atrás. Aquel apartamento era definitivamente espartano. Crucé el suelo desnudo hasta un banco que habíamos colocado contra el muro, junto a la ventana. Allí estaba instalada la cocinita de gas y los cacharros y vajilla. Cogí un jarro grande e inicié el descenso hasta la cocina de la planta baja, porque la pega principal era que no teníamos agua en la parte alta de la casa. Dos tramos de escalera hasta las tres habitaciones del primer piso, luego dos tramos más y un galope final por el pasillo hasta la gran cocina de suelo de piedra, al extremo del mismo.

Llené el jarro y subí los escalones de dos en dos. No me gustaría tener que hacerlo ahora cada vez que necesitara agua, pero en aquellos tiempos no lo juzgaba un grave inconveniente ni mucho menos.

Inmediatamente, Helen puso el agua a hervir y al poco rato tomábamos la primera taza de té junto a la ventana, contemplando el jardín alargado. Desde allí se disfrutaba de una vista aérea del césped descuidado, los árboles frutales, la vistaria que trepaba por la pared de ladrillo hasta nuestra ventana y las altas tapias que, con sus viejos remates de piedra, se prolongaban hasta el patio empedrado de guijarros bajo los olmos. Cada día recorría ese camino hasta el garaje situado en el patio, pero desde arriba parecía muy distinto.

—Espera un minuto, Helen —dije—. Déjame que me siente en esa silla.

Había puesto el desayuno en el banco, donde comíamos, y aquí surgía siempre el primer problema del día; porque era un banco muy alto y si el taburete que habíamos adquirido recientemente se adaptaba bien a él, no se podía decir lo mismo respecto a la silla.

—No, estoy bien, Jim, de verdad.

Sonreía para tranquilizarme desde su posición absurda, con los ojos a nivel del plato.

—No puedes estarlo —contesté— con la barbilla casi metida en los copos de maíz. Por favor, deja que me siente ahí.

Ella me indicó el taburete.

—Ea, no discutas más. Siéntate y desayuna.

Comprendí que eso era precisamente lo que no podía hacer. Intenté una maniobra distinta.

—Helen —dije con firmeza—. Levántate de esa silla.

—¡No! —contestó sin mirarme, apretando los labios en un gesto muy suyo y que yo siempre consideraba encantador, pero que significaba también que hablaba muy en serio.

Me sentí vencido. Jugué con la idea de obligarla a levantarse de la silla, pero era una muchacha muy robusta. Ya habíamos tenido algún encuentro violento cuando un desacuerdo sin importancia se convertía en un asalto de boxeo y, aunque yo disfrutara mucho con ello e incluso ganara al final, la fuerza física de mi esposa me había dejado auténticamente sorprendido. A esta hora de la mañana no estaba yo con ánimo para pelear. Me senté en el taburete.

Después del desayuno Helen puso a calentar agua para lavar los platos, siguiente etapa de nuestra rutina. Mientras tanto, yo bajé a recoger mi equipo, incluido el material de sutura para una yegua que se había cortado en una pata, y salí por la puerta lateral del jardín. Justo enfrente del pedregal me volví para mirar hacia nuestra ventana. Estaba abierta por la parte interior y de ella surgió un brazo que agitaba un paño de cocina. Saludé yo también, y el paño se movió alegremente en respuesta. Era el principio de cada día.

Y, cuando salía ya en coche del patio, me pareció un buen principio. En realidad, todo era amable: el graznido ronco de las cornejas en las copas de los olmos mientras yo cerraba las puertas dobles, la limpia fragancia del aire que me saludaba cada mañana, el desafío e interés que suponía mi trabajo.

La yegua herida estaba en la granja de Robert Corner, y no llevaba allí mucho tiempo cuando divisé a *Jock*, su perro ovejero. Empecé a observarle porque, aparte del trabajo diario de un veterinario que supone el tratamiento de sus pacientes, existe el caleidoscopio fascinante de la personalidad animal, y *Jock* era un caso muy interesante.

La mayoría de los perros de granja acogen con gusto un pequeño alivio en sus tareas. Les gusta jugar, y uno de sus pasatiempos favoritos consiste en perseguir a los coches que llegan hasta allí. Con frecuencia abandonaba yo tales lugares llevando junto al coche a un ser peludo que, al cabo de un centenar de metros, solía despedirme con un ladrido desafiante, como para obligarme a correr. Pero *Jock* era distinto.

En realidad, era un perro muy cumplidor. Perseguir a los coches era para él un asunto muy serio y lo practicaba a diario sin concederse el menor descanso. La granja de Corner estaba al final de un largo sendero, que bajaba a lo largo de más de un kilómetro de curvas cerradas entre los muros de piedra hasta llegar al asfalto de la carretera, y *Jock* no juzgaba haber cumplido

bien su tarea si no escoltaba al vehículo elegido hasta el mismo pie de la colina, de modo que su *hobby* resultaba abrumador.

Le observé ahora al terminar de coser la pata de la yegua y disponerme a colocarle la venda. Iba de un lado a otro entre los edificios, una criaturita pequeña y huesuda que, sin su masa de pelo negro y blanco, hubiera sido casi invisible, y simulaba a la perfección no hacerme el menor caso, como si en realidad mi presencia no le interesara en absoluto. Pero las miradas furtivas en dirección al establo, aquel cruzarse y volver a cruzarse en mi línea de visión, le traicionaban. Estaba esperando el gran momento.

Cuando me puse los zapatos y metí las botas de goma de trabajo en el maletero, le vi de nuevo. O más bien una parte de él, solo el hocico y un ojo que asomaban tras una puerta rota. En cuanto hube puesto en marcha el motor y empecé a avanzar, salió descaradamente de su escondite, muy agachado, arrastrando la cola por el suelo y los ojos clavados intensamente en las ruedas delanteras del coche, y cuando el automóvil ganó velocidad e inició la marcha sendero abajo, se lanzó en su persecución al galope.

Yo tenía mucha experiencia en este menester y siempre temía que se atravesara ante el coche, así que apreté el acelerador y corrí colina abajo. En tales momentos, *Jock* demostraba sus auténticas posibilidades. Llegué a preguntarme en ocasiones si no podía vencer a un galgo de carreras, porque no cabe duda de que podía correr. Aquel cuerpecito flaco encerraba una maquinaria física perfecta, y sus delgadas patas volaban devorando el terreno pedregoso y manteniéndose al ritmo del coche con alegre facilidad.

Había una curva muy cerrada a media pendiente y, al llegar a ella, *Jock* saltaba invariablemente el muro bajo de piedra y corría sobre la hierba, como una mancha oscura contra el verde, y, tras cortar diestramente aquel ángulo, reaparecía como un proyectil sobre las piedras grises, mucho más abajo. Eso le daba una gran ventaja para el último trecho y, cuando finalmente me despedía al llegar a la carretera, mi última visión era la del rostro feliz y resoplante que quedaba a mis espaldas. Indudablemente, consideraba que había cumplido su tarea a la perfección y entonces regresaba contento a la granja para esperar la sesión siguiente, tal vez detrás de la camioneta del panadero o del cartero.

Tenía otra característica aquel *Jock*. Actuaba de modo insuperable en las competiciones de perros ovejeros y el señor Corner había ganado muchos trofeos con él. En realidad, podía haber vendido al pequeño animal por mucho dinero, pero nadie le hubiera inducido a separarse de él. Muy al contrario, compró una perra, una hembra flacucha y muy parecida a *Jock*, también

ganadora de competencias por derecho propio, y con esta combinación Corner confiaba en criar algunos triunfadores natos para venderlos después. En mis visitas a la granja, la perra se unía a la persecución del coche, pero lo hacía más bien para complacer a su nuevo compañero y siempre cedía la primera dejando el mando a *Jock*. Era obvio que no ponía el corazón en ello.

Cuando llegaron los cachorros, siete bolitas negras que saltaban por el patio metiéndose entre las piernas y estorbando a todos, *Jock* los observaba con indulgencia si trataban de seguirle en la persecución de mi vehículo, y casi se le veía reír cuando los pequeños caían y se quedaban muy atrás.

Ocurrió que no tuve que ir por allí en unos diez meses, pero de vez en cuando encontraba a Robert Corner en el mercado y este me decía que estaba entrenando a los cachorros y que se portaban bien. No es que necesitaran mucho adiestramiento —lo llevaban en la sangre— y, según decía, habían intentado rodear el ganado y las ovejas casi en cuanto pudieron caminar. Cuando volví a verles eran otros siete *Jock*, criaturas flacas y veloces que se deslizaban sin el menor ruido en torno a los edificios, y no me costó mucho descubrir que habían aprendido de su padre algo más que guardar a las ovejas. Había algo evocador en su estilo de empezar a agazaparse con disimulo en cuanto me disponía a meterme en el coche, mirando furtivamente desde los montones de paja, colocándose subrepticamente y con indiferencia simulada en una posición ventajosa para la carrera. Cuando me instalé ante el volante comprendí que todos ellos estaban tensos y en disposición de tomar la salida.

Puse en marcha el motor, solté el embrague de golpe y crucé el patio como una bala; en un segundo, todo se llenó de una confusión de formas peludas. Enfilé el sendero y apreté el acelerador. A cada lado, los pequeños animales corrían hombro con hombro y en sus rostros se leía la expresión fanática e intensa que yo conocía tan bien cuando *Jock* saltó sobre el muro los siete cachorros saltaron con él, pero, cuando reaparecieron y entraron en la recta, observé algo distinto. En otras ocasiones, *Jock* siempre había tenido la vista clavada en el coche, pues consideraba a este su oponente, pero ahora, en aquellos últimos doscientos metros y a la cabeza de la falange peluda, miraba a los cachorros que llevaba a ambos lados como si estos fueran la oposición principal.

Y era indudable que estaba en apuros. Aunque en una buena forma excepcional, aquellos manojos de huesos y nervios engendrados por él tenían la misma velocidad más el beneficio adicional de la juventud, y *Jock* necesitaba todas sus fuerzas para mantenerse al paso. En realidad, hubo un momento terrible en el que cayó y se vio atropellado por las criaturas

saltarinas que le rodeaban; pareció que todo estaba perdido, pero *Jock* tenía un alma de acero. Con los ojos salientes y las aletas de la nariz dilatadas, luchó por mantener su posición en la jauría hasta el punto de que, cuando llegamos a la carretera, corría de nuevo en cabeza.

Pero sus fuerzas se habían agotado. Reduje la velocidad antes de alejarme y contemplé al pequeño animal de pie, con la lengua colgante y los flancos temblorosos, sobre el borde de hierba. Sin duda le ocurría lo mismo con todos los vehículos y aquello había dejado de ser un juego divertido. Supongo que parecerá tonto afirmar que se pueden leer los pensamientos de un perro, pero todo en su postura traicionaba el temor creciente de que sus días de supremacía estaban contados. Veía próxima ya la ignominia increíble de quedar a la cola de aquel grupo de jóvenes campeones y, cuando me alejé, *Jock* me miraba con expresión elocuente:

—¿Cuánto tiempo podré aguantar aún?

* * *

En realidad, lo sentía mucho por el pobre can y en mi siguiente visita a la granja, unos dos meses más tarde, no me apetecía demasiado la idea de presenciar su degradación final, que yo juzgaba inevitable. Pero cuando llegué al patio hallé el lugar extrañamente vacío.

Con la horca, Robert Corner llenaba de heno el pesebre de las vacas, en el establo. Se volvió al oírme entrar.

—¿Dónde están los perros? —pregunté.

Dejó la horca.

—No queda ni uno. Vaya, hay mucha demanda de buenos perros ovejeros. He conseguido una ganancia magnífica.

—Pero ¿aún tiene a *Jock*?

—Ah, sí, no podría separarme de ese viejo. Allí está.

Y allí estaba, deslizándose de un lado a otro como siempre y simulando que no me observaba. Y cuando al fin llegó el momento feliz y me alejé en el coche, todo ocurrió como siempre: el flaco animal corrió junto al vehículo, pero relajado, disfrutando del juego, saltando sin esfuerzo sobre el muro bajo y venciendo al coche hasta el asfalto de la carretera, sin el menor esfuerzo.

Creo que me sentí tan aliviado como él cuando le dejé solo, con su supremacía invencible e indiscutida. Aún era el jefe.

3

Esta era mi tercera primavera en los Valles, pero similar a las dos anteriores... e igual a todas las que habían de seguirle. Es decir, la clase de primavera que conoce el veterinario rural: el estruendo de los corrales, los rumores bajos y prolongados de las ovejas y el balido agudo e insistente de los corderos. Para mí este ha sido siempre el heraldo que anuncia el término del invierno y el principio de algo nuevo. La llegada de los corderitos y el penetrante viento del Yorkshire; y el sol claro y brillante que inunda las laderas desnudas.

En la cumbre de una ladera cubierta de hierba, los corrales, contruidos con balas de paja, formaban una larga fila de cubículos cuadrados, cada uno con la oveja y sus crías. Fue entonces cuando vi a Rob Benson que llegaba por el extremo más alejado, cargado con dos cubos de comida. Rob trabajaba intensamente en esta época del año y ni siquiera se acostaba durante unas seis semanas. Quizá se quitara las botas y echara un sueñecito junto al fuego por la noche, pero era su propio pastor y jamás se alejaba mucho de la escena de acción.

—Hoy tengo un par de casos para usted, Jim. —Su rostro, curtido y enrojecido por los vientos, se abrió en una sonrisa—. En realidad, no es a usted al que necesito, sino a esa mano de damisela que tiene, y tan diestra además.

Me acompañó hacia un cubículo más grande, en el que tenía varias ovejas. Hubo una corrida general cuando entramos, pero él agarró con presteza por los vellones a una oveja que huía.

—Esta es la primera. Ya ve que no tenemos mucho tiempo.

Alcé la cola lanuda y me quedé sin aliento. La cabeza del cordero salía ya de la vagina, los labios de la vulva la apretaban tras las orejas, y se había hinchado desmesuradamente, hasta alcanzar dos veces su tamaño. Los ojos eran dos ranuras en aquella bola edematosa, y la lengua, azul e hinchada, le colgaba de la boca.

—He visto algunas cabezas grandes, Rob, pero creo que esta se lleva el premio.

—Es que el pequeño venia con las patas por detrás. Y me venció. Apenas le dejé una hora y ya se colocó ahí como un balón de fútbol. ¡Demonios, no lleva mucho tiempo! Sé que hay que darle la vuelta a las patas, pero ¿qué puedo hacer con unas manazas tan grandes como las mías?

Extendía unas manos enormes, duras e hinchadas por los años de trabajo.

Mientras hablaba, yo me estaba quitando la chaqueta y, en cuanto me subí las mangas de la camisa, el viento me cortó como un cuchillo la carne helada. Me enjaboné rápidamente los dedos y empecé a buscar un espacio en torno al cuello del cordero. Por un instante, sus ojitos se abrieron y me miraron con desconsuelo.

—De todas formas está vivo —dijo—, pero se debe sentir muy mal y no puede hacer nada para remediarlo.

Abriéndome camino por el otro lado hallé un espacio bajo la garganta por donde creí que podría pasar. Ahí era donde resultaba útil mi «mano de damisela» y yo la bendecía cada primavera. Podía trabajar en el interior de las ovejas con el mínimo de incomodidad para ellas, lo cual era muy importante, puesto que las ovejas, a pesar de su dureza exterior, no soportan un trato duro.

Con el mayor cuidado fui avanzando centímetro tras centímetro junto a la garganta peluda, hasta el brazuelo. Otro empujoncito y pude pasar un dedo en torno a la pata y adelantarla hasta sentir la flexión del codillo; un poco más y tomé el diminuto pie hendido y lo saqué suavemente a la luz del día.

Bien, ya estaba hecha la mitad del trabajo. Me levante del saco en el que estaba arrodillado y me acerqué al cubo de agua caliente. Utilizaría la mano izquierda para la otra pata, así que empecé a enjabonarla a fondo mientras una de las ovejas, reuniendo sus crías en torno, me miraba indignada y pateaba como avisándome. Regresé al saco, me arrodillé de nuevo y comencé el mismo procedimiento y, en el instante en que conseguía adelantar la otra pata, un corderito se me introdujo bajo el brazo y empezó a mamar en la ubre de mi paciente. Indudablemente disfrutaba con ello, si es que el rabito que se agitaba a pocos centímetros de mi rostro significaba algo.

—¿De dónde salió este pillo? —pregunté, sin dejar de tantear mi camino.

El granjero sonrió.

—Ese es *Herbert*. La madre del pobrecillo no quiere admitirlo por nada del mundo. Le tomó manía en cuanto nació, aunque quiere mucho al otro cordero.

—Entonces, ¿le da de comer usted?

—No; iba a meterlo con los que hay que criar en casa, sí, pero vi que él mismo sabía buscarse la comida. Va de una oveja a otra y mama un poco en cuanto tiene oportunidad. Jamás he visto cosa igual.

—Solo tiene una semana, pero es muy independiente, ¿verdad?

—Exacto, Jim. Veo que tiene el vientre lleno cada mañana, así que supongo que la madre le debe dejar mamar durante la noche. No puede verle en la oscuridad. Sin duda es su aspecto lo que no puede aguantar.

Observé a la criatura por un momento. A mí me parecía lleno del mismo encanto insuperable de todos los corderitos. Las ovejas tienen cosas muy raras.

Pronto tuve la otra pata fuera y, una vez desaparecida la obstrucción, el cordero siguió con facilidad. Era una visión grotesca echado allí en la hierba, con la cabeza tan enorme que empequeñecía el cuerpo, pero las costillas se alzaban y bajaban de modo tranquilizador y comprendí que la cabeza recobraría el tamaño normal con la misma rapidez con la que se había hinchado. Aún hice otro registro en el interior de la oveja, pero el útero estaba vacío.

—No hay más, Rob —dije.

—Sí, eso me figuraba; solo uno —gruñó este—. Estas son las que causan más problemas.

Mientras me secaba los brazos observé a *Herbert*. Había dejado a mi paciente cuando esta empezó a lamer al recién nacido y ahora circulaba especulativamente entre las demás. Algunas le avisaron para que se alejara, agitando furiosas la cabeza, pero al fin consiguió meterse bajo una muy grande, de cuerpo notablemente ancho. Esta giró inmediatamente en redondo y con un empujón terrible del testuz envió al pequeño animal por los aires entre un remolino de patitas temblorosas. Aterrizó de espaldas, pero, cuando yo corrí hacia él, se puso en pie de un salto y salió trotando.

—¡Maldita perra! —gritó el granjero. Al volverme hacia él, preocupado, se encogió de hombros—. Ya sé, pobrecito, que es duro, pero tengo la impresión de que él lo prefiere a estar en el establo con los que criamos. Mírelo ahora.

Herbert, sin darse por vencido, se aproximaba a otra madre y cuando esta se inclinó sobre la gamella, se metió por debajo y el rabito entró en acción de nuevo. No había duda alguna: el corderito tenía redaños.

—Rob —le dije, cuando echaba mano a mi segundo paciente—. ¿Por qué le llama *Herbert*?

—Bueno, es el nombre de mi hijo pequeño y este es igual que él, con ese modo de bajar la cabeza y meterse donde quiere, sin el menor miedo.

Introduje la mano en la segunda oveja. Aquí había una maraña estupenda de tres corderos: cabecitas, patas, una cola, todos ellos luchando por abrirse camino hacia el mundo exterior y todos impidiendo con la mayor efectividad que los demás avanzaran ni un centímetro.

—Toda la mañana ha ido de un lado a otro con dolores —dijo Rob—. Sabía que algo marchaba mal.

Moviendo cuidadosamente la mano en torno al útero, inicié la tarea fascinante de seleccionar entre aquel embrollo, mi trabajo favorito en la práctica. Había que agarrar a la vez una cabeza y dos patas para sacar a un cordero, pero tenían que pertenecer al mismo animal si no quería verme en apuros. Era cuestión de seguir la pista de cada pata para comprobar si era anterior o posterior, para descubrir si se unía al hombro o desaparecía hacia el fondo.

Tras unos minutos conseguía reunir a un corderito entero, con todas sus patas, pero, cuando ya tenía estas fuera, el cuello se contrajo y la cabeza se fue hacia atrás; apenas tenía sitio para salir entre los huesos de la pelvis junto a los hombros, y tuve que forzarla apoyando un dedo en la órbita del ojo, algo muy doloroso cuando los huesos me oprimieron la mano, pero solo duró unos segundos porque la oveja hizo un esfuerzo final y el morrito quedó visible. A continuación, ya todo fue fácil y en pocos segundos lo tenía sobre la hierba. La criatura agitó convulsivamente la cabeza y el granjero la secó rápidamente con paja antes de impulsarla hacia la cabeza de la madre.

La oveja se inclinó sobre el pequeño y empezó a lamerle rostro y cuello con lengüetazos rápidos y con aquel profundo murmullo de satisfacción que solo en esta ocasión se oye de labios de un animal. Ese rumor continuó al sacar yo otro par de corderos de su interior, uno de ellos al revés, y, mientras me secaba de nuevo los brazos, observé cómo la madre acariciaba encantada con el morro a sus trillizos.

Pronto empezaron estos a contestar con grititos agudos y temblorosos y, cuando, agradecido, me cubría de nuevo con la chaqueta, los brazos enrojecidos por el frío, el corderito número uno empezaba a pugnar para arrodillarse. Aún no era capaz de levantarse y seguía cayéndose de bruces, pero no cabía duda de que sabía adónde iba: se dirigía a aquella ubre con un propósito único que pronto quedaría satisfecho.

A pesar del viento que me cortaba el rostro, desde las balas de paja contemplé sonriendo la escena. Esta era siempre la mejor parte, la maravilla

siempre nueva, el milagro inexplicable.

De nuevo supe de Rob Benson unos días más tarde. Era un domingo y su voz sonaba tensa, casi dominada por el pánico:

—Jim, ha corrido un perro entre las ovejas. Vinieron algunas personas por aquí a la hora de comer, y los vecinos me dijeron que llevaban un alsaciano y que este iba persiguiendo a las ovejas por todo el campo. Ha armado un jaleo espantoso..., le aseguro que me da miedo incluso mirar.

—Vengo enseguida.

Dejé el teléfono y corrí hacia el coche. Me angustiaba la visión horrible de lo que me aguardaba: los animales impotentes, esparcidos por el campo con la garganta desgarrada: las heridas terribles en miembros y abdomen. Lo había visto antes a los que no fuera preciso sacrificar habría que coserlos, y ya de camino fui comprobando mentalmente toda la reserva de seda de sutura que llevaba en el maletero.

Había tres hembras preñadas en un campo junto al camino, y el corazón me dio un salto cuando miré por encima del muro de piedra. Apoyando los brazos en él, contemplé con desaliento aquel terreno de pasto. Era peor de lo que había temido. La ladera cubierta de hierba estaba salpicada de ovejas caídas; debía de haber unas cincuenta, cuerpos lanudos e inmóviles tendidos a intervalos sobre el verde.

Rob estaba de pie justo al lado de la puerta. Apenas me miro. Solo hizo un gesto con la cabeza.

—Dígame qué opina. Yo no me atrevo a entrar.

Le dejé y empecé a caminar entre los animales heridos, dándoles la vuelta, alzándoles las patas, separando los vellones del cuerpo para examinarlos. Algunas estaban totalmente inconscientes, otras en estado de coma, y ninguna de ellas era capaz de levantarse. Pero, mientras recorría el campo, experimente un desconcierto creciente. Finalmente, llamé al granjero.

—Rob, venga aquí. Hay algo muy extraño. Mire —continué, cuando el granjero se aproximó vacilante—, no hay una gota de sangre ni una herida por ningún lado, y sin embargo todas las ovejas están desmayadas. No consigo entenderlo.

Rob se inclinó y después alzó poco a poco la cabeza, vacilante.

—Pues tiene razón. ¿Quién diablos lo ha hecho entonces?

De momento no podía contestarle, pero una campanita tintineaba en el fondo de mi mente. Había algo familiar en la oveja que el granjero acababa de mover. Era una de las pocas capaces de sostenerse sobre el pecho y estaba echada allí, con los ojos vacuos, insensible a todo, pero... aquella cabeza que

colgaba como la de un borracho, aquel derrame nasal y acuoso... lo había visto yo antes. Me arrodillé y, al acercar mi rostro al animal, escuché un débil burbujeo, casi como de ahogo, en su respiración. Entonces comprendí.

—¡Es deficiencia de calcio! —grité, y empecé a bajar corriendo la ladera hacia el coche.

Rob corría a mi lado.

—Pero ¿por qué diablos? Eso les ocurre después del parto, ¿no?

—Sí, generalmente —jadeé—, pero el agotamiento y una tensión repentina pueden producirlo también.

—Bueno, nunca lo oí decir —susurró Rob—. ¿Cómo es eso?

Ahorré aliento. No iba a lanzarme a una conferencia sobre los efectos de un desorden repentino del paratiroides. Me preocupaba más la cuestión de si llevaría en el botiquín suficiente calcio para cincuenta ovejas. Me tranquilizó ver la larga fila de botellitas que sobresalían de la caja de cartón; sin duda, la había llenado recientemente.

Injecté a la primera en la vena para comprobar mi diagnóstico —el calcio actúa con toda rapidez en las ovejas— y experimenté un alivio profundo cuando el animal inconsciente empezó a parpadear y a temblar e intentó incorporarse sobre el pecho.

—Injectaremos a las otras bajo la piel —dije—. Ahorraremos tiempo.

Empezamos a recorrer el campo. Rob levantaba una de las patas anteriores de cada oveja para que yo pudiera insertar la aguja en el punto más conveniente de piel libre de lana, justo tras el codillo, y cuando estuve en la mitad de la ladera, las de abajo ya estaban caminando y metiendo la cabeza en la gamella de comida y en los pesebres de heno.

Fue una de las experiencias más satisfactorias de mi vida de trabajo. Nada difícil, pero sí una transformación mágica: de la desesperación a la esperanza, de la muerte a la vida en cuestión de minutos.

Estaba echando las botellas vacías en el maletero cuando habló Rob. Miraba maravillado las últimas hembras que se ponían de pie en el extremo más alejado del campo.

—Bien, Jim, le diré que nunca había visto nada parecido. Pero hay una cosa que me preocupa. —Se volvió hacia mí y sus facciones curtidas se crisparon de asombro—. Comprendo que el verse perseguidas por un perro afectara a algunas de ellas, pero ¿por qué había de caer todo el maldito rebaño?

—Rob —dije—. No sé.

Y, treinta años después, aún me lo pregunto. Todavía no sé por qué cayó todo el maldito rebaño.

* * *

Pensé que Rob ya tenía bastantes preocupaciones por entonces, de modo que no le hablé de que aún cabía esperarse más complicaciones tras el episodio del perro alsaciano. No me sorprendió que, pocos días más tarde, me llamaran a la granja de Benson.

Le encontré de nuevo en la ladera de la colina, con el mismo viento que azotaba las balas de paja. Los corderos habían estado llegando a manadas y el estruendo era mayor que nunca. Me dirigí hacia mi paciente.

—Esta tiene el vientre lleno de corderos muertos, supongo —dijo, señalando a una hembra que, con la cabeza baja, respiraba con dificultad.

Permanecía totalmente inmóvil y no hizo intentos por alejarse cuando me acerqué a ella. Estaba realmente enferma y cuando me llegó el olor de la descomposición comprendí que el diagnóstico del granjero era correcto.

—Bien, supongo que tenía que pasarle a una al menos, después de todas aquellas corridas —dije—. De todas formas, veamos qué podemos hacer.

Esta clase de parto no tiene el menor encanto, pero hay que proceder a ello para salvar a la hembra. Los corderos estaban putrefactos, hinchados por el gas, y utilicé un escalpelo muy afilado para pelar las patas hasta los hombros con el fin de quitarlas de en medio y sacar los cuerpecitos con la menor incomodidad para la madre. Cuando acabé, la cabeza de la oveja casi tocaba el suelo, respiraba agitadamente y le castañeteaban los dientes. Yo no tenía nada que ofrecerle, ninguna criaturita nueva y temblorosa que pudiera lamer y avivar así su interés por la vida. Lo que necesitaba era una inyección de penicilina, pero estábamos en 1939 y los antibióticos aún tardarían algún tiempo en llegar.

No apostaría nada por ella —gruñó Rob—. ¿Hay algo más que usted pueda hacer?

—Puedo ponerle unos supositorios y darle una inyección, pero lo que más necesita es un corderito que cuidar. Usted sabe tan bien como yo que las hembras enfermas como esta suelen abandonar la lucha si no tienen nada que las ocupe. ¿No le sobrará algún corderito que poner a su lado?

—Ahora no, desde luego. Y es en este momento cuando lo necesita. Mañana será tarde.

En aquel preciso instante apareció una figura familiar ante nuestros ojos. Era *Herbert*, el corderito que nadie quería, y a quien se reconocía fácilmente porque iba de oveja en oveja en busca de alimento.

—Oiga, ¿no cree que adoptaría a ese pillo? Pregunté al granjero.

Pareció dudoso:

—Bueno, no sé... está ya un poco crecido. Tiene casi quince días y a ellas les gustan recién nacidos.

—Pero vale la pena probar, ¿no? ¿Por qué no intentamos el viejo truco?

Rob sonrió:

—De acuerdo, lo haremos. No hay nada que perder. De todas formas, el pequeño no es mucho mayor que un recién nacido. No ha crecido tanto como sus compañeros.

Sacó la navaja y despellejó rápidamente uno de los corderos muertos; luego ató la piel sobre el lomo y las costillas de *Herbert*.

—Pobre desgraciado, casi no queda de él —murmuró—. Si esto no sale bien, lo llevaré con los corderitos que alimentamos en casa.

Una vez hubo terminado, dejó a *Herbert* sobre la hierba y el cordero, con su carácter resuelto, se dirigió en línea recta a la hembra enferma y empezó a mamar. Parecía que no iba a tener mucho éxito porque con el pequeño testuz golpeó la ubre un par de veces, pero luego el rabito empezó a agitarse.

—Por lo menos, le deja mamar —comentó Rob, riéndose.

Herbert era un tipo a quien nadie podía ignorar y la oveja, aunque enferma, tuvo que volver la cabeza para mirarlo. Olfateó la piel atada como sin querer comprometerse, pero pocos segundos después daba unos lametones rápidos y se escuchaba una sugerencia del viejo rumor familiar.

Empecé a recoger el equipo.

—Espero que lo consiga —dije—. Esos dos se necesitan.

Cuando salí del corral, *Herbert*, con su chaqueta nueva, seguía mamando.

* * *

Pasé casi toda la semana siguiente en mangas de camisa. El aluvión de los partos de las ovejas estaba en su punto álgido y durante horas y horas, cada día, metía y sacaba los brazos en cubos de agua caliente en todos los rincones del distrito: en los corrales, en rincones oscuros en los edificios de las granjas, y muy a menudo en el campo abierto, porque los granjeros de aquellos días no se inmutaban en absoluto a la vista de un veterinario arrodillado durante una hora en mangas de camisa y bajo la lluvia.

Aún hice una visita más a la granja de Rob Benson. Se trataba de una hembra con un prolapso del útero a consecuencia del parto, trabaja que podría compararse ventajosamente con la tarea de devolver a su lugar el útero de una vaca.

Poco después, la oveja se alejaba imperturbable con su familia a reunirse con el rebaño que crecía rápidamente y cuyo estruendo nos rodeaba.

—¡Mire! —gritó Rob—. Ahí está esa hembra con *Herbert*; ahí, a la derecha, en medio de ese grupo.

A mí todas me parecían iguales, mas para Rob, como para todos los pastores, eran tan distintas como las personas y pudo distinguir a los dos animales sin dificultad.

Estaban cerca de la parte superior del campo y, como yo quería echarles una mirada de cerca, los acorralamos hacia un ángulo. La hembra, fieramente posesiva, pateó al acercarnos y *Herbert*, ya despojado de su chaqueta de lana, se mantenía muy pegado al flanco de su madre adoptiva. Observé que estaba bastante gordo.

—Ahora no podrás llamarle canijo, Rob —dije.

El granjero se echó a reír.

—No, esa hembra tiene una ubre como una vaca y *Herbert* es el que se le lleva todo. Es listo ese pequeño y supongo que le salvó la vida la hembra. Esta la hubiese palmado sin remedio, pero cambió de idea en cuanto lo tuvo a él.

Paseé la vista por los corrales ruidosos y los cientos de ovejas que se movían por el campo. Me volví hacia el granjero.

—Me temo que me ha visto mucho últimamente, Rob. Espero que esta sea la última visita.

—Bueno, podría ser. Ahora todo nos va bien... pero es una época difícil la del nacimiento de los corderos, ¿verdad?

—Así es. Bien, ahora debo irme. Se lo dejo todo en sus manos.

Me volví y bajé la colina, con los brazos pelados y doloridos, y las mejillas azotadas por aquel viento eterno que corría sobre la hierba. En la puerta del muro de piedra me detuve y di media vuelta para contemplar el amplio paisaje manchado por las últimas nieves del invierno, y los grandes bancos grises de nubes que corrían por el cielo dejando ver trozos de un azul muy brillante, con lo que en pocos segundos muros y bosques cobraron una nueva vida y yo me vi obligado a cerrar los ojos contra el brillo del sol. Mientras estaba allí, aún llegó a mis oídos el ruido distante, la armonía

tumultuosa, del tono más bajo y profundo al más agudo y atiplado; voces ansiosas, exigentes, furiosas, amorosas...

El sonido de las ovejas; el sonido de la primavera.

4

Mientras el débil gruñido que surgía desde lo profundo del pecho llegaba a los auriculares de mi estetoscopio, comprendí con claridad casi turbadora que aquel era, probablemente, el perro más grande que yo había visto en mi vida. Según mi experiencia algo limitada, quizás algunos mastines irlandeses fueran más altos, y cierto número de alanos probablemente más anchos, pero en líneas generales de peso y tamaño este le ganaba a todos. Su nombre era *Clancy*.

Un buen nombre para el perro de un irlandés y Joe Mulligan era muy irlandés a pesar de los muchos años pasados en el Yorkshire. Joe lo había traído a la clínica por la tarde, y cuando entró aquella enorme forma peluda que casi llenaba el pasillo, recordé las muchas veces que lo había visto en los campos en torno a Darrowby, soportando con benevolencia las atenciones molestas de animales más pequeño. Parecía un perro amistoso.

Pero ahora escuchaba aquel sonido terrible que despertaba ecos en el enorme tórax, como un redoblar de tambores distante en un subterráneo, y mientras pasaba el estetoscopio por las costillas el sonido iba creciendo en volumen y los labios se curvaban sobre los dientes impresionantes como si una suave brisa los agitara. Entonces fue cuando me di cuenta, no solo de que *Clancy* era muy grande en realidad, sino de que mi situación, arrodillado en el suelo con la oreja derecha a pocos centímetros de su boca, era muy, pero que muy vulnerable.

Me puse en pie y, al meterme el estetoscopio en el bolsillo, el perro me lanzó una mirada fría, una mirada de reojo, sin mover la cabeza, y había una amenaza helada en aquella misma inmovilidad. No me importaba que mis pacientes me ladraran o intentaran mordirme, pero estaba seguro de que este no iba a chasquear los dientes en vano. Si decidía hacer algo, sería a escala espectacular.

Retrocedí un paso.

—Vamos a ver, ¿qué síntomas me dijo que tenía, señor Mulligan?

—¿Cómo?

Joe se llevó la mano a la oreja, y yo inspiré profundamente.

—¿Qué le pasa al perro? —grité.

El viejo me miró con incompreensión total bajo la gorra de paño perfectamente ajustada. Se tocó la bufanda que le ceñía la garganta, y de la pipa que sobresalía en el centro de su rostro escaparon unas volutas de humo azulado, de puro asombro.

Entonces, recordando algo del historial de *Clancy*, me acerqué a Mulligan y aullé con toda la fuerza de mis pulmones:

—¿Es que vomita?

La respuesta fue inmediata. Joe sonrió, aliviado, y se quitó la pipa de la boca.

—¡Ah, sí! Vomita mucho. Vomita constantemente.

Sin duda, pisaba terreno familiar.

A lo largo de los años, el tratamiento de *Clancy* había sido bastante constante. Siegfried me había dicho, ya el primer día de mi llegada a Darrowby hacía dos años, que no le pasaba nada a aquel perro al que describía como un cruce entre un Airedale y un burro, pero su inclinación a comer cualquier porquería que le salía al paso traía las consecuencias inevitables. A intervalos regulares se le administraba una gran botella de bismuto, mezclado con magnesio y bicarbonato. También me había dicho que, cuando estaba aburrido, *Clancy* solía arrojar a Joe al suelo y lo zarandeaba como a un ratón solo por divertirse. Pero su amo seguía adorándolo.

La conciencia me insistía en que debía llevar a cabo un examen completo. Tomarle la temperatura, por ejemplo. Todo lo que tenía que hacer era agarrar aquel rabo, levantarlo y meter el termómetro en el recto. El perro volvió la cabeza y su mirada se cruzó, serena, con la mía. De nuevo escuché aquel redoble de tambores lejanos y el labio superior se contrajo por una fracción de segundo, dejándome ver el relámpago blanco de sus dientes.

—Sí, sí, de acuerdo, señor Mulligan —dije, alegremente—. Le traeré una botella de lo de costumbre.

En el dispensario, bajo las filas de botellas con sus nombres en latín y sus tapones de cristal, prepare la mezcla en una botella de diez onzas, la tapé, le pegué una etiqueta y escribí las instrucciones. Joe parecía muy satisfecho al meterse en el bolsillo la medicina blanca ya tan familiar, pero, cuando se disponía a salir, la conciencia empezó a molestarme de nuevo. Tal vez el perro estuviera perfectamente sano, pero sería mejor verlo otra vez.

—Tráigamelo de nuevo el jueves por la tarde, a las dos —chillé junto a la oreja de Joe—, y, por favor, venga puntual si le es posible. Hoy llegó un poco tarde.

Observé al señor Mulligan que bajaba por la calle, precedido por su pipa de la que se alzaba el humo a intervalos como si fuera la máquina de un tren en marcha. Tras él caminaba *Clancy*, la viva estampa de la calma. Con su pelaje de rizos castaño oscuro parecía en realidad un Airedale gigantesco.

El jueves por la tarde, pensé. Mi medio día libre, y a las dos en punto lo más probable era que yo estuviera viendo una película en el cine de Brawton.

* * *

El viernes siguiente, por la mañana, Siegfried estaba sentado detrás de la mesa distribuyendo las rondas del día. Escribió una lista de visitas en un bloc, arranco la hoja y me la entregó.

—Aquí tienes, James. Esto te mantendrá ocupado y sin posibilidad de hacer nada malo hasta la hora del almuerzo.

De pronto captó algo que figuraba en las entradas del día anterior y se volvió hacia su hermano menor, entregado a su tarea habitual de atizar el fuego.

—Tristán, aquí dice que Joe Mulligan vino ayer por la tarde con su perro y que tú le recibiste. ¿Qué te pareció el caso?

Tristán dejó el cubo.

—Pues le di esa mezcla de bismuto...

—Sí, sí, pero ¿qué te reveló el examen del paciente?

—Bueno, veamos —Tristán se frotó la barbilla—. En realidad, parecía muy animado.

—Sí..., creo que sí.

Siegfried se volvió hacia mí.

—¿Y tú, James? Tú viste a ese perro antes. ¿Qué le encontraste?

—Bueno, fue un poco difícil —dije—. Ese perro es tan grande como un elefante y hay algo amenazador en él. Imaginé que estaba a la espera de una oportunidad, y solo estaba el viejo Joe para sujetarlo. En realidad, no pude hacer un examen muy íntimo, pero debo decirte que pensé lo mismo que Tristán, que parecía muy animado.

Siegfried soltó la pluma con aire de cansancio. La noche anterior, el destino le había atizado uno de esos golpes mortales que se reserva de vez en cuando para los veterinarios. Una llamada y otra apenas cogía el sueño.

Primero le habían sacado de la cama a la una, y de nuevo a las seis, y el fuego de su personalidad estaba, de momento, agotado.

Se pasó una mano por los ojos.

—Que Dios me ayude. Tú, James, un cirujano veterinario con dos años de experiencia y tú, Tristán, estudiante del último año, no conseguís nada mejor entre los dos que esa estupidez de que estaba muy animado. ¡Una mierda! No es la descripción más acertada de un descubrimiento clínico. Cuando un animal entra aquí, lo que yo espero es que toméis nota del pulso, la temperatura y la respiración. Que le auscultéis el pecho y le examinéis a fondo el abdomen. Que le abráis la boca para verle los dientes, las encías y la faringe. Que comprobéis el estado de la piel. Que le catetericéis y examinéis la orina, si es necesario.

—De acuerdo —asentí.

—Bien —dijo Tristán.

Mi socio se levantó del asiento.

—¿Habéis fijado otra cita?

—Yo sí —Tristán sacó el paquete de Woobdines del bolsillo—. Para el lunes. Y como el señor Mulligan siempre llega tarde a la clínica, le dije que visitaríamos al perro en su casa por la tarde.

—Comprendo —Siegfried tomó nota en el cuaderno y luego alzó la vista repentinamente—. Ese es el día en que tú y James vais a la reunión de granjeros jóvenes, ¿verdad?

El joven seguía fumando.

—Exacto. Para la práctica, es conveniente que nos mezclemos con los clientes jóvenes.

—Muy bien —dijo Siegfried cuando se dirigía a la puerta—. Yo, personalmente, visitaré a ese perro.

* * *

El martes siguiente yo confiaba en que Siegfried tendría algo que decirnos sobre el perro de Mulligan, aunque solo fuera para señalar los beneficios de un examen clínico completo. Pero guardó silencio sobre el tema.

Dio la casualidad que me tropecé con el viejo Joe en la plaza del mercado, vagando sin rumbo y con *Clancy*, como siempre, trotando a sus talones.

Me acerqué a él y le grité al oído:

—¿Cómo está el perro?

Mulligan se quitó la pipa de la boca y sonrió con benevolencia.

—Oh, muy bien, señor, muy bien. Todavía sigue vomitando un poco, pero no va mal.

—Entonces, ¿le recetó algo el señor Farnon?

—Oh, sí, le dio un poco más de la medicina blanca. Es estupenda, señor, estupenda.

—Está bien —dije—. ¿No le encontró nada más al examinarlo?

Joe chupó la pipa de nuevo.

—No, señor, no. Es un hombre muy listo el señor Farnon. Jamás vi a un hombre trabajar tan deprisa; no, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que le bastaron tres segundos para ver cuánto quería, sí.

Me quedé atónito.

—¿Tres segundos?

—Sí, repuso el señor Mulligan con firmeza. —Ni uno más.

—¡Sorprendente! ¿Qué pasó?

Joe vació la pipa golpeándola contra el tacón y, sin la menor prisa, sacó un cuchillo y empezó a rellenarla con un tabaco de aspecto inmundo.

—Bueno, verás. El señor Farnon es un hombre que se mueve siempre a toda velocidad y esa tarde llamó a la puerta principal y se metió en la sala. —(Yo conocía bien aquellas casitas. No había vestíbulo; uno entraba directamente desde la calle a la sala)—. Y cuando entró, ya estaba sacando el termómetro de la caja. Pues bien, *Clancy* estaba echado junto al fuego, pero se alzó como el rayo y ladró un poquito.

—¿Un poquito, eh?

Fácil resulta imaginar a aquel monstruo peludo saltando y aullando ante las narices de Siegfried. Incluso podía ver las mandíbulas abiertas, los dientes brillantes.

—Sí, un ladrido de nada. El caso es que el señor Farnon volvió a meter el termómetro en la caja, dio media vuelta y salió por la puerta.

—¿Y no dijo nada?

—Ni una palabra. Dio media vuelta como un soldado y cruzó la puerta, sí señor.

Sonaba a auténtico. Siegfried era un hombre de decisiones rápidas. Extendí la mano para acariciar a *Clancy*, pero algo que vi en sus ojos me hizo cambiar de opinión.

—¡Pues me alegro de que esté mejor! —grité.

El viejo prendió la pipa con un encendedor de latón muy antiguo, me echó al rostro una nube de humo repugnante y cerró la caja de tabaco.

—¡Ah, sí! El señor Farnon me envió una botella grande de la medicina blanca, y le ha hecho mucho bien. Aunque, claro está —me lanzó una sonrisa beatífica—, *Clancy* siempre ha sido muy aficionado a vomitar, sí señor.

* * *

No volvió a hablarse de aquel perrazo enorme durante una semana, pero sin duda la conciencia profesional de Siegfried le había estado haciendo reproches porque una tarde entró en el dispensario mientras Tristán y yo nos ocupábamos en unas tareas que ya han pasado a la historia: preparar jarabes para la fiebre, polvos estomacales y supositorios de ácido bórico. Habló con indiferencia casual.

—A propósito, le he enviado una nota a Joe Mulligan. No estoy totalmente convencido de que hayamos examinado adecuadamente las causas de los síntomas de su perro. Esos vómitos... bueno, los vómitos suelen deberse a un apetito depravado, pero quiero asegurarme. Así que le he pedido que lo traiga mañana por la tarde de dos a dos y media, cuando todos estemos aquí —su declaración fue acogida con gritos de gozo, de modo que continuó—: supongo que vosotros diríais que este perro es, hasta cierto punto, un animal difícil, y creo que deberíamos planear nuestros movimientos de acuerdo con ello. —Se volvió hacia mí—. James, cuando llegue, tú le coges por el trasero, ¿entiendes?

—De acuerdo —contesté sin el menor entusiasmo.

Se volvió hacia su hermano.

—Y tú, Tristán, podrás arreglártelas con la cabeza, ¿no?

—Claro, claro —murmuró Tristán, con rostro inexpresivo.

Siegfried continuó:

—Sugiero que lo agarréis con todas vuestras fuerzas y así podré darle una inyección sedante.

—Espléndido, espléndido —dijo Tristán.

—Pues bien, todo arreglado. —Mi socio se frotó las manos—. Una vez le meta la droga, el resto será fácil. Quiero satisfacer mi curiosidad con respecto a ciertos síntomas.

* * *

Nuestra práctica en Darrowby era la típica de los Valles, principalmente animales grandes, por lo que no solíamos tener la sala de espera abarrotada en las horas de clínica. Pero es que la tarde siguiente no teníamos a nadie en absoluto, y eso aumentaba la tensión de la espera. Los tres dábamos vueltas y

más vueltas por el despacho, charlando de modo inconsecuente, mirando hacia la puerta principal con indiferencia afectada y silbando entre dientes. Hacia las dos y veinticinco se hizo de pronto el silencio más completo. Durante los cinco minutos siguientes consultamos el reloj casi cada treinta segundos; y después, exactamente a las dos y media, Siegfried rompió a hablar.

—Es inútil. Le dije a Joe que tenía que estar aquí antes de la media, pero no ha hecho caso. Siempre llega tarde y por lo visto no hay modo de obligarle a que sea puntual. —Eché una última mirada por la ventana, hacia la calle vacía—. Muy bien, pues ya no esperamos más. Tú y yo, James, tenemos que curar a ese potro, y tú, Tristán, has de ver a esa bestia de Wilson. Así que vámonos.

Hasta entonces, las únicas personas a las que yo había visto atascadas en una puerta eran Laurel y Hardy, pero hubo un momento en que los tres hicimos una imitación bastante aceptable de los famosos cómicos al luchar para salir al pasillo al mismo tiempo. En cuestión de segundos estábamos en la calle y Tristán se alejaba a toda velocidad entre nubes de humo. Mi colega y yo nos largamos, casi con la misma rapidez, en dirección opuesta.

Al salir de la calle Trengate y entrar en la plaza del mercado miré a mi alrededor, buscando en vano a Mulligan. Pero no le vimos hasta haber llegado a las afueras de la ciudad. Acababa de salir de su casa y caminaba bajo una nube de humo azulado con *Clancy*, como siempre, detrás de él.

—¡Ahí está! —exclamó Siegfried—. ¡Es increíble! A ese paso no llegará a la clínica antes de las tres. Bien, pues no estaremos allí, y será por su culpa. —Contempló al perrazo de pelaje rizado que le acompañaba, la viva estampa de la salud y la energía—. De todas formas, habríamos perdido el tiempo examinando a ese perro. En realidad, no le ocurre nada malo.

Por un instante se detuvo, perdido en sus pensamientos. Luego se volvió hacia mí.

—Parece muy animado, ¿verdad?

5

—Esas «masquitis» —dijo el señor Pickersgill juiciosamente— son una mierda.

Asentí, totalmente de acuerdo en que el problema de las masquitis era causa de muchas preocupaciones y reflexioné al mismo tiempo que, mientras la mayoría de los granjeros se hubiese contentado con utilizar el término local, «felón», resultaba típico que el señor Pickersgill hiciera un esfuerzo decidido, aunque algo inexacto, por pronunciar el término científico.

Generalmente, sus palabras no eran demasiado diferentes —o bien eran derivados clarísimos o apenas se observaba un cambio de letras—, pero jamás conseguí adivinar de dónde había sacado lo de «masquitis». Yo sabía que, una vez se aferraba a una expresión, ya no la cambiaba; la mastitis había sido siempre masquitis para él y siempre lo sería. Y sabía también que nada le impediría empeñarse tercamente en que tenía razón. Porque el señor Pickersgill se consideraba un hombre de cultura. Tenía ahora unos sesenta años y, cuando aún no contaba veinte, había asistido a un curso de dos semanas para la instrucción de los trabajadores agrícolas en la Universidad de Leeds. Este breve vistazo del ambiente académico había dejado una impresión indeleble en su mente y era como si la insinuación de las verdades profundas que latían tras los hechos del trabajo diario hubiera encendido en él una llama capaz de iluminar todos sus años subsiguientes.

Ningún decano cubierto con la toga repasó jamás los años transcurridos entre las agujas de los Colegios de Oxford con tanta nostalgia como la que embargaba al señor Pickersgill al recordar aquella quincena en Leeds, y su conversación estaba generalmente salpicada de referencias a un profesor llamado Malleson, para él un dios, y que al parecer estuvo a cargo del curso.

—¡Ah, no sé qué deducir de ello! —continuó—. En mis días de universidad nos dijeron que la masquitis consistía en una ubre muy hinchada y una leche muy sucia, pero esta debe ser de otra clase. De vez en cuando hay unos cuajos extraños en la leche; no siempre, pero estoy más que hartos, se lo aseguro.

Tomé un sorbo de la taza de té que la señora Pickersgill me había servido en la mesa de la cocina.

—Sí, es muy molesto el hecho de que aparezca a intervalos. Me temo que hay un factor definitivo detrás de todo ello... y ojalá pudiera ponerle el dedo encima.

Pero la verdad era que yo tenía una idea bastante clara de lo que había detrás de ello. Por casualidad, había entrado a última hora de la tarde en el pequeño establo y en el momento en que Pickersgill y su hija Olive ordeñaban las diez vacas. Los había observado a los dos mientras trabajaban encogidos bajo la fila de lomos roanos y rojo, e inmediatamente había visto algo muy obvio: mientras Olive sacaba la leche con movimientos casi imperceptibles de los dedos y un giro suave de la muñeca, su padre tiraba de las tetas como si fueran campanas con las que quisiera anunciar la entrada del año nuevo.

Esto, unido al hecho de que siempre eran las vacas que ordeñaba el señor Pickersgill las que daban problemas, bastó para convencerme de que la mastitis crónica tenía un origen traumático.

Pero ¿cómo decirle al granjero que no hacía bien su trabajo y que la única solución consistía en que él aprendiera una técnica más suave o permitiera que Olive se encargara del ordeño?

No sería fácil, porque Pickersgill era un hombre impresionante. No creo que tuviera ni un penique de más, pero aun sentado en la cocina con la camisa de franela vieja y sin cuello y los tirantes encima, seguía pareciendo un titán de la industria. No era difícil imaginar aquella cabeza impresionante de mejillas carnosas, frente noble y ojos serenos mirándole a uno desde las páginas financieras del *Times*. Con hongo y pantalones a rayas hubiera sido el perfecto Presidente del Consejo.

Yo no quería ofender una dignidad natural como la suya y, de todas formas, Pickersgill era fundamentalmente un ganadero magnífico. Sus pocas vacas, como todos los animales pertenecientes a aquella raza de pequeños granjeros ya en vías de extinción, estaban gordas, relucientes y limpias. Había que cuidar las bestias cuando eran la única fuente de ingresos y, en cierto modo, el señor Pickersgill había criado a su familia gracias a la producción de la leche y la venta de unos cuantos cerdos, más los huevos de las cincuenta gallinas de su esposa.

Nunca pude imaginar cómo lo conseguían, pero el caso es que vivían, y vivían bien. Todos los hijos menos Olive, se habían casado y dejado la casa, pero seguía reinando en esta un gran decoro y un buen acuerdo general. La escena actual era típica. El granjero hablaba pomposamente; la señora

Pickersgill, ocupada en el fondo, escuchaba con sereno orgullo, y Olive también parecía feliz. Aunque estaba muy cerca de cumplir los cuarenta años, no temía a la soltería y que durante quince años se había visto cortejada con asiduidad por Charlie Hudson de la pescadería de Darrowby, y aunque Charlie no fuera un pretendiente muy impetuoso, no tenía nada de voluble y todos esperaban confiados que hiciera la proposición oportuna dentro de unos diez años o cosa por el estilo.

Pickersgill me ofreció otro bollo con mantequilla y, cuando lo rechacé, se aclaró la garganta un par de veces como tratando de hallar las palabras.

—Señor Herriot —dijo al fin—, no me gusta tener que enseñarle a nadie su trabajo, pero he probado todos sus remedios para la masquitis y sigo teniendo problemas. Ahora bien, cuando estudié con el profesor Malleson tomé nota de algunos remedios muy buenos y me gustaría probar este. Échele una mirada.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel amarillento que casi se deshacía por los dobleces.

—Es un ungüento para las ubres. Quizá si les damos un masaje con él podamos conseguirlo.

Leí la receta escrita con la letra típica del estudioso. Alcanfor, eucaliptus, óxido de zinc... una larga lista de los viejos nombres familiares. No podía por menos de sentir cierto afecto por ellos, pero lo atemperaba la desilusión creciente. Estaba a punto de decir que no creía que un masaje a las ubres con aquello supusiera la menor diferencia, cuando el granjero se quejó ruidosamente.

El hecho de meterse la mano en el bolsillo posterior le había producido una grave punzada, pues padecía de lumbago, de modo que se incorporó con rigidez y sin disimular un gesto de dolor.

—¡Esa maldita espalda! Con los latigazos que me da, y el doctor no puede arreglámela. He tomado tantas pastillas que un día empezaré a sonar como un cascabel, pero no encuentro alivio.

Yo no soy en extremo inteligente, pero de vez en cuando tengo una inspiración y entonces tuve una.

—¡Señor Pickersgill! —dije solemnemente—, usted ha sufrido ese lumbago desde que lo conozco, y se me acaba de ocurrir algo. Creo que sé cómo curarlo.

Los ojos del granjero se abrieron de par en par y me miró con una confianza infantil en la que no había el menor escepticismo. Era de esperar, porque tal como la gente da más crédito a las palabras de los curanderos y

viajantes que a las de los veterinarios en lo referente a los animales, es natural que tengan más fe en el veterinario que en el médico con respecto a sus propias enfermedades.

—¿Que usted podrá sanarme? —dijo débilmente.

—Creo que sí, y es algo que no tiene que ver con la medicina. Ha de dejar de ordeñar.

—¡Dejar de ordeñar! ¿Qué diablos...?

—Naturalmente. ¿No comprende que la causa es el estar encogido en ese taburete por la noche y por la mañana, todos los días de la semana? Es usted un hombre alto; ha de doblarse mucho... y estoy seguro de que eso le hace daño.

Pickersgill miró al espacio como si hubiera tenido una visión.

—Así que cree realmente...

—Sí, lo creo. De todos modos, debería probarlo. Olive puede encargarse del ordeño. Siempre anda diciendo que debería hacerlo sola.

—Es cierto, papá —intervino Olive—, me gusta ordeñar, tú lo sabes, y ya es hora de que lo dejes... Lo has estado haciendo desde que eras un crío.

—¡Maldita sea, joven, creo que tiene razón! Lo dejaré ya. He tomado una decisión.

El señor Pickersgill alzó la noble cabeza, miró imperiosamente a su alrededor y dio un puñetazo en la mesa como si acabara de firmar una fusión entre dos compañías petrolíferas.

Yo me levanté.

—Magnífico, pues. Me llevaré esta receta y prepararé el ungüento para las ubres. Lo tendré dispuesto esta noche, y lo mejor sería empezar a utilizarlo inmediatamente.

Hablé con Pickersgill de nuevo, como un mes más tarde. Iba en bicicleta, pedaleando majestuosamente por la plaza del mercado, y desmontó al verme.

—Bueno, señor Herriot —dijo con respiración algo agitada—, me alegro de haberle encontrado. Quería venir a decirle que ya no tenemos nada en la leche ahora. Desde que empezamos con aquel ungüento desaparecieron los cuajos, y la leche está impecable ahora.

—Magnífico. ¿Y qué tal va su lumbago?

—Creo que usted ha terminado con él y le estoy agradecido. No he vuelto a ordeñar desde aquel día y apenas tengo dolores ahora. —Hizo una pausa y sonrió con indulgencia—. Me dio un buen consejo para la espalda, pero tuvimos que acudir al viejo profesor Malleson para curar la masquitis, ¿verdad?

La conversación siguiente con el señor Pickersgill fue por teléfono.

—Le hablo desde la cabaña —dijo en voz baja.

—¿Desde la qué?

—La cabaña, la cabaña del teléfono, en el pueblo.

—Sí, claro —dije—. Y ¿en qué puedo servirle?

—Quiero que venga lo antes posible para tratar a un ternero con semolina.

—¿Cómo dice?

—Que tengo un ternero con semolina.

—¿Semolina?

—Eso es. Un tipo lo mencionó por la radio la otra mañana.

—¡Ah, sí, comprendo! —También yo había oído las charlas sobre agricultura en las que hablaban de la infección de la salmonella en los terneros—. ¿Qué le hace pensar que la tiene?

—Bueno, es lo que dijo ese tipo. Mi ternero sangra por el retro.

—¿Por el...? Sí, sí, claro. Será mejor que le eche una mirada. No tardaré.

El ternero estaba muy enfermo cuando le vi y sí tenía hemorragia rectal, pero no era causada por la salmonella.

—Esto no es diarrea. Mire, señor Pickersgill —dije—, en realidad creo que tiene estreñimiento. Lo que sale es casi sangre pura. Y no tiene la temperatura muy alta.

El granjero pareció un tanto desilusionado.

—¡Maldición! Creí que era lo mismo que describía el de la radio. Dijo que se podían enviar unas muestras al labrador.

—¿Eh? ¿Al qué?

—Al labrador de investigaciones... ya sabe.

—¡Oh, sí, sí! Pero no creo que el laboratorio nos ayudara en este caso.

—Bueno, ¿entonces qué le pasa, eh? ¿Es algo en el retro?

—No, no —dije—, pero por lo visto hay alguna obstrucción en el intestino y esto es lo que origina esa hemorragia.

Contemplé al pequeño animal, de pie e inmóvil. Se encontraba muy mal debido a alguna molestia interna y de vez en cuando se estiraba y gemía suavemente.

Naturalmente, yo tenía que haberlo visto enseguida, ¡era tan obvio! Pero supongo que todos tenemos momentos de ceguera en los que no somos capaces de apreciar lo que salta a la vista y, durante unos días, estuve tratando a aquel ternero con la mayor ignorancia dándole esta y aquella medicina de las que prefiero no hablar.

Pero tuve suerte. Se recuperó a pesar de mi tratamiento. Solo cuando el señor Pickersgill me mostró el rollito de tejido gangrenoso que el ternero había echado por el ano se hizo la luz en mi cerebro. Miré avergonzado al granjero.

—Esto es un poco de tripa muerta, una intususcepción. Generalmente es mortal, pero afortunadamente en este caso la obstrucción se ha desprendido por sí sola y el ternero se pondrá bien completamente ahora.

—¿Cómo le llamó?

Los labios del señor Pickersgill se movieron tentativamente y por un instante pensé que intentaría pronunciarlo, pero por lo visto se decidió en contra.

—Ya —dijo—. ¿De modo que fue eso?

—Sí, y es difícil saber qué lo causó exactamente.

Hizo un gesto despectivo.

—Apuesto a que yo sé la razón. Siempre dije que este era un ternero muy débil. Cuando nació sangró mucho por el cordón umbilical.

* * *

El señor Pickersgill aún no había terminado conmigo. Una semana más tarde le oí de nuevo por teléfono.

—¡Venga enseguida, rápido! Uno de mis cerdos está haciendo el tute.

—¿El tute? —Con un esfuerzo alejé la visión de dos cerdos sentados a una mesa y jugando a las cartas—. Me temo que no entiendo...

—Sí, sí, le di una dosis de medicina para lombrices y empezó a saltar de un lado a otro y a revolcarse sobre el lomo. Le digo que está tute perdido.

—Comprendo, comprendo. De acuerdo. Estaré ahí en unos minutos.

El cerdo se había tranquilizado un poco cuando llegué, pero aún sufría muchos dolores y se alzaba sobre dos patas, se revolcaba y corría dando vueltas por toda la zahúrda. Le di medio gramo de hidrocóloro de morfina como sedante y a los pocos minutos empezó a relajarse y al fin se enroscó en la paja.

—Creo que ahora estará bien —dije—, pero ¿qué es esa medicina para lombrices que le dio?

Pickersgill sacó avergonzado la botella.

—Vino un tipo que las iba vendiendo por ahí. Dijo que mataría todos los gusanos que usted pudiera nombrar.

—Y casi mató a su cerdo, ¿verdad? —Oí la mezcla—. Y no es raro. Huele casi a trementina pura.

—¡Trementina! ¿De modo que eso es lo que es? ¡Y aquel tipo dijo que era algo nuevo! Y además me cobró un precio absorbente.

Le devolví la botella.

—Bien, no importa. No creo que haya hecho mucho daño, pero me parece que es mejor que lo tire a la basura.

Cuando me metía en el coche, miré al granjero.

—Debe estar harto de verme. Primero la mastitis, luego el ternero y ahora el cerdo. Ha tenido una mala racha.

Pickersgill cuadró los hombros y me miró con una compostura impresionante. De nuevo me sentí consciente de la prestancia de aquel hombre.

—Jovencito —dijo—, eso no me preocupa. Cuando hay ganado hay problemas, y yo sé por experiencia que las desgracias nunca vienen solas.

6

Sabía que no debía hacerlo, pero el viejo camino de Drovers me llamaba de un modo irresistible. Ya debía estar regresando a toda prisa a la clínica después de las visitas de la mañana, pero el amplio sendero verde subía enroscándose de modo encantador hasta la cumbre del páramo entre las vallas de piedra y, casi sin pensarlo, me vi ya fuera del coche y caminando sobre la hierba fragante.

El muro de piedra seguía el borde del páramo y, al mirar hacia donde estaba Darrowby, encogido allá abajo entre sus montañas verdes, el viento resonó en mis oídos; pero cuando me senté al abrigo de las piedras grises, el viento fue solo un susurro y el sol de primavera empezó a caldearme el rostro. Aquel sol sí era bueno, no pesado ni agotador sino claro, brillante y limpio, como el que se encuentra junto a un muro de piedra en el Yorkshire, con un viento que canta sobre su borde.

Me dejé deslizar algo más, hasta quedar tendido sobre la hierba y mirando con ojos medio cerrados aquel cielo tan límpido y deleitándome en la sensación de estar aislado del mundo y sus problemas.

Esa forma de autocomplacencia se había convertido en parte de mi vida, y todavía sigue siéndolo. La resistencia a descender de las regiones elevadas, el deseo de salir de la corriente de la vida y sentarme al margen por unos minutos, como un espectador desinteresado.

Y era muy fácil escapar, tumbarse allí completamente solo, sin más sonido que el viento susurrante que barría una gran extensión de kilómetros desiertos, y allá arriba, en el azul del cielo, los trinos agudos de las alondras.

No es que me resultara desagradable la idea de bajar la colina y regresar a Darrowby, incluso antes de casarme. Yo había trabajado allí durante dos años antes de la llegada de Helen, y Skeldale House se había convertido en mi hogar, y las dos mentes brillantes que había allí en mis amigos. No me preocupaba que ambos hermanos fueran más listos que yo. Siegfried... impredecible, explosivo, generoso; yo había tenido mucha suerte en que me hiciera su socio. Por ser un joven educado en la ciudad que intentaba enseñar

a los granjeros expertos a tratar a sus animales, yo había necesitado de toda la habilidad y maestría de Siegfried. Y Tristán, un tipo raro, decían algunos, pero muy sensato. Su humor y su interés por la vida habían iluminado mis horas.

Día a día, iba añadiendo yo experiencia práctica a mis teorías. Todos los hechos que estudiara en la escuela cobraban vida aquí, y cada vez me dominaba más la convicción firme de que esto era lo mío, de que yo no deseaba hacer otra cosa.

Unos quince minutos más tarde me levanté al fin, me desperecé a gusto, inspiré una última vaharada de aquel aire limpio y regresé lentamente al coche para el trayecto de diez kilómetros colina abajo hasta Darrowby.

Al detenerme junto a la verja en la que colgaba la placa de Siegfried sobre la mía, ante la magnífica puerta de estilo georgiano, levanté la vista y contemplé toda la casa, la hiedra que trepaba ociosamente sobre los ladrillos desgastados por el tiempo. La pintura blanca de puertas y ventanas se desconchaba y la hiedra necesitaba un buen arreglo, pero todo el lugar tenía estilo y una gracia serena e inmutable.

Sin embargo, de momento mi imaginación se ocupaba en otras cosas. Entré y recorrí calmosamente el largo pasillo de baldosas de colores hasta llegar a la parte posterior de la casa. Como siempre, experimenté una excitación reprimida al respirar los olores de nuestro trabajo siempre latentes allí: éter, ácido fenico y aroma pulverizado. Esto último era un polvo especioso y picante con el que mezclábamos las medicinas del ganado para que este las tomara con mayor facilidad, y tenía un *bouquet* muy peculiar que incluso ahora me hace retroceder treinta años en el tiempo con solo aspirarlo.

Aquel día la emoción era más fuerte que nunca porque mi visita tenía un carácter subrepticio. Casi recorrí de puntillas el último trecho del corredor, doblé rápidamente el ángulo y entré en el dispensario. Abrí cautelosamente la puerta del armario, en un extremo, y saqué un cajón. Estaba casi seguro de que Siegfried tenía un cuchillo para cascos de caballo escondido allí, y hube de reprimir una risita de triunfo cuando lo descubrí casi nuevo, con la hoja brillante y un mango de madera pulida.

Extendía ya la mano para tomarlo cuando un grito de cólera explotó en mi oído derecho.

—¡Cogido in fraganti! ¡Con las manos en la masa, vive Dios!

Siegfried, que al parecer había atravesado la habitación de un salto, se hallaba ante mí echando chispas.

El susto fue tan tremendo que el instrumento resbaló de mis dedos temblorosos y tuve que apoyarme contra una fila de botellas de disolución de aldehído fórmico para la timpanitis.

—¡Ah, hola, Siegfried! —dije, tratando en vano de hablar con naturalidad—. Me disponía a ir a ver ese caballo de Thompson. Ya sabes, el que tiene pus en el casco. Me parece que he perdido el cuchillo y por eso pensé que podía coger este.

—Pensaste que podrías robarlo, querrás decir. ¡Mi cuchillo para los cascos! ¿Es que no hay nada sagrado para ti, James?

Sonreí bobaliconamente.

—¡Oh, te equivocas! Lo hubiese devuelto enseguida.

—Naturalmente —dijo Siegfried, con amarga sonrisa—. Jamás lo hubiera visto de nuevo y tú lo sabes muy bien. De todas formas, ¿dónde está tu cuchillo? Te los has dejado en alguna granja, ¿no es verdad?

—Bueno, en realidad lo dejé en casa de Willie Denholm después de haberle recortado aquella pezuña a la vaca, y sin duda me he olvidado de recogerlo.

Solté una risita.

—Pero ¡Dios me valga, James!, siempre te olvidas de recoger tus instrumentos. Y siempre lo arreglas hurtándome las cosas de mi equipo. —Sacó la barbilla—. ¿Tienes idea de cuánto me cuestan esos descuidos?

—Estoy seguro de que el señor Denholm traerá el cuchillo a la clínica la primera vez que venga a la ciudad.

Siegfried asintió con aire grave.

—Puede que sí; admito que así puede ser. Pero, por otra parte, tal vez piense que es el instrumento ideal para cortar el tabaco de mascar. ¿Recuerdas cuando dejaste el delantal de partos en casa del viejo Fred Dobson? Cuando volví a verlo, habían pasado seis meses y Fred lo llevaba puesto. Dijo que era lo mejor que había encontrado para almacenar el trigo en tiempo húmedo.

—Sí, lo recuerdo. Y lo lamento de verdad.

Guardé silencio, mientras respiraba aquel aroma pulverizado, tan especioso. Alguien había dejado una bolsa abierta en el suelo y el olor era más intenso que nunca.

Mi socio fijó en mí sus ojos fieros por unos momentos más, y luego se encogió de hombros.

—Bien, ninguno de nosotros es perfecto, James. Y siento haberte gritado. Pero ya sabes que estoy muy encariñado con ese cuchillo, y todo eso de dejar las cosas por ahí me pone malo. —Tomó una botella de su jarabe favorito

para los cólicos y la limpió con el pañuelo antes de volver a dejarla cuidadosamente en el estante—. Voy a decirte algo. Sentémonos unos minutos y hablemos de ese problema.

Regresamos al pasillo y, al entrar tras él en la gran sala de estar, Tristán se levantó de su sillón favorito y bostezó a gusto. Su rostro parecía tan juvenil e inocente como siempre, pero las líneas de agotamiento en torno a sus ojos y boca referían una historia elocuente. La noche anterior había viajado con el equipo campeón de dardos del Lord Nelson, y había tomado parte en un duro combate contra los campeones del Perro y el Fusil, en Drayton. La competición había sido seguida de una cena a base de tartas de guisantes y el consumo de algo así como seis litros de cerveza por persona. Tristán se había metido en la cama a las tres de la mañana e indudablemente se hallaba en un estado muy delicado.

—Ah, Tristán —dijo Siegfried—, me alegro de que estés aquí porque lo que tengo que decir te interesa a ti tanto como a James. Me refiero a lo de dejarse los instrumentos en las granjas, y tú eres tan culpable como él.

(Debe recordarse que, antes de la Ley de Veterinarios de 1948, era completamente legal que los estudiantes trataran casos, y todos lo hacían con regularidad. En realidad, Tristán había llevado a cabo una labor magnífica cuando se lo pidieron, y era muy popular entre los granjeros).

—Ahora voy a hablar muy en serio —prosiguió mi socio, apoyando el codo en la repisa de la chimenea y paseando la vista del uno al otro—. Los dos me estáis llevando al borde de la ruina a fuerza de perder un equipo tan caro. En parte lo devuelven, pero hay cosa que ya no volvemos a ver nunca más. ¿De qué sirve enviaros a hacer una visita, si regresáis sin los fórceps de arterias, o sin las tijeras, o sin cualquier otra cosa? Así no hay beneficios, ¿comprendéis?

Asentimos en silencio.

—Después de todo, no es tan difícil recoger los instrumentos, ¿verdad? Quizás os preguntéis por qué yo nunca me dejo nada... Puedo deciros que solo es cuestión de concentración. Cuando dejo algo, siempre grabo en mi mente la idea de que he de recogerlo de nuevo. Eso es todo.

Terminada la conferencia, le entraron las prisas.

—Bien, vámonos. No hay mucho que hacer aquí, James, así que me gustaría que vinieras conmigo a casa de Kendall, en Brookside. Tienes varias cositas pendientes, incluida una vaca a la que hay que quitarle un tumor. No sé los detalles, pero quizá tengamos que echarla al suelo. Puedes ir más tarde a casa de Thompson. —Se volvió hacia su hermano—. Y será mejor que tú

también vengas, Tristán. Ignoro si te necesitaremos, pero un hombre más no nos vendría mal.

Éramos toda una procesión cuando entramos en el patio de la granja, y Kendall nos recibió con su vivacidad de costumbre.

—Vaya, vaya, veo que contamos con mucho potencial humano. Podremos arreglarlo todo con este regimiento.

En el distrito, el señor Kendall tenía la reputación de ser un «poquito listo» y en Yorkshire esa frase tiene un significado algo distinto que en otras partes. Con eso querían decir que era como un sabelotodo, y el hecho de que él se considerara un bromista de primera clase tampoco le hacía demasiado apreciado entre los demás granjeros.

Yo siempre le tuve por un hombre de buen corazón, pero su convicción de que ya lo había visto todo hacía que resultara difícil de impresionar.

—Bien, ¿qué quiere ver primero, señor Farnon? —preguntó.

Era un hombre pequeño y grueso, con un rostro redondeado, de piel suave y ojos maliciosos.

—Creo que tiene una vaca con un ojo malo —dijo Siegfried—. Mejor será empezar con eso.

—¡Enseguida! —gritó el granjero; luego se metió la mano en el bolsillo—. Pero antes de que empecemos, aquí tiene algo. —Sacó un estetoscopio—. Se lo dejó la última vez que estuvo aquí.

Hubo un silencio. Luego, Siegfried gruñó unas palabras de gratitud y se apoderó apresuradamente del instrumento.

Kendall continuó:

—Y la vez anterior se dejó los castradores. Fue como si hiciésemos un cambio, ¿no? Yo le devolví esas pincitas y usted me dejó los audífonos.

Y estalló en una carcajada.

—Sí, sí, desde luego —gruñó Siegfried, mirándonos inquieto—, pero debemos continuar. ¿Dónde está...?

—¿Saben, chicos? —se rio el granjero, volviéndose hacia nosotros—. No creo que le haya visto venir nunca sin dejarse algo.

—¿De verdad? —preguntó Tristán, interesado.

—Sí, y si me lo hubiera guardado todo ya tendría un cajón lleno.

—¿En serio? —dije yo.

—Ya lo creo, joven. Y lo mismo ocurre con todos mis vecinos. Un amigo me decía el otro día: ¡Qué hombre más amable es el señor Farnon! Nunca nos visita sin dejar algún *souvenir*. —Echó atrás la cabeza y soltó de nuevo una carcajada.

Estábamos disfrutando muchísimo con la conversación, pero mi socio ya se dirigía a grandes pasos hacia el establo.

—¿Dónde está esa maldita vaca, señor Kendall? No tenemos todo el día.

El paciente no resultó difícil de encontrar, una linda vaca ruana claro que nos miró cautelosamente con un ojo casi cerrado. Bajando de las pestañas, una corriente de lágrimas formaba una mancha oscura en el pelaje de la cara, y su dolor se advertía claramente en los movimientos cautos de los párpados temblorosos.

—Hay algo ahí —murmuró Siegfried.

—¡Ah, ya lo sé! —El señor Kendall siempre lo sabía todo—. Tiene un pegote de paja metido en el globo del ojo, pero no puedo sacárselo. ¡Mire!

Tomó el morro de la vaca con una mano e intentó mantenerle los párpados separados con los dedos de la otra, pero el tercer párpado se cruzó y toda la órbita se nos quedó fuera de la vista, dejando únicamente la esclerótica blanca.

—¿Lo ve? —gritó—. Imposible. Nadie puede obligarle a tener los ojos quietos.

—Yo sí. —Siegfried se volvió hacia su hermano—: Tristán, trae la mascarilla de cloroformo del coche. Rápido.

El joven volvió en cuestión de segundos y Siegfried colocó rápidamente la bolsa de tela sobre el hocico de la vaca y se lo sujetó detrás de las orejas. De una botella con alcohol sacó un pequeño par de fórceps de un tipo especial, con pequeñas pinzas operadas por un muelle, y las dispuso sobre el ojo cerrado.

—James —dijo—, dale como una onza.

Yo eché el cloroformo sobre la esponja en la parte delantera de la mascarilla. Nada sucedió por un instante, mientras el animal inspiraba unas cuantas veces; luego abrió los ojos, sorprendida, cuando aquel extraño vapor mareante le llegó a los pulmones.

Toda el área del ojo afectado quedó a la vista con un pedazo grande dorado de paja sobre la oscura córnea. Solo pude echarle una ojeada antes que los pequeños fórceps de Siegfried lo hubieran aprehendido y retirado.

—Échale un poco de ese ungüento, Tristán —dijo mi socio—, y quítale la mascarilla antes de que empiece a revolverse.

Una vez libre de la mascarilla sobre la cara y de la molestia que le atormentaba en el ojo, la vaca miró a su alrededor con profundo alivio. No había exigido más que uno o dos minutos, y en realidad había sido toda una

pequeña exhibición, pero por lo visto el señor Kendall no le daba demasiada importancia.

—De acuerdo —gruñó—, vamos a lo que sigue.

Mientras recorriamos el establo, miré hacia fuera y vi a un caballo que llevaban por el patio. Siegfried lo señaló.

—¿Es ese el potro que operé de unas fístulas en la cruz? —preguntó.

—Exacto.

La voz del granjero era indiferente.

Salimos y Siegfried pasó la mano sobre el lomo del caballo. La enorme cicatriz fibrosa sobre la cruz era todo lo que quedaba de aquella cavidad por la que saliera un líquido maloliente hacía semanas. La curación era perfecta. Estos casos eran muy difíciles de tratar, y yo recordaba a mi socio cortando y cincelando en aquella masa de tejido necrótico, profundizando más y más hasta que solo quedaran la carne y huesos sanos. Sus esfuerzos habían sido recompensados; era un éxito brillante.

Siegfried le dio al potro un golpecito final en el cuello.

—Esto va muy bien.

Kendall se encogió de hombros y se volvió hacia el establo.

—Sí, no está mal, supongo.

Pero realmente no se sentía impresionado.

La vaca con el tumor estaba de pie, justo al entrar. El tumor se hallaba en la región perineal, un objeto redondo como una manzana que se proyectaba desde el cuarto trasero del animal, claramente visible a unos dos centímetros a la derecha del rabo.

El señor Kendall estaba gritando de nuevo:

—¡Ahora veremos de qué está hecho usted! ¿Cómo van a sacarle eso, eh, muchachos? Es muy grande; necesitarán un cuchillo de carnicero o una sierra, para este trabajo. ¿Y van a dormirla, a atarla, o qué?

Sonreía mientras sus ojillos brillantes pasaban rápidos de uno a otro por turno.

Siegfried extendió la mano y cogió el tumor, tanteando la base con los dedos:

—Hum... sí... hum... Tráigame un poco de agua y jabón y una toalla, por favor.

—Lo tengo todo al lado de la puerta.

El granjero salió corriendo al patio y regresó con el cubo.

—Muchas gracias —dijo Siegfried. Se lavó las manos y se las secó con toda calma—. Ahora creo que tiene otro caso que ver. Un ternero con diarrea,

¿no?

Los ojos del granjero se abrieron de par en par.

—Sí, claro. Pero ¿qué tal si primero le quita ese tumor a la vaca?

Siegfried dobló la toalla y la colgó sobre la media puerta.

—Es que ya le he quitado el tumor —dijo serenamente.

—¿Cómo? ¿Cómo?

El señor Kendall miró el trasero de la vaca. Todos lo miramos. Y no había la menor duda: el tumor había desaparecido. Y algo muy curioso: no había ni siquiera una cicatriz, ni la menor marca. Yo estaba muy cerca del animal y veía exactamente al milímetro, el lugar en que estuviera aquella desagradable protuberancia. Y no había nada, ni una gota de sangre, nada.

—Así —dijo el señor Kendall, irresoluto— que usted... que usted le ha... que se lo ha quitado; sí, es cierto.

La sonrisa se le había borrado del rostro y toda su personalidad parecía haberse derrumbado de pronto. Por ser un hombre que todo lo sabía, y que no se sorprendía por nada, era incapaz de preguntar: «¿Cuándo diablos lo hizo? ¿Y cómo? ¿Qué demonios ha hecho con ello?». Tenía que mantener el tipo a toda costa, pero estaba desconcertado. Lanzaba breves miradas por todo el establo, por el rabillo del ojo. La vaca estaba en una casilla totalmente limpia y sin paja, y no había nada en el suelo, ni allí ni en ninguna parte. Casualmente, como por accidente, apartó con el pie un taburete de ordeñar... y nada.

—Bien, si le parece veremos el ternero.

Siegfried ya empezaba a alejarse.

El señor Kendall asintió.

—Sí... sí... el ternero. Está ahí, en esa esquina. Me llevaré primero el cubo.

No era más que una excusa descarada. Se inclinó sobre el cubo y, al pasar por detrás de la vaca, sacó las gafas, se las colocó sobre la nariz y lanzó una mirada penetrante al trasero del animal. Solo le llevó un instante porque no quería demostrar una preocupación exagerada, pero, al volverse hacia nosotros, su rostro registraba auténtica desesperación. Se quitó las gafas con un gesto cansado de derrota.

Cuando ya se acercaba a nosotros, me volví y le di un codazo a mi socio.

—¿Dónde demonios está? —susurré.

—En mi manga —murmuró Siegfried, sin mover apenas los labios ni cambiar de expresión.

—¿Cómo...? —empecé, pero Siegfried saltaba ya la valla de un establo provisional donde estaba el ternero.

Se mostró muy animado mientras examinaba e inyectaba a la pequeña criatura. No paraba de hablar, con una conversación ligera e insustancial, y el señor Kendall, revelando un carácter magnífico, consiguió recobrar la sonrisa y contestarle. Pero sus modales preocupados, los ojos turbados y las miradas repetidas e incrédulas al suelo, en dirección a la vaca, traicionaban la gran tensión que sufría.

Siegfried no se apresuró demasiado con el ternero y, cuando hubo terminado, aún se quedó un ratito en el patio charlando sobre el tiempo, sobre lo bien que iba la hierba y sobre el precio de los toros castrados.

El señor Kendall seguía esforzándose por hablar pero, cuando Siegfried se despidió al fin, los ojos se le salían de las órbitas y su rostro era una máscara de angustia. Se metió a toda prisa en el establo y, tan pronto dimos la vuelta al volante, le vi allí, inclinado de nuevo y con las gafas puestas, registrando todos los rincones.

—Pobre hombre —dije—, aún sigue buscando eso. Pero ¡por el amor de Dios! ¿Quieres decirme dónde está?

—Ya te lo dije, ¿no?

Siegfried alzó un brazo del volante y lo agitó. Una bola redonda de carne le cayó en la mano.

Le miré asombrado.

—Pero... si no te vi quitarlo... ¿Qué pasó?

—Te lo diré. —Mi socio sonreía con indulgencia—. Estaba tanteándolo para ver si estaba muy agarrado por la base, cuando noté que empezaba a moverse. La parte posterior estaba simplemente encapsulada por la piel y, apenas le di un apretoncito, se desprendió y se me metió en la manga. En cuanto hubo salido, los labios de la piel se unieron de nuevo, de modo que era imposible ver siquiera dónde había estado. Algo extraordinario.

Tristán se inclinó desde el asiento posterior.

—Dámelo —dijo—, me lo llevaré a la escuela y haré que lo seccionen. Descubriremos qué clase de tumor es.

Su hermano sonrió.

—Sí, y supongo que le darán algún nombre complicado, pero para mí siempre será lo único que desconcertó al señor Kendall.

—Fue una sesión muy interesante —dije—, y debo decirte que me admiró tu modo de tratar ese ojo, Siegfried. Con toda suavidad.

—Eres muy amable, James —murmuró mi socio—; no fue más que uno de mis truquitos... y, naturalmente, los fórceps ayudaron mucho.

—Sí, son maravillosos —asentí—; nunca los había visto. ¿De dónde los sacaste?

—Los compré en el departamento de instrumental, en el último Congreso de Veterinarios. Me costaron un riñón, pero vale la pena. Ea, deja que te los enseñe.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, luego en el del pantalón, pero mientras seguía registrándose febrilmente, una mirada de desaliento enfermizo se extendió poco a poco por su rostro.

Finalmente, abandonó la búsqueda, se aclaró la garganta y fijó los ojos en el camino.

—Yo... este... ya te los enseñaré en otra ocasión, James —dijo a toda prisa.

Nada contesté pero lo sabía, y Siegfried lo sabía, y Tristán lo sabía.

Se los había dejado en la granja.

Una de las cosas más agradables de mi vida matrimonial era que mi esposa se llevara tan bien con los hermanos Farnon. Era natural, ya que ambos habían hecho todo lo posible para lanzarme al matrimonio con ella; Siegfried mediante algunos puntapiés bien aplicados, Tristán con motivaciones más sutiles. Este había intentado tranquilizarme cuando yo le consulté en el dispensario sobre mis pretensiones, aquella mañana de principios de primavera.

—Bien, es una buena señal.

Libró a disgusto sus pulmones de una gran humareda de Woodbine y me miró con sus ojos alentadores.

—¿Tú crees? —pregunté, dudoso.

Tristán asintió.

—Seguro. Helen acaba de llamarte, ¿no?

—Sí, de repente. No la he visto desde que la llevé al cine aquella noche y he estado tan ocupado todo este tiempo con los corderos... Y de pronto me llama ella invitándome a tomar el té el domingo.

—Me gusta cómo suena —dijo Tristán—, pero, naturalmente, no habrás pensado que ya lo has conseguido todo. Sabes que hay muchos contrincantes.

—¡Diablos, claro que lo sé! Supongo que seré uno más entre la muchedumbre.

—No exactamente; pero Helen Alderson vale la pena, en verdad. No solo es guapa sino, hum... muy agradable. Hay un toque de distinción en esa muchacha.

—¡Oh, lo sé, lo sé! Seguro que un montón de chicos van tras ella. Como el joven Richard Edmudson. He oído decir que está bien situado.

—Es cierto —dijo Tristán—. Antiguos amigos de la familia, grandes granjeros que nadan en dinero. Me han dicho que el viejo Alderson ya mira a Richard como yerno.

Hundí mis manos en los bolsillos.

—No puedo culparle; un joven veterinario y con el trasero al aire no supone mucha competición.

—Bueno, no te pongas triste, viejo; ya has hecho progresos, ¿no?

—En cierto modo —dije con una sonrisa seca—. La he invitado a salir dos veces... a un baile que no se celebró y a ver una película que no pusieron. Un fracaso completo la primera vez y casi lo mismo la segunda. Parece que la mala suerte me persigue... algo sale mal cada vez. Quizás este té no sea más que un gesto amable... devolverme las invitaciones o algo por el estilo.

—Tonterías. —Tristán se echó a reír y me dio un golpecito en el hombro—. Será el principio de mejores tiempos. Ya lo verás... Nada saldrá mal esta vez.

* * *

Y el domingo por la tarde, cuando bajé del coche para abrir la puerta del muro de piedra de Heston Grange, sí parecía que todo fuera a salir a las mil maravillas. El sendero pedregoso que se extendía desde la puerta y cruzaba los campos hasta el hogar de Helen parecía dormitar perezosamente bajo el sol, junto al río en curva, y el viejo edificio de piedra gris era como un lugar de reposo contra el fondo oscuro de las colinas más atrás.

Me apoyé en el muro bajo por un instante, para respirar aquel aire dulce. El tiempo había cambiado a lo largo de la semana anterior; había cesado el viento crudo, todo se había suavizado y llenado de verdor, y la tierra caliente exhalaba su aroma. En las laderas bajas de las colinas, a la sombra de los bosques de pinos, una pálida masa de campánulas se agitaba entre el bronce oscuro de los helechos y su fragancia me llegaba con la brisa.

Seguí en el coche por el sendero entre las vacas que comían con fruición la hierba nueva y tierna después del largo invierno en los establos y, al llamar a la puerta de la granja, me invadió una oleada de optimismo y bienestar. La hermanita de Helen me abrió y solo cuando entré en la cocina de suelo enlosado sentí un cierto temor. Tal vez fuera porque todo se parecía mucho a aquella primera ocasión, tan desastrosa, en la que acudí allí a buscarla para salir juntos: el señor Alderson al lado del fuego, enfrascado en la revista *Granjero y Ganadero* como entonces, y, sobre su cabeza, las vacas de aquel óleo, de gran tamaño seguían entrando en un lago de un azul extraordinario bajo las quebradas. Desde la pared encalada, el reloj nos lanzaba también su tic-tac inexorable.

El padre de Helen me miró por encima de las gafas como la otra vez.

—Buenas tardes, joven. Pase y siéntese. —Al hundirme en el sillón frente a él, me miró inseguro por unos instantes—. Ha mejorado el tiempo —murmuró, y luego sus ojos volvieron, sin poder evitarlo, a las páginas que tenía sobre las rodillas.

Cuando bajó la cabeza y se puso a leer de nuevo tuve la impresión de que no tenía la menor idea de quién era yo.

Me sobrecogió en convencimiento de que había una diferencia enorme en ir a una granja como veterinario y como visitante. En mis rondas yo entraba con frecuencia en las cocinas de las granjas para lavarme las manos en la pila después de haberme quitado las botas en la entrada, y charlaba sin el menor esfuerzo con la esposa del granjero sobre el animal enfermo. Pero aquí estaba yo, con mi mejor traje, sentado muy tieso frente a un viejo silencioso a cuya hija venía yo a cortejar. No era lo mismo, en absoluto.

Me sentí aliviado cuando entró Helen con un pastel que dejó sobre la mesa. Lo cual no resultó fácil ya que la mesa estaba sobrecargada; jamón y tartas de huevos lindantes con bollos azucarados, una lengua en adobo junto a un bol de ensalada, natillas de aspecto delicioso que trataban de hallar sitio entre las fuentes de salchichas, bocadillos de tomate y pastelillos. En un espacio más amplio, casi en el centro, se alzaba un bizcocho enorme con su cubierta de crema. Era un auténtico té del Yorkshire.

Helen se acercó a mí.

—Hola, Jim, qué agradable resulta verte... ya eres casi un extraño —dijo, y me dedicó una sonrisa lenta y amistosa.

—Hola, Helen. Sí, ya sabes lo que es la llegada de los corderos. Espero que las cosas se tranquilicen un poquito ahora.

—También yo lo espero. Trabajar tanto está muy bien, hasta cierto punto, pero se necesita un descanso de vez en cuando. Sea como sea, vamos a tomar el té. ¿Tienes hambre?

—Ahora sí —dije, contemplando todos aquellos platos abarrotados. Helen se echó a reír—. Bueno, sentémonos. Papá, deja tu querido *Granjero y Ganadero* y ven aquí. Íbamos a servirte en el comedor, Jim, pero papá solo quiere tomar el té en la cocina, así que no hay nada más que decir.

Ocupé mi sitio y lo mismo hicieron Helen, los pequeños Tommy y Mary, sus hermanitos, y tía Lucy, una hermana viuda del señor Alderson que desde hacía poco vivía con la familia. El señor Alderson gruñó al dirigirse a la mesa, se dejó caer en una silla de madera de respaldo muy alto y empezó a cortar la lengua flemáticamente.

Al aceptar mi plato muy cargado, yo no diría que me sintiera totalmente a gusto. En el curso de mi trabajo había aceptado muchas comidas en los hogares de las gentes hospitalarias de los Valles, y había descubierto que la conversación social no era bien recibida en la mesa. Lo normal, especialmente entre la gente más anticuada, era devorar la comida en silencio y volver al trabajo, pero quizás esta vez fuera distinto. Sin duda el té del domingo sería la ocasión de mostrarse más sociable. Miré, pues, en torno a la mesa esperando que alguien marcara la pauta.

Helen habló:

—Jim ha estado muy ocupado con las ovejas desde que le vimos la última vez.

—¿Ah, sí?

Tía Lucy inclinó la cabecita a un lado y sonrió. Era una mujer como un pajarito, muy parecida a su hermano y, por su modo de mirarme, supuse que estaba de mi lado.

Los pequeños me miraban fijamente sin dejar de masticar. En la otra ocasión en que los vi me habían mirado como un objeto de diversión, y las cosas no parecían haber cambiado. El señor Alderson echó un poco de sal en un rábano, se lo llevó a la boca y lo masticó, impasible.

—¿Hubo muchas enfermedades entre los corderos esta vez, Jim? —preguntó Helen, en un nuevo intento.

—Algunas —respondí animadamente—; no he tenido mucha suerte con el tratamiento. Intenté darles unas dosis de glucosa a las ovejas este año, y creo que esto les hizo bien.

Alderson se tragó el final del rábano.

—No me gusta la glucosa —gruñó—. La probé una vez y no me inspira mucha confianza.

—¿Ah, no? —dije—. Bueno, es interesante. Sí... sí... mucho.

Me dediqué a la ensalada por algún tiempo, antes de ofrecer otra contribución.

—Ha habido muchas muertes repentinas entre los corderos —dije—. Parece ser cosa de los riñones.

—Es curioso —dijo la tía Lucy, sonriendo animadora.

—Sí —continué, cogiendo ya la marcha—, y es estupendo que tengamos ahora una vacuna para luchar contra ello.

—Son algo maravilloso esas vacunas —intercaló Helen—. Con ellas, pronto podréis evitar muchas de esas enfermedades de las ovejas.

La conversación se animaba por momentos. Alderson terminó su ración de lengua y apartó el plato.

—No me gustan las vacunas. Y esas muertes repentinas de que habla... obedecen a unas bolas de lana que se forman en el estómago. Nada tienen que ver con los riñones.

—¡Ah! ¿Conque bolas de lana, eh? Ya comprendo, bolas de lana.

Se me fue el alma a los pies y decidí concentrarme en la comida.

Y, en realidad, esta valía la pena. Mientras iba probándolo todo, y con una sensación creciente de asombro, nacía en mi mente la convicción de que era muy probable que Helen hubiese preparado aquellos platos deliciosos. Cuando hundí los dientes en una tartita de requesón, empecé a apreciar el milagro de que una chica tan maravillosamente atractiva como Helen fuera capaz de prepararla.

La miré, al otro lado de la mesa. Era una muchacha alta y fuerte, al contrario de su padre; sin duda se parecía a su madre. La señora Alderson había muerto hacía varios años y me pregunté si tendría en vida aquella misma boca, amplia y generosa, que sonreía con tanta facilidad, y aquellos cálidos ojos azules bajo la masa suave de cabellos castaños.

Unas risitas de Tommy y Mary me demostraron que ambos habían estado observándome a su gusto mientras yo miraba con adoración a su hermana.

—A callar, vosotros dos —les riñó tía Lucy—. De todas formas, podéis iros pues vamos a quitar la mesa.

Helen y ella empezaron a llevarse los platos a la pila, más allá de la puerta, mientras el señor Alderson y yo regresábamos a nuestros sillones junto al fuego.

El hombrecillo me dirigió con un vago gesto de la mano:

—Ea... tome asiento, hum... joven.

Mientras las mujeres empezaban a fregar los platos, nos llegaron unas palabras desde la cocina. Estábamos solos.

La mano del señor Alderson se dirigió automáticamente hacia el número de *Granjero y Ganadero*, pero la retiró después de lanzar una mirada en mi dirección, y empezó a golpear el brazo del sillón mientras silbaba suavemente entre los dientes.

Yo buscaba desesperadamente el gambito adecuado, pero no se me ocurría nada. El tic-tac del reloj resonaba fuertemente en aquel silencio. Ya empezaba a romper a sudar, cuando el hombre se aclaró la garganta.

—Los cerdos se vendieron bien el lunes —dijo, con condescendencia.

—¿Sí? Bien, magnífico... estupendo.

Alderson asintió, fijó la mirada en algún punto por encima de mi hombro izquierdo, y empezó a tablear de nuevo en el brazo del sillón. Otra vez nos envolvió el pesado silencio y el reloj siguió martilleándonos su mensaje.

Después de lo que me parecieron años, el señor Alderson se agitó en el asiento y soltó una tosecilla. Le miré ansiosamente.

—Pero el ganado de hacienda no, sin embargo —dijo.

—¡Ah, qué pena! —murmuré—. Pero supongo que eso es lo que suele pasar, ¿no?

El padre de Helen se encogió de hombros y nos llamamos de nuevo. Esta vez comprendí que no había remedio. Mi mente era un vacío y mi compañero tenía el aire derrotado del hombre que ha puesto fin definitivamente a sus esfuerzos. Me eché atrás en el sillón y estudié los jamones y tiras de tocino que colgaban de sus ganchos en el techo, luego seguí examinando las filas de platos en el gran aparador de roble y un calendario muy charro de una firma de pasteles, que colgaba de un clavo de la pared. Aproveché ese instante para echarle una miradita de reojo al señor Alderson, y se me encogió el estómago al darme cuenta de que él había escogido ese preciso instante para lanzarme una mirada subrepticia. Ambos apartamos la vista a toda prisa.

Retorciéndome en el asiento y girando el cuello llegaba a ver el otro lado de la cocina, donde había un escritorio antiguo de tapa enrollable sobre el que se hallaba una fotografía del señor Alderson en la Primera Guerra Mundial, muy firme con su uniforme de la Guardia Real del Yorkshire, y mientras mis ojos recorrían la pared a partir de ese punto, Helen abrió del todo la puerta y entró rápidamente en la habitación.

—Papá —dijo con voz algo alterada—. Stan está aquí. Dice que una de las vacas sufre vértigo.

Su padre se levantó de un salto, indudablemente aliviado. Creo que le encantó la idea de tener una vaca enferma, y yo también me sentí como un prisionero liberado y me apresuré a salir tras él.

Stan, uno de los vaqueros, esperaba en el patio de la granja.

—Está en lo alto del campo, jefe —dijo—. La vi cuando fui a buscarlas para ordeñarlas.

Alderson me miró inquisitivamente; asentí y abrí la puerta del coche.

—Llevo todo lo necesario —dije—. Será mejor que vayamos inmediatamente.

Los tres nos apretamos en el asiento y salimos a toda velocidad hacia donde se veía el cuerpo tendido de una vaca junto a un muro de piedra, en el

ángulo superior. Las botellas y los instrumentos tintineaban detrás mientras pasábamos sobre los surcos.

Esto es algo a lo que todo veterinario acaba por acostumbrarse a principios del verano; una llamada urgente debido a las vacas que se caen repentinamente al suelo una a dos semanas después de haber salido a los pastos. Los granjeros lo llaman «temblores de la hierba» y su nombre científico de hipomagnesemia implica que está relacionado con el descenso del nivel de magnesio en la sangre. Una situación alarmante, y generalmente fatal, pero que por fortuna puede curarse mediante una inyección de magnesio en la mayoría de los casos.

A pesar de la gravedad del suceso, no pude reprimir cierta satisfacción. Aquello me había sacado de la casa y me daría la oportunidad de demostrar mi valía haciendo algo útil. El padre de Helen y yo todavía no habíamos establecido precisamente unas relaciones cordiales, pero tal vez cuando le pusiera a su vaca inconsciente mi inyección mágica, y el animal se levantara y se alejase caminando, me miraría bajo una luz distinta. Y a menudo sucedía de ese modo; algunas curas resultaban decididamente espectaculares.

—Por lo menos, aún está viva —dijo Stan mientras corríamos a toda prisa sobre la hierba—. Yo vi que movía las patas.

Tenía razón, pero cuando llegamos y bajé del coche sentí cierta aprensión. Aquellas patas se movían demasiado.

Las de este tipo, las de las convulsiones, eran las que solían morirse. El animal, tumbado de lado, pedaleaba frenéticamente en el aire con las cuatro patas, la cabeza echada hacia atrás, los ojos saltones y la boca llena de espuma. Mientras destapaba apresuradamente la botella de lactato de magnesio, se detuvo un segundo y experimentó un espasmo muy largo, con las piernas tendidas y rígidas, y los ojos cerrados. Al fin se relajó y quedó inerte por unos instantes terribles, antes de volver a comenzar aquel pataleo frenético.

Yo tenía la boca seca. El caso era muy grave. La tensión que sufría el corazón durante aquellos espasmos era enorme, y cada uno de ellos podía ser el último.

Me arrodillé a su lado, con la aguja apuntando a la vena. En la práctica, solía inyectar en la corriente sanguínea con el fin de lograr el efecto más rápido posible, pero en este caso vacilaba. Cualquier interferencia en el corazón podía matar a la vaca; era mejor ir sobre seguro... Adelanté la mano y clavé la aguja bajo la piel del cuello.

Al entrar el fluido y abultar los tejidos subcutáneos, produciendo una hinchazón cada vez más grande bajo el pellejo color ruano, la vaca sufrió otro espasmo. Este duró unos segundos inacabables, con los miembros temblorosos como si buscaran algo desesperadamente, y los ojos muy hundidos entre los párpados apretados. Yo la observaba impotente y con el corazón agitado, y esta vez, cuando salió del espasmo y empezó a moverse de nuevo, su pataleo ya no fue tan intenso como antes; eran tan solo unos movimientos laboriosos y torpes que se hicieron cada vez más débiles hasta que los ojos se abrieron lentamente y se fijaron en nosotros con una mirada vacua.

Me incliné y toqué la córnea con el dedo; no hubo respuesta. El granjero y el vaquero se miraron en silencio cuando el animal, con un estirón definitivo, se quedó muy quieto.

—Me temo que ha muerto, señor Alderson —dije.

Él asintió y sus ojos recorrieron lentamente aquel cuerpo inmóvil, los miembros airosos, los flancos magníficos de piel ruana, la ubre grande y turgente que ya no daría más leche.

—Lo siento —murmuré—. Me temo que el corazón dejó de funcionar antes que el magnesio tuviera la oportunidad de mejorarla.

—Es una cochina vergüenza —gruñó Stan—, porque era una vaca magnífica.

El señor Alderson regresó serenamente al coche.

—Bien, son cosas que pasan —murmuró.

Cruzamos los campos hasta llegar a la casa.

El trabajo allí había concluido ya y la familia estaba reunida en la sala. Me senté un rato con ellos, pero la emoción dominante en mí era el deseo urgente de estar en cualquier otra parte. El padre de Helen siempre había sido un hombre silencioso, pero ahora estaba sentado y encogido tristemente en el sillón, sin tomar parte alguna en la conversación. No podía por menos de preguntarme si él pensaría que yo había matado a su vaca. Desde luego, la cosa no tenía muy buen aspecto: el veterinario que corría junto al animal enfermo, una inyección rápida y al instante muerta. No, yo no tenía la culpa, pero resultaba deprimente.

En un impulso me puse de pie de un salto.

—Muchas gracias por este magnífico té —dije—, pero no tengo más remedio que marcharme. Estoy de guardia esta noche.

Helen me acompañó a la puerta.

—Ha sido muy agradable verte de nuevo, Jim. —Se interrumpió pensativa—. Quisiera que dejaras de preocuparte por esa vaca. Es una pena, pero no pudiste evitarlo. No se podía hacer nada.

—Gracias, Helen, lo sé. Pero fue un golpe muy duro para tu padre, ¿no?

Se encogió de hombros y me ofreció su sonrisa encantadora. Helen, siempre tan amable.

Al volver al coche por el sendero, entre las tierras de pastos hasta la puerta del muro, vi el cuerpo inmóvil de mi paciente, sus compañeras reunidas y curioseando en torno a ella bajo el sol cálido del atardecer. En cualquier momento llegaría el desguazador a recoger el cadáver en su carreta. Era el triste epílogo al fracaso de un veterinario.

Cerré la puerta de la valla a mis espaldas y miré hacia Heston Grange. Había creído que todo iba a salir bien esta vez, pero no había resultado así.

El maleficio continuaba.

8

Solían llamarlo «el mal del lunes por la mañana». Un endurecimiento e hinchazón casi increíble de las patas traseras de los caballos de tiro que habían permanecido en el establo durante el fin de semana. Por lo visto, la suspensión repentina del trabajo y ejercicio normales producía aquella impresionante linfangitis e hinchazón que daba un buen susto a muchos granjeros apenas empezar la semana.

Pero ya estábamos a miércoles por la tarde y el gran caballo castrado Shire del señor Crump estaba mucho mejor.

—Esta pata ya se ha reducido casi a su tamaño normal —dije, pasando la mano por la parte interior del corvejón y palpando los restos del edema bajo los dedos—. Debe de haber trabajado mucho en esto.

—Hice lo que me mandó usted. —La respuesta del señor Crump fue típicamente lacónica, pero yo sabía que tenía que haber pasado horas y horas poniendo fomentos, dando masaje a la pata y obligando al caballo a hacer ejercicio, como yo le dijera al darle la inyección de arecolina el lunes.

Empecé a llenar la jeringuilla para una segunda inyección.

—Ahora no toma maíz, ¿verdad?

—No, solo salvado.

—Magnífico. Creo que estará completamente bien en un día o dos, si sigue con el tratamiento.

El granjero gruñó y no hubo señales de aprobación en aquel rostro grande y rojizo, con su expresión de sorpresa perpetua. Pero yo sabía que estaba muy satisfecho. Apreciaba mucho al caballo y no había podido ocultar su preocupación ante el dolor e intranquilidad del animal en mi primera visita.

Entré en la casa para lavarme las manos y Crump me dirigió a la cocina, moviéndose torpemente su corpachón delante de mí. Me ofreció jabón y toalla con sus modales lentos, y permaneció en silencio mientras yo me inclinaba sobre la pila de loza oscura.

Mientras me secaba las manos, se aclaró la garganta y dijo en tono vacilante:

—¿Le gustaría tomar una copa de mi vino?

Antes de que pudiera contestarle, la señora Crump salió a toda prisa de una habitación interior. Estaba poniéndose el sombrero y tras ella venían sus hijos pequeños, vestidos como para salir.

—¡Oh, Alfred, déjalo! —Gruñó, mirando a su marido—. Al señor Herriot no le apetece tu vino. ¡Me gustaría que dejaras de darle la lata a la gente!

El muchacho sonrió.

—¡Papá y su vino! Siempre está a la caza de una víctima.

Su hermana se unió a la risa general y yo tuve la impresión incómoda de que el señor Crump estaba de más en su propia casa.

—Vamos al Instituto del pueblo a ver una obra de teatro del colegio, señor Herriot —dijo la señora Crump, con gran animación—. Nos hemos retrasado un poco, así que hemos de irnos.

Se largó con sus hijos, mientras el pobre hombre los miraba salir tímidamente.

Hubo un silencio mientras yo acababa de secarme las manos; luego me volví hacia el granjero.

—Bien, ¿qué hay de esa copa, señor Crump?

Vaciló por un instante y su aire de sorpresa se agudizó.

—¿De verdad... de verdad le gustaría probarlo?

—Me encantaría. Aún no he cenado y... me sentaría bien un aperitivo.

—De acuerdo, volveré enseguida.

Desapareció en el interior de una despensa enorme, al otro lado de la cocina, y regresó con una botella de líquido ambarino y dos vasos.

—Este es de ruibarbo —dijo, sirviendo dos raciones muy generosas.

Tomé un sorbito, luego un sorbo mayor y me quedé sin aliento, porque el líquido me iba dejando un reguero de fuego hasta el estómago.

—Muy fuerte —dije con dificultad—, pero el sabor es magnífico. Magnífico de verdad.

El señor Crump me observó con aprobación, al verme beber de nuevo.

—Sí, ahora está perfecto. Ya tiene casi dos años.

Vacíé el vaso y esta vez el vino no me quemó tanto, pero sí pareció penetrar por las paredes de mi estómago vacío y enviar unos tentáculos temblorosos por todos mis miembros.

—Delicioso —dije—. Absolutamente delicioso.

El granjero engordaba de satisfacción a ojos vista. Volvió a llenar los vasos y me observó extasiado mientras bebía. Cuando hubimos terminado el segundo vaso, se puso de pie de un salto.

—Ahora, para variar, quiero que pruebe algo distinto. —Se lanzó al trote ligero hacia la despensa, y sacó otra botella, esta vez de un líquido incoloro —. Es de bayas de saúco —dijo, respirando con cierta dificultad.

Cuando lo probé, quedé atónito ante el sabor delicioso y las burbujas que estallaban y parecían bailarme en la boca.

—¡Caray, es fabuloso! ¡Igual que el champaña! Oiga, usted tiene un don especial. Nunca creí que los vinos caseros pudieran tener este *bouquet*.

El señor Crump me miró un instante; luego se le alzaron las comisuras de los labios y una tímida sonrisa se extendió lentamente por su rostro.

—Es usted el primero al que se lo oigo decir. Cualquiera diría que me propongo envenenar a la gente si les ofrezco mi vino... Siempre lo rechazan pero ¡vaya si toman cerveza y *whisky*!

—Bien, pues no saben lo que se pierden, señor Crump. —Le observé mientras volvía a llenarme el vaso—. Parece imposible que pueda hacerse algo tan bueno en casa.

Bebí apreciativamente el licor de bayas de saúco. Siguió pareciéndome champaña.

Apenas había llegado a la mitad del vaso, cuando ya el señor Crump corría de nuevo a rebuscar en la despensa. Salió de allí con una botella de contenido rojo como la sangre.

—Pruebe esto —jadeó.

Empezaba a creermelo un catador profesional, así que tomé un sorbito y lo paseé por toda la boca con los ojos semicerrados.

—Mm... mm... sí. Se parece a un oporto excelente, pero hay algo más... un sabor en el fondo... algo familiar... Es... es...

—¡Zarzamoras! —gritó Crump, con aire triunfante—. Uno de los mejores que he hecho. No me ha salido tan bueno después. Ese fue un año magnífico.

Apoyándome en la silla, tomé otro sorbo de aquel vino sabroso y oscuro; tenía un sabor rotundo, cálido y, allá en el fondo, persistía la insinuación débil de las moras. Casi podía ver los racimos cargados, con los frutos brillantes, negros y succulentos, bajo el sol otoñal. El encanto de la imagen se adecuaba perfectamente a mi estado de ánimo en aquel momento, cada vez más expansivo. Miré a mi alrededor, apreciando la comodidad primitiva de aquella cocina de la granja, los jamones y tiras de bacón colgando de sus ganchos en el techo, y mi anfitrión sentado frente a mí observándome ansiosamente. Me di cuenta, por primera vez de que aún llevaba puesta la gorra.

—¿Sabe? —dije, alzando el vaso y estudiando a contraluz aquel tono carmesí—. No consigo decidir cuál de sus vinos me gusta más. Todos son

excelentes, y todos distintos.

También el señor Crump se había relajado. Echó atrás la cabeza y se rio encantado antes de apresurarse a rellenar los dos vasos.

—¡Pero si no ha empezado todavía! Tengo docenas de botellas ahí, todas ellas distintas. Ha de probar unas cuantas más. —Se dirigió de nuevo a la despensa y esta vez, al reaparecer venía cargado con un montón de botellas de diferentes formas y colores.

Qué hombre tan encantador, pensé. Cuán equivocado estaba yo en mi opinión sobre él. Había sido fácil catalogarle como hombre prosaico y torpón, pero, al mirarle ahora, su rostro revelaba amistad, hospitalidad y comprensión. Había mandado a paseo todas sus inhibiciones y, cuando se sentó entre las últimas botellas, empezó a hablar rápida y resueltamente sobre los vinos y su confección.

Con los ojos de par en par y ardiendo de pasión, peroró largo y tendido sobre los detalles más insignificantes de la fermentación y la sedimentación, el sabor y el *bouquet*. Departió con conocimiento de causa sobre los méritos relativos de Chambertin y el Nuits St. George, el Montrachet y el Chabilis. Los entusiastas resultan atractivos, pero un fanático es irresistible y yo seguía allí sentado y hechizado mientras él me ofrecía nuevas muestras de su arte mezclándolas con gran experiencia.

—¿Qué le pareció este?

—Muy bueno.

—¿Pero un poco dulce, quizás?

—Bueno, tal vez...

—De acuerdo, Pruébelo mezclado con este. —Aquí una adición meticulosa de unas gotas de otro líquido innominado de la fila de botellas—. ¿Qué le parece?

—¡Maravilloso!

—Ahora este. Un poquito áspero, ¿no?

—Posiblemente... sí...

Añadió de nuevo unas gotitas misteriosas a mi copa. Y otra vez la ansiosa pregunta:

—¿Está mejor?

—Excelente ahora.

El hombre bebía conmigo vaso tras vaso. Probamos licor de chirivías y de diente de león, de vellorita y de perejil, de trébol, de remolacha, de manzanas silvestres... Aunque parezca increíble, tomamos un líquido hecho de nabos tan exquisito que insistí en repetir.

Todo fue serenándose mientras seguíamos sentados allí. Los minutos pasaban cada vez más despacio hasta que al fin el tiempo careció por completo de significado. El señor Crump y yo también hablábamos con mayor lentitud, y nuestros movimientos se hacían cada vez más deliberados. Las visitas del granjero a la despensa se transformaron en una empresa trabajosa y difícil; a veces hacía eses en su camino a la puerta, y en una ocasión se oyó un tremendo estrépito en el interior y temí que se hubiera caído entre las botellas. Pero no podía levantarme por nada del mundo para ver qué pasaba y, a su debido tiempo, el señor Crump reapareció, al parecer incólume.

Serían casi las nueve cuando oí una llamada suave en la puerta exterior. No hice caso, ya que no deseaba interrumpir al señor Crump en plena exhibición de sus conocimientos.

—Esto —decía, con su rostro muy próximo al mío y golpeando una botella panzuda con el índice—, esto, en mi opinión, puede compararse con un Mosela magnífico. Lo hice el año pasado y le agradecería mucho que me dijera su parecer. —Se inclinó sobre el vaso, con ojos muy cargados, al servirme—. Bien, y ahora ¿qué dice? ¿Se le parece o no?

Tomé un sorbo y me detuve un instante. Para este momento ya todo me sabía a lo mismo, y de todas formas yo nunca había probado el Mosela, pero asentí e hipé solemnemente en respuesta.

El granjero apoyó una mano amistosa en mi hombro, y estaba a punto de soltar otro discurso cuando también él oyó la llamada. Cruzó la cocina con cierta dificultad y abrió la puerta. Vi allí a un muchacho y me llegó un murmullo.

—Tenemos una vaca de parto y hemos llamado a la clínica; dicen que el veterinario aún debe estar aquí.

Crump se volvió para mirarme.

—Son los Bamford, de Holly Bush. Quieren que vaya allí. No está ni a dos kilómetros.

—De acuerdo.

Me puse en pie trabajosamente y me agarré a la mesa, pues los objetos familiares de la habitación se habían lanzado a girar locamente a mi alrededor. Cuando se detuvieron, el señor Crump parecía estar de pie en la cima de una colina bastante empinada. Al llegar a la casa, el suelo de la cocina había estado perfectamente nivelado, pero ahora tuve que luchar con todas mis fuerzas para subir aquella pendiente.

Cuando llegué a la puerta, Crump miraba como un búho la oscuridad.

—Está lloviendo —dijo—. Está lloviendo a cántaros.

Contemplé el aguacero que rebotaba en los guijarros del patio, pero el coche estaba a pocos metros. Me disponía, pues, a partir cuando el granjero me retuvo por un brazo.

—Un momento, no puede salir así —dijo, alzando un dedo.

Luego rebuscó en un cajón y sacó una gorra de *tweed* que me ofreció con gran dignidad.

Yo nunca llevaba nada en la cabeza, hiciera el tiempo que hiciera, pero quedé muy conmovido y estreché en silencio la mano de mi compañero. Era comprensible que un hombre como el señor Crump, que llevaba gorra fuera y dentro de casa, retrocediera horrorizado ante la idea de que alguien se aventurara descubierto bajo la lluvia.

La gorra de *tweed* que me calé era la mayor que había visto en la vida, una especie de torta plana que en aquel momento creí que me resguardaría, no solo la cabeza, sino los hombros y todo el cuerpo bajo el aguacero.

Me despedí del señor Crump a disgusto, y, al instalarme ante el volante haciendo esfuerzos por recordar cómo se metía la primera, vi todavía la silueta de su corpachón contra la luz de la cocina. Agitaba la mano con suave benevolencia, y, cuando al fin me alejé, comprendí que aquella noche se había forjado allí una amistad maravillosa y profunda.

Conduciendo a paso de tortuga por el camino estrecho y oscuro, con la nariz casi pegada al parabrisas, tenía conciencia de algunas sensaciones extraordinarias. Me notaba los labios, la boca entera, en extremo pegajosos, como si hubiera estado bebiendo goma líquida en vez de vino; el aliento me salía por la nariz con un ruido extraño, como cuando el viento sopla por debajo de una puerta, y me resultaba muy difícil enfocar la vista. Afortunadamente, solo encontré otro coche y, cuando nos cruzamos, me sorprendió el hecho de que llevara dos juegos completos de faros que parecían fundirse y separarse a intervalos.

En el patio de Holly Bush bajé del coche, saludé con un gesto al grupo de sombras que estaban allí de pie, saqué del maletero la botella de antiséptico y las cuerdas para el parto, y entré muy decidido en el establo. Uno de los hombres alzó una vieja lámpara de aceite sobre una vaca tumbada en un lecho profundo de paja, en uno de los compartimentos. De la vulva sobresalía ya unos cuantos centímetros la pata de un ternero y, cuando la vaca hizo fuerza, apareció un morrito momentáneamente y luego se retiró al relajarse ella.

Allá en mi interior escuché la voz de un veterinario muy sobrio: «Solo una pata hacia atrás, y la vaca es muy grande. No tiene por qué haber problemas».

Me volví y miré a los Bamford por primera vez. No los conocía aún, pero resultaba fácil catalogarles: gentes sencillas, amables, ansiosas de complacer; dos hombres de mediana edad, probablemente hermanos, y dos jóvenes que serían hijos de uno o de otro. Todos me miraban a la luz difusa con ojos expectantes, la boca ligeramente abierta, como dispuestos a sonreír o a reír si se les daba la oportunidad.

Cuadré los hombros, inspiré profundamente y dije en voz muy alta:

—Por favor, ¿quieren traerme un cubo de agua caliente, jabón y toalla?

O al menos eso es lo que me proponía decir, porque lo que salió realmente de mis labios fue un torrente de palabras que parecían *swahili*. Los Bamford, dispuestos a lanzarse a la cocina para cumplir mis deseos, me miraron sin comprender. Carraspeé, tragué saliva, descansé unos segundos y lo intenté de nuevo. El resultado fue el mismo... otro galimatías que despertó ecos en el establo.

Indudablemente, estaba en apuros. Me era esencial el comunicarme de algún modo, sobre todo si se tenía en cuenta que aquellas personas no me conocían y esperaban la acción. Supongo que debía parecerles una figura enigmática y extraña, de pie allí, erguido y solemne, y coronado por aquella gorra absurda. Pero, a través de la niebla, un rayito de luz vino a decirme en qué me equivocaba. Pecaba por exceso de confianza. De nada servía tratar de hablar a gritos. Probé de nuevo en un susurro debilísimo.

—¿Podrían darme un cubo de agua caliente, jabón y una toalla, por favor?

Esta vez había salido precioso, aunque el viejo Bamford no lo captó del todo. Se acercó a mí llevándose una mano a la oreja y observando intensamente mis labios. Luego asintió con aire de comprensión, alzó un índice, cruzó el establo como un equilibrista sobre la cuerda floja y habló al oído de uno de sus hijos. El joven se volvió y salió sin ruido, cerrando tras él con el mayor cuidado. Estuvo de regreso en menos de un minuto, corriendo sobre las piedras con sus botas pesadas, y dejó el cubo ante mí.

Conseguí quitarme la chaqueta, corbata y camisa con bastante eficiencia, y ellos lo retiraron en silencio y lo colgaron todo en clavos, moviéndose con la misma solemnidad que si estuvieran en la iglesia. Pensé que ya todo iba bien hasta que empecé a lavarme las manos. El jabón se me escapaba una y otra vez, se caía en el canal de desagüe, y desaparecía en los ángulos más oscuros del establo con los Bamford en su persecución. Aún fue peor cuando intenté enjabonarme los brazos. El jabón salía volando por encima del hombro como algo vivo, iba a dar contra las paredes, se me escurría por la espalda. Los granjeros no podían adivinar por dónde iba a salir el tiro y

cobraron el aspecto de un equipo de *rugby*, todos ellos agazapados a mi alrededor y con los brazos extendidos, para ver quién lo agarraba.

Sin embargo, conseguí al fin sacar espuma y me sentí dispuesto a empezar, pero la vaca se negó de plano a ponerse en pie, así que tuve que tenderme junto a ella, de bruces sobre las duras piedras. Cuando ya estaba allí advertí que la enorme gorra me cubría hasta las orejas; debía habérmela puesto otra vez después de quitarme la camisa, aunque era difícil saber para qué.

Insertando suavemente una mano en la vagina fui tanteando junto al cuello del ternero esperando tropezar con una rodilla flexionada o incluso con un pie, pero quedé desilusionado: la pata estaba recta hacia atrás, pegada desde el hombro contra el costado del ternero. Sin embargo, todavía podría ir todo bien; solo se trataba de prolongar la búsqueda.

Y había un rasgo tranquilizador, el ternero estaba vivo. Mientras yacía allí, con la cara casi tocando el trasero de la vaca, tenía una visión perfecta del morrito que seguía apareciendo cada pocos segundos. Era magnífico ver cómo se agitaban aquellas aletas al probar el aire exterior. Todo lo que tenía que hacer era darle la vuelta a una pata.

Pero la pega era que yo seguía introduciendo el brazo y la vaca seguía haciendo presión apretándomelo cruelmente contra su pelvis huesuda, y obligándome a gemir de angustia durante unos segundos hasta que pasaba la presión. En esos momentos de crisis, la gorra se caía al suelo, pero cada vez unas manos amables volvían a colocármela inmediatamente en la cabeza.

Al fin conseguí agarrar aquella pata —no habría necesidad de cuerdas esta vez— y empecé a darle la vuelta. Me llevó más tiempo de lo que pensaba y creí que el ternero empezaba a perder la paciencia conmigo porque, cuando las contracciones de la vaca lo lanzaban hacia afuera, nos mirábamos cara a cara y me parecía que la criatura exclamaba con disgusto: «¡Por el amor de Dios, adelante con ello!».

Cuando salió la pata, ya todo se deslizó suavemente y en un instante el ternero quedó colocado como debía.

—Agarren esa pata —dije en voz baja a los Bamford y, tras unos comentarios en susurros, ocuparon su sitio.

En pocos instantes, un magnífico ternero rebullía sobre las losas agitando la cabeza y lanzando el fluido placental por las aletas de la nariz.

En respuesta a mis instrucciones, también en susurros, los granjeros le frotaron con unos puñados de paja y lo acercaron a su madre para que esta le lamiera.

Fue un final feliz para el parto más pacífico al que he asistido en la vida. Ni una voz se alzó, todos se movían en torno de puntillas. Me vestí en un silencio de catedral, llegué hasta el coche, susurré buenas noches y me marché. Los Bamford agitaron la mano en silencio.

* * *

Decir que tuve resaca a la mañana siguiente apenas insinuaría la desintegración total de mi ser y mi personalidad. Solo el que haya consumido dos o tres litros de una mezcla de vinos caseros de una sentada tendrá idea de las náuseas temblorosas, del infierno interior, de los nervios destrozados y de mi aspecto de desesperación absoluta.

Tristán, que me vio en el cuarto de baño mientras yo me echaba agua fría a chorros en la lengua, me preparó con gran intuición un huevo crudo, aspirinas y *brandy* que, cuando bajé al fin, permanecía como un peso frío e inmóvil en mi dolido estómago.

—¿Por qué caminas así, James? —pregunto Siegfried con una voz que me pareció el mugido de un toro, al tropezarme con él en el desayuno—. Tienes aspecto de haberte meado encima.

—¡Oh, no es nada! —No valía la pena decirle que, si caminaba con tanto cuidado sobre la alfombra, era porque estaba convencido de que el hecho de apoyar los talones con fuerza haría que los ojos se me salieran de las órbitas—. Tomé anoche unas cuantas copas de vino del señor Crump, y creo que me han trastornado un poco.

—¡Unas cuantas copas! Deberías tener más juicio... Eso es dinamita. Capaz de derribar a cualquiera. —Dejó caer la taza en el plato y luego empezó a armar un escándalo con el cuchillo y el tenedor, como en una interpretación individual del Coro de los Herreros—. Espero que tu estado no te impidiera acudir a casa de los Bamford.

Con todo cuidado partí una tostada en el plato.

—Bueno, llevé a cabo el trabajo; pero había bebido demasiado, de nada serviría negarlo.

Siegfried no se sentía dispuesto a animarme.

—¡Por Dios! ¡Esos Bamford son metodistas, y muy estrictos! Unos tipos magníficos, pero absolutamente fanáticos contra la bebida. Si pensaron que estabas bajo la influencia del alcohol, nunca te permitirán que vuelvas a entrar en su casa. —Cortó implacable la yema de un huevo—. Espero que no advirtieran nada. ¿Crees que lo notaron?

—Puede que no. No, yo diría que no.

Cerré los ojos, temblando, porque Siegfried introducía trozos de salchicha y pan frito en la boca y empezaba a masticarlos con fruición. Mi memoria recordó aquellas manos amables que volvían a colocarme la gorra monstruosa en la cabeza una y otra vez, y gemí interiormente.

¡Claro que lo sabían los Bamford! ¡Oh, sí, lo sabían!

9

El anciano caballero de cabellos de plata y rostro agradable no parecía ser un hombre de los que se preocupan sin motivo, pero sus ojos me miraban furiosos y sus labios temblaban de indignación.

—Señor Herriot —dijo—, he venido a presentar una queja. Me opongo firmemente a que usted permita que los estudiantes hagan prácticas con mi gata.

—¿Estudiantes? ¿Qué estudiantes? —pregunté, desconcertado.

—Creo que usted lo sabe, señor Herriot. Traje aquí a mi gata hace unos días, para una histerectomía, y a esta operación me refiero.

—Sí, lo recuerdo muy bien —asentí—, pero ¿dónde intervienen los estudiantes?

—Pues bien, la herida de la operación era bastante grande y una autoridad en la materia me ha dicho que fue hecha por alguien que solo está aprendiendo el oficio —explicó el viejo, y adelantó la barbilla con aire feroz.

—De acuerdo —admití—. Vayamos por partes. Yo mismo hice esa operación y tuve que agrandar la herida porque su gata estaba en avanzado estado de gestación. No podía oprimir a los fetos a través de la incisión original.

—¡Oh! No sabía eso.

—Segundo: aquí no tenemos estudiantes. Solo vienen en vacaciones y, desde luego, no se les permite que hagan operaciones.

—Bien, esa señora parecía estar bastante segura de lo que decía. Habló con gran autoridad. Echó una mirada a la gata y afirmó que aquello era labor de un estudiante.

—¿Señora?

—Sí —dijo el caballero—. Sabe muchísimo de animales y vino por casa para ver si podía colaborar en la convalecencia de mi gata. Y trajo unos polvos acondicionadores excelentes.

—¡Ah! —La luz se abrió paso entre la niebla de mi cerebro. Todo estaba claro de pronto—. Se trata de la señora Donovan, ¿verdad?

—Bien... sí... ese es su nombre.

La vieja señora Donovan era una mujer realmente entrometida. Ocurriera lo que ocurriera en Darrowby —una boda, un funeral, la venta de una casa— su figura gruesa y su cara de palo siempre figuraban entre los espectadores, con unos ojillos negros y penetrantes que lo captaban todo. Y siempre, tras ella, su terrier.

Cuando digo vieja me limito a adivinar sus años, porque era una de esas mujeres de edad indefinida. Llevaba por ahí muchísimo tiempo, pero lo mismo podía tener cincuenta y cinco años que setenta y cinco. Desde luego, poseía la vitalidad de una joven porque sin duda recorría grandes distancias en su lucha constante por mantenerse al tanto de todos los asuntos. Muchas personas criticaban con comentarios nada caritativos su curiosidad enfermiza pero, fuera cual fuera el motivo, sus actividades abarcaban todos los aspectos de la vida de la ciudad. Y uno de esos aspectos era nuestra práctica de la veterinaria.

Porque la señora Donovan, entre la amplia gama de sus intereses, era doctora de animales. En realidad, creo que lo más seguro sería decir que esta faceta de su vida sobrepasaba a todas las demás.

Podía hablar largo y tendido de las enfermedades de los animales pequeños y tenía a su disposición todo un armamento de medicinas y remedios, entre cuyas especialidades figuraban los polvos acondicionadores que hacían milagros y un champú para perros de un valor sin precedentes para mejorar el pelo. Era notable su habilidad para descubrir a un animal enfermo, y, cuando yo iba a mi ronda, no era extraño que me tropezara con el rostro oscuro y agitanado de la señora Donovan que examinaba con todo interés al que yo creía mi paciente, a la vez que le administraba gelatina de pata de buey o cualquiera otra de sus panaceas patentadas.

Yo sufría más que Siegfried, ya que tomaba parte más activa en la cuestión de los animales pequeños que tratábamos. Estaba ansioso por desarrollar esta práctica y mejorar mi imagen en este campo. Y la señora Donovan no suponía, precisamente, una ayuda.

—Ese joven Herriot —les decía a mis clientes— está bien para el ganado y todo eso, pero no sabe nada de perros y gatos.

Y naturalmente, ellos la creían y tenían una fe implícita en ella. Contaba con el atractivo místico e irresistible del aficionado, aparte su costumbre, tan apreciada en Darrowby, de no cobrar nunca nada por sus consejos, medicinas y largos periodos de cuidados.

Los viejos de la ciudad comentaban que su marido, un granjero irlandés que falleció hacía muchos años, debía de haber tenido su «rinconcito» porque, al parecer, la señora Donovan había podido permitirse hacer cuanto le apetecía a lo largo de esos años sin problemas económicos. Como prácticamente hacía su vida en las calles de Darrowby, todos los días yo solía encontrármela varias veces, y siempre me sonreía dulcemente y me decía que había estado en vela toda la noche con el perro de fulano, al que yo trataba. Estaba segura de que ella podría curarlo.

Sin embargo, no había la menor sonrisa en su rostro el día en que se metió como un ciclón en la clínica mientras Siegfried y yo tomábamos el té.

—¡Señor Herriot! —exclamó sin aliento—. ¿Puede venir? ¡Han atropellado a mi perrito!

Me puse en pie de un salto y salí corriendo hacia el coche con ella. Se sentó a mi lado con la cabeza inclinada, las manos muy tensas y cruzadas sobre sus rodillas.

—Se soltó de la correa y pasó por delante de un coche —murmuró—. Está tendido en el suelo ante el colegio, a mitad de la carretera de Cliffend. Por favor, dese prisa.

Estuve allí en tres minutos, pero cuando me incliné sobre el cuerpecito cubierto de polvo y tendido sobre la acera comprendí que nada podía hacer. Los ojos vidriados, la respiración débil y entrecortada, la palidez fantasmal de la membrana mucosa, todo contaba la misma historia.

—Me lo llevaré a la clínica y le pondré una solución salina, señora Donovan —dije—, pero me temo que sufre una fuerte hemorragia interna. ¿Vio exactamente lo que sucedió?

Tragó saliva.

—Sí, la rueda le pasó por encima.

El hígado roto, claro. Pasé las manos bajo el animalito y empecé a alzarlo suavemente pero, al hacerlo, la respiración se cortó y los ojos quedaron fijos.

La señora Donovan cayó de rodillas y por unos instantes acarició suavemente el pelo sucio de la cabeza y cuello.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo al fin.

—Me temo que sí —dije.

Se puso lentamente en pie y quedó desconcertada entre el pequeño grupo de transeúntes que se reunieron para curiosar. Sus labios se movían, pero parecía incapaz de decir nada.

La cogí del brazo, la llevé al coche y abrí la puerta.

—Suba y siéntese —dije—. La llevaré a su casa. Déjelo todo en mis manos.

Envolví el perro en el delantal de partos y lo coloqué en el maletero antes de partir. Solo cuando paramos ante su casa, la señora Donovan empezó a llorar silenciosamente. Seguí sentado allí sin hablar, hasta que se hubo desahogado. Entonces se secó los ojos y se volvió hacia mí.

—¿Cree que sufrió mucho?

—Seguro que no. Fue todo tan rápido... Ni se enteraría siquiera.

Intentó sonreír.

—Pobre pequeño *Rex*, no sé qué voy a hacer sin él. Hemos recorrido muchos kilómetros juntos, ¿sabe?

—Ya lo creo que sí. Su perro tuvo una vida maravillosa, señora Donovan. Y permítame que le dé un consejo: debe tener otro perro. Estaría perdida sin uno.

Agitó la cabeza.

—No, no podría. Ese perrito significa demasiado para mí. No puedo permitir que otro ocupe su lugar.

—Bien, comprendo que sienta eso ahora, pero me gustaría que pensara en ello. No quiero parecer insensible... pero es lo que digo a todos cuando pierden a un animal y sé que es un buen consejo.

—Señor Herriot, nunca tendré otro. —Agitaba de nuevo la cabeza, con decisión—. *Rex* fue mi amigo fiel durante muchos años y quiero recordarlo. Es el último perro que tendré en la vida.

* * *

Vi con frecuencia a la señora Donovan por la ciudad después del accidente y me alegró ver que se mantenía tan activa como siempre, aunque parecía extrañamente incompleta sin el perrito al extremo de la correa. Sin embargo, transcurrió como un mes antes de que tuviera oportunidad de hablarle.

Fue la tarde en que me telefoneó el inspector Halliday, de la Sociedad Protectora de Animales.

—Señor Herriot —dijo—, me gustaría que viniera conmigo a ver a un animal. Un caso de crueldad.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—Un perro, y está muy grave. Un caso terrible de negligencia.

Me dio el nombre de una calle de viejas casitas de ladrillo junto al río, y dijo que nos encontraríamos allí.

Halliday me esperaba, muy elegante y con aspecto oficial vistiendo su uniforme oscuro, cuando detuvo el coche en la callejuela posterior, detrás de las casas. Era un hombre alto y rubio, de ojos azules y alegres, pero no sonreía al acercarse al coche.

—Ahí está —dijo, y me dirigió hacia una de las puertas de aquella pared larga y ruinosas.

Algunos curiosos andaban por allí, y con sensación de ineludibilidad, reconocí un rostro moreno e interesado. La señora Donovan, me dije, no podía faltar entre los presentes en un momento como aquel.

Atravesamos una puerta y penetramos en el jardín alargado. Ya había descubierto que, incluso las moradas más pobres de Darrowby, tenían al menos una franja de terreno en la parte posterior, como si los constructores hubieran dado por sentado que los campesinos que vivirían en ellas querrían trabajar la tierra, dedicarse al cultivo de verduras y frutas e incluso a la cría de animales en menor escala. Era fácil encontrar un cerdo por allí, gallinas y, desde luego, hermosos macizos de flores.

Pero aquel jardín era un terreno yermo. Un aire helado de desolación envolvía a los pocos manzanos y ciruelos de ramas retorcidas entre una maraña abundante de malas hierbas, como si el lugar hubiera vivido olvidado de todos.

Halliday se acercó a un cobertizo de madera ruinosas cuya pintura se caía en escamas, con un tejado de hierro ondulado. Sacó una llave, abrió el cerrojo y dejó la puerta parcialmente abierta. No había ventana, por lo que no resultaba fácil identificar la confusión interior: instrumentos de jardinería rotos, una planchadora mecánica vieja, filas de macetas y botes de pintura a medio uso. Y, allá en el fondo, un perro sentado y muy quieto.

No lo capté de inmediato a causa de la oscuridad y porque el olor del cobertizo me produjo una tos repentina, pero al acercarme vi que era un animal muy grande y que estaba sentado muy erguido, con el collar asegurado por una correa a una anilla en la pared. Había visto ya algunos perros muy delgados, pero un enflaquecimiento tan avanzado me recordó los libros de texto de anatomía. En ninguna otra parte había visto con una claridad tan horrible los huesos de la pelvis, rostro y costillas. Un agujero profundo en el suelo de tierra nos mostraba dónde había estado echado, dónde se había removido y vivido durante largo tiempo.

La visión del animal me dejó estupefacto y solo pude captar en parte el resto de la escena: unos asquerosos restos de saco repartidos por allí; el bol de agua sucia y espumosa.

—Mírele el trasero —dijo Halliday.

Levanté cuidadosamente el perro del lugar que ocupaba y comprendí que el olor de aquel cobertizo no se debía por completo a los montones de excrementos. Los cuartos traseros eran una masa de llagas originadas por el roce, que se habían vuelto gangrenosas, y de ellas colgaban tiras de carne. Había llagas similares a lo largo del esternón y las costillas. El pelaje, que parecía amarillento, estaba mate y lleno de suciedad.

El inspector habló de nuevo.

—No creo que haya salido jamás de aquí. Es muy joven, solo un año o poco más, pero opino que ha vivido en este cobertizo desde que era un cachorro de un par de meses. Alguien oyó un gemido desde la callejuela, de lo contrario jamás lo hubiésemos encontrado.

Se me contrajo la garganta y sentí unas náuseas repentinas que no se debían al olor, sino a la idea de aquel animal paciente muerto de hambre, olvidado de todos y sentado allí solo, en la oscuridad y la suciedad, durante un año. Miré de nuevo al perro en sus ojos y vi únicamente una confianza serena. Otros perros habrían ladrado como locos y se les habría descubierto muy pronto; quizás algunos se habrían sentido aterrorizados y se habrían vuelto rabiosos, pero este era uno de esos canes que nunca exigen nada, de los que tienen una fe total en los hombres y aceptan sus actos sin queja. Solo un gemido ocasional, tal vez después de horas y horas de estar sentado en la negra oscuridad que era su mundo; sin duda, se preguntaría alguna vez el motivo de todo ello.

—Bien, inspector, espero que le eche una buena bronca al responsable —dije.

Soltó un gruñido.

—No podemos hacer gran cosa. Es un caso de carencia de responsabilidad. Su propietario es un retrasado mental. Vive con una madre anciana que tampoco comprende gran cosa de lo que ocurre. He visto al tipo y por lo visto le echaba al animal un poco de comida cuando le venía en gana y eso era todo. Le multarán y le impedirán que tenga otro perro en el futuro, pero no creo que pueda hacerse más.

—Comprendo. —Extendí la mano y acaricié la cabeza del perro, y este respondió inmediatamente poniéndome una pata en la muñeca. Había cierta dignidad patética en su modo de mantenerse erguido; los ojos serenos me miraban amistosos y sin miedo—. Bien, ya me hará saber si quiere que me presente en el juicio.

—Desde luego, y gracias por venir. —Halliday vaciló un instante—. Y, supongo que ahora querrá poner fin a la angustia de este pobrecillo enseguida.

Yo seguía pasándole la mano sobre la cabeza y las orejas mientras pensaba.

—Sí... claro... supongo que sí. Jamás encontraríamos un hogar para él, hallándose en semejante estado. Es lo mejor que podemos hacer. De todos modos, abra del todo la puerta para que pueda echarle una mirada a fondo.

Con mejor luz, ya pude examinarle a conciencia. Dientes perfectos, miembros bien proporcionados de los que colgaba un fleco de pelaje amarillento. Le ausculté con el estetoscopio y, mientras escuchaba el latir lento y firme del corazón, el perro me puso de nuevo la pata sobre la mano.

Me volví hacia Halliday.

—¿Sabe, inspector? Dentro de esta bolsa de huesos hay un magnífico perdiguero. Me gustaría hallar el modo de salvarlo.

A la vez que hablaba, observé que había más de una figura ante la puerta. Un par de ojillos negros miraban intensamente al perro por encima de los anchos hombros del inspector. Los demás espectadores se habían quedado en el jardín, pero la curiosidad de la señora Donovan había podido más que ella. Yo seguí hablando como si no la hubiera visto.

—Voy a decirle una cosa —insistí—. Lo que este perro necesita en primer lugar es un buen champú que le limpie ese pelo tan mate.

—¿Qué? —exclamó Halliday.

—Sí, y luego unas buenas dosis de polvos acondicionadores realmente fuertes.

—¿Cómo dice?

El inspector parecía desconcertado.

—No hay la menor duda —afirmé—, es la última esperanza para él, pero ¿dónde encontrarlos? Porque han de ser unos polvos realmente fuertes. —Suspiré y me levanté—. Bien, supongo que nada se puede hacer. Será mejor que lo duerma para siempre, enseguida. Traeré lo necesario del coche.

Cuando regresé al cobertizo, la señora Donovan ya estaba en el interior examinando al perro, a pesar de la débil oposición del inspector.

—¡Mire! —exclamó excitada, señalando un nombre apenas visible sobre el collar—. Se llama *Roy*. —Me sonrió—. ¿No cree que ese nombre se parece un poco a *Rex*?

—Pues verá, señora Donovan, ahora que usted lo menciona le diré que sí. Se parece mucho a *Rex* cuando usted lo pronuncia —asentí.

Guardó silencio unos momentos, indudablemente dominada por una emoción profunda. Luego estalló de pronto.

—¿Puedo quedármelo? Lograré curarlo, sé que puedo. Por favor, por favor, ¡permítame que me lo quede!

—Bien, no sé —dije—, en realidad ha de decidirlo el inspector. Tiene que pedirle su permiso.

Halliday la miraba desconcertado; luego murmuró un «Perdone, señora», y se me llevó a un lado. Recorrimos unos cuantos metros sobre la hierba y nos detuvimos bajo un árbol.

—Señor Herriot —susurró—. Ignoro lo que ocurre aquí, pero no puedo entregar el animal en estas condiciones a nadie por un capricho casual. El pobrecillo ya ha sufrido bastante..., yo creo que es suficiente. Esta mujer no me parece la más adecuada...

Alcé la mano.

—Créame, inspector, no tiene por qué preocuparse. Es una vieja curiosa y rara, pero hoy me parece enviada por el cielo. Si hay alguien en Darrowby capaz de darle una vida nueva y distinta a este perro es ella.

Halliday aún seguía dudando.

—Pero no lo comprendo. ¿A qué se refería usted cuando habló de champú y polvos acondicionadores...?

—¡Oh, eso nada importa! Ya se lo contaré en otra ocasión. Lo que necesita es una buena limpieza, cuidado y afecto, y eso sí lo va a conseguir. Le doy mi palabra.

—De acuerdo, parece usted muy seguro.

Halliday me miró unos segundos, luego giró en redondo y se dirigió a la figurita junto al cobertizo.

* * *

Jamás había ido antes deliberadamente a la búsqueda de la señora Donovan; ella me salía siempre al paso allá donde yo estuviera por casualidad. Pero ahora registraba ansiosamente las calles de Darrowby, día tras día, sin encontrarla. No me gustó nada que Gobber Newhouse se emborrachara y se lanzara muy decidido con la bicicleta a través de un seto para caer en un agujero de tres metros donde estaban colocando la alcantarilla nueva, y no se viera a la señora Donovan entre la muchedumbre divertida que observaba a los obreros del ayuntamiento y a los dos policías que trataban de sacarle; y cuando tampoco la vi la noche en que acudieron los bomberos a la freiduría donde se había incendiado la grasa, me sentí gravemente preocupado.

Tal vez debía haberme acercado a su casa para ver cómo le iba con aquel perro. Desde luego, yo le había recortado todo el tejido gangrenoso y vendado las llagas antes de que ella se lo llevara, pero tal vez necesitara algo más que eso. Y, sin embargo, en aquel momento había experimentado la certeza de que lo principal era sacarlo de allí y limpiarlo y alimentarlo, y que la naturaleza haría el resto. Tenía mucha fe en la señora Donovan —mucho más de la que ella tenía en mí— cuando se trataba de cuidar a los animales, y me resultaba difícil creer que hubiese estado completamente equivocado.

Pasaron casi tres semanas y estaba a punto de ir a visitarla a su casa cuando la vi caminando animadamente por el extremo más alejado de la plaza del mercado, dedicada a examinar desde muy cerca los escaparates, exactamente igual que antes. La única diferencia era que ahora llevaba un perro grande y amarillo sujeto a la correa.

Hice girar el volante y obligué al coche a saltar sobre las piedras hasta hallarme ante ella. Cuando me vio bajar, se detuvo y sonrió abiertamente, pero no habló mientras yo me inclinaba sobre *Roy* para examinarlo. Aún seguía delgado, pero parecía muy animado y feliz; las heridas estaban sanas y cerrándose, y no había una mota de suciedad en el pelo ni en la piel. Comprendí entonces lo que la señora Donovan había estado haciendo todo aquel tiempo: lavando, peinando y rastrillando toda aquella suciedad hasta conquistarla al fin.

Cuando me puse en pie, me tomó de la mano con un apretón de fuerza sorprendente y me miró a los ojos.

—Vamos, señor Herriot —dijo—. ¿No cree que he transformado por completo a este perro?

—Ha hecho maravillas, señora Donovan —contesté—. Le ha tratado con ese inigualable champú suyo, ¿verdad?

Se echó a reír y se alejó, y, a partir de ese día, los vi a los dos con frecuencia, pero a distancia, y pasaron unos dos meses antes de que tuviera la oportunidad de hablarle de nuevo. Pasaba ella ante la clínica en el momento en que yo bajaba los escalones de la entrada y de nuevo me cogió de la muñeca.

—Señor Herriot —dijo, como la otra vez—. ¿No cree que he transformado por completo a este perro?

Miré a *Roy* con algo semejante al temor. Había engordado hasta rellenar toda la piel, y el pelo no era ya amarillo sino de un hermoso tono dorado y caía en oleadas brillantes sobre los lomos, lustrosos ahora. Un collar nuevo y delicadamente trabajado brillaba en su cuello, y la cola, de soberbio fleco,

abanicaba el aire suavemente. Ahora era un perdiguero dorado en toda su magnificencia. Mientras lo examinaba se enderezó, lanzó las patas anteriores sobre mi pecho y me miró al rostro, y en sus ojos leí claramente la misma confianza y afecto serenos que leyerá en aquel negro y asqueroso cobertizo.

—Señora Donovan —dije suavemente—, es el perro más hermoso del Yorkshire. —Luego añadí, porque sabía que lo estaba esperando—. Supongo que son esos maravillosos polvos acondicionadores. ¿Qué pone usted en ellos?

—¡Ah, ya lo creo que le gustaría saberlo! —dijo sonriendo con coquetería y creo que fue aquel momento en que estuvo en mayor peligro de que le robaran un beso en su vida.

Supongo que podría decirse que este fue el principio de la nueva vida de Roy. A medida que fueron pasando los años me pregunté a menudo sobre la benéfica providencia que decretó que un animal que había pasado su primer año abandonado y si amor, contemplando sin comprender aquella maloliente y eterna oscuridad, pasara en un instante a una existencia de luz, movimiento y amor. Porque no creo que ningún perro disfrutara tanto de la vida como Roy, a partir de entonces.

Su dieta cambió drásticamente de unos mendrugos de pan ocasionales a las mejores carnes y bizcochos, a huesos bien recubiertos y un bol de leche caliente cada noche. Y jamás se perdía nada... Fiestas campestres, deportes del colegio, gymkhamas, en todas partes estaba él. Me alegró observar que, con el paso del tiempo, la señora Donovan parecía querer optar al premio por el mejor kilometraje. El número de pares de zapatos desgastados por ella debió de ser fenomenal, pero, naturalmente, eso era una bendición para Roy: un buen paseo por la mañana, a casa a comer y otra vez fuera; y así todos los días.

La señora Donovan no confinaba sus actividades al centro de la ciudad: había una gran extensión de terreno comunal junto al río, con algunos bancos, donde la gente solía llevar a sus perros para que corrieran, y a ella le gustaba sentarse allí con cierta regularidad para comprobar las últimas novedades en la escena doméstica. Con frecuencia veía a Roy saltando majestuosamente sobre la hierba entre una jauría de animales diversos, o bien sometiéndose a las caricias y mimos de todos. Era un perro guapo y muy cariñoso con la gente, y eso le hacía irresistible.

Era de conocimiento común que su ama había adquirido toda una selección de cepillos y peines de varios tamaños, con los que le arreglaba el pelo. Algunos llegaban a decir que incluso tenía un cepillito para los dientes,

y puede que fuera verdad. Desde luego no hacía falta que le cortaran las uñas... la vida de correteo constante se las mantenía en su tamaño justo.

La señora Donovan también tenía su recompensa, pues disponía de un fiel compañero a su lado a toda hora del día y de la noche. Pero aún hubo algo más: siempre había sentido el impulso de ayudar y sanar a los animales, y la salvación de *Roy* fue el clímax de su vida, un triunfo deslumbrador cuyo brillo jamás se apagó.

Sé que su recuerdo perduró siempre porque, muchos años después, estaba un día sentado observando un partido de críquet cuando los vi a los dos: la vieja mirando ansiosamente a su alrededor y *Roy* contemplando plácidamente el campo de juego, disfrutando al parecer con cada tirada. Al final del partido se alejaron entre la multitud; *Roy* tendría unos doce años y solo el cielo sabe lo vieja que sería la señora Donovan, pero el gran animal dorado trotaba sin esfuerzo y su ama, un poco más inclinada quizá, con la cabeza más cerca del suelo, se conservaba muy bien.

Cuando me vio, retrocedió hasta mí y sentí el apretón familiar en la muñeca.

—Señor Herriot —dijo, y en los ojos penetrantes aún latía el mismo orgullo cálido y la misma sensación de triunfo, como si todo hubiera sucedido ayer—. Señor Herriot, ¿no cree que he transformado por completo a este perro?

10

Lo que lo había transformado todo era la serenidad actual de mi vida hogareña. Las incidencias curiosas de la práctica de mi trabajo continuaban y continuarían siempre, pero detrás de todo ello la presencia de Helen suponía un calor íntimo, una paz inconmensurable. Cuando recordaba los años anteriores a nuestro matrimonio, los veía como una época de inseguridad y rememoraba algunos sucesos, como la Feria de Darrowby, como si hubieran ocurrido hacía una eternidad.

Recuerdo bien el momento en que Siegfried me habló de ello.

—¿Qué te parecería actuar en la Feria de Darrowby, James?

Lanzó sobre la mesa la carta que había estado leyendo y se volvió hacia mí.

—No me importaría, pero pensé que tú te encargabas siempre de ello.

—Sí, pero la carta dice que han cambiado la fecha este año, y da la casualidad de que ese fin de semana voy a estar fuera.

—Bien, estupendo. ¿Y qué tengo que hacer?

Siegfried pasó los ojos por la lista de llamadas.

—En realidad, es una sinecura. Más bien un día de fiesta al aire libre que otra cosa. Tienes que medir los *poneys* y estar allí por si algún animal resulta herido. Eso es todo. Y además querrán que seas el juez en el concurso de animales domésticos.

—¿Animales domésticos?

—Sí; por supuesto, hay un auténtico concurso de perros, pero para eso ya tienen un juez experto. Lo otro no es más que un juego; toda clase de animalitos. Has de buscar un primer premio, un segundo y un tercero.

—De acuerdo —dije—. Creo que seré capaz de arreglármelas.

—Espléndido. —Siegfried me entregó el sobre en el que llegó la carta—. Ahí tienes el billete de aparcamiento del coche y los del almuerzo, para ti y un amigo si quieres llevar a alguien. Y también tu insignia de veterinario. ¿De acuerdo?



El sábado de la feria llegó con la clase de tiempo que incita a los organizadores a frotarse las manos satisfechos: el cielo de un azul amplio y sin nubes, apenas un poco de aire, y aquel sol cálido que no suele encontrarse en el norte del Yorkshire.

Al dirigirme al terreno de la feria, me pareció contemplar una escena viva de la vieja Inglaterra. El grupo de tiendas y marquesinas de alegres colores destacaba ante el verdor del campo junto al río; las mujeres y niños con sus vestidos de blusa corta, y una fila de enormes caballos Shire desfilando por la pista.

Aparqué el coche y me dirigí a la tienda de los administradores, cuya banderola colgaba serenamente del mástil. Allí, Tristán se separó del mí. Con el olfato agudo del estudiante pobre par el aroma de la comida y la diversión gratis, se había apoderado de los billetes que sobraban. Mientras él se dirigía con todo propósito a la tienda donde vendían cerveza, yo fui a informar al secretario de la feria.

Dejando allí la vara de medir recorrí someramente los terrenos.

Una feria campestre puede ser muchas cosas distintas para muchas personas distintas. Caballos de montar de todas clases, desde pequeños *poneys* a caballos de caza, galopaban de arriba abajo y, en una pista, los jueces rodeaban a un grupo de yeguas con sus hermosos potrillos.

En un ángulo, cuatro hombres, armados de cubos y cepillos, lavaban y arreglaban a una fila de toros jóvenes con gran esmero, rizando y ondeando el pelo sobre las ancas como si fueran peluqueros de la alta sociedad.

Al recorrer las tiendas, examiné la variedad desconcertante de productos del campo, desde montañas de ruibarbo a mazos de cebollas, y puestos de flores, bordados, mermeladas, pasteles y tartas. Y la sección de niños: un cuadrado de «La playa de Scarborough», por Annie Heseltine, de nueve años; filas de láminas escritas con mayúsculas: «Lo bello es un placer para siempre», por Bernard Peacock, de doce años.

Atraído por la melodía que llegaba a mis oídos crucé el césped hacia el lugar donde la Banda de Plata de Darrowby y Houlton interpretaba *Poeta y Aldeano*. Los músicos eran de todas las edades, desde los setenta años hasta un muchacho o dos de unos catorce, y la mayoría de ellos se habían quitado las chaquetas del uniforme, pues sudaban bajo el sol. Jarras de cerveza descansaban bajo algunas sillas, y los músicos se refrescaban a menudo con tragos abundantes.

Me sentí especialmente fascinado por el director, un hombrecillo frágil que parecía tener unos ochenta años. Solo él conservaba el uniforme completo, con gorra y todo y se alzaba, al parecer inmóvil, ante el grupo de músicos, la barbilla hundida en el pecho y los brazos colgando a los costados. Hasta que no llegué junto a él no advertí que con los dedos marcaba el ritmo de la música y que en realidad sí estaba dirigiendo. Y, cuanto más le observaba, más adecuado me parecía que lo hiciera así. El desagrado que a las gentes del Yorkshire les inspira el exhibicionismo o, en realidad, cualquier demostración de emoción, hacia inconcebible que levantara los brazos y manoteara según el estilo más ortodoxo; sin duda habría dedicado muchas horas a dirigir y ensayar a sus músicos, pero allí, cuando mostraba al público los resultados de su labor, no iba a alardear de ello. Incluso aquel chasqueo casi imperceptible de los dedos tenía algo de culpabilidad, como si el viejo creyera que le estaban sorprendiendo en algo vergonzoso.

Pero mi atención se apartó bruscamente de él cuando un grupo de gentes pasó ante mí, al otro lado de la banda. Era Helen con Richard Edmundson y, tras ellos, el señor Alderson y el padre de Richard, enfrascados en su conversación. El joven caminaba muy cerca de Helen, el pelo brillante y aplastado, inclinándose posesivamente hacia la cabeza oscura de la muchacha y muy animado el rostro mientras hablaba y reía.

No había nubes en el cielo, pero fue como si una mano oscura se hubiese alzado y ocultado el brillo del sol. Me volví rápidamente y fui en busca de Tristán.

Pronto encontré a mi colega al entrar a toda prisa en la tienda sobre cuya entrada había el rótulo de «Refrescos». Apoyaba los codos en el mostrador provisional y charlaba jovialmente con los de la localidad, todos ellos cubiertos con la gorra de paño, un Woodbine en una mano y una enorme jarra de cerveza en la otra. Se respiraba allí un ambiente general de bienestar. Sin duda, se bebería de un modo más decoroso en el bar del presidente, tras la tienda central de los administradores, copas de ginebra o jerez principalmente; pero aquí solo se trataba de cerveza, en botella o de barril, y las gruesas muchachas trabajaban detrás del mostrador con la concentración fiera de los que saben que les aguarda un día de trabajo intenso.

—Sí, ya le vi —dijo Tristán cuando le di la noticia—. En realidad, está ahí ahora —e hizo un gesto en dirección al grupo familiar que pasaba ante la entrada—. Les he estado mirando durante algún tiempo... ya sabes que desde aquí no me pierdo nada, Jim.

—Está bien —le acepté un vaso de cerveza amarga—. Todo parece ya muy arregladito. Los dos papás tan uniditos como hermanos, y Helen colgada del brazo de ese tipo.

Tristán miró por encima de la jarra la escena exterior y agitó la cabeza.

—No exactamente. Es él quien se cuelga de *su* brazo. —Me miró juiciosamente—. Hay una diferencia, ya sabes.

—Pues a mí no me parece mucha diferencia.

—Bueno, no adoptes ese aire tan tristón. —Se tomó sin esfuerzo un trago que rebajó el nivel de la jarra en unos diez centímetros—. ¿Qué esperas que haga una chica atractiva? ¿Sentarse en casa esperando a que la invites a salir? Porque no me lo has contado, si es que has ido a llamar a su puerta cada noche.

—Sí, claro, tú puedes hablar así. Yo creo que el viejo Alderson me echaría los perros si apareciera por su casa. Sé que no le gusta que ronde a Helen, y encima tengo la impresión de que está convencido de que yo maté a su vaca en mi última visita.

—¿Y no fue así?

—Claro que no. Pero me acerqué a un animal vivo, le di una inyección y se murió de repente; de modo que no le culpo.

Tomé un sorbito de cerveza y observé al grupo de los Alderson que había cambiado de rumbo y se alejaba de nuestro retiro. Helen llevaba un vestido azul pálido y yo empezaba a pensar en lo bien que iba ese color con el castaño oscuro del pelo y cómo me gustaba su modo de caminar, con el gracioso vaivén de sus piernas avanzando y los hombros muy erguidos, cuando el altavoz resonó en todo el terreno:

—Por favor, señor Herriot, cirujano veterinario, preséntese inmediatamente a los organizadores.

Aquello me hizo dar un salto, pero al mismo tiempo sentí una punzada de orgullo. Era la primera vez que oía mi nombre en público, seguido de mi profesión. Me volví hacia Tristán. Se suponía que habría de atender algún caso y este podría ser interesante. Pero Tristán estaba enfrascado en una historia que trataba de contar a un hombrecillo grueso, de rostro ancho y brillante, y estaba en dificultades porque este, decidido a divertirse lo más posible, se entregaba a terribles convulsiones de risa al final de cada frase, por lo que el cuento tardaría en concluir. Tristán se tomaba sus historias muy en serio, de modo que decidí no interrumpirle.

La sensación de importancia se apoderó de mí mientras cruzaba el césped, con la etiqueta oficial «Cirujano Veterinario» en letras doradas colgando de la

solapa del traje. Uno de los administradores vino a mi encuentro.

—Se trata del ganado. Un accidente, creo —me dijo, y señaló una fila de casillas al borde del campo.

Una muchedumbre de curiosos se había reunido en torno a mi paciente, a la que habían apuntado en la categoría de vaquillas. El propietario, un extraño al que jamás viera en Darrowby, se me acercó con el rostro sombrío.

—Tropezó al salir del vagón de ganado y chocó de cabeza contra el muro. Se ha roto un cuerno de raíz.

La vaquilla, un hermoso animal de piel ruana, era una figura patética. La habían lavado, peinado, empolvado y arreglado para el gran día y allí estaba con un cuerno colgando a un lado del rostro y un surtidor ornamental de sangre arterial y brillante que brotaba en tres chorros desde la superficie quebrada.

Abrí el maletín. Había traído una selección de cuanto pudiera necesitar y saqué unos fórceps de arterias y material de sutura. El modo más racional de detener una hemorragia de ese tipo consiste en coger los vasos sanguíneos que sangran y ligarlos, pero no siempre es tan sencillo. Especialmente, cuando el paciente no coopera.

El cuerno roto estaba unido a la cabeza solo por una tira de piel y rápidamente la corté con las tijeras. Después, mientras el granjero la retenía por el morro, empecé a buscar los vasos sanguíneos con los fórceps. Bajo aquel sol brillante, era muy difícil ver de dónde salía exactamente la sangre, y como el animal echaba la cabeza a un lado y a otro, el chorro caliente vino a darme en la cara repetidas ocasiones e incluso noté que resbalaba sobre mi camisa.

Cuando empezaba a perder el ánimo ante mis esfuerzos inefectivos, alcé la vista y vi a Helen y a su amigo que me observaban entre la muchedumbre. El joven Edmundson parecía algo divertido al comprobar lo vano de mis intentos, pero Helen me lanzó una sonrisa de ánimo al cruzarse sus ojos con los míos. Hice todo lo posible por devolvérsela a través de la máscara de sangre, pero no creo que la viera.

Abandoné el empeño cuando la vaquilla dio un respingo fortísimo que lanzó los fórceps volando sobre la hierba. Entonces hice lo que probablemente debía haber hecho al principio: metí una torunda de algodón y polvo antiséptico en el muñón, y la aseguré con una venda con la que describí una figura en ocho sobre el otro cuerno.

—Ya está —le dije al granjero, tratando de quitarme la sangre de los ojos—. Al menos se ha detenido la hemorragia. Le aconsejo que haga que le

corten el otro cuerno pronto, o va a tener un aspecto muy extraño.

Precisamente entonces apareció Tristán entre los espectadores.

—¿Qué te hizo dejar la tienda de refrescos? —pregunté, con un cierto tono de reproche.

—Es la hora del almuerzo, muchacho —contestó Tristán sin inmutarse—, pero primero tendrás que asearte un poco. No puedo permitir que me vean contigo en tal estado. Espera, iré a por un cubo de agua.

El almuerzo fue tan excelente que me reanimó bastante. Aunque dispuesto en una de las tiendas, las esposas de los caballeros del comité se las habían arreglado para preparar una comida fría realmente memorable. Había salmón fresco, jamón casero, soberbias tajadas de ternera con ensaladas mixtas, tartas de manzana y aquellos deliciosos jarritos de nata que solo se ven en las fiestas de los granjeros. Una de las damas era una especialista en la fabricación del queso y acabamos el almuerzo con un exquisito queso de cabra y café. También se habían ocupado de las bebidas: un vaso y una botella de cerveza Magnet ante cada plato.

No disfruté del placer de la compañía de Tristán durante el almuerzo porque se había situado estratégicamente al otro extremo de la mesa, entre dos metodistas fanáticos, con lo que pudo triplicar su ración de Magnet.

Apenas había salido de nuevo al sol, un individuo me tocó en el hombro.

—Uno de los jueces del concurso de perros quiere que examine a un animal. No le gusta su aspecto.

Me llevó hasta un hombre delgado, de unos cuarenta años, y con un bigotito negro, de pie junto a su coche. Llevaba atado de una correa un fox-terrier de pelo áspero y me recibió con una sonrisa poco amable.

—No le pasa nada a mi perro —declaró—, pero ese tipo parece muy meticuloso.

Examiné al animal.

—Veo que tiene algo en los ojos.

Agitó la cabeza violentamente.

—¡Oh, no, no es nada! He usado con él polvos de talco y se le ha metido un poquito en los ojos, eso es todo.

—Hum... veamos qué dice la temperatura.

El animalito se mantuvo muy quieto mientras le insertaba el termómetro. Al leerlo, no pude por menos de alzar las cejas.

—Tiene cuarenta grados. Me temo que no está en condiciones para tomar parte en el concurso.

—Espere un minuto. —El hombre adelantaba ya la mandíbula—. Usted habla como ese tipo de ahí. He recorrido un largo camino para exhibir este perro, y voy a hacerlo.

—Lo siento, pero no puede exhibirlo con una temperatura de cuarenta grados.

—Pero es que he hecho un viaje en coche. Tal vez eso le haya subido la fiebre.

Denegué con la cabeza.

—No hasta ese punto. De todas formas, me parece enfermo. ¿No ve como entrecierra los ojos, como si le hiciera daño la luz? Es posible que tenga moquillo.

—¿Qué? Eso es una tontería y usted lo sabe. Jamás ha estado mejor.

La boca le temblaba de cólera.

Observé al perrito. Estaba encogido en el césped con aire tristón. De vez en cuando temblaba, tenía una fotofobia muy patente y había un poco de pus en el ángulo de cada ojo.

—¿Le han inyectado contra el moquillo?

—Pues no, pero ¿por qué insiste en ello?

—Porque creo que lo padece ahora y por su bien y el de todos los demás perros, debería llevárselo directamente a casa y ver a su propio veterinario.

Me miró furioso.

—¿Así que no me deja que lo presente en el concurso?

—Exacto. Lo siento, pero es totalmente imposible.

Di media vuelta y me alejé.

Apenas había recorrido unos metros cuando el altavoz estalló de nuevo:

—Por favor, señor Herriot, diríjase al puesto de medidas, donde le esperan los *poneys*.

Tomé la vara de medir y fui corriendo a un ángulo del campo, en el que se había reunido a un grupo de *poneys*: galeses, de los Valles, de Exmoor, de Dar Moor..., toda clase de razas estaban allí representadas.

Diré para los profanos que los caballos se miden por palmos menores, cada uno de ellos de cuatro pulgadas y se usa una vara graduada con una pieza cruzada y un nivel de burbuja que se apoya en la cruz, el punto más alto de los hombros. Yo había procedido ya a medir algunos animales en mis rondas, pero era la primera vez que hacía este trabajo en un concurso. Con la vara dispuesta, me coloqué junto a las plataformas que se habían situado sobre la hierba para dar a los animales una superficie de soporte razonablemente nivelada.

Una joven sonriente condujo al primer *poney*, un bonito castaño, hacia la plataforma.

—¿Qué categoría? —pregunté.

—Trece palmos.

Lo medí con la vara. Ni siquiera llegaba a eso.

—Magnífico. El siguiente, por favor.

Pasaron unos cuantos más sin incidentes y luego hubo una pausa antes de la llegada del grupo siguiente. Los *poneys* iban llegando constantemente al campo en sus casillas y entonces me los traían a mí, unas veces sus mismos jinetes, otras los padres de estos. Parecía que íbamos a estar allí mucho tiempo.

Durante una de esas pausas habló un hombre que estaba de pie a mi lado.

—¿Todavía no hay problemas? —preguntó.

—No; todo está en orden —contesté.

Asintió, inexpresivo. Le miré detenidamente; su cuerpo pequeño y delgado, los rasgos morenos y los hombros elevados le daban el aspecto de un pequeño gnomo. Al mismo tiempo, había algo indudablemente caballuno en él.

—Ya vendrán algunos tipos raros —gruñó—, y todos le dirán lo mismo. Todos dirán que el veterinario de otro concurso dio el visto bueno a su *poney*.

Sus mejillas curtidas se crisparon en una sonrisa seca.

—¿Sí?

—Ya lo verá.

Subía entonces a la plataforma otro candidato, dirigido por una hermosa rubia. Sus grandes ojos verdes me lanzaron destellos y, al sonreírme, brillaron sus dientes.

—Doce dos —murmuró, seductora.

Probé la vara en el *poney*, lo intenté con todas mis fuerzas, pero por mucho que traté, no pude rebajarle tanto.

—Me temo que es un poco grande —dije.

La sonrisa de la rubia se desvaneció.

—¿Ha descontado la media pulgada por las herraduras?

—Por supuesto, pero compruebe por sí misma que pasa mucho.

—Pues el veterinario de Hickley me lo aprobó sin el menor problema —dijo ella bruscamente y, por el rabillo del ojo, vi que el gnomo asentía con sagacidad.

—Eso no es cuenta mía —dije—. Me temo que habrá que incluirlo en la categoría siguiente.

Por un instante, dos piedras verdes del fondo helado del mar se clavaron en mí con mirada frígida y luego la rubia se marchó, llevándose al *poney* con ella.

A continuación un caballero de rostro duro y con un traje a cuadros subió con un pequeño bayo a la plataforma, y debo decir que me desconcertó la conducta de este. En cuanto la vara le tocaba en la cruz se le doblaban las rodillas, de modo que yo no podía estar seguro de si la lectura era acertada o no. Finalmente, cedí y le di el visto bueno.

El gnomo tosió.

—Conozco a ese tipo.

—¿De veras?

—Sí, le ha pinchado tantas veces al *poney* en la cruz que encoge las patas en cuanto usted trata de medirlo.

—¡No!

—Tan seguro como que estoy aquí.

Quedé atónito, pero la llegada de otro grupo reclamó mi atención por unos minutos. Aprobé algunos, hube de pasar a otros a la categoría siguiente, y los propietarios reaccionaron de modo muy distinto, algunos filosóficamente y otros con patente disgusto. A algunos *poneys* no les gustaba el aspecto de la vara en absoluto, así que tuve que ir danzando en torno a ellos porque reculaban y se encabritaban.

El último de este grupo era de un lindo color gris, dirigido por un hombre de sonrisa generosa.

—¿Qué tal está usted? —me preguntó cortésmente—. Este es un trece dos.

El animal pasó bajo la vara sin problemas, pero en cuanto se hubo alejado trotando, el gnomo habló de nuevo:

—También conozco a ese tipo.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Carga con un peso a los *poneys* antes de que los midan. Ese gris ha estado de pie en su casilla durante la última hora, con un saco de maíz de ochenta kilos sobre el lomo. Eso les quita una pulgada.

—¡Santo cielo! ¿Está seguro?

—No lo dude. Le he visto hacerlo.

Mi mente empezaba a vacilar. ¿Se lo estaría inventando todo aquel hombre, o había en realidad unas fuerzas malignas en acción tras aquella fiesta tan inocente?

—Es el mismo —continuó el gnomo— al que le he visto traer un *poney* a una competición y conseguir que le rebajaran media pulgada por las herraduras... cuando no las llevaba.

Estaba deseando que se callara. Y justo en ese instante hubo una interrupción. Era el hombre del bigote. Me llevó a un lado y me susurró al oído:

—Mire, he estado pensando. El perro debe haberse recuperado ya del viaje y supongo que su temperatura será normal. ¿No querría tomársela de nuevo? Aún tengo tiempo de inscribirlo.

Me volví cansadamente.

—Creo con toda sinceridad que será una pérdida de tiempo. Ya le he dicho que está enfermo.

—Por favor, solo como un favor.

Tenía aspecto de sentirse desesperado y una luz fanática brillaba en sus ojos.

—De acuerdo.

Me acerqué con él al coche y saqué el termómetro. La temperatura seguía siendo de cuarenta grados.

—Ahora me gustaría que se llevara al pobre perro a casa —dije—. No debería estar aquí.

Por un instante creí que iba a golpearme.

—No le pasa nada malo —siseó, con el rostro contraído por la emoción.

—Lo siento —dije, y regresé junto a la plataforma de medir.

Un muchacho de unos quince años me esperaba con su *poney*. Se suponía que figuraba en la categoría de trece dos, pero pasaba casi pulgada y media.

—Demasiado grande, me temo —dije—. No puede inscribirse en esta categoría.

Sin decir palabra, el chico se metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó una hoja de papel.

—Este es un certificado de un veterinario que dice que está por debajo de trece dos.

—Es inútil, lo siento —contesté—. Los administradores me han dicho que no acepte certificados. Ya he rechazado otros dos hoy. Todo ha de pasar por la vara. Una lástima, pero es así.

Sus modales cambiaron bruscamente.

—¡Pero *tiene* que aceptarlo! —me gritó al rostro—. No hay que medirlo cuando se trae un certificado.

—Será mejor que hable con los administradores. Esas son mis instrucciones.

—Le hablaré de esto a mi papá, ¡ya verá! —gritó, y se llevó al animal.

Papá entró rápidamente en escena. Alto, gordo, de aspecto próspero, seguro de sí mismo. Indudablemente, no estaba dispuesto a aguantar mis tonterías.

—Ea, mire, no sé qué ocurre aquí, pero usted no tiene opción en este asunto. Ha de aceptar el certificado.

—Le aseguro que no —contesté—. Y, de todas formas, no es que el *poney* pase un poquito de la medida. Es que pasa muchísimo... Vamos, que ni de lejos.

El rostro del padre se volvió purpúreo.

—Bien, déjeme decirle que fue aprobado por el veterinario de...

—Lo sé, lo sé —dije, y oí la risita del gnomo—, pero por aquí no pasa.

Hubo un breve silencio y luego padre e hijo empezaron a gritarme. Y mientras aumentaban sus insultos, noté que me tiraban del brazo. Era otra vez el hombre del bigote.

—Voy a pedirle una vez más que le tome la temperatura al perro —susurró, con el fantasmal intento de una sonrisa—. Estoy seguro de que esta vez lo encontrará bien. ¿Quiere intentarlo de nuevo?

Ya había tenido bastante.

—¡No! ¡Maldita sea, no! —estallé—. ¿Quiere dejar de molestarme de una vez y llevarse al pobre animal a casa?

Es gracioso lo que motivan a ciertas personas las cosas más improbables. Nadie diría que era cuestión de vida o muerte el que un perro apareciera en un concurso, pero sí lo era para el hombre del bigote, y este empezó a insultarme.

—¡Usted no conoce su trabajo, ese es el problema! ¡Yo he venido desde muy lejos y usted ha jugado sucio conmigo! Tengo un amigo veterinario, ¡un auténtico veterinario!, y voy a hablarle de usted. Sí, ¡ya lo creo que voy a hablarle de usted!

A la vez, el padre y el hijo seguían chillando y lanzándome amenazas y de pronto me di cuenta que estaba en el centro de un círculo hostil. La rubia había vuelto allí también. Así como otros a cuyos *poneys* no había dado el visto bueno, y todos me miraban beligerantes y con gestos de furia.

Me sentí muy solo porque el gnomo, que parecía un aliado, no estaba ahora a la vista. ¡Vaya desilusión, un bocazas que se largaba a la primera señal de peligro! Mientras vigilaba a la muchedumbre amenazadora, agitaba

la vara de medir ante mí; no era gran cosa como arma defensiva pero serviría para detenerles si me atacaban.

Y precisamente en ese momento, cuando las palabras desagradables llenaban el aire, vi a Helen y a Richard Edmundson en el borde del círculo y enterándose de todo. No me preocupó él en lo más mínimo, pero siguió pareciéndome extraño que el destino se empeñara en hacerme aparecer como un payaso en cuanto Helen estaba cerca.

De todas formas, la tarea de medir los *poneys* había terminado y necesitaba tomar algo. Me retiré y fui en busca de Tristán.

11

La tienda de refrescos era exactamente el ambiente que yo necesitaba. Lo caluroso del tiempo había dado a este lugar un carácter todavía más popular de lo acostumbrado, y se hallaba abarrotado. La mayoría de los presentes estaban allí desde primeras horas de la mañana y el aire estaba cargado de chistes gruesos, risas inmoderadas y gritos de alegría; pero lo más agradable de todo era que a nadie le importaba un pito la altura de los *poneys* ni la temperatura de los perros.

Tuve que abrimme paso a través del gentío para alcanzar a Tristán, apoyado en el mostrador y enfrascado en una conversación muy animada con una linda camarera. Las otras eran de mediana edad, pero su ojo clínico había sabido elegir: cabellos rojos y brillantes, un rostro descarado y una sonrisa invitadora. Había esperado desahogarme con él charlando, pero Tristán era incapaz de prestarme toda su atención, así que, después de sentirme apretujado por la muchedumbre y con un vaso en la mano durante unos minutos, me marché.

Fuera, en el campo, el sol seguía ardiendo, el aroma del césped pisoteado se alzaba en oleadas cálidas, la banda tocaba una selección de *Rose Marie* y la paz empezó a reinstaurarse en mi alma.

Tal vez pudiera empezar a disfrutar de la feria, una vez terminados los antagonismos; no me quedaba más que juzgar a los animalitos domésticos y eso era algo que esperaba con ilusión.

Durante una hora, poco más o menos, paseé entre las corralizas de cerdos enormes y ovejas altivas, entre filas y más filas de vacas Shorthorn con su clásica y graciosa forma triangular, las ubres iguales y los pies delicados.

Observé fascinado una competición nueva para mí: jóvenes en mangas de camisa que clavaban las horcas en balas de paja y las lanzaban por encima de una barra, con un simple giro de sus brazos morenos.

El viejo Steve Bramley, granjero de la localidad, actuaba de juez en el concurso de caballos y envidié la autoridad que emanaba de él mientras discurseaba con el sombrero hongo calado y sin dejar de dar vueltas alrededor

de cada animal, apoyándose de vez en cuando en el bastón y tomando buena nota de sus características. Era inconcebible que alguien se atreviera a discutir con él.

A última hora de la tarde, el altavoz me llamó para mi obligación final. Los que tomaban parte en el concurso de animalitos domésticos ocupaban sillas de madera dispuestas en un amplio círculo sobre el césped. En su mayor parte eran niños, pero, tras ellos, otro círculo interesado de padres y amigos me observó con cautela al acercarme.

La moda de los animales exóticos aún estaba en mantillas, pero me llevé una gran sorpresa al ver la variedad de criaturas que allí competían. Supongo que yo solo tenía una idea vaga y preconcebida de algunos perros y gatos y fui dando la vuelta al círculo con un desconcierto creciente al ver conejos — innumerables conejos de todos los tamaños y colores—, conejillos de Indias, ratones blancos, un corderito, dos tortugas, un canario, un gatito, un loro, un pájaro mynah, una caja llena de cachorros, unos cuantos perros y gatos, y una carpa de oro en una pecera. Los animalitos más pequeños estaban sobre las rodillas de sus propietarios; los otros tendidos en el suelo.

¿Cómo iba a ser posible tomar una decisión?, me pregunté. ¿Cómo elegir entre un loro, un cachorro, un corderito y un bulldog, un ratón y un pájaro mynah? Al acabar de recorrer el círculo, lo comprendí: era imposible. El único modo sería interrogar a los niños que los tenían a su cargo y averiguar quiénes cuidaban mejor a los animalitos, quiénes conocían mejor sus hábitos de comida y los cuidados precisos. Me froté las manos y sofoqué una risita de satisfacción. Ya tenía algo con lo que trabajar.

No me gusta presumir, pero creo poder decir, con toda honradez, que llevé a cabo un examen exhaustivo y científico de aquel grupo tan variado. Desde el principio, adopté una actitud de indiferencia serena, rechazando implacablemente toda idea de preferencia personal. De haber tenido en cuenta únicamente mis preferencias personales, le hubiese dado el primer premio a un hermoso perro del Labrador que, sentado junto a una silla con gran compostura, me ofrecía graciosamente la pata cada vez que me acercaba a él. Y el segundo lo hubiese concedido a un gato moteado —los gatos han sido siempre mi debilidad— que se frotaba la carita contra mi mano mientras yo hablaba con su propietario. Los cachorros, unos montándose sobre los otros y todos ellos gruñendo de modo encantador, hubieran recibido probablemente el tercer premio. Pero rechacé esos pensamientos indignos y seguí adelante con el curso de acción que había decidido.

Hasta cierto punto, me vi distraído en mis cavilaciones por el loro, que insistía en repetir: «Hola», con todo refinamiento, cual si fuera un mayordomo contestando al teléfono, y por el pájaro mynah que me ordenaba una y otra vez: «Cierra la puerta al salir», con el tono resonante de un barítono del Yorkshire.

La única persona adulta de todo el círculo era una dama de busto generoso y ojos saltones y glaciales, que sostenía un perro de lanas blanco sobre las rodillas. Al aproximarme, me lanzó una mirada retadora como desafiándome a negarle el primer premio a su perrito.

—Hola, muchacho —dije a este, tendiéndole la mano.

Su respuesta consistió en retirar los labios y dejar los dientes bien a la vista, lanzándome a la vez una mirada como la de su ama. Retiré la mano apresuradamente.

—No hay por qué tenerle miedo —dijo la dama, fríamente—. No le hará daño.

Solté una risita.

—Seguro que no. —Tendí la mano de nuevo—. Eres un perrito muy bueno, ¿verdad?

El perro de aguas volvió a enseñarme los dientes y cuando, perseverando en mis intentos amistosos, traté de acariciarle las orejas, sus mandíbulas se cerraron sin el menor ruido a un centímetro de mis dedos.

—Está claro que usted no le gusta. ¿Verdad, cariño?

La dama acercó su rostro a la cabeza del perro y me miró desdeñosamente, como si compartiera los sentimientos de su animal.

—Cierra la puerta al salir —resonó la voz del pájaro a mis espaldas.

Sometí a mi interrogatorio a la dama y seguí adelante.

Entre la muchedumbre había alguien que destacaba: el niño de la carpa dorada. En respuesta a mis preguntas, demostró un conocimiento completo del pez su alimentación, hábitos y la historia de su vida. Incluso tenía algunas ideas sobre las enfermedades más comunes en la especie. La pecera estaba también maravillosamente limpia, y el agua translúcida. Me sentí impresionado.

Después de aquel recorrido, aún di otra vuelta al círculo, por última vez y con mirada escudriñadora. Sí, el asunto estaba decidido: tenía los tres ganadores bien claros en mi mente, sin la menor duda, y en un orden basado estrictamente en la selección científica. Me adelanté hasta el centro.

—Señoras y caballeros —dije, recorriendo el grupo con sonrisa afable.

—Hola —respondió el loro amistosamente.

No le hice el menor caso y continué:

—Estos son los ganadores afortunados. Primero, el número seis, la carpa de oro. Segundo, en número quince, el conejillo de Indias. Y el tercero, el número diez, el gatito blanco.

En el fondo esperaba un aplauso casi general, pero no lo hubo. En realidad, mis palabras fueron acogidas con silencio y labios muy apretados. Ya había observado un cambio inmediato en el ambiente al mencionar la carpa dorada. Era curioso, como si una marea repentina y helada barriese las sonrisas de expectación y las reemplazara por murmullos de descontento.

Me había equivocado en algo, pero ¿en qué? Miré a mi alrededor, con sensación de impotencia, mientras crecían los murmullos: «¡Vaya! ¿Qué te parece?», «No es justo, ¿verdad?», «¿Quién lo habría creído de él?», «¡Tantos conejitos preciosos y ni siquiera los ha mirado!».

No conseguía entenderlo, pero, en cualquier caso, mi trabajo había terminado. Pasé a toda prisa entre las sillas y escapé al campo abierto.

—Cierra la puerta al salir —me ordenó el pájaro mynah, con voz profunda, cuando me alejaba.

Busqué de nuevo a Tristán. El ambiente en la tienda de refrescos había cambiado también. Los bebedores ya no estaban ni mucho menos en su mejor forma, y la babel de risas que me acogiera en mi última visita se había transformado en susurros de agotamiento. Había un ambiente general de saciedad. Tristán, con la jarra en la mano, escuchaba a un tipo de gorra y tirantes que hablaba con gran solemnidad. Este se tambaleaba ligeramente, agarrado a la mano libre de Tristán y mirándole a los ojos. A veces le daba golpecitos en el hombro, con el mayor afecto. Era obvio que mi colega había estado forjando amistades profundas y duraderas allí dentro, mientras y me creaba enemigos en el exterior.

Me dirigí a él y le hablé al oído:

—¿Estás dispuesto a que nos vayamos ya, Tristán?

Se volvió lentamente y me miró.

—No, muchacho —dijo, vocalizando cuidadosamente—. Me temo que no voy a acompañarte. Va a celebrarse un baile aquí, en el terreno de la feria, un poco más tarde, y Doreen ha accedido a ser mi pareja.

Lanzó una mirada amorosa a la pelirroja del mostrador, y ella le respondió arrugando picarescamente la naricilla.

Estaba a punto de salir, cuando un comentario a mis espaldas me obligó a detenerme.

—¡Una maldita carpa dorada! —dijo una voz, en tono de disgusto.

—Sí, algo muy raro, George, —respondió alguien más.

Se oyó entonces el sonido de la cerveza trasegada a grandes sorbos.

—Pero, claro, Fred —siguió la primera voz—, ese veterinario no tuvo más remedio que hacerlo así. No tenía otra salida. No podía dejar de lado al hijo del amo.

—Supongo que tienes razón, pero es una mierda que haya soborno y corrupción hasta en un concurso de animales domésticos.

Un profundo suspiro. Luego:

—¡Así están las cosas hoy en día, Fred! Todo son intereses creados.

—En eso tienes razón, George. Intereses creados, eso es lo que es.

Yo luchaba contra un pánico creciente. Los Pelham habían sido los señores de la mansión de Darrowby a lo largo de muchas generaciones, y el hacendado actual era el alcalde de Pelham. Le conocía como un cliente amistoso, pero eso era todo. Jamás había oído hablar de su hijo.

Agarré a Tristán por el brazo.

—¿Quién es ese muchachito de allí?

Tristán miró con dificultad hacia el exterior.

—¿Te refieres al de la pecera?

—Eso es.

—El pequeño Nigel Pelham, el hijo del alcalde.

—¡Oh, señor! —gemí—. ¡Pero si nunca le había visto antes! ¿Dónde ha estado?

—En un internado del sur, creo. Ahora está de vacaciones.

Miré de nuevo al muchacho. Pelo rubio y revuelto, una camisa de cuello abierto, las piernas tostadas al sol..., uno de tantos.

George insistía de nuevo:

—Un montón de perros y gatos preciosos, y el hijo del amo tenía que ganar con un maldito pez.

—Bien, hay que ser sinceros —intervino su compañero—. Aunque el chico hubiera traído un asqueroso mono de felpa, seguro que también le habrían dado el primer premio.

—No hay duda, Fred. Y los demás podían haberse ahorrado el viaje.

—¡Ah, ya no es como antes, George! Nadie hace nada por nada en estos días.

—Cierto, Fred, muy cierto. —Hubo entonces un silencio tristón, solo interrumpido por el fragor de unos sorbos groseros. Luego, en tono cansado —: Bien, ni tú ni yo podemos cambiar las cosas. Así es el mundo en que vivimos hoy en día.

Salí a toda velocidad al aire fresco y al sol. Al contemplar a mi alrededor aquella escena tranquila, la amplia extensión de césped, el reflejo del río con las colinas verdes tras él, experimenté una sensación de irrealidad. ¿Habría algún rincón en aquel cuadro pacífico de la Inglaterra rural, en el que no se escucharan insinuaciones siniestras? Como por instinto, me dirigí a la tienda mayor, donde se albergaba la sección de productores agrícolas. Seguramente, hallaría descanso entre aquellos montones de verduras.

El lugar estaba casi vacío, pero, mientras pasaba entre las largas filas de mesas, tropecé con la figura solitaria del viejo John William Enderby, que tenía un pequeño comercio de ultramarinos en la ciudad.

—Bien, ¿cómo van las cosas? —pregunté.

—Solo regular, muchacho —contestó.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Pues conseguí un segundo premio con mis judías, pero solo una mención a mis chalotes. Y mírelos.

Los miré.

—Sí, son magníficos, señor Enderby.

—Ya lo creo, y solo me felicitaron por ellos. Un insulto, eso es lo que es.

—Pero, señor Enderby... una mención..., quiero decir, eso es estupendo, ¿no?

—No, señor. ¡Un insulto!

—¡Oh!, mala suerte.

John William me miró un instante con los ojos muy abiertos.

—Nada de mala suerte, muchacho. No es más que una trampa.

—¡No hablará en serio!

—Le digo que sí. Jim Houston consiguió el primer premio con sus chalotes y el juez es el primo de su mujer.

—¡No!

—Seguro —gruñó John William, asintiendo solemnemente—. No es más que una trampa.

—Bueno, ¡jamás oí algo parecido!

—Usted no sabe lo que ocurre, muchacho. Ni siquiera me calificaron mis patatas y Frank Thompson se llevó el primero con su lote.

Señalaba una bandeja de esos nobles tubérculos. Yo lo examiné.

—Debo admitir que me parecen unas patatas espléndidas.

—Ya lo creo que lo son; pero Frank las robó.

—¿Qué?

—Sí, se llevaron el primer premio en la feria de Brisby el jueves pasado, y Frank las robó del *stand*.

Me aferré a la mesa más próxima. Empezaban a desmoronarse los fundamentos de mi mundo.

—Esto no puede ser cierto, señor Enderby.

—No hablo en broma —declaró John William—. Son las mismísimas patatas; las hubiera reconocido en cualquier parte. No es más que una...

No pude aguantar más y salí corriendo.

En el exterior, el sol de la tarde aún era cálido y todo el campo estaba bañado por esa luz suave que en los Valles parece caer en oleadas de oro desde las cumbres elevadas. Pero era como si me empujaran las furias del averno; cuanto yo quería era irme a casa.

Corrí a la tienda de los administradores y recuperé mi vara de medir, no sin recibir el bofetón de las miradas hostiles de los propietarios cuyos *poneys* rechazara yo a primera hora de la tarde. Aún seguían discutiendo y agitando los certificados.

En mi camino hacia el coche, tuve que pasar ante varias damas que me habían observado cuando repartí los premios a los animalitos y, aunque no diría exactamente que se recogieran las faldas y se apartaran a mi paso, sí se las arreglaron para manifestarme su desprecio. Entre las filas de vehículos, divisé al hombre del bigote. Todavía no se había llevado a su terrier, y sus ojos, llenos de resentimiento, seguían todos mis pasos.

Estaba abriendo la portezuela cuando Helen y su grupo, al parecer también de regreso a casa, pasaron a unos cincuenta metros. Helen me hizo un saludo con la mano, yo le respondí con el mismo gesto y Richard Edmundson inclinó secamente la cabeza en dirección a mí antes de ayudarla a sentarse en el asiento delantero de un Daimler plateado y brillante. Ambos padres se instalaron en el asiento posterior.

Al hallarme ante el volante de mi pequeño Austin, con los pies apoyados contra las tablas rotas del piso y mirando por el parabrisas rajado, supliqué al cielo que, siquiera esta vez, arrancara a la primera. Reteniendo el aliento, hice girar la llave, pero el motor dio un par de vueltas a desgana y luego guardó silencio.

Saqué la manivela de debajo del asiento, me deslicé fuera del coche y la inserté en su agujero, bajo el radiador; y cuando empezaba a dar vueltas como siempre, el monstruo plateado pasó despectivamente por mi lado y se alejó a toda velocidad.

Dejándome caer de nuevo en el asiento del conductor, me miré al espejo y vi manchas de sangre seca pegadas en la mejilla y en las raíces de los cabellos. Tristán no había hecho un buen trabajo con aquel cubo de agua fría.

Contemplé el campo, vacío ahora, y el Daimler que desaparecía en una curva distante. Y me pareció que la feria había terminado... y en más de un sentido.

Cuando contemplé el grupo de reses jóvenes y enfermas en la ladera de la colina, una mezcla de temor e incredulidad me invadió. ¿Todavía iban a tener más problemas los Dalby?

Aquel viejo refrán según el cual «a perro flaco todo son pulgas» parece especialmente dedicado a los agricultores. La epidemia de bronquitis el año pasado, y ahora esto. Todo empezó con la muerte de Billy Dalby; Billy siempre sonriente, grandullón, de hablar lento y suave. Era tan fuerte y recio como cualquiera de las bestias hirsutas que llenaban sus campos, pero se había consumido en cuestión de semanas. Cáncer de páncreas, dijeron que era, y Billy murió, aunque a todos les resultaba difícil creerlo. Ahora solo quedaba su retrato, sonriendo desde la repisa de la chimenea a su esposa y sus tres hijos.

La opinión general era que la señora Dalby debía venderlo todo y marcharse. Hacía falta un hombre para sacar adelante este lugar y, de todas formas, Prospect House era una granja mala. Los granjeros vecinos se mordían el labio inferior y agitaban la cabeza al contemplar los pastos cenagosos en la parte inferior de la propiedad, las matas de hierba dura que surgían del áspero suelo, o bien las rocas y piedras repartidas por los campos de la ladera. No; aquel lugar era muy pobre y una mujer jamás podría salir adelante con él.

Todos pensaban así, excepto la propia señora Dalby. No era una mujer impresionante; en realidad debe de haber sido una de las mujeres más pequeñas que he visto en la vida —como metro y medio de estatura—, pero tenía un alma de acero. Y una mentalidad propia, y su propia manera de mirar las cosas.

Recuerdo que un día, cuando Billy aún estaba vivo y yo inyectaba unas ovejas en la parte más alta, la señora Dalby me llamó a la casa.

—¿Quiere tomar una taza de té, señor Herriot? —dijo de modo muy agradable, y no como por obligación, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado y una sonrisita muy digna en el rostro.

Al entrar en la cocina, ya sabía lo que iba a encontrar: la bandeja inevitable. En el caso de la señora Dalby siempre había una bandeja. Las gentes hospitalarias de los Valles nunca dejaban de invitarme a algún refrigerio —un «pequeño almuerzo» quizás, o bien, si no era a mediodía, por lo menos una taza de té y un bollo, o un trozo de sabrosa tarta de manzanas—, pero la señora Dalby me preparaba invariablemente una bandeja especial. Y así estaba dispuesta ese día, con un pañito limpio, una taza y un platito de porcelana, más otros platos de bollos con mantequilla, pasteles, pan de cebada y bizcochos. Y en una mesita aparte, no en la gran mesa de la cocina.

—Siéntese, señor Herriot —dijo, con sus modales siempre correctos—. Espero que el té no esté demasiado fuerte para su gusto.

Su modo de hablar era lo que los granjeros llamarían «muy remilgado», pero iba de acuerdo con su personalidad que, en mi opinión, reflejaba la decisión de hacerlo todo lo más correctamente posible.

—Me parece perfecto, señora Dalby.

Me senté, sintiéndome un poco violento allí en medio de la cocina, con Billy sonriendo jovialmente en un sillón viejo junto al fuego, y su mujer de pie a mi lado.

Nunca se sentaba con nosotros, sino que permanecía allí muy erguida, las manos unidas ante el seno y la cabeza inclinada, atendiendo ceremoniosamente todos mis deseos: «Permítame que le llene la taza, señor Herriot» o bien «¿No quiere probar un poco de este flan?».

No es lo que se diría bonita; su cutis estaba enrojecido y curtido, los ojos eran pequeños y muy negros, pero había en su rostro una expresión dulce y una dignidad serena. Y, como digo, fuerza también.

Billy murió en primavera y, aunque todos esperaban que la señora Dalby hiciera los arreglos necesarios para la venta, ella siguió adelante con la administración de la granja. Lo hizo con la ayuda de un buen trabajador llamado Charlie, que antes ayudaba a Billy de vez en cuando, pero que ahora le dedicaba la jornada completa. Durante el verano me llamaron pocas veces y solo para enfermedades sin importancia, y vi que la señora Dalby se las arreglaba bien y salía adelante. Parecía un poco agotada, ya que ahora trabajaba también en los campos y establos aparte de atender el trabajo de la casa y los pequeños, pero seguía luchando.

A mediados de septiembre fue cuando me llamó para que viera a unos animales jóvenes —terneros de nueve meses— que estaban tosiendo.

—Eran realmente magníficos cuando nacieron en mayo —me dijo, mientras cruzábamos el campo hasta una puerta en la dehesa—, pero han

decaído mucho estas dos últimas semanas.

Sujeté la puerta del muro de piedra para que ella pasara, luego entré yo y, al acercarme al grupo de animales, mi inquietud fue en aumento. Incluso a esa distancia me era fácil ver que algo andaba muy mal. No se movían ni pastaban como debían, sino que estaban extrañamente inmóviles. Habría unos treinta, y muchos extendían el cuello hacia delante, como si buscaran aire. Y de aquel grupo se alzaban unas toses desgarradoras que nos traía la suave brisa de finales de verano.

Para cuando llegamos junto al ganado, mi inquietud había sido reemplazada por un temor que me agarrotaba la garganta. No se alteraron en lo más mínimo cuando empecé a caminar entre ellos, y tuve que gritar y agitar los brazos para conseguir que se movieran. Pero apenas habían empezado a hacerlo cuando la tos estalló en todo el grupo, y no una tos cualquiera, sino un coro de toses secas que parecían desgarrar a los pequeños animales. Y no era solo que tosieran: la mayoría respiraban con dificultad y se mantenían en pie con las patas muy separadas, y las costillas subían y bajaban como un fuelle en su desesperada búsqueda de aliento. Algunos tenían burbujas de saliva en los labios y a aquí y allá, entre el grupo, se oían gemidos de agonía por el esfuerzo que hacían sus pulmones.

Me volví como un sonámbulo hacia la señora Dalby.

—Tienen bronquitis.

Al decirlo, me pareció una descripción bastante desproporcionada de la tragedia que estaba presenciando. Porque la enfermedad había sido descuidada y ahora era mortal de necesidad.

—¿Bronquitis? —dijo la mujercita rápidamente—. ¿Y cuál ha sido el motivo?

La miré un instante e intenté que mi voz sonara normal.

—Se trata de un parásito. Un parásito que infecta los tubos bronquiales e inicia la bronquitis; en realidad, ese es el nombre correcto: bronquitis parasitaria. Las larvas suben por las hojas de hierba y el ganado se las come al pastar. Algunos pastos están terriblemente afectados.

Me callé. Una conferencia no era lo más adecuado en ese momento. Lo que me hubiera gustado hacer era preguntar por qué no me habían llamado unas semanas antes. Porque esto ya no era solo bronquitis ahora, era pulmonía, pleuresía, enfisema, cualquier otra enfermedad de los pulmones que se quisiera nombrar; no eran, simplemente, unos cuantos parásitos finos como cabellos que irritaban los tubos respiratorios, sino masas de ellos que se metían por todas partes y bloqueaban los conductos vitales del aire. Había

abierto muchos terneros como estos y sabía el aspecto que tenían sus pulmones. Inspiré profundamente.

—Están muy mal, señora Dalby. El primer ataque no es tan grave si se les puede quitar enseguida de la hierba, pero esto ha llegado a un estado gravísimo. Puede verlo por sí misma..., son como un puñado de esqueletos. Ojalá los hubiera visto antes.

Me miró con temor y decidí no insistir en ese punto. Sería como frotar sal en una herida si yo repetía ahora lo que sus vecinos habían estado diciendo tanto tiempo: que su inexperiencia la metería en problemas más tarde o más temprano. Si Billy hubiera estado allí, probablemente no habría llevado el ganado a aquel campo cenagoso, o bien habría captado el problema enseguida y habría devuelto los animales al corral. Charlie no serviría de ayuda en una situación así; era un tipo de muy buena voluntad, pero, como dicen en el Yorkshire, «brazos fuertes, cabeza dura». La agricultura es un asunto que requiere conocimientos, y Billy, el hombre de los planes, el ganadero, el agricultor experimentado que conocía todos los entresijos de su granja, no estaba allí.

La señora Dalby se irguió con aquel gesto suyo tan familiar.

—Bien, ¿qué podemos hacer al respecto, señor Herriot?

En aquellos días, la respuesta más honrada hubiera sido: «médicamente, nada», pero no la di.

—Hay que meterlos dentro inmediatamente. Cada bocado de hierba aumenta la carga de parásitos. ¿Está Charlie por ahí, para echarnos una mano?

—Sí; está en el campo contiguo reparando un muro.

Cruzó la hierba y a los pocos minutos regresó, con el grandullón corriendo a su lado.

—Yo supuse que era un poco de bronquitis —dijo, amablemente; luego, con cierta ansiedad—: ¿Va a darles la inyección en la garganta?

—Sí, sí..., pero primero hemos de meterlos en los edificios.

Mientras dirigíamos lentamente al ganado por la verde ladera, me sorprendió tristemente este ejemplo de fe en la inyección intratraqueal para la bronquitis. En realidad, no había tratamiento para la enfermedad, y pasarían otros veinte años antes de que apareciera uno en forma de dietilcarbamazina, pero el procedimiento más aceptado consistía en inyectar una mezcla de cloroformo, trementina y creosota en la tráquea. Los veterinarios modernos tal vez alcen las cejas ante la idea de introducir esta mezcla bárbara directamente en el tejido tan delicado de los pulmones, y nosotros, los

antiguos, tampoco teníamos de ella una opinión demasiado buena. Pero a los granjeros les encantaba.

Cuando al fin hubimos metido a los terneros en el corral, los estude con algo semejante a la desesperación. Aquel corto viaje había exacerbado los síntomas de modo impresionante y ahora me veía rodeado de una sinfonía de toses, gruñidos y gemidos mientras los animales, con la lengua fuera y el costillar agitado, buscaban aire.

Saqué del coche una botella de la maravillosa inyección y, mientras Charlie les sostenía la cabeza y la pequeña señora Dalby los agarraba por el rabo, procedí a la operación de inyectarles. Cogiendo la tráquea con la mano izquierda, insertaba la aguja entre los anillos cartilaginosos y metía unos cuantos centímetros cúbicos en la cavidad del conducto; como siempre, el ternero soltaba una tos refleja y exhalaba el aroma distintivo y típico del medicamento hacia nuestros rostros.

—Vaya, se le puede oler ya, jefe —dijo Charlie, con profunda satisfacción—. Bien se puede decir que va derecho al sitio.

La mayoría de los granjeros decían algo semejante. Y tenían fe. Los libros afirmaban que el cloroformo atontaba a los parásitos, la trementina los mataba, y la creosota provocaba una tos más fuerte que los expulsaba. Pero yo no creía una sola palabra de ello. Los buenos resultados que seguían al tratamiento obedecían, en mi opinión, al hecho de retirar a los animales del pasto infectado.

Sin embargo, sabía que debía hacerlo, de modo que inyectamos a todos los terneros en el corral. Había treinta y dos, y la figura diminuta de la señora Dalby iba y venía tratando de cogerlos, aferrándose en vano a su cuello, agarrándolos por el rabo y sujetándolos contra la pared. William, el hijo mayor, de ocho años, llegó de la escuela y se metió en la refriega junto a su madre.

Mis constantes «¡Cuidado, señora Dalby!», o los gruñidos de Charlie: «Ande con tiento, señora, o la dejarán coja», no surtían efecto. En el curso de la pelea, tanto ella como el niño se vieron golpeados, pisoteados y derribados, pero jamás dieron muestras de desánimo.

Al término de la misma, se volvió hacia mí con el rostro todavía más rojo. Respirando con dificultad, alzó la vista.

—¿Hay algo más que podamos hacer, señor Herriot?

—Sí. —En realidad, las dos cosas que iba a decirle serían las únicas que servirían para algo—. En primer lugar, voy a dejarle una medicina para los parásitos que están en el estómago. Allí sí podemos atacarlos, de modo que

Charlie habrá de encargarse de darle una dosis a cada uno. En segundo lugar, tendrá que empezar a darles la mejor comida posible, buen heno y pienso proteínico.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Proteínas? Eso es muy caro. Y el heno...

Sabía lo que pensaba. El heno precioso, recogido ya para el alimento del invierno próximo. Empezar a usarlo ahora era un golpe cruel, especialmente con toda aquella hermosa hierba a nuestro alrededor. Hierba, el alimento más natural y perfecto para el ganado, pero cada hojita con su carga mortal.

—¿No podrán salir... nunca más? —preguntó con voz débil.

—No, lo siento. Si no hubieran tenido más que un ataque leve podía haberles dejado en el corral por la noche y sacado en cuanto el rocío hubiera lavado la hierba por la mañana. Las larvas suben principalmente por la hierba, cuando está húmeda. Pero la gravedad del ganado nos lo impide. No podemos correr el riesgo de que coman más parásitos.

—Muy bien... Gracias, señor Herriot. De todas formas, ahora sabemos dónde estamos —hizo una pausa—. ¿Cree que perderemos algunos?

Se me contrajo el estómago hasta convertirse en una bola. Ya le había dicho que comprara pienso proteínico, cosa que no podía permitirse, y estaba seguro de que había de gastar más dinero para el heno en invierno. ¿Cómo iba a decirle que nada del mundo impediría que aquel puñado de bestias muriera como moscas? Cuando los que sufrían la enfermedad empezaban a tener burbujas en torno a la boca, la situación era desesperada, y los que gemían cada vez que el aire entraba a sus pulmones estaban sencillamente condenados. Casi la mitad de ellos figuraban en esas dos categorías. ¿Y el resto? ¿Aquella otra mitad que tosía de modo patético? Bueno, estos tenían una posibilidad.

—Señora Dalby —dije—, sería un error por mi parte el quitar importancia a este asunto. Algunos de ellos van a morir, sí; en realidad, y a menos que ocurra un milagro, va a perder a bastantes. —A la vista del rostro horrorizado traté de mostrarme animoso—. Sin embargo, mientras hay vida hay esperanza, y a veces se tienen sorpresas agradables en este trabajo. —Alcé el índice—: Límpielos de parásitos y atibórrelos de buena comida. Esa es su esperanza..., ayudarlos a luchar contra ello por sí mismos.

—Comprendo. —Alzó la barbilla con su gesto característico—. Y ahora, entre a lavarse, por favor.

Y naturalmente, todo estaba preparado en la cocina: la mesita y la bandeja, siempre tan bien servida.

—Realmente, señora Dalby, no debería haberse molestado. Ya tiene usted bastante trabajo.

—Tonterías —dijo, con su rostro sonriente de nuevo—. Usted toma una cucharada de azúcar, ¿verdad?

Y, mientras me sentaba y comía, ella permaneció en su posición habitual, con las manos unidas ante el seno y observándome. Dennis, el segundo chico, que tenía cinco años, me miraba solemnemente, y Michael, un pequeñín de dos, se cayó sobre el cubo de carbón y se puso a llorar a gritos.

El procedimiento habitual consistía en repetir la inyección intratraqueal a los cuatro días, así que tuve que seguir con ello. De todas formas, eso me daba la oportunidad de ver cómo iba el ganado.

Cuando bajé del coche en el patio, mi primera visión fue un montón enorme cubierto de sacos sobre las piedras. Una fila de pezuñas sobresalía bajo los sacos. Había esperado algo así, pero la realidad fue como un puñetazo en el rostro. Aún era muy temprano por la mañana y tal vez no estaba lo bastante fuerte como para que me lo lanzaran así, a los ojos, las pruebas de mi fracaso. Porque indudablemente había sido un fracaso. Aunque me sintiera en situación desesperada desde el principio, había una condena irrevocable en aquellas pezuñas inmóviles que sobresalían bajo la cubierta áspera.

Hice rápidamente la cuenta. Cuatro muertos allí abajo. Cansadamente, me dirigí hacia el establo, sin la menor esperanza de lo que pudiera encontrar dentro. Dos terneros estaban caídos e incapaces de alzarse de la paja, los demás todavía respiraban con dificultad, pero observé con cierta ilusión que algunos comían tercamente las grandes tabletas de pienso proteínico de la gamella, y que otros sacaban de vez en cuando un poco de heno de los pesebres. Era increíble que unos animales con síntomas respiratorios tan avanzados siguieran comiendo, y este era el único rayo de esperanza.

Me dirigí a la casa. La señora Dalby me saludó cordialmente, como si no existieran esos cadáveres en el exterior.

—Ya es hora de dar la segunda inyección —dije, y añadí tras un instante de vacilación—: Veo que ha perdido a cuatro... Lo siento.

—Ya me lo advirtió usted, señor Herriot. —Sonrió a pesar de las arrugas de cansancio en el rostro—. Usted dijo que había que esperarlo, así que no fue un susto tan grande como si no lo supiera.

Acabó de lavar la cara al pequeñín, tomó una toalla en sus manos endurecidas por el trabajo, se las secó rápidamente y se levantó. Era sábado y William estaba en casa, y entonces observé, y no por primera vez, que había

algo en aquel muchachito que sugería que, incluso a su edad, había decidido ser el hombre de la casa. Se puso las pequeñas botas de goma y cruzó resueltamente el patio con nosotros para hacer su parte. Le puse la mano en el hombro al llevarlo junto a mí; tendría que crecer más deprisa que la mayoría de los niños, pero tenía la impresión de que las realidades de la vida no le derrotarían fácilmente.

Dimos a los animales la segunda inyección, con dos pequeños Dalby lanzándose de nuevo sin temor a la lucha, y eso fue lo único práctico que hice en aquella epidemia de bronquitis.

Al recordar el pasado, se experimenta cierta satisfacción morbosa al repasar situaciones como esta, en las que los veterinarios éramos completamente inútiles frente al desastre inevitable. Hoy en día, gracias a Dios, los miembros jóvenes de la profesión no se ven forzados a contemplar un grupo de criaturas gimientes con la horrorosa convicción de que no pueden hacer nada al respecto. Ahora disponen de una vacuna oral excelente para prevenir la enfermedad, y agentes terapéuticos y eficientes para combatirla.

Pero a los Dalby, que tan desesperadamente necesitaban mi ayuda, yo no tenía nada que ofrecerles. Solo recuerdo visitas innumerables e inútiles, y muerte, y aquel olor que todo lo invadía del cloroformo, la creosota y la trementina. Cuando el caso llegó a su fin, una docena de los terneros había muerto; cinco vivían, pero respirando con dificultad, y probablemente no se desarrollarían ni medrarían en la vida. Los demás, gracias a la buena alimentación y no a mi tratamiento, se habían recuperado.

Era un golpe duro para cualquier granjero, mas, para una viuda que luchaba por sobrevivir, podía haber sido fatal. Sin embargo, en mi última visita, la pequeña señora Dalby, a mi lado como de costumbre y con las manos unidas mientras yo tomaba el té, seguía incólume.

—Solo el que los tiene puede perderlos —dijo con firmeza, la cabeza erguida como siempre.

Había oído con frecuencia palabras valerosas de las gentes del Yorkshire. Pero me pregunté si tenía ella lo suficiente como para poder perder tanto.

—Sé que usted me dijo que no sacara a esas bestias al campo el año próximo —continuó—, pero ¿no hay nada que podamos darles para impedir que contraigan la bronquitis?

—No, señora Dalby, lo siento. —Dejé la taza—. Nada necesitamos ni deseamos más los veterinarios rurales que una vacuna contra la bronquitis parasitaria. La gente sigue haciéndonos esa pregunta, y nosotros hemos de seguir contestando que no.

Y tuvimos que seguir diciéndolo durante veinte años más mientras presenciábamos desastres como el que acababa de ocurrir a los Dalby, y lo más extraño es que, ahora que tenemos una vacuna de primer orden, la aceptamos como algo perfectamente natural.

Cuando me alejaba en coche, me detuve para abrir la verja al final del sendero y miré hacia atrás, hacia la vieja granja de piedra adosada a la vertiente. Era un día perfecto de otoño, con un sol dorado que suavizaba la pendiente y el páramo con sus muros de piedra, y con un aire tan quieto y sereno que el aleteo de un pichón resonó en el silencio. Al otro lado del valle, en la cumbre de una colina, se alzaba un puñado de árboles tan inmóviles como si hubieran sido pintados sobre un lienzo contra un fondo de cielo muy azul.

Parecía diabólico que, en medio de tanta belleza, hubiera preocupaciones y ansiedades, luchas constantes y la amenaza de ruina. Cerré la verja y volví a meterme en el coche. Tal vez aquella mujercita pudiese sobrevivir a esta calamidad, pero, cuando puse en marcha el motor, estaba convencido de que otra tragedia semejante la mataría.

Me sentí muy aliviado cuando llegó el invierno, y luego la primavera, y no supe prácticamente nada de la señora Dalby. Pero un día de mercado, en pleno verano, vino a la clínica. Iba ya a abrir la puerta cuando Siegfried se me adelantó. Sabía apreciar más que muchos la hospitalidad con la que se nos recibía en las granjas, y había probado la bandeja de la señora Dalby con la misma frecuencia que yo. Además, Siegfried sentía una gran admiración por la lucha infatigable de aquella mujer empeñada en conservar la granja en marcha para sus hijos, de modo que, cada vez que ella venía a Skeldale House, la recibía como a un miembro de la realeza. Sus modales, siempre impecables, se transformaban en los de un grande de España.

Le observé entonces cuando abrió la puerta de par en par y se adelantó hasta el escalón superior.

—¡Vaya, señora Dalby! ¡Me agrada verla! Entre, por favor.

Extendió la mano hacia el interior de la casa.

La mujer, tan digna como siempre, inclinó la cabeza, sonrió y pasó ante él mientras Siegfried se apresuraba a ponerse a su lado y, a la vez que recorrían el pasillo, le iba lanzando un torrente de preguntas.

—¿Y cómo está William?... ¿Y Dennis?... ¿Y el pequeño Michael? ¡Magnífico, magnífico, espléndido!

Al llegar a la sala, se repitió la apertura ceremoniosa de la puerta y los gestos de cortesía y, una vez dentro, Siegfried comenzó a correr los sillones de un lado a otro hasta asegurarse de que su visitante se hallaba cómoda e instalada en el mejor lugar.

Luego se largó a toda prisa a la cocina para organizar algún refresco y, al aparecer la señora Hall con la bandeja, la escudriñó ansiosamente como si temiese que no estuviera a la altura de la señora Dalby. Tranquilizado al parecer, sirvió el té, quedose en pie ante ella, solícito, por unos instantes, y luego se sentó enfrente suyo, como imagen de la atención más absorta.

La mujercita le dio las gracias y tomó un sorbito.

—Señor Farnon, he venido a verle a propósito de unos animales jóvenes. Compré treinta y cinco reses esta primavera y parecían en buen estado, pero ahora están desmejorando a toda prisa... y todos ellos.

El corazón empezó a latirme locamente y algo debió manifestarse en mi rostro, porque ella me sonrió.

—¡Oh, no se preocupe, señor Herriot, no es bronquitis otra vez! No se oye ni una sola tos. Pero están adelgazando y tienen diarrea.

—Creo que sé lo que es —dijo Siegfried, inclinándose para acercarle un platito de las tortas de sartén de la señora Hall—. Habrán pillado algún parásito. No el de los pulmones, sino parásitos del estómago y del intestino. Probablemente, no necesitan más que una dosis de medicina que les libre de ellos.

La señora Dalby asintió y tomó una tortita.

—Sí, eso es lo que pensó Charlie, y ya se la hemos dado a todos. Pero no parece haber ninguna diferencia.

—Es curioso. —Siegfried se frotaba la barbilla—. Bueno, a veces necesitan más dosis, pero sí se debía haber advertido una mejoría. Será mejor que les echemos un vistazo.

—Eso es lo que me gustaría —dijo ella—. Estaría más tranquila.

Siegfried abrió el libro de visitas.

—De acuerdo, y cuanto antes mejor. Mañana por la mañana... ¿le va bien? Estupendo. —Tomó una nota rápida y la miró—. A propósito, yo empiezo las vacaciones a partir de esta tarde, así que irá el señor Herriot.

—Me parece muy bien —contestó ella, volviéndose hacia mí y sonriendo sin la menor traza de duda o aprensión.

Si es que pensaba que yo era el tipo que supervisó la muerte de casi la mitad de sus animales jóvenes el año pasado, desde luego no lo demostró. En realidad, cuando acabó el té y se marchó, se despidió y sonrió de nuevo como si esperara ansiosamente que yo apareciera por su casa.

Cuando crucé los campos con la señora Dalby al día siguiente, parecía que el reloj había dado marcha atrás y que se repetía la escena del año anterior, solo que ahora íbamos en otra dirección, no hacia el terreno pantanoso de la parte inferior, sino hacia los pastos pedregosos que ascendían como un tablero de ajedrez irregular entre los muros bajos de piedra sobre las laderas de la colina.

La similitud persistió al acercarnos. Aquellas reses de color ruano, rojo o blanco, eran casi la contrapartida exacta del grupo del año anterior, criaturas peludas, apenas más que terneros, que se alzaban sobre unas patas de alambre

y unas rodillas temblorosas mirándonos con apatía cuando nos acercábamos. Y, aunque sus síntomas eran completamente distintos de los del otro grupo, algo podía decir yo con toda seguridad: estaban muy enfermos.

Al examinarlos, vi la oscura diarrea acuosa que caía de ellos sin que levantaran siquiera la cola, como si nada pudieran hacer para controlarla. Y todos estaban penosamente flacos, con la piel tensa sobre los huesos pélvicos y las costillas salientes.

—No los he descuidado esta vez —dijo la señora Dalby—. Sé que tienen un aspecto terrible, pero todo ha sucedido, al parecer, en muy pocos días.

—Sí..., sí..., ya veo.

Mis ojos registraban desesperadamente a los animalitos, tratando de hallar alguna pista. Había visto casos de anemia debidos a los parásitos, pero nada semejante a aquello.

—¿Ha tenido mucho ganado en estos campos durante los últimos años? —pregunté.

Reflexionó un instante.

—No..., no..., creo que no. Billy solía dejar que las vacas lecheras pastaran por aquí de vez en cuando, pero eso es todo.

Entonces no era probable que la hierba estuviera infectada. En cualquier caso no lo parecía. Lo que sí parecía era la enfermedad de Johne, pero ¿cómo podían haber contraído la enfermedad de Johne treinta y cinco reses a la vez? ¿Salmonella?... ¿Coccidiosis?... ¿Alguna forma de envenenamiento quizás? Era la época del año en la que el ganado comía plantas extrañas. Recorrí lentamente el campo, pero nada raro se veía. Al propio pasto le llevaba mucho tiempo crecer en aquellas colimas azotadas por el viento, y no había otras hierbas. Allá arriba, en el monte, se veían helechos, pero no abajo. Billy los habría arrancado hacía años.

—Señora Dalby —dije—, creo que será mejor que les dé otra dosis de la medicina antiparasitaria solo para asegurarnos, y, mientras tanto, voy a tomar unas muestras del estiércol para su examen en el laboratorio.

Saqué algunos jarros esterilizados del coche y recorrí penosamente el campo, manteniéndome lo más lejos posible de los charcos de heces.

Llevé las muestras personalmente al laboratorio y les pedí que me telefonaran los resultados. La llamada llegó a las veinticuatro horas. Resultado totalmente negativo. Resistí el impulso de correr inmediatamente hacia la granja, pues no se me ocurría nada y no habría estado bien visto que me quedara con la boca abierta examinando a las bestias y rascándome la cabeza. Mejor sería esperar hasta el día siguiente para ver si la segunda dosis

de medicina les había hecho algún bien. Claro que no había razón para ello, ya que en ninguna de las muestras se había descubierto la menor carga patógena.

En estos casos, siempre confío en que me venga la inspiración mientras conduzco o incluso mientras examino a otros animales, pero esta vez, al bajar del coche ante Prospect House, no tenía ni la más remota idea.

Los animales estaban un poco peor. Yo había decidido, ya que nada se me ocurría, que por lo menos daría unas inyecciones de vitaminas a los más graves, aunque solo fuera por hacer algo, así que, mientras Charlie les sujetaba la cabeza, inserté la aguja bajo la piel tensa de diez de aquellas criaturas, tratando al mismo tiempo de alejar la impresión de completa inutilidad. No necesitamos meterlos en el establo, se les capturaba con toda facilidad en el campo abierto y eso, en sí, era ya una mala señal.

—Téngame al corriente, señora Dalby —dije roncamente, al subir al coche.

—Si esa inyección les mejora, inyectaré a todos.

Agité la mano, tratando de que mi ademán pareciera lleno de confianza, y me marché.

Pero aquello me había impresionado tanto que tuvo el efecto de atontarme y, durante los días siguientes, parecía como si mi mente rechazara todo pensamiento referente a las reses de los Dalby, como si el hecho de no pensar en ellos fuera a anularlas. Una llamada telefónica de la señora Dalby me recordó su existencia.

—Me temo que los animales no van mejor, señor Herriot.

Su voz denotaba preocupación.

Hice una mueca ante el auricular.

—¿Y los que inyecté...?

—Exactamente igual que los otros.

Tenía que enfrentarme ahora con la realidad, así que fui inmediatamente a Prospect House, pero la impresión de vacío, de no tener nada que ofrecer, ensombrecía terriblemente aquel viaje. No tuve el valor de ir a la granja y enfrentarme con la señora Dalby, y corrí directamente, a través de los campos, hasta el punto en que los animales estaban reunidos.

Y cuando caminé entre ellos y los examiné de cerca, el temor que sintiera en el viaje no fue nada comparado con el horror que me invadió entonces. Se avecinaba otra catástrofe. El último golpe mortal necesario para destrozarse a la familia Dalby de una vez por todas, era inminente. Aquellas reses iban a

morir. No la mitad, como el año pasado, sino todas, porque apenas había una variación en sus síntomas. Ni una sola de ellas luchaba contra la enfermedad.

¿Pero qué enfermedad? ¡Santo cielo, yo era el veterinario! Tal vez no curtido por la experiencia, pero ya no un novato. Había de tener forzosamente alguna idea que explicase por qué todas aquellas bestias iban a pasos agigantados hacia el desguace y ante mis propios ojos.

Vi que la señora Dalby venía a través del campo, acompañada del pequeño William que caminaba con aire marcial, y Charlie detrás de ellos.

¿Qué diablos podía decirles? ¿Iba a encogerme de hombros con sonrisa estúpida y decir que no tenía la menor idea, que probablemente lo mejor sería telefonar a Mallock y pedirle que se los llevara a todos para hacer alimento para perros? Ya no tendría ganado que cuidar el año próximo, pero, claro, eso no importaría porque ya no estarían en la granja.

Tropezando entre los animales los miré a todos ellos, ahogándome de horror al contemplar aquellas cabezas de ojos hundidos, los cuerpos flacos, el eterno goteo de la diarrea mortal. Había una curiosa inmovilidad en el grupo, probablemente porque estaban demasiado débiles para caminar; es más, mientras los observaba, uno de ellos dio unos cuantos pasos, se tambaleó y cayó al suelo.

Charlie empujaba ya la puerta de la valla a unos cien metros. Me volví y miré a la res más cercana, casi rogándole que me dijera lo que ocurría, dónde sentía el dolor, cómo había empezado todo. Pero no recibí respuesta. No era mayor que un ternero, con una cabeza ruano oscuro, y no demostró el menor interés; solo se me quedó mirando sin curiosidad a través de las gafas. ¿Cómo? ¿En qué estaba yo pensando? ¿Gafas? ¿Es que iba a volverme loco? Pero ¡por Dios, ya lo creo que llevaba gafas! Un círculo de pelo más claro que le rodeaba cada ojo. Y aquel otro de allá..., lo mismo. ¡Cielo santo, ahora ya lo sabía! ¡Al fin lo sabía!

La señora Dalby, respirando con cierta dificultad, había llegado a mi lado.

—Buenos días, señor Herriot —dijo, tratando de sonreír—. ¿Qué opina ahora?

Miraba en torno con ojos ansiosos.

—¡Ah, buenos días, señora Dalby! —contesté expresivamente, luchando contra el impulso de saltar en el aire y reír, gritar, y quizás hacer una cabriola—. Les he echado una buena mirada y ahora veo muy claro cuál es el problema.

—¿De verdad? ¿Y qué es?

—Deficiencia de cobre —dije, con el mismo aire casual que si le hubiera estado dando vueltas a la idea desde el principio—. Se ve por la pérdida de pigmento en la piel, especialmente en torno a los ojos. En realidad, si los mira verá que muchos están un poco más pálidos de lo normal.

Moví la mano en dirección a las reses y Charlie asintió.

—¡Por Dios, tiene razón! Se han vuelto de un color muy curioso.

—¿Podemos curarlo?

La señora Dalby hacía ya la pregunta inevitable.

—¡Oh, sí! Regreso directamente a la clínica para hacer un preparado de cobre que daremos a todos. Y habrá que repetirlo cada quince días mientras estén ahí fuera, en el pasto. Me temo que es un poco pesado, pero no hay otro modo. ¿Podrán hacerlo?

—Sí, sí, lo haremos —dijo Charlie.

—Sí, sí, lo haremos —repitió como un eco el pequeño William, sacando el pecho y mirando a su alrededor con agresividad, como si ya quisiera empezar a perseguir a las bestias.

El tratamiento tuvo un efecto espectacular. Aún no tenía a mi disposición las modernas inyecciones de cobre de efectos dilatados, pero la solución de sulfato de cobre que mezclé bajo el grifo en Skeldale House tuvo resultados mágicos. Al cabo de pocas semanas, aquel puñado de reses salía ya, vivaces y gordas, a los campos de las colinas. Ni una muerte, ni un caso de anemia. Como si todo el asunto no hubiera sucedido jamás, como si la mano del destino nunca los hubiera amenazado; y no solo al ganado, sino a aquella pequeña familia de seres humanos.

El peligro había sido grave, y aquello era solo un respiro. A la señora Dalby le esperaba todavía una lucha larga y difícil.

* * *

Siempre he aborrecido los cambios de cualquier clase, pero ahora me satisface saltarme de golpe veinte años y recordar otra mañana en la cocina de Prospect House. Me hallaba sentado a la misma mesita, tomando un bollo con mantequilla de la misma bandeja y preguntándome si debía acompañarlo con un trozo de pan de cebada o un pastel de jamón.

Billy seguía sonriendo desde la repisa de la chimenea y la señora Dalby, con las manos cruzadas ante el seno, me observaba. La cabeza inclinada a un lado, la misma sonrisita que le curvaba los labios. Los años no la habían cambiado mucho; tenía canas en el cabello, sí, pero el rostro enrojecido y curtido y los ojos alegres eran los mismos que yo conociera siempre.

Empecé a beber el té contemplando el corpachón de William, instalado en el viejo sillón de su padre y con su misma sonrisa. Ahora pesaría unos noventa kilos y acababa de verle en acción sosteniendo la pata trasera de un toro muy crecido, mientras yo lo examinaba. El animal había hecho unos cuantos intentos para golpearme, pero en su rostro se había pintado la decepción cuando las manazas de William le sujetaron sin esfuerzo, clavándole además el hombro en el abdomen.

No, imposible esperar que William siguiera siendo aquel niño; ni tampoco Dennis, ni Michael, que entraban ahora en la cocina con sus botas pesadas y se dirigían charlando a la pila para lavarse las manos. Eran hombretones de casi dos metros, como su padre, de hombros anchos, pero no con la mole de William.

Su madre los miró, y luego alzó los ojos hacia el cuadro sobre la repisa de la chimenea.

—Hoy habríamos cumplido treinta años de matrimonio —dijo, como de pasada.

La miré sorprendido. Nunca hablaba de tales cosas y no supe qué contestar. Por supuesto, no podía darle la enhorabuena cuando había vivido sola veinte de aquellos treinta años. Nunca había dicho una palabra de su lucha constante, pero al fin había vencido ella. Había comprado la granja vecina, en la parte inferior del valle, cuando se retiró el anciano señor Mason. Era una granja muy buena, de tierra inmejorable, y William había ido a vivir allí después de su boda, pero las dos propiedades se llevaban como una sola. Las cosas le iban muy bien ahora, y con los tres hijos expertos en ganado no había necesidad de ayuda exterior, a excepción del viejo Charlie, que aún iba de un lado a otro haciendo lo que se le indicaba.

—Sí, treinta años —repitió la señora Dalby, mirando lentamente la habitación como si la viera por primera vez.

Luego se volvió hacia mí, el rostro muy serio.

—Señor Herriot... —comenzó, y me sentí seguro de que, al fin, en aquel día especial, iba a decir algo de sus años de lucha, de las noches de preocupaciones y lágrimas, del trabajo agotador.

Por un instante, me puso la mano en el hombro y sus ojos se clavaron en los míos.

—Señor Herriot, ¿seguro que el té está a su gusto?

Una de las cosas que Helen y yo tuvimos que hacer fue amueblar nuestro salón-dormitorio y cocina. Y cuando digo «amueblar», utilizo la palabra en su sentido más austero. No teníamos delirios de grandeza en cuestiones de lujo; era un arreglo temporal; al fin y al cabo, no teníamos dinero que derrochar.

Cuando nos casamos, mi regalo a Helen consistió en un modesto reloj de oro, lo cual agotó mi capital por completo, hasta tal punto que la declaración del banco al comienzo de nuestra vida marital reveló un saldo a mi favor de veinticinco chelines. Sí, yo era socio de mi jefe ahora, pero cuando uno empieza a partir de cero se necesita mucho tiempo para contar con una buena base.

Sin embargo, necesitábamos lo más esencial, cosas como una mesa, sillas, vajilla, cacharros, una alfombra..., así que Helen y yo decidimos que lo más sensato sería comprarlo todo en las subastas de muebles. Como yo recorría constantemente el distrito, me era fácil averiguar dónde se celebraban, así que la obligación de adquirir los muebles quedó a mi cargo.

Pero, al cabo de unas cuantas semanas, se vio claramente que yo no estaba a la altura de las circunstancias. Nunca me había dado cuenta hasta entonces, pero el caso es que era un lego en estas materias. A lo mejor, acudía a una subasta y acababa comprando un par de candelabros de bronce y un búho disecado. O bien adquiría un tintero muy ornamentado, con la figura de un perro de metal, y una caja de madera pulimentada con innumerables y fascinadores cajoncitos y compartimentos para guardar remedios homeopáticos. Podría hacer una lista muy larga de las cosas que compré... y todas ellas tan inútiles como estas.

Helen siempre se mostraba encantadora al respecto.

—Jim —dijo un día, cuando yo le mostraba orgulloso un modelo de un barco con todas las velas desplegadas y metido en una botella, que había tenido la gran suerte de comprar—, es precioso, pero no creo que lo necesitemos precisamente ahora.

Indudablemente, supuso una gran desilusión para la pobrecilla y también para los subastadores locales que dirigían las ventas. En cuanto estos caballeros me observaban entre la muchedumbre, me acogían con alegría visible. Ellos, como la mayoría de los campesinos, pensaban que todos los veterinarios eran ricos y que yo iba a pujar por los objetos más caros. Cuando ofrecían a la venta un hermoso piano de cola, me miraban sobre las cabezas de los demás con sonrisa expectante, y su desilusión se hacía evidente cuando al fin me decidía por un barómetro de esfera algo estropeada o un ensanchador de guantes.

La sensación de fracaso empezó a dominarme y, cuando tuve que llevar una muestra al laboratorio de Leeds, vi la oportunidad de ofrecer cumplida satisfacción.

—Helen —dije—, anuncian una venta excepcional de muebles justo en el centro de la ciudad. Me tomaré una hora libre e iré a verlo. Forzosamente he de encontrar algo que nos convenga.

—Estupendo —contestó mi esposa—. ¡Has tenido una gran idea! Habrá mucho donde elegir. La verdad es que no has tenido muchas oportunidades en esas pequeñas ventas locales.

Helen, siempre tan amable.

Al terminar la visita al laboratorio, pregunté el camino hasta la sala de subastas.

—Deje el coche aquí —me aconsejó uno de la localidad—, pues le será difícil aparcar en la calle Mayor, y tome un tranvía que le dejará en la misma puerta.

Le agradecí mucho el consejo porque, cuando llegué allí, el tráfico circulaba en ambas direcciones en corriente continua. La sala de ventas estaba al final de un tramo de escalones de piedra resbaladizos, casi en lo más alto del edificio. Cuando llegué a la puerta sin aliento, pensé inmediatamente que había acudido al lugar más adecuado. Era un almacén enorme sobrecargado de muebles, cocinas, gramófonos, alfombras... todo lo que pudiera necesitarse en una casa.

Fascinado fui de un lado a otro durante algún tiempo; luego me llamaron la atención dos enormes montones de libros, bastante cerca del lugar que ocupaba el subastador. Tomé uno de ellos. Era una Geografía Universal. Jamás había visto unos libros tan hermosos, grandes como enciclopedias y de cubiertas repujadas y con letras de oro. También las páginas tenían el borde dorado, y la textura del papel era muy satinada. Volví las páginas, emocionado, maravillándome de las hermosas ilustraciones y grabados de

colores, cada uno con su cubierta transparente. Un poco anticuados indudablemente —al mirar la primera página vi que estaban impresos en 1858—, pero eran una maravilla.

Al recordarlo, no puedo por menos de creer en la intervención del destino porque ya me apartaba de allí con cierta desgana, cuando oí la voz del subastador:

—Y ahora tenemos aquí una maravillosa colección de libros. La Geografía Universal en veinticuatro tomos. Ea, examínenlos. Hoy en día no se encuentran libros como estos. ¿Quién quiere pujar?

Yo estaba de acuerdo con él. Eran algo único. Pero debían valer muchas libras. Miré al público, pero nadie dijo una palabra.

—Vamos, señoras y caballeros, seguramente habrá alguien que desee añadir esta colección a su biblioteca. ¿He oído algo?

Silencio otra vez. Al fin habló un hombre de aspecto andrajoso y con un impermeable muy sucio.

—Media corona —dijo.

Pasé la vista a mi alrededor esperando las carcajadas que debían estallar ante aquella tontería, pero a nadie le hizo gracia. En realidad, ni el subastador parecía sorprendido.

—Me ofrecen media corona —dijo, levantando ya el martillo.

Con un ahogo repentino en el corazón comprendí que iba a vender.

Alcé mi propia voz, un poco turbada:

—Tres chelines.

—Me ofrecen tres chelines por la Geografía Universal en veinticuatro tomos. ¿Nadie dice nada? —El martillo cayó con un golpe seco—. ¡Vendida a este caballero!

¡Eran míos! No podía creer en tanta suerte. Seguramente, era una ganga que sobrepasaba a todas. Pagué los tres chelines mientras uno de los hombres ataba cada montón con un cordel grueso. Mi emoción se enfrió ligeramente en el momento que intenté levantar mi adquisición. Los libros son pesados, y aquellos eran ejemplares macizos, y había veinticuatro.

Metiendo una mano bajo cada cordel tomé impulso como un levantador de pesos y, con los ojos saltones y las venas amenazando estallar en la frente, conseguí alzarlos del suelo y me dirigí vacilante hacia la salida.

El primer cordel se rompió en el escalón más alto y doce volúmenes cayeron en cascada sobre los escalones resbaladizos. Tras el primer momento de pánico, decidí que lo mejor sería transportar el montón aún intacto hasta abajo y regresar por los otros. Eso hice, poder me llevó algún tiempo, y

empecé a sudar antes de tenerlos todos atados de nuevo, colocados sobre el bordillo y yo dispuesto a cruzar la calle.

El segundo cordel se me rompió exactamente en medio de las vías del tranvía, cuando intentaba cruzar la corriente de tráfico con las piernas rígidas. Los recogí uno tras otro en la calzada —creí que no acabaría nunca— mientras sonaban los claxons y las campanillas de los tranvías, y una muchedumbre interesada me observaba desde las aceras. Acababa de poner en un montón los volúmenes caídos y los ataba de nuevo con el cordel cuando el otro montón se soltó y los libros empezaron a deslizarse suavemente sobre los raíles. Cuando los estaba recuperando observé a un policía muy alto que, atraído por el escándalo y por la fila de vehículos que aguardaban, venía con pasos medidos hacia mí.

En la confusión mental en que me hallaba me vi en manos de la ley por primera vez en la vida. Podían acusarme de alteración del orden público y obstrucción del tráfico, por no citar más que dos cargos, pero advertí que el policía se aproximaba lentamente y, con razón o sin ella, pensé que si un policía se dirige así hacia uno es porque es un muchacho decente y le ofrece a uno la oportunidad de largarse a toda prisa. Aproveché esa oportunidad. Todavía estaba él a varios metros cuando conseguí al fin reunir y atar los dos montones y, con las manos de nuevo bajo el cordel, troté hasta la acera contraria y me perdí entre la muchedumbre.

Cuando decidí que ya no tenía motivo para temer que la mano fatal me cayera sobre el hombro, me detuve en mi carrera y me apoyé en una puerta. Resoplaba como un caballo derrengado, y me dolían las manos de un modo abominable. El cordel era muy duro, muy áspero, muy rugoso, y amenazaba con despellejarme los dedos.

De todas formas, pensé, lo peor había pasado. La parada del tranvía estaba en la esquina de aquella manzana. Me puse en la cola y, cuando llegó el tranvía, me adelanté con los demás. Tenía ya un pie en el estribo cuando una manaza surgió ante mis ojos.

—¡Un momento, hermano, un momento!, ¿dónde cree que va? —Bajo la gorra de revisor vi un rostro de esos que parecen sentir un placer especial y morboso al dar una mala noticia—. No meterá todos esos malditos libros aquí, hermano; eso se lo aseguro.

Le miré atónito.

—Pero... sí solo son unos libros.

—¡Unos libros! Usted necesita un camión de transporte. No subirá a mi tranvía..., los pasajeros no podrán moverse dentro.

La barbilla sobresalía agresivamente.

—¡Oh, vamos! —dije con una sonrisa débil, intentando congraciarme—, si solo voy a...

—¡Usted no va a ningún lado en este tranvía! Y no tengo tiempo para discutir. ¡Quítese de ahí, que arrancamos!

Sonó la campanilla, el tranvía empezó a moverse y, cuando salté hacia atrás, uno de los cordeles se rompió de nuevo.

En cuanto me hallé en disposición de caminar, examiné la situación y me pareció bastante desesperada. Tenía el coche como a kilómetro y medio y cuesta arriba, y podía desafiar al *sherpa* más osado de todo el Nepal a que transportase aquellos libros a esa distancia. Naturalmente, podía abandonarlos, arrinconarlos contra la pared y salir corriendo... Pero no; eso no sería cívico y, de todas formas, eran hermosos. Si lograba llevarlos hasta casa, todo acabaría bien.

Llegó otro tranvía a la parada y de nuevo alcé mi carga y me uní a los pasajeros que subían, esperando que nadie me observara.

Esta vez me increpó una voz femenina.

—Lo siento, no puede subir, encanto. —Era de mediana edad, una matrona, y su figura regordeta amenazaba con hacer estallar el uniforme—. No llevamos transportistas en los tranvías. Va contra las reglas.

Sofiqué un grito.

—¡Pero yo no soy un...! Son libros míos. Acabo de comprarlos.

—¿Comprarlos?

Encaré las cejas al mirar aquellos libros tan polvorientos.

—Sí... Y he de llevármelos a casa de algún modo.

—Que alguien se encargue del transporte por usted. ¿Hasta dónde va?

—Voy a Darrowby.

—¡Caray, eso está muy lejos! ¡Si es en el campo! —Se volvió para mirar el interior del tranvía—. Pero aquí no hay sitio, encanto.

Todos los pasajeros habían subido ya, y solo quedaba yo entre mis dos columnas gemelas. Sin duda la revisora vio una luz de desesperación en mis ojos porque hizo un gesto repentino.

—Suba, encanto. Puede quedarse en la plataforma conmigo. No debo hacerlo, pero veo que está en apuros.

No sabía si besarla o echarme a llorar. Al fin me limité a apilar los libros en un ángulo de la plataforma y me quedé balanceándome ante ellos hasta que llegamos al parque, donde yo había dejado el coche.

El alivio de mi liberación fue tan intenso que ni siquiera di importancia a los demás contratiempos adicionales, ya en camino del coche. En realidad hubo varios tropiezos más antes de tenerlos colocados en el asiento posterior, pero cuando por fin arranqué tenía ganas de ponerme a cantar.

Mientras iba abriéndome camino entre el tráfico, empecé a pensar en la suerte que yo tenía al vivir en el campo, porque el coche estaba lleno de un aroma ácido y desagradable al que creí procedente de los humos industriales y los escapes de los coches. Sin embargo, cuando la ciudad quedó atrás y yo subía ya por las verdes laderas de los Peninos, el aroma seguía acompañándome.

Bajé la ventanilla y aspiré ansiosamente el olor dulce de la hierba, pero, en cuanto la subí, el aroma extraño se notó de inmediato. Me detuve, volví a la cabeza y olfateé el asiento posterior. No había la menor duda: eran los libros.

Bueno, los habrían tenido guardados en un lugar húmedo, o algo así. Estaba seguro de que pronto desaparecería. Pero, mientras tanto, ¡vaya si era fuerte! Casi me lloraban los ojos.

Nunca me había molestado realmente la larga ascensión hasta nuestro nido sobre Skeldale House, pero aquel día fue distinto. Supongo que brazos y hombros sentían al fin la tensión y que el cordel, tan duro y a la vez tan frágil, se me clavaba en las manos como nunca, pero lo cierto es que cada escalón me suponía un gran esfuerzo y, cuando llegué al descansillo superior, casi me desmayé contra la puerta de nuestro salón-dormitorio.

Cuando entré, sudoroso y alterado, Helen estaba de rodillas limpiando la chimenea. Me miró con aire expectante.

—¿Tuviste suerte, Jim?

—Sí, creo que sí —contesté, con cierta complacencia—; creo que he traído una ganga.

Se levantó y me miró ansiosamente.

—¿De verdad?

—Sí. —Entonces decidí jugar mi carta de triunfo—. ¡Y solo he gastado tres chelines!

—¿Tres chelines? ¿Qué...? ¿Dónde...?

—Espera un momento.

Salí al descansillo y metí las manos bajo los cordeles. Gracias a Dios, sería la última vez que lo hiciera. Tomé impulso, los levanté, y crucé la puerta con mi premio gordo para que lo inspeccionase mi esposa.

Ella miró los dos montones.

—¿Qué traes ahí?

—La Geografía Universal en veinticuatro tomos —contesté, triunfalmente.

—La Geografía Uni... ¿y eso es todo?

—Sí, me temo que no encontré nada más. Pero, mira... ¿no son magníficos?

La mirada de mi esposa tenía algo de incredulidad y bastante de asombro. Por un instante, se le curvaron las comisuras de la boca, luego soltó una tosecilla y de pronto se mostró alegre.

—Pues bien, tendremos que colocar unos estantes. De todas formas, déjalos ahí ahora.

Se volvió y se arrodilló de nuevo ante el hogar. Pero unos segundos después, detuvo su limpieza.

—¿No hueles algo raro?

—Bueno... ejem... creo que son los libros, Helen. Están un poco mohosos... No creo que dure mucho.

Pero aquel peculiar olor era muy penetrante. Olía a la vejez. Pronto la atmósfera de nuestra habitación fue la de un mausoleo recién inaugurado.

Comprendí que Helen no quería herir mis sentimientos, pero seguía lanzando miradas de alarma creciente a mi adquisición. Decidí hablar por ella.

—Quizá será mejor que los deje abajo, por ahora.

Asintió agradecida.

El descenso fue una tortura, empeorada por el hecho de que yo creía haber terminado con el constante transporte. Finalmente, entré en el despacho y dejé los libros detrás de la mesa. Estaba descansando y frotándome las manos cuando apareció Siegfried.

—Hola, James, ¿lo pasaste bien en Leeds?

—Sí. En el laboratorio me dijeron que nos llamarán sobre esas muestras en cuanto hayan examinado los cultivos.

—Espléndido. —Mi colega abrió la puerta del armario y guardó unos formularios. Luego hizo una pausa y empezó a olfatear a su alrededor—. James, aquí hay un olor asqueroso.

Me despejé la garganta.

—Verás, Siegfried, compré unos libros en Leeds. Por lo visto están un poco húmedos. —Señalé tras la mesa y los ojos de Siegfried se abrieron de par en par al mirar las dos columnas gemelas.

—¿Qué diablos hay ahí?

Vacilé.

—La Geografía Universal en veinticuatro tomos.

Nada dijo pero no dejaba de mirarme, y de mirar a los libros, y otra vez a mí. Y seguía aspirando el aire. Indudablemente, solo su cortesía innata le impedía decirme que sacara de allí aquellos malditos libros.

—Encontraré un lugar para ellos —dije, y, vencido por el agotamiento, metí de nuevo las manos bajo los cordeles.

Estaba hecho un lío mientras caminaba por el pasillo. ¿Qué demonios iba a hacer con ellos? Pero, al pasar por la puerta de la bodega, a la derecha creí haber hallado la solución.

Había unas cámaras grandes y abovedadas bajo Skeldale House, una auténtica bodega de los mejores tiempos. El hombre que bajaba allí a leer el contador de gas siempre las describía como «las catacumbas», y cuando descendí aquellas profundidades lóbregas y húmedas, pensé con tristeza que eran el lugar de descanso más adecuado para mis libros. Solo teníamos allí carbón y madera y, por los golpes sordos que oí, supuse que Tristán estaba partiendo unos troncos.

Era un experto en esta tarea y, cuando di la vuelta a la esquina, agitaba el hacha diestramente en torno a la cabeza. Se detuvo al verme con mi carga, y me hizo la pregunta inevitable.

Contesté, confiando en que fuera la última vez:

—La Geografía Universal en veinticuatro tomos —y seguí con un relato de mi historia punto por punto.

Mientras escuchaba, Tristán abría un tomo tras otro, los olía y volvía a dejarlos a toda prisa. No necesitó hablar. Yo ya estaba convencido. Mis amados libros no saldrían nunca de ahí.

Pero la compasión que siempre ha sido, y todavía es, la faceta más notable del carácter de Tristán, salió por sus fueros.

—Mira, Jim —dijo—, podemos ponerlos aquí —y me indicaba un estante polvoriento para botellas de vino, apenas visible a la luz débil que se filtraba por la reja de hierro sobre el conducto del carbón que bajaba desde la calle—. En realidad, es como un estante para libros.

Empezó a colocar allí los volúmenes, y, una vez dispuestos en fila, pasó la mano sobre la anticuada opulencia de su encuadernación.

—¡Vaya, si tienen un aspecto espléndido, Jim! —Se detuvo, frotándose la barbilla—. Todo lo que necesitas ahora es un lugar donde sentarte. Veamos... ¡ah, sí!

Se retiró a la oscuridad y reapareció con un montón de troncos de los más grandes. Hizo unos cuantos viajes y, en poco tiempo, había dispuesto un

asiento para mí desde el cual podía alcanzar los libros.

—Así estará bien —dijo, con profunda satisfacción—; puedes bajar aquí y leer un rato cuando te apetezca.

Y así ha sido en realidad. Los libros jamás volvieron a subir a la casa pero, con mucha frecuencia, en cuanto tenía unos minutos libres y quería mejorar mi cultura, bajaba, ocupaba el asiento de Tristán a la luz débil bajo la rejilla de hierro, y renovaba mi amistad con la Geografía Universal en veinticuatro tomos.

La epidemia de gripe que asoló al distrito de Darrowby atacó especialmente a la gente de las granjas. Los de la ciudad podían tomarse unos días de descanso hasta que se pasara, pero, cuando había vacas que ordeñar dos veces al día, eso era imposible. En mis rondas veía a los granjeros atontados por la fiebre, con los ojos cargados, pero yendo de una vaca a otra cuando debían haber estado en la cama.

El padre de Helen y tía Lucy fueron dos de los que cayeron más pronto y necesitaban ayuda. No esperé a que Helen dijera nada, sino que yo mismo le sugerí enseguida que debía volver a la granja durante unos días y llevar la casa. Me sentía tan extraño en el salón-dormitorio sin ella, que volví a dormir en mi antigua habitación, junto a la de Tristán, y a comer con los dos hermanos en el gran comedor.

Una mañana, estaba sentado a la mesa del desayuno con la sensación de haber dado marcha atrás el reloj y mi socio se llenaba la taza de café, cuando Tristán se aclaró la garganta.

—¿Sabéis? Puede que haya algo en este asunto del fantasma de Raynes, después de todo. —Separó la silla de la mesa y se retrepó cómodamente extendiendo las piernas, mientras seguía leyendo el *Darrowby and Houlton Times*—. Dicen que hay un historiador que lo investiga, y que este hombre ha desenterrado algunos hechos interesantes.

Siegfried nada dijo, pero sus ojos se estrecharon cuando su hermano sacó un Woodbine y procedió a encenderlo. Mi socio había dejado de fumar hacía una semana y no quería ver fumar a nadie; especialmente a Tristán, que daba la impresión de gozar profundamente hasta de los detalles más nimios. La boca de Siegfried se apretó en una línea tensa cuando el joven eligió serenamente un cigarrillo, lo encendió con el mechero y expelió el humo con una especie de éxtasis.

—Sí —continuó Tristán, mezclándose las volutas de humo con sus palabras—, ese tipo asegura que varios monjes fueron asesinados en la abadía de Raynes en el siglo XIV.

—Bien, ¿y qué? —Gruñó Siegfried.

Tristán alzó las cejas.

—Ese encapuchado que se ha visto tan a menudo últimamente junto a la abadía... ¿por qué no ha de ser el espíritu de uno de esos monjes?

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices?

—Bueno, después de todo te hace pensar, ¿no? ¿Quién sabe qué cosas podía haber...?

—¿De qué estás hablando? —rezongó Siegfried.

Tristán parecía dolido.

—Está bien, y riéte si quieres, pero recuerda lo que dijo Shakespeare —y alzó el índice con solemnidad—: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que has podido soñar en tus...».

—¡Oh, mierda! —dijo Siegfried, poniendo fin definitivamente a la discusión.

Bebí agradecido el último sorbo de café y dejé la taza. Estaba encantado de que el encuentro hubiera tenido un final bastante pacífico, porque Siegfried se hallaba en un estado de ánimo muy quisquilloso. Hasta la semana anterior había sido un fumador empedernido de pipa y cigarrillos, pero se le había desarrollado la clásica tos y había sufrido constantes dolores de estómago. En ocasiones, su rostro delgado y alargado había asumido el aspecto de una calavera, con las mejillas muy hundidas y los ojos semiocultos en el fondo de las órbitas. Y el médico había dicho que tenía que dejar de fumar.

Siegfried había obedecido y se había sentido mejor inmediatamente; pero, inmediatamente también, le había dominado el celo evangélico del convertido. No se limitaba a aconsejar a la gente que dejara el tabaco; yo le vi en ocasiones arrancar un cigarrillo de los dedos temblorosos de un granjero, acercar el rostro a unos centímetros del de su interlocutor y chillar amenazadoramente:

—¡Y que no le vea más con una de esas malditas cosas en la boca! ¿Me oye?

Incluso ahora hay hombres de cabellos grises que me dicen temblando:

—No, no, jamás he vuelto a fumar desde que el señor Farnon me dijo que lo dejara hace años. Caray, me miró de un modo que no me atrevería a hacerlo...

Sin embargo, persistía el hecho bastante molesto de que su cruzada no había tenido el menor efecto en su hermano. Tristán fumaba casi continuamente, pero jamás tosía y sus digestiones eran excelentes.

Siegfried le miró ahora mientras sacudía feliz la ceniza y aspiraba de nuevo.

—Fumas demasiados cigarrillos.

—Y tú también.

—Yo no —le atajó Siegfried—. He dejado el vicio y ya es hora de que tú lo dejes también. Es un hábito asqueroso y te matarás si fumas de ese modo.

Tristán le lanzó una mirada benévola y de nuevo flotaron sus palabras en una neblina de humo.

—¡Oh, seguro que te equivocas! ¿Sabes? Yo creo que hasta me sienta bien.

Siegfried se levantó y salió del comedor. Simpatizó con él porque se hallaba en una posición muy difícil. Ya que estaba *in loco parentis* en cierto sentido, era el que proveía a los gastos —tabaco— de su hermano, y su sentido innato de la corrección le impedía abusar de su posición quitándoselo de las manos como hacía con los demás. Tenía que limitarse a las exhortaciones, y con eso no conseguía nada. Y había algo más: probablemente quería evitar una pelea aquella mañana, ya que Tristán salía para uno de sus misteriosos viajes a la Escuela de Veterinaria; en realidad, mi primer trabajo del día iba a consistir en llevarle hasta la carretera principal del Norte, desde cuyo lugar haría autostop.

Una vez le dejé allí, partí para mi ronda, y mientras conducía, mis pensamientos seguían dándole vueltas a la conversación durante el desayuno. Gran número de personas estaban dispuestas a jurar que habían visto al fantasma de Raynes y, aunque era fácil rechazar a algunos por sensacionalistas o borrachos, seguía en pie el hecho de que otros sí eran ciudadanos muy dignos de crédito.

La historia era siempre la misma. Había una colina más allá del pueblo de Raynes y en la cumbre se alzaba un bosque hasta el borde derecho de la carretera. Tras él estaba la abadía. Los que subían por la colina en coche y durante la noche decían que habían visto al monje ante los faros: un monje con hábito marrón, que se hundía en el bosque. En su opinión, la figura encapuchada había estado cruzando la carretera, pero no estaban seguros porque siempre la veían desde lejos. Pero todos se mostraban firmes en lo demás: habían visto una figura encapuchada y con la cabeza inclinada, que se adentraba en el bosque. Y debía haber algo repelente en la aparición, ya que nadie dijo jamás que se hubiera metido en el bosque para perseguirla.

Curioso que, después de haber estado pensando en Raynes durante el día, me llamaran a ese pueblo a la una de la madrugada siguiente. Al levantarme

de la cama y vestirme medio dormido, no pude por menos que pensar en Tristán, enroscado pacíficamente en su cama del hotel en Edimburgo, muy lejos de los problemas de la práctica. Sin embargo, me dije, aquello no era tan malo después de todo; Raynes estaba a menos de cinco kilómetros y el trabajo no ofrecería muchas dificultades: un cólico del *poney* Shetland de un muchacho. Y era una noche magnífica, fría con las primeras heladas del otoño, pero con una luna llena que me iluminaría el camino por la carretera.

Paseaban al *poney* por el patio cuando llegué allí. El propietario, el contable de mi banco, me ofreció una sonrisa de disculpa.

—Lamento haberlo sacado de la cama, señor Herriot, pero confiaba en que se le pasara el dolor de vientre. Lo hemos hecho desfilar por aquí durante dos horas. En cuanto paramos, intenta tirarse al suelo.

—Ha hecho lo más adecuado —dije—, porque hubiera podido causarse una hernia.

Examiné al pequeño animal y me sentí tranquilizado. Tenía la temperatura normal, el pulso fuerte y, al acercar el oído a su flanco, escuché los sonidos típicamente abdominales de un cólico espasmódico.

Lo que necesitaba era una buena evacuación, pero había que sopesar cuidadosamente la dosis de arecolina para aquel miembro diminuto de la especie equina. Finalmente, me decidí por la octava parte de un gramo y se lo inyecté en los músculos del cuello. El *poney* siguió unos instantes en la posición típica de cólico, muy inclinado y apoyándose en una pata trasera, ya en la otra, e intentando echarse de vez en cuando.

—Hágalo caminar de nuevo y lentamente, por favor.

Estaba esperando la etapa siguiente que no se hizo aguardar mucho. El *poney* empezó a bostezar y a babear, y al poco rato una corriente constante de saliva le caía de la boca. Hasta ahí muy bien, pero aún hube de esperar otros quince minutos hasta que al fin alzó el rabo y depositó un montón de heces sobre el cemento del patio.

—Ahora creo que se pondrá bien —dije—, así que se lo dejo en sus manos. Llámeme de nuevo si persisten los dolores.

Más allá del pueblo, la carretera entraba en una curva muy cerrada, ya fuera de la vista de las casas, e iniciaba el largo ascenso hasta la abadía. Exactamente allí, en el punto que iluminaban los faros, era donde se veía siempre al fantasma cruzando la carretera y hundiéndose bajo la mancha oscura de los árboles. En la parte más alta de la colina, y obedeciendo a un extraño impulso, aparqué a un lado de la carretera y bajé del coche. Aquel era el lugar exacto. Al borde del bosque, bajo la luna brillante, las hayas

resplandecían con un brillo fantasmal y las ramas más altas gemían azotadas por el viento.

Entré en el bosque abriéndome camino cuidadosamente, con los brazos extendidos, hasta salir al otro lado. La abadía de Raynes se alzaba ante mí.

Siempre había asociado estas ruinas hermosas con los días de verano, el sol que caldeaba las viejas piedras de los arcos graciosos, el rumor de voces, los niños que jugaban sobre el césped descuidado... pero ahora eran las dos y media de la madrugada y aquello era un mundo vacío, y yo solo sentía en el rostro el aliento gélido del invierno tan cercano ya. De pronto me sentí solo.

A la serena luz de la luna, todo se veía pavorosamente claro. Sin embargo, había cierta sensación de irrealidad en las hileras de columnas que se alzaban hacia el cielo oscuro, lanzando sus sombras largas y pálidas sobre la hierba. Allá, en el extremo más lejano, distinguí las celdas de los monjes —cavernas lóbregas hundidas en la oscuridad— y, mientras las miraba, ululó un búho acentuando el pesado silencio.

El temor empezó a dominarme, junto con la impresión de que, como hombre vivo, nada tenía yo que hacer entre aquellas reliquias tristonas de siglos pasados. Di media vuelta rápidamente y empecé a cruzar a toda prisa el bosque, tropezando con los árboles y saltando sobre raíces y arbustos, y, cuando llegué al coche, estaba temblando y más agotado de lo normal por la carrera. Sentí un alivio profundo al cerrar la portezuela, hacer girar la llave de contacto y oír el rumor familiar del motor.

En menos de diez minutos llegué a casa y subí al galope las escaleras, anhelando coger el sueño otra vez. Al abrir la puerta del dormitorio, le di al conmutador y experimenté una sorpresa momentánea cuando la habitación siguió a oscuras. De pronto me quedé helado en el umbral.

Junto a la ventana, por la que entraba la luz de la luna formando un charco de plata, había un monje de pie. Un monje con hábito marrón, inmóvil, los brazos cruzados y la cabeza inclinada. Su rostro estaba vuelto hacia mí pero me era imposible distinguir nada bajo la capucha, solo un abismo horrible de negrura.

Creí ahogarme. Abrí la boca para gritar y no salió de ella sonido alguno. En mi mente solo había un pensamiento dominante: sí existían los fantasmas después de todo.

De nuevo abrí la boca y entonces se escuchó un ronco chillido:

—¡En nombre de Dios! ¿Qué es eso?

Inmediatamente escuché la respuesta en tono sepulcral:

—Tristá... án...

No creo que llegara a desmayarme, pero sí me dejé caer exhausto sobre el lecho y quedé allí temblando, y con la sangre atronando en mis oídos. Apenas me di cuenta de que el monje se subía a una silla y volvía a colocar la bombilla en su sitio, riéndose a carcajadas. Luego le dio al conmutador y se sentó en mi cama. Con la capucha ya retirada sobre los hombros, encendió un cigarrillo y me miró, sacudido aún por la risa.

—¡Santo cielo, Jim! Fue maravilloso... mejor de lo que esperaba.

Le miré y conseguí susurrar:

—Pero tú estás en Edimburgo...

—Yo no, muchacho. No había mucho que hacer, así que concluí el negocio y regresé inmediatamente haciendo autostop. Acababa de entrar cuando te vi subir por el jardín. Apenas tuve tiempo de quitar la bombilla y ponerme esto... Era una oportunidad que no quería perder.

—Fíjate en mi corazón —murmuré.

Tristán me puso la mano en el costado un instante y, al notar aquel loco galope, una mirada de preocupación apareció en su rostro.

—¡Caray, lo siento, Jim! —Luego me dio un golpecito tranquilizador en el hombro—. Pero no te preocupes. Si tenías que morir por eso, estarías muerto ya. Después de todo, un buen susto resulta beneficioso; actúa como un tónico. Este año no necesitarás vacaciones.

—Gracias —dije—. Muchísimas gracias.

—¡Ojalá hubieras podido oírte! —exclamó, y empezó a reír de nuevo—. Aquel chillido de horror... ¡Oh, Señor!

Me incorporé lentamente hasta quedar sentado, levanté la almohada, la coloqué contra la cabecera de la cama y me apoyé en ella. Me sentía muy débil.

Luego le miré con frialdad.

—¿Así que tú eres el fantasma de Raynes?

Tristán sonrió en respuesta, pero nada dijo.

—¡Maldito demonio! Tenía que haberlo sabido, pero dime, ¿por qué lo haces? ¿Qué consigues con ello?

—¡Oh, no lo sé! —El joven contemplaba soñadoramente al techo a través del humo del cigarrillo—. Supongo que todo es cuestión de calcular el tiempo, de modo que los conductores no puedan estar seguros de si me han visto o no. Y luego me divierto horrores oyéndoles apretar el acelerador como locos y salir pitando hacia casa. Ninguno de ellos ha parado nunca el coche.

—Bien, alguien me dijo una vez que tu sentido del humor se había desarrollado en exceso —dije—, y te aseguro que algún día acabará contigo.

—No hay peligro. Tengo la bicicleta detrás de un muro, a unos cien metros de la carretera, y puedo salir huyendo si es necesario. No hay problema.

—Bien, como quieras. —Me levanté del lecho y me dirigí, tembloroso, hacia la puerta—. Voy a tomarme un buen trago de *whisky*. Pero recuerda esto —me volví y le miré furioso—: si vuelves a intentar ese truco conmigo, te estrangularé.

* * *

Pocos días más tarde, hacia las ocho de la noche, estaba sentado y leyendo junto al fuego en el salón de Skeldale House, cuando la puerta se abrió de par en par y Siegfried entró como un loco en la habitación.

—James —dijo—, la vaca del viejo Horace Dawson se ha partido la teta. Creo que habremos de coserla. El viejo no podrá dominar él solo a esa vaca, y no tiene vecinos cerca que le ayuden, así que me pregunto si querrías venir a echarme una mano.

—Por supuesto, con mucho gusto.

Puse una señal en el libro, me desperecé, bostecé y me levanté de la silla. Noté que Siegfried daba unas pataditas de nerviosismo y se me ocurrió, y no por primera vez, que lo único que le satisfacía sería disponer de un aparato de expulsión en los sillones que me lanzara directamente por la puerta y a la acción a su voz de mando. Yo siempre trataba de actuar con rapidez, pero me dominaba la impresión —cuando tomaba notas a su dictado, o cuando operaba ante sus ojos— que no era lo bastante rápido. Y me sentía tenso al comprobar que el simple hecho de verme dejar el sillón y colocar el libro en el estante junto al fuego, suponía un esfuerzo casi insoportable para él.

Para cuando yo cruzaba la alfombra, Siegfried ya había desaparecido en el pasillo. Le seguí al galope y conseguí llegar a la calle en el instante en que ponía el coche en marcha. Aferrándome a la portezuela, me lancé al interior y noté que el asfalto desaparecía bajo mis pies cuando nos lanzamos a la oscuridad.

Quince minutos más tarde, hacíamos alto en el patio, junto a un pequeño edificio que se alzaba entre los campos cultivados. Apenas se había detenido el motor cuando ya mi colega estaba fuera del coche y se dirigía a toda prisa hacia el establo de las vacas. Me gritó por encima del hombro, sin dejar de caminar:

—Trae los materiales de sutura, James, por favor... y la anestesia y la jeringuilla... y esa botella de loción para las heridas...

Oí un breve murmullo de conversación en el interior; luego la voz de Siegfried se alzó de nuevo y ahora era un grito impaciente:

—¡James! ¿Qué haces? ¿Es que no puedes encontrar esas cosas?

Apenas había abierto el maletero, y empecé a rebuscar frenéticamente entre las filas de frascos y botellas. Hallé lo que pedía, crucé el patio al galope y casi tropecé con él, que ya salía del edificio.

Iba gritando:

—¡James! ¿Qué diablos te retiene...? ¡Ah, ya estás aquí! De acuerdo, dame todo eso... ¿qué has estado haciendo tanto tiempo?

Desde luego, tenía razón en lo referente a Horace Dawson, un hombrecillo frágil de unos ochenta años y de cuyos brazos no podía esperarse mucha fuerza. A pesar de su edad se había negado tercamente a dejar de ordeñar las dos gruesas vacas Shorthorn que tenía en aquel establo empedrado de guijarros.

Nuestra paciente se había dañado espantosamente una teta. O bien ella misma o su vecina la habían pisoteado, porque vi una larga herida, casi de arriba abajo, por la que se salía la leche.

—Es grave, Horace —dijo Siegfried—; ya ve que le llega hasta el canal de la leche. Pero haremos lo que podamos por ella. Necesitará unos buenos puntos.

Bañó y desinfectó la teta y luego llenó una jeringuilla con anestesia local.

—Cógele el morro, James —dijo. Ahora habló amablemente al granjero —: Horace, ¿quiere, por favor, sujetarle la cola? Reténgala por el mismo extremo, así... estupendo.

El hombrecillo cuadró los hombros.

—Puedo encargarme de esto, señor Farnon.

—Buen chico, Horace, espléndido, gracias. Ahora apártese un poco.

Se inclinó y, cuando yo agarré al animal por el morro, insertó la aguja sobre el extremo superior de la herida.

Se oyó un fuerte crujido, pues la vaca manifestó su desaprobación coceando fuertemente a Siegfried sobre las botas de goma. Este no dejó escapar el menor sonido, pero inspiró profundamente y flexionó las rodillas un par de veces antes de encogerse de nuevo.

—Cuidado, bonita —murmuró, en un susurro tranquilizador, al meterle la aguja de nuevo.

Esta vez la pezuña aterrizó en su antebrazo, enviando la jeringuilla por el aire en una curva graciosa que, por suerte, vino a concluir sobre un montón de

heno. Siegfried se enderezó, se frotó el brazo con expresión pensativa, recuperó la jeringuilla y se aproximó a la paciente de nuevo.

Por unos segundos, le rascó el trasero y se dirigió a ella del modo más amistoso posible.

—Comprendo, vieja, que no es muy agradable, ¿verdad?

Al inclinarse ahora, adoptó una nueva posición, hundiendo la cabeza en el flanco de la vaca. Así, estirando mucho los brazos, consiguió evitar otras coces y logró inyectar la anestesia en el tejido, en torno a la herida. Luego procedió a enhebrar una aguja sin prisa, silbando desafinadamente entre dientes.

El señor Dawson le observaba con admiración.

—Ya sé por qué es usted tan bueno con los animales, señor Farnon. Es tan paciente... supongo que el hombre más paciente que he visto en la vida.

Siegfried inclinó la cabeza modestamente y siguió adelante con su trabajo, que ahora era más pacífico. La vaca no sentía nada mientras mi colega procedía a hacer una fila de puntos largos e iguales que unían firmemente los bordes de la herida.

Cuando hubo terminado, pasó un brazo sobre los hombros del viejo.

—Ahora, Horace, si eso se cura bien, la teta quedará como nueva. Pero no se curará si usted sigue tirando de ella, de modo que quiero que utilice este tubo para ordeñarla.

Levantó una botella de alcohol en la que brillaba un sifón de ordeñar.

—Muy bien —contestó el señor Dawson con firmeza—, lo utilizaré.

Siegfried agitó el índice ante su rostro.

—Pero ha de ser cuidadoso, ya sabe. Ha de hervir el tubo cada vez antes de usarlo, y guardarlo siempre en la botella, o acabará con una mastitis. ¿De acuerdo?

—Señor Farnon —dijo el hombrecillo en posición de firmes—, haré exactamente lo que usted diga.

—Así me gusta, Horace. —Siegfried le dio un golpecito final en la espalda antes de empezar a recoger los instrumentos—. Volveré dentro de unas dos semanas a quitarle los puntos.

Cuando salíamos, apareció súbitamente en la puerta del establo el corpachón de Claude Blenkiron, era el policía de pueblo, aunque no debía estar de servicio a juzgar por su chaqueta y pantalones a cuadros detonantes.

—Pensé que le ocurría algo, Horace, y vine por si necesitaba ayuda.

—No, gracias, señor Blenkiron. Muy amable de su parte, pero llega tarde. Ya hemos hecho el trabajo —contestó el viejo.

Siegfried se echó a reír.

—Ojalá hubiera llegado hace media hora, Claude; podía haber cogido a la vaca bajo el brazo mientras yo la cosía.

El hombretón asintió y una lenta sonrisa apareció en su rostro. Parecía el ser más agradable del mundo pero, como siempre, comprendí que tras aquella sonrisa había un hombre de hierro. Claude era un personaje amado en el distrito, un atleta magnífico que concedía su amistad y su ayuda generosa a cuantos necesitaban de él. Pero, aunque puntal de apoyo para viejos y débiles, también era un ariete implacable contra los malvados.

No podía hablar por sí mismo, pero había oído rumores de que Claude prefería no molestar al magistrado por trivialidades y aplicaba su forma peculiar de justicia instantánea. Se decía que siempre tenía un buen garrote a mano y que, a los actos de gamberrismo y vandalismo, seguía rápidamente una buena paliza en algún callejón. No se conocían reincidentes y, en realidad, todo su distrito cumplía la ley de modo notable. Miré de nuevo aquel rostro sonriente. Realmente, era un hombre de aspecto agradabilísimo pero, como digo, había allí algo más, y nada me hubiera inducido nunca a enfrentarme en una pelea con él.

—De acuerdo entonces —dijo—. Me dirigía a Darrowby, así que, buenas noches.

Siegfried le puso la mano en el brazo.

—Un momento, Claude, quisiera ir a ver otro de mis casos. ¿Le importaría llevar al señor Herriot de vuelta a la ciudad?

—No faltaba más, señor Farnon —contestó el policía, y me hizo señas de que le siguiera.

En la oscuridad exterior me senté en el asiento del pasajero de un pequeño Morris Ocho y aguardé unos instantes mientras Claude conseguía introducir su mole tras el volante. Al partir, empezó a hablar de su visita reciente a Bradford, donde había tomado parte en un match de lucha libre.

Teníamos que pasar por el pueblo de Raynes para volver a Darrowby y, al dejar atrás las casas e iniciar el ascenso a la abadía, dejó de hablar de pronto. Y me dio un buen susto al enderezarse en el asiento y señalar hacia delante.

—¡Mire, mire ahí, ese maldito monje!

—¿Dónde? ¿Dónde?

Fingía ignorancia, pero lo había visto muy bien: una figura encapuchada que cruzaba lentamente la carretera dirigiéndose al bosque.

El pie de Claude apretaba el acelerador y el coche subía a toda marcha la colina. Al llegar a la cumbre, dio la vuelta bruscamente sobre la hierba junto a

la carretera, de modo que los faros barrieron todo el bosque, y, al saltar él del coche, hubo un instante en que su presa quedó a la vista: un monje con las faldas alzadas, y que corría a velocidad desesperada entre los árboles.

El hombretón buscó en el asiento posterior y sacó lo que me pareció un bastón muy pesado.

—¡Vamos a por ese cabrón! —gritó, lanzándose hacia el bosque.

Yo corrí tras él.

—Espere un minuto, ¿qué va a hacer si lo coge?

—Voy a marcarle el culo con mi varita —respondió Claude, con una seguridad que me dio frío, y siguió corriendo hasta desaparecer del círculo de luz. Hacia un ruido tremendo al chocar contra los troncos de los árboles y sin dejar de lanzar gritos de intimidación.

Mi corazón sangraba por el desventurado que corría en la oscuridad, con los gritos del policía en los oídos. Aguardé con horror creciente la confrontación final y la tensión aumentaba en mí a medida que pasaba el tiempo y seguía oyendo a Claude vociferar a grito pelado:

—¡Sal de ahí, que no tienes escape! ¡Sal, para que te veamos! —Mientras los golpetazos de su garrote despertaban ecos en la arboleda.

Yo también buscaba por mi parte, pero no encontré nada. En realidad, el monje parecía haber desaparecido y, cuando al fin regresé junto al coche, el policía ya estaba allí.

—Bien, esto es muy curioso, señor Herriot —dijo—. No consigo encontrarle y no puedo imaginar dónde se ha metido. Pisaba sus talones cuando le divisé, y no ha salido del bosque porque los campos se ven perfectamente a la luz de la luna. Incluso me he dado una vuelta por la abadía, pero tampoco está allí. El maldito se ha desvanecido.

Estaba a punto de decir algo así como: «Y ¿qué otra cosa puede esperarse de un fantasma?», pero aún agitaba el garrote entre sus manazas y opté por callarme.

—Supongo que será mejor que vayamos a Darrowby —gruñó el policía, pateando sobre la hierba helada.

También yo temblaba. Hacía un frío terrible, pues subía viento del Este, y me satisfizo volver al interior del coche.

En Darrowby tomé unas cuantas cervezas con Claude en su taberna favorita, el Toro Negro, y eran las diez y media cuando entré en Skeldale House. No había señales de Tristán, y experimenté cierta ansiedad.

Debía de ser más de medianoche cuando me despertó un leve rumor en la habitación de al lado. Tristán ocupaba lo que fuera un amplio vestidor en los

buenos tiempos, hacía muchos años. Salté de la cama y abrí la puerta de comunicación.

Tristán estaba en pijama y estrechaba dos botellas de agua caliente contra el pecho. Volvió la cabeza y me lanzó una mirada de animal perseguido antes de meter una de las botellas en la cama. Luego se acostó y se quedó tendido boca arriba, abrazado a la segunda botella de agua caliente y con los ojos clavados en el techo. Me acerqué y le examiné, algo preocupado. Temblaba tanto que la cama entera se movía con él.

—¿Cómo estás, Tristán? —susurré.

Al cabo de unos minutos, me llegó un graznido:

—Helado hasta los malditos huesos.

—Pero ¿dónde diablos has estado?

De nuevo aquel graznido.

—En un desagüe.

—¿Un desagüe? —Mis ojos se abrieron de par en par—. ¿Dónde?

La cabeza rodó débilmente de un lado a otro de la almohada.

—Allá, en el bosque. ¿No viste aquellas tuberías, junto a la carretera?

Se hizo la luz en mi mente.

—¡Claro que sí! Van a poner alcantarillado nuevo en el pueblo, ¿no?

—Exacto —susurró Tristán—. Cuando vi que aquel tipo se metía en el bosque, retrocedí a toda prisa y me lancé al interior de una de las tuberías de desagüe. ¡Solo Dios sabe el tiempo que estuve allí!

—Pero ¿por qué no saliste en cuanto nos marchamos?

Un temblor repentino le agitó, y cerró los ojos por un segundo.

—Desde allí no se oía nada. Yo estaba acurrucado, con la capucha sobre los oídos, y por la tubería silbaba el viento a más de cien kilómetros por hora. No oí que el coche se pusiera en marcha y no me atrevía a salir por si seguía allí con su maldita cachiporra.

Cogió la colcha con una mano y la subió, apretándola espasmódicamente.

—Bueno, no importa, Triss —dije—, pronto entrarás en calor y te encontrarás bien tras una buena noche de sueño.

No parecía haberme oído.

—Son horribles esas tuberías, Jim. —Me miraba con ojos aterrados—. Están llenas de porquería, y huelen a orina de gato.

—Lo sé, lo sé. —Volví a meterle la mano bajo las sábanas y le subí el embozo hasta la barbilla—. Estarás bien por la mañana.

Apagué la luz y salí de puntillas de la habitación. Al cerrar la puerta, todavía pude oír el castañeteo de sus dientes.

Desde luego, no era solo el frío lo que le turbaba; seguía aún en estado de *shock*. Y no me extrañaba. El pobre había estado disfrutando de una sesioncita de juerga pacífica con la mayor despreocupación, cuando, sin previo aviso, oyó el chirriar de los frenos, vio un chorro de luz y aquel gigante apareció en el centro de él como el príncipe de los demonios. Había sido demasiado.

A la mañana siguiente, en la mesa del desayuno, Tristán no tenía buen aspecto; estaba muy pálido, comía poco y unos espasmos terribles de tos sacudían todo su cuerpo a intervalos.

Siegfried le miró, suspicaz.

—Yo sé lo que tiene la culpa. Comprendo que estés sentado ahí como un zombi y escupiendo los pulmones a fuerza de toser.

—¿Que lo sabes?

Su hermano se enderezó en la silla y el temor le nubló el rostro.

—Sí, me duele decírtelo, pero ya te lo avisé, ¿no? ¡Toda la culpa la tienen esos malditos cigarrillos!

* * *

Tristán nunca dejó de fumar, pero el fantasma de Raynes ya no volvió a aparecer y, hasta la fecha, ha quedado como un misterio sin resolver.

Este era un caso para Granville Bennett. Me gustaba mucho la oportunidad de atender animales pequeños en la clínica y, al ir pasando el tiempo, fueron aumentando los casos, pero este me asustaba. Una perra spaniel, de doce años, en las últimas etapas de la piometritis, con el pus cayéndole de la vulva sobre la mesa de la clínica, una temperatura de 40°, la respiración fatigosa y un temblor constante. Al aplicarle el estetoscopio al pecho, escuché el sonido clásico de la insuficiencia valvular. Para colmo, un corazón débil.

—Bebe mucha agua, ¿verdad? —pregunté.

La anciana señora Barker retorció ansiosamente las asas de la cesta de la compra.

—Sí, sí, como si no supiera separarse del cuenco de agua. Pero no quiere comer... no ha tomado bocado en los últimos cuatro días.

—Bien, no sé... —Me quité el estetoscopio y me lo metí en el bolsillo—. Tendría que haberla traído antes. Debe de haber estado enferma durante semanas.

—Enferma realmente, no; solo un poco extraña. Supuse que no tenía por qué preocuparme mientras siguiera comiendo.

Guardé silencio unos momentos. No quería agobiar a la pobre vieja, pero había que decírselo.

—Me temo que está bastante mal, señora Barker. La enfermedad ha estado avanzando durante mucho tiempo. Se trata del útero, ¿comprende?; una infección muy grave, y lo único que se puede hacer es una operación.

—¿Querrá usted hacerla, por favor?

Los labios de la vieja temblaban. Me dirigí al otro lado de la mesa y le puse la mano en el hombro.

—Me gustaría, pero hay algunas pegas. No está muy fuerte y tiene doce años. Realmente se corre un riesgo muy grande al operarla. Me gustaría llevarla al Hospital de Veterinaria, en Hartington, y que el señor Bennett se encargara de ello.

—De acuerdo —dijo, asintiendo ansiosamente—. No me importa lo que cueste.

—¡Oh, él le cobrará lo menos posible! —Salí al pasillo con ella y la acompañé hasta la puerta—. Déjeme aquí a la perra; yo la cuidaré, no se preocupe. A propósito, ¿cómo se llama?

—*Dinah* —contestó con voz muy baja, aunque sin mirarme.

Volví al despacho y descolgué el teléfono. Hace treinta años, los veterinarios rurales tenían que dirigirse a los expertos en animales pequeños cuando surgía algo extraordinario a ese respecto. Hoy en día es distinto, porque la práctica está más mezclada. Ahora tenemos en Darrowby el personal y equipo necesarios para llevar a cabo cualquier tipo de cirugía con animales pequeños, pero entonces era distinto. Había oído decir ya que más tarde o más temprano cualquier veterinario había de solicitar la ayuda de Granville Bennett, y ahora me había llegado el turno.

—¿Oiga? ¿Hablo con el señor Bennett?

—Pues sí.

Era una voz amistosa, generosa y cálida.

—Soy Herriot. Trabajo con Farnon, en Darrowby.

—¡Claro! He oído hablar de usted, muchacho, he oído hablar de usted.

—Ah... bien... gracias. Mire. Tengo aquí un trabajo un poco difícil. Me gustaría que usted se encargara de hacerlo.

—Encantado, muchacho. ¿De qué se trata?

—Una piometritis asquerosa, de tamaño natural.

—¡Estupendo!

—La perra tiene doce años.

—¡Espléndido!

—Y está totalmente infectada.

—¡Excelente!

—Y con el corazón más débil que he auscultado en mucho tiempo.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! ¿Cuándo vendrá por aquí?

—Esta tarde, si le parece bien, hacia las ocho.

—Inmejorable, muchacho. Hasta luego.

Hartington era una ciudad bastante grande —unos 200 000 habitantes— pero, al llegar al centro, el tráfico menguaba ya y solo corrían unos cuantos coches ante las hileras de tiendas. Confiaba en que el viaje de 40 kilómetros hubiera valido la pena. A *Dinah*, tendida sobre una manta en el asiento posterior, parecía no importarle el resultado en absoluto. Eché una mirada a la cabeza que colgaba del borde del asiento, el morro blanco, las cataratas de los

ojos que brillaban pálidos a la luz del salpicadero. Era tan vieja... quizás estuviera perdiendo el tiempo al poner demasiada fe en la reputación de aquel hombre.

Indudablemente, Granville Bennett se había convertido en algo así como una leyenda en el norte de Inglaterra. En aquellos tiempos en que la especialización era casi desconocida, se había dedicado por completo a los animales pequeños —jamás visitaba el ganado de las granjas— y había fijado nuevas normas y procedimientos muy modernos en su hospital, dirigido como si fuera un hospital para seres humanos. En aquellos tiempos, estaba de moda entre los veterinarios el desdeñar el trabajo con perros y gatos; la mayoría de los que se habían pasado la vida entre los prolíficos caballos de tiro en la ciudad y en el campo decían despectivamente:

—¡Oh, yo no dispongo de tiempo para ocuparme de esas pequeñeces!

Bennett se había situado precisamente en el extremo opuesto. Yo no lo conocía personalmente, pero sabía que era un hombre joven, no más de treinta años. Había oído hablar mucho de sus conocimientos, de su habilidad para los negocios y de su reputación de *bon viveur*. Según decían, era un firme creyente de la máxima: «Trabaja mucho y disfruta todavía más».

El Hospital de Veterinaria era un edificio alargado y bajo, casi en el extremo superior de una calle muy comercial. Aparqué el coche en el patio central y llamé a una puerta, en una esquina. Miraba con cierto temor un Bentley brillante que empequeñecía a mi pequeño Austin, ya tan maltratado, cuando una linda recepcionista me abrió la puerta.

—Buenas tardes —murmuró, con una sonrisa que juzgué supondría otra media corona más en la cuenta, para empezar—. Pase. El señor Bennett está esperándole.

Me acompañó a una salita de espera con revistas y flores en la mesita del rincón y varias fotografías impresionantes de perros y gatos en las paredes, tomadas, según supe más tarde, por el mismo dueño. Estaba contemplando de cerca un estudio magnífico de dos perros de lanas, cuando oí unos pasos a mis espaldas. Me volví a así vi por primera vez a Granville Bennett.

Parecía llenar la habitación. No por la altura, sino por su corpachón tremendo. Gordo, pensé al principio, pero, al acercarse, comprendí que el tejido de que estaba compuesto no era precisamente grasa. No estaba blanducho, no es que sobresaliera la carne en ningún lugar particular; era solo un tipo grande, ancho, sólido, de aspecto recio. En el centro de un rostro agradable y de rasgos suaves sobresalía la pipa más fabulosa que yo había visto en la vida, una pipa brillante y espléndida que lanzaba deliciosas volutas

de humo muy claro. Era una pipa enorme; en realidad, la habría juzgado estúpida en un hombre más pequeño, pero en aquel rostro resultaba hermosa. Capté también la impresión de un traje oscuro, magníficamente cortado, y unos puños de blancura notable cuando extendió la mano.

—¡James Herriot! —dijo, como alguien hubiera podido decir «Winston Churchill».

—Así es.

—Bien, esto es magnífico, Jim, ¿verdad?

—Bueno, sí, claro.

—Estupendo. Ya lo tenemos todo dispuesto para ti, Jim. Las chicas nos esperan en el quirófano.

—Muy amable de su parte, señor Bennett.

—¡Granville! Tutéame, por favor. —Me tomó del brazo y me dirigió a la sala de operaciones.

Dinah estaba allí y parecía muy acabada. Le habían dado una inyección sedante y la cabeza le pesaba mucho. Bennett se dirigió a la perra y la examinó rápidamente.

—Hum... sí..., empecemos entonces.

Las dos enfermeras entraron en acción como tornillos de una máquina bien engrasada. Bennett tenía mucho personal fijo y estas enfermeras de animales, dos muchachas atractivas, sabían muy bien lo que tenían entre manos. Mientras una de ellas acercaba el carrito de anestesia e instrumental, la otra cogía la pata de *Dinah* con aire experto por encima del codo, hacía presión para elevar la vena radial y trasquilaba y desinfectaba rápidamente el área.

Se acercó el gran hombre con la jeringuilla cargada y, sin el menor esfuerzo, se la introdujo en la vena.

—Pentotal —dijo, mientras *Dinah* resbalaba lentamente y quedaba tendida e inconsciente sobre la mesa.

Era uno de los nuevos anestésicos de efecto rápido, al que yo no había visto nunca en acción.

Mientras Bennett se lavaba las manos y se ponía la bata y gorro esterilizados, las enfermeras colocaron a *Dinah* de espaldas y la aseguraron con correas a la mesa de operaciones. Le aplicaron al morro la mascarilla de éter y oxígeno, y luego afeitaron y desinfectaron el lugar de la operación. El doctor se acercó en el momento preciso para que le pusieran un escalpelo en la mano.

Con una rapidez casi indiferente cortó las capas de piel y músculos y, al atravesar el peritoneo, las trompas del útero, que en una perra sana hubieran sido dos cintas rosadas y finas, sobresalieron ahora por la herida como dos balones gemelos, hinchados y turgentes de pus. No era de extrañar que *Dinah* se encontrase mal con toda aquella carga.

Los dedos gordezuelos siguieron trabajando suavemente en la mesa, ligando los canales de los ovarios y el cuerpo uterino. Finalmente, retiraron todo aquello y lo dejaron caer en una bandeja. En el momento en que empezaba a coserla, comprendí que la operación estaba casi terminada, aunque solo llevábamos unos minutos en la mesa. Todo habría parecido infantil a no ser por su concentración total, que se manifestaba en las órdenes explosivas a las enfermeras.

Mientras le observaba trabajo bajo la lámpara sin sombras, con los muros de ladrillo blanco a su alrededor y las filas de instrumentos brillando a su lado, una mezcla de emociones profundas se apoderó de mí; aquello era lo que yo siempre había deseado hacer. Cuando por primera vez me decidí por la veterinaria, yo había soñado precisamente en esto. Sin embargo, allí estaba yo, un doctor de vacas, o quizá más correctamente un médico granjero, pero desde luego algo muy distinto. La escena que presenciaba ahora estaba muy lejos de mi trabajo rutinario con terneros y ovejas, barro y sudor. Y sin embargo, no lo lamentaba. La vida que las circunstancias me habían forzado a llevar había resultado ser lo que me permitía realizarme en verdad. Así nació en mí la certeza creciente de que prefería pasarme la vida recorriendo los caminos de los Valles, en las tierras altas, antes que inclinarme sobre aquella mesa de operaciones.

De todas formas, yo no podía haber sido un Bennett. No creo que jamás hubiera alcanzado su técnica y todo aquel marco hablaba con elocuencia de un conjunto de cosas tales como sentido comercial, previsión y ambición, cosas que yo no poseía.

Mi colega había terminado ya y estaba colocando un gotero con una solución salina intravenosa. Clavó la aguja en la vena y se volvió hacia mí.

—Ya está, Jim. Ahora todo depende de ella.

Se dispuso a abandonar la habitación, y me chocó lo muy agradable que debía ser terminar el trabajo y alejarse así de él. En Darrowby, yo tendría que haber empezado entonces a lavar los instrumentos, fregar la mesa y luego la escena final: Herriot, el gran cirujano, lavando el suelo con el cubo y el cepillo. Así se trabajaba mucho mejor.

De vuelta en la sala de espera, Bennett se puso la chaqueta y sacó del bolsillo lateral la enorme pipa que inspeccionó con cierta ansiedad, como si temiera que los ratones le hubieran mordido en su ausencia. No quedó satisfecho con el examen, porque sacó una gamuza amarilla muy suave y empezó a pulir la madera con toda absorción. Luego la sostuvo en alto, moviéndola ligeramente de un lado a otro, suavizándose su mirada al ver los juegos de luz sobre aquel material exquisito. Finalmente, sacó una bolsa de tabaco de enormes proporciones, llenó la cazoleta, aplicó una cerilla con cierta reverencia y cerró los ojos cuando el aroma fragante salió de sus labios.

—Esa mezcla huele deliciosamente —dije—. ¿Qué es?

—Navy Cut de Luxe. —Cerró de nuevo los ojos—. ¿Sabes? Casi se puede masticar el olor.

Me eché a reír.

—Yo también fumo Navy Cut, pero el corriente.

Me miró como un Buda apenado.

—¡Oh, no, chico, no lo hagas! Esto es lo único. Sabroso... gustoso... — Su mano trazaba unos gestos lánguidos en el aire—. Ea, llévate un poco.

Abrió un cajón. Eché una breve ojeada a un almacén del que no se hubiera avergonzado un estanco de categoría, con innumerables latas, pipas, escariadores, escobillas, gamuzas...

—Pruébalo —dijo— y ya me dirás si no tengo razón.

Miré lo que tenía ya en la mano.

—Pero ¡no puedo aceptar todo esto! ¡Es una lata de cuatro onzas!

—Tonterías, muchacho. Métetelo en el bolsillo. —De pronto le entraron las prisas—. Supongo que querrás quedarte por ahí hasta que la vieja *Dinah* vuelva de la anestesia, de modo que ¿por qué no tomamos una cerveza? Soy socio de un club encantador que está precisamente al otro lado de la calle.

—Bien, me parece estupendo.

Se movía con ligereza notable por tratarse de un hombre tan corpulento, y tuve que correr para mantenerme a su lado cuando dejó la clínica y cruzó hacia un edificio situado exactamente enfrente.

Hallé en el club el ambiente típico de confort masculino, saludos de bienvenida de otros socios de aspecto próspero, y una acogida amistosa del hombre que atendía el bar.

—Dos jarras de medio litro, Fred —murmuró Bennett, con aire ausente y las bebidas aparecieron con velocidad asombrosa. Mi colega apuró la suya, al parecer de un trago, y se volvió hacia mí—. ¿Otra, Jim?

Apenas había tomado un sorbo, y empecé a trasegar ansiosamente la cerveza amarga.

—De acuerdo, pero permíteme primero que te invite a esta.

—Imposible, muchacho. —Me miraba con cierta severidad—. Solo los socios pueden pagar las bebidas. Lo mismo, Fred.

Descubrí que tenía dos jarras junto a mí y, con un esfuerzo tremendo, terminé la primera. Respirando con dificultad, examinaba tímidamente la segunda cuando descubrí que Bennett terminaba ya la suya. Mientras le observaba, la acabó sin esfuerzo.

—Eres lento, Jim —dijo, sonriendo con indulgencia—. Otra vez lo mismo, Fred.

Vi alarmado que el camarero se disponía a rellenarla y atacué la segunda jarra con resolución. Con sorpresa por mi parte, conseguí trasegarla; luego, respirando con agobio, tomé la tercera justo en el instante en que Bennett hablaba de nuevo.

—Ahora beberemos la última —dijo con cortesía—. ¿Quieres repetir, Fred?

Aquello era ridículo, pero yo no quería parecer un cobardón en nuestro primer encuentro. Con algo semejante a la desesperación, levanté la tercera jarra y empecé a beber cansadamente. Cuando la vacié del todo, casi me caí contra el bar. Notaba el estómago a punto de reventar y un ligero sudor había estallado en mi frente... y cuando sentía que se me doblaban las piernas vi que mi colega se dirigía ya a la puerta.

—Es hora de irnos, Jim —dijo—. Termínala.

Es maravilloso lo que puede tolerar el cuerpo humano cuando se le pone a prueba. Habría admitido apuestas de que me era imposible beber la cuarta jarra sin un descanso de media hora por lo menos, y preferiblemente en posición prona, pero como Bennett daba ya pataditas de impaciencia bebí la cerveza lo más despacio posible, sintiéndola en toda la boca antes de desaparecer por la garganta. Creo que la tortura del agua era lo preferido por la Inquisición española y, a medida que aumentaba la presión en mi interior, comprendí cómo debían sentirse sus víctimas.

Cuando al fin solté ciegamente la jarra y conseguí separarme del bar, aquel hombretón tenía ya la puerta abierta. Fuera, en la calle, me pasó un brazo por los hombros.

—La vieja spaniel aún no habrá despertado —dijo—. Nos acercaremos a mi casa y tomaremos algo. Estoy un poco hambriento.

Hundido en la tapicería lujosa del Bentley y sujetando mi abdomen hinchado con los brazos, observé las hileras de tiendas que se deslizaban ante las ventanillas, para dar paso luego a la oscuridad del campo abierto. Nos detuvimos ante una casa magnífica de piedra gris, del más puro estilo Yorkshire, y Bennett me hizo entrar en ella. Una vez en el interior, me condujo hasta un sofá de cuero.

—Como si estuvieras en tu casa, muchacho. Zoe no está en este momento, pero iré a buscar algo.

Se largó a la cocina y reapareció a los pocos segundos con un gran cuenco que dejó en una mesita a mi lado.

—¿Sabes, Jim? —dijo, frotándose las manos—. Nada mejor tras una cerveza que unas cuantas cebollas en salmuera.

Lancé al cuenco una mirada de temor. En la vida de aquel hombre todo parecía ser más grande de lo normal, incluidas las cebollas. Eran mayores que pelotas de golf, de un blanco tostado y brillantes.

—Bien, gracias, señor Ben... Granville... —Tomé una de ellas y la sostuve entre los dedos, mirándola incrédulo. La cerveza ni siquiera había empezado a asentarse en mi estómago y la idea de engullir aquellas cebollas de aspecto imponente me resultaba inconcebible.

Granville se acercó al plato, se metió una cebolla en la boca, la masticó rápidamente, la tragó y clavó los dientes en la segunda.

—¡Señor, qué bueno es esto! Mi mujercita es una cocinera maravillosa. Incluso prepara las cebollas en salmuera mejor que nadie.

Masticando con aire feliz se dirigió al aparador y anduvo trasteando unos momentos antes de ponerme en la mano un vaso de cristal grueso lleno hasta

los dos tercios de *whisky* puro. Yo no podía hablar porque, armándome de valor, me había metido la cebolla en la boca. Pero, al masticala con osadía, el vinagre se me subió a la nariz haciéndome estornudar. Tomé un trago de *whisky* y miré a Granville con ojos acuosos.

Este me ofrecía de nuevo el plato de cebollas y, cuando hice un gesto negativo, me miró un instante con ojos dolidos.

—¡Qué raro que no te gusten! Siempre pensé que Zoe las hacía maravillosamente.

—No, no, te equivocas, Granville, son deliciosas. Es que aún no he terminado esta.

No contestó, pero siguió mirando el plato con pena. Comprendí que no había remedio y tomé otra.

Rebosante de gratitud, Granville corrió de nuevo a la cocina. Al regresar traía una bandeja con un trozo enorme de carne fría, pan, mantequilla y mostaza.

—Creo que un sándwich de ternera nos sentará bien, Jim —murmuró, mientras se hacía con el cuchillo de trinchar. Entonces observó mi vaso de *whisky*, todavía medio lleno—. Vamos, vamos —dijo, con cierta sorpresa—, no tocas la bebida. —Me miró con benevolencia mientras yo vaciaba el vaso, y volvió a llenarlo como antes—. Así está mejor. Y toma otra cebolla.

Extendí las piernas y apoyé la cabeza en el respaldo del sillón intentando tranquilizar la tormenta interior. Mi estómago era un lago de lava volcánica en erupción que amenazaba con estallar, y en el que cada trozo de cebolla, cada trago de *whisky*, iniciaba una reacción nueva y violenta. Al observar a Granville en acción, las náuseas me dominaron. Cortaba animadamente la carne, rodajas que calculé de dos centímetros de espesor, les ponía mostaza y las metía entre el pan. Cantaba con felicidad al ver crecer el montón. De vez en cuando, tomaba otra cebolla.

—¡Ea, muchacho! —gritó al fin, dejando un plato lleno junto a mi codo—. Cómetelo todo. —Cogió sus provisiones y se dejó caer con un suspiro en otro sillón. Comía como un Gargantúa y hablaba mientras comía—. ¿Sabes, Jim? Esto es algo que me hace disfrutar, un tentempié. Zoe siempre me deja algo preparado cuando sale —se metió en la boca casi medio sándwich— y te diré algo, aunque no está bien que lo diga yo mismo: esto está buenísimo, ¿no te parece?

—Desde luego.

Cuadrando los hombros conseguí tragar un poco más y retuve el aliento cuando otro cuerpo extraño y no deseado vino a caer sobre la confusión

interior.

En ese instante, oí que se abría la puerta principal.

—¡Ah, debe de ser Zoe! —exclamó Granville, y estaba a punto de levantarse cuando un bull-terrier espantosamente gordo entró en la habitación, cruzó la alfombra y saltó a su regazo—. ¡*Phoebles*, querida, ven con papá! —gritó él—. ¿Has dado un paseíto con mamaíta?

A este perro siguióle de cerca un terrier del Yorkshire, que también fue acogido con gran entusiasmo por Granville.

—¡Hola, *Victoria*, hola!

La perra, muy aficionada a sonreír sin duda, no saltó a su regazo; se limitó a quedarse a los pies de su amo, dejando ver los dientes cada pocos segundos.

Sonreí, a pesar del dolor. Otro mito que se desvanecía: el de que los especialistas en animales pequeños no son amantes de los perros. El gran hombre se deleitaba con sus dos animalitos. El hecho de que llamara «*Phoebles*» a *Phoebe* era sintomático.

Oí unos pasitos ligeros en el vestíbulo y alcé la vista, expectante. Ya había imaginado con toda claridad a la esposa de Granville: un ser domesticado, devoto, hogareño. La mayoría de los tipos dinámicos tenían esposas así, esclavas ansiosas, felices con pasar desapercibidas. Aguardé confiadamente la entrada de un ama de casa feúcha y simple.

Al abrirse la puerta, casi se me cayó el sándwich de la mano. Zoe Bennett era una belleza espectacular y cálida que obligaría a volver la cabeza a cualquier hombre. Cabello abundante, castaño y suave, ojos grandes y amistosos de un verde grisáceo, un traje de *tweed* que sentaba maravillosamente a su figura, esbelta pero no demasiado delgada, y había algo más: una sensación de realización, una luz interior que me hizo desear de pronto ser un hombre mejor, o al menos de mejor aspecto que el que debía tener.

Instantáneamente tuve plana conciencia de que llevaba los zapatos sucios, de que la chaqueta y pantalones de pana estaban allí fuera de lugar. No me había molestado en cambiarme; había venido directamente desde la clínica en ropas de trabajo, pero ¡eran tan distintas de las de Granville! Claro que yo no podía ir a mis rondas con un traje como el suyo.

—Amor mío, amor mío —canturreó él alegremente, cuando su esposa se inclinó para besarle cariñosamente—; permíteme que te presente a Jim Herriot, de Darrowby.

Los hermosos ojos se volvieron hacia mí.

—¿Qué tal está, señor Herriot? —Parecía tan satisfecha de verme como su marido, y de nuevo experimenté un deseo desesperado de estar más presentable, de haberme peinado, de no tener la convicción creciente de que iba a explotar en mil pedazos en cualquier momento—. Voy a tomar una taza de té, señor Herriot. ¿Le gustaría acompañarme?

—No... no, no, muchas gracias, pero no en este momento —tartamudeé.

—Bueno, veo que está tomando uno de los bocadillos de Granville.

Se echó a reír y fue en busca de su té. Cuando volvió entregó un paquete a su marido.

—He estado de compras hoy, cariño. Te elegí unas camisas, de esas que te gustan tanto.

—¡Encanto, qué amable de tu parte! —Empezó a desgarrar el papel como un colegial y sacó tres elegantes camisas en sus envolturas de celofán—. Son maravillosas, cielo. ¡Qué manera de mimarme! —Se volvió hacia mí—: ¡Jim! Son unas camisas preciosas y quiero que tengas una...

Y me lanzó al regazo un paquete brillante, desde el otro lado de la habitación.

Yo le miré asombrado.

—Realmente no, no puedo.

—¡Claro que sí! Quédatela.

—Pero, Granville, una camisa no... Es demasiado.

—Es una camisa muy buena. —Parecía dolido de nuevo y cedí.

¡Ambos eran tan amables! Zoe se sentó junto a mí con su taza de té, charlando con toda afabilidad, mientras Granville me sonreía desde el sillón hasta terminar el último de los sándwiches y lanzarse de nuevo sobre las cebollas.

La proximidad de aquella mujer tan atractiva era grata, pero un poco embarazosa. Mis pantalones de pana, y debido al calor de la habitación, habían empezado a soltar el aroma inconfundible de las granjas donde pasaban la mayor parte del tiempo. Y, aunque era uno de mis perfumes favoritos, indudablemente no encajaba en aquel ambiente elegante.

Lo que todavía era peor era que yo estaba sufriendo unos retorcijones internos y musicales que resonaban con demasiada claridad en cada pausa en la conversación. La única vez que había oído sonidos semejantes fue en una vaca con un caso avanzado de desplazamiento del abomaso. El matrimonio simuló con delicadeza una sordera total incluso cuando se me escapó un eructo explosivo que hizo que el perro más pequeño se alzara alarmado; pero

cuando no pude retener otro que casi hizo retemblar las ventanas, juzgué llegado el momento de irme.

La verdad es que yo no contribuía mucho a la conversación. El alcohol se había apoderado de mí y me daba cuenta de que solo estaba sentado allí con una sonrisa estúpida en el rostro. En notable contraste con Granville, que parecía exactamente el mismo que conociera allá en el hospital. Sereno, dueño de sí, conservando toda su cortesía. Era un poco duro de aceptar.

Así que, con la lata de tabaco golpeándome la cadera y la camisa metida bajo el brazo, me dispuse a salir.

De nuevo en el hospital observé a *Dinah*. La perra había salido maravillosamente bien de la operación; levantó la cabeza y me miró con aire somnoliento. Tenía buen color, y el pulso fuerte. El *shock* de la operación se había reducido bastante con la técnica rápida y diestra de mi colega y la inyección intravenosa.

Me arrodillé y le acaricié las orejas.

—Estoy seguro de que se recuperará, Granville.

La pipa asintió, con una confianza majestuosa.

—Por supuesto, muchacho, por supuesto.

Y tenía razón. *Dinah* se sintió rejuvenecida por la histerectomía y vivió muchos años más para felicidad de su dueña.

En mi camino hacia casa, aquella noche, fue sentada a mi lado en el asiento del pasajero, con el morro sobresaliendo de la manta. De vez en cuando, apoyaba la barbilla en mi mano cuando yo cambiaba las marchas, y me miraba perezosamente.

Fácil resultaba ver que se encontraba mucho mejor que yo.

Ben Ashby, el tratante de ganado, miró por encima de la verja con un rostro totalmente inexpresivo, como era habitual en él. Siempre pensé que, al cabo de toda una vida de comprar vacas a los granjeros, había llegado a sentir terror ante la posibilidad de demostrar cualquier emoción que pudiera ser interpretada como entusiasmo. Cuando miraba a una bestia, su rostro nada registraba, a no ser, y solo en ocasiones, una amable condolencia.

Así ocurría aquella mañana, cuando, con los codos apoyados en la barra superior se inclinó y lanzó una mirada melancólica a la ternera de Harry Sumner. Unos instantes después se volvía hacia el granjero:

—Lástima que no me la acercaras, Harry. Está demasiado lejos. Voy a tener que saltar ese vallado.

Empezó a trepar con dificultad, pero en ese momento alcanzó a ver a *Monty*. Antes no se había podido ver al toro, que pastaba serenamente entre el grupo de terneras, pero en aquel instante se elevó su cabeza impresionante por encima de las otras, muy brillante el anillo del morro, y un mugido ronco y prolongado resonó sobre la hierba. Aunque seguía comiendo, rascaba el suelo con las patas y con aire ausente.

Ben Ashby dejó de subir, vaciló un segundo y luego volvió al suelo.

—Bueno, sí —murmuró sin cambiar de expresión—, no está tan lejos. Supongo que puedo verla bien desde aquí.

Monty había cambiado mucho desde el primer día en que le vi, hacía unos dos años. Apenas tenía quince días entonces; era una criatura huesuda y de patas aún débiles, con la cabeza hundida en un cubo de comida.

—Bien, ¿qué opina de mi nuevo toro? —había preguntado Harry Sumner, riendo—. No es gran cosa para las cien libras que me ha costado, ¿verdad?

Solté un silbido.

—¿Tanto?

—Sí, un gran precio por un recién nacido. Pero es el único medio de empezar con animales de raza Newton. No tengo dinero para comprar uno grande.

No todos los granjeros de aquellos días eran tan previsores como Harry, y algunos echaban mano de cualquier tipo de macho para cubrir a las vacas.

Uno de ellos trajo una vez un animal muy flaco para que Siegfried lo examinara, y le preguntó qué opinaba de su toro. La respuesta de Siegfried —«Todo cuernos y pelotas»— no satisfizo mucho al propietario, pero ya aún la conservo como la descripción más gráfica del típico toro mezclado de aquellos tiempos.

Harry era un muchacho inteligente. Había heredado una propiedad pequeña de unas cuarenta hectáreas a la muerte de su padre y, junto con su esposa, muy joven, se había empeñado en hacerla prosperar. Apenas tenía más de veinte años cuando le conocí, y su aspecto casi delicado me había llevado a pensar que no estaría a la altura del trabajo. Aquel rostro tan poco curtido, los ojos grandes y sensibles y el cuerpo delgado no me parecían lo más adecuado para el trabajo constante —siete días a la semana de ordeñar, dar de comer, limpiar, etc.— que suponía la vida en una granja. Pero me había equivocado.

La valentía con la que se lanzaba a agarrar por las patas traseras a las vacas que coceaban para que yo las examinara, y su modo de apretar los dientes con decisión cuando se aferraba al morro de las bestias sueltas en la época de los análisis, me hicieron cambiar de opinión al poco tiempo. Trabajaba incansablemente, constantemente, y fue natural que su interés le llevara al sur de Escocia para buscar un toro.

Harry tenía todo un rebaño de animales Airshire, caso extraordinario entre los Shorthorn tan comunes en los Valles, y no cabía duda de que una inyección de la famosa sangre Newton sería el modo más seguro de mejorar su ganado.

—Por ambas ramas de su familia cuenta con ganadores de premios —dijo el joven granjero. Un pedigree fabuloso. Y su nombre es importante: *Newton Montmorency Sexto. Monty*, para abreviar.

Como si reconociera su nombre, el ternero alzó la cabeza del cubo y nos miró. Era una carita cómica, con el morro húmedo y unos hilillos de leche en las mejillas y la boca. Me incliné sobre la casilla y le rasqué la parte superior de aquella cabecita tan dura, no sin notar ya la raíz de los cuernos apenas mayores que guisantes, bajo mis dedos. Con una mirada límpida y tranquila, *Monty* se sometió tranquilamente a mis caricias por unos instantes; luego volvió a meter la cabeza en el cubo.

Vi en varias ocasiones a Harry Sumner durante las semanas siguientes y generalmente echaba una mirada a aquella adquisición tan costosa. A medida

que el ternero fue creciendo, resultó bien patente por qué había costado cien libras. Ocupaba un establo con tres terneros de Harry, y su superioridad era evidente a la primera ojeada; la frente amplia con los ojos bien separados, el pecho potente, las patas cortas y rectas, la línea hermosa del lomo, desde los hombros a la cola. *Monty* tenía clase, y, aunque pequeño, era ya todo un toro.

Tenía unos tres meses cuando Harry me llamó por teléfono un día: temía que pudiera tener pulmonía. Aquello me sorprendió, porque el tiempo era cálido y sabía que *Monty* estaba en un edificio libre de corrientes. Pero cuando le vi, pensé inmediatamente que el diagnóstico de su propietario era correcto. Una respiración fatigosa, una temperatura de 41°..., parecía muy claro. Sin embargo cuando apliqué el estetoscopio al pecho tratando de oír el sonido clásico de la pulmonía, nada oí. Los pulmones estaban completamente limpios. Me incliné sobre él varias veces, pero no se oía ni un chirrido, ni un estertor, ni el menor signo de congestión.

¡Qué cosa tan extraña! Me volví hacia el granjero.

—Es curioso, Harry. Está enfermo, desde luego, pero los síntomas no me suenan a nada conocido.

Aquello era ir contra las normas que se me habían dado, porque el primer veterinario al que vi actuar en mis días de estudiante me dijo en una ocasión:

—Si no sabe lo que tiene un animal, por el amor de Dios no lo admita. Dele un nombre..., llámelo la enfermedad de McLuckie, o Caspa Galopante..., lo que quiera, pero dele un nombre.

Sin embargo, no me venía la inspiración. Contemplé aquella criatura de ojos ansiosos y respiración fatigosa.

Tratar los síntomas. Eso era lo primero que debía hacer. Tenía fiebre, y por tanto había que bajarla para empezar. Saqué todo mi patético armamento de antipiréticos; la inyección de suero no especifico, las «gotas para la fiebre» de nitro, pero durante los dos días siguientes resultó evidente que aquellos remedios tan venerados a lo largo de los años no surtían efecto.

La cuarta mañana, Harry Sumner vino a mi encuentro al bajar del coche.

—Camina de un modo muy raro esta mañana, señor Herriot... y como si estuviera ciego.

—¡Ciego!

¿Podría ser una forma extraña de envenenamiento de plomo...? Corrí hacia el establo y empecé a examinar las paredes, pero no había restos de pintura por ningún lado, y *Monty* se había pasado la vida en él.

De todas formas, al mirarlo comprendí que no estaba realmente ciego; sus ojos miraban con demasiada fijeza, se volvían hacia arriba y el animal

caminaba como a trompicones por el establo, pero parpadeó al pasarle la mano ante la cara. Para mayor desconcierto mío, se movía con paso rígido, con las rodillas tiesas, casi como un juguete mecánico, y mi mente comenzó a trabajar con aquellas briznas de diagnóstico. ¿Tétanos? No. ¿Meningitis? No... no. Siempre intentaba conservar un aspecto sereno y profesional, pero hube de luchar contra el impulso de rascarme la cabeza y mirarlo con la boca abierta.

Salí de allí lo más rápidamente posible y empecé a meditar con ahínco en el camino de regreso. Mi falta de experiencia no ayudaba mucho; sin embargo, tenía conocimientos de patología y fisiología y, cuando estaba desconcertado en la búsqueda de un diagnóstico, solía deducir algo mediante un razonamiento lógico. Pero aquello no tenía sentido.

Aquella noche saqué mis libros, las notas tomadas en la escuela, los números atrasados del Informe de los Veterinarios, y todo cuanto pude encontrar sobre el tema de las enfermedades de los terneros. En algún lado había de encontrar una pista. Pero los volúmenes sobre medicina y cirugía no eran fecundos en inspiración y casi había abandonado la esperanza cuando llegué a este párrafo en un pequeño folleto sobre las enfermedades de los terneros: «Un paso peculiar y rígido; ojos fijos con tendencia a volverse hacia arriba, y a veces síntomas respiratorios con fiebre muy alta». Las palabras parecían saltar hacia mí desde la página impresa y fue como si el autor desconocido me diera unos golpecitos en el hombro y murmurara para tranquilizarme: «Aquí está, ya lo ves. Todo perfectamente claro».

Agarré el teléfono y llamé a Harry Sumner.

—Harry, ¿ha visto alguna vez si *Monty* y esos otros terneros del establo se lamen unos a otros?

—Sí, siempre están así, los muy pillos. Parece su juego favorito. ¿Por qué?

—Bien. Ya sé lo que le pasa al toro. Tiene una bola de pelos.

—¿Una bola de pelos? ¿Dónde?

—En el abomaso, el cuarto estómago. Esto es lo que produce esos síntomas tan extraños.

—¡Que me cuelguen! ¿Y qué hacemos con él entonces?

—Probablemente hará falta una operación, pero me gustaría darle primero una dosis de parafina líquida. Dejaré una botella en los escalones de la entrada y usted puede pasar a recogerla. Dele la mitad ahora, y lo mismo a primera hora de la mañana. Tal vez eso lo engrase y salga. Lo veré mañana.

No tenía demasiada fe en la parafina líquida. Supongo que la receté por aquello de hacer algo mientras jugueteaba nerviosamente con la idea de operar. Y, a la mañana siguiente, el cuadro que vi era lo esperado: *Monty* seguía con los miembros rígidos y miraba fijamente ante él como sin ver. La grasa en torno al recto y en la cola demostraba que la parafina había salido sin tocar la obstrucción.

—No ha comido nada en tres días —dijo Harry—. Dudo que aguante mucho más.

Miré primero su rostro preocupado y luego al animalito que temblaba en el establo.

—Tiene razón. Tendremos que abrirle inmediatamente si queremos salvarlo. ¿Está dispuesto a permitir que lo intente?

—Oh, sí, adelante con ello... Cuanto antes mejor.

Me sonrió, una sonrisa de confianza, y el estómago se me contrajo. Tal vez fuera errónea tanta confianza, porque en aquellos tiempos la cirugía abdominal de los bovinos estaba a un nivel muy primitivo. Algunos casos sí los resolvíamos con bastante regularidad, pero la extracción de una bola de pelo no figuraba entre ellos, y mis conocimientos del proceso se limitaban a los párrafos de letra pequeña en los libros de texto.

Pero aquel granjero joven tenía fe en mí. Él creía que yo podía hacer el trabajo, de modo que de nada servía dejarle ver mis dudas. En tales ocasiones sí envidiaba a mis colegas en la medicina humana. Cuando surgía un caso quirúrgico, enviaban a sus pacientes a un hospital, pero el veterinario tenía que quitarse la chaqueta en aquel mismo lugar y convertir el edificio de la granja en sala de operaciones.

Harry y yo nos ocupamos en hervir los instrumentos, preparar los cubos de agua caliente y disponer un lecho de paja limpia en un establo vacío. A pesar de su debilidad, el ternero necesitó casi sesenta centímetros cúbicos de Nembutal en la vena antes de quedar anestesiado del todo, pero al fin se durmió, echado de espaldas entre dos balas de paja, con las pequeñas pezuñas agitándose sobre él. Yo estaba dispuesto a empezar.

Claro que nunca sucede como describen los libros. Los grabados y diagramas parecen muy sencillos y claros, pero es distinto cuando se está cortando a una criatura viva y que respira, cuyo abdomen se alza y baja suavemente, y cuya sangre corre bajo el escarpelo. Yo sabía que el abomaso estaba precisamente allí, ligeramente a la derecha del esternón, pero, cuando corté a través del peritoneo, encontré la masa deslizante de los redaños cubierta de una grasa que lo oscurecía todo. Al apartarlo a un lado, una de las

balas se movió y *Monty* se tambaleó hacia la izquierda saliéndose los intestinos por la herida. Apreté con la palma de la mano aquellas cuerdas rosadas y brillantes. ¡Solo faltaría que el interior de mi paciente empezara a caer sobre la paja antes de empezar!

—Enderécelo, Harry, y vuelva a poner esa bala en su lugar —dije sin aliento.

El granjero obedeció a toda prisa, pero los intestinos no parecían demasiado ansiosos de volver a su sitio y seguían entrometiéndose mientras yo buscaba el abomaso. Francamente, ya me veía perdido y el corazón me palpitaba locamente cuando tropecé con algo duro. Se deslizaba junto a la pared de uno de los estómagos... de momento no estuve seguro de cuál de ellos. Lo aferré y lo obligué a salir por la incisión. Entonces vi que había cogido el abomaso y que aquella cosa dura en su interior debía ser la bola de pelo.

Apartando los intestinos, decididamente empeñados en tomar parte en la diversión, hice una incisión en el estómago y le eché la primera mirada a la causa del problema. No era una bola en absoluto, sino más bien una torta lisa de pelos muy mezclados con trozos de heno, cuajos de leche agria y una cubierta brillante de mi parafina líquida. Todo ello estaba encajado en la abertura del píloro.

Lo saqué por la incisión y lo dejé caer sobre la paja. Solo cuando ya había cosido el estómago con catgut, luego la capa de músculos y había empezado con la piel, me di cuenta de que el sudor me corría por el rostro. Cuando soplaba para evitar una gotita que me resbalaba por la nariz, Harry rompió el silencio.

—Un trabajito bien complicado, ¿no? —Luego se echó a reír y me dio un golpecito en el hombro—. ¡Apuesto a que se sintió un poco confuso la primera vez que hizo una operación como esta!

Puse otro punto de sutura y lo até.

—Tiene razón, Harry —dije—. ¡No sabe cuánta razón tiene!

Una vez hube terminado, tapamos a *Monty* con una manta de caballo y además lo cubrimos con paja, dejándole solo la cabeza fuera. Me incliné y le toqué un ángulo del ojo. Ni vestigios de reflejo corneal. Cielo santo, estaba muy dormido... ¿le habría dado demasiada anestesia? Naturalmente, también había el *shock* de la operación. Al marcharnos, me volví para mirar al animalito inmóvil. Parecía más pequeño que nunca y muy vulnerable bajo los muros desnudos del establo.

Estuve muy ocupado el resto del día, pero aquella noche mis pensamientos seguían dándole vueltas a *Monty*. ¿Se habría despertado ya? Quizás estuviera muerto. No tenía la experiencia de casos anteriores para guiarme y la verdad es que no tenía ni idea de cómo reaccionaría un ternero en una operación como aquella. Lo que más me agobiaba era el conocimiento de lo mucho que significaba para Harry Sumner. El toro es la mitad del rebaño, dicen, y la mitad del futuro rebaño de Harry yacía allí, bajo la paja... Nunca podría reunir otra vez tanto dinero.

De pronto me puse en pie de un salto. Era inútil. Tenía que averiguar lo sucedido. Algo en mí se rebelaba contra la idea de parecer un aficionado e inseguro de sí mismo si volvía allí preocupado, pero pensé que siempre podía decir que había regresado para recoger un instrumento.

La granja estaba en la oscuridad cuando me deslicé en el establo. Enfoqué la linterna sobre el montón de paja y, con el corazón agobiado, vi que el ternero no se había movido. Me arrodillé y metí la mano bajo la manta; al menos respiraba. Pero aún no había reflejo en los ojos... O se estaba muriendo, o le costaba una eternidad volver en sí.

En las sombras del patio miré hacia la luz proveniente de la cocina de la granja. Nadie me había oído. Me hundí en el asiento y partí con la convicción desagradable de que no había adelantado nada. Aún no sabía qué resultaría de la operación.

A la mañana siguiente tuve que repetir el viaje y, cuando caminaba de mala gana hacia el establo, comprendí que esta vez sí lo sabría de cierto. O habría muerto ya, o estaría mejor. Abrí la puerta exterior y casi corrí por el pasillo. Era la tercera casilla, y en ella entré ansiosamente.

Monty estaba incorporado sobre el pecho. Aún lo cubría la manta y la paja, y parecía un poco tristón, pero cuando un bovino ya no está tumbado siempre hay esperanza. El nerviosismo fue abandonándose lentamente. Había sobrevivido a la operación; ya estaba cumplida la primera etapa. Me arrodillé y le rasqué la parte superior de la cabeza, con la impresión de que íbamos a ganar.

Y en realidad mejoró, aunque nunca he conseguido explicarme científicamente por qué la extracción de aquella masa de fibras tenía que originar una mejora tan espectacular y en tantas direcciones. Pero así fue. Bajó la temperatura y la respiración volvió a lo normal; los ojos dejaron de mirar fijamente y la rigidez desapareció de sus miembros.

Pero, aunque no podía comprenderlo, no por eso dejaba de estar encantado. Como le ocurre a un maestro con su discípulo favorito, llegué a

sentir un cálido afecto de propietario por aquel ternero y, cuando por casualidad estaba en la granja, los pies me llevaban sin querer hasta su casilla. *Monty* siempre se acercaba a mí y me miraba con interés amistoso, como si también él se sintiera atraído hacia su médico.

Tenía ya más de un año cuando observé el cambio. El interés amistoso iba desapareciendo gradualmente de sus ojos, reemplazado por una mirada pensativa y especulativa. Además, adquirió el hábito de agitar la cabeza al verme.

—Si yo fuera usted dejaría de entrar ahí, señor Herriot —dijo Harry un día—. Está creciendo mucho, y me temo que va a acabar siendo un pillo redomado.

Pero pillo no era la palabra justa. Harry tuvo una racha muy larga de buena suerte y *Monty* cumplía casi dos años cuando lo vi de nuevo. No se trataba de una enfermedad esta vez. Una o dos de las vacas de Harry habían dado a luz antes de tiempo, y como era típico en él, me pidió que hiciera una prueba de sangre a todo su rebaño por si había huellas de brucelosis.

Recorrimos con toda serenidad la fila de vacas y tuve una colección de tubos de cristal llenos de sangre en poco más de una hora.

—Bien, ya está todo aquí —dijo el granjero—. Solo nos queda el toro y hemos terminado.

Cruzó al otro lado del patio, abrió la puerta de los establos de terneros y siguió hasta la casilla del toro, al final. Abrió la media puerta y, al mirar al interior, noté un sobresalto repentino.

Monty era enorme. El cuello, con sus rollos de músculos, sostenía una cabeza tan grande que los ojos parecían diminutos. Y no había nada amistoso ahora en aquellos ojos, ni siquiera una expresión; solo un brillo negro y helado. Estaba en pie, de lado y mirando a la pared, pero comprendí que me vigilaba cuando bajó la cabeza contra las piedras y los cuernos empezaron a desconchar la pared con una deliberación lenta y amenazadora. De vez en cuando, brotaba un gruñido ronco de lo más profundo de su pecho pero, aparte de eso, seguía terriblemente quieto. *Monty* no era tan solo un toro... era una presencia imponente y amenazadora.

Harry sonrió al verme mirar sobre la media puerta.

—¿Le apetece entrar para rascarle la cabeza? Eso es lo que usted solía hacer.

—No, gracias —aparté los ojos del animal—, pero me pregunto qué esperanzas tendría de sobrevivir si lo hiciera.

—Supongo que duraría como un minuto —dijo Harry, pensativo—. Es un toro enorme, y tan potente como esperaba, pero ¡por Dios que es malo! No confío en él en lo más mínimo.

—Y —pregunté sin entusiasmo—, ¿cómo se supone que voy a tomarle una muestra de sangre?

—Oh, yo le sujetaré ahí la cabeza —Harry señaló un yugo de metal sobre una gamella, junto a una ventana que daba al patio, en el extremo más lejano de la casilla—. Le echaré de comer para engañarle.

Volvió a recorrer el pasillo y pronto le oí en el patio lanzando comida en la gamella.

Al principio, el toro no hizo caso y siguió desconchando la pared con los cuernos; luego se volvió con terrible lentitud, dio unos pasos sin apresurarse y metió el morro en la gamella. Harry, al que no veía en el patio, soltó la palanca y el yugo cayó sobre el cuello del animal.

—¡Ya está! —gritó el granjero, colgándose de la palanca—. ¡Ya lo tengo! Ahora puede entrar.

Abrí la puerta, me metí en la casilla y, aunque el toro estaba sujeto por la cabeza, seguí teniendo la desagradable impresión de que él y yo estábamos solos y muy juntos en aquel espacio tan pequeño. Al pasar junto al corpachón macizo y ponerle la mano en el cuello, fue como si me alcanzaran emanaciones temblorosas de poderío y furor reprimidos. Metiendo los dedos en el pliegue de la yugular, hice que la vena se alzara y le clavé la aguja. Se necesitaba una mano muy fuerte para atravesar aquella piel dura.

El toro se puso rígido, pero no se movió mientras hundía la aguja, y, con alivio, comprobé que la sangre llenaba la jeringuilla. Gracias a Dios, había acertado la vena a la primera y no tendría que seguir pinchando. Estaba retirando la aguja y diciéndome que el trabajo había sido muy sencillo después de todo, cuando los acontecimientos se sucedieron a toda prisa. El toro soltó un mugido impresionante y se volvió hacia mí sin la menor traza de su letargo anterior. Vi que ya había conseguido sacar un cuerno del yugo y, aunque no podía alcanzarme con la cabeza, el golpe que me dio con un hombro me derribó de espaldas; revelación terrible de una fuerza impresionante. Oí que Harry chillaba en el exterior y, cuando conseguí incorporarme y dirigirme hacia la puerta, vi que aquella criatura, loca de furor, casi había sacado el segundo cuerno. Llegaba al corredor cuando se oyó el estrépito del yugo al caer. Ya estaba libre.

Cualquiera que haya recorrido un pasillo estrecho a pocos palmos por delante de una tonelada de fuerza asesina, comprenderá que no me entretuve.

Aligeraba mis pies la convicción de que, si *Monty* me cogía, me aplastaría contra el muro con la misma facilidad con la que yo estrellaría una ciruela madura y, aunque iba vestido con un chaquetón de hilo encerado y botas de goma, dudo que un sprinter olímpico, con las ropas adecuadas, mejorara mi marca.

Llegué a la puerta que daba al exterior con unos centímetros de ventaja, la crucé y la cerré de golpe. Lo primero que vi fue a Harry Sumner que venía corriendo desde el otro lado del establo. Estaba muy pálido. Yo no podía verme la cara, pero es seguro que lo estaba también; incluso notaba los labios fríos y entumecidos.

—¡Cielos, cuánto lo siento! —dijo Harry, con voz ronca—. Indudablemente, el yugo no se cerró bien... por culpa de ese maldito cuello tan gordo. La palanca me resbaló en la mano. ¡Maldita sea, me alegro de verle! Creí que había llegado su última hora.

Me miré la mano. Aún seguía sosteniendo apretadamente la jeringuilla llena de sangre.

—Bien, de todas formas tengo mi muestra. Y más vale así, porque le costaría mucho convencerme de que entrara ahí a por otra. Creo que hemos visto el fin de una hermosa amistad.

—¡Ah, el muy pillo! —Harry escuchó unos instantes el golpeteo de los cuernos de *Monty* contra la puerta—. Y después de todo lo que hizo usted por él... ¡Vaya gratitud!

Probablemente, el suceso más espectacular en la historia de la práctica veterinaria fue la desaparición del caballo de tiro. Es un hecho casi increíble, pero esa gloria y soporte de la profesión se desvaneció en el aire en cuestión de pocos años. Y yo fui uno de los que presenciaron su desaparición.

Cuando llegué a Darrowby por primera vez, el tractor ya había empezado a ganar terreno, pero a la tradición le cuesta morir en el mundo agrícola y todavía quedaban muchos caballos. Lo cual era perfecto, porque mi educación veterinaria había sido principalmente enfocada hacia los equinos, dando menos importancia a todo lo demás. Había sido una buena formación científica en muchos aspectos, pero, en ocasiones, me preguntaba si los que la programaron seguían teniendo aún la imagen mental del doctor de caballos con sombrero de copa y chaqué, y que trabajaba en un mundo de tranvías de caballos y de carros de cerveza.

Aprendimos la anatomía del caballo con todo detalle, y la de los demás animales de modo mucho más superficial. Lo mismo ocurrió con otros temas; desde los cuidados generales, con una insistencia tal en el dominio del método para herrar a los caballos que casi nos convertimos en herreros *amateurs*, hasta la medicina y la cirugía, donde era mucho más importante saber todo lo referente al muermo que al moquillo de los perros. Incluso cuando éramos estudiantes, nosotros, los jóvenes, sabíamos que era algo ridículo, pues el caballo de tiro estaba ya condenado como pieza de museo y había un potencial mucho más importante con el ganado y el trabajo con animales pequeños.

Sin embargo, como digo, después de haber adquirido unos conocimientos tan amplios del mundo equino, resultaba consolador que aún hubiera tantos pacientes en los que aplicarlos. Yo diría que, en mis dos primeros años, traté caballos de granja casi a diario y aunque nunca fui —y nunca seré— un experto equino, hallaba cierta emoción extraña al tropezar con enfermedades tan antiguas cuyos nombres habían llegado a nosotros casi desde tiempos medievales. Quitonitis, crucera fistulosa, ulcera de la nuca, afta, dislocación

del hombro... los veterinarios llevaban siglos luchando con ellas y utilizando prácticamente las mismas drogas y procedimientos que yo. Armado con mi cauterizador y la caja de vejigatorios, me lancé con decisión a lo que siempre había sido el trabajo básico, la marea creciente en la vida del veterinario.

Y ahora, en menos de tres años, aquella marea se había reducido no digamos a unas gotitas, pero sí a un arroyuelo cuya sequía final estaba ya a la vista. En cierto modo, esto significaba un alivio en las tensiones a las que el veterinario se veía sometido, porque no hay duda de que los caballos constituían la parte más dura de nuestra vida.

De modo que aquel día, mientras examinaba a un animal castrado de tres años, se me ocurrió que estas cosas ya no sucedían tan a menudo como antes. Tenía una herida muy larga en el flanco, pues se había enganchado en una cerca de alambre espinoso, y la herida seguía abriéndose en cuanto se movía. Era indudable que había que coserlo.

El caballo estaba atado por la cabeza en su casilla, con el lado derecho contra la partición de madera. Uno de los granjeros, un hombretón de casi dos metros, se agarró a la collera y se apoyó contra el pesebre, mientras yo aplicaba yodoformo a la herida. Al caballo no pareció importarle, lo cual era un consuelo, porque era un animal enorme de que emanaban una vitalidad y un poder casi tangibles. Enhebré la aguja con seda, tomé uno de los labios de la herida y lo atravesé. No habría problemas, me dije, mientras unía ambos lados de la herida para coserlos, pero cuando estaba pasando la aguja por el borde opuesto el caballo dio un brinco convulso y yo sentí como si un vendaval hubiera soplado ante mí. Luego, por extraño que parezca, volvió a quedar en pie contra los maderos, como si nada hubiera sucedido.

En las ocasiones en que me han coceado, jamás lo he visto venir. Es sorprendente lo muy aprisa que pueden alzarse y golpear unas patas tan grandes y musculosas. Sin embargo no había duda de que este me había acertado porque la aguja y el hilo que yo manejaba habían desaparecido, el hombretón que sujetaba al caballo me miraba muy pálido y con ojos desorbitados, y la parte delantera de mis ropas se hallaba en un estado indecible. Llevaba un sobretodo de tela de gabardina y ahora parecía como si alguien se hubiera tomado la molestia de coger una hoja de afeitar y dedicarse a desgarrar el material en tiras estrechas que colgaban hasta el suelo. Aquel enorme casco había fallado mis piernas por cuestión de centímetros, pero el sobretodo hablaba bien claro.

Estaba allí en pie, mirando a mi alrededor con una especie de estupor, cuando oí un saludo cariñoso desde la puerta.

—Vaya, señor Herriot, ¿qué le ha hecho este?

Cliff Tyreman, el viejo encargado de los caballos me miraba de arriba abajo, con una mezcla de diversión y aspereza.

—Casi me ha mandado al hospital, Cliff —contesté, tembloroso—; nunca en la vida me han fallado por tan poco. Te aseguro que noté el viento que levantó.

—¿Qué pretendía usted hacerle?

—Coserle esta herida, pero no voy a intentarlo otra vez. Vuelvo a la clínica a por él cloroformo.

El viejo pareció ofendido.

—No necesita cloroformo. Yo le sujetaré y no habrá problemas.

—Lo siento, Cliff. —Empecé a guardar los materiales de sutura, tijeras y polvos—. Es usted un hombre fuerte, lo sé, pero ya lo he intentado una vez y no voy a correr más riesgos. No quiero quedarme cojo para el resto de mi vida.

Aquel cuerpo pequeño y nervioso era la viva estampa de la agresividad. Echó adelante la cabeza en su postura característica y me miró furioso.

—Jamás he oído majadería semejante. —Luego se volvió hacia el hombre que seguía colgado de la cabeza del caballo y cuya palidez tenía ahora un tinte verdoso—. Vamos, ¡fuera de ahí, Bob! Estás tan asustado que has llegado a preocupar al caballo. ¡Fuera de ahí y déjame que lo sujete yo!

Bob soltó agradecido la collera y con su sonrisa bobalicona pasó cuidadosamente junto al animal. Al cruzarse con Cliff, la cabeza de este apenas le llegaba al hombro.

Cliff parecía genuinamente dolido por todo el asunto. Se apoderó de la collera y lanzó al animal la misma mirada de reproche de un maestro a un niño travieso. El caballo, todavía con ganas de pelea, echó atrás las orejas y empezó a saltar locamente por la casilla; los cascos resonaban de un modo horrísono sobre el suelo de piedra, pero se quedó instantáneamente inmóvil cuando el hombrecillo le golpeó furioso en las costillas.

—¡Domínate y estate quieto, canalla! ¿Qué te pasa? —Ladró Cliff, y de nuevo hundió el puño en aquel barril que era el pecho del animal, un golpecito que sin duda apenas sintió el caballo, pero que le redujo a una sumisión temblorosa—. ¿Intentando cocear, eh? ¡Ya te daré yo! —Agitó la collera y miró al caballo con ojos hipnóticos al hablar. Luego se volvió hacia mí—. Puede empezar a trabajar, señor Herriot; no le hará daño.

Miré irresoluto a aquel animal enorme y amenazador. Lanzarse a situaciones peligrosas y con los ojos abiertos es algo que los veterinarios han

de hacer con regularidad, y supongo que cada uno reacciona de modo distinto. Yo sé que hay ocasiones en que la imaginación en exceso vívida me representa con toda claridad las posibilidades más terribles, y en ese momento mi mente parecía solazarse voluptuosamente en el poder terrible de aquellos enormes cuartos traseros tan brillantes, en la dureza inexorable de aquellos cascos con su aro de metal. La voz de Cliff cortó mis meditaciones.

—Vamos, señor Herriot; le aseguro que no le hará daño.

Abrí la caja de nuevo y enhebré temblorosamente otra aguja. No parecía haber alternativa: aquel hombrecillo no me lo pedía; me lo estaba ordenando. Habría que probar otra vez.

Indudablemente no resultaba yo un espectáculo impresionante cuando me adelanté vacilante, tropezando con aquel faldellín de hula-hula que colgaba delante de mí, sujetando la herida con dedos temblorosos y percibiendo en los oídos el latir desordenado de mi corazón. Pero no tenía por qué temer. Ocurrió exactamente lo que el hombrecillo había dicho: no me hizo daño. En realidad, ni se movió. Parecía escuchar atentamente el murmullo que Cliff le lanzaba al rostro desde una distancia de muy pocos centímetros. Eché los polvos, cosí y corté como si trabajara con un cadáver. El cloroformo no hubiera dado resultado.

Al retirarme, agradecido, de la casilla y empezar a guardar los instrumentos, el monólogo del viejo empezó a cambiar de tono. Aquel gruñido amenazador fue reemplazado por una risita burlona.

—¿Lo ves? Un cochino cabrón cuando te enfadas tanto por nada, y en realidad eres un buen chico, ¿verdad? Un chico magnífico.

Cliff le acariciaba suavemente el cuello y el enorme animal se frotaba el morro contra la mejilla del viejo, tan dominado y sumiso como si fuese un cachorrillo.

Cuando Cliff salió lentamente de la casilla, pasándole la mano por el lomo, las costillas y la grupa, e incluso dándole un tironcito juguetón a la cola al partir, lo que hacía un instante fuera una montaña explosiva de huesos y músculos se sometió a todo dócilmente.

Saque un paquete de Gold Flake del bolsillo.

—Cliff, es usted una maravilla. ¿Quiere un cigarrillo?

—Eso sería como ofrecerle una fresa a un cerdo —dijo el hombrecillo, y sacó la lengua en la que llevaba un pedazo de tabaco a medio masticar—. Siempre lo tengo ahí. Es lo primero que me meto en la boca por la mañana en cuanto me levanto de la cama, y ahí lo llevo siempre. Nunca lo hubiese pensado, ¿verdad?

Sin duda, mi rostro registró una gran sorpresa porque los ojos oscuros brillaron y el rostro arrugado se abrió en una sonrisa de satisfacción. Al contemplar aquella sonrisa —juvenil e invencible— reflexioné sobre el fenómeno que era Cliff Tyreman.

En una comunidad en la que la rudeza y la resistencia eran la norma, él se alzaba como algo excepcional. Cuando le viera por primera vez hacía casi tres años, cargando contra el ganado, agarrando a los animales por el morro y manejándolos sin esfuerzo, le había imaginado un hombre de mediana edad extraordinariamente bien conservado, pero en realidad tenía casi setenta años. Su cuerpo era más bien pequeño, pero formidable. Cuando se adelantaba balanceando los brazos, con sus pasitos cortos y la cabeza inclinada, tenía el aire de abrirse camino contra todo y contra todos.

—No esperaba verle hoy —dije—. Oí decir que estaba con pulmonía.

Se encogió de hombros.

—Sí, es algo así. La primera vez que he faltado al trabajo desde que era un crío.

—Y debería estar en cama ahora, diría yo. —Tenía el pecho muy cargado y respiraba con dificultad—. Le oí resollar junto a la cabeza del caballo.

—No, no puedo permitírmelo ahora. Estaré bien en un día o dos...

Cogió una pala y empezó a limpiar a toda prisa el montón de estiércol detrás del caballo, alta y estertórea su respiración en aquel silencio.

Harland Grange era una granja grande de tierra de labor, en la región baja al pie del Valle, y hubo una época en la que sus cuadras contenían un caballo en cada una de las casillas. Más de veinte, y doce al menos que trabajaban con regularidad, pero ahora solo quedaban dos: el animal joven que yo acababa de curar, y uno gris y viejo llamado *Badger*.

Cliff había sido el encargado de los caballos toda la vida, pero cuando sobrevino la revolución industrial se pasó a los tractores y demás labores de la granja sin queja. Esa fue la reacción típica de miles de trabajadores de las granjas en todo el país. No armaron ningún escándalo por tener que abandonar las tareas de toda una vida y empezar de nuevo; simplemente, se lanzaron a ello. En realidad, los más jóvenes se apoderaron con avidez de las máquinas nuevas y resultaron ser mecánicos natos.

Sin embargo, para los viejos expertos como Cliff, algo había desaparecido para siempre.

—Es muchísimo más cómodo ir sentado en un tractor... —Solía decir—. ¡Era horrible cuando había que patear los campos de arriba abajo todo el día!

Pero no podía olvidar su amor a los caballos, ese sentimiento amistoso entre el trabajador y la bestia de trabajo que el primero lleva en sí desde la infancia y permanece en su sangre para siempre.

Mi visita siguiente a la granja fue para atender a un toro al que se le había atravesado un pedazo de nabo en la garganta, pero mientras estaba allí, Gilling, el granjero, me pidió que entrara a ver al viejo *Badger*.

—Ha tosido mucho últimamente. Tal vez sea solo la edad, pero quiero saber qué opina usted.

El viejo caballo era ahora el único ocupante del establo.

—He vendido el otro, el de tres años —dijo el señor Gilling—, pero sigo conservando al viejo; me será útil para tirar de algún carro.

Miré de reojo los rasgos de granito del granjero. No me parecía exactamente un viejo sensiblero, pero yo sabía por qué conservaba al caballo. Era por Cliff.

—De todas formas, a Cliff le encantará.

—Sí —asintió— jamás conocí otro mejor que él con los caballos. Nunca era tan feliz como cuando estaba con ellos. —Lanzó una risita—. ¿Sabe? Recuerdo que hace años, cuando se enfadaba con su mujer, venía a las cuadras de noche y se sentaba entre los caballos. Ahí sentado horas y horas, mirándolos y fumando. Eso fue antes de que empezara a masticar tabaco.

—¿Y ya tenía a *Badger* en aquellos días?

—Sí, nosotros los criamos. Cliff ayudó con su parto. Recuerdo que el tunante vino de culo, y nos costó mucho trabajo darle la vuelta. —Sonrió de nuevo—. Tal vez por eso fue siempre el favorito de Cliff. Con *Badger* trabajó siempre, año tras año, y el viejo estaba tan orgulloso de él que, si tenía que llevarlo a la ciudad por cualquier razón, le trenzaba cintas en la cola y le ponía todos sus adornos de latón.

Agitó la cabeza al pensar en aquella imagen.

El viejo caballo volvió la cabeza con leve interés cuando me acerqué a él. Tenía mucho más de veinte años y todo en él sugería una ancianidad serena; la proyección afilada de los huesos de la pelvis, la blancura del rostro y el morro, los ojos hundidos de expresión benigna. Cuando estaba a punto de tomarle la temperatura, soltó una tos ronca y eso me dio la primera pista de su enfermedad. Observé durante unos minutos cómo se alzaban y bajaban las costillas al respirar y la segunda pista quedó bien clara. No hacía falta ningún otro examen.

—Sufre de huélfago, señor Gilling —dije—, o padece de enfisema pulmonar, por darle un nombre científico. ¿Ve usted ese doble alzamiento del

abdomen cuando respira? Es que los pulmones han perdido elasticidad y necesitan un esfuerzo adicional para expeler el aire.

—¿Qué es lo que lo causa?

—Bueno, tiene que ver con la edad, pero además está resfriado de momento, y eso lo ha agravado.

—¿Se curará con el tiempo? —preguntó el granjero.

—Estará un poco mejor cuando pase el resfriado, pero me temo que nunca más se pondrá bien del todo. Le daré una medicina para que se la mezcle con el agua, pues le aliviará los síntomas.

Me dirigí hacia el coche en busca de una botella de la mezcla expectorante arsenical que utilizábamos entonces.

Unas seis semanas más tarde supe de nuevo de Gilling. Me llamó hacia las siete de la tarde.

—Me gustaría que viniera a echarle una mirada al viejo *Badger* —dijo.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene huélfago otra vez?

—No, no es eso. Aún tose, pero no parece molestarle mucho. No; creo que es un poco de cólico. Yo he de salir, pero Cliff le atenderá.

El hombrecillo me estaba esperando en el patio. Llevaba una lámpara de aceite. Al acercarme a él, exclamé horrorizado:

—¡Cielo santo, Cliff! ¿Qué ha estado haciendo?

Su rostro era una red de cortes y cicatrices, y la nariz, casi despellejada, sobresalía entre dos ojos morados.

Sonrió a pesar de las heridas, con una expresión divertida en los ojos.

—Me caí de la bicicleta el otro día. Choqué contra una piedra y salí por encima del manillar, con el trasero más alto que la cabeza —explicó, riéndose al recordarlo.

—Pero ¡maldita sea, hombre! ¿No le ha visto un médico? Usted no puede andar por ahí en ese estado.

—¿Médico? No hay necesidad de molestar a esos tipos. No es mucho —se tocó un chirlo en la mandíbula—. Llevé la barbilla vendada un día, pero ahora está bastante bien.

Agité la cabeza mientras le seguía hacia el interior del establo. Colgó la lámpara y se acercó al caballo.

—No consigo adivinar qué le pasa —dijo—. Se diría que no le duele nada, pero yo creo que hay algo.

No había señales de dolor violento, pero el animal dejaba caer todo su peso ya en una pata trasera ya en otra, como si tuviera trastornos abdominales. La temperatura era normal y no había síntomas de otra cosa.

Le miré, dudoso.

—Tal vez sea un cólico ligero. De todos modos no veo nada extraño. Le daré una inyección para tranquilizarlo.

—Tiene mucha razón, señor, eso le hará bien.

Cliff me observó sacar la jeringuilla, luego miró a su alrededor e incluso hacia el extremo más lejano en las sombras.

—Resulta curioso ver solo un caballo aquí. Recuerdo cuando había una fila muy larga, con todas las bridas y bocados colgados en la pared. —¡Dios mío! A las seis en punto de la mañana ya estaba yo aquí dándoles de comer y preparándolos para el trabajo, y le aseguro que era todo un espectáculo vernos salir a arar la tierra a primera hora del día... Hasta seis tiros de caballos, con los arneses tintineando, y los trabajadores sentados de lado en el lomo. Como una procesión era, sí, señor.

Sonreí.

—Sí que empezaban temprano, Cliff.

—Sí, y acabábamos bien tarde. Traíamos a los caballos por la noche y les dábamos algo de comer, luego les quitábamos los arneses y nos íbamos a tomar el té, y más tarde volvíamos otra vez para peinarlos y cepillarlos y quitarles todo el sudor y suciedad. Entonces sí que les dábamos una cena fuerte de avena y heno, para prepararlos para el día siguiente.

—Entonces no les quedaría mucho tiempo libre por la noche, ¿verdad?

—No, desde luego. Todo era trabajar y dormir, supongo; pero no nos molestaba.

Me adelantaba ya a darle la inyección a *Badger*, pero me detuve. El caballo había sufrido un espasmo ligero, una rigidez muscular apenas perceptible, y, mientras lo miraba, alzó la cola por un segundo y luego la bajó.

—Hay algo más aquí —dije—. Por favor, Cliff, sáquelo de la casilla y déjeme que lo vea caminar por el patio.

Al verle marchar sobre las piedras, lo observé de nuevo: rigidez, alzar la cola. Mi mente recordó algo. Me acerqué y le di un golpecito bajo la barbilla y, cuando la membrana nictitante fluctuó sobre el ojo y luego cayó lentamente, lo adiviné con toda certeza.

Me detuve un instante. Aquella visita sin importancia había tenido un resultado aterrador.

—Cliff —dije—. Me temo que tenga tétanos.

—¿La mandíbula agarrotada, quiere decir?

—Exactamente. Lo siento, pero no hay la menor duda. ¿Ha sufrido alguna herida últimamente, en especial en las pezuñas?

—Bueno, estuvo cojo hace unos quince días, y el herrero le sacó algo del casco. Le hizo un buen agujero.

Ahí lo teníamos.

—Una lástima que no le dieran una inyección antitetánica al mismo tiempo —dije. Metí la mano en la boca del animal e intenté mantenerla abierta, pero las mandíbulas estaban agarrotadas—. Supongo que no ha podido comer hoy.

—Tomó algo esta mañana, pero no esta noche. ¿Qué esperanzas tiene, señor Herriot?

¿Qué esperanzas? Si Cliff me hubiera hecho esa pregunta hoy en día, me habría costado lo mismo darle una respuesta. El hecho es que del setenta al ochenta por ciento de los casos de tétanos mueren, y esas cifras no se alteran por mucho que se haga por ellos en cuestión de tratamiento. Pero no quise parecer demasiado derrotista.

—Es una enfermedad gravísima, como usted sabe, Cliff, pero haré todo lo posible. Tengo antitoxina en el coche y se la inyectaré en la vena y, si los espasmos se hacen más fuertes, le daré un sedante. Mientras pueda beber tendrá alguna esperanza, porque habrá de alimentarse con líquidos; el avenate sería estupendo.

Durante unos días, *Badger* continuó en el mismo estado y empecé a cobrar esperanzas. He visto recuperarse a algunos caballos con tétanos, y es una experiencia magnífica llegar un día y descubrir que las mandíbulas se han relajado y que el animal hambriento puede llenarse de nuevo la boca de comida.

Pero no sucedió así con *Badger*. Lo habían metido ahora en una casilla muy amplia donde podía moverse con comodidad y cada día, cuando le observaba por encima de la media puerta, deseaba con todo mi corazón hallar alguna señal de mejoría, pero no fue así y, después de aquellos primeros días, empezó a decaer rápidamente. Un movimiento repentino, o el simple hecho de que alguien se le acercara, le provocaba un espasmo violento, de modo que vacilaba con las patas rígidas en la casilla como un gran juguete de madera, con los ojos aterrados y cayéndole la saliva entre los dientes agarrotados. Tuve la seguridad de que no tardaría en caerse al suelo y sugerí que lo sujetaran con un cabestrillo. Tuve que regresar a la clínica a buscarlo y, justo en el instante en que entraba en Skeldale House, sonó el teléfono. Era Gilling.

—Me temo que nos ha vencido. Ha caído ya al suelo y dudo que podamos hacer nada, señor Herriot. Hay que acabar con él, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Solo una cosa. Se lo llevará Mallock, pero el viejo Cliff dice que no quiere que este le mate. Prefiere que lo haga usted. ¿Quiere venir?

Tomé el revólver y regresé a la granja, maravillándome el hecho de que el viejo juzgara la idea de que yo le disparase una bala menos repugnante que la muerte a manos del desguazador. Gilling me esperaba en la casilla y a su lado estaba Cliff, con los hombros hundidos y las manos muy metidas en los bolsillos. Se volvió hacia mí con una sonrisa extraña.

—Estaba diciendo precisamente al jefe lo magnífico que estaba este caballo cuando lo llevaba a una exhibición. ¡Tenía que haberlo visto con el pelo bien cepillado y los cascos pintados de un blanco como la nieve y la cinta azul en la cola!

—Puedo imaginármelo, Cliff —dije—. Seguro que nadie lo habría cuidado mejor.

Sacó las manos de los bolsillos, se inclinó junto al animal postrado y, durante unos minutos, le acarició el cuello manchado de blanco y le tiró de las orejas, mientras los ojos hundidos y agotados le miraban impasibles.

Empezó a hablar suavemente con el viejo caballo, pero su voz era firme, casi casual, como si le hablara a un amigo:

—Muchos miles de kilómetros he caminado detrás de ti, muchacho, y hemos charlado juntos muchas veces. Casi no había de decirte nada, ¿verdad? Supongo que tú sabías bien todos los movimientos que yo hacía, todo lo que decía. Solo una palabrita y siempre hiciste lo que yo te mandaba... —Se puso en pie—. Seguiré ahora con mi trabajo, jefe —dijo con voz firme, y salió de la casilla.

Esperé para que no pudiera oír el disparo que certificaba el fin de *Badger*, el fin de los caballos de Harland Grange y el final de lo que era toda la vida de Cliff Tyreman.

Cuando me marchaba, le vi de nuevo. Estaba subiéndose al asiento metálico de un tractor rugiente y le grité por encima del ruido:

—El jefe dice que va a comprar unas ovejas, y que usted será el pastor. Supongo que eso le gustará.

Resplandeció la sonrisa valerosa de Cliff, al responderme:

—Claro, no me importa aprender algo nuevo. ¡Aún no soy más que un chiquillo!

Este era un sonido distinto. Me había dormido mientras las grandes campanas de la torre de la iglesia, al final de la calle, llamaban a Misa del Gallo, pero este sonido era más agudo, más chillón.

Al principio me resultó difícil alzar el mando de irrealidad en el que me envolviera la noche anterior. Anoche... Nochebuena. Había sido como la culminación de todas las ideas que siempre tuviera sobre la Navidad, una estallar de emociones que jamás experimentara antes. La emoción había surgido en mí desde una llamada a primeras horas de la tarde, a un pueblecito en el que la nieve cubría con una capa espesa la única calle, muros y alfeizares de las ventanas en las que brillaban las luces de los arbolitos adornados, rojas, azules y doradas; y, cuando me marché bajo el crepúsculo, el coche pasó bajo las ramas cargadas de nieve de un grupo de oscuros abetos, tan inmóviles como si estuvieran dibujados contra el fondo blanco de los campos. Cuando llegué a Darrowby, ya era de noche, y en torno a la plaza del mercado las tiendecitas relucían con los adornos navideños y las luces de las ventanas formaban recuadros de suave resplandor amarillento sobre la nieve que cubría los guijarros de la plaza. La gente, tan abrigada que resultaba irreconocible, se apresuraba en sus compras de último momento, resbalando a veces sobre los cantos redondeados.

Había conocido muchas Navidades en Escocia, pero allí tenían menos importancia que las celebraciones del Año Nuevo; nada había de este aire de excitación reprimida que se iniciaba días antes, cuando todos se brindaban ya sus buenos deseos y las luces de colores hacían guiños en las colinas solitarias, y las esposas de los granjeros preparaban el ganso más gordo, con las plumas cayendo en torno a sus pies. Durante dos largas semanas, se oía a los niños cantar villancicos en la calle y llamar luego a la puerta para pedir unos peniques. Y, lo que era mejor de todo, el coro metodista había cantado anoche allí mismo, llenando el aire de rica armonía, plena de emoción.

Antes de acostarme, y en el momento en que empezaban a sonar las campanas de la iglesia, cerré la puerta de Skeldale House a mis espaldas y me

dirigí de nuevo a la plaza del mercado. Nada se movía ahora en aquel espacio blanco que se extendía helado y vacío bajo la luna; y había cierta rememoranza de Dickens en el círculo de casas y tiendas apiñadas desde mucho antes que se pensara en la planificación de la ciudad: altas y bajas, anchas y estrechas, apretujadas sin orden ni concierto en torno a las piedras, con los tejados, cargados de nieve, desiguales bajo el cielo helado.

Mientras caminaba, hundidos los pies en la nieve, oyendo las campanas y aspirando el aire que me helaba las aletas de la nariz, la maravilla y el misterio de la Navidad me envolvieron en una oleada. Paz en la tierra, buena voluntad entre los hombres. Las palabras me parecían más significativas que nunca y de pronto me vi como una pequeña partícula en el esquema de las cosas. Darrowby, los granjeros, los animales y yo éramos, por primera vez, una entidad cálida y grata. No había estado bebiendo, pero casi subí flotando la escalera hasta nuestro salón-dormitorio.

Helen estaba dormida y, cuando me metí entre las sabanas a su lado, seguía embriagado con mi euforia navideña. No habría mucho trabajo mañana, nos levantaríamos tarde, tal vez a las nueve, y luego un día de pereza, un vacío maravilloso en nuestra vida tan llena. Cuando caí dormido fue como si me rodearan los rostros sonrientes de mis clientes, mirándome con una benevolencia que lo abarcaba todo, y hasta creí oírlos cantar, un canto dulce y fantasmal, casi como el coro metodista: «Que Dios le bendiga, buenos caballeros».

Pero ahora escuchaba otra campanita que no paraba. Debía de ser el despertador. Pero, al apretar el tope del reloj, el ruido continuó y vi que eran las seis en punto. Era el teléfono, naturalmente. Alcé el receptor:

Una voz metálica, crispada y muy lejana, me habló al oído:

—¿Es el veterinario?

—Sí, Herriot al habla —murmuré.

—Soy Brown, de Willet Hill; tengo una vaca enferma, con fiebre láctea. Quiero que venga enseguida.

—De acuerdo, ahora voy.

—No se retrase demasiado —indicó antes de colgar.

Me eché de espaldas y miré hacia el techo. Así que este era el día de Navidad. El día en que yo me iba a apartar momentáneamente del mundo y a regocijarme en el espíritu navideño. No había contado con aquel tipo que me volvía brutalmente a la realidad. Y ni una palabra de sentimiento o de disculpa. Nada de «Lamento sacarle de la cama» o algo por el estilo, ni siquiera «Felices Pascuas». Era un poco duro.

El señor Brown estaba esperándome en la oscuridad del patio de la granja. Yo había estado ya en su casa varias veces y, cuando le vi a la luz de los faros, me sorprendió como siempre su aspecto, un hombre en perfecta forma física. Era pelirrojo y de unos cuarenta años, con pómulos altos en un rostro de piel clara y rasgos muy marcados. El cabello sobresalía bajo una gorra a cuadros y un tono tostado cubría las mejillas, cuello y manos. Solo con mirarle, todavía me sentí más adormilado.

No dijo buenos días; solo inclinó la cabeza brevemente e hizo un gesto en dirección al establo.

—Está ahí —fue todo lo que dijo.

Me observó en silencio mientras le daba las inyecciones y solo habló cuando ya me metía las botellas vacías en el bolsillo.

—Supongo que no podré ordeñarla hoy.

—No —contesté— será mejor que conserve la teta llena.

—¿Algo especial sobre la comida?

—No. Puede tomar todo lo que quiera y cuando quiera.

Brown era muy eficiente. Siempre quería saber todos los detalles. Cuando cruzábamos el patio, se detuvo de pronto y se encaró conmigo. ¿Acaso iría a invitarme a una buena taza de té caliente?

—Mire —dijo, mientras yo seguía hundido hasta los tobillos en la nieve y el aire helado me congelaba las orejas—, he tenido algunos casos como este últimamente. Tal vez mi modo de ordeñar no sea muy correcto. ¿Cree que agoto demasiado a las vacas?

—Es muy posible.

Corrí hacia el coche. Lo que no iba a hacer, desde luego, era darle una conferencia sobre los cuidados más adecuados en aquel momento.

Tenía ya la mano en la portezuela, cuando habló de nuevo:

—Volveré a llamarle si no se ha levantado para la hora de la cena. Y otra cosa: la factura que me enviaron sus amigos el mes pasado fue un abuso, así que dígle a su jefe que no pierda el tino cuando las redacte.

Dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la casa.

¡Vaya, eso sí que estaba bueno!, pensé al alejarme. Ni gracias ni adiós; solo una protesta y la promesa de privarme del ganso asado si era preciso. Una oleada repentina de cólera estalló en mí. ¡Malditos granjeros! Había algunos bastante miserables. Brown había anegado mis sentimientos festivos con la misma efectividad que si me hubiera echado un cubo de agua sobre la cabeza.

Al subir los escalones ante la puerta de Skeldale House, la oscuridad daba paso a una luz grisácea. Helen salió a mi encuentro en el pasillo y llevaba una bandeja.

—Lo siento, Jim —dijo—, hay otro trabajo urgente. Siegfried ha tenido que salir también. Pero te he preparado una taza de café y pan frito. Entra y siéntate... Tienes tiempo de comer antes de salir.

Suspiré. Iba a ser otro día de tantos, después de todo.

—¿De qué se trata, Helen? —pregunté, mientras tomaba el café.

—Es el viejo Kirby —contestó—. Está muy preocupado por su cabra.

—¿Su cabra?

—Sí, dice que se está ahogando.

—¡Ahogando! ¿Cómo demonios puede ahogarse una cabra? —grité.

—Realmente, no lo sé. Y me gustaría que no me gritaras, Jim. No es culpa mía.

Al instante, me dominó la vergüenza. Allí estaba yo, vencido por el enojo y desahogándome con mi esposa. Es una reacción muy común entre los veterinarios el echar la culpa de un recado inoportuno al primero que encuentran, pero no me enorgullezco de ello. Extendí la mano y Helen la tomó entre las suyas.

—Lo siento —dije, y acabé el café avergonzado.

Mis sentimientos de buena voluntad parecían haberse esfumado.

El señor Kirby era un granjero retirado, pero, con toda sensatez, había comprado una casita con un pedazo de tierra en la que podía tener el ganado suficiente para llenar sus horas: una vaca, unos cuantos cerdos y sus amadas cabras. Siempre había tenido cabras, incluso cuando tenía vacas lecheras; les profesaba un afecto especial.

La casita estaba en un pueblo, en lo alto del Valle. Kirby me recibió en la puerta.

—Caramba, muchacho —dijo—, de verdad que siento haberle molestado a una hora tan temprana y encima el día de Navidad, pero no tenía otra alternativa. *Dorothy* está realmente mal.

Me encaminé hacia un cobertizo de piedra que había transformado en una fila de casillas para el ganado. Tras la valla de alambre de una de ellas, nos miraba ansiosamente una cabra Saanen blanca y muy grande y, mientras yo la examinaba, tragó saliva, soltó unas toses entrecortadas y se quedó temblando, con la saliva corriéndole por la boca.

El granjero se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

—Comprenderá que tenía que hacerle venir, ¿no? Si la hubiera dejado hasta mañana, se habría muerto.

—Tiene razón, señor Kirby —contesté—. No podía dejarla. Tiene algo en la garganta.

Entramos en la casilla y, mientras el viejo sujetaba a la cabra contra la pared, intenté abrirle la boca. No le gustó mucho y, cuando le abría las mandíbulas, me asustó con un gemido alto, largo y casi humano. La boca no era muy grande, pero yo tengo la mano bastante pequeña y, aunque aquellos dientes agudos trataban de mordirme, llegué con los dedos hasta la faringe.

Había algo allí, ya lo creo. Podía tocarlo, pero me era imposible sacarlo. El animal empezó a agitar la cabeza y tuve que soltarla. Me quedé en pie, con la mano goteando saliva, y miré pensativamente a *Dorothy*.

Unos instantes después, me volví hacia el granjero.

—Mire, esto es un poco desconcertante. Puedo notar algo en el fondo de la garganta, pero es una cosa suave, como tela. Yo esperaba encontrar una ramita, o algo duro clavado ahí... Es curioso lo que llega a comerse una cabra cuando está pastando fuera. Pero, si es tela, ¿qué diablos la retiene ahí? ¿Por qué no se la ha tragado?

—Sí, es curioso, ¿verdad? —El viejo pasaba la mano con dulzura por el lomo del animal—. ¿Cree que ella misma se liberará de la obstrucción? A lo mejor, acaba por tragárselo.

—No, no lo creo. Está muy clavado. Dios sabe cómo, pero así es. Y tengo que sacarlo pronto, porque empieza a ahogarse. Mire —señalé el flanco izquierdo de la cabra con el rumen hinchado, y en ese instante *Dorothy* sufrió otro paroxismo de toses que amenazó con desgarrarla.

Kirby me miró con apelación muda, pero la verdad es que yo no sabía qué hacer. Luego retrocedí.

—Voy a traer la linterna del coche. A lo mejor, veo algo que lo explique.

El viejo me sostuvo la linterna y de nuevo le abrí la boca a la cabra y volví a oír aquel curioso gemido infantil. Cuando el animal gritaba a todo pulmón, fue cuando observé algo bajo la lengua..., una banda fina y oscura.

—¡Ya veo lo que impide que salga! —grité—. Está sujeta a la lengua con un cordel o algo parecido.

Metí cuidadosamente el índice bajo la banda y empecé a tirar. No era un cordel. Aquello empezó a estirarse mientras yo tiraba cuidadosamente de ello... como si fuera goma. Luego se tensó y noté una gran resistencia..., fuera lo que fuese que tuviese en la garganta ahora empezaba a moverse. Seguí tirando suave y lentamente y la misteriosa obstrucción se deslizó por la

parte posterior de la lengua y llegó a la boca, y, cuando la tuve a mi alcance, solté la tira elástica, agarré aquella masa húmeda y la saqué. Era algo interminable —como una serpiente de material goteante, de unos sesenta centímetros—, pero al fin lo tuve sobre la paja.

El señor Kirby lo levantó en alto y, al adivinar lo que era, soltó un grito.

—¡Cielo santo, si son mis calzones de verano!

—¿Sus qué?

—Mis calzones de verano. No me gusta llevarlos largos cuando hace calor, y entonces me pongo estos cortos. Mi mujer quería hacer limpieza general antes de fin de año y no sabía si lavarlos o tirarlos a la basura. Los lavó al fin, y *Dorothy* debió cogerlos de la cuerda de tender. —Desde luego, han visto mejores días, pero supongo que *Dorothy* ha acabado ya con ellos.

Su cuerpo empezó a agitarse silenciosamente, luego se le escaparon algunas risitas y al fin soltó una buena carcajada. Era una risa contagiosa y hube de unirme a ella, y cuando acabé, mucho tiempo después, se apoyó débilmente contra la valla de alambre.

—¡Mis pobres pantalones! —Se inclinó y acarició la cabeza de la cabra—. Pero, mientras tú estés bien, muchacha, nada me importan.

—¡Oh, se pondrá bien! —señalé su flanco izquierdo—. Mire cómo se le rebaja la hinchazón del estómago.

Mientras yo hablaba *Dorothy* eructó a gusto y empezó a mirar con interés el montón de heno. El granjero la observó con cariño.

—¿No es estupendo? Ya está dispuesta a comer otra vez. Y, si no se le hubiera enredado el elástico en la lengua, se lo habría tragado todo y habría muerto.

—Pues, en realidad, creo que no —dije—. Es sorprendente lo que los rumiantes pueden llevar en el estómago. Una vez encontré un neumático de bicicleta dentro de una vaca a la que operaba por otra razón. El neumático no le molestaba en lo más mínimo.

—Comprendo. —El señor Kirby se frotó la barbilla—. ¿De modo que *Dorothy* podía haber ido por ahí con mis pantalones dentro años y años?

—Es posible. Y usted nunca habría sabido qué había sido de ellos.

—Es cierto —dijo Kirby, y por un momento creí que iba a romper a reír otra vez, pero se dominó y me cogió del brazo—. No sé por qué le estoy entreteniendo aquí, muchacho. Debe entrar a tomar un poco de pastel de Navidad.

En la salita diminuta me acomodaron en el mejor sillón junto al fuego, en el que ardían y crepitaban dos buenos troncos.

—¡Trae pastel para el señor Herriot, mamá! —gritó el granjero al entrar en la despensa.

Volvió con una botella de *whisky* y, al mismo tiempo, apareció su esposa con un pastel muy cubierto de crema y adornado con lentejuelas y renos de colores. El señor Kirby destapó la botella.

—¿Sabes, mamá? Somos muy afortunados al tener hombres así que vengan a ayudarnos en la mañana de Navidad.

—Ya lo creo.

La vieja cortó una gruesa rebanada de pastel y me la puso en el plato junto con un trozo enorme de queso Wensleydale.

Entretanto, su marido me servía la bebida. Los hombres del Yorkshire son unos aficionados en lo que respecta al *whisky*, y había algo deliciosamente absurdo en el modo en que lo servía en el vaso como si fuera limonada. Lo hubiera llenado hasta el borde de no habérselo impedido yo.

Con el vaso en la mano y el pastel sobre las rodillas, miré al granjero y a su esposa que, sentados en sillas de respaldo alto, me observaban con serena benevolencia. Los dos rostros tenían algo en común: una especie de belleza. Solo se encuentran rostro así en el campo; rostros profundamente arrugados y curtidos, y con ojos claros en los que brilla un gozo tranquilo. Alcé el vaso:

—Felices Pascuas a los dos.

—Y gracias de nuevo, muchacho —añadió Kirby—. Le estamos muy agradecidos por haber venido a salvar a *Dorothy*. Tal vez le hayamos estropeado el día, pero el nuestro hubiera sido horrible, desde luego, de haber perdido a la pobre. ¿Verdad, mamá?

—No se preocupen, no me han estropeado nada —dije—. En realidad me han hecho comprender de nuevo lo que es realmente la Navidad.

Y, mientras contemplaba la pequeña habitación con los adornos colgados del techo de vigas bajas, sentí que las emociones de la noche anterior volvían a mí lentamente y noté un calorcillo en mi interior que nada tenía que ver con el *whisky*.

Di un bocado al pastel, acompañándolo de un trozo de queso. Al llegar por primera vez al Yorkshire me había sentido muy desconcertado cuando me ofrecieron aquella combinación desconocida para mí; pero con el tiempo había ganado en sabiduría y descubierto que esa mezcla, masticada casi a la vez es exquisita y, lo más extraño de todo, que no hay nada más adecuado para trasegarla que un buen vaso de *whisky* puro.

—¿No le importa la radio, señor Herriot? —preguntó la señora Kirby—. Nos gusta ponerla en la mañana de Navidad, para oír los viejos himnos, pero

la apagaré si quiere.

—No, por favor, déjela; lo encuentro magnífico.

Me volví para observar el viejo aparato de radio con su cubierta de madera ornamentada, de diseño complicado. Debía de haber sido uno de los primeros modelos y su sonido era un poco metálico, pero no por ello eran menos dulces los cantos del coro de la iglesia. «Oíd a los ángeles que anuncian la Buena Nueva» llenaba la pequeña habitación, mezclándose con el rumor de los troncos que caían y las voces suaves de los viejos.

Me enseñaron una fotografía de su hijo, policía en Houlton, y de su hija, casada con un granjero vecino. Iban a venir los nietos para la cena de Navidad, como siempre, y la señora Kirby abrió una caja y repasó la larga fila de triquitraques. El coro inició «Una vez en la Ciudad Real de David», yo di fin a mi *whisky* y apenas opuse resistencia cuando el granjero cogió la botella de nuevo. A través de la ventana, veía las alegres bolitas rojas de un acebo que se abrían paso entre la capa de nieve.

Realmente, era una vergüenza tener que marcharme y una pena haber terminado el segundo vaso de *whisky* y recogido hasta las últimas miguitas del plato.

El señor Kirby salió conmigo y, en la puerta de la casita, se detuvo y me tendió la mano.

—Gracias, muchacho. Le estoy muy agradecido —dijo—. Le deseo unas fiestas muy felices.

Por un instante, aquella palma seca y curtida raspó la mía; luego me senté en el coche y puse en marcha el motor. Miré el reloj; no eran más que las nueve y media, pero el primer rayo de sol brillaba ya en un cielo azul pálido.

Más allá del pueblo, el camino subía bruscamente y luego se curvaba en el borde del valle en un amplio arco, y desde allí se divisaba repentinamente toda la extensión de la llanura de York, tendida casi a mis pies. Siempre me detenía allí y siempre hallaba algo distinto en el panorama, pero hoy aquel tablero de ajedrez que eran los campos, con las granjas y bosques, se destacaba con claridad notable. Tal vez porque era un día de fiesta y no humeaban las chimeneas de las fábricas, ni circulaban los camiones con los escapes abiertos, pero lo cierto era que las distancias se escorzaban bajo el aire claro y helado de modo que creía tener al alcance de la mano los lugares familiares, allá abajo.

Miré de nuevo las elevaciones impresionantes de los valles, muy cercanas unas de otras en la distancia azul, las cumbres claramente definidas, los picos más altos brillantes bajo la caricia del sol. Veía el pueblo con la casita de los

Kirby al extremo. Allí había vuelto a encontrar la Navidad, la paz, la buena voluntad, todo.

¿Los granjeros? Eran la sal de la tierra.

Marmaduke Skelton fue objeto de interés para mí antes incluso de que se cruzaran nuestros caminos. En primer lugar, nunca había creído que existieran personas llamadas Marmaduke a no ser en los libros, y además era un miembro especialmente famoso de la honorable profesión de «doctores de animales» sin título.

Antes de la Ley de Cirujanos Veterinarios de 1948, cualquiera que quisiera probar suerte podía dedicarse a tratar las enfermedades de los animales. Los estudiantes de veterinaria podían atender legalmente los casos cuando aún estaban haciendo prácticas, y algunos, totalmente legos, trabajaban también como veterinarios en sus ratos libres, mientras otros dedicaban su tiempo a esta tarea. A estos últimos se les llamaba generalmente «charlatanes».

Con frecuencia, el carácter peyorativo del término resultaba injusto porque, aunque algunos suponían una amenaza para la población animal, otros eran hombres de gran dedicación que trabajaban con responsabilidad y humanidad y, después del Acta, ingresaron en la profesión como practicantes de veterinaria.

Pero antes había entre ellos toda clase de tipos. Al que conocí mejor fue Arthur Lumley, un exfontanero encantador al frente de una floreciente consulta en Brawton, con gran dolor por parte del señor Angus Grier, M. R. C. V. S. (Miembro Real del Colegio de Cirujanos Veterinarios). Arthur solía recorrer los campos en su camioneta. Siempre llevaba una chaqueta blanca, parecía muy oficial y eficiente y, en un costado de la camioneta, con letras enormes que le hubiesen merecido a un veterinario titulado la reprimenda más severa del Real Colegio, se leía: «Arthur Lumley, M. C. P. Especialista en Caninos y Felinos». La ausencia de las siglas detrás del nombre era lo único que diferenciaba a estos de los veterinarios cualificados, a los ojos del público en general, y me intrigó mucho que Arthur sí tuviera un título académico. Sin embargo, aquellas letras «M. C. P.» no me resultaban

familiares y él se mostró algo misterioso cuando se lo pregunté. Por fin conseguí averiguar lo que significaban: «Miembro del Club de Perros».

Marmaduke Skelton era un tipo totalmente distinto. Llevaba yo trabajando en el distrito de Scarburn el tiempo suficiente para haberme familiarizado con las historias locales y, por lo visto, allá en los principios de 1900, cuando el matrimonio Skelton atendía la llegada de sus hijos, pensaron sin duda que estaban destinados a grandes cosas, por lo que los bautizaron Marmaduke, Sebastián, Cornelius y, por increíble que parezca, Alonso. Los dos medianos conducían camiones para Lechería Express, y Alonso era un granjero sin importancia. (Uno de los recuerdos que se me han quedado más grabados fue la sorpresa que experimenté cuando estaba llenando los formularios después del test de tuberculina y le pregunté su nombre de pila. Aquel apelativo exótico, pronunciado con el rudo acento del Yorkshire, resultó tan incongruente que creí que me tomaba el pelo, y en realidad iba a hacer un comentario burlón cuando algo que observé en su mirada me obligó a dejarle en paz).

Marmaduke, o Duke como todos le llamaban, era el miembro más pintoresco de la familia. Había oído hablar mucho de él en mis visitas a las granjas de Scarburn; era «magnífico» en los partos de vacas, yeguas y ovejas, y «tan bueno como un veterinario» en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los animales. También era un castrador y matarife de cerdos muy experto. Se ganaba bien la vida con este comercio y Ewan Ross le resultaba el competidor profesional ideal, pues era un cirujano veterinario que solo trabajaba cuando tenía ganas y que no se molestaba en acudir para atender un caso a menos que le apeteciera. Por mucho que los granjeros apreciaran e incluso reverenciaran a Ewan, con frecuencia se veían forzados a acudir a los servicios de Duke. Ewan tenía más de cincuenta años y era incapaz de atender al volumen creciente de tests en la práctica de Scarburn. Yo solía ayudarle en esta actividad y, en consecuencia, veía con frecuencia a Ewan y a Ginny, su esposa.

Si Duke hubiera limitado sus actividades al tratamiento de los pacientes no creo que Ewan le hubiera concedido ni un pensamiento, pero a Skelton le gustaba animar sus visitas a las granjas con burlas groseras sobre el viejo veterinario escocés que jamás había hecho nada bien, y menos ahora, cuando ya era un carcamal. Creo que ni eso siquiera llegaba a enojar a Ewan pero, a la mención del nombre de su rival, la boca se le endurecía ligeramente y una expresión meditabunda aparecía en sus ojos azules.

Duke no era un hombre que resultara atractivo. Se oían rumores de sus peleas violentas, de cómo golpeaba a su esposa e hijos cuando estaba furioso. Tampoco me gustó físicamente cuando le vi por primera vez mientras cruzaba la plaza del mercado de Scarburn: un hombretón tan grande como un toro, tan peludo como Heatchcliffe, con ojos fieros y osados, y un toque de fanfarronería en el pañuelo de color rojo brillante anudado al cuello.

Pero esa tarde no pensaba yo en Duke Skelton; en realidad, no pensaba en nada en particular, echado en un sillón junto a la chimenea de casa de los Ross. Acababa de terminar uno de los almuerzos de Ginny, y había tomado un plato de nombre muy inocente —pastel de pescado—, pero que era en realidad algo sorprendente: un guiso en el que la humilde merluza se elevaba a alturas insospechadas gracias a la mezcla de patatas, tomates, huevos, macarrones y otras cosas que solo Ginny podría nombrar. Después, tarta de manzana y el sillón junto al fuego, con el calor de las llamas acariciándome el rostro.

Mis pensamientos vagaban perezosos en torno a la idea de que aquella casa y sus habitantes habían llegado a tener para mí un atractivo mágico y que si la práctica veterinaria de Ewan hubiera sido normal, el teléfono no habría dejado de sonar y él se habría visto obligado a ponerse la chaqueta y partir con el último bocado. Y mientras contemplaba por la ventana el jardín de blancura impoluta y los árboles cargados de nieve, aún tuve otro pensamiento indigno: que si no me daba prisa en volver a Darrowby, tal vez Siegfried hiciera el trabajo doble y lo terminara todo antes de que yo regresara...

Contemplando *in mente* la imagen tranquilizadora de mi jefe envuelto en ropas de abrigo y batallando por las granjas, observé que Ginny colocaba una taza de café al alcance de su marido. Ewan alzó la vista y le sonrió, y precisamente entonces sonó el teléfono.

Como la mayoría de los veterinarios, pegué un salto al escucharlo, pero no Ewan. Comenzó serenamente a tomar su café dejando que Ginny cogiera el teléfono, y su expresión no varió cuando su esposa se le acercó y le dijo:

—Es Tommy Thwaite. Una de sus vacas ha perdido el útero.

Una noticia como esta me hubiera obligado a cruzar la habitación como un rayo, pero Ewan tomó otro buen sorbo de café antes de contestar:

—Gracias, querida. Dile que iré a verla ahora mismo.

Se volvió hacia mí y empezó a contarme algo muy divertido que le había ocurrido aquella mañana, y cuando terminó soltó su risa característica, silenciosa, apenas una vibración de los hombros y un ligero parpadeo. Luego se relajó en la silla y siguió saboreando el café con calma.

Aunque aquel caso no fuera mío, los pies se me movían ya sin poder remediarlo. Un prolapso de útero no solo es algo urgente, sino un trabajo tan difícil que nunca se acude a tratarlo con la rapidez suficiente. Algunos eran peores que otros, y yo siempre tenía prisa por averiguar de qué tipo era el que me aguardaba.

Ewan, en cambio, lo tomaba con toda indiferencia. En realidad, cerró los ojos y por un momento pensé que se disponía a echar la siestecita tras el almuerzo. Pero solo era un gesto de resignación porque le habían estropeado el reposo de la tarde, así que al fin se desperezó y se puso en pie.

—¿Quieres venir conmigo, Jim? —preguntó, con voz suave.

Vacilé por un momento, y luego, abandonando canallescamente a Siegfried a su destino, asentí gustosamente y seguí a Ewan a la cocina.

Se sentó y se enfundó los pies con un par de gruesos calcetines de lana que Ginny había puesto a calentar ante el hogar; luego se puso las botas de goma, un chaquetón corto, unos guantes amarillos y una gorra a cuadros. Cuando recorría el sendero estrecho, cavado en la nieve del jardín, parecía extraordinariamente juvenil y garboso.

No entró en el dispensario esta vez y me pregunté qué equipo utilizaría, pensando al mismo tiempo en las palabras de Siegfried: «Ewan lo hace todo a su propio estilo».

Ya en la granja, el señor Thwaite corrió a nuestro encuentro. Era comprensible que estuviese muy agitado, pero había algo más, pues se frotaba nerviosamente las manos y sonreía con timidez mientras miraba a mi colega que abría el maletero del coche.

—Señor Ross —estalló al fin—, no quisiera que usted se molestara, pero tengo algo que decirle. —Hizo una pausa—. Duke Skelton está ahí, con mi vaca.

La expresión de Ewan no se alteró.

—¡Ah, muy bien! Entonces no me necesita.

Cerró el maletero, abrió la portezuela y volvió a meterse en el coche.

—¡Eh, eh! ¡Que no quiero que se vaya! —Thwaite había dado la vuelta al coche y le gritaba a través de la ventanilla cerrada—. Es que dio la casualidad de que Duke estaba en el pueblo y se ofreció a ayudarme.

—Estupendo —dijo Ewan, bajando la ventanilla—. ¡Si no me importa en absoluto! Estoy seguro de que le hará un buen trabajo.

El granjero arrugó el rostro angustiado.

—¡Pero usted no me comprende! Lleva ahí más de hora y media y no ha adelantado nada. No solo eso... es que lo ha estropeado más aún. ¡Quiero que

se encargue usted, señor Ross!

—No, lo siento —Ewan le miró a los ojos—. No me es posible intervenir ahora. Ya sabe las reglas, Tommy. Él ha empezado el trabajo... y tengo que dejarle que lo termine —sentenció, y puso en marcha el motor.

—¡No, no! ¡No se vaya! —gritó Thwaite, golpeando el techo del coche—. Duke está acabado, se lo aseguro. Si usted se marcha, voy a perder una de mis mejores vacas. ¡Tiene que ayudarme, señor Ross!

Parecía a punto de echarse a llorar. Mi colega lo miró pensativamente, mientras el motor ronroneaba. Al fin se inclinó y cerró el contacto.

—De acuerdo. Lo que haré será entrar ahí y ver qué dice él. Si quiere que yo lo ayude, lo haré.

Le seguí al establo y, cuando nos detuvimos, nada más atravesar la puerta, Duke Skelton levantó la vista de su tarea. Estaba de pie, con la cabeza inclinada, una mano apoyada en la rabadilla de una vaca enorme y la boca abierta de par en par, y su respiración era tan fatigosa que el pecho se alzaba y bajaba como un fuelle. El vello espeso que le cubría el torso estaba manchado por la sangre de aquel útero enorme que colgaba detrás del animal. Más sangre y suciedad le corrían por el rostro y los brazos y, cuando nos miró bajo las peludas cejas, parecía un ser escapado de la jungla.

—Bien, señor Skelton —murmuró Ewan, como si tal cosa—. ¿Qué tal le va?

Duke le lanzó una mirada malévola.

—Estoy haciéndolo muy bien.

Las palabras le salían roncas entre aquellos labios resecos y abiertos de par en par. El señor Thwaite se adelantó sonriendo, como para congraciarse.

—Vamos, Duke, has hecho todo lo que has podido. Creo que ahora deberías dejar que el señor Ross te echara una mano.

—Bien, pues no quiero. —Las mandíbulas del hombretón se cerraron de repente—. Y, aunque necesitara ayuda, no buscaría la de él.

Se volvió y cogió el útero, lo alzó entre los brazos y comenzó a empujarlo hacia su sitio, con fiera concentración.

Thwaite se volvió hacia nosotros, desesperado, y abrió la boca para reanudar sus lamentaciones, pero Ewan le silenció alzando una mano, cogió un taburete de ordeñar de un rincón y se sentó cómodamente, apoyado en la pared. Con la mayor tranquilidad, sacó la bolsa de tabaco, lio un cigarrillo con una sola mano y, mientras pegaba el papel, lo cerraba por los extremos y le aplicaba una cerilla, miró con ojos indiferentes al luchador sudoroso que bregaba a pocos pasos de él.

Duke había conseguido meter el útero más o menos hasta la mitad. Gruñendo y jadeando, con las piernas bien separadas, había introducido aquella masa hinchada, centímetro a centímetro, dentro de la vulva, hasta tener entre los brazos un bulto lo bastante pequeño como para asestarle un empujón definitivo. Allí de pie, cobrando aliento para el esfuerzo final, tensos los músculos de hombros y brazos, su fuerza poderosa quedaba bien patente. Pero no era tan fuerte como una vaca, y esta era una de las más grandes que yo he visto, con un lomo como una mesa de comedor, y rollos de grasa bajo el borde de la cola.

También yo había pasado por esa situación y sabía lo que venía a continuación. No tuve que esperar mucho. Duke cobró aliento y se lanzó al asalto, impulsando desesperadamente con brazos y pecho, y por unos segundos pareció tener éxito ya que la masa desapareció en el interior. Entonces, como si tal cosa, la vaca se limitó a hacer un leve esfuerzo y todo salió violentamente de nuevo, hasta quedar colgando y golpeando contra las patas del animal.

Cuando Duke cayó contra la pelvis de la vaca en la misma actitud en que lo viéramos al entrar, me apiadé de él. No me gustaba, pero le compadecía de corazón. Bien podía ser yo el que ocupara su lugar, con la chaqueta y la camisa colgando de aquel clavo, perdiendo las fuerzas y cubierto de sangre y de sudor. Ningún hombre sería capaz de conseguir lo que Duke pretendía. Es posible devolver un útero a su sitio con la ayuda de un anestésico epidural, con el fin de que el animal no haga fuerza en contra, o bien se puede atar a la vaca a una viga para mantenerla alzada, pero nunca forcejeando de pie tras ella y a base de empujar como pretendía ese hombre.

Me sorprendía que Duke no lo hubiera aprendido con la experiencia, pero, por lo visto, ni siquiera se le había ocurrido, pues era indudable que se disponía a repetir el intento. Esta vez llegó un poco más lejos y el útero se halló unos cuantos centímetros más en el interior de la vaca antes de que esta lo expulsara de nuevo. Y la vaca parecía tener espíritu deportivo, porque había cierta premeditación en su modo de fingirse vencida y para luego tomar impulso en el último momento. Sin embargo, se la veía ya un poco aburrida; en realidad, y aparte quizás de Ewan, era el ser más tranquilo de todo el grupo.

Duke lo intentaba otra vez. Cuando se inclinó cansadamente a recoger el órgano manchado de sangre me pregunté cuántas veces lo habría hecho desde que llegó, hacía unas dos horas. Tenía redaños, eso era indiscutible. Pero el fin estaba cerca. Había una urgencia frenética en sus movimientos, como si

supiera que se trataba del último intento, y cuando se vio de nuevo cerca de la meta, sus gruñidos se transformaron en un gemido agónico, casi un lloriqueo, como si suplicara a aquella masa recalcitrante que se metiera y se quedara dentro, aunque solo fuera por esta vez.

Pero al suceder lo inevitable y quedar el pobre hombre sudoroso y tembloroso al comprobar el fracaso de sus esperanzas, tuvo la impresión de que alguien debía hacer algo. El señor Thwaite lo hizo.

—Ya basta, Duke —dijo—. Por el amor de Dios, entra en casa y lávate. Mi esposa te dará algo de comer y, entretanto, el señor Ross verá qué puede hacer.

El hombretón, con los brazos caídos a los costados y resollando, miró al granjero por unos segundos, luego se volvió bruscamente y descolgó sus ropas de la pared.

—Muy bien —asintió, e inició lentamente la marcha hacia la puerta. Se detuvo frente a Ewan, pero no le miró—. Ahora bien, fíjese en mis palabras, señor Thwaite. Si yo no pude meterlo, ese tipo jamás lo hará.

Ewan siguió fumando y le miró impasible. Ni siquiera le siguió con la vista cuando salió del establo; se limitó a apoyarse en la pared y a expeler una voluta de humo que se alzó y desapareció entre las sombras del techo.

Thwaite estuvo pronto de vuelta.

—Ahora, señor Ross —dijo casi sin aliento—, lamento que tuviera que esperar, pero ya podemos poner manos a la obra. Supongo que necesitará agua caliente, pero ¿quiere algo más?

Ewan dejó caer el cigarrillo y lo aplastó con el pie.

—Sí. Tráigame medio kilo de azúcar.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Medio kilo de azúcar.

—Medio kilo de... De acuerdo, de acuerdo, se lo traeré.

Regresó inmediatamente con una bolsa de papel todavía sin estrenar. Ewan la abrió con un dedo, se dirigió a la vaca y empezó a cubrir el útero con azúcar. Luego se volvió de nuevo hacia Thwaite.

—Y quiero un banquillo de matanza, también. Supongo que tendrá uno.

—¡Oh, sí, sí, claro! Pero ¿qué diablos...?

Ewan le miró serenamente.

—Tráigalo, pues. Ya es hora de que acabemos el trabajo.

En cuanto el granjero hubo desaparecido al galope, me volví hacia mi colega.

—¿Qué ocurre, Ewan? ¿Para qué demonios cubres eso con el azúcar?

—Para que absorba todo el suero del útero. No se puede hacer nada, cuando está tan hinchado.

—¿De verdad? —Miré, incrédulo, el órgano abotargado—. ¿Y no vas a darle un anestésico epidural... ni pituitrina... ni una inyección de calcio?

—¡Oh, no! —contestó Ewan con una sonrisa lenta—. A mí no me van esas cosas.

No tuve oportunidad de preguntarle para qué quería el banquillo de matanza, porque en aquel instante regresó corriendo el señor Thwaite con uno bajo el brazo.

La mayoría de los granjeros solían tenerlos. Algunos les llamaban «nasas» y en ellos colgaban las tiras de tocino a la hora de matar el cerdo. Este era un ejemplar típico, una mesita alargada y baja, con cuatro patas cortas y la superficie cóncava. Ewan lo cogió y lo metió cuidadosamente bajo la vaca, justo delante de la ubre, mientras yo le miraba frunciendo las cejas. Me hallaba totalmente desconcertado.

Ewan se dirigió sin prisa al coche, y regresó con una cuerda y dos objetos envueltos en el clásico papel marrón. Cuando arrojó la cuerda sobre la partición de madera del establo, se puso un delantal de partos y empezó a abrir los paquetes, comprendí que estaba observando a Ewan en plena preparación de su tenderete.

Del primer paquete sacó lo que parecía ser el platillo de una jarra de cerveza, aunque decidí que eso era imposible. Sin embargo, cuando dijo: «Ea, sostén esto un momento, Jim» y vi el emblema en oro «Cerveza Magnet, de John Smith», hube de cambiar de opinión. Sí, era el platillo de una jarra de cerveza.

Empezó a desenvolver el otro objeto y creí sufrir un colapso cuando le vi sacar una botella vacía de *whisky* y ponerla en la bandejita. De pie a su lado y con aquella carga tan extraña en las manos, debía parecer el ayudante de un mago, y no me habría sorprendido en absoluto que mi colega hubiera sacado entonces un conejo vivo.

Pero lo que hizo fue llenar la botella de *whisky* con el agua caliente y limpia del cubo.

Seguidamente, ató la cuerda alrededor de los cuernos de la vaca, se la pasó por el cuerpo un par de veces, se echó hacia atrás y tiró de ella. Sin protesta, el enorme animal se dejó caer suavemente sobre el banquillo de la matanza y quedó instalada allí con el trasero muy elevado en el aire.

—Ya podemos empezar —murmuró Ewan y, al ver que yo me quitaba la chaqueta y comenzaba a soltarme la corbata, se volvió sorprendido.

—Pero ¿qué crees que vas a hacer?

—Pues voy a echarte una mano, desde luego.

Se le curvaron las comisuras de la boca.

—Muy amable de tu parte, Jim, pero no hay necesidad de que te desnudes. Apenas me llevará un minuto. Lo único que quiero es que tú y el señor Thwaite mantengáis esto nivelado.

Alzó suavemente el órgano que a mis ojos febriles les parecía mucho menos hinchado desde que lo envolviera en el azúcar, lo puso en el platillo, e hizo que el granjero y yo lo sostuviéramos por los extremos.

Luego metió el útero.

Le llevó, literalmente, un minuto o poco más. Sin esfuerzo, sin sudar, sin hacer presión visible, devolvió aquella masa enorme a su lugar mientras la vaca, incapaz de hacer nada al respecto, seguía con el trasero alzado y una expresión enojada en el rostro. Luego cogió la botella de *whisky*, la metió cuidadosamente en la vagina y hundió allí también el brazo. Sus hombros se agitaron vigorosamente.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora? —susurré a su oído desde mi sitio, a un lado de la bandeja.

—Doy la vuelta a las trompas para colocarlas en su lugar, y les echó un poco de agua caliente en los extremos para asegurarme de que estén bien enrollados en espiral.

—Comprendo.

Vi que sacaba la botella, se enjabonaba los brazos en el cubo y empezaba a quitarse el delantal.

—Pero ¿no vas a darle unos puntos? —estallé.

Denegó con la cabeza.

—No, Jim. Una vez bien metido, ya no volverá a salirse.

Se estaba secando las manos cuando se abrió la puerta del establo y entró Duke Skelton a toda prisa. Ya se había lavado y vestido y anudado el pañuelo rojo al cuello, y miró enojado a la vaca que, aseada y tranquila, tenía ahora el mismo aspecto que todas las demás del establo. Sus labios se abrieron un par de veces, antes de conseguir pronunciar una palabra.

—Sí, claro —gruñó—, ¡para algunos es muy fácil con sus malditas inyecciones y sus instrumentos fantásticos! De ese modo es muy sencillo, ¿verdad?

Luego dio media vuelta y desapareció.

Mientras oí resonar sus botas pesadas en el patio, me vino la idea de que aquellas palabras eran perfectamente injustas. ¿Qué había de fantástico en un

banquillo de matanza, medio kilo de azúcar, una botella de *whisky* y el platillo de una jarra de cerveza?

—Yo vivo para los gatos.

Así fue como se me presentó la señora Bond en mi primera visita, estrechándome la mano con firmeza y adelantando la mandíbula como si me desafiara a hacer un comentario. Era una mujer corpulenta, con un rostro de pómulos muy altos y una prestancia impresionante, y por nada del mundo me hubiese puesto a discutir con ella, así que asentí gravemente como si lo comprendiera y estuviera de acuerdo y le permití que me hiciera entrar en la casa.

Inmediatamente comprendí lo que quería decir. La gran cocina-sala de estar estaba dedicada por completo a los gatos. Había gatos en los sofás y en las sillas, e incluso cayendo en cascadas al suelo; gatos sentados en filas en el alfeizar de la ventana y, entre todo aquel bullicio, el pequeño señor Bond, pálido, con un bigote diminuto y en mangas de camisa, leía el periódico.

Una escena que acabaría por serme familiar. Indudablemente la mayoría de los gatos eran machos sin castrar, porque el ambiente vibraba con un olor distintivo, fuerte y punzante, que incluso vencía los olores desagradables de las enormes cazuelas de comida para gatos que hervían en la cocina. Y el señor Bond siempre presente, siempre en mangas de camisa y leyendo el periódico, una islita perdida en un mar de gatos.

Había oído hablar de los Bond, naturalmente. Londinenses que, por razones desconocidas, habían elegido el Yorkshire para su retiro. Se decía que tenían «algún dinerito» y habían comprado una casa vieja en las afueras de Darrowby donde vivían solo para sí mismos... y para los gatos. Me habían dicho que la señora Bond tenía la costumbre de recoger a los animalitos extraviados, alimentarlos y darles un hogar si ellos querían, y esto me predisponía en su favor porque, según mi experiencia, la desgraciada especie de los felinos era casi siempre la más castigada con toda clase de crueldad y negligencia. La gente disparaba contra los gatos, les arrojaban objetos, los mataban de hambre y azuzaban a los perros tras ellos solo por divertirse. Era consolador ver a alguien que se ponía de su parte.

En esta primera visita, mi paciente era un gatito muy pequeño, una bolita negra y blanca que se encogía aterrada en un rincón.

—Es uno de los gatos de fuera —tronó la señora Bond.

—¿De los de fuera?

—Sí. Todos los que ve aquí son los de dentro. Los otros son auténticamente salvajes, y la verdad es que se niegan a entrar en la casa. Les doy de comer, desde luego, pero la única vez que consigo que entren es cuando están enfermos.

—Comprendo.

—Me costó muchísimo coger a este. Estaba preocupada por sus ojos; parece como si le creciera una piel sobre ellos, y espero que pueda hacer algo por él. A propósito, se llama *Alfred*.

—¿*Alfred*? ¡Ah, sí, claro!

Avancé cuidadosamente hacia el animalito, que me recibió con las uñas al aire y una serie de gruñidos salvajes. De no estar acorralado en su rincón, hubiera huido con la velocidad del rayo.

Examinarlo iba a ser un problema. Me volví hacia la señora Bond.

—¿Tiene por ahí una sábana? Una sábana vieja de planchar, por ejemplo. Voy a tener que envolverlo.

—¿Envolverlo?

La señora Bond parecía dudosa, pero entró en otra habitación y regresó con una sábana de algodón muy vieja que me pareció adecuada. Vacíé la mesa de una variedad sorprendente de platos en los que comían los gatos, libros sobre gatos y medicinas para los gatos, y extendí la sábana; luego me acerqué de nuevo a mi paciente. No se puede ir con prisas en tales situaciones y necesité unos cinco minutos de murmullos sedantes —«gatito, gatito»— a la vez que aproximaba paulatinamente la mano. Cuando llegué al punto de poderle acariciar la cabeza, lo agarré repentinamente por un pliegue del cuello y al fin tuve sobre la mesa a *Alfred*, que protestaba amargamente y trataba de arañar en todas direcciones. Sin soltarle la nuca, lo tendí sobre la sábana e inicié la operación de envolverlo.

Esto es algo que hay que hacer a menudo con los felinos turbulentos y, aunque yo mismo lo diga, el caso es que lo hago bastante bien. La idea consiste en formar una especie de salchicha muy apretada, dejando al aire únicamente la parte que interesa examinar. Puede ser una pata herida, la cola, o, en aquel caso concreto, la cabeza. Creo que la fe incuestionable que la señora Bond llegó a tener en mí nació el día en que me vio envolver rápidamente al gato hasta que no se vio de él más que una cabecita negra y

blanca que sobresalía de un lío de ropa. El gato y yo nos mirábamos ahora más o menos cara a cara y *Alfred* no podía hacer nada al respecto.

Como digo, me enorgullezco bastante de este arte, e incluso hoy en día se oye este comentario de mis colegas veterinarios:

—El viejo Herriot podrá tener sus fallos en muchos aspectos pero ¡vaya si es capaz de envolver a un gato!

Según pude ver, no es que creciera una piel sobre los ojos de *Alfred*. Eso no existe.

—Tiene parálisis en el tercer párpado, señora Bond. Los animales tienen una membrana que parpadea sobre el ojo para protegerlo. En este caso no se ha retirado, probablemente porque el gato está en malas condiciones; quizás haya tenido la gripe, o una enfermedad que le ha debilitado. Le daré una inyección de vitaminas y le dejaré unos polvos para que se los eche en la comida, si puede conservarlo en casa algunos días. Creo que estará bien en una o dos semanas.

La inyección no ofrecía problemas, con un *Alfred* furioso pero impotente en su envoltorio, y este fue el final de mi primera visita a la señora Bond.

La primera de muchas. Entre aquella mujer y yo se estableció una corriente de simpatía reforzada por el hecho de que yo siempre estaba dispuesto a perder el tiempo con sus pupilos, arrastrándome sobre el estómago bajo las pilas de troncos en el exterior para cazar a los más salvajes, bajándolos de los árboles, o persiguiéndolos, incansable, entre los arbustos. Pero, desde mi punto de vista, fue una experiencia instructiva en muchos aspectos.

Por ejemplo, la diversidad de nombres que tenía para sus gatos. De acuerdo con su educación londinense, había bautizado a la mayoría con los nombres del gran equipo Arsenal de aquella época. Había un *Eddie Hapgood*, un *Cliff Bastin*, un *Ted Drake* y un *Wilf Copping*. Pero en cierta ocasión se equivocó rotundamente porque *Alex James* tuvo gatitos tres veces al año con toda regularidad.

Y también el estilo que exhibía para atraerlos hacia la casa. La primera vez que la vi hacerlo era una tranquila tarde de verano. Los gatos que yo debía examinar estaban por algún rincón del jardín, así que me fui con ella a la puerta trasera donde se detuvo, cruzó los brazos ante el seno, cerró los ojos y exclamó en un tono contralto y melifluido:

—*Bates, Bates, Bates, Ba-a-a-tes...*

En realidad, repetía el nombre con monotonía reverente, a no ser por aquella prolongación deliciosa del *Ba-a-a-tes*. Inspiró, llenó de nuevo la

amplia caja de resonancia como una prima donna en la ópera, y volvió a entonar con el sentimiento más profundo:

—*Bates, Bates, Bates, Ba-a-a-tes...*

La misma melodía de *Bates* y con la misma subida y bajada al final. Sin embargo, en este caso no obtuvo una respuesta rápida y hubo de repetir la actuación una y otra vez. Mientras las notas surgían en el cálido aire del atardecer, el efecto resultaba notable, pues parecía un muecín que llamara a los fieles a la plegaria de la tarde.

Al fin tuvo éxito y un gato color tortuga se deslizó con aire de disculpa junto al muro y entró en la casa.

—A propósito, señora Bond —pregunté, tratando de hablar con indiferencia—, no entendí muy bien el nombre del último gato.

—¡Oh! *Siete tres*. —Sonrió con aire reminiscente—. Sí, la gatita es un encanto. Ha tenido tres gatitos siete veces consecutivas, ¿sabe?, así que pensé que era un buen nombre para ella, ¿no le parece?

—Sí, sí, por supuesto. Un nombre espléndido.

Otra cosa que hizo que me encariñara con la señora Bond fue su preocupación por mi seguridad. Y lo apreciaba mucho, porque es un rasgo poco común entre los propietarios de animales. Recuerdo a un entrenador que, después de que uno de sus caballos de carreras me lanzara de una coz fuera de su casilla, se dedicó a examinar ansiosamente al animal por si la coz había dañado «su» pata; a la vieja que aún parecía más pequeña junto a su enorme perro alsaciano con los dientes al aire y que me decía: «Será amable con él y no le hará daño, ¿verdad?... Es muy nervioso»; al granjero que, después de un parto terriblemente pesado que creo que me quitó al menos dos años de vida, me dijo gruñendo: «Me parece que ha dejado agotada a esa vaca, joven».

La señora Bond era distinta. Solía recibirme en la puerta con un buen par de manoplas para protegerme las manos contra los arañazos, y para mí era un alivio indecible el descubrir que yo preocupaba a alguien. Aquello se convirtió en parte de mi plan de vida: la subida por el sendero del jardín entre las innumerables criaturas escurridizas de ojos salvajes que eran los gatos «de fuera»; la aceptación ceremoniosa de las manoplas en la puerta, luego la entrada en el ambiente cargado de la cocina, y el pequeño señor Bond y su periódico apenas visibles entre los cuerpos peludos de los gatos «de dentro». Nunca pude sentirme seguro de la actitud del señor Bond hacia los gatos —si he de ser sincero creo que nunca dijo nada—, pero me daba la impresión de que a su mujer no le importaba.

Las manoplas eran de gran ayuda, y en ocasiones un auténtico don del cielo. Como en el caso de *Boris*. *Boris* era un animal enorme, negro-azulado, de la pandilla de fuera, y mi *bête noire* en más de un sentido. Siempre tuve la convicción secreta de que se había escapado de un zoo. Yo no había visto jamás un gato doméstico con unos músculos tan elásticos y una ferocidad tan consumada. Estoy seguro de que en *Boris* había algo de puma.

Para la colonia de los gatos, su aparición supuso una desgracia. Siempre he considerado difícil que me disguste un animal; la mayoría de los que tratan de hacernos daño se sienten motivados por el temor, pero *Boris* era distinto. Un auténtico tirano malévolo. A partir de su llegada aumentó la frecuencia de mis visitas debido a su costumbre de morder con regularidad a sus colegas. Siempre estaba cosiendo orejas desgarradas y vendando miembros despedazados.

No tardamos en tener una prueba de fuerza. La señora Bond quería que le diera a *Boris* una dosis de la medicina para las lombrices y yo tenía ya la pequeña tableta dispuesta y prendida con unos fórceps. Aún no comprendo cómo logré apoderarme de él, pero lo acogoté sobre la mesa y lo empaqueté con la velocidad del rayo, envolviéndolo en tira tras tira de tela gruesa. Por unos segundos pensé que lo tenía dominado cuando él me miró con sus grandes ojos brillantes y llenos de odio. Pero, al meterle los fórceps en la boca, clavó los dientes en ellos con rabia y noté a la vez que unas garras poderosas rompían la sábana. Todo había acabado en unos instantes. Pronto salió la pata de aquel paquete y me desgarró la muñeca. Le solté el cuello, que tenía bien agarrado, y un instante después *Boris* me clavaba los dientes en el pulgar, a pesar de los guantes, y salía huyendo. Me quedé por un instante con expresión estúpida, sosteniendo la tableta hecha pedazos con una mano que sangraba y contemplando los jirones que antes fueran una sábana de envolver. A partir de entonces, *Boris* me odió de corazón y el sentimiento era mutuo.

Pero esta fue una de las pocas nubes en un cielo sereno. Continué disfrutando de mis visitas allí y la vida siguió su curso tranquilo, con la excepción quizá de algunas bromitas de mis colegas. No podían comprender mi buena disposición para pasar tanto tiempo con aquel montón de gatos. Cosa que iba de acuerdo con la opinión más general, porque tampoco Siegfried comprendía que la gente tuviera animalitos caseros de cualquier clase. No entendía su mentalidad, y manifestaba su opinión a cualquiera que quisiera escucharle. Claro que él tenía cinco perros y dos gatos. Y los perros, los cinco, viajaban a todas partes con él en el coche, y cada día daba de comer a perros y gatos con sus propias manos. Jamás permitía que otro lo hiciera.

Por la noche, los siete animales se amontonaban en torno a sus pies cuando Siegfried ocupaba el sillón junto al fuego. Hasta la fecha, sin embargo, sigue mostrándose tan vehementemente en contra de los animales domésticos como siempre, si bien ya es otra generación de perros la que se amontona sobre él agitando el rabo cuando va en coche, y tiene también varios gatos, algunos peces tropicales y un par de serpientes.

Solo en una ocasión me vio Tristán en acción en casa de la señora Bond. Yo estaba buscando unos fórceps largos en el armario de instrumentos, cuando él entró en la habitación.

—¿Algo interesante, Jim? —preguntó.

—Pues no. Voy a ver a uno de los gatos Bond. Tiene un hueso clavado entre los dientes.

El joven me miró, meditabundo por un instante.

—Creo que iré contigo. No he visto muchos casos de animales pequeños últimamente.

Al bajar por el jardín de aquel refugio de gatos, sentí cierto apuro. Una de las cosas que habían contribuido a mis buenas relaciones con la señora Bond era mi preocupación y ternura por sus animales. Hasta con el más fiero y salvaje, exhibía únicamente amabilidad, paciencia y solicitud, y no es que actuara, sino que me salía con toda naturalidad. Sin embargo, no podía por menos de preguntarme qué pensaría Tristán de mis modales junto al lecho del paciente.

En la puerta, la señora Bond, que había captado rápidamente la situación, ya tenía dos pares de guantes dispuestos. Tristán quedó algo sorprendido al recibir los suyos, pero le dio las gracias con su encanto típico. Todavía se sorprendió más al entrar en la cocina, oler el ambiente cargado y ver las masas de criaturas peludas que ocupaban casi todo el espacio disponible.

—Señor Herriot, lo lamento pero *Boris* es el que tiene el hueso en los dientes —dijo la señora Bond.

—¡*Boris*! —Se me encogió el estómago—. ¿Y cómo demonios voy a agarrarlo?

—¡Oh, soy más lista de lo que cree! —contestó—. He conseguido engañarle con su comida favorita y lo tengo metido en un cesto.

Tristán puso la mano en un cesto de mimbre sobre la mesa.

—¿Aquí? —preguntó con aire casual.

Corrió el cerrojo y abrió la tapa. Por una milésima de segundo la criatura del interior y Tristán se miraron a los ojos; luego, un cuerpo negro y esbelto

salió como una exhalación del cesto, pasó junto a la oreja izquierda del joven y saltó a lo más alto de un aparador.

—¡Dios mío! —exclamó Tristán—. ¿Qué diablos fue eso?

—Eso —dije yo— era *Boris*, y ahora tendremos que capturarlo otra vez.

Subí a una silla, me acerqué a lo alto del aparador y empecé a susurrar «gatito, gatito» con mi tono más cariñoso.

Un minuto después, Tristán, convencido de que tenía una idea mejor, pegó un salto repentino y agarró a *Boris* por la cola. Pero solo un instante, porque el enorme gato se libró de él inmediatamente y empezó a correr en círculos por la habitación, sobre los muebles y objetos, sobre las cortinas, destrozándolo todo a su paso.

Tristán se situó en un punto estratégico y cuando *Boris* pasó como el rayo, lo agarró con uno de los guantes.

—¡Se me escapó el maldito! —gritó indignado—, pero ahí viene otra vez. ¡Toma, condenado! ¡Maldita sea, no puedo pescarlo!

Los dóciles gatos de dentro, asustados por el estruendo de platos y cacharros y por los gritos y manotazos de Tristán, empezaron a dar vueltas a su vez, derribando lo que no había tirado *Boris*. El ruido y la confusión llegaron a impresionar incluso al señor Bond, pues, aunque solo por un instante, alzó la cabeza y miró a su alrededor, sorprendido ante la barahúnda, antes de volver a su periódico.

Tristán, sonrojado por la excitación de la caza, había empezado a divertirse. Me encogí interiormente cuando gritó, feliz:

—¡Envíamelo para acá, Jim! ¡Voy a pillar a ese cabrón a la vuelta siguiente!

No lo pillamos nunca. Tuvimos que confiar en que el huesecito saliera solo, así que aquella visita no constituyó para nosotros un éxito como veterinarios. Pero, cuando nos metíamos otra vez en el coche, Tristán sonreía encantado.

—Fue estupendo, Jim. La verdad es que no sabía que te divirtieras tanto con los gatitos.

En cambio, la señora Bond, en mi visita siguiente, mostrose un tanto enojada por todo el asunto.

—Señor Herriot —dijo—, confío en que jamás volverá a traer a ese joven a mi casa.

Ya estaba otra vez junto a Granville Bennett. De nuevo en aquel quirófano de muros enladrillados, con una lámpara que lanzaba una luz muy potente sobre la cabeza inclinada de mi colega, las enfermeras, las filas de instrumentos y el animalito extendido sobre la mesa.

Hasta última hora de aquella tarde no tenía idea de que me esperaba otra visita a Hartington, pero sonó la campanilla de la entrada cuando terminaba de tomar el té y, al salir al pasillo y al abrir la puerta, vi al coronel Bosworth en el umbral. Llevaba un cesto de mimbre.

—¿Puedo molestarle un segundo, señor Herriot? —preguntó.

Su voz sonaba extraña y le miré inquisitivamente. La mayoría de la gente había de alzar la vista para mirar al coronel Bosworth, con su metro noventa y pico, y su rostro rudo de soldado que tan bien encajaba con las condecoraciones y medallas que obtuviera en la guerra. Yo le veía con frecuencia, no solo cuando venía a la clínica sino también en el campo, donde pasaba la mayor parte de su tiempo cabalgando por los caminos tranquilos de los alrededores de Darrowby, jinete en un gran caballo de caza y con dos terriers trotando tras él. Me gustaba. Era un hombre formidable pero invariablemente cortés, y había una veta de ternura en él que se demostraba en su actitud hacia los animales.

—No es molestia —contesté—. Pase, por favor.

En la sala de espera me tendió el cesto. Sus ojos estaban tensos y había dolor en su rostro.

—Se trata de la pequeña *Maudie* —dijo.

—*Maudie*... ¿la gata negra? —Cuando le había visitado, aquella gatita siempre había estado a la vista, frotándose contra los tobillos del coronel, saltando a sus rodillas y compitiendo con los perros para ganarse su atención—. ¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

—No... no... —Tragó saliva y habló con cierta dificultad—. Ocurre que ha sufrido un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Le arrolló un camión. Nunca sale a la carretera delante de la casa, pero no sé por qué esta tarde lo hizo.

—Comprendo. —Tomé el cesto—. ¿Le pasó una rueda por encima?

—No; es decir, no lo creo, porque volvió a entrar corriendo en la casa.

—¡Ah, bueno! —dije—. Esto no me parece tan grave. No creo que tenga graves heridas.

Hubo una pausa.

—Señor Herriot, ojalá esté en lo cierto, pero es... terrible. ¿Su carita, comprende? Tal vez no haya sido más que un golpe, pero yo... en realidad no sé si vivirá.

—¿Conque la cosa es grave...? Lo siento. De todas formas, entre conmigo y le echaremos una mirada.

Denegó con la cabeza.

—No, si no le importa, prefiero quedarme aquí. Y otra cosa —acarició el cesto por un instante—, si usted opina como yo que no tiene remedio, por favor, duérmala inmediatamente. No debe sufrir más.

Le miré sin comprender por un instante, luego corrí por el pasillo hasta la sala de operaciones. Puse el cesto en la mesa, corrí los cerrojos de madera y levanté la tapa. Vi un cuerpecito negro y esbelto encogido en las profundidades y, al extender la mano hacia la gatita, esta alzó lentamente la cabeza y se volvió hacia mí con un largo gemido de agonía.

No era solo una boca abierta. El maxilar inferior le colgaba por completo, con la mandíbula desgarrada y en pedazos y, al gritar de nuevo, tuve una visión horrible de extremos de hueso que brillaban entre la espuma de sangre y saliva.

Cerré rápidamente el cesto y me apoyé en él.

—¡Oh, Señor! —dije, desconsolado—. ¡Oh, Señor!

Cerré los ojos, pero no pude alejar el recuerdo de aquel rostro grotesco, aquel lamento agónico de dolor, y aquellos ojos llenos de terrible desconcierto, lo peor de todo, lo que hace que sea tan insoportable el sufrimiento de un animal.

Temblando y a toda prisa, busqué en el carrito a mi espalda la botella de Nembutal. Por lo menos esto sí podían hacer los veterinarios: acortar la agonía lo más rápidamente posible. Metí 5 cc en la jeringuilla, más que suficiente. Se dormiría y ya no despertaría de nuevo. Abrí el cesto, metí la mano bajo la gata y clavé la aguja en la piel del abdomen. Lo arreglaría con una inyección intraperitoneal. Pero cuando ya empezaba a bajar el émbolo sentí como si alguien más sereno y menos involucrado en el caso me diera un

golpecito en el hombro diciendo: «Un momento, Herriot, tómatelo con calma. ¿Por qué no lo piensas un poco?».

Me detuve tras haber inyectado 1 cc de Nembutal. Esto bastaría para anestesiarse a *Maudie*. En pocos minutos no sentiría nada. Luego cerré la tapa y empecé a recorrer la habitación. En mi tiempo de práctica había reparado muchas mandíbulas de gatos —parece que tengan tendencia a romperse— y había obtenido gran satisfacción al recomponer fracturas de la sínfisis y observar su curación. Pero esta era distinta.

Pocos minutos después, abrí el cesto, levanté a la gatita profundamente dormida, tan manejable como una muñeca de trapo, y la deposité sobre la mesa.

Abrí aquella boca y exploré con dedos cuidadosos, tratando de reunir todas las piezas del rompecabezas. La sínfisis se había separado por completo y podía unirse con alambre, pero ¿y las ramificaciones de la mandíbula destrozadas a ambos lados? En realidad, había dos fracturas a la izquierda. Algunos dientes habían saltado y otros se movían; no había dónde cogerse. ¿Podríamos retenerlos unidos mediante placas de metal incrustadas en el hueso? Quizá. Pero ¿había alguien con la habilidad y equipo necesarios para hacer este trabajo?... Yo creía conocer a uno.

Examiné cuidadosamente al animal dormido. No le faltaba nada, a excepción de aquella mandíbula que caía patéticamente. Acaricié meditabundo la piel suave y brillante. Era una gatita joven, con muchos años por delante; así que con alivio tomé una decisión repentina y regresé, corriendo por el pasillo, para preguntar al coronel si podía poner a *Maudie* en manos de Granville Bennett.

* * *

Empezaba a nevar copiosamente cuando salí, y me alegré de que el camino a Hartington fuese todo él cuesta abajo. La mayoría de los caminos de la parte más alta de los Valles serían impracticables en una noche semejante.

En el Hospital de Veterinaria observé cómo el gran hombre cortaba, ensamblaba y cosía. No era un trabajo que pudiera hacerse deprisa, pero era notable la rapidez con la que trabajaban aquellos dedos tan gruesos. A pesar de todo, llevábamos casi una hora en el quirófano y la completa absorción de Granville se manifestaba en los largos silencios que solo cortaba el tintineo de los instrumentos, unas órdenes bruscas y, de vez en cuando, un comentario exasperado y repentino. No fueron solo las enfermeras las que hubieron de soportarlo. También yo me había desinfectado y puesto a su servicio y,

cuando no le sostuve la mandíbula exactamente como mi colega deseaba, me lanzó un grito al rostro:

—¡Condenación! ¡Así no, Jim! ¿A qué diablos estás jugando? ¡No, no, no! ¡NO!... ¡Oh, Dios Todopoderoso!

Pero al fin todo quedó terminado y Granville se quitó el gorro esterilizado y se apartó de la mesa con ese aire definitivo que me hizo envidiarle la primera vez. Estaba sudando. Ya en el despacho se lavó las manos, se secó la frente y se puso una chaqueta gris muy elegante de cuyo bolsillo sacó una pipa. No era la misma de la otra vez. Con el tiempo llegué a saber que todas las pipas de Granville no solo eran hermosas sino también grandes, y esta tenía una cazoleta como una taza de café normal. Se la pasó suavemente por la nariz, la pulió con el pañito amarillo que siempre llevaba encima y la sostuvo cariñosamente contra la luz.

—Una veta perfecta, Jim. ¿Soberbia, no?

Con satisfacción le echó tabaco de una bolsa enorme, luego la encendió y soltó una nube de humo perfumado en mi dirección antes de cogerme del brazo.

—Vamos, muchacho, daremos una vuelta por aquí mientras acaban de despejar el quirófano.

Hicimos un recorrido del hospital: salas de espera y consulta, sala de rayos X, dispensario y, naturalmente, la oficina con su impresionante sistema de archivo —incluido el historial de todos los pacientes—, pero lo que más me gustó fue pasar ante la fila de cubículos calientes donde varios animales se recuperaban de la operación.

Granville los señalaba con la pipa al pasar:

—Extirpación de ovarios, enterotomía, hematoma aural, entropión. —De pronto se inclinó repentinamente, introdujo un dedo por el recuadro de alambre y adoptó un tono cariñoso—. Ea, *George*; ea, amiguito, no tengas miedo. ¡Si es el tío Granville!

Un perro con una pata enyesada se acercó cojeando y mi colega le acarició el morro a través de la alambrada.

—Ahí tienes a *George Wills-Fenthan* —dijo como explicación—. El ojito derecho de la vieja *lady Wills-Fenthan*. Una fractura doble muy difícil, pero se va recuperando muy bien. Un poquito tímido este *George*, pero un buen chico cuando ya te conoce, ¿verdad, viejo?

Siguió acariciándolo y, a la débil luz, vi la cola blanca y corta que se agitaba furiosamente.

Maudie estaba echada en el último departamento de recuperación, una figura diminuta y temblorosa. El temblor significaba que estaba saliendo de la anestesia, así que abrí la puerta y tendí la mano hacia ella. Todavía no podía levantar la cabeza, pero me miró y, al acariciarle el lomo, abrió la boca en un débil maullido. Con placer y emoción profundos comprobé que ya tenía en su sitio la mandíbula inferior, que podía abrirla y cerrarla, y que aquella masa colgante de carne y huesos no era más que un mal recuerdo.

—¡Maravilloso, Granville! —murmuré—. Absolutamente maravilloso...

El humo salía triunfal de la noble pipa.

—Sí, no está mal, muchacho. Una semana o dos con alimentación líquida y estará como nueva. No hay problema.

Me incorporé.

—Magnífico. No puedo esperar a decírselo al coronel Bosworth. ¿Puedo llevármela a casa esta noche?

—No, Jim. Esta vez no. Quiero vigilarla personalmente durante un par de días, y luego tal vez el coronel quiera venir él mismo a recogerla. —Me llevó de nuevo a su despacho brillantemente iluminado, y allí me examinó por un instante—. Ya que estás aquí tienes que venir a casa a ver a Zoe —dijo—, pero, si me aceptas una sugerencia, ¿no querrías acompañarme a...?

Di un paso hacia atrás, a toda prisa.

—Pues, verás... en realidad... creo que no —tartamudeé—. Aquella noche disfruté mucho con la visita al club, pero... esta noche no.

—Espera, muchacho, espera —dijo Granville, con toda calma—, ¿quién ha dicho nada del club? Solo pensaba si te gustaría venir conmigo a una reunión.

—¿Reunión?

—Sí. El profesor Milligan ha venido desde Edimburgo para hablar en la Sociedad Veterinaria del Norte sobre trastornos del metabolismo. Pensé que te gustaría.

—¿Te refieres a la fiebre láctea, la acetonemia y todo eso?

—Exacto. Tu trabajo precisamente, hijo.

—Bien, así es... Me pregunto...

Por unos instantes permanecí sumido en mis pensamientos. Uno de ellos era el motivo de que un hombre como Granville, dedicado exclusivamente a los animales pequeños, deseara oír una conferencia sobre las enfermedades de las vacas. Pero tal vez fuera injusto con él; probablemente, quería conservar una visión amplia y liberal de todos los conocimientos de veterinaria.

Por lo visto, mi vacilación era patente, porque insistió de nuevo.

—Me gustaría disfrutar de tu compañía, Jim, y de todas formas te veo muy bien vestido y dispuesto para cualquier cosa. En realidad, cuando entraste esta noche no pude por menos de pensar qué elegante estabas.

En eso tenía razón. Esta vez no había venido corriendo con las ropas de faena. Con el recuerdo de mi última visita todavía muy fresco en la mente, había decidido que, si tenía que ver de nuevo a la encantadora Zoe, estaría: 1.º, correctamente vestido; 2.º, sobrio; y 3.º, sano por completo, en vez de atiborrado de comida y eructando como un toro. Helen, muy de acuerdo en mejorar mi imagen, me había replanchado mi mejor traje.

Granville me pasó la mano por la solapa.

—Un traje de sarga estupenda, si me permites el comentario.

Me decidí.

—De acuerdo, me gustaría acompañarte. Déjame primero que llame a Helen para decirle que volveré un poco más tarde, y luego estaré a tus órdenes.

Fuera seguía nevando. En la ciudad caía la nieve en una cortina húmeda que pronto se perdía en el barro sucio de las calles. Me subí el cuello del abrigo y me hundí profundamente en la tapicería lujosa del Bentley. Pasábamos junto a edificios y tiendas oscuras y yo seguía esperando que Granville se metiera por alguna calle lateral y detuviera el coche, pero, en cuestión de minutos, corríamos ya por los suburbios hacia la carretera del Norte. Aquella reunión, pensé, iba a tener lugar en algún instituto en el campo, de modo que no dije nada hasta que llegamos a Scotch Corner y el gran coche enfiló la vieja carretera romana que llevaba a Bowes.

Estiré los brazos y bostecé.

—A propósito, Granville, ¿dónde se celebra esa reunión?

—En Appleby —contestó mi colega serenamente.

Me enderecé de pronto en el asiento y luego solté una carcajada.

—¿Cuál es el chiste, muchacho? —preguntó Granville.

—¡Vamos! ¿Appleby?... ¡Ja, ja, ja! Dime, ¿a dónde nos dirigimos realmente?

—Ya te lo he dicho, chico, a Las Armas de Pemberton, en Appleby, para ser exactos.

—¿Hablas en serio?

—Naturalmente.

—Pero ¡diablos, Granville, eso está al otro lado de los Peninos!

—Cierto. Siempre ha estado allí.

Me pasé la mano por los cabellos.

—Espera un minuto. Seguramente no vale la pena recorrer sesenta kilómetros con un tiempo así. Jamás cruzaremos el páramo de Bowes, ya lo sabes... En realidad, ayer me dijeron que estaba bloqueado. De todas formas, son casi las ocho... llegaríamos demasiado tarde.

El gran hombre se inclinó hacia mí y me dio un golpecito en la rodilla.

—Deja de preocuparte, Jim. Llegaremos allí y sobrára tiempo. Recuerda que vamos en un verdadero coche. Un poco de nieve no es nada.

Como decidido a demostrar sus palabras hundi6 el pie en el acelerador y el Bentley peg6 un salto sobre la carretera que se extendía recta ante nosotros. Patinamos un poco en el ángulo de Greta Bridge, cruzamos Bowes rugiendo y continuamos subiendo hacia las regiones más altas. Casi no veía a través de la ventanilla. En realidad, en la cumbre del páramo no se veía nada, porque si que era una auténtica nieve del campo: grandes copos secos que pasaban ante los faros y se hundían suavemente, con muchos millones más, en la blanca alfombra ya muy profunda en la carretera. No comprendía que Granville fuera capaz de ver algo —ello sin hablar de su modo de correr— y me espantaba la idea del regreso, al cabo de unas horas, cuando el viento hubiera levantado la nieve sobre la carretera. Pero mantuve la boca cerrada. Cada vez resultaba más patente que, al lado de Granville, yo era como una vieja solterona, así que conservé la calma y empecé a rezar.

Me mantuve en esa tesitura a través de Brough y a lo largo del camino inferior, que ya era más fácil, hasta que bajé del coche con sensación de incredulidad en el patio de Las Armas de Pemberton. Eran las nueve en punto.

Entramos sigilosamente en el fondo del salón y me instalé en la silla, dispuesto a mejorar un poco mi cultura. Un hombre hablaba en el estrado y al principio tuve cierta dificultad para entender el sentido de sus palabras, porque no decía nada referente a las enfermedades de los animales, pero de pronto todo encajó.

—Nos sentimos agradecidos —decía— al profesor Milligan por haber venido aquí y habernos dado una conferencia tan interesante e instructiva. Sé que hablo en nombre de todos cuando digo que hemos disfrutado intensamente, por lo que les ruego que demuestren su apreciación del modo acostumbrado. —Unos minutos de aplausos; luego un estallido de conversaciones y retirar de sillas.

Me volví hacia Granville con gesto de desánimo.

—¡Pero si acaba de darle las gracias! ¡Ha terminado!

—Es cierto, muchacho. —Mi colega no parecía demasiado desilusionado, ni siquiera sorprendido—. Pero ven conmigo... Hay compensaciones.

Nos unimos a la muchedumbre de veterinarios y cruzamos el salón lujosamente alfombrado hasta la habitación inmediata, donde las luces brillaban sobre una fila de mesas cargadas de comida. Entonces reconocí a Bill Warrington, representante de Burroughs Wellcome, y todo quedó claro.

Era una noche patrocinada por los anunciantes de productos y la acción auténtica, en opinión de Granville, empezaba precisamente en aquellos momentos. Entonces recordé que Siegfried me había dicho una vez que a

Granville le dolía mucho perderse cualquiera de estas ocasiones. Aunque fuera el más generoso de los hombres, había algo en la comida y la bebida gratis que le atraía de modo irresistible.

Ahora me dirigía con todo propósito hacia el bar. Pero nuestro progreso era muy lento debido a un fenómeno peculiar en el caso de Granville: todo el mundo parecía conocerle. Desde esa época, he estado con él en restaurantes, tabernas y bailes, y siempre ha ocurrido lo mismo. En realidad, he pensado más de una vez que si lo llevara a visitar alguna tribu perdida en los bosques del Amazonas, uno de los nativos se pondría en pie de un salto y diría: «¡Vaya, hombre, si es el amigo Granville!», y le daría una palmada en la espalda.

Finalmente, consiguió abrirse camino entre sus colegas y llegamos al bar, donde dos hombrecillos morenos con chaqueta blanca estaban ya sobrecargados de trabajo y servían con esa concentración impersonal de los que saben que el *whisky* siempre es la carta de triunfo en las noches de los veterinarios; pero ambos hicieron una pausa y sonrieron cuando la mole de mi colega dominó el mostrador.

—¿Qué tal, señor Bennett? ¿Cómo está usted, señor Bennett?

—Buenas noches, Bob. Encantado de verte, Reg —respondió Granville majestuosamente.

Observé que Bob dejaba la botella de *whisky* corriente y buscaba una de Glenlivet Malt para llenar el vaso de Granville. Este olió el licor apreciativamente.

—Y uno para mi amigo, el señor Herriot —dijo.

La expresión respetuosa de los camareros hizo que me sintiera repentinamente importante y pronto tuve en la mano mi ración de Glenlivet. Hube de tomarlo a toda prisa y seguido de repeticiones rápidas, ya que los camareros procedieron a servirme la misma consumición que a mi compañero.

Seguí luego los pasos solemnes de Granville, que recorría las mesas con el aire del que se halla en su ambiente natural. La firma Burroughs Wellcome se había esmerado en obsequiarnos y tomamos gran variedad de canapés, frivolidades y fiambres. De vez en cuando, volvíamos al bar a por otra ración de Glenlivet y de nuevo a las mesas.

Sabía que había bebido demasiado y que estaba comiendo demasiado. Pero el problema con Granville era que, si uno rechazaba algo, lo tomaba como un insulto personal.

—Prueba uno de estos de gambas —decía, hundiendo los dientes en un *vol-au-vent* de champiñones y, si vacilaba, una mirada apenada aparecía en sus ojos.

Pero me estaba divirtiendo. Los cirujanos veterinarios son las personas con las que más me gusta estar, y disfruté como de costumbre con sus relatos de éxitos y fracasos. Los fracasos, en especial, me resultaban sobremanera consoladores. Cuando cruzaba mi mente el pensamiento de cómo volveríamos a casa, lo apartaba a toda prisa.

Granville no parecía sentir el menor temor, pues no dio señales de partir cuando la reunión empezó a diezmarse; en realidad, fuimos los últimos en irnos, una partida que resultó un tanto ceremoniosa merced al brindis final con Bob y Reg.

Al salir del hotel me encontraba estupendamente, con la cabeza un poco ligera quizá y lamentando que se me hubiera forzado a tomar otro plato de pastel de crema, pero, aparte de ello, en excelente forma. Cuando nos instalamos en el Bentley, Granville se mostró de lo más expansivo.

—¡Una reunión excelente, Jim! Ya te dije que valía la pena el viaje.

Éramos los únicos miembros de la compañía que nos dirigíamos hacia el este, y estábamos solos en la carretera. En realidad, se me ocurrió entonces que no habíamos visto un solo coche en el camino de Appleby y ahora había algo turbador en aquel aislamiento total. La nieve había dejado de caer y una luna brillante lanzaba su luz helada sobre un mundo blanco y desierto. Desierto, es decir, a excepción de nosotros; una soledad recalcada por el estado impoluto y virgen de la alfombra que se extendía ante el coche.

Tenía conciencia de una inquietud que iba creciendo en mí a medida que se alzaba ante nosotros la cresta de los Peninos a la que nos acercábamos y se me antojaba un monstruo blanco.

Pasamos los tejados de Brough, cargados de nieve, y vino luego otra ascensión, con el coche patinando de un lado a otro al tratar de subir las empinadas cuestas con el motor rugiendo. Pensé que me sentiría mejor cuando llegáramos a la cumbre, pero la primera ojeada al camino del páramo de Bowes me contrajo el estómago de terror: kilómetros y kilómetros serpenteaban por la región más desolada de toda la tierra. Incluso a esta distancia se veían los ventisqueros y las dunas de nieve satinadas, hermosas y movedizas, que avanzaban amenazadoras sobre la carretera.

A ambos lados de esta, se extendía un vasto desierto, blanco e interminable, hacia el negro horizonte. No había ni una luz, ni un movimiento, ni una señal de vida en ninguna parte.

La pipa humeaba agresivamente mientras Granville presentaba batalla a los elementos. Atacamos el primer ventisquero: un patinazo, unos segundos de tensión y nos encontramos en el otro lado, corriendo sobre la superficie lisa y brillante. Luego el siguiente, y el siguiente, y el siguiente. Hubo momentos en que creí que íbamos a quedar atascados, pero siempre conseguíamos salir con el motor rugiente y las ruedas girando locamente y despidiendo nieve en todas direcciones. Tenía yo mucha experiencia de conducir sobre caminos nevados y admiraba la pericia de Granville, el cual, sin menguar la velocidad, elegía la parte más estrecha y menos profunda de cada obstrucción para vencerla. Claro que le ayudaba el hecho de que el coche era potente y pesado, pero era un hombre capaz de conducir toda la noche.

Sin embargo, el temor a quedar atascados en aquella extensión vacía iba siendo sustituido gradualmente por otra inquietud. Al salir del hotel iba en exceso cargado de comida y bebida, pero me habría recuperado en pocas horas si se me hubiese tratado con delicadeza. Ahora bien, en el difícil camino hacia Brough las náuseas habían ido en aumento y no podía por menos de recordar con horror aquel cóctel tan exótico, especialidad de Reg, que tuve que catar ante la insistencia de Granville. También me había obligado a hacer pasar el *whisky* a fuerza de cerveza, lo cual, según decía, resultaba esencial para conservar el equilibrio en la toma de líquidos y sólidos. Y aquel pastel de crema final... había sido un error.

Y ahora, más que avanzar a saltos, yo iba de un lado a otro del coche como un guisante en el interior de un tambor, cuando el Bentley patinaba e incluso en ocasiones salía por completo del camino. Pronto empecé a sentirme realmente mal. Y como el que está mareado y al que nada le importa si el barco se hunde o no, perdí todo interés en nuestro viaje, cerré los ojos, afirmé los pies contra el suelo y me entregué a la melancolía más profunda.

Apenas advertí que, después de una eternidad de sacudidas violentas, empezábamos por fin a bajar la colina y cruzábamos Bowes entre rugidos del motor. Después, ya no hubo peligro de tener que pasar la noche en el coche, pero Granville siguió apretando el acelerador y corriendo como un loco sobre el terreno helado, mientras yo me sentía cada vez peor.

Me hubiese encantado pedirle que se detuviera y me permitiera vomitar a gusto al borde de la carretera, pero ¿cómo decírselo a un hombre al que nunca le afectaban los excesos en lo más mínimo y que incluso en aquel momento charlaba volublemente mientras rellenaba la pipa con la mano libre? Por lo visto, las náuseas que yo sentía lanzaban el alcohol a mi corriente sanguínea

porque, para colmo, ni siquiera veía con claridad. Estaba auténticamente mareado y tenía la extraña convicción de que, si intentaba ponerme en pie, me caería de bruces.

Inmerso en estas preocupaciones, advertí que el coche se detenía.

—Entraremos un instante a saludar a Zoe —dijo Granville.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunté, vacilante.

—Que entraremos unos minutos.

Miré a mi alrededor.

—¿Dónde estamos?

Granville se echó a reír.

—En casa, muchacho. Veo una luz, así que Zoe todavía está levantada. Debes entrar y tomar una taza de café.

Me deslicé con dificultad del asiento y quedé apoyado en el coche. Mi colega se dirigió, perfectamente tranquilo, a la puerta y tocó el timbre. Estaba más fresco que una lechuga, pensé con amargura, mientras caminaba tras él. Me apoyaba en la entrada respirando fatigosamente cuando la puerta se abrió y apareció Zoe Bennett, con los ojos brillantes, resplandeciente y tan hermosa como siempre.

—¡Vaya, señor Herriot! —gritó—. ¡Qué alegría verle de nuevo!

Con la boca abierta, el rostro verdoso, el traje arrugado, la miré a los ojos, hipé solemnemente y entré vacilante en la casa.

* * *

A la mañana siguiente, Granville llamó para decirnos que todo iba bien, que *Maudie* ya había tomado un poco de leche. Fue muy amable por su parte el comunicármelo y no quise parecer desagradecido diciéndole que tampoco yo había podido tomar mucho más.

Sucedió que, por una coincidencia, aquella misma mañana hube de hacer una visita bastante lejos y tuve que pasar por el Scotch Corner al regreso. Detuve el coche y me quedé mirando el largo camino cubierto de nieve que se extendía bajo los Peninos. Ponía ya en marcha el motor cuando un hombre de la Asociación de Automóviles se me acercó y me habló por la ventanilla:

—No estará pensando tomar el camino del páramo de Bowes, ¿verdad? —dijo.

—No, no. Solo estaba mirando.

Asintió, satisfecho.

—Me alegro. Ya sabe que está bloqueado. No ha pasado un coche por ahí desde hace dos días.

Nadie esperaba encontrar un personaje más inverosímil en Darrowby que Roland Partridge. El pensamiento acudió a mi mente por centésima vez cuando le vi mirando por la ventana que daba a Trengate, un poco más arriba de nuestra clínica y al otro lado de la calle.

Repiqueaba en el cristal y me hacía señas de que entrara en su casa y, tras las gruesas gafas, los ojos reflejaban preocupación. Esperé y, cuando me abrió la puerta, pasé directamente desde la calle a su sala de estar porque aquellas eran casitas diminutas que solo tenían una cocina en la parte trasera y un pequeño dormitorio arriba, con fachada a la calle. Pero, al entrar, volví a experimentar la sorpresa habitual. Porque la mayoría de los demás ocupantes de aquellas casitas eran trabajadores de las granjas y sus muebles eran ortodoxos; pero aquel lugar era un estudio.

Un caballete de pintor recibía toda la luz de la ventana y los muros se hallaban cubiertos de cuadros desde el techo hasta el suelo. Telas sin enmarcar se amontonaban por todas partes y las sillas, pocas pero muy elegantes, y la mesa con su carga de bibelots de porcelana contribuían a crear un ambiente artístico.

La explicación más simple era, naturalmente, que se trataba de un artista. Pero esto resultaba inverosímil en cuanto se sabía que aquel esteta de mediana edad, con su chaqueta de terciopelo, era hijo de un pequeño granjero, un hombre cuyos antepasados habían trabajado duramente la tierra durante generaciones.

—Dio la casualidad que le vi pasar por aquí, señor Herriot —dijo—. ¿Está muy ocupado?

—No demasiado, señor Partridge. ¿Puedo hacer algo por usted?

Asintió con aire grave.

—Quisiera pedirle que se tomara la molestia de examinar un momentito a *Percy*. Se lo agradecería mucho.

—Naturalmente —contesté—. ¿Dónde está?

Me dirigía ya hacia la cocina cuando oímos una llamada brusca a la puerta e inmediatamente entró a toda prisa Bert Hardisty, el cartero. Era un tipo bastante grosero y dejó caer un paquete sobre la mesa sin ceremonias.

—¡Aquí tienes, Rolie! —gritó, y dio media vuelta para salir.

El señor Partridge miró con dignidad imperturbable la espalda que se retiraba.

—Muchísimas gracias, Bertrand, y buenos días.

Esto era otro detalle. Tanto el cartero como el artista eran de Darrowby, y, por nacimiento y educación, provenían del mismo ambiente social, habían ido a la misma escuela; sin embargo, sus voces eran totalmente distintas. Roland Partridge hablaba, en realidad, con las sílabas precisas y bien moduladas de un abogado en un juicio.

Entramos en la cocina. Aquí era donde preparaba sus comidas de soltero. Cuando murió su padre, hacía muchos años, había vendido la granja inmediatamente. Al parecer, todo el ambiente agrícola repugnaba a su carácter y se dio prisa en alejarse de él. Lo cierto es que obtuvo de la venta el dinero suficiente para dedicarse a lo que en verdad le interesaba, la pintura, y había vivido desde entonces en esta casita humilde resueltamente dedicado a lo suyo. Aquello había sucedido mucho antes de que yo llegara a Darrowby, y sus cabellos largos y lacios eran blancos ahora. Siempre tuve la impresión de que era feliz a su modo, porque no podía imaginar a aquel ser pequeño y exquisito trabajando en un patio de granja, lleno de barro.

Probablemente iba de acuerdo con su carácter el haber permanecido soltero. Había un toque de acetismo en las mejillas flacas y en los ojos de color azul pálido, y tal vez su personalidad reprimida e imperturbable denotara cierta falta de calor. Pero nada de eso podía aplicarse en lo referente a su perro *Percy*.

Amaba a *Percy* con una fiera pasión protectora y, cuando el pequeño animal trotó hacia él, se inclinó para acariciarlo, con el rostro lleno de ternura.

—Me parece muy alegre —dije—. No está enfermo, ¿verdad?

—No... no... —El señor Partridge parecía extrañamente molesto—. Está perfectamente bien, pero quiero que lo mire y vea si observa algo.

Lo miré. Y solo vi lo que viera siempre; el pequeño animal blanco como la nieve y de pelo hirsuto, considerado por los criadores de perros de la localidad y demás conocedores como un mestizo despreciable, y sin embargo uno de mis pacientes favoritos. Partridge, al mirar al escaparate de una tienda de animales domésticos en Brawton, hacía unos cinco años, había sucumbido inmediatamente a los encantos de aquellos ojos sinceros que le miraban desde

una bolita peluda de seis semanas, pagado cinco chelines y llevado a su casa a la criatura. En la tienda le habían descrito a *Percy* con cierta vaguedad como un «terrier», y el señor Partridge había jugado con la idea de cortarle la cola, pero tal fue su cariño que no pudo decidirse a esa mutilación y la cola había seguido creciendo y ahora se curvaba en círculo sobre el lomo.

Para mí la cola equilibrada perfectamente la cabeza, que indudablemente era un poco demasiado grande para el cuerpo, pero Partridge había tenido que sufrir por ello. Sus viejos amigos de Darrowby que, como todos los campesinos, se consideraban expertos en la materia, no escatimaron sus comentarios. Yo los había oído todos. Cuando *Percy* era pequeño, decían: «Ya es hora de que le cortes esa cola, Rolie. Yo lo haré por ti si quieres». Y luego, una y otra vez: «Oye, Rolie, tendrías que haberle cortado la cola cuando era un cachorro. Así parece un perro chiflado».

Cuando le preguntaban a qué raza pertenecía, el señor Partridge siempre contestaba altivamente: «Es un cruce de Sealyham», pero no era tan sencillo. El cuerpo pequeño con su pelo hirsuto y abundante, la cabeza grande y noble de orejas altas y siempre tiesas, las patas cortas y aquella cola, lo convertían en una mezcla desconcertante.

Los amigos de Partridge seguían mostrándose implacables y llamaban a *Percy* «un perro ratonero», y aunque el artista acogía las bromas con una sonrisa, yo comprendía que le dolían profundamente. Tenía muy buena opinión de mí, basada únicamente en el hecho de que, la primera vez que viera a *Percy*, había exclamado espontáneamente: «¡Qué perrito tan lindo!», y como nunca he sido un fanático en lo que respecta a las razas caninas, lo había dicho con toda sinceridad.

—Pero ¿qué le pasa, señor Partridge? —pregunté—. No veo nada raro.

De nuevo pareció inquieto el hombrecillo.

—Bueno, verá, obsérvelo cuando cruce la habitación. Vamos, *Percy*, pequeño...

Se apartó de mí y el perro le siguió.

—No... no comprendo realmente qué quiere decir.

—Observe de nuevo. —Se apartó otra vez—. Es su... su... trasero.

Me puse en cuclillas.

—¡Ah, ahora caigo! Sí, un momento. ¿Quiere cogerlo?

Me acerqué para examinarle.

—Ya lo veo. Uno de los testículos está algo hinchado.

—Sí... sí... eso es. —El rostro del señor Partridge se había puesto escarlata—. Eso es... lo que yo pensaba.

—Sujételo mientras lo examino. —Alcé el escroto y lo palpé suavemente —. Sí, el izquierdo está muy agrandado, y más duro también.

—¿Es... algo grave?

Hice una pausa.

—No, yo no diría eso. Los tumores de los testículos no son raros en los perros y, por fortuna, no tienen tendencia a la metástasis; no se extienden por el cuerpo con facilidad. Así que yo no me preocuparía mucho.

Añadí esto a toda prisa porque, a la mención de la palabra «tumor», el color había desaparecido de su rostro de modo alarmante.

—¿Es un tumor entonces? —tartamudeó.

—Sí, pero los hay de todas clases y muchos son benignos. De modo que no se preocupe; pero, por favor, siga vigiéndolo. Tal vez continúe creciendo; ahora bien, si es así debe decírmelo inmediatamente.

—Comprendo. ¿Y... si crece?

—Entonces, lo indicado sería extirparle el testículo.

—¿Una operación?

El pobrecillo me miró y, por un momento, creí que iba a desmayarse.

—Sí, pero no es grave. En realidad, es algo muy sencillo.

Me incliné y volví a palpar el tumor. Era muy ligero. Al otro extremo, *Percy* profería un leve quejido musical y continuo. Sonreí. Siempre hacía eso cuando le tomaba la temperatura, le cortaba las uñas, cualquier cosa. Una queja constante y que nada significaba. Yo lo conocía lo suficiente como para saber que no había maldad en él; simplemente, afirmaba su virilidad y me recordaba que era valiente. Y no era presunción porque, aunque pequeño, *Percy* era un perro orgulloso y peleador, de mucho carácter.

Después de salir de la casa me volví y vi al señor Partridge que seguía en pie en la puerta y mirándome. Abría y cerraba las manos con nerviosismo.

Ya de vuelta a la clínica, parte de mi ser continuaba en aquel extraño estudio. Tenía que admirar al señor Partridge por hacer exactamente lo que deseaba, ya que en Darrowby nadie le concedería el menor crédito por ello. Un buen jinete o jugador de críquet sería reverenciado en la ciudad, pero un artista... jamás. Ni siquiera en el caso de que llegase a ser famoso, y Partridge no lo sería nunca. Algunas personas le compraban cuadros, pero indudablemente no podría ganarse la vida con ello. Yo tenía un cuadro suyo en el salón-dormitorio, y, en mi opinión, era un artista bien dotado. En realidad, le habría comprado algunos más de no ser por el hecho de que rehuía definitivamente el tema de los valles de Yorkshire que a mí más me gustaban.

Si yo hubiera sido capaz de pintar, me habría gustado reflejar en mis cuadros los muros de piedra que ascendían por todas partes sobre las laderas de las colinas. Hubiese intentado captar la magia de los incontables páramos vacíos, las cañas temblorosas en las orillas de los charcos oscuros. Pero Partridge prefería los asuntos delicados: unos sauces junto a un puente rústico, las iglesias de los pueblos, las casitas cubiertas de rosas...

* * *

Como *Percy* era nuestro vecino, lo veía casi a diario, ya desde nuestro salón-dormitorio en la parte alta de la casa, ya desde la clínica de la planta baja. Su amo lo sacaba a hacer ejercicio con celo y regularidad, y era muy frecuente ver al artista paseando por el otro lado de la calle con el animalito que trotaba orgullosamente junto a él. Pero a esa distancia resultaba imposible ver si el tumor progresaba y, como nada supiera del señor Partridge, supuse que todo iba bien. Quizás hubiera dejado de crecer. Sucedió a veces.

El mantener una vigilancia estrecha del perrito me traía a la memoria otros incidentes relacionados con él, en especial la frecuencia con la que se veía metido en peleas. No es que *Percy* las empezara nunca —con sus veinticinco centímetros de altura no era tan idiota como para eso—, pero a veces los perros grandes, al divisar su figurita elegante, se sentían inclinados a perseguirlo. Presencié alguno de esos ataques desde nuestras ventanas y cada vez sucedió lo mismo: un lío de patas, un ladrido, un gruñido, y luego el perro grande se retiraba sangrando.

Percy jamás quedaba marcado —su pelaje hirsuto le prestaba una buena protección— pero siempre conseguía morder por debajo. Había tenido que remendar a varios callejeros, luchadores de la localidad, después de que *Percy* terminara con ellos.

Habrían pasado unas seis semanas cuando Partridge acudió a mí de nuevo. Parecía tenso.

—Me gustaría que le echaras otra ojeada a *Percy*, señor Herriot.

Subí al perro a la mesa de la clínica y no necesité un examen muy profundo.

—Me temo que ha crecido mucho.

Ahora le miraba a él, al otro lado de la mesa.

—Sí, lo sé. —Vaciló—. ¿Qué sugiere?

—No hay la menor duda de que habrá de sufrir una operación. Hay que extirparle esto.

El horror y la desesperación brillaban detrás de las gruesas gafas.

—¡Una operación! —exclamó, y tuvo que apoyarse en la mesa con ambas manos—. No puedo soportar la idea. ¡Es que no puedo ni pensarlo!

Procuré tranquilizarle.

—Comprendo cómo se siente, pero, sinceramente, no hay nada que temer. Como le dije antes, es un procedimiento muy sencillo.

—¡Oh, lo sé, lo sé! —gimió—. Pero no quiero que él... que se le corte el... ¿me entiende? Solo con pensar en ello...

Y no pude convencerle. Se mantuvo firme y salió muy resuelto de la clínica con su animalito. Le vi cruzar la calle hasta su casa y comprendí que se estaba buscando muchas preocupaciones. Sin embargo, ni yo mismo sabía todo lo que había de ocurrir.

Porque aquello llegó a ser una especie de martirio.

Y no creo que «martirio» sea una palabra demasiado fuerte para lo que tuvo que sufrir el señor Partridge durante las semanas siguientes, porque, con el paso del tiempo, aquel testículo fue haciéndose cada vez más enorme y, debido a la cola enroscada hacia arriba, resultaba lamentablemente notorio.

La gente solía volverse y mirar cuando hombre y perro paseaban por la calle, *Percy* caminando valientemente, y su amo mirando rígidamente hacia delante y simulando a la perfección que no advertía nada raro. Confieso que me dolía verlos y consideraba muy difícil de soportar el espectáculo de la desfiguración del perrito tan elegante.

El barniz superior de Partridge le había hecho siempre blanco natural para ciertas bromas que él aguantaba estoicamente, pero el hecho de que ahora se refirieran a su perrito le dolía en el alma.

Una tarde me lo trajo a la clínica y vi que el pobre venía casi llorando. Examiné con tristeza aquel órgano tan molesto a la vista, que ya medía casi quince centímetros de longitud: grueso, colgante, indudablemente ridículo.

—¿Sabe, señor Herriot? —me dijo el artista—. Unos chicos escribieron con tiza en mi ventana: «Pasen a ver al famoso perro del colgante». Acabo de borrarlo.

Me froté la barbilla.

—Bueno, es un chiste muy antiguo, señor Partridge. Yo no me preocuparía por eso.

—¡Pero yo sí! No puedo ni dormir tranquilo.

—¡Por el amor de Dios! Entonces, ¿por qué no me permite que le opere? Yo podría arreglarlo.

—¡No, no! ¡Imposible! —Agitó la cabeza violentamente; era la misma estampa del dolor al mirarme—. Tengo miedo, eso es. Tengo miedo de que muera bajo la anestesia.

—¡Oh, vamos! Es un animalito fuerte. No hay razón en absoluto para esos temores.

—Pero hay un riesgo, ¿no?

Le miré impotente.

—Bien, si hemos de ser sinceros, siempre hay algún riesgo en toda operación; pero, francamente, en este caso...

—No. Basta. ¡No quiero volver a oír hablar de ello! —estalló y, cogiendo a *Percy*, se marchó.

Las cosas fueron de mal en peor a partir de entonces. El tumor seguía creciendo y resultaba fácilmente visible desde mi observatorio en la ventana de la clínica, ya que el perro pasaba por el otro lado de la calle. Comprobé también que las miraditas y burlas empezaban a influir en el señor Partridge. Sus mejillas se habían hundido, y habían desaparecido sus buenos colores.

Pero no volví a cruzar la palabra con él hasta un día de mercado, varias semanas después. Era a primera hora de la tarde, la hora en que los granjeros solían venir a pagar sus cuentas. Acompañaba a uno de ellos hasta la puerta cuando vi a *Percy* y su amo que salían de la casa. Inmediatamente observé que el animalito tenía ahora que torcer ligeramente una pata para librarse de aquella obstrucción.

En un impulso Salí e hice una señal al señor Partridge.

—Mire —dije en cuanto se me acercó—, tiene que dejarme que se lo quite. Ahora le impide incluso andar... camina cojeando. No puede continuar así.

El artista nada dijo, pero me miró con ojos agobiados. Seguíamos allí en silencio cuando Bill Dalton dio la vuelta a la esquina y se acercó a los escalones de la casa con el talonario de cheques en la mano. Bill era un robusto granjero que se pasaba la mayor parte del día de mercado en el bar El Cisne Negro, y le precedía una marea casi palpable de olor a cerveza.

—Hola, Rolie, muchacho, ¿cómo estás? —gritó, dándole un golpe, violento en la espalda.

—Muy bien, William, gracias. ¿Y qué tal estás tú?

Pero este no le contestó. Sus ojos se habían clavado en *Percy* que daba unos pasos por la acera. Lo observó intensamente durante unos segundos, y luego, reprimiendo una risita, se volvió hacia Partridge con expresión seria y burlona a la vez.

—¿Sabes, Rolie? —dijo—. Ese perro tuyo me recuerda al joven de Devizes, cuyas pelotas eran de tamaño distinto. Una era tan chiquita que no valía nada, pero la otra ganó varios premios...

Y acabó con una risotada que fue haciéndose cada vez más estruendosa hasta que el granjero se apoyó, agotado, contra la verja de hierro.

Por un momento creí que Partridge iba a pegarle. Miró furioso a aquel hombre, con la boca y la barbilla temblando de rabia. Luego pareció dominarse y se volvió a mí.

—¿Puedo hablar con usted, señor Herriot?

—Desde luego.

Me alejé unos metros con él por la calle.

—Tiene razón —dijo—, *Percy* habrá de sufrir esa operación. ¿Cuándo puede hacerla?

—Mañana —contesté—. No le dé nada de comer y tráigamelo a las dos de la tarde.

* * *

Con gran alivio tuve al perrito tendido sobre la mesa al día siguiente. Actuando Tristán de anestesista, extirpé rápidamente el enorme testículo y profundicé en el cordón espermático, con el fin de asegurarme que no quedaba tejido infectado. Lo que me preocupaba era si el escroto había sido atacado también por el tumor, debido al largo retraso en la operación. Esto puede llevar a una recidiva y, mientras cortaba cuidadosamente las partes afectadas de la pared del escroto, maldecía la morosidad de Partridge. Puse el último punto y crucé los dedos deseando suerte al perrito.

El pobre hombre estaba tan loco de alegría al ver vivo a su animalito después de mis esfuerzos y libre de aquella excrescencia horrible, que no quise amargarle el día exponiéndole mis dudas, pero yo no estaba contento del todo. Si el tumor se presentaba de nuevo, no estaba muy seguro de lo que podría hacer.

Pero mientras tanto disfruté también la parte que me correspondía de la vuelta de mi paciente a la normalidad. Sentía una oleada cálida de satisfacción al verle caminar tan ágil como siempre y libre de la desfiguración que tanto amargara la vida de su amo. De vez en cuando, le seguía como por casualidad a lo largo de la calle Trengate hacia la plaza del mercado sin decir nada al señor Partridge, pero lanzando miradas agudas a la región bajo la cola.

Mientras tanto, había enviado el órgano extirpado al departamento de patología de la Escuela de Veterinaria de Glasgow, el cual nos comunicó que se trataba de un «tumor celular Sertoli». Añadieron también el informe consolador de que un tumor de ese tipo era generalmente benigno y que la metástasis en los órganos internos solo ocurría en un porcentaje muy pequeño de los casos. Tal vez sus palabras me dieron una seguridad excesiva, pero el

caso es que dejé de seguir a *Percy* y, en realidad, con la entrada constante de nuevos casos, se me olvidó aquella preocupación.

Por lo tanto, cuando el señor Partridge lo trajo de nuevo a la clínica, pensé que se trataba de otra cosa y, al subirlo a la mesa y volverlo para mostrarme el trasero, le miré sin comprender por unos instantes. Pero me incliné ansiosamente en cuanto advertí la hinchazón desmesurada en el lado izquierdo del escroto. Palpé rápidamente con el inevitable acompañamiento de gemidos y gruñidos por parte de *Percy*, y no hubo duda al respecto: el tumor crecía de nuevo. Y aquello era grave además, porque tenía un aspecto muy desagradable y enrojecido y era indudablemente doloroso; un tumor activo y peligroso, si alguna vez he visto uno.

—Se ha desarrollado rápidamente, ¿verdad?

—Sí, ya lo creo. —Partridge asintió—. Lo he visto crecer por días.

Teníamos un buen problema. Era inútil tratar de extirpar todo aquello; una masa grande y difusa, sin límites precisos. No hubiera sabido por dónde empezar. De todas formas, solo el hecho de tocarlo sería lo que se necesitaba para que se extendiera por los órganos internos, y eso acabaría con *Percy*.

—Esta vez es peor, ¿verdad?

Me miró y tragué saliva con dificultad.

—Sí... Me temo que sí.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto?

Trataba de hallar el modo más suave de decirle que no, cuando recordé algo que había leído en el *Informe del Veterinario* una semana antes. Se trataba de una nueva droga, el Stilboestrol, que acababa de salir y que se suponía útil para la terapia hormonal en los animales, pero sobre todo recordaba unas líneas en letra pequeña que decían que había tenido efecto en el cáncer de próstata de los hombres. Me pregunté...

—Hay algo que me gustaría probar —dije, animado de pronto—. No puedo garantizar nada, naturalmente, porque es un remedio nuevo. Pero vamos a ver si conseguimos algo con una o dos semanas de tratamiento.

—¡Oh, bien, bien! —suspiró el señor Partridge, aferrándose con gratitud a aquel salvavidas.

Llamé a la firma May y Baker e inmediatamente me enviaron el Stilboestrol.

Inyecté a *Percy* 10 miligramos de la suspensión oleosa y receté tablas de 10 miligramos, una al día. Dosis muy grandes para un perro pequeño, pero, en una situación desesperada, las creí justificadas. Luego me senté a esperar.

Durante una semana poco más o menos, el tumor siguió creciendo y a punto estuve de detener el tratamiento. Luego hubo un periodo de varios días en los que era imposible estar seguro, y al fin, con gran alivio, comprobé que ya no había duda: aquello no seguía desarrollándose. No iba a lanzar el sombrero al aire y comprendía que aún podía suceder cualquier cosa, pero había conseguido algo con el tratamiento: detener el progreso fatal.

El paso del artista volvió a ser brioso cuando le veía en su paseo diario y apenas la horrible excrescencia empezó realmente a disminuir, tomó la costumbre de hacer un saludo en dirección a la ventana de la clínica y señalar, feliz, al animalito que trotaba a su lado.

¡Pobre señor Partridge! Estaba en la cresta de la ola, sí, pero le aguardaba la segunda fase de su martirio, más curiosa todavía.

Al principio, ni yo mismo ni nadie más comprendimos lo que ocurría. Lo que advertimos fue que de pronto parecía haber muchos perros en Trengate, perros que generalmente no veíamos, perros de otras partes de la ciudad, grandes y pequeños, mestizos y aristócratas, todos ellos agrupados, al parecer sin propósito. Luego nos dimos cuenta de que existía un foco de atracción: la casa del señor Partridge.

Y una mañana, mientras los miraba desde la ventana del dormitorio, se hizo la luz en mi cerebro. Iban en busca de *Percy*. Por alguna razón, había adquirido los atributos de una perra en celo. Bajé corriendo las escaleras y tomé el libro de patología. Sí, allí estaba. El tumor celular Sertoli hacía que, a veces, los perros resultaran atractivos para los otros machos. Pero ¿por qué había de suceder ahora, cuando el tumor se reducía, y no cuando estaba en su punto más álgido? ¿Sería acaso el Stilboestrol? Se decía que la nueva droga tenía efectos afeminadores, pero ¡seguramente no hasta ese punto!

De cualquier modo, y fuera cual fuese la causa, persistía el hecho indudable de que *Percy* estaba sitiado y, cuando corrió el rumor entre los perros, aquella jauría aumentó con los de las granjas vecinas, con un gran danés que había hecho todo el viaje desde Houlton y con *Magnus*, el pequeño pachón de las Armas de Drovers. La cola empezaba a formarse casi con la primera luz del día y, alrededor de las diez, había una caterva de perros que casi bloqueaba la calle. Aparte de los de la localidad, cualquier animal que llegara se unía al grupo y, sin importar la raza o tamaño, era bien acogido en el club y pasaba a ser uno más en aquel conjunto de expresiones estúpidas, lenguas caídas y colas en constante movimiento, porque, por extraños que fueran entre ellos, todos estaban felizmente unidos en la camaradería ruidosa e indecente de la lujuria.

El nerviosismo del señor Partridge debía ser casi intolerable. En ocasiones veía sus gruesas gafas que miraban amenazadoras a la jauría desde la ventana, pero casi siempre permanecía en el interior de la casa trabajando serenamente ante el caballete, como olvidado del hecho de que cada una de las criaturas del exterior acariciaba propósitos malvados con respecto a su tesoro.

Solo contadas veces perdió el control. Yo presencié una de esas ocasiones, en la que salió corriendo a la calle agitando un bastón y observé cómo caía de sus hombros el barniz de la educación y cómo resonaban sus gritos con el más puro acento del Yorkshire:

—¡Fuera, malditos cabrones! ¡Fuera de aquí!

Podía haberse ahorrado energías, porque la jauría se diseminó solo por unos segundos antes de tomar posiciones de nuevo.

Lo sentía mucho por el pobrecillo, pero nada podía hacer al respecto. La impresión que dominaba en mí era el alivio al ver que el tumor se reducía, pero había de admitir una cierta fascinación morbosa ante los sucesos que ocurrían al otro lado de la calle.

Los paseos de *Percy* estaban erizados de peligros. El señor Partridge siempre se armaba con el bastón antes de aventurarse fuera de la casa, y sujetaba al animal con una laja muy corta; pero sus precauciones de nada valían ante la marea canina que le desbordaba. Aquellos seres embrutecidos y locos de pasión saltaban sobre el animalito, el artista les golpeaba en el lomo soltando gritos, y el desfile humillante continuaba generalmente por toda la plaza del mercado con gran diversión de los habitantes.

A la hora del almuerzo, la mayoría de los perros se tomaban un descanso, y al llegar la noche se iban a casa a dormir, pero había un pequeño spaniel castaño que, con devoción ciega, jamás dejaba su puesto. Creo que pasó como unas dos semanas sin comer porque se redujo prácticamente a un esqueleto, y supongo que habría muerto si Helen no le hubiera echado algún trozo de carne al verlo acurrucado y tembloroso ante la puerta, en la fría oscuridad del atardecer. Sé que pasaba allí toda la noche porque, de vez en cuando, me despertaba un aullido débil de madrugada, y entonces deducía que el señor Partridge lo había alcanzado con algún proyectil desde la ventana de su dormitorio. Pero eso no suponía diferencia alguna: el perro continuaba su vigilancia.

No sé cómo hubiera podido sobrevivir Partridge de haber continuado indefinidamente aquel estado de cosas. Creo que hubiera perdido la razón. Pero, afortunadamente, empezamos a ver indicios de que la pesadilla estaba a punto de terminar. La jauría fue reduciéndose a medida que mejoraba el

estado de *Percy*, y un buen día incluso el pequeño spaniel color castaño abandonó de mala gana su puesto y se volvió a su hogar desconocido.

Ese fue el día en que tuve a *Percy* sobre la mesa por última vez. Sentí una satisfacción indecible al pasar entre los dedos un pliegue de piel de escroto.

—Ya no hay nada aquí ahora, señor Partridge. Ni un endurecimiento siquiera. Nada.

El hombrecillo asintió.

—Sí, es un milagro, ¿verdad? Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho. He estado terriblemente preocupado.

—Puedo imaginármelo. Ha pasado una mala racha. Pero yo estoy tan complacido como usted mismo... Una de las cosas más satisfactorias en la práctica es tener éxito con un experimento.

Sin embargo, en los años siguientes, cuando observaba a perro y amo pasar ante nuestra ventana, el señor Partridge recuperada ya toda su dignidad, *Percy* tan aseado y orgulloso como siempre, me pregunté con frecuencia sobre aquel extraño interludio.

¿Fue el Stilboestrol lo que redujo el tumor o este se curó solo? Y aquellos sucesos extraordinarios, ¿fueron originados por el tratamiento, por la enfermedad, o por ambas cosas?

Nunca he podido estar plenamente seguro de la respuesta, pero sí feliz con los resultados. Aquel tumor desagradable no apareció más... ni tampoco todos aquellos perros.

Toda visita profesional se inicia con una llamada, una petición por parte del cliente, que puede adoptar diversas formas...

* * *

—Joe Bentley al habla —dijo la figura en la puerta de la clínica.

Era una extraña manera de dirigirse a mí, más extraña todavía por el hecho de que Joe sostenía el puño apretado junto a la mandíbula y miraba con ojos vacuos por encima de mi cabeza.

—¡Hola! ¡Hola! —continuó Joe como si hablara al espacio, y de pronto lo comprendí.

Era un teléfono imaginario lo que sostenía y estaba haciendo todo lo posible por comunicarse con el veterinario; y no lo hacía tan mal si tenemos en cuenta las innumerables jarras de cerveza que llevaba en el estómago.

Los días de mercado, las tabernas estaban abiertas desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, y Joe era uno de aquellos hombres —cuya raza se ha extinguido ya— que aprovechaban la oportunidad de beber hasta quedar inconscientes. El granjero moderno tal vez tome unas cuantas copas en día de mercado, pero aquel trasiego sin moderación es raro ahora.

En Darrowby, tal costumbre era privilegio de un grupo de personajes muy rudos, todos ellos de edad proveya, de modo que incluso entonces estaba ya en vías de desaparición. Pero no era raro que, cuando venían a pagar la cuenta, se apoyaran impotentes contra el muro de la clínica y nos presentaran los talonarios de cheques sin decir palabra. Algunos acudían a caballo y aquel chiste tan antiguo de que el caballo era el que los llevaba a casa podía aplicárseles repetidamente. Había un granjero, ya viejo, que tenía un coche de enorme potencia solo para conseguir llegar a casa porque, aun cuando metiera la cuarta por equivocación al dejarse caer en el asiento del volante, el vehículo todavía arrancaba. Otros ni siquiera volvían a casa en día de

mercado; se pasaban la noche cantando y jugando a las cartas hasta el amanecer.

Al mirar a Joe Bentley, vacilante sobre los escalones de la entrada, me pregunté cuál sería su programa para el resto de la tarde. Cerró los ojos, levantó el puño hacia el rostro y habló de nuevo.

—¡Hola! ¿Quién habla? —preguntó con voz afectada.

—Herriot al habla —contesté. Indudablemente, Joe no trataba de ser gracioso. Solo se sentía un poco confuso. No me costaba nada cooperar con él —. ¿Qué tal está, señor Bentley?

—Bien, gracias —contestó solemnemente, con los ojos aún cerrados—. ¿Y usted? ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Y ahora, ¿en qué puedo servirle?

Esto pareció desconcertarle temporalmente, porque guardó silencio unos instantes, abriendo los ojos de vez en cuando, y miró sobre mi hombro izquierdo con gran concentración. De pronto, recordó algo; cerró los ojos de nuevo, se aclaró la garganta y volvió a hablar:

—¿Quiere venir a mi casa? Tengo una vaca que necesita una limpieza.

—¿Quiere que vaya esta noche?

Lo meditó seriamente, apretando los labios y rascándose la oreja con la mano libre antes de contestar.

—No, mañana será mejor. Adiós y gracias.

Colocó el teléfono fantasma con todo cuidado en la horquilla, dio media vuelta y bajó por la calle con gran dignidad casi no vacilaba al andar y había cierto propósito en sus pasos que me convenció de que se dirigía de nuevo a El Oso Rojo. Por un momento pensé que iba a caerse ante la pescadería de Johnson, pero, cuando dio la vuelta a la esquina y estuvo en la plaza del mercado, caminaba tan bien que estuve seguro de que lo conseguiría.

* * *

Y recuerdo al señor Biggins, de pie junto a la mesa de nuestro despacho, con las manos hundidas en los bolsillos y adelantando la barbilla con su terquedad habitual.

—Tengo una vaca que gruñe y refunfuña un poco.

—Muy bien, le echaremos una mirada.

Busqué la pluma para inscribir la visita en el libro, pero él movió los pies, inquieto.

—Bueno, no sé. A lo mejor no está tan mala después de todo.

—Como usted diga.

—No, lo que diga usted. Usted es el veterinario.

—Es un poco difícil —contesté—; al fin y al cabo, no la he visto. Quizá sea mejor que le haga una visita.

—Sí, claro, eso está muy bien, pero son muchos gastos. Diez chelines cada vez que vienen a mi casa, y eso antes de empezar. Aparte todas las medicinas y todo lo demás.

—Sí, lo comprendo, señor Biggins. Bien, ¿quiere usted que le dé algo para la vaca? ¿Una lata de polvos estomacales, por ejemplo?

—¿Cómo sabe que es el estómago?

—Bueno, no lo sé exactamente...

—Podría ser otra cosa.

—Muy cierto, pero...

—Es una vaca estupenda esa —dijo con cierta agresividad—. Pagué cincuenta libras por ella en el mercado de Skarburn.

—Sí, estoy seguro de que es muy buena. En consecuencia, creo que realmente se merece una visita. Podría ir esta tarde.

Hubo un largo silencio.

—Sí, pero no sería tan solo una visita, ¿verdad? Volvería al día siguiente, y a lo mejor al otro, y antes de darnos cuenta ya tendríamos una factura así de larga.

—Lo siento, señor Biggins; todo está muy caro estos días.

—Sí, ya lo creo —asintió vigorosamente—. A veces sería más barato regalarles la vaca.

—Bueno, no tanto... Pero comprendo su preocupación.

Me dediqué a pensar un ratito.

—¿Qué le parece si le damos algo para la fiebre, aparte de los polvos para el estómago? Eso sería todavía más conveniente.

Me lanzó una mirada vacua.

—Pero todavía no estaría seguro, ¿verdad?

—No, no del todo...

—También podría haberse tragado un alambre.

—Cierto, muy cierto.

—Y en este caso de nada serviría hacerle tragar unas medicinas, ¿no?

—De nada, tiene usted razón.

—Yo no quiero perder esa vaca, ya lo sabe —estalló con truculencia—. ¡No puedo permitírmelo!

—Lo comprendo, señor Biggins. Por eso creo que debería verla..., ya se lo sugerí, recuerde.

No contestó inmediatamente y solo la tensión en su mirada y cierto temblor en una mejilla traicionaban la lucha interior que le destrozaba. Cuando al fin habló, su voz fue un graznido ronco.

—Sí, bien, tal vez fuera mejor..., pero... podríamos esperar hasta mañana y ver cómo sigue entonces.

—Una idea magnífica. —Sonreí aliviado—. Usted le echa una mirada a primera hora de la mañana y me llama antes de las nueve si no está mejor.

Mis palabras parecieron agudizar su melancolía.

—Pero ¿y si no llega hasta mañana?

—Hombre, existe ese riesgo, por supuesto...

—No serviría de nada llamarle si está muerta, ¿verdad?

—Naturalmente.

—A quien habría de llamar sería a Mallock, el desguazador, ¿no?

—Eso me temo, sí...

—Bien, ¿y de qué iban a servirme los cinco pavos que me daría Mallock por una buena vaca?

—Ejem... claro. Comprendo lo que siente.

—Y yo tengo muy buena opinión de esa vaca.

—Estoy seguro de ello.

—Sería una gran pérdida para mí.

—Por supuesto.

El señor Biggins cuadró los hombros y me miró, beligerante.

—Bien, entonces, ¿qué va a hacer al respecto?

—Veamos. —Me pasé los dedos por los cabellos—. Quizá podría esperar hasta esta noche y ver si se recupera, y si no está bien, por ejemplo a las ocho, me lo dice y yo voy.

—Vendría entonces, ¿verdad? —inquirió lentamente, estrechando los ojos.

Le lancé una sonrisa brillante.

—Eso es.

—¡Ah, pero la última vez que vino por la noche me cobró extra, estoy seguro!

—Probablemente —dije, extendiendo las manos—; es lo corriente en la práctica.

—Así que estamos peor que antes, ¿no?

—Si lo mira de ese modo..., supongo que sí.

—Yo no soy rico, ya lo sabe.

—Comprendo.

—Me lleva mi tiempo pagar las facturas corrientes, sin extras.

—¡Oh, estoy seguro!

—Así que es una mala idea.

—Me parece que... sí.

Me retrepé en la silla, sintiéndome repentinamente cansado.

Biggins me miró suplicante, pero yo no me iba a dejar atrapar con un nuevo gambito. Respondí con otra mirada que juzgué neutral, confiando en que con ello captara el mensaje de que estaba dispuesto a aceptar sus sugerencias, pero que no iba a hacer ninguna más.

El silencio que cayó entonces sobre la habitación adquirió visos de eternidad. Al final de la calle, el reloj de la iglesia dio el cuarto; más allá, en la plaza del mercado, ladró un perro. La señorita Dobson, la hija del verdulero, pasó en bicicleta y a toda velocidad ante la ventana, pero no se oía una palabra.

Era indudable que Biggins, que se mordía el labio inferior, se miraba los zapatos, alzaba luego la vista hacia mí y se miraba los zapatos de nuevo; había llegado al fin de sus recursos, así que me decidí a tomar la iniciativa.

—Señor Biggins —dije—. He de ponerme en camino. Tengo muchas llamadas y una de ellas está a kilómetro y medio de su granja, de modo que veré a su vaca a las tres en punto.

Me levanté para indicar que la entrevista había terminado, pero el granjero me lanzó una mirada de desesperación. Tuve la impresión de que se había resignado a un empate duradero, y que mi ataque repentino le había cogido por sorpresa. Abrió la boca como si fuera a hablar, luego cambió de opinión al parecer, y dio la vuelta para irse. Ya en la puerta se detuvo, alzó la mano y me miró suplicante por un segundo; luego hundió la barbilla en el pecho y salió de la habitación.

Le observé por la ventana y, al cruzar la calle, aún se detuvo indeciso en el centro de la calzada, murmurando para sí y mirando la clínica, y llegué a temer que le atropellara un coche en tal estado. Pero al fin cuadró los hombros y desapareció lentamente de la vista.

* * *

Y otras veces, tampoco resulta fácil hacerse una idea clara por teléfono...

—Aquí Bob Fryer.

—Buenos días. Aquí, Herriot.

—Verá, una de mis cerdas está mala.

—Bien, ¿qué le ocurre?

Una risita bronca.

—¡Ah, eso es lo que quiero que *usted* me diga a *mí*!

—Comprendo.

—No le llamaría si supiera lo que tiene, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja, ja!

El hecho de que ya había oído este chiste unas dos mil veces me impedía participar en la diversión, pero conseguí responder con una risita falsa.

—Perfectamente cierto, señor Fryer. Bien, ¿para qué me ha llamado?

—Maldita sea, ya se lo he dicho; para averiguar qué le pasa a mi cerda.

—Sí, eso lo comprendo, pero me gustaría saber más detalles. ¿A qué se refiere al decir que está mala?

—Bueno, está un poco rara.

—De acuerdo, pero ¿no puede decirme nada más?

Una pausa.

—Está como mustia.

—¿Algo más?

—No, no... pero está bastante mal.

Me dediqué a pensar unos momentos.

—¿Hace algo raro?

—¿Raro? ¿Raro? Oiga, ¿cree que estamos hablando de una loca? Le digo que no es cosa de risa.

—Bien..., hum..., permítame que le hable claro. ¿Para qué me ha llamado?

—Le he llamado porque usted es el veterinario. Ese es su trabajo, ¿no?

Lo intenté de nuevo.

—Me ayudaría mucho si supiera qué he de llevar. ¿Cuáles son sus síntomas?

—¿Síntomas? Bueno, ha perdido color, algo así.

—Sí, pero ¿qué hace?

—No hace nada. Eso es lo que me preocupa.

—Veamos. —Me rasqué la cabeza—. ¿Está muy enferma?

—Supongo que no está en buena forma.

—¿Diría usted que es algo urgente?

Una larga pausa.

—Solo regular. Es que no quiere unirse a los otros cerdos.

—Sí..., sí... ¿y cuánto tiempo lleva así?

—¡Oh, algún tiempo!

—Pero ¿cuánto exactamente?

—Mucho tiempo.

—Pero, señor Fryer, quiero saber cuándo se iniciaron esos síntomas.
¿Cuánto tiempo hace que la ve de ese modo?

—Pues... desde que la compré.

—¿Y cuándo fue eso?

—Bueno, cuando compré a las otras...

Siempre me gustaba tener un estudiante con nosotros. Estos jóvenes habían de cursar por lo menos seis meses de prácticas a lo largo de su carrera en la Escuela, de modo que se pasaban la mayor parte de las vacaciones trabajando con un veterinario.

Nosotros, naturalmente, teníamos ya nuestro propio estudiante y residente, que era Tristán, pero él figuraba en una categoría distinta; a Tristán no había que enseñarle nada, parecía saberlo todo y absorber los conocimientos sin esfuerzos aparentes ni casi demostrar interés. Si uno se hacía acompañar por Tristán para ver un caso en una granja, solía pasarse el tiempo sentado en el coche, leyendo el *Daily Mirror* y fumando Woodbines.

Entre los demás había toda clase de tipos —algunos del campo, otros de la ciudad, unos torpones, otros inteligentísimos—, pero, como digo, me gustaba que estuviesen con nosotros.

En primer lugar, y antes de tener a Sam, resultaban una compañía agradable en el coche. Gran parte de la vida de un veterinario rural transcurre en esos paseos solitarios, y era un alivio poder hablar con alguien. También era maravilloso disponer de alguien que me abriera las puertas de las vallas. Para llegar a las granjas más alejadas había que ir a lo largo de caminos cortados por vallas (una que me aterraba siempre, tenía ocho en el camino) y juzgo imposible la tarea de explicar la impresión de delicia que me producía ver saltar a otro del asiento para abrírmelas.

Y había también un placer adicional: el de hacer preguntas a los estudiantes. Mi época de estudios y exámenes estaba aún fresca en mi memoria, y además tenía la enorme experiencia de casi tres años de práctica. Experimentaba una sensación de importancia al dejar caer preguntitas casuales acerca de los casos y observar que los muchachos se encogían de temor como yo lo había hecho hacía tan poco tiempo. Supongo que incluso en aquellos primeros días ya me estaba creando una especie de plan para mi vida futura; si saberlo siquiera, iba adquiriendo esa costumbre de repetir mis propias preguntas favoritas, como hacen casi todos los examinadores, y

muchos años más tarde oí que un joven le decía a otro: «¿Te ha preguntado ya las causas de los ataques en los terneros? No te preocupes, pues lo hará». Eso me hizo sentir repentinamente viejo, pero hallé la compensación en otra ocasión semejante, cuando un exestudiante recién graduado se me acercó corriendo y me invitó a «toda la cerveza que pudiera beber».

—¿Sabe lo que me preguntaron en el oral definitivo? ¡Las causas de los ataques en los terneros! ¡Por Dios, que le dejé patitieso!... Tuvo que rogarme que dejara de hablar.

Los estudiantes eran útiles también en otros sentidos. Corrían a sacar las cosas del maletero del coche, tiraban de la cuerda en los partos, eran mis ayudantes en las operaciones, escuchaban mis preocupaciones y dudas, y no es exagerado decir que, durante sus breves visitas, revolucionaban mi vida.

De modo que, aquel día de Pascua, me hallaba esperando a uno de ellos en el andén de Darrowby con alegre expectación. Este muchacho venía recomendado por uno de los oficiales del ministerio.

—Realmente, un chico de primera clase. Está acabando la carrera en Londres... Ha conseguido en varias ocasiones la medalla de oro. Ha hecho prácticas en la ciudad y pensé que debía echar una mirada al auténtico ambiente rural. Le dije que le telefonearía a usted. Se llama Richard Carmody.

Habíamos tenido estudiantes de veterinaria en gran variedad de formas y tamaños, pero había unos cuantos rasgos comunes en la mayoría de ellos y siempre que esperaba a uno tenía una imagen mental de un chico de rostro ansioso, con chaqueta de *tweed*, pantalones arrugados y cargado con una mochila. Solían saltar al andén en cuanto el tren menguaba la marcha. Pero esta vez no hubo señales de vida inmediata y el mozo había empezado ya a cargar una serie de cajas de huevos en la camioneta de reparto, antes de que se abriera la puerta de uno de los compartimentos y una figura alta descendiera sin prisas.

Sentí ciertas dudas en cuanto a su identidad, pero él pareció identificarme a primera vista. Se acercó, extendió la mano y me miró con serenidad.

—¿El señor Herriot?

—Sí..., sí..., soy yo.

—Me llamo Carmody.

—¡Ah! ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

Nos dimos la mano y admiré un magnífico traje Príncipe de Gales, el sombrero de *tweed*, los zapatos brillantes y la maleta de piel de cerdo. Era un estudiante muy superior, en realidad un joven bastante impresionante. Como

un par de años más joven que yo, pero con aire de madurez en la forma de cuadrar los hombros amplios y seguridad en sí mismo en el rostro firme y de buenos colores.

Le encaminé a través del puente hacia la salida de la estación. No llegó a alzar las cejas al ver mi coche, pero sí lanzó una mirada fría al vehículo manchado de barro, al parabrisas roto y a los neumáticos desgastados, y cuando le abrí la portezuela creí por un segundo que iba a limpiar el asiento antes de ocuparlo.

En la clínica se lo enseñé todo. No era más que el ayudante, pero me sentía orgulloso de nuestro marco modesto y la mayoría de los estudiantes quedaban impresionados en su primera visita. Pero Carmody dijo: «Hum...» en el pequeño quirófano, «ya veo» en el dispensario, y «ya» ante el armario de instrumentos. En el almacén se sintió más locuaz. Extendió la mano y cogió un paquete de nuestra amada Adrevan, medicina para las lombrices de los caballos.

—Todavía siguen usando esto, ¿eh? —inquirió con una sonrisita.

No llegó a expresar éxtasis, pero dio señales de aprobación cuando le saqué por el ventanal practicable al jardín alargado y de muros elevados, donde los narcisos brillaban entre la hierba mal cuidada y la vistaria trepaba sobre los viejos ladrillos de la casa de estilo georgiano. En el patio empedrado, al pie del jardín, alzó la vista hacia las cornejas refugiadas en los olmos impresionantes y miró unos momentos a través de los árboles hacia las laderas desnudas de las montañas, en las que aún se veían las huellas blancas del invierno.

—Encantador —murmuró—, encantador.

Me alegré al acompañarle a su alojamiento esa noche. Comprendía que necesitaba tiempo para ajustar mis pensamientos.

Cuando empezamos a la mañana siguiente, vi que había abandonado su traje elegante, pero seguía muy bien vestido con una chaqueta y pantalones de franela.

—¿No tiene ropas de trabajo?

—Tengo esto —contestó, indicándome un par de botas de goma muy brillantes en el asiento posterior del coche.

—Sí, pero yo me refería a un delantal o un guardapolvo de alguna clase. Hay trabajos muy sucios.

Sonrió con indulgencia.

—Oh, estoy seguro de que todo irá bien. Ya he estado en las granjas, ¿sabe?

Me encogí de hombros y así lo dejamos.

Nuestra primera visita fue a un ternero cojo. El animalito iba caminando por el establo levantando una pata delantera y con el aire de sentirse muy desdichado. La rodilla estaba visiblemente hinchada y, al palparla, creí descubrir cierta dureza en el fluido interior, como si hubiera flóculos de pus en ella. La temperatura era de 40 grados.

Miré al granjero.

—Una articulación enferma. Probablemente, contrajo una infección por el ombligo en cuanto nació y se le ha fijado en la rodilla. Habrá que cuidarlo, porque pueden ser afectados órganos internos como el hígado y los pulmones. Le daré una inyección y le dejaré algunas tabletas.

Salí al coche y, cuando volví, Carmody estaba inclinado sobre el ternero tanteando la rodilla hinchada e inspeccionando el ombligo muy de cerca. Le di la inyección y nos fuimos.

—¿Sabe? —dijo Carmody cuando salíamos del patio en el coche—. Eso no es una articulación enferma.

—¿No?

Yo estaba atónito. No me importa que los estudiantes discutan los pros y los contras de mis diagnósticos mientras no lo hagan delante del granjero, pero jamás había oído a uno que me dijera tan claramente que estaba equivocado. Tomé nota mentalmente de mantenerlo apartado de Siegfried; una observación como esa y mi jefe lo arrojaría del coche sin vacilar, por grande que fuera.

—¿Qué opina usted entonces? —le pregunté.

—Bien, solo había una articulación afectada, y el ombligo estaba perfectamente seco. Ni dolor ni hinchazón allí. Yo diría que, simplemente, se torció la rodilla.

—Tal vez tenga razón, pero ¿no le parece que la temperatura era un poco alta para una torcedura?

Carmody gruñó y agitó la cabeza ligeramente. Al parecer, no tenía dudas.

En el curso de nuestras visitas siguientes surgieron unas cuantas vallas de piedra y Carmody bajó del coche y abrió las puertas como un estudiante corriente, pero también con cierta elegancia calmosa. Al observar su figura alta al alejarse, la cabeza muy erguida, su sombrero tan correcto y en el ángulo adecuado, tuve que admitir de nuevo que tenía mucha prestancia. Notable para su edad.

Poco antes del almuerzo, vi una vaca. El granjero me había dicho por teléfono que tal vez tuviera tuberculosis.

—Ha estado perdiendo desde el parto, jefe. No quiere comer y será mejor que le eche una mirada, de todos modos.

En cuanto entré en el establo, supe cuál era el problema. Contaba yo con el beneficio de una nariz extraordinariamente sensible y nada más entrar me asaltó el suave olor dulzón de la acetona. Siempre me había dado cierto placer infantil el poder decir repentinamente, en medio de un test de tuberculina: «Hay una vaca por aquí que parió hace unas tres semanas y que no va demasiado bien», y ver que el granjero se rascaba la cabeza y me preguntaba desconcertado cómo lo sabía.

Aquel día tuve otro pequeño triunfo.

—Empezó a rechazar la comida primero, ¿no? —El granjero asintió—. Y ha perdido peso a toda prisa desde entonces, ¿verdad?

—Eso es —dijo el granjero—. Jamás he visto una vaca que enflaqueciera tan deprisa.

—Bien, puede dejar de preocuparse, señor Smith. No tiene tuberculosis. Tiene fiebre tardía y podremos curársela.

«Fiebre tardía» es el término local para la acetonemia y el granjero sonrió aliviado.

—¡Maldita sea, me alegro! Creí que el animal acabaría convertido en carne para perros. Casi llamé a Mallock esta mañana.

No disponía entonces de los esteroides que utilizamos hoy en día, pero le inyecté seis onzas de glucosa y 100 unidades de insulina por vía intravenosa; era uno de mis remedios favoritos, que tal vez haga reír a los veterinarios modernos. Pero el caso es que resultaba. La vaca, de ojos mortecinos y muy flaca, estaba demasiado débil para luchar cuando el granjero la sujetó por el morro.

Al terminar pasé la mano sobre los huesos salientes, prácticamente cubiertos por la piel.

—Pronto engordará de nuevo —dije—, pero ordéñela solo una vez al día; eso es la mitad de la batalla. Y si aún no da resultado, deje de ordeñarla del todo durante dos o tres días.

—Sí, supongo que por ahí pierde todo lo que cubriría los huesos.

—Exactamente, señor Smith.

Carmody no parecía apreciar demasiado este intercambio de sabiduría casera y se removía impaciente. Capté la indirecta y me dirigí al coche.

—¡Vendré a verla dentro de un par de días! —grité cuando nos alejábamos, y saludé con un ademán a la señora Smith, que nos contemplaba desde la puerta de la granja.

Carmody, sin embargo, se quitó el sombrero con gravedad y lo sostuvo unos centímetros sobre la cabeza hasta que hubimos salido del patio, lo que era definitivamente mejor. Yo le había visto hacerlo en todos los lugares que visitábamos y resultaba un gesto tan elegante que ya jugaba yo con la idea de empezar a llevar sombrero solo con objeto de probarlo.

Miré de reojo a mi compañero. Casi habíamos dado fin a toda una mañana de trabajo y aún no le había hecho una sola pregunta. Me aclaré la garganta.

—A propósito, hablando de esa vaca que acabamos de ver, ¿puede decirme algo sobre las causas de la acetona?

Carmody me miró impasible.

—En realidad no acabo de decidir qué teoría resulta más acertada. Steves afirma que obedece a la oxidación incompleta de los ácidos grasos, Sjollem se inclina más bien hacia una intoxicación del hígado, y Jansen lo atribuye a uno de los centros del sistema nervioso autónomo. Mi propia opinión es que, si pudiésemos señalar con precisión la razón exacta de la producción de ácido diacético y el ácido beta —oxibutírico en el metabolismo estaríamos en buen camino para comprender el problema. ¿No está de acuerdo conmigo?

Cerré la boca, que se me había quedado abierta.

—¡Oh, sí, claro!..., es ese, oxi..., ese beta-oxi..., sí, eso es lo que es, indudablemente.

Me hundí en el asiento y decidí no hacerle más preguntas y, a medida que los muros de piedra pasaban junto a las ventanillas, me enfrenté a la convicción, cada vez más patente, de que llevaba a un ser superior a mi lado. Era deprimente tener que aceptar el hecho de que no solo era alto, guapo y muy seguro de sí mismo, sino inteligente también. Además, pensé con amargura, tenía todo el aspecto de ser rico.

Enfilamos la última curva de una vereda y llegamos a un grupo de edificios de piedra. Era la última visita antes del almuerzo y la puerta que conducía al patio estaba cerrada.

—Bien, podríamos acabar con esta —murmuré—. ¿Le importa?

El estudiante se apeó del coche, soltó el pestillo y empezó a abrir la puerta. Y lo hacía tal como lo había hecho todo hasta entonces: fríamente, sin prisa, con gracia natural. Al pasar frente al coche, le estudiaba yo de nuevo, maravillándome cada vez más ante su estilo y su compostura genial, cuando, surgiendo de la nada al parecer, un perro de raza indefinida se deslizó tras él, hundió los dientes con rabia en el trasero de Carmody y desapareció de la vista.

Ni siquiera la dignidad más férrea puede sobrevivir al hecho de verse mordido rabiosamente y sin previo aviso en el trasero. Carmody soltó un chillido, dio un salto en el aire sujetándose la nalga herida, y luego se izó a la parte superior de la verja con la agilidad de un mono. Agazapándose sobre el barroto superior, con su elegante sombrerito caído sobre un ojo, lanzó a su alrededor una mirada furiosa.

—¿Qué diablos...? —aulló—. ¿Qué diablos...?

—Está bien —dije corriendo hacia él y resistiendo la tentación de echarme al suelo y retorcerme de risa—. No fue más que un perro.

—¿Perro? ¿Qué perro? ¿Dónde?

Los gritos de Carmody iban alzándose en una nota histérica.

—Se ha largado; ha desaparecido. Solo le vi un par de segundos. Y, efectivamente, al mirar a mi alrededor, resultaba difícil creer que aquel fantasma pendenciero hubiera existido en realidad.

Carmody se hizo rogar un poco para abandonar su refugio en la parte superior de la puerta, y cuando al fin bajó a tierra firme cojeaba y decidió sentarse en el coche en vez de acompañarme a la visita. Cuando vi el desgarrón en el fondillo de los pantalones no pude culparle porque no se arriesgara a un nuevo ataque. De ser otro estudiante, le hubiera dicho que se bajara los pantalones para ponerle un poco de yodo, pero en este caso, y por la razón que fuera, no me decidí a hacerlo. Le dejé sentado en el coche.

Carmody apareció para la ronda de la tarde, ya recuperado el aplomo por completo. Se había cambiado los pantalones y se sentaba un poco de lado en el coche, pero aparte de eso, como si jamás hubiera sucedido el episodio del coche. En realidad, apenas nos habíamos puesto en camino, se dirigió a mí con cierta arrogancia:

—Mire, no voy a aprender mucho si me limito a observar cómo lo hace usted. ¿No cree que podría encargarme de las inyecciones y cosas así? Quiero tener una experiencia auténtica, y con los animales.

No contesté de momento y mantuve la vista fija en la red de rayitas del parabrisas. Era difícil explicarle que yo todavía estaba intentando establecerme entre los granjeros, y que algunos tenían ciertas dudas sobre mi capacidad. Al fin me volví para mirarle.

—De acuerdo. Yo haré el diagnóstico, pero, siempre que sea posible, usted actuará a partir de ahí.

Pronto pudo entrar en acción. Decidí que una inyección de antisuero E coli resultaría beneficiosa para una lechigada de cerditos de diez semanas y entregué a Carmody la jeringuilla. Cuando se metió con decisión entre los animalitos pensé con melancólica satisfacción que, aunque tal vez no estuviera yo tan al corriente como él de toda la letra pequeña de los libros de texto, sí tenía más experiencia para no meterme a perseguir a los cerdos hasta el extremo más sucio de la cochiguera con el fin de agarrarlos. Porque, ante la persecución de Carmody, aquellas criaturas chillonas saltaron de su lecho de paja y cargaron en grupo hacia un charco de orina junto al muro más lejano. Y, cuando el estudiante les agarró por las patas traseras, los cerditos empezaron a rascar la porquería con las delanteras, lanzándosela sobre él en una ducha constante. Al fin consiguió inyectarlos a todos, pero su traje impecable era una pura mancha maloliente y tuve que bajar la ventanilla del coche para poder tolerar su presencia.

La visita siguiente fue a una granja de tierras de labor en la región baja, y uno de los pocos lugares donde aún se aferraban a los caballos. Las cuadras

tenían varias casillas en uso con los nombres de los caballos sobre el muro: *Boxer, Capitán, Bobby, Tommy*, y las yeguas *Bonny y Daisy*. *Tommy*, el viejo caballo de tiro, era al que veníamos a ver, y su problema era una «estrangulación».

Tommy era viejo amigo mío, pues solía ser o bien víctima del cólico o del estreñimiento, y yo me preguntaba con frecuencia si allá en el interior de sus tripas no habría algún foco escondido de fecolitis. De todas formas, seis gramos de Istin en un par de litros de agua le restauraban siempre a un estado normal, así que empecé a agitar automáticamente el polvo amarillo en una botella de purgas. Mientras tanto, el granjero y su ayudante dieron la vuelta al caballo en la casilla, le pasaron una cuerda por la muserola, la lanzaron por encima de una viga del techo y le levantaron la cabeza.

Entregué la botella a Carmody y di un paso atrás. El estudiante alzó la vista y vaciló. *Tommy* era un caballo grande y la cabeza, muy estirada hacia arriba, quedaba fuera de su alcance, pero el trabajo acercó en silencio una silla vieja de cocina y Carmody se subió a ella. Se balanceaba precariamente.

Observé con interés. Los caballos son siempre difíciles de juzgar y a *Tommy* no le gustaba el Istin, aunque le sentara bien. En mi última visita pude darme cuenta de que el muy pillo había descubierto el truco de retener la mezcla amarga en el fondo de la garganta en vez de tragarla. Yo me las había arreglado para engañarlo, tocándole bajo la barbilla justo en el instante en que él acariciaba la idea de toser y escupirlo todo, y *Tommy* había tenido que tragársela con aire ofendido. Pero la cuestión se estaba convirtiendo en una batalla de ingenio.

En realidad, Carmody no tuvo ni una oportunidad. Comenzó bastante bien, sujetando la lengua del caballo y metiéndole la botella hasta detrás de los dientes, pero *Tommy* le venció sin esfuerzo inclinando la cabeza y dejando que el líquido cayera por la comisura contraria.

—¡Se le sale por el otro lado, joven! —gritó el granjero con cierta aspereza.

El estudiante pegó un respingo e intentó dirigir el líquido hacia la garganta, pero *Tommy* le había catalogado inmediatamente como aficionado, y ahora estaba al frente de la situación. Haciendo girar la lengua con destreza y mediante una serie de tosecitas y bufidos siguió librándose de la mayor parte de la medicina, y yo sentí lastima a la vista de Carmody balanceándose en aquella silla vacilante mientras el líquido amarillo caía en cascada sobre sus ropas.

Al final, el granjero señaló la botella vacía.

—Bien, supongo que habrá tomado *algo* —murmuró amargamente.

Carmody le miró impassible por un momento, se sacudió de la manga la parte de la solución de Istin, y salió del establo.

En la granja siguiente, confieso que me sorprendió hallar en mí cierta veta de sadismo. El propietario, que criaba cerdos Large White, de noble pedigree, se disponía a exportar una cerda al extranjero y había de someterla a varios tests, incluida una muestra de sangre para un análisis de brucelosis. Extraerle unos cuantos centímetros cúbicos de sangre de la vena de la oreja a un cerdo que se niega a cooperar es un trabajo que hace sudar a la mayoría de los veterinarios y, desde luego, exigirle a un estudiante que lo hiciera era jugar sucio, pero el recuerdo de su petición expuesta con tanta frialdad y confianza al principio de la tarde había encallecido mi conciencia. Le entregué, pues, la jeringuilla sin remordimiento.

El porquerizo metió un gancho en la boca de la cerda, afirmándolo en el morro y más atrás en los caninos. Esta forma tan común de sujetarlos no es dolorosa, pero la cerda era uno de esos bichos a los que no les gusta que lo toquen. Era un animal enorme y, en cuanto sintió la cuerda, abrió la boca en un alarido prolongado de resentimiento. El volumen era increíble, y lo mantenía sin el menor esfuerzo, sin necesidad siquiera de detenerse a respirar. A partir de ese momento, la conversación fue totalmente imposible y, bajo el estruendo aterrador, me limité a observar cómo ponía Carmody un torniquete elástico en la base de la oreja, limpiaba la superficie con alcohol y luego buscaba con la aguja el pequeño vaso sanguíneo. Nada sucedió. Lo intentó otra vez, pero la jeringuilla seguía obstinadamente vacía. Hizo unos cuantos intentos más, y luego, como la cabeza amenazaba con estallarme, salí del establo en busca de la paz del patio.

Di un paseo tranquilo por el exterior de las porquerizas, deteniéndome unos minutos a contemplar el panorama desde el extremo más lejano, donde el chillido se oía relativamente débil. Cuando volví al establo, el alarido me hirió de nuevo como si fuera un taladro mecánico y Carmody, sudando y con los ojos saltones, alzó la vista de la oreja que seguía pinchando en vano. Entonces juzgué que ya habíamos sufrido bastante. Mediante signos, indiqué al estudiante que me gustaría probar y, por pura suerte, al primer intento un chorro de sangre llenó la jeringuilla. Hice señas al porquerizo para que retirara la cuerda y, en cuanto lo hizo, la cerda dejó de chillar como por arte de magia y empezó a husmear en la paja con toda tranquilidad.

—No hay nada demasiado interesante en la próxima visita —dije, procurando evitar una nota de triunfo en la voz al salir de allí en el coche—;

solo un toro castrado con un tumor en la mandíbula. Pero es un rebaño interesante..., todos Galloway, y estos que vamos a ver han pasado el invierno fuera. Son los animales más fuertes del distrito.

Carmody asintió. Nada de cuanto dijera parecía despertar el menor entusiasmo en él. Este rebaño de animales sin domar siempre tenía cierta fascinación para mí, pues mis relaciones con ellos estaban teñidas de cierto grado de inseguridad, ya que a veces se les podía agarrar para examinarlos, y otras veces no.

Cuando nos acercábamos a la granja, vi un grupo de unos treinta toros que bajaban por la ladera de la colina, a nuestra derecha. Los granjeros los hacían pasar a través de arbustos y grupos de árboles, hacia el lugar donde los muros de piedra se reunían en una V irregular en la parte anterior.

Uno de ellos me saludó:

—Vamos a intentar sujetarlo con una cuerda ahí en el ángulo, mientras esté entre sus compañeros. Es un mal bicho; jamás conseguiría acercarse a él en el campo.

Después de muchos gritos, gestos y corridas entre los toros, finalmente consiguieron acorralarlos en el rincón, donde se reunieron en un montón denso e inquieto, las cabezas negras y peludas alzándose entre el vapor que se elevaba de sus cuerpos.

—¡Ahí está! ¡Mire lo que tiene en la cara!

Un hombre me señalaba una bestia enorme en medio del grupo, y empezaba a abrirse camino hacia ella. Mi admiración por el granjero de Yorkshire subió varios grados mientras le veía avanzar entre aquellos animales que empujaban y pateaban.

—Cuando le pase la cuerda por la cabeza, tendrán ustedes que cogerle por el otro lado; un hombre solo no lo conseguirá nunca —explicó, mientras luchaba por seguir adelante.

Indudablemente era un experto porque, en cuanto lo tuvo a su alcance, dejó caer el cabestro sobre la cabeza del animal con gran habilidad.

—¡Ya está! —gritó—. Échenme una mano. ¡Ya lo tenemos!

Pero, mientras hablaba, la bestia soltó un mugido impresionante e inició la carga. El hombre lanzó un grito de desesperación y desapareció entre los cuerpos peludos. La cuerda saltó en el aire, lejos del alcance de todos. Excepto de Carmody. Cuando el toro pasó corriendo junto a él, cogió el extremo de la cuerda en un puro acto reflejo y se aferró a ella.

Observé fascinado a hombre y bestia corriendo por el campo. Se alejaban de nosotros ladera arriba, el toro con la cabeza baja, las patas como pistones y

cargando como un caballo de carreras; el estudiante también a toda velocidad, pero muy tieso, las dos manos en la cuerda ante él, la misma estampa de la resolución.

Los trabajadores y yo éramos simples espectadores impotentes y guardamos un silencio sepulcral cuando la bestia viró de pronto a la izquierda y desapareció detrás de un grupo de árboles bajos. Solo estuvo unos instantes fuera de la vista, pero cuando reapareció iba todavía más rápido que antes, saltando sobre la hierba como un rayo negro. Aunque parezca mentira, Carmody seguía al extremo de la cuerda y muy tieso todavía, pero sus zancadas habían aumentado a un extremo imposible, hasta parecer que tocaba la tierra cada siete metros poco más o menos.

Me maravillaba su tenacidad, pero era obvio que el final estaba cerca. Dio unos cuantos pasos más, vacilante y agotado, y luego cayó de bruces. Pero no soltó la cuerda. El toro, a mayor velocidad que nunca, volvía ahora hacia nosotros arrastrando la forma inerte sin esfuerzo y pegué un respingo al ver que se dirigía en línea recta hacia unos montones de estiércol de vaca.

En el momento en que Carmody patinaba, cara al suelo, sobre el montón de porquería, fue cuando empecé a apreciarle. Y cuando tuvo al fin que soltar la cuerda y quedó por un instante inmóvil sobre la hierba, corrí a ayudarlo. Me dio las gracias secamente y luego miró con serenidad al otro extremo del campo, donde había una visión que les es familiar a todos los veterinarios: el paciente que desaparecía de la vista en el horizonte más lejano.

Estaba prácticamente irreconocible. Ropas y rostro estaban manchados de suciedad a no ser en los puntos e que los goterones amarillos del Istien, resaltaban como pintura de guerra; olía de un modo abominable, había sido mordido en el trasero, nada le había salido bien en todo el día, y sin embargo parecía curiosamente invencible. Sonreí para mis adentros. A aquel chicho no se le podía juzgar por unas normas vulgares; yo sabía reconocer la semilla de la grandeza cuando la veía.

* * *

Carmody se quedó con nosotros dos semanas y, a partir de ese primer día, ya no me llevé tan mal con él. Naturalmente, no era la misma relación que con los otros estudiantes, pues siempre había una barrera de reserva. Pasaba mucho tiempo quemándose las cejas ante el microscopio y examinando pruebas de sangre, tiras de piel, cuajos de leche, etc, y al término de cada jornada había obtenido una gran cantidad de muestras de los casos que viera. Venía a beber cortésmente una cerveza conmigo tras la última visita al

atardecer, pero con él no surgían los comentarios chistosos sobre los sucesos del día, como con los demás jóvenes. Siempre tenía la impresión de que él hubiese preferido estar tomando notas en su libreta y trabajando en sus descubrimientos.

Pero no me importaba. Me resultaba interesante estar en contacto con una mente realmente científica. Estaba muy lejos de ser el tradicional empollón; era un intelecto frío y superior, y resultaba remunerador observarle en pleno trabajo.

Pasaron más de veinte años sin que viera a Carmody. Leí su nombre en el *Informe* cuando se graduó con las mejores notas; luego desapareció en el gran mundo de la investigación durante algún tiempo, para surgir con un PH. D., doctorado en Filosofía, y a través de los años siguió obteniendo títulos y cualificaciones. Un artículo ininteligible aparecía de vez en cuando en las revistas profesionales con su nombre al pie, y cuando se leían documentos científicos era corriente hallar referencias a lo que el doctor Carmody dijera sobre el tema.

Volví a verle cuando se celebró un banquete en su honor. Era una celebridad internacional, cargado de honores. Desde donde estaba, sentado en el extremo más lejano de una de las mesas laterales, oí su discurso magistral con sensación de ineludibilidad: el amplio dominio del tema, la exposición brillante..., yo ya lo había previsto todo hacía muchos años.

Después, cuando habíamos dejado las mesas, circuló entre nosotros y yo miré con enorme respeto la figura majestuosa que se aproximaba. Carmody siempre había sido un hombre corpulento, pero ahora, con el traje de etiqueta sobre los anchos hombros y la pechera brillante y blanca de la camisa rematando el abdomen ya en curva, resultaba casi impresionante. Al pasar, se detuvo y me miró.

—Herriot, ¿verdad?

Aquel rostro hermoso y de buenos colores seguía dando la impresión de poder y serenidad.

—Sí, sí. Encantado de verle de nuevo.

Nos dimos la mano.

—¿Y qué tal la práctica en Darrowby?

—¡Oh, como siempre! —contesté—. A veces demasiado ocupado. Me encantaría contar con un ayudante, si le apetece algún día.

Carmody asintió, muy serio.

—Me gustaría mucho. Sería magnífico para mí.

Estaba a punto de continuar su camino, cuando se detuvo.

—Tal vez quiera llamarme si hay que pinchar a un cerdo.

Por un momento nos miramos a los ojos y vi que una llamita iluminaba brevemente aquel azul helado. Luego se marchó.

Mientras contemplaba la espalda que se retiraba, una mano me cogió del brazo. Era Brian Millar, un simple y desconocido veterinario rural como yo.

—Vamos, Jim, te invito a una copa —dijo.

Entramos en el bar y pidió dos cervezas.

—Ese Carmody... —dijo Brian—. El hombre tiene un cerebro impresionante, pero, por Dios, que es un tipo frío.

Tomé un sorbo de cerveza y miré pensativamente la copa unos segundos.

—Bueno, no lo sé —contesté—. Desde luego, da esa impresión, pero en realidad Carmody es estupendo.

A ningún veterinario le gusta que le hagan la tarea más difícil y, mientras trabajaba en el interior de aquella oveja, me dominó una oleada creciente de irritación.

—Mire, señor Kitson —dije, malhumorado—, debía haberme llamado antes. ¿Cuánto tiempo lleva intentando ayudar a parir a esta oveja?

El hombre gruñó y se encogió de hombros.

—Oh, un rato..., no mucho.

—¿Media hora? ¿Una hora?

—¡No, no! Solo unos minutos.

Los ojos de Kitson me miraban, tristes, sobre su nariz puntiaguda. Era su expresión habitual; en realidad, nunca le había visto sonreír y la idea de que una risa turbara alguna vez aquellas mejillas colgantes era inconcebible.

Apreté los dientes y decidí no volver a hablar al respecto, pero sabía que se necesitaban más de unos minutos para causar aquella hinchazón del muro vaginal, aquella sequedad como de papel de lija de las criaturas del interior. Y era una presentación bastante sencilla: gemelos grandes, uno anterior y el otro posterior, pero, naturalmente y como sucede tan a menudo, las patas posteriores de uno estaban junto a la cabeza del otro, dando la impresión de que pertenecían al mismo cordero. Me hubiese gustado apostar a que Kitson llevaba horas luchando allí dentro con sus manazas ásperas, en un intento terco de sacar cabeza y patas juntas.

Si yo hubiera estado allí desde el principio, habría sido un trabajo de pocos minutos, pero en cambio ahora no tenía un centímetro de espacio para tratar de dar la vuelta al animal con un dedo (en vez de hacerlo con toda la mano) y así no íbamos a ninguna parte.

Afortunadamente, el granjero de estos días no suele jugarnos ese truco. Lo normal es oírles decir: «No, lo tanteé rápidamente y vi que no era un trabajo para mí» o, como dijo un granjero el otro día: «Dos hombres contra una oveja no está bien», y creo que eso lo expresa a la perfección.

Pero el señor Kitson pertenecía a la vieja escuela. Se negaba a llamar al veterinario hasta haberlo intentado él por todos los medios, y cuando al fin había de recurrir a nuestros servicios, normalmente se mostraba insatisfecho con el resultado.

—Es inútil —dije, retirando la mano y metiéndola rápidamente en el cubo—. Habrá que hacer algo para remediar esa sequedad.

Crucé a lo largo del viejo establo convertido en casillas temporales para que parieran las ovejas, y saqué un tubo de crema lubricante del maletero del coche. Al entrar de nuevo, oí un ruidito débil a mi izquierda. El establo estaba muy mal iluminado y, en el rincón más oscuro, habían colocado una puerta vieja para hacer un recinto muy pequeño. Di un vistazo a su interior y, a la luz mortecina, apenas pude distinguir a una oveja tumbada sobre el pecho, con la cabeza extendida. Las costillas se alzaban y bajaban con la respiración típica, rápida y dolorosa de una oveja que sufre. De vez en cuando gemía suavemente.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté.

Kitson me miró impasible desde el otro extremo del edificio.

—Esta lo pasó muy mal pariendo ayer.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno... solo un cordero muy grande con una pata hacia atrás, y no pude darle la vuelta.

—¿Así que tiró de él tal como estaba, con la pata hacia atrás?

—Sí, no podía hacer otra cosa.

Me incliné sobre la puerta y alcé la cola de la oveja, sucia de heces y derrame. Di un respingo al ver la vulva y perineo tumefactos y descoloridos.

—Necesita algunos cuidados, señor Kitson.

El granjero pareció asustarse.

—No, no, no quiero nada de eso. Ya he terminado con ella. Usted ya no puede hacer nada.

—¿Quiere decir que se está muriendo?

—Eso es.

Acaricié con una mano la cabeza de la oveja, notando la frialdad en las orejas y labios. Tal vez tuviera razón.

—Bien, ¿ha llamado a Mallock para que venga y se la lleve? Realmente, habría que acabar con sus dolores lo antes posible.

—Sí..., ya lo haré.

Kitson movió inquieto los pies y apartó la vista.

Comprendí la situación. Iba a dejar que la oveja «tuviera su oportunidad». La temporada de los corderos era siempre una época satisfactoria y remuneradora para mí, pero esta era la otra cara de la moneda. Era un momento muy difícil en el calendario agrícola, con un repentino estallido de trabajos adicionales aparte de los rutinarios, y en cierto modo acababa con todos los recursos, tanto de granjeros como de veterinarios. La marea de la nueva vida dejaba restos patéticos tras ella: pecios y pellejos de criaturas destrozadas, ovejas demasiado viejas para soportar otro embarazo, algunas debilitadas por enfermedades como los trematodos del hígado y toxemia, otras con articulaciones artríticas infectadas, y finalmente las que solo «lo habían pasado mal». Se las encontraba, generalmente, tumbadas y olvidadas en rincones oscuros, como el de aquel establo. Las dejaban allí para «que tuvieran otra oportunidad».

Volví en silencio a mi paciente original. La crema lubricante supuso una gran diferencia y pude utilizar más de un dedo para la exploración. Había de decidir entre rechazar la presentación posterior o la anterior, y como la cabeza estaba ya en la vagina resolví sacar primero al corderito anterior.

Con ayuda del granjero, levanté los cuartos traseros de la oveja hasta que descansaron sobre una bala de paja. Ahora podía trabajar hacia abajo y empujé suavemente las dos patitas traseras a las profundidades del útero. En el espacio que dejaron, pude pasar un dedo en torno a las patas delanteras, colocadas junto a las costillas del corderito anterior, y atraerlas hacia mí. Solo necesité otra aplicación de crema y unos instantes de tracción cuidadosa, y el cordero estuvo en el mundo.

Pero era demasiado tarde. La diminuta criatura estaba muerta y la desilusión se apoderó de mí, como siempre, a la vista de aquel cuerpecito perfectamente formado al que solo faltaba la chispa de la vida.

Apresuradamente, me engrasé el brazo de nuevo y me lancé a la búsqueda del corderito que antes rechazara. Había mucho sitio ahora y pude agarrar las corvas con la mano y sacar al cordero sin esfuerzo. Esta vez tenía pocas esperanzas de vida y me esforzaba únicamente en librar a la oveja de toda incomodidad, pero cuando el cordero aspiró el frío aire exterior sentí el temblor convulsivo de aquella pequeña forma lanuda entre mis manos, y ello me dijo que todo iba bien.

Es curioso lo muy a menudo que esto sucede: un cordero muerto —a veces incluso descompuesto— y otro vivo junto a él. De todas formas era una suerte, y, con placer creciente, sequé la mucosa de su boca y lo empujé hacia

la madre para que lo lamiera. La exploración posterior del útero ya no reveló nada más, y me puse en pie.

—Bien, no ha sufrido daño y creo que se recuperará ahora —dije—. ¿Podría traerme agua limpia, señor Kitson, por favor?

El hombretón vació el cubo sin decir nada en el suelo del establo, y se fue hacia la casa. En el silencio me llegaba débilmente la respiración ahogada de la oveja del rincón lejano. Traté de no pensar en lo que le esperaba a la pobre. Pronto me marcharía a ver otros casos, luego tomaría el almuerzo y empezaría mis visitas de la tarde, mientras, oculto en aquel lugar, un animalito agonizaba impotente. ¿Cuánto tiempo le costaría morir? Un día. Dos...

Era inútil. Tenía que hacer algo al respecto. Corrí hacia el coche, tomé la botella de Nembutal y la jeringuilla grande de 50 centímetros cúbicos y volví a toda prisa al establo. Salté sobre la puerta vieja, saqué 40 centímetros cúbicos de la botella y metí toda esa dosis en la cavidad peritoneal de la oveja. Luego volví a saltar, corrí a lo largo de todo el establo y, cuando Kitson regresó, yo seguía inocentemente en pie en el lugar donde me dejara.

Me sequé los brazos, me puse la chaqueta y recogí la botella de antiséptico y el tubo de crema que tan buen servicio me habían prestado.

Kitson iba precediéndome a través del establo y, al salir, miró sobre la puerta del ángulo.

—¡Vaya, sí que se va deprisa! —Gruñó.

Miré por encima de sus hombros. El jadeo se había detenido, reemplazado por una respiración lenta y regular. Tenía los ojos cerrados. La oveja estaba anestesiada y moriría en paz.

—Sí —dije—, se está acabando definitivamente. No creo que dure mucho ya. —No pude resistir la tentación de soltarle una flecha al marcharme—. Ha perdido esta oveja y aquel corderito. Creo que yo le habría salvado a los dos si me hubiese dado una oportunidad.

* * *

Tal vez mis palabras convencieron a Kitson porque, pocos días más tarde, con gran sorpresa por mi parte, me hizo ir de nuevo a la granja a ver a una oveja que, indudablemente, no había sufrido interferencias por su parte.

El animal se hallaba en un campo cerca de la casa y estaba bien claro que llevaba más de un cordero; tan redonda y gruesa que apenas podía caminar. Pero parecía animada y sana.

—Hay un lío espantoso ahí dentro —dijo Kitson, tristemente—. Pude tantear dos cabezas y solo Dios sabe cuántas patas. No sabía dónde demonios

estaba.

—Pero ¿no lo habrá intentado demasiado?

—No, no, ni siquiera lo intenté.

Bueno, al menos hacíamos progresos. Cuando el granjero agarró la oveja por el cuello, me arrodillé tras ella y metí las manos en el cubo. Por una vez era una mañana de tiempo cálido. Al mirar hacia atrás, mis recuerdos de la época de los corderitos han sido siempre de vientos crueles que azotaban la hierba en los pastos de las colinas, manos agrietadas, brazos cortados por el frío, guantes, bufandas y orejas heladas. Durante muchos años después de salir de Glasgow, seguía esperando las primaveras suaves del oeste de Escocia. Al cabo de treinta años, aún sigo esperándolas, y he empezado a convencerme de que eso nunca ocurre en el Yorkshire.

Pero aquella mañana era una excepción. El sol ardía en un cielo de un suave color azul y no había viento; solo una brisa suave que nos traía la fragancia de las flores de los páramos, y el olor de la hierba fresca a mis pies al arrodillarme en ella.

Y ahora me aguardaba mi trabajo favorito. Casi me reí en voz alta mientras rebuscaba en el interior de la oveja. Tenía todo el sitio del mundo, todo estaba húmedo, fresco y sin echar a perder, y era un juego de niños el encajar las diversas piezas. En unos treinta segundos tenía ya un corderito agitándose sobre la hierba, pocos momentos después al segundo, luego al tercero y, finalmente, con gran delicia por mi parte, seguí buscando, hallé otra patita y la saqué al mundo.

—¡Cuatrillizos! —grité entusiasmado.

Pero el granjero no compartía mi entusiasmo.

—Pues es un maldito problema —murmuró—. Estaría mucho mejor con dos nada más. —Se detuvo y me lanzó una mirada amarga—. De todas formas, supongo que no había necesidad de llamarle. Podía haberlo hecho yo mismo.

Le miré tristemente, desde mi posición en cuclillas. En nuestro trabajo uno comprende que hay veces en que es imposible ganar. Si uno se toma demasiado tiempo no es bueno; si actúa con demasiada rapidez, no hacía falta la visita. Nunca he apoyado del todo la opinión de un colega mío, algo cínico, que en una ocasión me suplicó: «No permitas nunca que un parto parezca demasiado fácil. Si es preciso, consérvalos dentro un poquito más», pero a veces me sentía inclinado a darle la razón.

De todas formas, yo me sentía muy satisfecho al observar a los cuatro corderitos. Había compadecido con tanta frecuencia a esas criaturitas por

entrar en un mundo hostil, a veces incluso con nieve y hielo, que hoy era un gozo verlos cuando trataban de ponerse en pie bajo el sol amable, con la piel empapada que se secaba ya rápidamente. La madre, liberada ya de su peso, se movía entre ellos algo desconcertada, como si no pudiera creer del todo lo que veía. Mientras los olisqueaba y lamía, sus gruñidos profundos tuvieron respuesta en los primeros trémolos débiles de la familia. Escuchaba encantado aquella conversación, cuando habló Kitson:

—Esa es la oveja que parió el otro día.

La miré y allí estaba, muy orgullosa y con el cordero pegado a su flanco.

—Sí, tiene un aspecto estupendo —dije. Daba gusto verla, pero de pronto hubo algo que reclamó toda mi atención. Señalé a otro punto sobre la hierba —. Esa oveja de allí...

Por regla general, todas las ovejas me parecen iguales, pero en aquella había algo que reconocí..., un trozo pelado en la espalda, una tira desnuda de piel que bajaba por el borde saliente de la columna vertebral..., seguramente no podía equivocarme. El granjero siguió la dirección de mi dedo.

—Sí, es la que estaba echada en el establo la última vez que estuvo aquí. —Se volvió para mirarme con ojos inexpresivos—. La que usted me dijo que debía recoger Mallock.

—Pero..., pero... ¡si se estaba muriendo! —exclamé.

Las comisuras de la boca del señor Kitson se curvaron hacia arriba; si en algún momento estuvo a punto de sonreír fue entonces.

—Bien, eso es lo que me dijo usted, amigo. —Se encogió de hombros—. Usted dijo que no le quedaba mucho, ¿verdad?

No podía hablar. Solo podía mirarle. Debía ser yo la viva imagen del desconcierto y, por lo visto, él estaba desconcertado también porque siguió hablando:

—Pero le diré una cosa. He estado entre ovejas toda mi vida y jamás he visto nada igual. Sencillamente, se echó a dormir.

—¿De verdad?

—Sí, se echó a dormir y le aseguro que estuvo dos días durmiendo.

—¿Que durmió durante dos días?

—Eso es, y no estoy de guasa, ni de broma. Entraba una y otra vez en el establo y ella no se movía. Echada allí, tan tranquila, todo el primer día; luego el segundo, y, al entrar la tercera mañana, me la encontré mirándome y dispuesta a comer.

—¡Sorprendente! —Me puse en pie—. Tengo que echarle una mirada.

En realidad, deseaba ver qué se había hecho de aquella masa inflamada y tumefacta bajo el rabo y me aproximé cuidadosamente, arrinconándola poco a poco en el extremo del campo. Allí nos enfrentamos unos momentos; probé unas cuantas fintas y ella respondió corriendo de lado; luego, al hacer la intentona final para cogerle un vellón, me eludió sin esfuerzo y pasó corriendo junto a mí con un resonar de pezuñas. La perseguí unos veinte metros, pero hacía demasiado calor y las botas de goma no son el equipo ideal para correr. En cualquier caso, siempre he sido de la opinión de que, si un veterinario no puede atrapar al paciente, no hay mucho de qué preocuparse.

Cuando regresaba por el campo, un mensaje resonaba en mi cerebro. Acababa de descubrir algo, y lo había descubierto por casualidad. La vida de aquella oveja no se había salvado con terapia medicinal, sino simplemente evitando el dolor y dejando que la naturaleza siguiera su propio curso de curación. Era una lección que jamás he olvidado: que los animales enfrentados al dolor y terror constantes y al *shock* que los acompaña, suelen entregarse incluso a la muerte, pero, si se les quita ese dolor, tal vez suceden cosas sorprendentes. Es difícil explicarlo lógicamente, pero sé que es verdad.

Para cuando llegué junto a Kitson, el sol me quemaba la nuca y sentí que el sudor me corría bajo la camisa. El hombre seguía observando a la oveja que, después de correr, ahora ramoneaba feliz.

—No consigo olvidarlo —murmuró, rascándose las cerdas del mentón—, dos días enteros y sin moverse. —Se volvió hacia mí y sus ojos se agrandaron—. Oiga, joven, ¿se diría que la habían drogado!

No podía quitarme de la cabeza a la oveja del señor Kitson, pero había de esforzarme por hacerlo, pues, mientras continuaba el trabajo con las ovejas, seguían amontonándose todos los demás problemas de la práctica. Uno de ellos fue *Penny*, la perrita de lanas de los Flaxton.

La primera visita de *Penny* a la clínica resultó notable por lo atractivo de su dueña. Cuando asomé la cabeza por la puerta de la sala de espera y dije: «El siguiente, por favor», la carita redonda de la señora Flaxton, con su pelo corto y brillante de un negro azulado, iluminó el lugar como un rayo de sol. Quizás este efecto se acrecentara por el hecho de que estaba sentada entre la señora Barmby, que pesaba casi cien kilos y traía a su canario para que le cortásemos las uñas, y el viejísimo señor Spence, de casi noventa años, que venía a por unos polvos para las pulgas de su gato; pero indudablemente resultaba algo muy grato que mirar.

Y no era tan solo que fuese linda; había en ella un atractivo inocente y sincero, y sonreía constantemente. *Penny*, sentada en sus rodillas, parecía sonreír también bajo el flequillo de rizos castaños sobre su frente.

En la sala de consultas coloqué a la perrita sobre la mesa.

—Bien. ¿Cuál es el problema?

—Tiene náuseas y diarrea —contestó la señora Flaxton—. Empezó ayer.

—Comprendo. —Me volví y tomé el termómetro del carrito—. ¿Le ha cambiado algo en la comida?

—No, nada de eso.

—¿Suele comer porquerías cuando está fuera?

La señora Flaxton negó con la cabeza.

—Por regla general, no. Pero supongo que hasta el perrito más bueno le echará un mordisquito a un pájaro muerto o a cualquier otra inmundicia de vez en cuando.

Sonrió y *Penny* se rio también como respuesta.

—Bien, tiene un poco de fiebre, pero me parece bastante animada. —Le puse la mano en el vientre—. Vamos a examinarte la barriguita, *Penny*.

El animalito gimió cuando le palpé suavemente el abdomen, y los intestinos y el estómago estaban muy sensibles.

—Tiene gastroenteritis —dije—, pero parece bastante leve y creo que desaparecerá pronto. Le daré una medicina y será mejor que la tenga a dieta ligera unos cuantos días.

—Sí, eso haré. Muchas gracias.

La sonrisa de la señora Flaxton todavía fue más tierna al acariciar la cabeza de la perrita. Tenía veintitrés años, y ella y su joven esposo acababan de llegar a Darrowby. Él era representante de una de las grandes firmas agrícolas que proveían de alimentos y piensos para el ganado a las granjas, y yo le veía de vez en cuando en mis rondas. Como su esposa, y también la perra, era un hombre que respiraba deseos de amistad.

Entregué a la señora Flaxton una botella de mezcla de bismuto, caolín y clorodine, que era uno de nuestros tratamientos favoritos. El perrito bajó trotando y moviendo la colita los escalones de la casa, y yo me quedé tranquilo y sin esperar más problemas.

Sin embargo, tres días más tarde, *Penny* estaba en la clínica otra vez. Aún seguía vomitando y la diarrea no había disminuido en lo más mínimo.

La coloqué de nuevo sobre la mesa y llevé a cabo un examen completo, pero no hallé en verdad nada significativo. Llevaba ya cinco días en esa situación que tanto la debilitaba y, aunque había perdido parte de su gallardía habitual, aún seguía bastante animada. El perro de lanas doméstico es pequeño, pero muy resistente, y aquel ejemplar no iba a permitir que una cosa así le venciera fácilmente.

Pero aquello seguía sin gustarme. No debía continuar. Decidí alterar el tratamiento y elegí una mezcla de carbón y astringentes que nos había rendido muy buenos servicios en el pasado.

—No parece muy apetitoso —le dije a la señora Flaxton, al entregarle una caja de polvos con los gránulos negros—, pero siempre he obtenido con él muy buenos resultados. ¿Sigue comiendo, no? Pues yo lo mezclaría con la comida.

—¡Oh, gracias!

Me lanzó una de esas sonrisas maravillosas al meter la caja en el bolso y yo la acompañé por el pasillo hasta la puerta. Había dejado el cochecito del niño junto a los escalones y, antes de mirar bajo la capota, ya supe la clase de bebé que iba a ver. Y, por supuesto, la carita regordeta sobre la almohada me miró con unos ojitos redondos y amistosos, y luego abrió la boquita en una sonrisa llena de dulzura.

Eran la clase de personas que me gustaba ver, pero, mientras se alejaban por la calle, y por el bien de *Penny*, confié en no verlos durante algún tiempo. Sin embargo, no había de ocurrir así. Un par de días después ya estaban de vuelta, y esta vez la perrita daba señales de una gran tensión. Durante el examen se mantuvo inmóvil y con ojos mortecinos, agitando apenas la cola al acariciarle la cabeza y hablarle.

—Me temo que continúa igual, señor Herriot —dijo su ama—. Ahora no come mucho y lo que toma lo devuelve inmediatamente. Y tiene una sed terrible; siempre está bebiendo y vomitando a continuación.

Asentí.

—Lo sé. Esta inflamación interior le aumenta terriblemente la sed y, claro, cuanto más bebe más vomita. Lo cual la debilita de un modo alarmante.

Volví a cambiar el tratamiento. En realidad y durante los días siguientes, eché mano de toda la gama de drogas disponibles. Ahora repaso con amarga sonrisa las cosas que le obligué a tomar a la pobre: ipecacuana y opio en polvo, salicilato de sodio y tintura de alcanfor, incluso medicinas exóticas como un cocimiento de hematoxilina e infusión de cariofilo que, gracias a Dios, hace tiempo que yacen en el olvido, como la neomicina, pero tal y como estaban las cosas no avanzábamos en absoluto.

Visitaba a *Penny* a diario, ya que no estaba en disposición de venir a la clínica. La mantenía a dieta de arruruz y leche hervida, pero esto, como el tratamiento medicinal, tampoco conseguía nada. Y la perrita decaía cada vez más.

El clímax tuvo lugar a las tres en punto de una madrugada. Al descolgar el teléfono junto a la cama, llego a mí la voz temblorosa del señor Flaxton:

—Lamento muchísimo sacarle de la cama a esta hora, señor Herriot, pero me gustaría que viniera a ver a *Penny*.

—¿Por qué? ¿Acaso está peor?

—Sí, y... ahora está sufriendo mucho. Usted la vio esta tarde, ¿no? Pues desde entonces no ha hecho otra cosa que beber y vomitar, y además con una diarrea constante que la ha dejado totalmente exhausta. Está echada en su cestita y gimiendo. Tengo la seguridad de que sufre mucho.

—De acuerdo, estaré ahí en unos minutos.

—¡Oh, gracias! —Se detuvo un instante—. Señor Herriot..., vendrá preparado para... acabar con ella, ¿verdad?

Nunca me siento demasiado animado a esa hora de la madrugada, pero ahora se me cayó el alma a los pies.

—¿Tan mal está?

—Sinceramente, ya no podemos soportar el verla. Mi esposa está tan trastornada..., creo que no puede resistirlo más.

—Comprendo.

Colgué el teléfono y retiré las ropas de la cama con tal violencia que desperté a Helen. Esas interrupciones de madrugada son una de las cruces que la esposa de un veterinario debe soportar, pero por lo general yo me largaba los más silenciosamente que podía. Esta vez, sin embargo, corrí en estampida por el dormitorio cogiendo las ropas a puñados y hablando solo, y aunque Helen debía preguntarse a qué obedecía aquella crisis, me observó prudentemente en silencio hasta que apagué la luz y me marché.

No tenía que ir muy lejos. Los Flaxton vivían en uno de los nuevos *bungalows* en el camino de Brawton, a menos de kilómetro y medio. Me los encontré en batín, me hicieron pasar a la cocina y, antes de llegar al cestillo del rincón, oí los gemidos de *Penny*. No estaba cómodamente enroscada, sino tumbada sobre el pecho, con la cabeza estirada hacia delante y, desde luego, sufriendo mucho. Pasándole las manos por debajo, la levanté y casi no pesaba nada. Un perrito de lanas en buena forma ya es bastante ligero, pero, después de su larga enfermedad, *Penny* era como un milano arrastrado por el viento, con el pelaje marrón y rizado mojado y empapado en vómitos y diarrea.

Por una vez, la señora Flaxton era incapaz de sonreír. Fácil resultaba ver que reprimía las lágrimas al hablar.

—Creo que sería lo más amable...

—Sí, sí. —Dejé al animalito en el cesto y me incliné sobre él, la barbilla en la mano—. Sí, supongo que tiene razón.

Pero no podía decidirme a moverme y seguía allí en cuclillas contemplando incrédulo las pruebas de mi fracaso. El animalito solo tenía dos años; le aguardaba toda una vida de carreras, saltos y ladridos alegres, no sufría más que una gastroenteritis y ahora tenía que extinguir la chispa vital en ella. Me resultaba muy amargo el aceptar que tal vez eso fuera lo único positivo que cabía hacer por ella.

Se apoderó de mí un cansancio que no se debía únicamente al hecho de que me hubieran interrumpido el sueño. Me puse en pie con los movimientos lentos y rígidos de un viejo y estaba a punto de volverme cuando observé algo en el pequeño animal. Ya estaba otra vez sobre el pecho, la cabeza extendida, la boca abierta, la lengua colgante y jadeando. Me recordaba algo que viera antes en otra parte... esa postura... y el cansancio, el dolor y el *shock*... Casi imperceptiblemente, penetró en mi cerebro adormilado la idea de que era

exactamente igual a la oveja de Kitson en su rincón oscuro. Especies distintas, sí, pero todo lo demás estaba allí.

—Señora Flaxton —dije—, quiero dormir a *Penny*. No como usted cree. Quiero anestesiarla. Si descansa por algún tiempo de ese constante beber, vomitar y defecar, tal vez tenga una oportunidad.

Los jóvenes se miraron dudosos unos momentos, y al fin, fue el marido el que habló.

—¿No cree que ya ha sufrido bastante, señor Herriot?

—Desde luego, sí, desde luego. —Me pasé la mano por el pelo revuelto—. Pero esto no la hará sufrir más. No sentirá nada. —Como todavía vacilaran, continué—: Me gustaría mucho probarlo. Es una idea que tengo.

Volvieron a mirarse y luego la señora Flaxton asintió.

—Muy bien, adelante, pero esto será lo último, ¿verdad?

Salí al aire fresco de la noche en busca de la misma botella de Nembutal y di una dosis muy pequeña a la pobre criatura. Volví a la cama con la misma impresión que me dominó cuando lo de la oveja: pasara lo que pasara, no habría más sufrimientos.

A la mañana siguiente, *Penny* seguía tendida pacíficamente de lado y, hacia las cuatro de la tarde, cuando daba señales de despertarse, repetí la inyección.

Como en el caso de la oveja, durmió durante cuarenta y ocho horas y, cuando al fin se puso vacilante en pie, no se dirigió inmediatamente al platito del agua como hiciera anteriormente. En cambio, salió vacilante al exterior y se dio un paseíto por el jardín.

A partir de ese momento, y como se dice en un historial médico, la recuperación fue sencilla. Aunque yo prefería escribir que se recuperó maravillosa y milagrosamente, y que ya no sufrió otra enfermedad en toda su vida.

Helen y yo solíamos jugar al tenis en la pista inmediata a los terrenos de críquet de Darrowby. Y también los Flaxton, que siempre traían a *Penny* con ellos. Yo solía mirarla a través de la alambrada, mientras ella saltaba alegremente con los demás perros y después con el hijito de los Flaxton, que crecía a toda prisa, y me sentía maravillado.

No quiero dar la impresión de que abogo por la anestesia total para todas las enfermedades de animales, pero sí afirmo que los sedantes tienen una importancia definitiva. Hoy en día disponemos de toda una gama sofisticada de sedantes y tranquilizantes donde elegir, y, cuando tropiezo de nuevo con un caso agudo de gastroenteritis en los perros, utilizo uno de ellos como

ayuda del tratamiento normal. Porque sé que frena ese ciclo mortal y exhaustivo, anulando a la vez el dolor y el temor que lo acompañan.

A lo largo de los años, siempre que veía a *Penny* corriendo de un lado a otro y ladrando, con los ojos brillantes y maliciosos, se renovaba en mí la gratitud por aquella cura que descubrí casualmente en el oscuro rincón de un establo.

Este era el auténtico Yorkshire, con el muro de piedra caliza corriendo a lo largo del borde de la colina y el sendero que cortaba el verde brillante de los brezos. Al caminar colina arriba y recibir en el rostro la brisa cargada de aromas, sentí la impresión habitual de gozo al hallarme, solo en aquella amplitud donde nada se movía, donde kilómetros y más kilómetros de capullos purpúreos y hierba fresca y verde se alejaban hasta encontrarse con el azul intenso del cielo.

Pero no estaba realmente solo. Me acompañaba *Sam*, lo que suponía una gran diferencia. Helen había aportado muchas cosas a mi vida, y *Sam* era una de las más preciosas, un sabueso pequeño y el animal favorito de mi mujer. Tendría unos dos años cuando lo vi la primera vez y aún no sabía que acabaría por ser mi fiel compañero, el perrito de mi coche, el amigo que se sentaría a mi lado en las horas solitarias que pasaba ante el volante, hasta que muriese a los catorce años. Fue el primero de una serie de amados perros cuya camaradería ha caldeado e iluminado mi vida de trabajo.

Sam me adoptó a primera vista. Fue como si hubiera leído el Manual del Perro Fiel, porque siempre estaba a mi lado, con las patas en el salpicadero y mirando ansiosamente por el parabrisas en mis rondas, la cabeza apoyada en mis pies en nuestro salón-dormitorio, y trotando a mi lado en cuanto yo me movía. Si tomaba una cerveza en la taberna se quedaba bajo mi asiento y, cuando me cortaban el pelo, bastaba levantar el paño blanco que me cubría y allí estaba *Sam* encogido bajo mis piernas. El único lugar al que no me atrevía a llevarle era al cine, y en esas ocasiones se metía bajo la cama y se sentía muy triste.

A la mayoría de los perros les encanta ir en coche, mas para *Sam* era una pasión que le dominaba, incluso de noche. Saltaba con gozo de su cesto cuando todo el mundo dormía, se desperezaba un par de veces y me seguía al frío exterior. Ya estaba en el asiento antes de que yo tuviera abierta del todo la puerta del coche, y esta acción se convirtió de tal modo en parte de mi vida que, durante mucho tiempo después de su muerte, aún abría la puerta del

coche inconscientemente, pensando en él. Y recuerdo el dolor que sentía al ver que no saltaba al interior.

Tenerlo conmigo aumentaba el placer de esas escapadas que me permitía en mis rondas diarias. Tal como los que trabajan en oficinas y fábricas hacen una pausa para tomar el té, yo detenía el coche y salía a aquel esplendor siempre tan a mano y caminaba un rato por avenidas ocultas, bosques o, como en el caso de hoy, a lo largo de los senderos cuajados de hierba que corrían sobre las cumbres.

Esta que tantas veces hiciera cobraba ahora un nuevo significado. Cualquiera que haya paseado a un perro conoce la satisfacción profunda que nace de dar una satisfacción a un animal querido, y la vista del cuerpecito que corría delante de mí llenaba el vacío que antes sintiera.

Dando la vuelta a la curva del sendero, llegué a un lugar donde la ladera cubierta de brezos formaba una pequeña hondonada a pleno sol. Era una invitación que nunca fui capaz de resistir. Miré el reloj; desde luego, podía permitirme unos minutos y no me esperaba nada urgente, solo la prueba de tuberculina en la granja del señor Dacre. Al cabo de un instante estaba tendido sobre los tallos verdes, la alfombra más maravillosa y natural del mundo.

Echado allí, con los ojos entrecerrados contra el brillo del sol, y la fragancia poderosa de los brezos en torno, veía la sombra de las nubes que bajaba por los flancos de las montañas, oscureciendo momentáneamente barrancos y abismos pero renovando el verdor a su paso.

Estos eran los momentos en que sentía mayor gratitud por trabajar en el campo, esos días en mangas de camisa en los que la amenaza de las alturas desnudas se convertía en amistad, en los que sentía que formaba parte de la vida de aire libre y crecimiento constante a mi alrededor y me alegraba de haber llegado a ser lo que nunca imaginé: un doctor de animales de granja.

Mi socio estaría por algún lado, allí cerca, encargándose de la práctica, y Tristán probablemente estudiando en Skeldale House. Claro que esto resultaba difícil de imaginar porque nunca le había visto abrir un libro de texto hasta fecha muy reciente. Había sido bendecido con ese tipo de cerebro que no necesita horas de empollar, pero ese año preparaba el examen final y hasta un tipo como él había de lanzarse al estudio. No me cabía la menor duda de que pronto tendría su título y, en cierto modo, parecía una vergüenza que aquel espíritu tan libre se viera apresado por las realidades de la práctica veterinaria. Sería el final de un capítulo luminoso.

Una cabeza de largas orejas me bloqueó el sol cuando *Sam* vino a sentarse sobre el pecho. Me miró inquisitivamente. No le gustaba mucho este modo de perder el tiempo, pero yo sabía que, si no me movía, al cabo de unos minutos se enroscaría filosóficamente sobre mis costillas y echaría una siesta hasta que yo estuviera dispuesto a partir. Sin embargo, esta vez respondí a su apelación sin palabras incorporándome, y él saltó encantado a mi alrededor cuando me levanté y me dirigí hacia el coche y al test del señor Dacre.

* * *

—¡Córrete, *Bill*! —gritaba el señor Dacre poco tiempo después, tirando de la cola del enorme toro.

Casi todos los granjeros tenían un toro en aquellos días y a todos les llamaban *Billy* o *Bill*. Supongo que a este le daban la versión más adulta porque era un animal maduro. Como era una bestia dócil, respondió al tirón del rabo apartando su bulto enorme a un lado y dejándome espacio suficiente para pasar entre él y la partición de madera a la que estaba atado por una cadena.

Estaba haciendo una prueba de tuberculina y todo lo que pretendía era medir la reacción intradermal. Hube de abrir del todo los calibradores para poder agarrar algo en el espesor de la piel de aquel enorme cuello.

—¡Treinta! —grité al granjero.

Escribió la cifra en el libro de pruebas y se echó a reír.

—Vaya si tiene pellejo, ¿eh?

—Sí —dije, empezando a deslizarme hacia fuera—, pero es que es muy grande.

Hasta qué punto era grande se me reveló de pronto porque el toro dio repentinamente la vuelta oprimiéndome contra la partición. Las vacas lo hacían con regularidad, y yo conseguía rechazarlas apoyando la espalda contra lo que hubiera detrás de mí y empujándolas. Pero con *Bill* era distinto.

Jadeando, traté de rechazar con todas mis fuerzas los rollos de grasa que cubrían el impresionante flanco roano, pero era como tratar de mover una casa.

El granjero dejó caer el libro y cogió el rabo de nuevo, pero esta vez el toro no respondió. No había malicia en su conducta. Simplemente, se sentía cómodo apoyado en las tablas, y supongo que ni notaría la partícula de humanidad que luchaba frenéticamente contra su costillar.

Sin embargo, lo hiciera a propósito o no, el resultado sería el mismo: yo iba a morir aplastado. Con los ojos saltones, gimiendo, y apenas capaz de

respirar, luchaba con toda el alma, pero no conseguía apartarlo ni un centímetro. Y cuando las cosas ya no podían estar peor, *Bill* empezó a rascarse el lomo arriba y abajo contra la partición. De eso se trataba por lo visto: tenía comezón y solo se proponía rascarse.

Pero en mí el efecto fue catastrófico. Estaba seguro de que los órganos internos se me iban reduciendo poco a poco a pulpa, y cuando le pegué, dominado por el pánico, el animal todavía se apoyó más pesadamente.

No quiero pensar en lo que habría sucedido de no ser porque la madera a mis espaldas estaba vieja y podrida. Cuando ya perdía el sentido, se oyó un crujido, volaron astillas por el aire y caí en la casilla vecina. Tumbado como un pez jadeante sobre los maderos rotos, miré al señor Dacre y esperé a que mis pulmones empezaran a funcionar de nuevo.

El granjero, ya menos alarmado, se frotaba rabiosamente el labio superior en un intento cortés de contener la risa. Su hijita pequeña, que había presenciado todo el hecho desde su ventajoso punto de observación en uno de los montones de heno, no fue tan disimulada. Chillando de gozo, me señaló con el dedo...

—¡Oh, papá, papá! ¡Mira a ese hombre! ¿Lo viste, papá, lo viste? ¡Oh, qué gracioso! —continuó entre convulsiones de risa.

No tendría más de cinco años, pero tuve la impresión de que recordaría mi actuación durante toda su vida.

Al fin me levanté y conseguí rechazar todo cuidado con buen humor, pero, después de haber conducido unos tres kilómetros desde la granja, me detuve a examinarme. Las costillas me dolían como si una apisonadora me las hubiera aplastado todas, y había un punto bastante sensible en mi nalga izquierda, pues había aterrizado sobre los calibradores; por otra parte, parecía haber escapado a un daño serio. Saqué unas cuantas astillas de mis pantalones, volví al coche y consulté la lista de visitas.

Al leer la siguiente, una sonrisa de alivio se extendió por mi rostro. «Señora Tompkin. Jasmine Terrace 14. Cortar el pico del periquito».

Gracias a Dios por la infinita variedad de la práctica veterinaria. Después del toro necesitaba algo pequeño, débil e inocente, y realmente en este terreno no se puede pedir nada mejor que un periquito.

El número 14 era una vivienda de una fila de casitas pobres y pequeñas construidas con los ladrillos baratos a los que tan aficionados fueron los constructores de casuchas de mala calidad después de la Primera Guerra Mundial. Me armé de un par de tijeritas y subí a la acera estrecha que

separaba la puerta de la calle. Una mujer pelirroja y de aspecto agradable me abrió la puerta.

—Soy la señora Dodds, la vecina —dijo— y cuido a la anciana señora. Tiene más de ochenta años y vive sola. Acabo de salir a cobrarle la pensión.

Me introdujo en una habitación pequeña y abarrotada.

—Aquí está todo, querida —dijo a la vieja sentada en un rincón. Dejó la libreta de pensiones y el dinero en la repisa de la chimenea—. Y aquí tiene al señor Herriot, que ha venido a ver a *Peter*.

La señora Tompkin asintió y sonrió.

—¡Oh, qué bien! El pobrecito casi no puede comer con ese pico tan largo, y estoy preocupada por él. Es mi única compañía, ya sabe.

—Sí, lo comprendo, señora Tompkin. —Miré la jaula junto a la ventana, con el periquito verde colgado en su percha—. Esos pajaritos pueden ser una compañía estupenda cuando empiezan a hablar.

Se rio.

—Sí, pero ocurre algo gracioso. *Peter* nunca ha dicho mucho. Creo que es perezoso. Sin embargo, me gusta tenerle conmigo.

—Claro que sí —dije—, pero, desde luego, ahora necesita atención.

El pico estaba exageradamente crecido y se curvaba hasta casi tocar las plumas del pecho. Iba a transformarle la vida con un rápido corte de mis tijeritas. Tal y como me sentía en ese momento, aquel trabajo era lo más apetecible para mí.

Abrí la jaula y metí lentamente la mano.

—Vamos, *Peter* —le rogué, cuando el pajarito se alejó de mí.

Pronto lo tuve acorralado y lo tomé suavemente entre los dedos. Al sacarlo, buscaba ya con la otra mano las tijeras en el bolsillo, pero de pronto me detuve.

La cabecita ya no se alzaba entre mis dedos, sino que había caído a un lado. Los ojos estaban cerrados. Miré al pájaro sin comprender, por un momento; luego abrí la mano. Quedó inmóvil en mi palma. Estaba muerto.

Con la boca seca seguí mirando la hermosa iridiscencia del plumaje, el pico largo que ahora ya no tendría que cortar pero, sobre todo, la cabecita caída sobre mi pulgar. Yo no lo había apretado, ni había sido brusco con él en absoluto, pero estaba muerto. Debió de haber sido el puro miedo.

La señora Dodds y yo nos miramos horrorizados, y yo apenas me atrevía a volver la cabeza hacia la señora Tompkin. Cuando lo hice, me sorprendió ver que ella asentía y sonreía.

Aparté a la vecina a un lado:

—Señora Dodds, ¿qué tal ve esa buena mujer?

—Es muy corta de vista, pero vanidosa a pesar de su edad. Se niega a llevar gafas. Y es dura de oído también.

—Bueno, mire —dije. El corazón aún me latía alocadamente—. No sé exactamente qué hacer. Si se lo digo, la impresión será terrible. Podría suceder cualquier cosa.

La señora Dodds asintió con el rostro ceniciento.

—Sí, tiene razón. Le tenía muchísimo cariño al pobrecito.

—Solo se me ocurre una alternativa —susurré—. ¿Sabe dónde puedo conseguir otro?

Reflexionó por un momento.

—Podría probar en la tienda de Jack Almond, en el extremo de la ciudad. Creo que tiene pájaros.

Me aclaré la garganta, pero la voz me salió como un graznido ronco.

—Señora Tompkin, voy a llevarme a *Peter* a la clínica para hacer este trabajo. No tardaré.

La dejé allí asintiendo y sonriendo, y, con la jaula en la mano, corrí a la calle. En unos tres minutos, llegaba al extremo de la ciudad y llamaba a la puerta de Jack Almond.

—¿El señor Almond? —pregunté al hombre bajito y grueso que me abrió en mangas de camisa.

—Sí, joven.

Era la suya una sonrisa plácida y lenta.

—¿Tiene usted pájaros?

Se irguió con dignidad.

—Sí, señor, y soy el presidente de la Sociedad de Ornitología de Darrowby y Houlton.

—Magnífico —seguí sin aliento—. ¿Tiene usted un periquito verde?

—Tengo canarios, loros, periquitos, cacatúas...

—Solo quiero un periquito.

—Muy bien. Los tengo albinos, verdes, azules...

—Solo quiero uno verde.

Una expresión algo apenada cruzó el rostro del hombre, como si hallara mi actitud apremiante algo extraña.

—Sí... bien... entremos a echar una mirada —dijo.

Lo seguí mientras recorría sin prisa la casa hasta el patio posterior, que estaba prácticamente convertido en un gran cobertizo que contenía una desconcertante variedad de aves.

El señor Almond los miró con orgullo y su boca se abrió como si estuviera a punto de lanzarse a una disertación, luego pareció recordar que estaba tratando con un tipo impaciente, y se esforzó por dedicarse a la tarea presente.

—Ahí tengo uno verde muy bonito. Pero es un poco más viejo que los otros. En realidad le estoy enseñando a hablar.

—Mucho mejor, es lo que deseo. ¿Cuánto quiere por él?

—Pero... hay otros preciosos aquí. Permítame que le enseñe...

Le puse la mano en el brazo.

—Quiero este. ¿Cuánto?

Apretó los labios en gesto de frustración y luego se encogió de hombros.

—Diez chelines.

—De acuerdo. Métalo en esta jaula.

Cuando salía a toda prisa a la calle, miré por el espejo retrovisor y vi que el pobre hombre me contemplaba tristemente desde la puerta.

La señora Dodds me esperaba en Jasmine Terrace.

—¿Cree que hago lo más correcto? —le pregunté en un susurro.

—Estoy segura de que sí —contestó—. Pobrecita, no tiene mucho en qué pensar y estoy convencida de que se halla muy preocupada por *Peter*.

—Eso es lo que pensé.

Me dirigí a la salita y la señora Tompkin me sonrió al entrar.

—No fue un trabajo muy largo, señor Herriot.

—No —dije, colgando la jaula con el nuevo pájaro en su lugar en la ventana—. Creo que ahora todo irá bien.

Pasaron tres meses antes de que recuperase el valor suficiente para meter la mano de nuevo en la jaula de un periquito. En realidad, y hasta la fecha, he preferido siempre que los propietarios saquen personalmente los pájaros. La gente me mira de modo extraño cuando les pido que lo hagan; creo que piensan que tengo miedo de que los animalitos puedan picarme.

Pasó también mucho tiempo antes de que me atreviera a volver a casa de la señora Tompkin, pero un día que pasaba junto a Jasmine Terrace entré en un impulso y me detuve ante el número 14.

La anciana en persona me abrió la puerta.

—¿Cómo...? —dije—. ¿Cómo está...?

Me miró de cerca por un momento y luego se echó a reír.

—¡Oh, ya veo quién es! Se refiere a *Peter*, ¿verdad, señor Herriot? Pues está sencillamente muy bien. Pase a verlo.

En la salita, la jaula seguía colgando junto a la ventana y *Peter Segundo* me echó una mirada y luego hizo toda una exhibición en beneficio mío: saltó por las barritas de la jaula, subió y bajó la escalerita y tocó la campanilla un par de veces antes de volver a su percha.

Su ama se acercó, acarició la jaula y miró al pájaro cariñosamente.

—¿Sabe? —dijo—. Tal vez no lo crea pero es como si fuera un pájaro distinto.

Tragué saliva.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—¡Se muestra ahora tan activo! Vivaz como nunca. Ahora charla conmigo todo el día. Es maravilloso lo que se consigue cortando un pico.

El nombre colgaba de la verja del jardín: «Lilac Cottage». Saqué mi lista de visitas y comprobé el nombre de nuevo. «Cook. Lilac Cottage, Marston Hall. Perra con dificultades para parir». Este era el lugar, desde luego, en los terrenos del Hall, una mansión del siglo XIX cuyas torres redondas se elevaban sobre el bosque de pinos a menos de un kilómetro.

Me abrió la puerta una mujer de rasgos duros y cutis moreno, de unos sesenta años, que me miró sin sonreír.

—Buenos días, señora Cook —dije—. He venido a ver a su perra.

Ni siquiera entonces sonrió.

—Está bien. Será mejor que entre.

Me dirigió a un pequeño salón y, al saltar de un sillón una perrita del Yorkshire, sus modales cambiaron.

—Vamos, *Cindy*, cariño —canturreó—, este caballero ha venido a curarte.

Se inclinó y acarició al animalito, con el rostro radiante de afecto. Me senté en otra silla.

—Bien, ¿qué le ocurre, señora Cook?

—¡Oh, me mata de la preocupación! —Se estrujaba las manos ansiosamente—. Debería haber tenido los cachorros ayer y aún no ha ocurrido nada. No pude dormir en toda la noche... me moriría si algo le sucediera.

Estudié a la perrita, que agitaba la cola mirándome con ojos brillantes al sentir las caricias de su ama.

—No me parece molesta en absoluto. ¿Ha dado ya señales de dolores?

—¿Qué quiere decir?

—Bien, ¿respira con dificultad, jadea, demuestra inquietud? ¿Tiene derrames?

—No, nada de eso.

Hice una seña a *Cindy* y la llamé y ella se acercó tímidamente por el linóleo hasta que pude alzarla en mi regazo. Palpé el abdomen distendido: había muchos cachorros en él, pero todo parecía normal. Le tomé la temperatura; normal también.

—Tráigame agua caliente y jabón, por favor, señora Cook —dije.

La perra era tan pequeña que tuve que utilizar el meñique enjabonado y desinfectado para examinarla y, cuando tanteé cuidadosamente las paredes de la vagina, estaban secas y distendidas, y la cerviz, cuando llegué a ella, muy cerrada.

Me lavé y sequé las manos.

—A esta perra le falta mucho para el parto, señora Cook. ¿Está segura de que no ha equivocado las fechas?

—No, ayer hizo sesenta y tres días. —Se detuvo para pensar un instante—. Y será mejor que le diga esto, joven: *Cindy* ha tenido ya cachorros y entonces le ocurrió lo mismo; no es capaz de hacer sola el trabajo. Eso fue hace dos años, cuando yo vivía allá en Listondale. Llamé al señor Broomfield, el veterinario, para que la viera y le dio una inyección; fue maravilloso... media hora después nacían los cachorros.

Sonreí.

—Sí, sería pituitrina. En realidad, debía estar ya de parto cuando la vio el señor Broomfield.

—Bien, fuera lo que fuese, joven, me gustaría que le diera algo ahora. No puedo soportar esta espera.

—Lo siento. —Saqué a *Cindy* de mi regazo y me puse en pie—. Esto no puedo hacerlo. En esta etapa no le haría ningún bien.

Me miró y se me ocurrió que aquel rostro moreno podía parecer formidable.

—¿Así que no va a hacer nada en absoluto?

—Bueno... —Hay ocasiones en las que es mejor darle algo a un cliente, aun cuando no sea necesario—. Sí, tengo unas tabletas en el coche. Contribuirán a que la perrita se encuentre bien hasta que le llegue la hora.

—Pero yo preferiría esa inyección. Solo fue un pinchacito. Al señor Broomfield no le llevó más de unos segundos.

—Le aseguro, señora Cook, que no se puede hacer nada de momento. Le traeré las tabletas del coche.

Apretó la boca. Comprendí que estaba terriblemente desilusionada conmigo.

—Bien, ya veo que no quiere; así que será mejor que me traiga eso. —Hizo una pausa—. ¡Y no me llamo Cook!

—¿No?

—No, joven.

No parecía dispuesta a darme otra información, así que me fui algo desconcertado.

Ya en el camino, y a pocos metros de mi coche, un granjero intentaba poner en marcha un motor. Le llamé.

—¡Eh! La señora de ahí dice que no se llama Cook.

—Y tiene mucha razón. Es la cocinera de Hall. Usted se ha confundido —explicó, y se echó a reír.

Lo comprendí entonces el aviso en el libro, todo.

—¿Cuál es su nombre, entonces?

—¡Bobby! —gritó cuando el tractor cobraba vida.

Un nombre gracioso, pensé, al sacar del maletero unas tabletas inofensivas de vitaminas y regresar a la casita. Una vez dentro, hice todo lo posible por arreglar las cosas repitiendo una y otra vez: «Sí, señora Booby» y «No, señora Bobby», pero el hielo no se derretía. Le dije que no se preocupara, que estaba seguro de que nada sucedería en varios días, pero no creo que la dejara muy convencida.

Hice un alegre ademán al bajar por el sendero.

—Adiós, señora Bobby —dije—, y no vacile en llamarme si tiene alguna duda.

No pareció haberlo oído.

—¡Ojalá hiciera lo que le digo! —gritó—. No fue más que un pinchacito...

* * *

Desde luego, la buena señora no vaciló en llamar. Cayó sobre mí al día siguiente y tuve que correr a su casa. Sus palabras fueron las mismas de la víspera: quería la maravillosa inyección que haría nacer a los cachorros, y la quería inmediatamente. El señor Broomfield no había perdido el tiempo como yo. Y la tercera, la cuarta y la quinta mañana me hizo correr a Marston a examinar a la perra y me recitó las mismas explicaciones. Las cosas llegaron al límite el sexto día.

En la salita de Lilac Cottage los ojos oscuros tenían un brillo de desesperación al clavarse en los míos.

—Mi paciencia ha llegado al límite, joven. Le digo que me moriré si algo le sucede a la perra, ¡me moriré! ¿Es que no lo entiende?

—Por supuesto, comprendo cómo se siente al respecto, señora Booby. Créame, lo comprendo muy bien.

—Entonces, ¿por qué no hace algo?

Me clavé las uñas en las palmas.

—Mire, ya se lo he dicho. Una inyección de pituitrina actúa contrayendo las paredes musculosas del útero, de modo que solo puede darse cuando ha empezado el parto y la cerviz está abierta. Si la juzgo indicada se la daré, pero si le diera la inyección ahora podría originar la ruptura del útero. Incluso causarle la muerte...

Me interrumpí al darme cuenta de que se me formaban burbujitas en las comisuras de los labios, debido a mi prisa por explicárselo. Sin embargo, no creo que me hubiera escuchado ni una sola palabra. Hundió la cabeza entre las manos.

—Todo este tiempo... No puedo soportarlo...

También yo me preguntaba si podría soportarlo mucho más. El parto de *Cindy* había empezado a invadir mis sueños por la noche, y acogía la mañana con la plegaria silenciosa de que hubieran llegado ya los cachorros. Luego iba allá, hacía una seña a *Cindy* y ella venía de mala gana hacia mí. Estaba más que harta de aquel desconocido que la visitaba a diario, la apretujaba y le metía el dedo, y se sometía a toda la indignidad con los miembros temblorosos y los ojos asustados.

—Señora Booby —dije—, ¿está usted absolutamente segura de que el perro no tuvo acceso a *Cindy* después de la fecha que me mencionó?

Se puso rígida.

—Siempre me está haciendo esa pregunta y he estado recordando. Quizá volviera una semana después, ahora que pienso en ello.

—Bien, ¡está claro entonces! —Extendí las manos—. Hemos de contar a partir de la segunda vez, así que todo acabará mañana.

—Me gustaría mucho más que usted se encargara de arreglarlo hoy, como el señor Broomfield... solo fue un pinchacito.

—¡Pero señora Booby...!

—Y permítame que le diga otra cosa. ¡No me llamo Booby!

Me agarré al respaldo de la silla.

—¿No?

—No.

—Bien, ¿cuál es su nombre entonces?

—Es Dooley. ¡Dooley! —gritó, y parecía muy enojada.

—De acuerdo... de acuerdo.

Recorrí vacilante el sendero del jardín y me marché. No fue una despedida muy grata.

A la mañana siguiente apenas podía creerlo: no hubo llamada de Marston. Tal vez todo fuera bien al fin. Pero me quedé helado cuando, en una de las granjas que visité, me entregaron una nota urgente para que fuera a Lilac Cottage. Estaba, prácticamente, en el extremo más alejado del área y en medio del parto de una vaca, y muy difícil además, y pasaron unas tres horas antes de que me presentara ante la verja del ya familiar jardín. La puerta de la casita estaba abierta y, al subir por el sendero, un proyectil marrón cayó sobre mí. Era *Cindy*, pero una *Cindy* transformada, un ser feroz, escandaloso y gruñón, y, aunque me eché atrás, consiguió clavarme los dientes en la pernera del pantalón y siguió allí tercamente aferrada a su presa.

Saltaba a la pata coja tratando de quitármela de encima, cuando una carcajada casi infantil me hizo mirar a mi alrededor.

La señora Dooley, muy divertida, me observaba desde el umbral.

—A fe mía que está muy cambiada desde que nacieron los cachorros. Eso demuestra lo buena madre que es, ya que los guarda de ese modo.

Miraba cariñosamente al animalito que aún colgaba de mi tobillo.

—¿Los cachorros ya han...?

—Sí, cuando me dijeron que usted tardaría mucho en llegar llamé al señor Farnon. Acudió enseguida y, verá aún estaba en la puerta del jardín cuando ya se presentaban los cachorros. Siete ha tenido, y son unas preciosidades.

—Bueno, magnífico, señora Dooley... espléndido.

Sin duda, Siegfried habría notado un cachorro en el pasaje.

Al fin conseguí librarme de *Cindy* cuando su ama la cogió en brazos, y entré en la cocina a inspeccionar a la familia.

Desde luego, eran unos cachorros preciosos y levanté a los temblorosos animalitos uno a uno del cesto mientras la madre gruñía en brazos de la señora Dooley, como un lobo hambriento.

—Son preciosos, señora Dooley —murmuré.

Me miró compasivamente.

—Le dije lo que tenía que hacer, ¿verdad?, pero usted no quiso. Solo necesitaba un pinchacito. ¡Oh, ese señor Farnon es un hombre encantador...! Lo mismo que el señor Broomfield.

Esto ya era demasiado.

—Pero usted debe comprender, señora Dooley, que dio la casualidad de que él llegó en el momento oportuno. Si yo hubiera venido...

—Vamos, vamos, joven, sea justo. No es que yo le culpe, pero hay personas que tienen más experiencia que otras. Todos hemos de aprender. —Suspiró con aire reminiscente—. Y no fue más que un pinchacito. El señor

Farnon habrá de enseñarle a hacerlo. Le aseguro que aún no había llegado a la puerta del jardín...

Aquello ya pasaba de la raya. Me erguí en toda mi estatura.

—Señora Dooley —dije con voz helada—, permítame que le repita de una vez por todas...

—¡Oh, vamos, vamos, tonterías, no se ponga tieso conmigo! —exclamó—. Nos las hemos arreglado muy bien sin usted, así que no venga protestando. —Su expresión se hizo severa—. Y una cosa más: mi nombre no es señora Dooley.

La cabeza me dio vueltas por un momento. Creí que el mundo se desmoronaba en torno a mí.

—¿Cómo dijo?

—Que mi nombre no es señora Dooley.

—¿No?

—No. —Alzó la mano y, al examinarla estúpidamente, comprendí que debía de haber sido la tensión mental lo que me impidió observar la falta total de anillos—. ¡No! —repitió—. ¡Es señorita Dooley!

—¿Es esto de lo que usted me hablaba? —pregunté.

El señor Wilkin asintió.

—Sí, eso es, siempre es igual.

Contemplé las convulsiones terribles del perro de buen tamaño echado a mis pies, los ojos fijos, los miembros que se agitaban espasmódicamente. El granjero me había hablado de los ataques periódicos que empezaran a afectar a su perro ovejero Gyp, pero era coincidencia que uno de ellos tuviera lugar cuando yo estaba en la granja por otra razón.

—¿Y luego se queda bien, dice?

—Perfectamente. Un poco mareado quizá durante una hora poco más o menos, y después vuelve a la normalidad. —Se encogió de hombros—. Han pasado muchísimos perros por mis manos, como sabe, y he visto a muchos con ataques. Supuse que conocía todas las causas —lombrices, mala comida, moquillo—, pero este me ha vencido. Lo he probado todo.

—Bien, pues ya puede dejar de probar, señor Wilkin —dije—. No podrá hacer mucho por Gyp. Tiene epilepsia.

—¿Epilepsia? Pero si es un perro normal y magnífico la mayor parte del tiempo.

—Sí, lo sé, eso es lo que ocurre. Realmente, no le pasa nada al cerebro. Es una enfermedad misteriosa. La causa es desconocida pero, casi con seguridad, hereditaria.

Alzó las cejas.

—Bien, es curioso. Si es hereditaria, ¿por qué no lo hemos visto antes? Tiene casi dos años y esto empezó hace unas semanas.

—Es lo típico —contesté—, de los dieciocho meses a los dos años es cuando suele aparecer.

Gyp nos interrumpió al ponerse en pie y caminar vacilante hacia su amo, agitando la cola. Parecía molesto por la experiencia. En realidad, aquello había durado menos de dos minutos.

Wilkin se inclinó y le acarició la cabeza brevemente. Sus rasgos curtidos se fruncían en una expresión pensativa. Era un hombre alto y fuerte, de unos cuarenta y tantos años, y, al estrechar los ojos, aquel rostro que raras veces sonreía parecía casi amenazador. A más de uno le había oído decir que por nada del mundo le gustaría enemistarse con Sep Wilkin, y ahora comprendía lo que querían decir. Pero a mí siempre me había tratado bien, y como su granja tenía una extensión de casi cuatrocientas hectáreas, le veía con mucha frecuencia.

Su pasión eran los perros ovejeros. A muchos granjeros les gustaba llevar sus perros a los concursos, pero el señor Wilkin era uno de los principales. Criaba y entrenaba perros que, con toda regularidad, ganaban premios en los concursos locales y, de vez en cuando, en las pruebas nacionales. Y lo que me preocupaba era que *Gyp* constituía su principal esperanza.

Había elegido los dos mejores cachorros de una camada —*Gyp* y *Sweep*— y los había entrenado con la dedicación plena que hiciera de ellos unos ganadores. No creo haber visto jamás dos perros que disfrutaran tanto de su compañía mutua. Cada vez que iba a la granja los veía juntos, a veces sacando las cabezas sobre la media puerta de la casilla donde dormían, y otras veces arrastrándose devotamente alrededor de los pies de su amo, pero sobre todo jugando juntos. Debían pasarse horas luchando, en unas peleas divertidísimas, gruñendo, jadeando y mordiéndose suavemente las patas.

Hacía unos meses, George Crossley, viejo amigo de Wilkin y muy interesado también en las competiciones, había perdido a su mejor perro por culpa de una nefritis, y Wilkin le había vendido a *Sweep*. Aquello me sorprendió entonces, porque *Sweep* estaba en mejor forma que *Gyp* en su entrenamiento y se veía en él a un auténtico campeón. Pero *Gyp* fue el que se quedó. Sin duda debió echar de menos a su amigo, pero había otros perros en la granja y, aunque no le compensaran por completo la pérdida de *Sweep*, nunca estuvo realmente solo.

Mientras le observaba, vi que el perro se recuperaba rápidamente. Era extraordinario lo pronto que volvía a la normalidad tras aquella espantosa convulsión. Y esperé con cierto temor oír lo que diría su amo.

La decisión más fría y lógica que podía tomar era la de acabar con *Gyp*. Y, al mirar al animalito amistoso que meneaba la cola, no me apetecía la idea en absoluto. Había algo muy atractivo en él. El cuerpo de huesos grandes y bien marcados era hermoso, pero su rasgo más distintivo era la cabeza, en la que una oreja estaba siempre alzada mientras la otra quedaba caída, dándole

un aspecto extraño y cómico. En realidad, *Gyp* parecía un payaso. Pero un payaso que irradiaba buena voluntad y camaradería.

El señor Wilkin habló al fin:

—¿Puede mejorar a medida que vaya creciendo?

—Casi seguro que no —contesté.

—Entonces, ¿siempre tendrá esos ataques?

—Me temo que sí. Dice que los ha tenido cada dos o tres semanas... Bien, probablemente seguirá lo mismo con alguna variación ocasional.

—Pero puede sufrir uno en cualquier momento, ¿no?

—Sí.

—Por ejemplo, en medio de un concurso... —El granjero hundió la cabeza en el pecho y su voz resonó profunda—. Entonces está claro.

En el largo silencio que siguió, las palabras fatales resultaban cada vez más inevitables. Sep Wilkin no era hombre que vacilara en un asunto referente a su pasión suprema. La eliminación implacable de cualquier animal que no alcanzara su estándar de perfección sería su norma. Cuando al fin se aclaró la garganta, tuve la horrible premonición de lo que iba a decir.

Pero me equivocaba.

—Si lo conservo, ¿podría hacer algo por él? —preguntó.

—Podría darle unas píldoras. Tal vez reduzcan la frecuencia de los ataques.

Intentaba que mi voz no sonara demasiado ansiosa.

—De acuerdo... de acuerdo... Iré a la clínica y las recogeré —murmuró.

—Estupendo, pero... nunca lo dedicará a la cría, ¿verdad? —inquirí.

—No, no, no —gruñó el granjero con un toque de irritabilidad, como si no quisiera seguir hablando del asunto.

Y yo me callé, porque comprendí intuitivamente que no deseaba ver descubierta su debilidad: estaba dispuesto a conservar el perro solo como animalito doméstico. Tenía gracia que de pronto empezara a encajar en su lugar correspondiente todos los sucesos y cobraran sentido. Por eso había vendido a *Sweep*, muy superior en las pruebas. Porque quería a *Gyp*. En realidad, Sep Wilkin, por duro que fuera, había sucumbido al encanto extraño del perrito.

De modo que empecé a hacer comentarios generales sobre el tiempo ya en camino al coche, pero cuando estaba a punto de marcharme, el granjero volvió al tema principal:

—Hay algo acerca de *Gyp* que no le he dicho nunca —dijo, inclinándose hacia la ventanilla— y no sé si tiene algo que ver o no con la enfermedad.

Jamás ha soltado un ladrido; en la vida.

Le miré sorprendido.

—¿Quiere decir, nunca, NUNCA?

—Exacto. Ni un solo ladrido. Todos los perros escandalizan cuando vienen extraños a la granja, pero jamás he oído un sonido de labios de Gyp desde que nació.

—Esto es muy raro —observé—, pero no veo que tenga la menor relación con su enfermedad, en absoluto.

Y al poner en marcha el motor, noté por primera vez que, mientras una perra y dos cachorros pequeños volvían a ladrarme al verme ya en camino, Gyp se limitaba a mirarme de modo amistoso, con la boca abierta y la lengua caída, pero sin ruido. Un perro mudo.

La cosa me intrigó. Tanto que, cada vez que fui a la granja durante los meses siguientes, puse un interés especial en observar al perro ovejero en todo lo que hiciera. Pero nunca advertí el menor cambio. Entre las convulsiones, que ahora se habían reducido a intervalos de tres semanas, era un perro normal, activo y feliz. Pero mudo.

También lo veía en Darrowby cuando su amo acudía al mercado. Gyp solía ir cómodamente sentado en el asiento posterior del coche, pero si por casualidad hablaba con Wilkin en esas ocasiones nunca mencionaba el tema porque, como dije, tenía la impresión de que a él, más que a la mayoría de los granjeros, le repugnaría que otros supieran que tenía un perro por capricho y no por razones de trabajo.

Y sin embargo, siempre he tenido la sospecha de que la mayoría de los perros de las granjas eran animalitos domésticos en realidad. Naturalmente, en las granjas de ovejas los perros sí eran animales de trabajo e indispensables, y sin duda en otros establecimientos hacían su función al colaborar a reunir las vacas al atardecer. Pero, al observarlos en mis rondas diarias, a veces tenía mis dudas. Los veía sentados sobre los carros en la época del heno, persiguiendo ratas entre los haces en el tiempo de la cosecha, curioseando entre los edificios, o recorriendo los campos junto al granjero, y a veces me preguntaba: ¿qué hacen, en realidad?

Mis sospechas se confirmaban en ocasiones, como cuando intentaba acorralar al ganado en un rincón y el perro trataba de tomar parte en la función mordiendo una cola o una pata. Invariablemente, se oía un gruñido ronco de aviso: «¡Lárgate, chucho!» o «¡Fuera de aquí, perro!».

Así que hasta la fecha sigo aferrado a mi teoría: la mayoría de los perros de granjas son animalitos domésticos y si están allí es, sobre todo, porque al

granjero le gusta tenerlos a su alrededor. Por supuesto, habría que poner en el potro a cualquier granjero para conseguir que lo admitiera, pero yo creo que tengo razón. Claro que, entretanto, los perros se lo pasan maravillosamente bien. No tienen que suplicar un paseo; están fuera todo el día y en compañía de sus amos. Si necesito encontrar a un granjero en su propiedad siempre busco a su perro y sé que el hombre no andará lejos. Yo trato de darles buena vida a mis perros, pero no puede compararse con la que lleva el perro corriente de granja.

* * *

Hubo un largo periodo en que el ganado de Sep Wilkin se conservó sano y no les vi ni a él ni a Gyp; luego me los encontré por casualidad en una competición de perros ovejeros. Era un acontecimiento local patrocinado por la Feria Agrícola de Mellerton y, puesto que me hallaba en el distrito, decidí dedicarle una hora.

Llevé a Helen también, porque esos concursos nos han fascinado siempre. El maravilloso dominio de los propietarios sobre sus animales, la dedicación plena de los mismos perros y la habilidad y arte de toda la operación nos dejan atónitos.

Helen me cogió del brazo cuando cruzábamos la entrada para dirigirnos al punto en el que una marea constante de coches aparcaban en un extremo de un campo muy extenso. El lugar estaba al borde del río y, a través de unas filas de árboles, el sol de la tarde brillaba sobre las aguas revueltas de los vados y daba una blancura especial a los guijarros de las orillas. Grupos de hombres, especialmente concursantes, aguardaban allí en pie charlando mientras observaban. Eran hombres serenos, tranquilos y curtidos por el tiempo, y como, al parecer, provenían de todos los estratos sociales, desde los granjeros más prósperos a los simples braceros, sus ropas eran variadas: gorras de tela, sombreros de franela, sombreros de caza, cabezas descubiertas, chaquetas de *tweed*, los clásicos vestidos nuevos y tiesos, camisas de cuello abierto, corbatas de fantasía, y a veces ni cuello ni corbata. Casi todos ellos se apoyaban en largos cayados, cuyo mango tenía por lo general la forma de los cuernos de un morueco.

Al cruzar entre ellos, nos llegaban retazos de conversación: «Ahí va ese, Fred», «Las reúne muy bien», o «No, ha perdido una ahora, no le darán nada por él», «Es que esas ovejas son muy escurridizas», «Sí, son una mierda». Y, sobre todo ello, los silbidos del hombre que dirigía al perro, todos los niveles

y tonos de silbido que se puedan imaginar y, de vez en cuando, un: «¡Abajo!» o un «¡Apártate!». Cada hombre tenía su propio estilo con su perro.

Los animales que esperaban turno estaban atados a una valla rematada por un seto. Había unos setenta perros, y era maravilloso ver la larga fila de rabos ondulantes y expresiones amistosas. Se veían unos a otros por primera vez, pero no había ni sombra de desacuerdo ni de pelea. Parecía que la obediencia natural de aquellas criaturas iba unida a un carácter amistoso.

También esto parecían tenerlo en común con sus propietarios. No había animosidad ni resentimiento en la derrota, ni una demostración exagerada de triunfo en la victoria. Si un hombre se pasaba del tiempo concedido, se llevaba a las ovejas tranquilamente a un rincón y se volvía con una sonrisa filosófica a sus colegas. Había algunas bromitas y chanzas, pero eso era todo.

Nos acercamos a Sep Wilkin, apoyado contra su coche en el punto más ventajoso, a unos treinta metros del último redil. *Gyp*, atado al radiador, se volvió y me lanzó una sonrisita torcida, mientras la señora Wilkin, en un taburete a su lado, le acariciaba el lomo. Por lo visto, también a ella le había conquistado *Gyp*.

Helen se acercó a hablar con la señora Wilkin y yo me volví hacia su marido.

—¿Va a correr algún perro suyo hoy, señor Wilkin?

—No, esta vez no. Solo he venido a mirar. Conozco a muchos perros.

Me quedé junto a él un rato observando a los competidores en acción, aspirando el olor limpio de la hierba pisada y el del tabaco de mascar. Delante de nosotros, junto al redil, se hallaba el juez en su puesto.

Llevaba allí unos diez minutos, cuando Wilkin alzó un índice y señaló:

—Miren quién está ahí.

George Crossley, con *Sweep* a sus talones, se dirigía sin prisas hacia el poste de partida. *Gyp* se puso rígido de repente y se incorporó muy erguido; la oreja caída acentuaba su aire de payaso. Hacía muchos meses que no veía a su hermano y compañero, me dije, y no era muy probable que lo recordara. Pero su interés era muy intenso y, cuando el juez agitó el pañuelo blanco y soltaron a tres ovejas en el extremo más lejano, *Gyp* se puso lentamente en pie.

Un gesto de Crossley envió a *Sweep* a dar vueltas alrededor del perímetro del terreno en un galope feliz, y, cuando logró acorralar a las ovejas, un silbido le hizo encogerse sobre el estómago. A partir de este momento, fue toda una lección de la cooperación del hombre y el perro. Sep Wilkin siempre había dicho que *Sweep* sería un campeón y sin duda iba a serlo ahora, pues

ora acababa, ora se dejaba caer, a las órdenes de su amo. Silbidos breves y agudos, silbidos penetrantes y prolongados... él se acomodaba a todos.

En todo el día, ningún perro había logrado hacer pasar a las ovejas a través de las tres series de puertas con la velocidad con la que lo estaba haciendo *Sweep*, y cuando se acercó hacia el redil, junto a nosotros, era indudable que ganaría la copa a menos que sobreviniera un desastre. Pero ahora venía lo más difícil; en más de una ocasión y, con otros perros, las ovejas se habían desparramado e iniciado la huida a pocos metros del cercado de barrotes de madera.

George Crossley sostuvo la puerta abierta y extendió el cayado. Ahora se comprendía por qué lo llevaban todos. Sus órdenes a *Sweep*, ahora muy pegado a la hierba, eran casi inaudibles, pero las palabras ahogadas le hacían arrastrarse centímetro a centímetro, ya en una dirección ya en otra. Las ovejas estaban entonces en la entrada del redil, pero todavía miraban a su alrededor, irresolutas, y el juego aún no había terminado. Pero, mientras *Sweep* avanzaba hacia ellas casi imperceptiblemente, se volvieron y entraron, y Crossley cerró de golpe la puerta tras ellas.

Al hacerlo, se volvió hacia *Sweep* con un grito feliz de «¡BUEN CHICO!» y el perro respondió con un alegre agitar de la cola. Al ver esto, *Gyp*, que había seguido de pie y muy estirado la actuación, observando cada movimiento con la concentración más intensa, alzó la cabeza y emitió un único ladrido resonante —«¡GUAU!»—, y todos lo miramos asombrados.

—¿Has oído eso? —preguntó, atónita, la señora Wilkin.

—¡Vaya por Dios! —explotó su marido, mirando al perro con la boca abierta.

Gyp no parecía darse cuenta de haber hecho nada extraordinario. Estaba demasiado interesado en reunirse con su hermano y, a los pocos segundos, los dos se revolcaban por el suelo, el uno sobre el otro, y se mordisqueaban juguetonamente como antes.

* * *

Supongo que los Wilkin, como yo, tuvieron la impresión de que aquel suceso haría que *Gyp* empezara a ladrar como cualquier otro perro, pero no había de ser así.

Seis años más tarde, estaba yo en la granja y fui a la casa para obtener agua caliente. Cuando la señora Wilkin me entregaba el cubo, miró a *Gyp*, tumbado al sol ante la ventana de la cocina.

—Así que estabas ahí, pobrecito —le dijo al perro.

Me eché a reír.

—¿Ha vuelto a ladrar desde aquel día?

Ella denegó con la cabeza.

—No, señor; ni una sola vez. En eso confié durante mucho tiempo, pero ahora ya sé que no volverá a hacerlo.

—Bien, no tiene importancia. Sin embargo, jamás olvidaré aquella tarde de la competición.

—¡Ni yo tampoco! —Miró de nuevo a *Gyp* y sus ojos se suavizaron con el recuerdo—. ¡Pobrecillo, ocho años de vida y solo un «guau»!

El trabajo burocrático nunca ha sido mi fuerte y, tras una larga tarde escribiendo cartas, me resultó un alivio bajar corriendo las escaleras desde nuestro salón-dormitorio y cruzar paseando la plaza del mercado hasta la oficina de correos. Acababa de dejar caer las cartas en el buzón cuando un estruendo de música de *jazz* resonó sobre las piedras, procedente de una puerta abierta. Y aquello me volvió instantáneamente a mis días de soltero, a la noche de aquel baile, cuando yo cortejaba a Helen y todo iba tan mal...

El gran salón de Skeldale House había estado lleno aquella noche. Parecía que aquella habitación, con sus hornacinas repletas de libros, el techo alto y ornamentado, y los ventanales que daban paso al jardín, fuera el centro de nuestra vida en Darrowby. Allí era donde Siegfried, Tristán y yo nos reuníamos, una vez terminada la jornada de trabajo, a tostarnos los pies junto a la chimenea blanca, rematada por un armarito de puertas de cristales, y a charlar de los sucesos del día. Lo mejor de nuestra existencia de solteros consistía en sentarnos allí, en un torpor feliz, leyendo o escuchando la radio mientras Tristán hacía sin esfuerzo alguno el crucigrama del *Daily Telegraph*.

También en el salón recibía Siegfried a sus amigos, y siempre había una corriente constante de ellos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Sin embargo, esa noche era de Tristán, y el grupo de jóvenes con copas en las manos habían acudido a invitación suya. Y probablemente no habría necesitado mucha persuasión. Aunque era el polo opuesto de su hermano en muchos aspectos, tenía su mismo atractivo y, como en el caso de Siegfried, los amigos acudían corriendo solo con que él moviera un dedo.

Se celebraba esta reunión con ocasión del Baile de los Narcisos en Las Armas de Drovers y todos íbamos vestidos con nuestras mejores galas. Un baile muy distinto, por supuesto, de las fiestas que solían celebrarse en el instituto del pueblo, los granjeros con sus botazas y sin más música que un violín y un piano desafinados. Este iba a ser un baile auténtico, con una banda popular de la localidad —Sadie Butterfield y sus Muchachos— y era un acontecimiento anual que anunciaba la llegada de la primavera.

Observé a Tristán, que servía las copas. Las botellas de *whisky*, ginebra y jerez que Siegfried guardaba en el armarito de la chimenea habían recibido ya un severo castigo, pero Tristán se mantenía abstemio. Un sorbito ocasional de un vaso de cerveza ligera, pero nada más. Para Tristán, beber significaba trasegar a litros cerveza amarga de barril; todo lo demás era vanidad de vanidades. Las copas pequeñas eran anatema para él e incluso hoy, si se halla en una fiesta en la que todo el mundo tiene una copa pequeña en la mano, Tristán se las arregla como sea para tener una jarra de medio litro en la suya.

—Una reunión estupenda, Jim —dijo, poniéndose a mi lado—. Hay más chicos que chicas, pero eso no importa demasiado.

Le miré fríamente. Ya sabía yo por qué sobraban hombres. Así Tristán no tendría que bailar con demasiada frecuencia. Por supuesto, siendo hombre que odiaba el malgastar energías, era lógico que no le gustara el baile. No le importaba sacar a una muchacha a la pista de vez en cuando durante la noche, pero prefería pasar la mayor parte del tiempo en el bar.

En realidad, lo mismo hacían en su mayoría, los chicos de Darrowby. Cuando llegamos a Las Armas, el bar estaba congestionado, y solo unos cuantos entusiastas bailaban en la pista. Pero, a medida que pasó el tiempo, otras parejas se aventuraron y, a las diez, la pista de baile estaba realmente abarrotada.

Pronto descubrí que me estaba divirtiendo. Los amigos de Tristán eran un grupo efervescente, jóvenes encantadores y muchachas atractivas. No podía por menos de pasarlo bien.

La famosa banda de Butterfield, con sus chaquetas rojas, colaboraba notablemente a la alegría general. Sadie tendría unos cincuenta y cinco años y, en realidad, cuatro de sus Muchachos eran bastante viejos, pero compensaban sus canas a fuerza de vivacidad. No es que el pelo de Sadie fuera gris; por supuesto, lo llevaba teñido de un negro rabioso, y aporreaba el piano con energía dinámica sonriendo a la concurrencia a través de sus gafas de montura de concha, aullando a veces el estribillo por el micrófono que tenía al lado, anunciando las piezas y gastando bromas de mejor o peor gusto. Estaba dispuesta a esforzarse por lo que le pagaban.

No había parejas fijas en nuestro grupo y empecé a bailar con todas las muchachas por turno. En el momento más animado de la noche me encontré bailando en la pista con Daphne y, según estaba formado su cuerpo, esto resultaba una experiencia deliciosa. Nunca me han gustado las mujeres flacas, pero supongo que podía decirse que Daphne se había pasado un poco en

cuestión de desarrollo. No es que estuviera gorda, pero sí generosamente cubierta de carne.

Batallando con la multitud, tropezando con vecinos exuberantes, chocando no sin satisfacción con Daphne, cantando todos mientras bailábamos y los Muchachos atronaban con el insistente ritmo de su batería, me sentía el hombre más feliz y libre de preocupaciones del mundo. Y entonces vi a Helen.

Bailaba con el inevitable Richard Edmundson, cuya cabeza rubia y brillante se elevaba sobre la de ella, como dominándola para siempre. Me pareció injusto que en un solo instante se me viniera abajo toda aquella felicidad superficial, dejando únicamente un vacío helado y amenazador.

Cuando la música se detuvo, llevé a Daphne junto a sus amigos y fui a buscar a Tristán. El cómodo bar de Las Armas de Drovers estaba abarrotadísimo y la temperatura era la de un horno. A través de una nube impenetrable de humo de cigarrillos, discerní a mi colega sentado en un taburete y charlando con un grupo de juerguistas sudorosos. Pero Tristán parecía tan fresco como una rosa y, como siempre, profundamente feliz. Se bebió la jarra, chasqueó los labios suavemente como si aquella hubiera sido la mejor cerveza que probara en la vida, y luego, al inclinarse sobre el mostrador para pedir otra más, me vio luchando por acercarme a él.

Cuando llegué al taburete, me puso la mano en el hombro con toda amabilidad:

—¡Vaya, Jim, qué alegría verte! Un baile espléndido, ¿no crees?

No saqué a relucir el hecho de que todavía no le había visto en la pista, pero, tratando de que mi voz sonara normal, mencioné que Helen estaba allí.

Asintió, benévolo.

—Sí, la vi entrar. ¿Por qué no vas a bailar con ella?

—No puedo. Está con su pareja, el joven Edmundson.

—Por supuesto que no. —Examinaba la nueva jarra con mirada crítica, y luego tomó un sorbo exploratorio—. Ha venido con un grupo, como nosotros. Nada de parejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Los estuve observando cuando los chicos colgaban los abrigos ahí fuera, mientras las muchachas subían al otro piso. No hay razón alguna para que no puedas bailar con ella.

—Comprendo.

Vacilé unos momentos y volví al salón de baile.

Pero no iba a ser tan fácil. Había de seguir cumpliendo mi deber con las chicas de nuestro grupo y, en cuanto me dirigía hacia Helen, uno de sus amigos la sacaba a bailar antes de que yo consiguiera acercarme. A veces, creía imaginar que ella miraba en mi dirección, pero no podía estar seguro; lo único que sabía con certeza era que ya no me divertía, que la magia y la alegría habían desaparecido, y que experimentaba una tristeza creciente a la idea de que este iba a ser otro más de mis contactos fallidos con Helen, en los que todo lo que estaba a mi alcance era mirarla sin esperanzas. Solo que esta vez era peor. Ni siquiera le había hablado.

Creo que incluso sentí alivio cuando el administrador del hotel se me acercó para comunicarme que tenía una llamada. Acudí al teléfono y hablé con la señora Hall. Había una perra con problemas de parto y debía atenderla. Miré el reloj: más de medianoche, así que eso significaba el final de la fiesta para mí.

Me detuve un momento escuchando el rumor ahogado procedente del salón de baile, luego me puse el abrigo lentamente antes de entrar a despedirme de los amigos de Tristán. Intercambié unos comentarios con ellos, hice un ademán de despedida, di media vuelta y empujé la puerta giratoria.

Allí estaba Helen, como a medio metro de a mí. También tenía la mano en la puerta. Ni siquiera me pregunté si entraría en ese momento o si se disponía a salir; me limité a mirar en silencio sus ojos azules y sonrientes.

—¿Ya te vas, Jim? —preguntó.

—Sí. Acabo de recibir una llamada.

—¡Oh, qué lástima! Espero que no sea nada grave.

Abría la boca para hablar, pero su belleza y su misma proximidad llenaron de pronto mi mundo y un anhelo irresistible se apoderó de mí. Corrí la mano unos centímetros por la puerta y me apoderé de la suya con el ímpetu del que se está ahogando, y sentí maravillado que sus dedos se unían y entrelazaban estrechamente a los míos.

En un instante desapareció todo: la banda, el estruendo, la gente... solo nosotros dos, muy cerca el uno del otro, en la puerta.

—Ven conmigo —dije.

Sus ojos se agrandaron esplendorosamente al sonreír, con aquella sonrisa que yo conocía tan bien.

—Cogeré el abrigo —murmuró.

Este no puedo ser yo, me dije mientras esperaba en el vestíbulo alfombrado y observaba a Helen que subía rápidamente las escaleras, pero me vi forzado a creerlo cuando reapareció en el descansillo poniéndose el abrigo.

Fuera, sobre las piedras de la plaza del mercado, el coche debió contagiarse también de la sorpresa porque se puso en marcha a la primera intentona.

Tenía que volver a la clínica a buscar los instrumentos, por lo que bajamos en la calle silenciosa a la luz de la luna y abrí la puerta principal de Skeldale House.

Una vez en el interior, resultó la cosa más natural del mundo cogerla en brazos y besarla agradecido y sin prisas. Llevaba mucho tiempo esperándolo y los minutos pasaron sin que nos diéramos cuenta mientras seguíamos allí, los pies sobre las baldosas rojas y negras del siglo XVIII, nuestras cabezas muy cerca del cuadro impresionante de la «Muerte de Nelson» que dominaba el vestíbulo.

Nos besamos de nuevo en el primer ángulo del corredor, bajo el cuadro gemelo del «Encuentro de Wellington y Blucher en Waterloo». Nos besamos en el segundo ángulo, junto al armario en el que Siegfried guardaba sus chaquetas y botas de montar. Nos besamos en el dispensario, mientras buscábamos los instrumentos. Y luego lo probamos de nuevo en el jardín, y este fue el mejor de todos, con las flores serenas y expectantes bajo la luna y la fragancia de la tierra húmeda y la hierba a nuestro alrededor.

Jamás he ido tan despacio en el coche a una visita. Tal vez a quince kilómetros por hora, con la cabeza de Helen sobre mi hombro y todos los aromas de la primavera entrando por la ventanilla abierta. Era como navegar desde un mar tormentoso hasta un puerto dulce y seguro; era como volver a casa.

La luz en la ventana de la casita era la única que se veía en el pueblo dormido, y al llamar a la puerta nos abrió Bert Chapman. Bert era un peón caminero, uno de esos hombres por los que yo sentía una afinidad especial.

Los que trabajan en las carreteras eran mis hermanos de los caminos. Como yo, se pasaban la mayor parte de su vida en las vías solitarias en torno a Darrowby, y les veía muchos días de la semana reparando el cemento, cortando los bordes de hierba en verano y rastrillando la nieve en invierno. Cuando me veían pasar en el coche, sonreían amablemente y me saludaban con un ademán, como si el verme les alegrara el día. No sé si es que los elegían especialmente por su buen carácter, pero no creo haber encontrado en la vida un grupo de hombres más ecuanimes y tranquilos.

En una ocasión, oí a un viejo granjero que comentaba amargamente:

—No me extraña que esos tunantes estén siempre contentos. No tienen nada que hacer.

Una exageración, naturalmente, pero comprendo sus sentimientos. Comparado con el trabajo de la granja, cualquier otro parece fácil.

Yo había visto a Bert Chapman, hacía un par de días, sentado en una ladera cubierta de hierba, con la pala al lado y un bocadillo enorme en la mano. Había alzado el brazo en un gesto de saludo, y una sonrisa generosa cortó en dos su rostro redondo y curtido por el sol. Le había juzgado un hombre libre de preocupaciones, pero esta noche su sonrisa era tensa.

—Siento molestarle tan tarde, señor Herriot —dijo, haciéndonos pasar a la casa—, pero estoy un poco preocupado por *Susie*. Es hora de que nazcan los cachorros, y ha estado haciéndoles la cama y trasteando todo el día, pero nada ha sucedido. Iba a dejarla hasta mañana, pero hacia medianoche empezó a quejarse... y no me gusta su aspecto.

Susie era una de mis pacientes regulares. Su amo la llevaba a menudo a la clínica, algo avergonzado de su solicitud, y cuando le veía sentado en la sala de espera, un poco fuera de lugar entre tantas mujeres con sus animalitos, solía alegar que su esposa le había rogado que me trajera a *Susie*, aunque era una excusa patente.

—No es más que una perra vulgar, pero muy fiel —decía ahora Bert que seguía disculpándose.

Yo comprendía, sin embargo, lo que sentía por *Susie*, una golfilla cuya única treta consistía en ponerme las patas en las rodillas y reírse descaradamente de mí mientras agitaba la cola. Yo la encontraba irresistible.

Pero esta noche parecía otro animal. Al entrar en la salita, la pobre se arrastró desde su cesto, movió la cola con cierta indecisión y se quedó tristemente en medio de la habitación, con una respiración muy penosa. Cuando me incliné para examinarla, volvió hacia mí unos ojos ansiosos y una boca jadeante.

Le pasé las manos por el abdomen; creo que jamás he examinado a una perra tan cargada. Estaba redonda como un balón, con el vientre rebosante de cachorros dispuestos a saltar a la vida, pero nada sucedía.

—¿Qué opina usted?

El rostro de Bert estaba demudado a pesar del tostado del sol, y su mano callosa acarició por un instante la cabeza de la perra.

—No lo sé todavía, Bert —contesté—. Tendré que examinarla por dentro. ¿Quiere traerme agua caliente, por favor?

Añadí un poco de antiséptico al agua, me enjaboné la mano y, con un solo dedo, exploré cuidadosamente la vagina. Había un cachorro allí, sí, pues

podía pasarle el dedo por el morrito, la boquita, y la lengua, pero estaba encajado en aquel pasaje estrecho como un corcho en una botella.

Di media vuelta y me encaré con los Chapman.

—Me temo que hay un cachorro grande que ha quedado encajado. Tengo la impresión de que, si pudiera librarse de este, los otros saldrían con facilidad. Probablemente son más pequeños.

—¿Hay algún modo de moverlo, señor Herriot? —preguntó Bert.

Hice una breve pausa.

—Voy a cogerle la cabeza con los fórceps para intentarlo. No me gusta usar los fórceps, pero haré una prueba con todo cuidado, y si no resulta, tendré que llevarme a *Susie* a la clínica para una cesárea.

—¿Una operación? —exclamó Bert, con voz ronca.

Tragó saliva y miró temerosamente a su esposa. Como la mayoría de los hombres altos y fuertes, se había casado con una mujercita muy pequeña, y en aquel momento la señora Chapman parecía todavía más diminuta porque estaba enroscada en la silla y me miraba con ojos muy abiertos.

—¡Ojalá no la hubiéramos apareado nunca! —gimió, estrujándose las manos—. Le dije a Bert que con cinco años era demasiado mayor para una primera camada, pero no quiso escucharme. Y ahora tal vez la perdamos.

Intenté tranquilizarla enseguida:

—No, no es demasiado vieja y todo irá bien. A ver si conseguimos algo.

Herví los instrumentos durante unos minutos en la cocina, y luego me arrodillé de nuevo junto a mi paciente. Examiné los fórceps un instante y, ante aquel brillo de acero, un tono grisáceo cubrió el rostro saludable de Bert, y su esposa se encogió como una bola en la silla. Desde luego, resultaban inútiles como ayudantes, así que Helen sostuvo la cabeza de *Susie* mientras yo volvía a meter la mano en busca del cachorro. Había muy poco sitio, poquísimo, pero conseguí dirigir los fórceps con el dedo hasta que tocaran el morro. Entonces abrí suavemente las mandíbulas y las hice adelantarse un poco, con una presión muy leve, hasta que pude sujetar los fórceps a ambos lados de la cabeza.

Pronto lo sabríamos. En una situación así, no se puede tirar; solo tratar de facilitar la salida. Eso hice, y creí advertir algún movimiento. Probé de nuevo y ya resultó indudable: el cachorro venía hacia mí. *Susie* también pareció comprender que las cosas ya iban a su favor. Abandonó la apatía de antes y empezó a hacer esfuerzos por su cuenta.

Después, ya no hubo problema y saqué al cachorro casi sin resistencia.

—No sé si este estará muerto —dije, y cuando la criaturita diminuta quedó sobre mi palma, no había señales de respiración.

Pero al apretar el pecho entre el pulgar y el índice, noté que el corazón latía con firmeza, por lo que rápidamente le abrí la boca y le soplé en los pulmones.

Lo repetí unas cuantas veces, y luego dejé el cachorro en un lado del cesto. Empezaba a pensar que todo era inútil, cuando las costillitas se alzaron repentinamente, y luego una y otra vez.

—¡Vive! —exclamó Bert, alegremente—. ¡Es un campeón! Queremos estos cachorros vivos, ¿sabe? Son del terrier de Jack Dennison, y es magnífico.

—Es cierto —intercaló la señora Chapman—. Por muchos que tenga, ya están todos comprometidos. Todo el mundo quiere un cachorro de *Susie*.

—Estoy convencido de ello —dije.

Pero sonreí para mis adentros. El terrier de Jack Dennison era otro animal de antepasados muy dudosos, así que los cachorros serían una buena mezcla. Pero a nadie le importaría.

Administré a *Susie* medio centímetro cúbico de pituitrina.

—Creo que lo necesita después de haber estado haciendo fuerza con este durante horas. Esperaremos a ver qué ocurre.

Fue una espera agradable. La señora Chapman preparó el té y empezó a untar con mantequilla sus bollos caseros. *Susie*, ayudada en parte por la pituitrina, parió un cachorro tras otro, cada quince minutos. Estos iniciaron muy pronto un escándalo de volumen sorprendente en criaturas tan diminutas. Bert, visiblemente relajado por minutos, llenó la pipa y contempló aquella familia que crecía a ojos vistas, con una sonrisa increíblemente amplia.

—¡Vaya, sí que son ustedes amables al quedarse aquí con nosotros! —La señora Chapman inclinaba la cabeza a un lado y nos miraba preocupada—. Supongo que estarán muriéndose de ganas de volver a su baile.

Pensé en la muchedumbre de Las Armas de Drovers. El humo, el calor, el constante aporreo de la batería de los Muchachos y luego miré a mi alrededor, aquella pacífica salita con la chimenea anticuada, las vigas bajas y relucientes, el costurero de la señora Chapman, la fila de pipas de Bert sobre la pared. Estreché con firmeza la mano de Helen que había estado unida a la mía bajo la mesa, durante la última hora.

—En absoluto, señora Chapman —dije—. No lo hemos echado de menos, créame.

Y era cierto. Jamás en mi vida he sido más sincero.

Debían de ser las dos y media cuando decidí al fin que *Susie* había terminado. Tenía seis magníficos cachorros, una buena marca por ser una perra tan pequeña, y el ruido ya se había calmado al instalarse toda la familia para su primera tetada.

Cogí a los cachorros, uno a uno, para examinarlos. A *Susie* no le importó en absoluto; al contrario, parecía sonreír con discreto orgullo mientras yo tanteaba a sus crías. Cuando se los devolví, los inspeccionó y olisqueó durante un buen rato antes de caer de lado de nuevo.

—Tres perros y tres perras —dije—; una camada bien empatada.

Antes de salir, saqué a *Susie* del cesto y le palpé el abdomen. El grado de desinflación era casi increíble; un balón pinchado no hubiese alterado su forma de modo más espectacular, y la metamorfosis me devolvía a la perrita flaca, vulgar y graciosa que yo conocía tan bien.

Cuando la solté, volvió corriendo y se enroscó en torno a su gran familia. Pronto estuvieron chupando todos de nuevo, con absorción total.

Bert soltó una carcajada.

—Está muy encariñada con sus cachorros. —Se inclinó y tocó el primero de ellos con un dedo calloso—. Me gusta el aspecto de este grandullón. Supongo que nos lo quedaremos para nosotros, mamá. Será buena compañía para nuestra nena.

Era hora de irnos. Helen y yo nos dirigimos a la puerta y la pequeña señora Chapman, ya con la mano en el picaporte, me miró.

—Bien, señor Herriot —dijo— no sé cómo darle las gracias por haber venido a tranquilizarnos. No sé qué habría hecho con este hombre mío si algo le hubiera sucedido a su perrita.

Bert sonrió bobaliconamente.

—No —murmuró—, si yo nunca estuve preocupado...

Su esposa se rio y abrió la puerta y, cuando salíamos a la noche silenciosa y perfumada, me cogió del brazo y me miró con aire pícaro.

—Supongo que es su novia —dijo.

Pasé el brazo sobre los hombros de Helen.

—Sí —respondí con firmeza—. Es mi novia.

¡La consulta llena! Pero la sensación de satisfacción que experimentara al ver aquel montón de cabezas se iba desvaneciendo al reconocerlos a todos. ¡Los Dimmock otra vez!

Conocí por primera vez a los Dimmock la tarde en que me llamaron para que fuera a ver a un perro que había sido atropellado por un coche. La dirección era allá, en la parte vieja de la ciudad, y conducía lentamente ante la fila de casitas ruinosas buscando el número, cuando se abrió de golpe una puerta y tres niños con el rostro aterrado corrieron a la calle llamándome frenéticamente.

—¡Es aquí, señor!, —gritaron al unísono al bajar yo del coche, e inmediatamente se dispusieron a ponerme en antecedentes.

—¡Es *Bonzo*! Sí, ¡lo atropelló un coche! ¡Tuvimos que entrarlo, señor!

Todos hablaban a la vez mientras yo abría la puerta del jardín y me afanaba por recorrer el sendero con los tres agarrados a mis brazos y tirándome de la chaqueta. De pasada miré, maravillado, la ventana de la casa en la que una masa de rostros juveniles me hacían señas y gesticulaban a placer.

Una vez atravesada la puerta, que daba directamente a la sala de estar, me vi sumergido en una marea de cuerpos y arrastrado hasta el rincón en el que vi a mi paciente.

Bonzo estaba sentado sobre una manta vieja. Era un perro grande y de pelo largo, de raza indefinida, y aunque a la primera mirada no creí advertir mucho daño, tenía una expresión patética y dolorida. Puesto que todo el mundo hablaba a la vez, resolví ignorarles y llevar a cabo mi examen. Fui estudiando patas, pelvis, costillas y columna vertebral: ninguna fractura. La membrana mucosa era de buen color; no había pruebas de daño interno. En realidad, lo único que podía encontrar era un ligero magullamiento sobre la paletilla izquierda. *Bonzo* estaba sentado muy erguido, como una estatua, mientras lo examinaba, pero al terminar con él se dejó caer de lado y se quedó mirándome como si se disculpara, con la cola azotando la manta.

—Eres un perro malcriado y mimoso, eso es lo que eres —dije, y la cola se movió todavía más deprisa.

Me volví para examinar a aquella muchedumbre y a los pocos momentos conseguí identificar a los padres. Mamá trataba de abrirse camino hacia mí, mientras papá, allá en el fondo —una figura pequeña—, me sonreía sobre las cabezas de sus hijos. Intentó acallar a estos y, cuando se calmó aquella babel, me dirigí a la señora Dimmock.

—Creo que el perro ha tenido suerte —dije—. No le encuentro daño grave. Imagino que el coche lo haría saltar por los aires y lo dejaría sin aliento por un minuto, o tal vez haya sufrido un *shock*.

El escándalo estalló de nuevo.

—¿Se morirá, señor? ¿Qué le pasa? ¿Qué va a hacerle?

Le di una inyección de un sedante suave mientras *Bonzo* adquiría una gran rigidez, como la viva estampa del sufrimiento canino.

Todas aquellas cabezas despeinadas lo miraban con profunda preocupación e innumerables manitas lo acariciaban.

La señora Dimmock trajo una jofaina de agua caliente y, mientras me lavaba las manos, hice un cálculo apresurado de la familia. Conté once pequeños Dimmock, desde un muchacho ya adolescente a un bebé gordinflón que se arrastraba por el suelo, y a juzgar por el bulto tan significativo de mamá, el número aumentaría pronto. Iban vestidos con una serie de ropas pasadas de unos a otros, jerseys remendados, pantalones con remiendos y trajes andrajosos, pero a pesar de ello el ambiente general de la casa era el de una gozosa *joie de vivre*.

Bonzo no era el único animal y miré con incredulidad a otro perrazo y a un gato con dos gatitos pequeños, que aparecieron entre el lío de piernas y pies. Cualquiera pensaría que el problema de llenar las bocas humanas ya era bastante difícil sin necesidad de añadir varios animales.

Pero los Dimmock no se preocupaban por tales cosas. Hacían lo que les gustaba hacer e iban tirando. Según supe después, nadie recordaba que papá hubiese trabajado jamás. Tenía «la espalda enferma» y llevaba lo que a mí me parecía una vida razonablemente satisfactoria, paseando y curioseando por la ciudad durante el día y disfrutando de una cerveza y una partida de dominó, en un rincón de Las Cuatro Herraduras, por la noche.

Le veía con frecuencia. Era fácil distinguirlo porque invariablemente llevaba un bastón que le daba aire de dignidad, y siempre caminaba alerta y vivaracho, como si se dirigiera a una cita importante.

Eché una última mirada a *Bonzo*, tendido aún sobre la manta y mirándome con ojos melancólicos, y traté de llegar a la puerta.

—¡No creo que haya por qué preocuparse! —grité sobre el estruendo que había estallado de nuevo—, pero vendré mañana para asegurarme.

Cuando detuve el coche ante la casa, a la mañana siguiente, vi a *Bonzo* corriendo como un loco por el jardín con algunos de los niños. Estos se lanzaban la pelota de unos a otros y él saltaba entusiasmado tratando de interceptarla.

Desde luego, no había empeorado después del accidente, pero, en cuanto me vio abrir la verja, dejó caer la cola y casi se puso de rodillas al meterse en la casa. Los niños me recibieron con una alegría desbordante.

—¡Usted le ha puesto bueno, señor! Ahora está bien, ¿no? ¡Ha tomado un desayuno estupendo esta mañana, señor!

Entré en la casa, mientras todas las manitas tiraban de la chaqueta. *Bonzo* estaba sentado muy tieso, en la manta con la misma actitud que el día anterior, pero al acercarme yo se dejó caer lentamente de lado y así se quedó mientras me miraba con expresión de mártir.

Me reí al arrodillarme junto a él.

—Eres el veterano clásico, *Bonzo*, pero a mí no me engañas. Te vi allí fuera.

Le tanteé suavemente la paletilla magullada y el perrazo cerró los ojos, tembloroso, como si se resignara a su destino. Luego, cuando me puse en pie y comprendió que no iba a recibir otra inyección, se levantó de un salto y se largó feliz al jardín.

Los Dimmock estallaron en gritos de alegría y se volvieron a mirarme con admiración sin disimulos. Indudablemente, creían que yo había rescatado a *Bonzo* de las garras de la muerte. El señor Dimmock se adelantó entre la masa.

—Me enviará la factura, ¿verdad? —dijo, con la dignidad peculiar en él.

El día anterior, y a la primera ojeada, había decidido que este sería un trabajo gratis y ni siquiera lo había consignado en el libro, pero ahora asentí solemnemente.

—Muy bien, señor Dimmock. Lo haré.

Y durante nuestra larga asociación, y aunque jamás dinero alguno cambió de manos, él siempre repetía lo mismo:

—Me enviará la factura, ¿verdad?

* * *

Este fue el principio de mis relaciones íntimas con los Dimmock. Por lo visto, se habían encaprichado conmigo y querían verme con la mayor frecuencia posible. Durante las semanas y meses siguientes me trajeron una selección variada de perros, gatos, periquitos y conejos a intervalos regulares, y, al descubrir que mis servicios eran gratuitos, aumentó el número de visitas. Y cuando uno venía, venían todos. Yo trataba ansiosamente de especializarme en el cuidado de los animales pequeños, y por eso crecían momentáneamente mis esperanzas al abrir la puerta y ver la sala de espera abarrotada, para luego venirse a tierra de golpe.

La multitud aumentó cuando empezaron a traer a su tía, la señora Pounder, que vivía en la misma calle, para que viera lo simpático que era yo. La señora Pounder era una dama gruesa que siempre llevaba un sombrero grasiento de terciopelo sobre una mata de pelo desaseado. Evidentemente, compartía la tendencia familiar a la fertilidad, y casi siempre traía a unos cuantos críos suyos con ella.

Eso es lo que ocurría esta mañana. Recorrí la asamblea con la vista pero solo vi miembros de las familias Dimmock y Pounder, muy sonrientes; esta vez ni siquiera distinguía a mi paciente. Entonces se abrió el grupo como a una señal dispuesta de antemano, y vi a la pequeña Nellie Dimmock con un cachorrito en las rodillas.

Nellie era mi favorita. Bueno, me gustaba toda la familia; en realidad, eran personas tan agradables que siempre disfrutaba con sus visitas tras la desilusión inicial. Mamá y papá se mostraban corteses y alegres, y los niños, aunque ruidosos, jamás eran maleducados, sino simpáticos y amables, y si me veían por la calle me saludaban con entusiasmo y seguían agitando la mano hasta que yo me había perdido de vista. Y los veía a menudo, porque siempre estaban por la ciudad haciendo esto o aquello, repartiendo periódicos o leche. Pero lo mejor de todo era que amaban a sus animales y eran amables con ellos.

Sin embargo, como digo, Nellie era mi favorita. Tendría unos nueve años y había sufrido un ataque de parálisis infantil, como se la solía llamar cuando uno la padecía de pequeño. Esto le había dejado una cojera pronunciada y una fragilidad que la mantenía un poco aislada de sus hermanos, más robustos. Las piernecitas penosamente flacas parecían casi demasiado frágiles para llevarla de un lado a otro pero, sobre el rostro exangüe, el pelo de color trigo maduro caía hasta sus hombros, y sus ojos, aunque un poco bizcos, miraban azules, serenos y puros a través de las gafitas.

—¿Qué me traes, Nellie? —pregunté.

—Es un perrito —dijo casi en un susurro—, y es mío.

—¿Quieres decir tuyo del todo?

Asintió orgullosamente.

—Sí, es mío.

—¿No es también de tus hermanitos?

—No. Es mío.

Una fila de cabezas Dimmock y Pounder asintieron en ansiosa aquiescencia al acercar Nellie el cachorro a su mejilla y mirarme con aquella sonrisa suya de extraña dulzura. Era una sonrisa que siempre me encogía el corazón; tenía toda la felicidad y confianza sinceras del niño, pero había algo más que resultaba doloroso y que quizá tuviera que ver con el modo de ser de Nellie.

—Bien, me parece un perro estupendo —dije—. Es un spaniel, ¿verdad?

Le pasó la mano por la cabecita.

—Sí, un cocker. El señor Brown dijo que era un cocker.

Hubo un poco de jaleo en el fondo y el señor Dimmock se abrió paso entre el grupo. Soltó una tosecilla respetuosa.

—Es un pura sangre auténtico, señor Herriot —explicó—. La perra que el señor Brown tiene en el banco trajo al mundo varias crías y él le regaló este a Nellie. —Se metió el bastón bajo el brazo y sacó un sobre alargado de un bolsillo interior. Me lo entregó con un floreo—. Aquí está su pedigree.

Lo leí y solté un silbido.

—Es un perrito de sangre azul, ya lo creo, y veo que tiene un nombre muy largo: *Darrowby Tobías Tercero*. A fe mía que suena magnífico.

Miré de nuevo a la niña.

—¿Y cómo lo llamas tú, Nellie?

—*Toby* —dijo quedamente—. Le llamo *Toby*.

Me eché a reír.

—De acuerdo, entonces. ¿Y qué le pasa a *Toby*? ¿Por qué me lo has traído?

—Ha estado vomitando. —La voz de la señora Dimmock llegó hasta mí procedente de algún rincón entre las cabezas—. Y no consigue retener nada.

—Bien, creo que sé lo que es. ¿Le han dado algo para las lombrices?

—No, no lo creo.

—Yo diría que necesita una píldora —afirmé—, pero éntrenlo y lo examinaré.

Otros clientes se contentaban generalmente con enviar a un representante con sus animales, pero los Dimmock tenían que pasar todos. Abrí la marcha,

con la multitud detrás de mí llenando el corredor de pared a pared. Nuestra sala de operaciones y consulta era pequeña y observé con cierto temor que todos desfilaban hacia el interior. Pero consiguieron meterse; la señora Pounder, con el sombrero algo torcido y oprimida, con cierta dificultad allá en el fondo.

Mi examen del cachorro me llevó más de lo previsto ya que tuve que abrirme paso para coger el termómetro del carrito, y luego luchar en la otra dirección para tomar el estetoscopio de su gancho en la pared. Pero al fin terminé.

—Bien, no encuentro nada malo en él —dije—, solo que estoy seguro de que tiene el vientre lleno de lombrices. Te daré ahora una píldora y ha de ser lo primero que tome por la mañana.

Como un equipo de fútbol que sale al campo, aquel gentío desfiló por el corredor y llegó a la calle. Había terminado otra visita de los Dimmock.

Inmediatamente olvidé el incidente porque no había nada extraño en él. El aspecto del cachorro con la barriguita hinchada certificaba mi diagnóstico y no esperaba verlo de nuevo.

Pero me equivocaba. Una semana más tarde tenía otra vez la clínica abarrotada y tuve una nueva sesión de apretujamiento con *Toby* en la habitación posterior. La píldora había evacuado algunas lombrices, pero seguía vomitando y estaba hinchado.

—¿Le dan cinco comiditas muy ligeras al día, como les dije? —pregunté.

Recibí respuestas enfáticas y les creí. Los Dimmock cuidaban realmente a sus animales. Debía haber algo más, pero no podía encontrarlo. Temperatura normal, pulmones limpios, abdomen negativo a la palpación; no conseguía descifrarlo. Les entregué una botella de nuestra mezcla antiácido con sensación de derrota. Un cachorrito como aquel no debía necesitar nada semejante.

Este fue el principio de un período de gran frustración. Había un intervalo de dos o tres semanas y yo pensaba que el problema se había resuelto. Luego, sin aviso, la casa se llenaba con los Dimmock y Pounder y ya estábamos de nuevo como al principio.

Y *Toby* cada vez más delgado.

Lo probé todo: sedantes gástricos, variaciones de dieta, remedios de curandero. Interrogué a los Dimmock repetidamente sobre el tipo de los vómitos, cuánto tiempo después de comer, con qué intervalos, y recibí diversas respuestas. A veces devolvía la comida inmediatamente, otras veces la retenía unas horas. Así no íbamos a ninguna parte.

Más o menos ocho semanas después —*Toby* tendría ya cuatro meses—, con el corazón abrumado vi de nuevo a todos los Dimmock reunidos. Sus visitas se habían convertido en algo deprimente e imaginé que hoy ocurriría lo mismo cuando abrí la puerta de la sala de espera y permití que me llevaran casi en volandas por el pasillo. Esta vez papá fue el último que consiguió meterse en la sala de consulta; luego, Nellie colocó al perrito sobre la mesa.

Me dominó una impresión de profundo abatimiento. *Toby* había crecido, a pesar de su incapacidad, y ahora era una triste caricatura de un cocker spaniel, con las orejas largas y sedosas colgando de un cráneo libre de carne, y las patitas de alambre patéticamente peludas. Había pensado yo que Nellie era delgada, pero su animalito la había vencido. Y no estaba solo delgado; temblaba ligeramente mientras se sostenía encorvado sobre la superficie lisa, y su rostro tenía la mirada triste del animal que ha perdido todo interés.

La niña pasaba la mano por las costillas salientes y sus ojitos pálidos me miraban a través de las gafas, con aquella sonrisa que aún me impresionaba más penosamente que antes. No parecía preocupada. Probablemente no tenía idea de lo mal que estaban las cosas, pero, tanto si lo sabía como si no, nunca tendría yo el valor suficiente para decirle que su perro se estaba muriendo.

Me froté los ojos con cansancio.

—¿Qué ha comido hoy?

—Un poco de pan y leche —contestó la propia Nellie.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté, pero, antes de que nadie pudiera contestar, el perrito vomitó y envió el contenido semidigerido de su estómago en un arco gracioso que aterrizó a medio metro de la mesa.

Me volví en redondo hacia la señora Dimmock.

—¿Lo hace siempre así?

—Sí, por lo general. Lo envía como volando.

—Pero ¿por qué no lo dijo?

La pobre parecía agobiada.

—Bien... no sé... yo...

Alcé la mano.

—Está bien, señora Dimmock, no importa.

Se me ocurrió que, durante todo mi tratamiento totalmente infructuoso del perro, ni un solo Dimmock o Pounder había pronunciado ni una palabra de crítica; por lo tanto, ¿por qué había de empezar yo a quejarme ahora?

Pero al fin sabía cuál era el problema de *Toby*. Por fin, y aunque muy tarde, lo sabía.

Por si mis colegas actuales pensarán al leer esto que yo había sido más torpe de lo habitual en el manejo del caso, me gustaría alegar en mi defensa que los libros de texto tan limitados que existían en aquellos días solo hacían una referencia sumaria a la estenosis pilórica (estrechamiento de la salida del estómago, donde se une el intestino delgado) y que, si lo hacían, nada aconsejaban sobre el tratamiento.

Pero seguramente, pensé, alguien en Inglaterra iría por delante de los libros. Debía de haber gente que hiciera ya esta operación... y, aunque solo fuera uno, tenía la impresión de que no debía estar muy lejos...

Me abrí camino entre el grupo y corrí por el pasillo hasta el teléfono.

—¿Eres Granville?

—¡JIM! —Un aullido de puro gozo—. ¿Qué tal estás, muchacho?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Ab-so-lu-ta-men-te magnífico, hijo. Nunca mejor.

—Granville, tengo un cachorro spaniel de cuatro meses que me gustaría llevarte. Tiene estenosis del píloro.

—¡Oh, estupendo!

—Me temo que el pobrecito está en las últimas..., es un saco de huesos.

—¡Espléndido! ¡Espléndido!

—Claro que es porque yo le he fastidiado unas cuantas semanas por mi ignorancia.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Y los dueños son una familia muy pobre. Me temo que no podrán pagar nada.

—¡Fantástico!

Vacilé un momento.

—Granville, tú... ejem... ¿Tú has operado esto ya?

—Operé cinco ayer.

—¿Qué?

Hubo un estallido de risas.

—Solo era una broma, hijo, pero no tienes por qué preocuparte. He hecho unos cuantos. Y no es tan difícil.

—Bien, eso es magnífico. —Miré el reloj—. Son las nueve y media. Llamaré a Siegfried para que se encargue de mi ronda de la mañana y te veré antes de las once.

Habían llamado a Granville a una visita cuando llegué, y me quedé en su despacho hasta que oí el ruido —un ruido muy caro— del Bentley que ronroneaba en el patio. Por la ventana vi otra pipa magnífica que brillaba tras el volante; luego mi colega, con un traje impecable de rayita rosa que le hacía parecer el director del Banco de Inglaterra, entró majestuosamente por la puerta principal.

—¡Encantado de verte, Jim! —exclamó estrechándome la mano calurosamente. Luego, antes de quitarse la chaqueta, se quitó la pipa de la boca y la miró con una pizca de ansiedad por un segundo, antes de pulirla con el pañito amarillo y dejarla tiernamente en un cajón.

En cuestión de minutos estaba bajo la lámpara de la sala de operaciones, inclinado sobre el cuerpecito de *Toby*, mientras Granville —el otro Granville Bennett— trabajaba con fiera concentración en el interior del abdomen del pequeño animal.

—Mira esta enorme dilatación gástrica —murmuraba—. La lesión clásica. —Cogió el píloro y preparó el escalpelo—. Ahora voy a atravesar la capa serosa —una rápida incisión—; un poco de disección aquí para las fibras musculares... abajo... abajo... un poco más..., ah, aquí está, ¿lo ves? La mucosa sale por la fisura. Sí... sí..., exacto. A eso hay que llegar.

Miré el tubo diminuto, fuente de todos los problemas de *Toby*.

—¿Ya está todo, entonces?

—Ya está todo, muchacho —contestó, y se apartó con una sonrisa—. La obstrucción ha desaparecido ahora y puedes apostar a que el pequeño empezará pronto a ganar peso.

—Es maravilloso, Granville. Te estoy realmente agradecido.

—Bobadas, Jim, fue un placer. Ahora ya puedes operar tú mismo el siguiente, ¿eh?

Se echó a reír, cogió la aguja y suturas y cosió los músculos abdominales y la piel con una velocidad increíble.

Pocos minutos después, estaba en su despacho poniéndose la chaqueta; luego, mientras llenaba la pipa, se volvió hacia mí.

—Tengo un plan para el resto de la mañana, muchacho.

Me aparté de él y alcé una mano protectora.

—Bueno, verás... yo... es muy amable de tu parte, Granville, pero, realmente... sinceramente... he de volver. Estamos muy ocupados, ¿sabes? No puedo dejar a Siegfried demasiado tiempo solo... el trabajo se amontonará...

Me detuve porque comprendí que empezaba a tartamudear. Mi colega estaba muy dolido.

—Todo lo que quería decirte, hijo, es que deseaba que vinieras a almorzar. Zoe está esperándote.

—¡Oh!... Oh, comprendo. Bien, es muy amable. Entonces, ¿no vamos a ningún otro sitio?

—¿A ningún otro sitio? —Hinchó las mejillas y extendió los brazos—. ¡Claro que no! Solo tengo que entrar un momento en mi sucursal por el camino.

—¿Una sucursal? No sabía que la tuvieras.

—No está más que a un tiro de piedra de mi casa —explicó, y pasó un brazo por mis hombros.

Cuando me retrepé en el asiento, rodeado por el lujo del Bentley, me regocijé al pensar que al fin iba a encontrarme con Zoe Bennett hallándome en mi estado normal. Esta vez comprendería que yo no era un borracho sempiterno. En realidad, las dos próximas horas parecían llenas de promesas agradables: un almuerzo excelente animado por mi conversación ingeniosa y mis modales corteses, y luego el regreso a Darrowby con *Toby* resucitado como por arte de magia.

Sonreí para mis adentros al pensar en el rostro de Nellie cuando le dijera que su perrito podría comer y hacerse fuerte y juguetón como otro cachorro cualquiera. Aún estaba sonriendo cuando el coche se detuvo en las afueras del pueblo de Granville. Miré ociosamente por la ventanilla: un edificio bajo de piedra con ventanas de cristales emplomados y un anuncio de madera que colgaba sobre la entrada y rezaba: «Taberna del Viejo Roble». Me volví rápidamente hacia mi compañero.

—Creía que íbamos a tu sucursal.

Granville me lanzó una sonrisa de inocencia infantil.

—Bueno, así llamo yo a este lugar. Está muy cerca de casa y aquí hago muchos negocios. —Me dio un golpecito en la rodilla—. Solo entraremos a

tomar un aperitivo, ¿eh?

—Oye, espera un minuto —tartamudeé, agarrándome con firmeza a los lados del asiento—. Hoy no puedo llegar tarde. Preferiría...

Granville alzó la mano.

—Jim, muchacho, no tardaremos mucho. —Miró el reloj—. Son exactamente las doce treinta, y prometí a Zoe que estaríamos en casa a la una en punto. Está preparando *roast-beef* y *pudding* del Yorkshire, y haría falta un hombre más valiente que yo para correr el riesgo de que ese *pudding* se le pase de punto. Te garantizo que estaremos en casa a la una, exactamente. ¿De acuerdo?

Vacilé. No podía hacerse mucho daño en media hora. Bajé del coche.

Cuando entramos en la taberna, un hombretón que estaba apoyado en el mostrador se volvió y saludó con entusiasmo a mi colega.

—¡Albert! —gritó Granville—. Te presento a Jim Herriot, de Darrowby. Jim, este es Albert Wainwright, el propietario de Carros y Caballos, allá en Matherley. En realidad, este año es el presidente de la Asociación de Proveedores con Licencia, ¿no es cierto, Albert?

Este asintió sonriendo y por un momento me sentí empujado por las dos figuras a mi lado. Resulta difícil describir la constitución voluminosa pero dura y firme de Granville; en cambio, el señor Wainwright era inequívocamente gordo. La chaqueta a cuadros entreabierta exhibía una extensión terrible de abdomen cubierto con una camisa a rayas y desbordándose sobre el pantalón. Por encima de una corbata detonante, unos ojillos alegres me guiñaron en un rostro muy colorado, y cuando habló su voz fue sonora y generosa. Era la viva imagen del término «Proveedor con Licencia».

Empecé a tomar a sorbitos la jarra pequeña de cerveza —un cuarto de litro — que había pedido, pero cuando, a los dos minutos, me sirvieron la segunda y vi que iba a quedarme muy atrasado con respecto a los demás, me pasé al *whisky* con soda que bebían estos. Pero había algo en contra mía: por lo visto, ambos tenían cuenta abierta allí. Vaciaban las copas, golpeaban suavemente en el mostrador, decían: «Por favor, Jack», y aparecían tres vasos más con la velocidad del rayo. Jamás tuve la oportunidad de invitar a una ronda. En realidad, nunca vi dinero alguno que cambiar de manos.

Fue una sesión serena, tranquila y amistosa. Albert y Granville estaban enfrascados en una conversación animadísima, puntuada por los golpecitos sobre la barra, y, mientras yo luchaba por mantenerme al ritmo de aquellos

dos virtuosos, los golpecitos se hacían cada vez más frecuentes, hasta que creí oírlos cada pocos segundos.

Granville era un hombre de palabra. Casi a la una en punto, miró el reloj.

—Hemos de irnos ahora, Albert. Zoe nos está esperando.

Y cuando el coche se detuvo ante la casa en el minuto exacto, comprendí con desesperación terrible que ya me había sucedido otra vez. En mi interior hervía un volcán, un caldero lleno de brebaje de brujas que enviaba vapores a mi cerebro. Me encontraba muy mal y estaba seguro de que pronto me encontraría peor.

Granville, tan fresco y sereno como siempre, saltó del coche y se dirigió conmigo a la casa.

—¡Zoe, amor mío! —gritó, abrazando a su esposa que salía de la cocina.

Cuando ella consiguió librarse de él, se acercó a mí. Llevaba un delantalito floreado que, si eso fuera posible, aún la hacía más atractiva.

—¡Hola! —gritó, lanzándome aquella mirada de gozo que compartía con su marido, como si el hecho de encontrarse con James Herriot fuese una suerte increíble—. Encantada de verle de nuevo. Ahora serviré el almuerzo.

Contesté con una sonrisa bobalicona y ella salió de la habitación.

Me desplomé en un sillón y dejé hablar a Granville, que charlaba sin cesar junto al aparador. Me puso una copa en la mano y se sentó en el otro sillón. Inmediatamente, el terrier saltó a su regazo.

—¡*Phoebles*, cariñito! —canturreó gozoso—. Ya está aquí tu papi otra vez. —Acarició juguetonamente al otro perrito sentado a sus pies, que exhibía los dientes en una serie de sonrisas extáticas—. ¡Y ya te veo a ti, mi pequeña *Victoria*, ya te veo!

Para cuando me llevaron a la mesa yo era un sonámbulo que se movía con toda calma y hablaba con lenta deliberación. Granville se situó ante un solomillo impresionante, afiló el cuchillo con gran despliegue de energía y empezó a descuartizarlo, implacable. Lo repartía con gran prodigalidad; me puso alrededor de un kilo de carne en el plato, luego empezó con los *puddings*. Porque no había un *pudding* solo y grande. Zoe los había hecho en número abundante, pequeños y redondos, como solían hacer las esposas de los granjeros, deliciosas tartitas doradas, más bien tostadas en los bordes. Granville me sirvió unas seis junto a la carne, mientras yo le miraba sin comprender. Luego Zoe me pasó la salsa.

Con un esfuerzo, tomé cuidadosamente el mango de la cuchara, cerré los ojos y empecé a servir. Por alguna razón, creí que debía cubrir de salsa cada uno de los *puddings* y fui dirigiendo diestramente el chorrito de uno a otro

hasta que todos rebosaron de líquido. Pero me pasé en uno de ellos y algunas gotas de la salsa fragante cayeron sobre el mantel. Miré a Zoe con aire culpable y solté una risita.

También ella se rio como respuesta y tuve la impresión de que estaba convencida de que yo, a pesar de ser un tipo raro, no era peligroso. Mi única debilidad era que jamás estaba sobrio, ni de día ni de noche, pero en el fondo no era tan malo.

* * *

Generalmente, necesitaba unos cuantos días para recuperarme de una visita a Granville, así que el sábado siguiente aún seguía convaleciendo serenamente. Sucedió que estaba en la plaza del mercado y vi a un numeroso grupo de gente que caminaba sobre los guijarros. Al principio, y debido a la mezcla de niños y adultos, creí que se trataba de una excursión de un colegio, pero, al mirarlos con mayor detención, comprendí que no eran más que los Dimmock y los Pounder de compras.

Cuando me vieron, cambiaron de dirección y aquella oleada humana me inundó.

—¡Mírelo, señor! ¡Ahora come como un cerdo! ¡Pronto estará gordísimo, señor!

Los gritos alegres resonaban a mi alrededor.

Nellie llevaba a *Toby* al extremo de la correa y, cuando me incliné hacia el animalito, apenas pude creer en el cambio experimentado en unos pocos días. Aún estaba delgado, pero había desaparecido aquella mirada de desánimo, y se mostraba vivaz y dispuesto a jugar. Ya no era más que cuestión de tiempo.

Su amita le pasaba la mano una y otra vez sobre el suave pelo castaño.

—Estás orgullosa de tu perrito, ¿verdad, Nellie? —dije, y aquellos ojos ligeramente bizcos se volvieron hacia mí.

—Sí —y de nuevo me lanzó su sonrisa de siempre—, porque es mío.

Era casi como si mirara mis propias vacas porque, al entrar en el establo nuevo y contemplar la fila de lomos rojos y roanos, sentí una especie de orgullo.

—Frank —dije—, tienen un aspecto magnífico. Nadie diría que son los mismos animales.

—Lo mismo estaba yo pensando. Es maravilloso lo que un cambio de ambiente puede hacer por el ganado.

Las vacas estrenaban aquel día el nuevo establo. Anteriormente, solo las había visto en el viejo, la típica boyera de los Valles, con siglos de vejez, un suelo de losas destrozadas y lleno de agujeros en los que se reunía la porquería y la orina formaba charcos, particiones de madera podrida entre las casillas, y ventanucos estrechísimos como si el lugar hubiera sido construido como una fortaleza. Recordaba a Frank sentado allí y ordeñando, casi invisible a la media luz, con las telarañas colgando en fronda espesa desde el techo bajo.

Las diez vacas habían tenido entonces el aspecto de lo que eran en realidad —una mezcla abigarrada de vacas lecheras corrientes—, pero hoy habían adquirido una nueva dignidad y estilo.

—Estarás convencido de que ha valido la pena todo el trabajo —dije, y el joven granjero asintió sonriente.

Había un toque de amargura en la sonrisa, como si estuviera reviviendo en un instante las horas, semanas y meses de trabajo abrumador que encerraban aquellas cuatro paredes. Porque Frank Metcalfe lo había hecho todo solo. La hilera de pesebres de piedra, el suelo limpio y nivelado, las paredes de cemento encaladas bañadas por la luz de las ventanas espaciosas, todo había sido dispuesto allí por sus propias manos.

—Te enseñaré la lechería —anunció Frank.

Entramos en una pequeña habitación que había construido en un extremo y contemplé con admiración la brillante refrigeradora de la leche, las pilas y

cubos de limpieza impecable, la filtradora con un montoncito aseado de filtros al lado...

—¿Sabes? —dije—. Así es como debería producirse la leche. Todos esos lugares asquerosos que veo a diario en mis rondas..., casi me ponen los pelos de punta.

Frank se inclinó y abrió a chorro uno de los grifos.

—Sí, tienes razón. Un día todo será así y aún mejor; a los granjeros les resultará más rentable. Yo tengo ahora mi licencia T. T. por haber pasado los tests de tuberculina, y el penique y medio extra por litro supone una gran diferencia. Creo que estoy dispuesto a empezar.

Y cuando empiece, pensé, irá lejos. Parecía tener todo cuanto hace falta para triunfar en ese mundo tan duro de la agricultura: inteligencia, resistencia física, amor a la tierra y a los animales, y la capacidad de seguir trabajando incansablemente cuando otros disfrutaban del ocio. Creí que estas cualidades vencerían su obstáculo principal que consistía, sencillamente, en que no tenía dinero.

Para empezar, la verdad es que Frank no era granjero. Era un trabajo de las siderúrgicas de Middlesbrough. Cuando llegó, hacía menos de un año, con su joven esposa, para ocupar la pequeña granja aislada de Bransett, me había sorprendido saber que venía de la ciudad porque tenía el aspecto musculoso y bronceado de los hombres típicos de los Valles... y se llamaba Metcalfe.

Se había reído al mencionárselo.

—¡Es que mi abuelo era oriundo de estos lugares! Siempre he deseado volver.

Al llegar a conocerle mejor pude llenar los vacíos de aquella declaración tan escueta. Había pasado aquí todas sus vacaciones de pequeño, y aunque su padre fuera capataz de una fundición y él mismo hubiera dedicado sus mejores años a ese trabajo, la llamada de los Valles había sido como un canto de sirena que sonó cada vez más fuerte hasta que fue incapaz de resistirlo. Había trabajado en granjas en su tiempo libre, leído todo cuanto pudo encontrar sobre la agricultura, y finalmente había abandonado su vida anterior y tomado en arriendo el pequeño lugar allá arriba, en las montañas, al final de un sendero largo y pedregoso.

Con la casa tan antigua y los establos ruinosos no parecía un lugar muy prometedor para ganarse la vida, y en cualquier caso yo no tenía mucha fe en la capacidad de las gentes de la ciudad que de pronto descubren la agricultura y quieren hacer una prueba; en mis cortos años de experiencia ya había visto a algunos intentarlo y fracasar. Pero Frank Metcalfe se había entregado al

trabajo como si hubiera estado en él toda su vida, reparando los muros rotos, mejorando las tierras de pastos y comprando prudentemente ganado con un presupuesto escasísimo. No había en él las señales del desconcierto y desesperación que viera yo en tantos otros.

Se lo había comentado a un granjero retirado en Darrowby y el viejo soltó una risita.

—Sí, hay que llevar la agricultura dentro. Pocas personas lograrán triunfar en esto a menos que lo lleven en la sangre. Poco importa que el joven Metcalfe se educara en una ciudad. Lo lleva dentro. Lo mamó, ¿comprende?, lo mamó.

Quizá tuviese razón, pero ya fuese porque Frank lo hubiera mamado o bien lo hubiera aprendido mediante su inteligencia y el estudio, el caso es que había transformado el lugar en poco tiempo. Cuando no estaba ordeñando, dando de comer al ganado o retirando el estiércol, trabajaba como un esclavo en aquel pequeño establo subiendo piedras, o mezclando cemento, arena y polvo, mientras el sudor le bañaba el rostro. Y ahora, como decía, estaba dispuesto a comenzar.

Cuando salíamos de la lechería, me señaló otro edificio viejo, más allá del patio.

—Una vez salga de esto, voy a convertir esa ruina en otra lechería. He tenido que pedir mucho dinero prestado, pero ahora que tengo el T. T. creo que podré amortizarlo en un par de años. Algún día en el futuro, si todo va bien, tal vez pueda disponer de un lugar mucho mayor en conjunto.

Tenía mi edad, poco más o menos, y una amistad natural había surgido entre nosotros. Solíamos sentarnos bajo las vigas bajas de su sala pequeña, con una única ventana y pocos muebles, y, mientras su esposa nos servía tazas de té, le gustaba hablar de sus planes. Al escucharle tenía siempre la impresión de que un hombre como él triunfaría y de que su triunfo no sería solo para él sino para la agricultura en general.

Le vi entonces volver la cabeza de un lado a otro y contemplar por un instante sus dominios. No necesitaba decir: «Amo este lugar; creo pertenecer a él». Las palabras se leían en su rostro, en la ternura de sus ojos al contemplar los campos de pasto que se extendía en un hueco entre las montañas. Aquellos campos, arrancados a las laderas ásperas por generaciones pasadas y que aún seguían librando su batalla constante contra los helechos y los brezos, subían hasta el borde del acantilado y sobre ellos se divisaba ya el páramo, una tierra salvaje de pantanos y turberas. Más abajo, el sendero de la granja desaparecía en torno a la curva de una colina cubierta de

árboles. Los pastos eran pobres, y trozos de roca surgían en algunos lugares a través de la delgada capa de tierra, pero el aire limpio y cargado del aroma de la hierba y aquel silencio debían ser para él una especie de liberación después del estruendo y el humo de la fundición.

—Bien, será mejor que veamos esa vaca, Frank —dije—. El establo nuevo casi me hizo olvidar la razón de mi visita.

—Sí, es esta roja y blanca. Mi última adquisición, y nunca ha estado bien desde que la compré. No da la leche que debiera y parece un poco adormilada.

La temperatura era casi de 40 grados y, al guardar el termómetro, olfateé.

—Huele un poco, ¿verdad?

—Sí —dijo Frank—. También yo lo he notado.

—Entonces será mejor que me traigas agua caliente. Voy a examinarla por dentro.

El útero estaba lleno de una exudación maloliente y, cuando retiré el brazo, chorreó un líquido amarillento y necrótico.

—Seguramente habrá tenido algún derrame.

Frank asintió.

—Sí, es cierto, pero no le presté mucha atención; les pasa a muchas cuando acaban de vaciarse después de un parto.

Sequé el útero mediante un tubo de goma y lo irrigué con antiséptico, luego metí unos cuantos supositorios de acriflavina.

—Esto la limpiará a fondo y creo que pronto estará mucho mejor, pero voy a llevarme una muestra de sangre.

—¿Para qué?

—Tal vez no sea nada, pero no me gusta el aspecto de ese líquido amarillento. Consiste en cotiledona en descomposición, resto de un parto, y cuando tiene ese color puede sospecharse una brucelosis.

—¿Un aborto, quieres decir?

—Es posible, Frank. Tal vez haya parido antes de su tiempo, o quizás haya sido un parto normal, pero el caso es que está infectada. De todas formas, la sangre nos lo dirá. Mantenla aislada mientras tanto.

Pocos días más tarde, a la hora del desayuno en Skeldale House, sentí una punzada de ansiedad al abrir el informe del laboratorio y leer que el test de aglutinación de la sangre había dado un resultado positivo. Fui corriendo a la granja.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esta vaca? —pregunté.

—Poco más de tres semanas.

—¿Y ha estado corriendo por el mismo campo que las demás, junto con las que llevan ternero?

—Sí, todo el tiempo.

Hice una pausa.

—Frank, será mejor que te diga lo que esto implica. Sé que desearás saber qué puede suceder. La fuente de la infección, en la brucelosis, es el derrame de una vaca infectada, y me temo que este animal pueda haber contaminado todo el pasto. Cualquiera de los animales puede haber pillado el microbio.

—¿Significa eso que abortarán todas?

—No necesariamente. Varía mucho. Muchas vacas aguantan los terneros hasta el final a pesar de la infección.

Hice todo lo posible para que mi voz sonara optimista. Frank hundió las manos en los bolsillos. Su rostro delgado y moreno estaba muy serio.

—¡Maldición, ojalá no la hubiera visto nunca! La compré en el mercado de Houlton... Dios sabe de dónde habrá salido, pero ahora es demasiado tarde para lamentarnos. ¿Qué podemos hacer?

—Lo principal es mantenerla aislada, lejos de las otras. Me gustaría que hubiera algún modo de proteger a las demás pero no es mucho lo que podemos hacer. Únicamente existen dos tipos de vacuna: la viva, que solo puede darse a las vacas vacías, y todas las tuyas están preñadas; y la muerta, de la que se dice que no es muy útil.

—Bien, no soy el tipo de hombre que se sienta a esperar. La vacuna muerta no les hará daño aunque no les haga bien, ¿verdad?

—No.

—Bien, entonces a vacunarlas a todas, y esperemos lo mejor.

Esperar lo mejor era algo que los veterinarios debían hacer con frecuencia en los años treinta. Vacuné a todo el rebaño y esperamos.

Nada sucedió durante unas ocho semanas. El verano dio paso al otoño, y el ganado fue retirado de los campos al interior de los edificios. La vaca infectada mejoró, se libró del derrame y empezó a dar mejor leche. Luego me llamó Frank una mañana temprano.

—He encontrado un ternero muerto en el canal del desagüe cuando fui a ordeñar. ¿Quieres venir?

Era un feto de siete meses, escaso de pelo. La vaca parecía enferma y tras ella colgaba la inevitable placenta retenida. La ubre, que en un parto normal estaría ahora hinchada de leche, la preciosa leche de la que Frank dependía para ganarse la vida, estaba casi vacía.

Obsesionado por la sensación de impotencia, pude tan solo ofrecer los consejos de siempre: aislar, desinfectar... y esperar.

Una semana más tarde le ocurrió a otra de las preñadas; era una vaca muy linda, cruce de Jersey, y en la que Frank confiaba para aumentar el porcentaje de mantequilla... Y una semana después otra vaca perdía un ternero en su sexto mes de gestación.

Precisamente cuando estaba visitando este caso, conocí al señor Bagley. Frank me lo presentó con aire de disculpa.

—Dice que tiene una cura para este problema, Jim. Quiere hablarte de ello.

En cada situación peliaguda siempre hay alguien que sabe más que el veterinario. Supongo que en mi subconsciente esperaba ya que apareciera un señor Bagley, de modo que escuché pacientemente.

Era muy bajo, un poco zambo, llevaba polainas y me miró intensamente.

—Joven, yo he pasado por esto en mi propia granja y no estaría aquí hoy de no haber hallado el remedio.

—Comprendo. ¿Y cuál fue ese, señor Bagley?

—Lo tengo aquí. —El hombrecillo sacó una botella del bolsillo de la chaqueta—. Está un poco sucio, pues lleva un par de años en la ventana del establo.

Leí la etiqueta: «Cura de abortos del profesor Driscoll. Adminístrense dos cucharadas en un litro de agua a cada vaca del rebaño, y repítase al día siguiente». El rostro del profesor ocupaba la mayor parte de la etiqueta. Era un hombre de aspecto agresivo y patillas impresionantes, con un cuello alto y victoriano, y me miraba beligerante a través de una espesa capa de polvo. No era tan osado, después de todo, porque más abajo decía la etiqueta: «Si un animal ha abortado, una dosis de este preparado impedirá problemas posteriores». Claro; él sabía, lo mismo que yo, que solo suelen hacerlo una vez.

—Sí —dijo el señor Bagley—. Esto es. La mayoría de mis vacas abortaron, pero seguí adelante con la medicina y estuvieron perfectamente a la vez siguiente.

—Pero lo habrían estado de todas formas. Y sabe que quedan inmunizadas.

El señor Bagley inclinó la cabeza a un lado y su sonrisa suave manifestó incredulidad. De todas formas, ¿quién era yo para discutir? No tenía nada que ofrecer.

—Adelante, Frank —dije, cansadamente—. Adelante. Como ocurre con mi vacuna, tampoco creo que les haga daño.

Compró una botella nueva de la «Cura de Driscoll» y el pequeño Bagley supervisó la dosis del rebaño. Estaba como loco cuando, tres semanas después, una de las vacas parió en el momento preciso.

—Bien, ¿y ahora qué dice, jovencito? Mi medicina resulta, ¿no?

—Pero es que yo ya esperaba que algunas de ellas parieran con normalidad —contesté, y el otro apretó los labios como si me considerara un mal perdedor.

Sin embargo, a mí no me preocupaba realmente lo que pensara él; solo sentía una triste resignación. Porque una cosa así sucedía constantemente en aquellos tiempos, antes de que aparecieran las drogas modernas. Las medicinas de curandero abundaban en las granjas, y los veterinarios no podían hablar demasiado en su contra porque su propia gama de productos farmacéuticos era bastante inadecuada.

Y en casos como el aborto, que hasta entonces había derrotado todos los esfuerzos que hiciera la profesión para dominarlo, la cosecha era especialmente rica para los curanderos. La prensa agrícola y los periódicos rurales estaban llenos de anuncios categóricos de purgas y polvos color rosa cuyos resultados se garantizaban positivamente. El profesor Driscoll tenía muchos competidores.

Cuando poco después otra vaca parió con normalidad, el señor Bagley se mostró muy amable al respecto.

—Todos hemos de aprender, joven, y usted no ha tenido mucha experiencia práctica. No había oído hablar de mi medicina, y no le culpo, pero creo que ya hemos vencido el problema ahora.

Nada dije. Frank empezaba a parecerse al hombre que ve un rayito de esperanza, y no iba a extinguirlo yo voceando mis dudas. Tal vez la enfermedad hubiera seguido su curso... esas cosas resultaban impredecibles.

Pero cuando volví a oír a Frank por teléfono, todas mis premoniciones de tragedia se realizaron.

—Quiero que vengas a limpiar tres vacas.

—¡Tres!

—Sí, lo hicieron una tras otra: bang, bang, bang. Y todas antes de tiempo. Esto es una tragedia, Jim. No sé qué voy a hacer.

Salió a mi encuentro cuando bajé del coche en la parte alta del sendero. Parecía tener diez años más, con un rostro pálido y agotado como si llevara

mucho tiempo sin dormir. El señor Bagley estaba allí también, cavando un hoyo ante la puerta del establo.

—¿Qué hace? —pregunté.

Frank se miró las botas con aire inexpresivo.

—Está enterrando aquí uno de los terneros. Dice que si lo sepultamos delante de la puerta se arreglarán las cosas. —Me miró con el esbozo de una sonrisa—. La ciencia nada pudo hacer por mí, así que tanto da que pruebe un poco de magia negra.

También yo me sentía bastante más viejo al acercarme a la tumba profunda que estaba cavando el señor Bagley. Alzó la vista hacia mí al pasar.

—Es un viejo remedio —explicó—. Por lo visto, mi medicina ha perdido potencia, así que se habrá de intentar algo más fuerte. Lo malo es —añadió con cierta aspereza— que me llamaron demasiado tarde.

Saqué la placenta putrefacta de las tres vacas y abandoné el lugar lo antes posible. Experimentaba una vergüenza tan profunda que apenas podía mirar a Frank a los ojos. Y aún fue peor en la visita siguiente, quince días después, porque al cruzar el patio percibí un olor extraño que contaminaba el aire dulce de la colina. Era un aroma penetrante y acre y, aunque me recordaba algo, no conseguía identificarlo por completo. Al salir de la casa, Frank me vio olfatear y mirar a mi alrededor.

—No es agradable, ¿verdad? —comentó con una sonrisa cansada—. Supongo que aún no has visto a la cabra.

—¿Tienes una cabra?

—Bueno, nos han prestado un macho..., un chivo. Ahora no lo veo por aquí, pero ¡vaya si huele! Bagley lo trajo de no sé dónde; dice que resolvió el problema de uno de sus vecinos que estaba en el mismo apuro que yo. Como no sirvió de nada enterrar al ternero, pensó que sería mejor traer al chivo. Dice que el olor es lo que lo arregla todo.

—Frank, lo siento —dije—. ¿Todo sigue igual?

Se encogió de hombros.

—Sí, dos más desde la última vez que viniste. Pero ahora ya no tengo ninguna esperanza, Jim, y, por el amor de Dios, no me mires con ese aire tan triste. No puedes hacer nada. Lo sé. Nadie puede hacer nada.

Mientras volvía a casa en el coche, iba pensando en sus palabras. El aborto contagioso en los bovinos había sido reconocido durante siglos, y había leído libros muy antiguos que mencionaban esa peste que arruinara a los granjeros de otros tiempos como hoy lo estaba haciendo con Frank Metcalfe. Los expertos de siglos pasados decían que se debía al agua impura,

a la comida impropia, a la falta de ejercicio, a un susto repentino. Observaban, sin embargo, que era muy posible que se contagiaran las otras vacas si llegaban a oler los fetos y la placenta... Aparte de eso, no había más que un negro túnel de ignorancia.

Por otra parte, nosotros, los veterinarios modernos, lo sabíamos todo al respecto. Sabíamos que su origen era un bacilo negativo llamado *Brucella abortus* cuyas costumbres y atributos habíamos estudiado hasta conocer todos sus secretos, pero, en lo referente a ayudar a un granjero en la situación de Frank, éramos casi tan inútiles como nuestros colegas de la antigüedad que escribían aquellos libracos. Ciertamente, teníamos ya investigadores que trabajaban con toda dedicación a fin de encontrar cierto tipo de bacilo con el que lograr una vacuna segura y eficiente para inmunizar al ganado preñado, y ya en 1930 se había obtenido el tipo 19, en el que se tenían muchas esperanzas. Pero de momento todavía estaba en etapa experimental. Si Frank hubiera tenido la suerte de nacer veinte años más tarde, probablemente las vacas que compró habrían estado vacunadas y protegidas todas por ese mismo tipo 19. Hoy en día, tenemos incluso una eficiente vacuna muerta para las vacas preñadas.

Pero, sobre todo, ahora está en marcha una campaña para la erradicación completa de la brucelosis, que ha llevado la enfermedad al conocimiento del público en general. La gente está interesada principalmente en el aspecto de la salud pública, y han aprendido toda la gama de enfermedades que la leche infectada puede causar en los seres humanos. Pero pocos hombres de la ciudad saben lo que la brucelosis les puede hacer a los granjeros.

El fin de la historia de Frank no estaba lejos. El otoño daba paso al invierno y la helada cubría ya los escalones de Skeldale House cuando vino una noche a verme. Entramos en la sala y abrí un par de botellas de cerveza.

—Pensé que debía venir a decírtelo, Jim. —Hablaban en tono muy normal—. Voy a tener que preparar las maletas.

—¿Preparar las maletas?

Algo en mí se negaba a aceptar sus palabras.

—Sí, vuelvo a mi antiguo trabajo en Middlesbrough. No hay otra cosa que hacer.

Le miré, impotente.

—¿Tan mal están las cosas?

—Bueno, date cuenta —alegó tristemente—. Tres vacas parieron con normalidad en todo el rebaño. El resto son una porquería; enfermas, con derrames malolientes, sin leche de la que valga la pena hablar. No tengo

terneros que vender, ni que conservar para reemplazarlas. Tengo que irme ahora.

Vacilé.

—¿No se podría buscar el dinero que te permitiera...?

—No, Jim. Si vendo ahora, apenas podré pagar al banco lo que les debo. El resto se lo pedí prestado a mi padre, y no voy a pedirle más. Le prometí que regresaría a la fundición si las cosas no iban bien, y eso es lo que voy a hacer.

—¡Diablos, Frank! —exclamé—. ¿Cómo decirte lo muchísimo que lo siento? No has tenido ni una pizca de suerte.

Me miró y sonrió sin rencor.

—Bien —dijo—, son cosas que pasan.

Casi salté al oír esas palabras: «¡Son cosas que pasan!». Eso era lo que los granjeros decían siempre tras un desastre. El viejo de Darrowby había tenido razón. Frank lo había mamado de verdad.

Y no fue el único que se arruinó de este modo. Lo que destrozara a Frank y que allí llamaban «la peste de los abortos» llevó también a toda una legión de hombres magníficos a la ruina. Algunos de ellos se aferraron a sus tierras, se apretaron el cinturón, se gastaron los ahorros de toda la vida y casi se murieron de hambre hasta que la tormenta se calmó y pudieron empezar de nuevo. Pero Frank no tenía ahorros con los que sobrevivir; su aventura había sido un juego de azar desde el principio y había perdido.

Jamás volví a oír hablar de él. Al principio pensé que tal vez me escribiría, pero luego comprendí que, una vez consumado, el desarraigamiento había de ser total.

* * *

Desde ciertos puntos de los Peninos del Norte se divisa toda la extensión de Teeside, y cuando el brillo de los hornos de las fundiciones encendía el cielo por la noche solía pensar en Frank, allá abajo, y me preguntaba cómo le iría. Había cortado del todo las amarras, sí, pero ¡cuán a menudo recordaría aquel hueco verde entre montañas, azotado por el viento, donde había esperado construir algo por lo que valiera la pena vivir y donde educar a sus hijos!

Una familia llamada Peters compró la pequeña granja de Bransett cuando él se fue. Por extraño que parezca, eran también de Teeside, pero el señor Peters era un acaudalado director de la Comisión de Comercio Interestatal y solo utilizaba aquel lugar como un retiro para los fines de semana. Resultaba ideal para este propósito porque tenía muchos hijos pequeños a los que les

gustaba montar, y pronto estuvieron los campos llenos de una colección de caballos y *poneys*. En el verano, la señora Peters solía pasar varios meses allí con los niños. Eran personas amables que se preocupaban por sus animales, y yo les visitaba con frecuencia.

La casa en sí fue renovada hasta quedar casi irreconocible y me invitaban siempre a tomar café —no té— en la salita, que se había convertido en un lugar elegante y encantador con una mesa antigua, muebles tapizados y cuadros en las paredes. Los viejos edificios exteriores se transformaron en cuadras muy amplias, con puertas brillantes y recién pintadas.

Lo único que no recibió la menor atención fue el pequeño establo nuevo de Frank; lo usaban como almacén para la comida de los caballos.

Siempre se me encogía el corazón cuando miraba allí dentro, el polvo espeso cubriendo el suelo, las ventanas opacas de suciedad, telarañas por todas partes, los cubos y pilas de agua manchados de orín, las balas de paja y los sacos de avena en el lugar en el que una vez se alzaran tan orgullosamente las vacas de Frank.

Era todo lo que quedaba del sueño de un hombre.

Nunca había estado casado antes, de modo que no podía establecer comparaciones, pero empezaba a comprender que me había situado muy bien.

Hablo, por supuesto, de cosas materiales. Para mí, como para cualquier otro, hubiera sido suficiente felicidad el casarme con una chica hermosa, a la que amaba y que me amaba también. Pero antes no había pensado en otros aspectos de la cuestión. Por ejemplo, la preocupación por mi comodidad. Creí que una cosa como esta estaría pasada de moda, pero no fue así para Helen. Lo comprendí al entrar a desayunar aquella mañana. Al fin habíamos adquirido una mesa —la había comprado yo en la subasta de una granja y la había llevado a casa en triunfo, atada sobre el techo del coche— y ahora Helen me había cedido la silla en la que solía sentarse ante el banco, y ella ocupaba el taburete alto. Estaba encogida allí y se llevaba la comida a la boca desde muy abajo, dejando que yo me sentara cómodamente en la silla. No creo ser un egoísta por naturaleza, pero la verdad es que no podía hacer nada para remediarlo.

Y había otras cositas pequeñas. El montoncito de ropa que me encontraba dispuesto cada mañana: una camisa limpia y planchada, y pañuelo y calcetines, todo tan distinto de la confusión de mis días de soltero. Y cuando llegaba tarde a las comidas, lo que ocurría con frecuencia, Helen me servía, pero no solo era esto; no se limitaba a poner las cosas en la mesa y largarse a hacer otra cosa, no. Dejaba lo que tuviera entre manos y se sentaba a verme comer. Yo me sentía como un sultán.

Este último rasgo fue el que me dio una pista sobre su modo de ser. Recordé de pronto que la había visto sentada junto al señor Alderson cuando su padre llegaba también tarde a comer, y sentada en la misma postura; un brazo sobre la mesa y observándole serenamente. Comprendí entonces que yo estaba recogiendo los beneficios de la actitud de mi esposa con su padre y a lo largo de toda su vida. Él era el hombre más bueno y menos exigente del mundo, pero Helen había accedido gustosa a todos sus deseos, con el feliz

convencimiento de que el hombre de la casa era el número uno, y todo esto resultaba ahora magnífico para mí.

En realidad, eso me hizo pensar en la cuestión tan importante del comportamiento que se esperaba de las muchachas después de la boda. Un viejo granjero que me aconsejaba sobre la elección de esposa, me dijo una vez: «Échele primero una buena mirada a la madre, joven» y estoy seguro de que tenía mucha razón. Pero si se me permite también un consejito, yo diría: «Fíjense también en cómo se comporta la muchacha con su padre».

Al observar entonces a Helen, que se bajó del taburete y empezó a servirme el desayuno, me inundó como siempre la cálida convicción de que mi esposa pertenecía a esa clase de mujeres a las que les encanta cuidar de un hombre, y que yo era muy afortunado.

Y, por supuesto, ¡vaya si mejoraba con el tratamiento! Incluso demasiado en realidad. Comprendía que no debía atacar el plato lleno de *porridge* y nata; sobre todo, al ver todo lo que se freía en la sartén. Helen había traído a Skeldale House una dote deliciosa en forma de medio cerdo, y una preciosa tira de bacón y un jamón majestuoso colgaban de las vigas del ático superior, lo que constituía una tentación constante. Buenas muestras de ello se hallaban ahora en la sartén, y, aunque nunca había sido muy aficionado a los desayunos abundantes, no protesté cuando me trajo un par de huevos bien fritos para hacerles compañía y solo ofrecí una resistencia muy débil cuando añadió una salchicha ahumada, especialmente gustosa, que solía comprar en una tienda de la plaza del mercado.

Al dar cuenta de todo, me levanté con deliberación de la mesa, y, cuando me puse la chaqueta, observe que no era tan fácil abrochármela como antes.

—Aquí tienes los bocadillos, Jim —dijo Helen, poniéndome un paquete en la mano.

Iba a pasar el día en el distrito de Scarnburn, haciendo pruebas de tuberculina para Ewan Ross, y a mi esposa siempre le preocupaba la posibilidad de que yo me desmayase por falta de alimento en el largo trayecto.

Le di un beso, bajé con paso lento los largos tramos de escaleras y salí por la puerta lateral. Hacia la mitad del jardín me detuve como siempre y alcé la vista hacia la ventana bajo las tejas. Apareció un brazo, que agitó alegremente un paño de cocina. Hice un ademán en respuesta y continué mi camino hacia el patio. Comprobé que resoplaba un poco al sacar el coche y, casi avergonzado, coloqué el paquete en el asiento posterior. Sabía lo que hallaría en él: no solo bocadillos, sino también pastel de carne y cebolla, bollos

untados de mantequilla y pan de jengibre..., régimen no precisamente adecuado para adelgazar.

Indudablemente en aquellos primeros días, me hubiese engordado excesivamente con el tratamiento de Helen, a no ser porque el trabajo me salvaba: paseos incesantes entre los establos y graneros de piedra repartidos por las laderas de las colinas, saltos para entrar y salir de las casillas de los terneros, ganado al que había que empujar de un lado a otro, y el agotador esfuerzo físico que suponía la temporada de los partos de vacas y yeguas. Por eso escapé de la obesidad, aunque sí tuve que sufrir que la ropa se me quedara un poco estrecha y, de vez en cuando, la bromita de un granjero.

—Parece que hemos mejorado el pasto, ¿eh, joven?

Al alejarme, seguía regocijado todavía por el modo que tenía Helen de concederme también mis pequeños caprichos. La grasa de la carne me ha inspirado siempre un asco patológico, así que ella la recortaba cuidadosamente y por completo. El disgusto que me inspiraba la grasa, que casi llegaba al horror, se había intensificado en mí desde la llegada al Yorkshire, porque allí en los años treinta los granjeros parecían vivir únicamente de ella. Cuando un viejo observo mis ojos aterrados al verle disfrutar de un almuerzo a base de tocino grasiento y asado, me dijo que jamás había tocado la carne magra en su vida.

—Me gusta notar cómo la grasa me corre por la barbilla —dijo, riéndose.

Lo pronunciaba «graza», y eso aún sonaba peor. Pero era un octogenario de rostro saludable, de modo que no le había hecho mucho daño, y lo mismo podría aplicarse a cientos como él. Yo me decía que el trabajo diario y constante de la agricultura quemaría el exceso de grasa de su organismo, pero que si yo tuviera que comerla seguro que acabaría conmigo, y rápidamente.

Por supuesto, eso era una idea absurda, como se demostró un día.

Me sacaron de la cama a las seis de la mañana para asistir al parto de una vaca en la pequeña granja del viejo Horner, pero al llegar allí descubrí que no se trataba de que el ternero viniera mal; sencillamente, era demasiado grande. No me gusta mucho tener que dar tirones, pero era indudable que la vaca, echada en su lecho de paja, necesitaba ayuda. Cada pocos segundos hacía toda la fuerza posible y par de patitas se asomaban un instante para retirarse en cuanto se relajaba.

—¿Han adelantado algo esas patas? —pregunté.

—No, no ha habido el menor cambio en más de una hora —contestó el viejo.

—¿Y cuándo rompió aguas?

—Hace dos horas.

No había duda de que el ternero estaba completamente encajado y cada momento se secaba más, y si la pobre madre hubiera podido hablar supongo que habría dicho: «¡Por el amor de Dios, sáquenme esto!».

Podía haberlo hecho con un hombre grande y fuerte que me ayudara, pero Horner, aparte de su edad avanzada, era un peso ligero bastante tembloroso. Y como la granja estaba situada en una eminencia aislada a kilómetros del pueblo más próximo, no había posibilidad de llamar a un vecino. Tendría que hacer el trabajo yo solo.

Me costó casi una hora. Pasando una cuerda muy fina tras las orejas del ternero y a través de la boca, para evitar que el cuello se le doblara, traje a la criatura al mundo centímetro a centímetro. No fue a tirones precisamente; más bien me echaba hacia atrás, con la cuerda en la mano, y ayudaba a la vaca cuando esta hacía fuerza. Era un animal más bien pequeño y, tumbado pacientemente de lado, aceptaba la situación con la resignación de los de su clase. No podría haber parido sin ayuda, de modo que tuve la satisfacción constante de estar haciendo lo que ella quería y necesitaba. Opté por ser tan paciente como ella, así que no apresuré las cosas, sino que las dejé venir en su secuencia normal; primero el morrito, con las aletas de la nariz agitándose, lo cual me tranquilizó; luego los ojos, con una expresión preocupada durante el apretón tenso; después las orejas y, con un esfuerzo final, el resto del ternero.

La joven madre no debía sentirse muy mal porque inmediatamente se incorporó sobre el pecho y comenzó a olisquear con el mayor interés al recién llegado. En realidad, se hallaba en mejor forma que yo, pues descubrí con sorpresa que estaba sudando y sin aliento y que me dolían brazos y hombros.

Muy complacido, el granjero me secó la espalda animosamente con la toalla cuando me incliné sobre el cubo, y luego me ayudó a ponerme la chaqueta.

—Bien, es un campeón, muchacho. Ahora entrará a tomar una taza de té, ¿verdad?

En la cocina, la señora Horner puso una taza humeante en la mesa y me sonrió.

—¿Quiere sentarse con mi marido y tomar algo para desayunar? —preguntó.

No hay nada como un parto a primera hora de la mañana para abrir el apetito. Asentí con gusto.

—Muy amable de su parte. Me encantaría.

Cuando el trabajo ha tenido éxito, la satisfacción le invade a uno, así que suspiré de contento al dejarme caer en una silla y ver que la vieja ponía ante mí un plato de pan y mantequilla y mermelada. Empecé a beber el té y, mientras charlaba con el granjero, no observé lo que hacía ella a continuación. Por lo tanto, el estómago se me contrajo de horror cuando descubrí que tenía dos enormes tajadas de pura grasa blanca en el plato.

Echándome atrás en el asiento vi que la señora Horner seguía cortando de una gran tira de bacón hervido y frío. Pero no era bacón corriente, era ciento por ciento grasa, sin una tira de carne magra por ninguna parte. Aun en aquel estado de estupefacción hube de aceptar que era una obra de arte: guisado en el momento preciso, con un precioso borde doradito y descansando en una fuente impecable..., pero de grasa.

Dejó caer dos tajadas similares en el plato de su marido y me miró expectante.

Mi situación era desesperada. Imposible ofender a aquella dulce anciana. Por otra parte, estaba seguro de que me era de todo punto imposible comer lo que tenía delante de mí. Tal vez me las hubiese arreglado con un pedacito de haber estado caliente y recién frito, pero frío, cocido, viscoso..., jamás. Y aquella ración tan exagerada: dos tajadas de quince por cinco centímetros y al menos de un centímetro de espesor, con el borde dorado y crujiente por un lado... imposible.

La señora Horner se sentó frente a mí. Llevaba una cofia floreada sobre los cabellos blancos y hubo un momento en que extendió la mano, inclinó la cabeza a un lado y corrió un poco hacia la izquierda la fuente con el bacón para que se viera mejor. Luego se volvió a mí y sonrió. Era una sonrisa amable y orgullosa.

Han existido ocasiones en mi vida en las que, enfrentado a circunstancias irremediables, he hallado en mí recursos de valor y resolución que jamás creí poseer. Inspiré profundamente, tomé el cuchillo y el tenedor y partí osadamente una de las tajadas, pero al disponerme a trasladar aquel segmento blando y grasiento a la boca comencé a temblar y la mano se me detuvo en el aire. En ese momento fue cuando vi la fuente de legumbres en escabeche.

Febrilmente, me eché una buena cucharada en el plato. Por lo visto, allí había de todo: cebollas, manzanas, pepinos, calabacines y otras hortalizas en una salsa picante y cargada de vinagre y mostaza. Fue cuestión de un instante cubrir con aquello el trozo de grasa que pinchara con el tenedor, luego me lo llevé a la boca, mastiqué rápidamente y me lo tragué. Ya había empezado con ello y solo había notado el sabor del escabeche.

—Un bacón estupendo —murmuró el señor Horner.

—¡Delicioso! —contesté, masticando desesperadamente el segundo bocado—. ¡Absolutamente delicioso!

—¡Y además le gusta mi escabeche! —La vieja me sonreía, dichosa—. Bien se ve por su modo de servírselo —y soltó una carcajada de pura felicidad.

—Sí, ya lo creo —afirmé con los ojos muy brillantes—; el mejor que he probado nunca.

Al recordarlo ahora, comprendo que fue una de las hazañas más valientes de mi vida. Me lancé a la tarea sin vacilar, sirviéndome escabeche, manteniendo la mente en blanco y negándome tercamente a pensar en aquello tan horrible que me estaba sucediendo. Solo hubo un mal momento porque el escabeche —que estaba muy sazonado y que no es algo que pueda comerse a grandes bocados— me dejó sin aliento y empecé a toser como un loco. Pero al fin terminé. Un último bocado heroico, un buen sorbo de té, y el plato quedó vacío. Todo se había cumplido.

E indudablemente había valido la pena. Había logrado un gran éxito con los viejos. Horner me dio un golpecito en el hombro.

—¡Por Dios, qué bueno es ver a un joven disfrutando con la comida! Cuando yo era un muchacho, solía acabar con ella tan deprisa como usted, pero ahora ya no puedo —y, riéndose entre dientes, dio fin al desayuno.

Su esposa me acompañó hasta la puerta.

—Sí, y fue un auténtico cumplido para mí. —Miró hacia la mesa y se echó a reír—. ¡Casi ha terminado la fuente!

—Lo siento, señora Horner —dije, sonriendo entre lágrimas, y tratando de ignorar el ardor de mi estómago—, pero no pude resistirlo.

En contra de lo que creía, no me caí muerto poco después, pero durante una semana me dominaron las náuseas, unas náuseas que estoy dispuesto a aceptar como puramente psicósomáticas. En cualquier caso y desde aquel episodio, jamás he vuelto —que yo sepa— a comer grasa. Mi odio se transformó en una especie de obsesión a partir de entonces.

Y tampoco he vuelto a hacer una locura semejante con el escabeche.

—Bien, ¿quiere ese trabajo o no?

Walt Barnett se erguía ante mí en la puerta de la clínica y sus ojos me pasaban revista de pies a cabeza, aunque resultaban totalmente inexpresivos. El cigarrillo que le colgaba del labio inferior parecía formar parte de él, lo mismo que el sombrero marrón y el traje de sarga azul marino, muy brillante y tenso sobre su corpachón enorme. Debía pesar más de ciento veinte kilos, y con aquella boca de labios gruesos y brutales y sus modales dominantes resultaba innegablemente formidable.

—Bien..., sí..., claro está que queremos el trabajo —contesté—, solo que no sé cuándo podremos atenderlo. —Me dirigí a la mesa y empecé a pasar las hojas del libro de citas—. Estamos muy ocupados esta semana, y no sé qué tendrá dispuesto el señor Farnon para la semana que viene. Será mejor que le conteste por teléfono.

El hombretón había caído sobre mí sin aviso ni saludo previo, y gritando:

—Tengo un caballo enorme y de muy buena clase para castrar. ¿Cuándo podrá hacerlo?

Yo le había mirado vacilante por unos momentos, asustado en parte por lo arrogante de su entrada y en parte por su petición.

Aquello no eran buenas noticias. No me gustaba castrar caballos pura sangre; prefería con mucho los vulgares caballos de tiro y, para ser del todo sincero, tenía una preferencia especial por los *poneys* de Shetland. Pero todo era parte de la vida y, si había que hacerlo, había que hacerlo.

—Puede llamarme si quiere, pero no lo retrase mucho. —La mirada dura y grave no se apartaba de mí—. Y quiero un buen trabajo, además.

—Nosotros siempre intentamos hacer un buen trabajo, señor Barnett —dije, luchando con un resentimiento creciente ante su actitud.

—Sí, bien, ya he oído eso antes y luego me han hecho una asquerosa carnicería.

Hizo un ademán de despedida, un gesto final y truculento, dio media vuelta y salió dejando la puerta abierta.

Estaba yo de pie en medio de la habitación, rabiando y murmurando entre dientes, cuando entró Siegfried. Apenas le vi al principio, y cuando logré enfocarle descubrí que estaba muy cerca de su rostro.

—¿Qué te ocurre, James? —preguntó—. ¿Un poco de indigestión, quizás?

—¿Indigestión? No, no... ¿por qué dices eso?

—Bien, parece que te duele algo..., estás ahí, apoyado en una pierna, con toda la cara arrugada...

—¿Sí? Pues no se trata más que de nuestro viejo amigo, Walt Barnett. Quiere que le castremos un caballo y me hizo la petición a su modo habitual y encantador... Realmente, ese hombre me pone malo.

Tristán llegó por el pasillo.

—Sí, estaba ahí fuera y le oí. Es un cabronazo de tomo y lomo.

Siegfried dio media vuelta.

—¡Ya basta! No quiero oír aquí esa clase de palabrotas. —Luego se dirigió a mí—. Realmente, James, aunque estuvieras un poco trastornado no creo que eso sea una excusa para las obscenidades.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, te oí murmurar algunas cosas indignas de ti —extendía las manos en un gesto de franqueza que desarmaba—. Dios sabe que no soy gazmoño, pero no me gusta oír tal lenguaje dentro de estos muros. —Se detuvo y sus rasgos asumieron una expresión de profunda gravedad—. Después de todo, los que vienen aquí son los que nos proporcionan el pan y la mantequilla, y debemos hablar de ellos con respeto.

—Sí, pero...

—Oh, ya sé que algunos no son tan agradables como otros, pero nunca debes permitir que te irriten. Ya conoces el viejo refrán: «El cliente siempre tiene razón». Pues yo creo que es un axioma y que funciona bien, y siempre lo cumplo personalmente. —Nos miró solemnemente a Tristán y a mí, por turno—. Así que espero haber dejado esto bien claro. Nada de juramentos en la clínica... especialmente en lo que se refiere a los clientes.

—¡Sí, claro, para ti está muy bien! —estallé acaloradamente—. ¡Pero tú no oíste a Barnett! Yo aguanto mucho, pero...

Siegfried echó la cabeza a un lado y una sonrisita etérea y beatífica le inundó el rostro.

—Mi querido muchacho, ya volvemos a permitir que nos turben las cositas sin importancia. ¿Verdad que ya hemos hablado antes de esto? Ojalá pudiera ayudarte. Ojalá pudiera contagiarte ese don que tengo yo de permanecer tranquilo en todo momento.

—¿Qué dijiste?

—Dije que quiero ayudarte, James, y lo haré. —Alzó el índice—. Te habrás preguntado a veces por qué yo nunca me enfurezco ni me excito...

—¿Cómo?

—Ya sé que sí, que has de habértelo preguntado. Bien, pues te diré un secreto. —Su sonrisa se hizo pícara ahora—. Si un cliente es grosero conmigo, me limito sencillamente a cobrarle un poco más. En vez de ponerme nerviosísimo como tú, me digo que le añadiré a la cuenta diez chelines extra, y eso tiene un efecto mágico.

—¿De verdad?

—Ya lo creo, muchacho. —Me dio un golpecito en el hombro y luego su expresión se hizo grave—. Por supuesto, comprendo que yo tengo una ventaja para empezar. El cielo me ha bendecido con un temperamento muy sereno como cosa natural, mientras que tú te subes por las paredes ante cualquier circunstancia adversa. Sin embargo, creo que la serenidad es algo que puede cultivarse, así que dedícate a ello, James, dedícate a ello. Todos estos acaloramientos y arrebatos son malos para ti... Tu vida cambiaría si pudieras adquirir mi propio modo de ser tan ecuánime.

Tragué saliva con dificultad.

—Bien, gracias, Siegfried —dije—. Lo intentaré.

* * *

Walt Barnett resultaba algo misterioso para los Darrowby. No era un granjero, sino un chamarilero; comerciaba con todo lo que le salía al paso, desde linóleo hasta coches de segunda mano, y solo había una cosa que los de la localidad dijeran con certeza acerca de él: tenía dinero, mucho dinero. Afirmaban que todo lo que tocaba se convertía en oro.

Había comprado una mansión ruinosa a unos cuantos kilómetros de la ciudad, donde vivía con una esposa esclavizada, y cuidaba algunos ejemplares de ganado: unos cuantos toros, algunos cerdos, y siempre uno o dos caballos. Llamaba a todos los veterinarios del distrito por turno, probablemente porque no tenía muy buena opinión de ninguno de nosotros; sentimiento que, según puedo afirmar, era mutuo. Jamás hacía ningún trabajo físico y casi todos los días de la semana se le veía por las calles de Darrowby con las manos en los bolsillos, el cigarrillo colgando de los labios, el sombrero marrón en la coronilla, y su corpachón amenazando con hacer estallar el traje azul marino lleno de brillo.

Después de mi encuentro con él estuvimos unos cuantos días muy ocupados y fue el jueves siguiente cuando sonó el teléfono en la clínica. Siegfried contestó e inmediatamente cambió su expresión. Desde el otro lado de la habitación, oía yo con toda claridad los gritos de intimidación que salían por el receptor y, mientras mi colega escuchaba, un tono escarlata fue extendiéndose por sus mejillas y la boca se le endureció. Varias veces intentó decir una palabra, pero el torrente de voz en el otro extremo era incesante. Finalmente, alzó la voz y empezó a hablar, pero al instante se oyó un chasquido y Siegfried se encontró hablando solo.

Colgó de golpe el teléfono y dio media vuelta.

—Era Barnett... vomitando fuego porque no le hemos llamado. —Se quedó mirándome unos instantes, con el rostro cada vez más ennegrecido por la furia—. ¡El maldito bastardo! —gritó—. ¿Quién demonios cree ser? ¡Insultarme así y luego colgar cuando intento hablarle!

Por un segundo quedó silencioso, luego se volvió hacia mí.

—Te aseguro, James, que no me habría hablado de ese modo si hubiera estado en esta habitación. —Se me acercó y alzó las manos, con los dedos engarfiados amenazadoramente—. ¡Le habría roto su maldito cuello, por grande que sea! ¡Te digo que sí! ¡Te digo que habría estrangulado a ese cabrón!

—Pero, Siegfried —dije—, ¿y tu sistema?

—¿Sistema? ¿Qué sistema?

—Bien, ya sabes, ese truquito que tienes cuando la gente se muestra desagradable... Les cobras un poco más en la cuenta, ¿no?

Siegfried dejó caer los brazos a los lados y me miró algún tiempo, mientras su pecho se alzaba y hundía a impulsos de la rabia. Luego me dio un golpecito en el hombro y se acercó a la ventana, donde se quedó mirando la calle, serena entonces.

Cuando de nuevo se volvió a mí, parecía amargado, pero más tranquilo.

—¡Por Dios, James, tienes razón! Esa es la respuesta. Castraré al caballo de Barnett, pero le cobraré diez libras.

Me eché a reír a gusto. En aquellos días el precio normal por castrar a un caballo era una libra o, para ser más profesionales, una guinea.

—¿De qué te ríes? —preguntó mi colega, desabridamente.

—Pues de ese chiste. Vamos... ¡diez libras! ¡Ja, ja, ja!

—No bromeo. Voy a cobrarle diez libras.

—¡Oh, vamos, Siegfried! No puedes hacer eso.

—Pues ya lo verás —insistió—. Voy a escarmentar a esa bestia.

Dos días después, por la mañana, estaba yo metido en la rutina ya familiar de preparar los instrumentos para una castración: herví el castrador y lo puse en la bandeja esmaltada junto con el escalpelo, el rollo de algodón, los fórceps para las arterias, la tintura de yodo, los materiales de sutura, la antitoxina tetánica y las jeringuillas. Durante los últimos cinco minutos, Siegfried me había estado chillando que me diera prisa.

—¿Qué diablos andas haciendo ahí, James? No te olvides de poner una botella extra de cloroformo. Y trae las cuerdas, por si acaso no se cae solo. ¿Dónde has escondido las hojas de escalpelo de repuesto, James?

El sol brillaba sobre la bandeja cargada, filtrándose a través de la masa verde de la vistaria que caía en desorden ante la ventana de la clínica. Me recordaba que estábamos en mayo y que, en ningún lugar del mundo, era tan hermosa una mañana de mayo como en el jardín alargado de Skeldale House, con altas tapias de ladrillo cuyo cemento se desprendía en muchos puntos, las viejas piedras que atraían la luz del sol en un cálido abrazo y la proyectaban sobre el césped descuidado, los macizos llenos de campanillas, y las masas de capullos en los frutales. Y allá arriba, las cornejas graznaban en las ramas más altas de los olmos.

Siegfried, con la mascarilla del cloroformo echada sobre el hombro, comprobó por última vez los objetos de la bandeja y partimos. En menos de media hora cruzábamos ya las verjas de la vieja mansión; subimos luego por una avenida cubierta de musgo que serpenteaba entre pinos y abedules hasta la casa, la cual parecía contemplarnos desde un fondo de bosques, sobre kilómetros y kilómetros de montañas y páramos.

Nadie podría haber pedido un lugar más perfecto para la operación: un parque rodeado de muros elevados y cubierto de hierba lustrosa. Dos personajes que juzgué muy apropiados para el señor Barnett nos trajeron al caballo de dos años, un zaino magnífico. No sé de dónde los había sacado, pero rostros como los suyos no se veían entre los ciudadanos de Darrowby. Uno era moreno y pequeñajo, como un gnomo, y mientras conversaba con su compañero inclinaba la cabeza y guiñaba un ojo como si compartiera con él un secreto inconfesable. El otro tenía la cabeza cubierta de pelo rojo e hirsuto, sobre un rostro de un rojo escrofuloso que parecía a punto de caer en pedazos si se le tocaba y hundidos en aquella carne lívida brillaban dos ojillos diminutos.

Los dos nos miraron sin sonreír y el moreno escupió con satisfacción cuando nos acercamos.

—Una mañana muy agradable —dije yo.

El pelirrojo me miró y el gnomo asintió y guiñó un ojo, como si yo hubiera dicho alguna picardía que le hiciera gracia.

Apareció la enorme figura de Barnett, con el cigarrillo prendido en los labios, y la luz del sol sacando reflejos brillantes de la tela de su traje azul marino ajustadísimo.

No pude por menos de comparar el aspecto de aquel trío de seres humanos con la belleza y dignidad naturales del caballo. Este agitó la cabeza y luego se quedó mirando serenamente al otro lado del parque, con los grandes y hermosos ojos brillantes de inteligencia, y las líneas nobles de rostro y cuello recalcando la gracia y poderío del cuerpo. En mi mente repasaba yo las observaciones que oyerá sobre los animales más elevados y más degradados de la Creación.

Siegfried dio la vuelta al caballo acariciándole el lomo y hablándole, mientras en sus ojos ardía el placer del fanático.

—Es magnífico, señor Barnett —comentó.

El hombretón se volvió, furioso.

—Sí, desde luego, pero no tiene por qué mimarlo. He pagado mucho dinero por ese caballo.

Siegfried le lanzó una mirada pensativa y luego se volvió a mí.

—Adelante. Lo echaremos sobre ese trozo alargado de hierba. ¿Estás dispuesto, James?

Lo estaba, pero me habría sentido mucho más a gusto si Siegfried me hubiera dejado solo. Cuando trabajábamos con los caballos, yo era el anestesta, y mi colega el cirujano. Y era muy bueno: rápido, diestro, hábil. Yo no discutía el arreglo; él podía seguir con su trabajo y dejarme hacer el mío. Pero siempre había roces, porque Siegfried seguía metiéndose en mi terreno y eso me resultaba agotador.

La anestesia de los animales grandes tiene un propósito doble: anular el dolor y permitir un mejor manejo de los mismos. Por supuesto, no se puede trabajar con esas criaturas potencialmente peligrosas a menos que estén bien dominadas.

Ese era mi trabajo. Yo había de presentarle un paciente dormido y dispuesto para el escarpelo, y con frecuencia pensaba que esta era la parte más difícil. Hasta que el animal quedaba totalmente anestesiado siempre sentía cierta tensión, y Siegfried no mejoraba las cosas. Se colocaba a mi lado dándome consejos con respecto a la cantidad de cloroformo, y jamás podía esperar a que la anestesia hiciera su efecto. Invariablemente, decía:

—No va a caer, James —y luego—: ¿No crees que deberías tirarle de una pata delantera?

Incluso ahora, treinta años después, cuando utilizo drogas intravenosas tales como la thipentona, todavía insiste en ello. Da pataditas de impaciencia a mi alrededor, mientras lleno la jeringuilla, y adelanta la mano por encima de mi hombro para señalarme el pliegue de la yugular.

—Yo la metería exactamente ahí, James.

Me puse en pie, irresoluto, con Siegfried a mi lado, la botella de cloroformo en el bolsillo y la mascarilla colgando de la mano. Sería maravilloso, pensé, si por una vez me dejase que lo hiciera yo solo. Después de todo, había trabajado con él casi tres años..., seguramente ya le conocía lo bastante bien para poder hablarle con franqueza.

Me aclaré la garganta.

—Siegfried, estaba pensando... ¿te importaría ir a sentarte por ahí unos minutos hasta que lo tenga en el suelo?

—¿Y por qué?

—Bien, pensé que sería una buena idea que me dejaras hacerlo solo. Hay demasiada gente en torno al caballo; no lo quiero excitado. Así que, ¿por qué no te relajas un ratito? Ya te llamaré cuando hayas caído.

Siegfried alzó la mano.

—Mi querido muchacho, como quieras. De todas formas, no sé por qué estoy aquí esperando. Jamás me meto en lo que haces, como bien sabes.

Dio media vuelta y, con la bandeja bajo el brazo, se dirigió al lugar en el que aparcara el coche sobre la hierba, a unos cincuenta metros. Pasó junto al Rover y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la carrocería. Quedaba fuera de la vista.

Descendió la paz sobre mí. De pronto me di cuenta del suave calor del sol en mi frente, del canto de los pájaros que despertaban ecos entre los árboles cercanos. Até sin prisas la mascarilla bajo la collera, y saqué la pequeña medida de cristal.

Esta vez tenía mucho tiempo. Empezaría con solo un par de gramos para acostumbrarlo al olor sin que se asustara. Eché el fluido claro en la esponja.

—Háganlo caminar en círculo lentamente —dije al pelirrojo y al gnomo—. Voy a dárselo poco a poco, no hay prisa. Pero sostengan bien la brida por si se asusta.

No había necesidad de ese consejo. El caballo seguía paseando serenamente, sin miedo, y cada minuto, poco más o menos, yo le echaba un poco más en la esponja. Al cabo de un ratito, sus pasos se hicieron trabajosos

y empezó a agitarse como un borracho al caminar. Le observé, contento; así era como me gustaba hacerlo. Otra gotita y lo conseguiría. Medí una media onza más y me dirigí al gran animal.

Su cabeza se bajó somnolienta, cuando se lo di.

—Ya estás casi dispuesto, ¿verdad, muchacho? —murmuraba yo, cuando la paz se alteró rápidamente.

—¡No se caerá, James!

El rugido provenía de la dirección del coche y, al dar la vuelta, consternado, vi que una cabeza aparecía sobre el motor. Aún hubo otro grito:

—¿Por qué no lo atas...?

En aquel momento el caballo vaciló y cayó serenamente sobre la hierba y Siegfried salió de su escondite con el escalpelo en la mano.

—¡Siéntate sobre la cabeza! —aulló—. ¿A qué esperas? ¡Estará de pie en un minuto! ¡Y pásale la cuerda por la pata trasera! ¡Y tráeme la bandeja! ¡Y ve a por el agua caliente! —Llegó junto al caballo respirando con dificultad, pero se volvió y ladró al rostro del pelirrojo—: ¡Venga, que te estoy hablando a ti! ¡*Muévete!*

El hombre salió al galope y tropezó con el gnomo que venía con el cubo. Ambos tuvieron una breve escaramuza con la cuerda, antes de pasársela por el trabadero.

—¡Tira de esa pata hacia delante! —gritó mi socio, inclinándose sobre el lugar de la operación. De pronto soltó otro aullido—. ¡Y usted quite ese pie de mi vista! ¿Qué le pasa? ¡Tal como trabaja, no sacaría ni una gallina del nido!

Yo me arrodillé tranquilamente junto a la cabeza del animal, poniéndole una rodilla en el cuello. Pero no había necesidad de sujetarlo; estaba maravillosamente dormido, con los ojos pacíficamente cerrados, mientras Siegfried trabajaba con su experiencia habitual y con la rapidez del rayo. Hubo unos momentos de silencio, rotos tan solo por el tintineo de los instrumentos que volvían a caer en la bandeja, y luego mi colega me miró sobre el lomo del caballo.

—Quítale la mascarilla, James.

La operación había terminado.

No creo haber visto jamás un trabajo de mayor éxito. Para cuando habíamos lavado los instrumentos en el cubo, el caballo estaba en pie y mordisqueando suavemente la hierba.

—Una anestesia espléndida, James —dijo Siegfried, secando el castrador—. La más adecuada. ¡Y qué caballo tan magnífico!

Habíamos guardado ya los instrumentos en el maletero y nos disponíamos a marcharnos, cuando Walt Barnett dirigió su corpachón hacia nosotros. Se enfrentó con Siegfried desde el capó del coche.

—Bien, ese trabajo casi no fue nada —gruñó, dejando caer de golpe el talonario de cheques sobre el metal brillante—. ¿Cuánto quiere?

Había un desafío arrogante en las palabras y, enfrentados con la fuerza dinámica, con la presencia brutal de aquel hombre, la mayoría de los veterinarios que pensaran cobrar una guinea hubiesen cambiado de opinión y dicho simplemente una libra.

—Bien, estoy esperando —insistió—. ¿Cuánto quiere?

—¡Ah, sí! —dijo Siegfried, con ligereza—. Serán diez libras.

El hombretón puso una manaza grasienta sobre el talonario y miró fijamente a mi colega.

—¿Qué?

—Que serán diez libras —repitió Siegfried.

—¿Diez libras?

Los ojos de Barnett se abrieron de par en par.

—Sí —afirmó Siegfried, con una sonrisa agradable—, eso es. Diez libras.

Hubo un silencio mientras los dos se enfrentaban sobre el capó. El canto de los pájaros y los sonidos del bosque parecían extraordinariamente ruidosos con el paso de los segundos, el silencio y la inmovilidad total. Barnett nos miraba furioso y yo pasaba la vista de su rostro, enorme y carnoso, que parecía haberse hinchado desmesuradamente, al perfil elegante, los pómulos altos y la mandíbula firme de mi socio. Siegfried seguía sonriendo perezosamente, pero en la profundidad gris de sus ojos brillaba una luz peligrosa.

Cuando estaba ya a punto de soltar un chillido de histerismo, el hombre bajó la cabeza de pronto y empezó a escribir. Al entregar el cheque, temblaba de tal modo que el trocito de papel vacilaba como a impulsos del viento.

—Aquí tiene entonces.

—Gracias. —Siegfried leyó el cheque de una ojeada y luego se lo metió con descuido en el bolsillo de la chaqueta—. Es magnífico que disfrutemos de un tiempo tan bueno en mayo, señor Barnett. Estoy seguro de que a todos nos sienta bien.

Walt Barnett murmuró algo entre dientes y se alejó. Cuando me metí en el coche todavía vi la espalda amplia de la chaqueta azul marino que se dirigía cansadamente hacia la casa.

—De todos modos, no volverá a llamarnos —dije.

Siegfried puso en marcha el motor y arrancamos.

—No, James, yo diría que nos recibiría a cañonazos si nos aventurásemos a volver de nuevo por este camino. Pero eso me parece perfecto; creo que puedo arreglármelas para pasar el resto de mi vida sin el señor Barnett.

En nuestro camino cruzamos el pequeño pueblo de Baldon y Siegfried detuvo la marcha ante la taberna, un edificio pintado de amarillo que se alzaba a unos cuantos metros de la carretera, con un letrero de madera que anunciaba «Las llaves de la Cruz» y un gran perro negro que dormía en el escalón lleno de sol. Miró el reloj.

—Las doce y cuarto... acaban de abrir. Una cerveza fría nos sentaría bien, ¿no crees? Me parece que nunca he estado en este lugar.

Al llegar desde la luz intensa del exterior, el interior en sombras era un descanso; apenas unos rayitos de sol se filtraban entre las cortinas e iluminaban el suelo de piedra, las mesas viejas de roble, la gran chimenea con el asiento de respaldo alto ante ella.

—Buenos días, señor —entonó mi socio, dirigiéndose al bar.

Hacía gala de sus modales aristocráticos y pensé que era una lástima que no tuviera un bastón de puño de plata para golpear con él el mostrador.

El hombre que presidía la barra sonrió y se llevó dos dedos a la gorra, según el saludo acostumbrado.

—Buenos días; ¿en qué puedo servirles, caballeros?

Casi había esperado oír a Siegfried diciendo: «Dos copas de tu mejor cerveza, honrado amigo», pero en cambio se volvió a mí y murmuró:

—Creo que dos jarras de amarga, ¿eh, James?

El hombre empezó a servirla.

—¿Quiere unirse a nosotros? —preguntó Siegfried.

—Gracias, señor. Tomaré algo con ustedes.

—Y quizá su amable esposa también.

Siegfried sonreía a la esposa del dueño, que colocaba los vasos en montón en un extremo del mostrador.

—Muy amable de su parte, acepto.

Se acercó, tragó saliva y una expresión de asombro cubrió su rostro. Siegfried ni siquiera la había mirado —apenas una ojeada de cinco segundos de aquellos ojos grises—, pero la botella chocó contra el vaso mientras ella se servía un poco de oporto y se dedicaba a contemplarle con arrobó.

—Serán cinco chelines y seis peniques —dijo el dueño.

—De acuerdo.

Mi socio metió la mano en el abultado bolsillo de la chaqueta y echó sobre el mostrador una mezcla extraordinaria de billetes de banco arrugados, calderilla, instrumentos de veterinario, termómetros y trozos de cordel... registró aquella confusión con el índice, eligiendo el dinero necesario.

—¡Espera un minuto! —exclamé—. ¿No son esas mis tijeras curvas? Las perdí hace unos días...

Siegfried retiró el montón de la vista y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Tonterías. ¿Qué te hace pensarlo?

—Bueno, son exactamente iguales a las mías. Una forma extraordinaria, con la hoja plana y larga, muy práctica. He estado buscándolas por todas partes...

—James —se enderezó y se enfrentó conmigo con altivez helada—, creo que ya has dicho bastante. Tal vez sea capaz de cometer una mala acción, pero me gustaría creer que ciertas cosas están por debajo de mí. Y robar las tijeras curvas de un colega es una de ellas.

Caí en un silencio profundo. Habría de calcular el momento y probar suerte más tarde. Estaba muy seguro de haber reconocido también un par de mis fórceps.

Sin embargo, algo más ocupaba la mente de Siegfried. Estrechó los ojos como si meditara intensamente, luego metió la mano en el otro bolsillo y sacó una colección similar de objetos, que procedió a registrar ansiosamente sobre el bar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El cheque que nos acaban de dar. ¿Te lo entregué a ti?

—No. Te lo metiste en ese bolsillo. Yo te vi.

Eso es lo que pensaba. Pues bien, ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—¡Que he perdido el condenado cheque!

Me eché a reír.

—¡Oh, no es posible! Regístrate bien los bolsillos..., tiene que estar en alguna parte.

Siegfried hizo un registro sistemático, pero en vano.

—Bien, James —dijo al fin—, realmente lo he perdido, pero acabo de discurrir una solución muy sencilla. Me quedaré aquí y tomaré otra cerveza mientras tú vas a ver a Walt Barnett y le pides otro cheque.

Hay mucho tiempo para pensar en esas largas horas que uno pasa conduciendo, y al volver a casa, terminada ya la última visita, iba repasando mentalmente mi capacidad de organizador.

Había que admitir que la organización y la planificación no eran mi fuerte. Poco después de casarnos, le dije a Helen que no creía conveniente que tuviéramos niños de momento. Señalé que pronto habría de irme, que no disponíamos de una casa adecuada, que nuestro estado financiero era muy precario, y que sería mucho mejor esperar a que terminase la guerra.

Había lanzado todas estas opiniones pomposamente, retrepándome en el sillón y fumando en pipa como un sabio; sin embargo, creo que no me sentí demasiado sorprendido cuando se confirmó el embarazo de Helen.

Desde la oscuridad templada en torno a mí, el aroma de la hierba de los Valles se metía por la ventanilla abierta y, cuando cruzaba el pueblo silencioso, se mezclaba por un instante a ese olor dulce y misterioso del humo de leña. Más allá de las casas, el camino se extendía ante mí, vacío y sinuoso, entre las montañas negras que los encerraban. No, no había organizado las cosas muy bien. Iba a dejar Darrowby, y quizás Inglaterra, por un periodo indefinido; estaba sin hogar, sin dinero y con una esposa embarazada. Era una situación difícil. Pero empezaba a comprender que la vida nunca es fácil.

El reloj de la torre señalaba las once cuando crucé la plaza del mercado y, al entrar en la calle Trengate, vi que la luz estaba apagada ya en nuestra habitación. Helen se habría acostado. Entré en el patio posterior, guardé el coche y recorrí el jardín alargado. Este paseo suponía el fin de cada jornada; en ocasiones sobre la nieve helada, pero esta noche caminaba con facilidad en el ambiente veraniego, entre los viejos manzanos y hacia la casa que se alzaba silenciosa bajo las estrellas.

En el pasillo casi tropecé con Siegfried.

—Acabas de volver de la granja de Allenby, ¿verdad, James? —preguntó —. Vi en el libro que tenías allí un cólico.

Asentí.

—Sí, pero no grave. Solo unos espasmos. El caballo gris se había dado un buen festín de peras verdes que estaban caídas por el huerto.

Siegfried se echó a reír.

—Bien, yo apenas he llegado unos minutos antes que tú. He estado en casa de la señora Dewar toda una hora, sosteniéndole la pata a su gatita mientras tenía sus crías.

Llegamos al ángulo del pasillo y vaciló.

—¿Te gustaría tomar una copa, James?

—Sí, gracias —contesté, y entramos en la sala.

Pero había cierta tensión entre nosotros, porque Siegfried partía para Londres muy temprano a la mañana siguiente con el fin de ingresar en las Fuerzas Aéreas —se habría ido antes de que yo me levantara— y ambos sabíamos que era una copa de despedida.

Me senté en mi sillón de costumbre, mientras Siegfried abría el armarito de puertas de cristal sobre la chimenea y sacaba la botella de *whisky* y los vasos. Sirvió dos con la mayor prodigalidad y se sentó frente a mí.

Habíamos hecho esto muchas veces a lo largo de los años, y a veces nos habíamos quedado allí hasta el amanecer, pero, como es natural, la costumbre se había espaciado desde mi matrimonio. Era como dar marcha atrás al reloj beber aquel *whisky*, contemplarle a él al otro lado de la chimenea y sentir como una presencia viva el encanto de aquella habitación tan hermosa, con su alto techo, sus arcos graciosos y los ventanales que daban al jardín.

No hablamos de su partida, sino de las cosas que siempre comentáramos juntos y todavía seguí comentando: la recuperación milagrosa de aquella vaca; lo que dijera ayer el viejo señor Jenks; el paciente que nos había coceado, saltado la valla y desaparecido para siempre. Luego, Siegfried alzó un dedo.

—¡Oh, James! Casi se me olvidaba. Estaba ordenando mis libros y he descubierto que te debo algún dinero.

—¿De verdad?

—Sí, y me siento un poco avergonzado al respecto. Lo cierto es que se remonta a los días anteriores a nuestra sociedad, cuando tú cobraste la parte que te correspondía de las pruebas de Ewan Ross. Hubo un error por alguna parte y se te pagó de menos. De todas formas, ahora vas a recibir cincuenta libras.

—¡Cincuenta libras! ¿Estás seguro?

—Completamente seguro, James, y te presento mis excusas.

—No hay necesidad de que te disculpes, Siegfried. Me vendrán muy bien precisamente ahora.

—Bueno, bueno..., de todas formas el cheque está en la mesa, en el cajón de arriba, si quieres recogerlo mañana.

Agitó una mano lánguida y empezó a hablar de unas ovejas que había examinado aquella tarde.

Pero, durante unos minutos, apenas le oí. ¡Cincuenta libras! Era una barbaridad de dinero en aquellos tiempos, especialmente cuando pronto estaría yo ganando tres chelines al día como soldado durante mi entrenamiento inicial. No resolverían todos mis problemas financieros, pero sería un buen almohadoncito en que descansar la cabeza.

Mis seres más queridos y más cercanos se muestran unánimes al declarar que un poco lento de comprensión y tal vez tengan razón, porque pasaron muchos años hasta que adiviné que jamás existió esa deuda de cincuenta libras. Siegfried comprendió que yo necesitaba un poco de ayuda en ese momento y, cuando todo se me hizo claro, mucho más tarde, me di cuenta de que ese era su modo típico de hacer las cosas. No habría el menor apuro para mí. Ni siquiera me había entregado personalmente el cheque.

Mientras el nivel de la botella seguía bajando, la conversación se hacía cada vez más fácil. En cierto momento, horas después, mi mente adquirió de pronto una claridad extraordinaria y fue como si yo no tuviera cuerpo y contemplara la sala y sus ocupantes desde un lugar superior. Nos habíamos dejado resbalar en los sillones, con las cabezas apoyadas en el respaldo, y las piernas extendidas sobre la alfombra. El rostro de mi socio parecía haber cobrado un extraño relieve y me sorprendió que, aunque solo tenía treinta y tantos años, pareciera mucho mayor. Era un rostro atractivo, delgado, de huesos fuertes y ojos firmes y llenos de humor, pero no joven. En realidad, y desde que le conociera por primera vez, Siegfried nunca había parecido joven (pero ahora es él quien se burla de mis palabras, porque apenas ha cambiado con los años y es uno de esos afortunados que nunca envejecen en su aspecto).

En aquel momento de la noche, cuando todo era cálido y grato y yo me sentía omnisciente, juzgué una lástima que Tristán no estuviera allí para completar el trío familiar. Mientras hablábamos, los recuerdos iluminaban la habitación como una película radiante: días de noviembre en las colinas, la lluvia cayendo sobre nuestros rostros, el coche atascado en un montón de nieve, el sol de primavera radiante sobre la campiña. Y no podía por menos

de pensar que Tristán había formado parte de todo ello y que iba a echarle de menos, tanto como a su hermano.

Apenas podía creerlo cuando Siegfried se puso en pie, corrió las cortinas y la luz del amanecer invadió la habitación. Me puse en pie también a su lado, y él miró el reloj.

—Las cinco en punto, James —dijo, y sonrió—. Ya lo hemos hecho otra vez.

Abrió el ventanal y salimos a la quietud serena del jardín. Aspiraba a grandes sorbos el dulce aire, cuando un pájaro rompió el silencio.

—¿Oíste ese mirlo? —dije.

Asintió y me pregunté si pensaría lo mismo que yo: que parecía exactamente el mismo mirlo que nos saludara a primera hora del día en aquella ocasión en que nos pasamos la noche hablando de mi primer caso, hacía años.

Subimos la escalera juntos, en silencio. Siegfried se detuvo en su puerta.

—Bien, James... —dijo, y me tendió la mano y la boca se alzó un poco en las comisuras.

Se la estreché por un momento; luego Siegfried dio la vuelta y entró en su cuarto. Mientras seguía subiendo el tramo siguiente, un poco alterado, me pareció extraño que no nos hubiéramos dicho adiós. No sabíamos cuándo nos veríamos de nuevo, ni siquiera si volveríamos a vernos. Sin embargo, ninguno de los dos había dicho una palabra. No sé si él deseaba decir algo, pero yo sí ardía en deseos de hablar.

Quería darle las gracias por ser mi amigo, aparte de mi jefe; por haberme enseñado tanto, por no haberme decepcionado jamás. Había también otras cosas, pero jamás las dije.

Y, ahora que pienso en ello, ni siquiera le di nunca las gracias por aquellas cincuenta libras... hasta ahora.

—Mira, Jim —dijo Helen—, a este compromiso sí que no podemos llegar tarde. La señora Hodgson es un encanto de anciana, pero se enojaría muchísimo si se le estropeará la cena por nuestro retraso.

Asentí.

—Tienes razón, chica, no podemos llegar tarde. Pero no tengo más que tres llamadas esta tarde, y Tristán se encargará de las de la noche. No creo que nada salga mal.

Tal vez resulte incomprensible para un lego en la materia tanto nerviosismo por un hecho tan corriente como una invitación a cenar, mas para los veterinarios y sus esposas era algo importante, en especial en aquellos tiempos en los que uno o dos hombres trabajaban todo un distrito. La idea de que alguien preparara una comida para mí y luego se quedara esperando en vano a que yo apareciera, era horrible, pero a todos nos sucedía de vez en cuando.

Y todavía era mayor la preocupación cuando nos invitaban a Helen y a mí, especialmente alguien como los Hodgson. El señor Hodgson era un granjero viejo y muy agradable, tan corto de vista que estaba prácticamente ciego, pero los ojos que miraban a través de las gafas gruesas eran siempre amistosos. Su esposa era tan amable como él y me había mirado con perspicacia cuando yo visité su granja hacía dos días.

—¿No le abre el apetito, señor Herriot?

—Ya lo creo, señora Hodgson. Es una vista maravillosa.

Estaba lavándome las manos en la cocina de la granja si poder apartar los ojos de una mesa cercana en la que se hallaba extendida toda esa gloria que es la matanza casera del cerdo. Filas de pasteles de cerdo, costillas, un montón de salchichas recién hechas, jarras de carne en adobo... Había también cacharros que se iban llenando de manteca, recién derretida y clarificada en el horno abierto.

Me miró pensativamente.

—¿Por qué no viene una noche con su esposa y nos ayuda a comerlo?

—Bien, es muy amable por su parte y me encantaría, pero...

—¡Nada de peros entonces! —Se echó a reír—. Comprenda que aquí hay demasiado. De todas formas, tendremos que regalar muchas cosas.

Eso era muy cierto. En los días en que cada granjero, e incluso muchos ciudadanos de Darrowby, criaban cerdos para consumirlos en casa, la época de la matanza era una ocasión de grandes fiestas. Los jamones y solomillos eran curados y colgados, pero los montones de asadura y piezas misceláneas habían de ser consumidas al momento, y, aunque los granjeros con familias numerosas sí podían hacerlo, otros solían enviar paquetitos deliciosos a todos sus amigos, con el feliz convencimiento de que recibirían un regalo recíproco y similar a su debido tiempo.

—De acuerdo, gracias, señora Hodgson —dije—. Entonces, el martes por la tarde a las siete en punto.

* * *

Y allí estaba yo, el martes a primera hora de la tarde, cruzando la campiña muy confiado, con la imagen de la cena de la señora Hodgson ante los ojos como una visión de la tierra prometida. Sabía lo que me esperaba: una fritada de costillas, cebollas, hígado y carne de cerdo, adornada con esas divinas salchichas de granja que ahora ya no se ven. Realmente, valía la pena soñar en ello.

Y en ello seguía pensando cuando entré en el patio de la granja de Edward Wiggin. Me dirigí al granero cubierto y miré a mis pacientes: una docena de toros castrados jóvenes que descansaban hundidos en la paja. Tenía que inyectarles la vacuna de Blackleg. Si no lo hacía, casi seguro que uno o más de ellos morirían debido a la infección del *Clostridium* mortal que llenaba los pastos de aquella granja en particular.

Era una enfermedad bastante corriente y los ganaderos la habían reconocido durante generaciones y habían acudido a ciertas prácticas extrañas con el fin de combatirla, tales como pasar un sedal —un trozo de bramante— por la papada del animal. Pero ahora contábamos con una vacuna eficiente.

Estaba pensando que aquello no me llevaría más de unos minutos porque Wilf, el peón del señor Wiggin, era muy experto en lo de agarrar a una bestia, cuando vi que el granjero cruzaba el patio y el alma se me cayó a los pies. Llevaba el lazo. A su lado Wilf alzó brevemente los ojos al cielo al verme. Indudablemente, también él temía lo peor.

Entramos en el granero y el señor Wiggin comenzó el largo proceso de disponer la cuerda mientras nosotros le observábamos con melancolía. Era un

hombre frágil de más de sesenta años, y en su juventud había pasado unos años en América. No hablaba mucho de ello, pero con el tiempo todo el mundo llegó a tener la impresión de que había sido allí una especie de vaquero y en realidad hablaba con un suave acento tejano y parecía obsesionado con la mística de los ranchos y los espacios abiertos. Cuanto se relacionaba con el Salvaje Oeste le era muy querido, pero lo que sobre todo amaba era su lazo.

Se le podían lanzar muchos insultos al señor Wiggin y no se alteraría, pero si se ponía en duda su capacidad de enlazar al toro más salvaje con un simple giro de su cuerda, aquel hombrecillo suave estallaba en cólera. Y lo peor de todo era que no lo hacía nada bien.

Había formado ya un lazo amplio con la cuerda y empezó a darle vueltas en torno a su cabeza al aproximarse al toro más cercano. Cuando lo lanzó al fin, el resultado fue el que ya esperábamos: la cuerda pasó limpiamente sobre el lomo del animal y cayó sobre la paja.

—¡Maldición! —exclamó el señor Wiggin, empezando de nuevo.

Era un hombre de movimientos deliberados y resultaba enloquecedor observar su modo de recoger metódicamente la cuerda. Pasó toda una eternidad antes de que avanzara otra vez hacia el toro, con la cuerda girando sobre su cabeza.

—¡Mierda! —soltó Wilf, cuando el extremo del lazo le dio en la cara.

Su jefe se volvió a mirarle.

—Aléjate de mi camino, Wilf —dijo en tono de queja—. Ahora tengo que empezar de nuevo.

Esta vez ni siquiera tomó contacto con el animal y, al retirar el lazo de la paja, Wilf y yo nos apoyamos cansadamente en la pared del granero.

Otra vez el silbido de la cuerda, en un tiro ambicioso que la lanzó muy alto contra las vigas cruzadas del techo, donde se atascó. El granjero tiró de ella varias veces en vano.

—¡Maldita sea, se ha enganchado ahí, en un clavo! Cruza el patio corriendo y trae la escalera, Wilf.

Mientras esperaba la escalera y luego veía a Wilf que ascendía a las alturas en las sombras, reflexioné acerca de Wiggin. Su modo de hablar, las expresiones que utilizaba, eran familiares para la mayoría de las gentes del Yorkshire, ya que libros y películas nos las traían constantemente desde el otro lado del Atlántico. En realidad, se rumoreaba que en este material era donde el señor Wiggin las había aprendido, y que en su vida había estado ni en las proximidades de un rancho. No había modo de averiguarlo.

Al fin se recuperó la cuerda, retiramos la escalera y el hombrecillo se dispuso de nuevo a la acción. Otra vez falló, pero uno de los toros metió la pata en el lazo y por unos momentos el granjero se aferró a ella con fiera decisión mientras el animal pateaba y coceaba violentamente para librarse de la molestia. Al contemplar el rostro arrugado de aquel hombre terco y decidido, y los hombros encogidos y dispuestos a la lucha, comprendí que Wiggin no estaba enlazando simplemente a un animal para que yo lo inyectara; estaba enlazando a un novillo, con el olor de las praderas en la nariz y el aullido del coyote en los oídos.

Al toro no le llevó mucho tiempo librarse de la cuerda y, con un gruñido de: «¡Condenada criatura!», Wiggin empezó de nuevo. Mientras seguía echando el lazo sin el menor efecto, yo me iba percatando con angustia cada vez mayor de que el tiempo volaba y de que nuestra oportunidad de llevar a cabo el trabajo era cada vez menor. Cuando hay que manejar un puñado de animales jóvenes, lo principal es no trastornarles. Si el señor Wiggin no hubiera estado allí, los habríamos agrupado tranquilamente en un rincón y Wilf habría pasado entre ellos sujetándolos por el morro con sus dedos poderosos.

Ahora se sentían profundamente trastornados. Habían estado comiendo pacíficamente, rumiando y arrancando perezosamente algunos puñados de heno del pesebre, pero ahora, molestos por aquella cuerda insistente, corrían de un lado a otro como caballos de carreras. Wilf y yo los observábamos con desesperación creciente mientras Wiggin conseguía enlazar —¡por una vez!— a un toro; pero el lazo era demasiado ancho, así que se deslizó y se le salió del cuerpo. El animal soltó un mugido de furia y luego inicio un pateo y un galope rabioso. Miré a aquellos seres alocados que corrían ante nosotros; aquello se estaba convirtiendo por minutos en un auténtico rodeo.

¡Vaya comienzo desastroso de la tarde! Había visto un par de perros en la clínica después del almuerzo, y eran las dos y media cuando salí. Ahora eran casi las cuatro y aún no había hecho nada.

Y no creo que lo hubiera hecho jamás de no haber intervenido el destino. Por suerte, el señor Wiggin consiguió enlazar limpiamente los cuernos de un proyectil que pasaba volando junto a él, la cuerda se apretó en torno al cuello y Wiggin, en el otro extremo, voló graciosamente por el aire unos siete metros hasta que vino a caer en un pesebre de madera.

Corrimos hacia él y le ayudamos a ponerse en pie. Muy agitado, pero no herido, nos miró a los dos.

—¡Diablos, supongo que no pude aguantar el maldito tirón! —murmuró —. Reconozco que será mejor que me siente en casa un ratito. Ustedes mismos habrán de coger a esos bichos asquerosos.

De vuelta al granero, Wilf me susurró:

—No es más que un presumido, jefe. Ahora podremos continuar. Y tal vez esto le hará olvidar el maldito lazo por algún tiempo.

Los toros estaban demasiado excitados para dejarse sujetar por el morro, pero Wilf me dio toda una exhibición al estilo del Yorkshire. Como la mayoría de los ganaderos de la localidad, era un experto con el cabestro, y yo quedé fascinado al verle arrojarlo sobre la cabeza de un animal en movimiento de modo que una lazada le cayera tras las orejas y la otra en torno al morro.

Con un suspiro de alivio, saqué la jeringuilla y las botellas de vacuna del bolsillo, y tuve inyectado a todo el grupo en veinte minutos.

Al marcharme, miré el reloj y se me alteró el pulso al ver que eran las cinco menos cuarto. Casi se me había ido la tarde y aún me quedaban dos visitas. Claro que disponía de tiempo hasta las siete en punto, y seguramente no me tropezaría con otro señor Wiggin. Mientras veía pasar las vallas de piedra a toda velocidad ante la ventanilla, medité de nuevo en aquel hombrecillo misterioso. ¿Habría sido alguna vez un vaquero genuino, o era todo una fantasía?

Recordé aquel jueves por la tarde, en que Helen y yo salíamos del cine de Brawton donde generalmente acabábamos nuestro medio día libre; la película había sido un wéstern y, en el momento en que dejábamos el interior de la penumbra, miré a lo largo de la última fila y, justo en el extremo más lejano, vi al señor Wiggin solo, hundido en la butaca y con un aire curiosamente furtivo.

Desde entonces, siempre me he preguntado...

* * *

A las cinco en punto entraba a toda prisa en la pequeña granja perteneciente a las señoritas Dunn. Su cerda se había cortado el cuello con un clavo y mi experiencia previa en esta casa sugería que no podía tratarse de nada grave.

Estas dos solteronas cuidaban unas cuantas hectáreas de tierra en las afueras del pueblo de Dollingsford. Resultaban interesantes de observar porque hacían la mayor parte del trabajo solas, y en ese proceso dedicaban tanto afecto a su ganado que las bestias eran más bien animalitos caseros el pequeño establo contenía cuatro vacas y, siempre que examinaba a una de

ellas, notaba que la lengua áspera de su vecina me lamia la espalda. Las ovejas corrían hacia la gente en los campos y olfateaban las piernas como si fueran perros; los terneros me chupaban el dedo, y un *poney* viejo vagaba por allí con expresión benévola y acariciando con el morro a todo el que pasaba. La única excepción de aquella colonia amable era la cerda, *Prudencia*, un animal totalmente malcriado.

La miré ahora, mientras ella olfateaba la paja de su cochiguera. Era una cerda enorme y aquel corte de unos diez centímetros en los músculos del cuello no suponía, indudablemente, una amenaza para su vida, pero seguía abriéndose y no se la podía dejar así.

—Tendré que darle unos cuantos puntos —dije, y la mayor de las dos hermanas retuvo el aliento y se llevó una mano a la boca.

—¡Ay, Señor! ¿Y le hará daño? Me temo que no seré capaz de mirar.

Era una mujer alta y musculosa, de unos cincuenta años, con un rostro colorado y brillante, y cuando yo miraba los hombros amplios, los brazos fuertes con bíceps restallantes, siempre tenía la impresión de que podría aplastarme sin esfuerzo y de un solo golpe, de haberlo deseado. Pero, por extraño que parezca, se mostraba nerviosa y remilgada acerca de las realidades de las enfermedades de los animales, y era siempre su hermana, una mujer diminuta, la que me ayudaba en los partos de corderos, terneros y demás.

—¡Oh, no tiene por qué preocuparse, señorita Dunn! —contesté—. Todo habrá terminado antes de que sepa usted lo que ocurre.

Me metí en la cochiguera, me acerqué a *Prudencia* y la toqué suavemente en el cuello.

Inmediatamente lanzó un chillido petulante, como si la hubiera marcado con un hierro al rojo, y, al intentar rascarle el lomo amistosamente, la enorme boca se abrió de nuevo y otra vez comenzó el sonido ensordecedor. Además avanzó amenazadoramente hacia mí. Yo aguanté el tipo hasta que aquella boca cavernosa, con los dientes amarillos al aire, casi me tocó la pierna; luego apoyé la mano en la barandilla y salí de allí de un salto.

—Habremos de meterla en un espacio más pequeño —dije—. Jamás podré coserle el cuello en esta cochiguera tan amplia. Tiene lugar de sobra para revolverse, y es demasiado grande para que yo pueda sujetarla.

La pequeña señorita Dunn alzó la mano.

—Tenemos el lugar preciso. En el establo de los terneros, al otro lado del patio. Si la metemos en una de esas casillas estrechas, no podrá moverse.

—Magnífico. —Me froté las manos—. Así podré darle los puntos desde fuera. Llémosla allí.

Abrí la puerta y, a fuerza de pinchazos y empujones, *Prudencia* salió majestuosamente sobre las piedras del patio. Pero allí se detuvo gruñendo malhumorada, con los ojos tercos y obstinados, y cuando me apoyé con todas mis fuerzas contra su trasero fue como si tratara de mover a un elefante. No tenía la menor intención de seguir avanzando y el establo estaba a veinte metros.

Lancé una mirada al reloj. Las cinco y cuarto. Así no íbamos a ninguna parte.

La pequeña señorita Dunn interrumpió mis meditaciones.

—Señor Herriot, yo sé cómo podemos hacerla cruzar el patio.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! *Prudencia* ya ha sido mala otras veces y hemos descubierto el modo de convencerla para que se mueva.

Conseguí sonreír.

—¡Magnífico! ¿Cómo lo hacen?

—Bueno, veré —y las dos hermanas se rieron—, le encantan las galletas digestivas.

—¿Cómo dice?

—Sencillamente, que le encantan las galletas digestivas.

—¿Ah, sí?

—Las adora.

—Bueno, eso está bien, pero no acabo de ver...

La hermana mayor se echó a reír.

—Pues espere y se lo demostraré.

Se dirigió hacia la casa y comprendí que, aunque aquellas mujeres no fueran en absoluto granjeras típicas de los Valles, sí compartían la actitud general de que el tiempo no tenía la menor importancia. La puerta se cerró tras ella y esperé... y a medida que pasaban los minutos llegué a pensar si no estaría preparando una taza de té. Con tensión creciente me aparté de allí y fui a contemplar los campos de las laderas de las colinas, hasta allí donde los tejados grises y la torre de la vieja iglesia de Dollingsford sobresalían entre los árboles junto al río. La paz serena de la escena contrastaba agudamente con mi estado mental.

Cuando ya abandonaba toda esperanza, reapareció la señorita Dunn con un envoltorio redondo de papel. Me lanzó una sonrisa pícaro al enseñármelo.

—Estas son las que le gustan. Ahora, mire.

Sacó una galleta y la echó sobre las losas a pocos centímetros por delante de la cerda. *Prudencia* la miró impassible unos momentos, luego avanzó sin prisa, la examinó cuidadosamente y empezó a comer.

Una vez terminada esta, la señorita Dunn me lanzó otra mirada conspiratoria y volvió a echar una galleta ante la cerda. Esta se movió de nuevo sin prisas, y comenzó con la segunda. Así se acercaba gradualmente hasta el edificio al otro lado del patio, sí, pero nos iba a costar mucho tiempo. Calculando que cada galleta le hacía avanzar unos tres metros, y que el establo estaba a unos veinte, y que con cada galleta se entretenía unos tres minutos, nos costaría casi veinte el llegar hasta allí.

Rompí a sudar al pensarlo y mis temores eran justificados porque nadie tenía la menor prisa. Sobre todo *Prudencia*, que masticaba lentamente y luego rebuscaba a su alrededor, recogiendo incluso las migas mientras sus amas le sonreían cariñosamente.

—Miren —dije vacilante—, ¿no creen que podrían arrojar las galletas un poco más lejos de ella? Para ganar tiempo, quiero decir...

La señorita Dunn más delgada se rio alegremente.

—¡Oh, ya lo hemos intentado, pero es una cerdita tan lista! Sabe que así le damos menos.

Para demostrarlo tiró la galleta siguiente a unos tres metros del animal, pero esta la miró con expresión cínica y no se movió hasta que se la acercaron al lugar exacto. La señorita Dunn tenía razón. *Prudencia* no era tonta.

Por lo tanto, tuve que esperar rechinando los dientes y observar todo el proceso. Casi estaba a punto de chillar de histerismo al final, aunque era indudable que los demás se divertían de lo lindo. Pero, por fin, cayó la última galleta dentro de la casilla, la cerda hizo tranquilamente su entrada en ella y las dos granjeras, con risitas de triunfo, cerraron la puerta a sus espaldas.

Me adelanté de un salto con la aguja y el hilo de sutura y, naturalmente, en cuanto le puse un dedo sobre la piel, *Prudencia* soltó un rugido de rabia interminable e insoportable. La hermana mayor se puso las manos sobre los oídos y huyó aterrorizada, pero su hermanita se quedó valientemente conmigo y me pasó las tijeras y el polvo antiséptico cuando se los pedí por signos en vista del estruendo.

La cabeza aún me daba vueltas al alejarme, pero eso me preocupaba menos que la hora. Eran las seis en punto.

Estudié detenidamente la situación. La visita siguiente y última estaba a tres kilómetros de distancia... podía llegar allí en diez minutos. Luego unos veinte minutos en la granja, quince más para el regreso a Darrowby, un baño a toda prisa, vestirme y... aún podía sentarme a la mesa de la señora Hodgson a las siete en punto.

Y el trabajo siguiente no era muy pesado: solo tenía que ponerle la anilla a un toro. Hoy en día, desde la llegada de la inseminación artificial, ya no hay tantos toros por ahí, y solo los que tienen granjas lecheras importantes y los que crían animales con pedigree los conservan aún, pero en los años treinta casi cada granjero tenía uno, y ponerle anilla en el morro era un trabajo regular. Se les ponían cuando tenían un año de edad, pues resultaba necesaria para dominar a los grandes animales cuando había que llevarlos de un lugar a otro.

Me sentí inmensamente aliviado al llegar y descubrir la figura curiosa del viejo Ted Buckle, el granjero, y sus dos braceros que ya me aguardaban en el patio. La mejor forma de perder el tiempo es cuando el veterinario ha de ir buscando por todos los edificios e incluso en campo abierto, agitando los brazos como un loco y tratando de llamar la atención de un puntito en el horizonte lejano.

—Bien, jovencito... —empezó Ted, e incluso esta frase tan breve le llevó su tiempo. Para mí, el viejo suponía una delicia constante; hablaba con acento auténtico del viejo Yorkshire— algo que raras veces se oye ahora y que no intentaré reproducir aquí —y con lenta deliberación, como si saborease cada sílaba tanto como yo disfrutaba al escucharle—. De modo que ha venido...

—Sí, señor Burckle, y me alegro de ver que están dispuestos y esperándome.

—No me gusta tenerlos a ustedes perdiendo el tiempo por aquí. —Se volvió hacia sus hombres—. Ahora, chicos, entrad en esa casilla y acercadle a esa bestia al señor Herriot.

Los «chicos», Ernest y Herbert, ambos de más de sesenta años, se metieron en la casilla amplia del toro y cerraron la puerta tras ellos. Se oyeron unos golpes sofocados contra la madera, un par de mugidos y las ocasionales palabrotas típicas de los hombres; luego silencio.

—Creo que ya lo tienen —murmuró Ted.

Yo contemplé, maravillado como siempre, las ropas que vestía. Nunca había visto que llevara otra cosa que aquel sombrero y chaquetón en todo el tiempo que había pasado desde que nos conocimos. Con respecto al chaquetón, que años atrás, muchísimos años, debió de ser una especie de impermeable, me desconcertaban dos cosas: por qué se lo ponía y cómo se lo pondría. Aquel conjunto de tiras en jirones sujetos a la cintura con una cuerda no le darían mucha protección contra los elementos, y además, ¿cómo demonios sabía cuáles eran los agujeros de las mangas entre todos aquellos rotos? Y el sombrero, un modelo de los primeros años del siglo, con la copa destrozada y el borde cayendo verticalmente en mugrientos dobleces sobre orejas y cejas... Resultaba increíble que en realidad colgara aquello de una percha cada noche y se lo pusiera de nuevo por la mañana.

Tal vez la respuesta debía buscarse en los ojos serenos y burlones que me miraban en aquel rostro flaco como una calavera. Nada cambiaba para Ted, y el paso de diez años no suponía mucho. Recuerdo que en una ocasión me enseñó una especie de parrilla anticuada para colocar la tetera y los pucheros sobre el fuego de la cocina de la granja, y me indicó la fila de agujeros que podían ajustarse al tamaño de las sartenes grandes y pequeñas como si fuera un invento moderno.

—¡Ah, es una cosa maravillosa! Y el chico que me lo puso hizo un trabajo estupendo.

—¿Cuándo fue eso, señor Buckle?

—En 1897. Lo recuerdo muy bien. Un trabajador magnífico, aquel chico.

Pero ya aparecían los hombres con el toro cogido de un cabestro y pronto lo tuvieron en la posición más adecuada para anillar.

Había un ritual en esta tarea, una serie de movimientos tan invariables como el *ballet* clásico. Ernest y Herbert bajaron la cabeza del toro sobre la media puerta y la sujetaron allí tirando de unas cuerdas a cada lado del cabestro. El sujetador portátil no había sido inventado aún y este arreglo —el toro dentro de la casilla y los hombres fuera— era el más conveniente por cuestiones de seguridad. El paso siguiente consistía en hacer un agujero a través del tejido duro de la extremidad del tabique nasal, con el taladro especial que ya tenía dispuesto en la caja.

Pero primero había un refinamiento que yo introduje personalmente. Aunque la costumbre general era hacer el agujero sin preliminares, yo tenía la impresión de que al toro no podía gustarle demasiado, así que solía inyectar un par de centímetros cúbicos de anestesia local en el morro antes de empezar. Dispuse ahora la jeringuilla y Ernest, que sostenía la cuerda del cabestro, se echó atrás aprensivamente contra la puerta.

—Estate quieto de una vez en ese lado, Ernest —gruñó Ted—. No pensarás que va a saltar por ahí.

—No, no.

El hombre sonrió bobaliconamente y agarró la cuerda más de cerca. Pero volvió a su posición anterior cuando metí la aguja en el cartílago, justo dentro de la aleta de la nariz, porque el toro soltó un mugido repentino de cólera desde lo más profundo de la garganta y se aupó sobre la puerta. Ted había retrasado demasiado la operación de anillar a este animal; tenía casi dieciocho meses y era muy grande.

—Sostenedle, muchachos —murmuró Ted, mientras los dos se aferraban a las cuerdas—. Así está bien..., pronto se tranquilizará.

Y así fue. Con la barbilla clavada en la parte superior de la puerta, retenido por las cuerdas a cada lado, el animal estaba dispuesto para el paso siguiente. Metí el taladro en la nariz, cogí los mangos y apreté. Nunca me sentía como un caballero profesional al hacer esto, pero al menos la anestesia local había funcionado y el animal no se movió cuando los dientes del instrumento se unieron dejando un pequeño agujero redondo en el tejido duro.

La etapa siguiente de solemne rito comenzó ahora, al sacar el anillo de bronce de su envoltura. Tomé el destornillador y abrí el anillo tanto como pude. Esperé las palabras inevitables.

—Quítate la gorra, Herbert. No te vas a enfriar por un minuto —le suplicó Ted.

Siempre era una gorra. Un cubo grande, una vasija, hubiera sido más práctica para sostener aquel tornillo pequeño y el no menos pequeño destornillador, pero siempre era una gorra. Y una gorra grasienta, como la que Herbert se quitaba ahora de la calva.

El paso siguiente consistía en deslizar el anillo por el agujero que había hecho, cerrarlo, insertar el tornillo y apretarlo. Ahí era donde intervenía la gorra, que sostenía bajo el anillo para prevenir un movimiento repentino, ya que si el tornillo se caía y se perdía entre la suciedad y la paja todo habría sido en vano. Luego Ted me entregaría el raspador o la lima que todo granjero

tenía en alguna parte, y yo suavizaría cuidadosamente el borde del tornillo, hiciera falta o no.

Pero esta vez iba a haber una modificación en aquel *ballet* estereotipado. Cuando me adelanté con el anillo, el toro y yo nos enfrentamos por un momento, y unos ojos muy separados bajo los cuernos cortos y tiesos se clavaron en los míos. Cuando adelanté la mano, sin duda se movió él ligeramente, porque el borde punzante del anillo le rascó un poco en el morro; fue apenas un roce, pero pareció tomarlo como un insulto personal porque abrió la boca en un mugido exasperado y se echó atrás sobre las patas traseras.

Era un animal muy crecido y, en aquella posición, parecía mucho más grande en realidad; y cuando sus patas delanteras aparecieron sobre la media puerta y el gran costillar se alzó sobre nosotros, resultó definitivamente formidable.

—¡El cabrón va a saltar! —tartamudeó Ernest y soltó la cuerda que tiraba del cabestro.

Nunca había tenido demasiado entusiasmo por el trabajo, y ahora lo abandonó a toda prisa. Herbert era de pasta más fuerte y se aferró tercamente a su extremo cuando el toro se alzó sobre él, pero en cuanto una pata le pasó junto a la oreja y otra silbó sobre su calva reluciente, también él soltó la cuerda y echó a correr.

Ted, imperturbable como siempre, estaba muy lejos de su alcance y allí solo quedaba yo bailoteando ante la puerta y gesticulando frenéticamente hacia el toro con la vana esperanza de conseguir asustarlo para que retrocediera a su posición anterior. Creo que lo único que me mantenía allí era el convencimiento de que cada centímetro que él avanzara hacia fuera, me alejaba a mí de la cena magnífica de la señora Hodgson.

Aguanté la posición hasta que la criatura mugiente y rugiente estuvo dos tercios por encima de la puerta, colgando grotescamente y con el borde clavándosele en el abdomen; luego, con un salto final, estuvo en el patio y yo eché a correr en busca de refugio. Pero el toro no trataba de vengarse. Con una sola mirada a la verja que se abría al campo, salió trotando por ella como un tren expreso.

Parapetado detrás de un montón de contenedores de leche, le observe tristemente mientras él saltaba, loco de alegría, sobre la hierba, regocijándose en su libertad repentina. Corveteando y con la cola al aire, se largó hacia el horizonte más lejano donde los pastos estaban cortados por un arroyo que

serpenteaba en el fondo de una depresión. Y cuando al fin desapareció sobre el borde de una colina, todas mis esperanzas de cenar fueron con él.

—Nos llevará una hora atrapar a ese maldito —gruñó Ernest, melancólicamente.

Miré el reloj. Las seis y media. La amarga injusticia de todo el asunto me abrumó e inicié una sarta de lamentaciones.

—Sí, ¡maldita sea!, y yo tengo una cita en Darrowby a las siete en punto. —Recorría, inquieto, las piedras del patio y al fin me volví a Ted en redondo —. Nunca lo conseguiré ahora... tendré que llamar a mi esposa... ¿Tiene teléfono?

El acento de Ted era más perezoso que nunca.

—No, no tenemos teléfono. Yo no creo en esas cosas. —Sacó una lata de tabaco del bolsillo, la destapó y cogió un pedazo que examinó con calma—. De todas formas, no hay nada que le impida estar en Darrowby para las siete.

—Pero..., pero eso es imposible... y no puedo hacer esperar a esas personas. He de conseguir un teléfono.

—No se sulfure, joven. —El rostro alargado se abría en una suave sonrisa —. Ya le digo que no llegará tarde.

Agité los brazos.

—¡Pero si él acaba de decir que nos llevará una hora coger a ese...!

—Bobadas. Ernest siempre habla así..., no está contento a menos que se sienta desgraciado. Yo cogeré a ese toro en cinco minutos.

—¡Cinco minutos! ¡Eso es ridículo! Yo... yo iré en coche hasta la cabina telefónica más próxima mientras ustedes lo atrapan.

—No hará nada de eso, muchacho. —Ahora me señalaba un abrevadero de piedra junto al muro—. Vaya y siéntese ahí y piense en otra cosa... solo serán cinco minutos.

Me senté, cansado, en aquella superficie áspera y enterré la cara en las manos. Cuando alcé la vista, el viejo salía del establo y ante él caminaba una vaca venerable. Por el número de anillos en los cuernos largos y curvados debía tener más de diez años; los huesos pélvicos se alzaban como una percha y bajo ellos una ubre colgante casi tocaba el suelo.

—¡Vamos, fuera, muchacha! —ordenó Ted, y la vieja vaca trotó hacia el campo, con la ubre balanceándose suavemente a cada paso.

La observé hasta que desapareció sobre la colina, luego me volví y vi que Ted echaba comida en un cubo.

Atravesó la verja y, mientras le miraba sin comprender, empezó a golpear el cubo con un palo. Al mismo tiempo, alzaba la voz en un tono de tenor y

gritaba sobre la extensión de hierba:

—¡Vamos, vamos! ¡Vamos, guapa, vamos!

Casi inmediatamente reapareció la vaca sobre la cresta y tras ella el toro. Miré asombrado a Ted, que seguía golpeando el cubo. La vaca inició un galope rápido, con mi paciente junto a ella. Al llegar ante el viejo Ted, metió la cabeza en el cubo mientras el toro, aunque tan grande como ella, metía el morro bajo la vaca, y cogía una de sus tetas en su bocaza enorme. Era una visión absurda, pero a ella no pareció importarle que el gran animal, casi de rodillas, mamara plácidamente.

En realidad fue como un sedante para él porque, cuando la vaca fue llevada al interior, el toro la siguió y, no se quejó cuando le metí el anillo en el morro y lo apreté con el destornillador, que aún permanecía milagrosamente dentro de la gorra de Herbert.

—¡Las siete menos cuarto! —grité, feliz, al saltar al asiento tras el volante—. ¡Ahora sí que llegaré a tiempo!

Ya me veía con Helen en el umbral de los Hodgson, con la puerta abierta y el aroma cargado y sabroso de las costillas y cebollas surgiendo de la cocina.

Miré de nuevo a aquel espantapájaros que era Ted, con el ala del sombrero caída sobre los ojos serenos.

—Hizo usted un trabajo estupendo, señor Buckle. No lo hubiera creído de no haberlo visto. Resulta desconcertante que el toro siguiera a la vaca de aquel modo.

El viejo sonrió y, repentinamente tuve una visión de toda la sabiduría encerrada en aquella mente serena.

—No hay nada sorprendente en ello, muchacho. Fue la cosa más natural del mundo. La vaca es su madre.

Reduje la velocidad y pasé la vista por la senda que llevaba a la granja. Aquel era el coche de Tristán, aparcado junto al establo, y en su interior, tras la puerta pintada de verde, estaba él ayudando a parir a una vaca. Porque los días de estudiante de Tristán habían terminado. Era ya todo un veterinario con su título, y el mundo de la práctica animal, con todas sus realidades, se extendía ante él.

No por mucho tiempo, sin embargo, ya que, como tantos otros, se había unido al Ejército y se marcharía pronto, después que yo. Mas para Tristán no sería tan malo, porque él, al menos, estaría haciendo su propio trabajo. Cuando Siegfried y yo nos presentamos voluntarios al servicio, el ejército no había tenido necesidad alguna de nuestra profesión, de modo que nos habíamos enrolado en la R. A. F., única arma abierta a nuestra «ocupación reservada». Pero cuando le llegó el turno a Tristán, la lucha se había extendido al Lejano Oriente y allí pedían a gritos veterinarios que cuidaran los caballos, las mulas, el ganado y los camellos.

Este don de la oportunidad demostraba que, como siempre, los dioses cuidaban de él. En realidad, creo que a los dioses les gustan las personas como Tristán, que se doblegan ante los vientos del destino y luego vuelven a erguirse con una sonrisa, contemplando siempre la vida con un optimismo gozoso. Siegfried y yo, como aviadores de segunda clase, recibimos un entrenamiento agotador y pasamos horas y horas marchando por el terreno de prácticas. El capitán Tristán Farnon se fue a la guerra en barco y con toda comodidad.

Pero, mientras tanto, estaba muy contento con su ayuda. Cuando yo me marchara, él llevaría adelante la práctica con la colaboración de un ayudante; luego, cuando él se fuese también, la práctica quedaría en manos de dos desconocidos hasta nuestro regreso. Parecía extraño, pero todo lo era en aquella época.

Aparqué y miré pensativamente el coche. Aquella era la granja de Mark Dowson, y, cuando llamé yo a la clínica desde un punto de la región, Helen

me había hablado de ese parto. Yo no quería entrometerme, pero no podía por menos de preguntarme cómo le iría a Tristán, porque el señor Dowson era un personaje hosco y taciturno que no vacilaría en caer sobre el joven si las cosas iban mal.

Sin embargo, no tenía por qué preocuparme ya que, desde su graduación, Tristán había estado trabajando a la perfección. A los granjeros siempre les había caído bien durante sus visitas esporádicas como estudiante, pero desde que se dedicaba al trabajo con regularidad, los buenos informes nos llegaban constantemente. «¡Le digo que ese joven sí trabaja! ¡No se concede un minuto de descanso!», o «Nunca he visto a un chico que pusiera tanto corazón y alma como este en su trabajo»... En una ocasión, un hombre se me llevó a un lado y murmuró: «Hace unos ruidos raros, pero sigue intentándolo. Creo que preferiría morir antes que darse por vencido».

Esta última observación me hizo pensar. El fuerte de Tristán no era, desde luego, el esfuerzo físico, y algunos comentarios me habían desconcertado un poco hasta que empecé a recordar varias experiencias con él en sus días de estudiante. Siempre había aplicado su inteligencia aguda a cualquier situación, y a su estilo particular, y su modo de reaccionar ante los pequeños incidentes de la práctica rural me llevaba a creer que se estaba creando un sistema propio.

La primera vez que lo comprobé fue cuando él estaba de pie junto al flanco de una vaca, observándome sacar leche de una teta. Sin previo aviso, el animal giró en redondo y le dio un pisotón impresionante con una pezuña de buen tamaño. Esto es una experiencia muy corriente y bastante angustiosa, y, antes que se inventaran las botas de goma con puntera de acero, yo he visto con frecuencia cómo se me caía a trocitos la piel de los dedos del pie como si fuera rollitos de pergamino. Cuando me ocurría, solía saltar a la pata coja un rato, entre juramentos, y mi actuación era saludada generalmente con risas apreciativas por parte de los granjeros. Tristán, sin embargo, manejó la situación de un modo muy distinto.

Jadeó angustiosamente, se dejó caer con la cabeza inclinada contra la pelvis de la vaca por un segundo, luego abrió la boca de par en par y emitió un largo gemido. Al fin, mientras el vaquero y yo le mirábamos, se movió sobre las losas arrastrando el miembro dañado tras él. Llegado a la pared más lejana, se dejó caer contra ella, con el rostro apoyado en el muro y gimiendo lastimosamente.

Terriblemente alarmado, corrí en su ayuda. Debía de haber sido una fractura, y ya hacía planes para llevarle al hospital a toda velocidad posible.

Pero se reanimó al poco tiempo, y, cuando salimos del establo, diez minutos más tarde, iba de un lado a otro sin huellas de cojera. Y observé una cosa: nadie se había reído de él y Tristán había recibido toda nuestra simpatía y conmiseración.

Algo muy similar sucedió en otros lugares. Recibió algunas coces, se vio apretujado entre las vacas, tropezó con muchas de las incomodidades que forman parte de nuestra vida... y siempre reaccionaba del mismo modo teatral. ¡Y con qué resultados! Todos a una, los granjeros exhibían la mayor preocupación en cuanto él empezaba a actuar. Y aún había algo más: aquello mejoraba realmente su imagen. Me alegró mucho, porque impresionar a los granjeros del Yorkshire no es tarea fácil y, si el método de Tristán funcionaba, yo no tenía la menor objeción.

Sin embargo, sonreí para mis adentros al hallarme entonces ante esa granja. No podía creer que el señor Dowson fuera a dejarse afectar por cualquier síntoma de sufrimientos. Yo había pasado muy malos ratos allí y era indudable que a él no le había importado nada.

Siguiendo un impulso, bajé por el sendero y entré en el establo. Tristán, sin camisa y enjabonado, insertaba en aquel momento el brazo en una vaca enorme mientras el granjero, con la pipa en la mano, le levantaba el rabo. Mi colega me recibió con una sonrisa cordial, pero el señor Dowson se limitó a una breve inclinación de cabeza.

—¿Qué has encontrado, Tristán? —pregunté.

—Las dos patas atrás —contestó—, y muy metido. Mira la anchura de la pelvis.

Sabía lo que quería decir. No era una presentación difícil, pero sí podía ser incómoda con aquellas vacas tan largas. Me apoyé en la pared; bien podía esperar a ver cómo se las arreglaba.

Dispuesto de nuevo, introdujo el brazo tan lejos como pudo y, precisamente en ese momento, se inflaron los flancos de la vaca cuando esta hizo presión. Tal situación nunca es muy agradable; las contracciones poderosas del útero oprimen el brazo de un modo tremendo entre el ternero y la pelvis, y hay que apretar firmemente los dientes hasta que pasan.

Sin embargo, Tristán hizo algo más.

—¡Oooh! ¡Aaah! ¡Aaaay! —gritó.

Luego, como el animal aún conservara la presión, lanzó un gemido de angustia. Cuando la vaca se relajó al fin, Tristán se quedó totalmente inmóvil por unos segundos, con la cabeza caída sobre el pecho, como si la experiencia le hubiera dejado completamente inerme.

El granjero se metió la pipa en la boca y le miró impasible. Durante los años en que tratara al señor Dowson, jamás había visto emoción alguna reflejarse en aquellos ojos duros y rasgos de granito. En realidad, siempre me había parecido que, aunque yo hubiera caído muerto de repente ante él, ni siquiera habría parpadeado.

Mi colega continuó su lucha y la vaca, con espíritu deportivo ahora, luchó en contra con toda su voluntad. Algunos animales se quedan quietos y se someten a toda clase de interferencias en su interior, pero esta era de las que hacen fuerza; a cada movimiento del brazo en el útero, respondía con un violento esfuerzo de expulsión. Yo había pasado por ello cientos de veces y casi podía sentir la presión terrible en la muñeca, el entumecimiento impotente de los dedos.

Tristán demostró lo que pensaba al respecto mediante una serie de sonidos que destrozaban el corazón. Su repertorio era realmente notable e iba pasando de gemidos largos y desgarradores a chillidos agudos y sollozos entrecortados.

Al principio, Dowson pareció ignorar todo el asunto; seguía echando humo, mirando de vez en cuando por la puerta del establo y rascándose aquel rastrojo que eran sus mejillas. Pero a medida que pasaban los minutos, sus ojos se clavaron con creciente interés en aquella criatura que sufría ante él, hasta que toda su atención quedó fija en el joven.

Y la verdad es que valía la pena observarlo, porque Tristán añadía a su actuación vocal una muestra extraordinaria de contorsiones faciales. Hundía las mejillas, hacía girar los ojos y se mordía los labios; en realidad, lo hizo todo menos mover las orejas. Y ahora resultaba indudable que estaba impresionando a Dowson. A medida que los ruidos y gestos se hicieron más extravagantes, el granjero dio señales de inquietud. Lanzaba miradas ansiosas a mi colega, y, de vez en cuando, la pipa temblaba violentamente. Como yo, estaba convencido de que algo horrible iba a suceder.

Y ahora, como si tratara de empeorar las cosas, la vaca empezó a hacer un esfuerzo supremo. Abrió las patas y se afirmó en ellas, gruñó profundamente y se lanzó a un impulso prolongado. Al arqueársele la espalda, Tristán abrió la boca de par en par en protesta muda, y luego escaparon de sus labios unos sollozos. Esto, pensé, iba a ser el plato fuerte: un largo «¡Aaah!... ¡Aaah!... ¡Aaah!...» que ascendía gradualmente de tono y creaba una tensión creciente en su público. Se me encogieron los dedos de aprensión cuando, con un cálculo magnífico del tiempo, lanzó un chillido repentino y penetrante.

Entonces fue cuando el señor Dowson entró en acción. Casi se le escapó la pipa de la boca, pero se la metió en el bolsillo y corrió al lado de Tristán.

—¿Va todo bien, joven? —preguntó con voz ronca.

Mi colega, su rostro una máscara de angustia, no contestó. El granjero lo intentó de nuevo.

—¿Quiere una taza de té?

Por un instante aún, Tristán no respondió; luego, con los ojos cerrados, asintió cansadamente.

Dowson escapó a todo correr del establo y a los pocos minutos volvía con una taza humeante. A partir de ese instante, hube de agitar la cabeza para rechazar la sensación de irrealidad. ¡No podía ser verdad aquella visión del granjero hosco y taciturno, dándole el té a sorbitos y sosteniéndole la cabeza vacilante con una mano callosa! Tristán aún tenía el brazo dentro de la vaca, y al parecer se hallaba casi inconsciente a causa del dolor, pero se sometió a los cuidados del granjero.

Con un tirón repentino, sacó una de las patas del ternero y, cuando se dejó caer contra el lomo de la vaca, se vio recompensado con otro sorbo de té. Después de la primera pata ya no fue tan difícil, y la segunda, y el ternero entero, siguieron pronto.

Mientras la criaturita se alzaba vacilante en el suelo, Tristán se dejó caer de rodillas junto a ella y extendió una mano temblorosa hacia una pila de heno, disponiéndose a dar una buena friega al recién nacido.

El señor Dowson no quiso ni pensarlo.

—¡George! —le gritó a uno de sus hombres en el patio—. ¡Entra a secar a este ternero! —E inmediatamente, se dirigió a Tristán en tono solícito—: Joven, pase a la casa y tómese una copa de *brandy*. Está casi acabado.

El sueño continuó en la cocina de la granja y observé incrédulo a mi colega que luchaba por recuperar la salud y las fuerzas con la ayuda de varios vasos llenos de Martell Tres Estrellas. Jamás había recibido yo un trato semejante, y una oleada de envidia me inundó mientras me preguntaba si no valdría la pena adoptar el sistema de Tristán.

Pero nunca he hallado en mí el valor suficiente para intentarlo.

Era extraño pero, no sé por qué, aquellas etiquetas en los lomos de los terneros les daban un aire todavía más patético; las etiquetas de la subasta pegadas groseramente con pasta sobre los lomos peludos y que recalcan el papel de las pobres criaturas como simple mercancía.

Cuando levanté un rabo empapado e inserté el termómetro, un hilito delgado de diarrea corrió desde el recto, bañando muslos y patas.

—Me temo que es la historia de siempre, señor Clark —dije.

El granjero se encogió de hombros y metió los pulgares bajo los tirantes. Con el pantalón azul de trabajo y la gorra de mozo de estación que llevaba siempre, no parecía en verdad un granjero, pero es que en realidad aquel lugar tampoco se parecía mucho a una granja. Los terneros estaban en un vagón de ferrocarril que habían transformado en establo, y alrededor de ellos había un conglomerado de instrumentos agrícolas herrumbrosos, piezas de coches abandonados y sillas rotas.

—Sí, es un asco, ¿verdad? Ojalá no tuviera que comprar terneros en los mercados, pero no siempre se les encuentra en las granjas cuando uno quiere. Este lote me pareció bueno cuando lo compré hace dos días.

—Estoy seguro de que sí —yo estudiaba aquellos cinco terneros con los lomos arqueados, temblorosos y tristes—, pero han perdido mucho y eso se manifiesta ahora. Separados de sus madres a la semana de nacer, transportados kilómetros y kilómetros en un vagón lleno de corrientes, de pie la mayor parte del día en el mercado, y luego el viaje final hasta aquí en una tarde fría. No tenían muchas oportunidades.

—Bueno, yo les di un buen trago de leche en cuanto llegaron. Parecían un poco hambrientos y pensé que eso los calentaría.

—Sí, seguro que usted lo creía, señor Clark, pero en realidad sus estómagos no estaban en condiciones de aceptar una comida abundante y sabrosa estando ellos con frío y cansados. La próxima vez, si yo estuviera en su lugar, solo les daría un poco de agua caliente, con algo de glucosa quizás, y los instalaría cómodamente hasta el día siguiente.

La «purga blanca» lo llamaban. Mataba miles de terneros cada año y el nombre siempre me hacía temblar, porque el índice de mortalidad era deprimentemente elevado.

Les di a cada uno una inyección de antisuero E. coli. La mayoría de las autoridades en la materia decían que no servía de nada, y yo me inclinaba a estar de acuerdo con ellas. Luego rebusqué en el maletero del coche y saqué un paquete de nuestros polvos astringentes de yeso, opio y cachú.

—Tome, deles esto tres veces al día, señor Clark —dije.

Intentaba que mi voz sonara animosa pero estoy seguro de que no tenía la convicción suficiente. Los veterinarios de grandes patillas y sombreros de copa y chaqué habían estado prescribiendo yeso, opio y cachú hacía cien años, y aunque ello pudiera servir de ayuda en una diarrea normal eran casi inútiles contra la enteritis bacterial y letal de la purga blanca. Era una pérdida de tiempo el intentar secar aquella diarrea; lo que necesitábamos era una droga que matara los malditos bichos que la originaban, pero no existía ninguna.

Sin embargo, sí había algo que nosotros, los veterinarios de aquellos días, solíamos hacer, y que ahora se ha descuidado un poco desde la llegada de las drogas modernas: atendíamos a la comodidad y bienestar de los animales. El granjero y yo envolvimos a cada ternero en un saco grande que les cubría todo el cuerpo, pasándoles un cordel en torno a las costillas y atándoselo ante el pecho y bajo la cola. Luego, examiné a fondo aquel vagón, tapé los agujeros de las corrientes y alzamos una pantalla de balas de paja entre los animales y la puerta.

Antes de irme, les eché una última mirada. Sin duda, estarían ahora calientes y abrigados. Pero iban a necesitar toda la ayuda posible, ya que no tenían más que mis polvos astringentes que luchasen por ellos.

No volví a verlos hasta la tarde siguiente. Clark no estaba allí, así que me acerqué al vagón de ferrocarril y abrí la puerta.

Para mí esta es la esencia misma de la práctica veterinaria: el preocuparse primero por los progresos del paciente, y luego ese momento en que se abre la puerta y se averigua. Apoyando los codos sobre los maderos, miré al interior. Los terneros yacían de lado y completamente inmóviles; en realidad, tuve que mirarlos fijamente para asegurarme de que no estaban muertos. Abrí del todo la puerta y entré; luego la cerré a mis espaldas con un portazo deliberado. Pero ni una cabeza se alzó para mirarme.

Caminando sobre el lecho profundo de paja y examinando de cerca a los animalitos tendidos, cada uno con su chaqueta de saco, empecé a jurar en voz

baja. Por lo visto, el lote entero iba a perecer. «¡Pues qué bien! —pensé mientras pateaba entre la paja—, ¡no solo uno o dos, sino un índice de mortalidad del cien por cien esta vez!».

—Veo que no parece muy optimista, joven.

La cabeza y los hombros de Clark habían aparecido sobre la media puerta. Hundí las manos en los bolsillos.

—¡No, maldita sea! Han hecho un bajón terrible.

—Sí, para ellos ha terminado todo. Acabo de entrar en la casa para llamar a Mallock.

El nombre del desgazador era como el sonido de la campana que dobla por los difuntos.

—Pero todavía no han muerto —observé.

—No, pero no tardarán mucho. Mallock nos da un chelín o dos más si encuentra una bestia viva. Asegura que con ella hace comida de perros más fresca.

No dije nada y sin duda tenía un aire muy deprimido porque el granjero me ofreció una sonrisa seca y se acercó a mí.

—No es culpa suya, muchacho. Sé cuanto hay que saber de esta maldita purga blanca. Si se coge de la peor clase, nadie puede remediarlo. Y no irá a culparme ahora por querer algún dinero. He de compensar en lo posible esta mala compra.

—¡Oh, ya lo sé! —dije—. Solo que estoy desilusionado por no poder probar con ellos esta nueva medicina.

—¿De qué se trata?

Saqué la lata del bolsillo y leí la etiqueta:

—Se llama M y B 693, o sulfapiridina, por darle un nombre científico. Llegó por correo esta mañana. Pertenece a una gama completamente nueva de drogas; las llaman sulfonamidas y nunca habíamos tenido antes nada parecido. Se supone que realmente matan a ciertos gérmenes, como los organismos que causan la diarrea.

Clark tomó la lata de mis manos y le quitó la tapa.

—Unas tabletas azules, ¿eh? Bien, he visto algunos remedios maravillosos para esa enfermedad, pero ninguno de ellos ha servido de mucho. Este será otro más, supongo.

—Tal vez —dije—, pero he leído muchos comentarios y disertaciones sobre estas sulfonamidas en las revistas de veterinaria. No son remedios de curandero; se trata de un campo de la medicina completamente nuevo. ¡Ojalá pudiera probarlas con sus terneros!

—Mírelos. —El granjero contemplaba tristemente los cinco cuerpos inmóviles—. Tienen ya los ojos muy hundidos. ¿Ha visto alguna vez que mejoren terneros en este estado?

—No, pero a pesar de ello me gustaría probar.

Mientras hablaba, entró en el patio una camioneta de techo alto. Un hombre obeso pero ágil descendió del asiento del conductor y se acercó a nosotros.

—¡Vaya, Jeff! —exclamó Clark—. No has tardado mucho.

—No, me avisaron por teléfono en la granja de Jenkinson, justo al otro lado del camino.

Me lanzó una sonrisa de dulzura peculiar y yo estudié a Jeff Mallock con el mismo asombro de siempre. Se había pasado la mayor parte de sus cuarenta y tantos años tratando con cadáveres en descomposición, abriendo con la mayor tranquilidad abscesos tuberculosos, hundiendo las manos en sangre infectada y en derrames uterinos asquerosos, y sin embargo seguía en buena forma y gozaba de una salud magnífica. Tenía los ojos claros y la piel suave y rosada de un adolescente, y el efecto se acrecentaba gracias a la serenidad inquebrantable de aquella expresión. Por todo cuanto sabía yo, Jeff jamás tomaba precauciones higiénicas, ni siquiera un simple lavado de manos, y le he visto comer a gusto en medio del trabajo, sentado sobre un montón de huesos y manipulando su bocadillo de queso y cebollas con los dedos grasientos.

Miró a los terneros desde la puerta.

—Sí, sí, un caso claro de estancamiento de los pulmones. Hay mucho por aquí, ahora.

Clark me miró, frunciendo las cejas.

—¿Pulmones? Usted nunca dijo nada de los pulmones, joven.

Como todos los granjeros, tenía una fe total en el diagnóstico instantáneo de Jeff.

Murmuré unas palabras banales. Había descubierto que era inútil discutir este punto. La habilidad sorprendente del desguazador para saber con una mirada la causa de la enfermedad o muerte de un animal era fuente frecuente de embarazo para mí. No necesitaba ningún examen... sencillamente, lo sabía y, de todo su catálogo absurdo de enfermedades, el estancamiento de los pulmones era su favorita.

Se volvió hacia el granjero.

—Será mejor que los movamos ahora, Willie. Supongo que no les queda mucho tiempo.

Me incliné y levanté la cabeza del ternero más próximo. Todos eran Shorthorn, tres roanos, uno rojo y otro que era de un blanco puro. Pasé los dedos sobre el pequeño cráneo y noté ya el nacimiento de los cuernos bajo el pelo áspero. Cuando retiré la mano la cabeza cayó limpiamente sobre la paja y creí ver una resignación definitiva en aquel movimiento.

Interrumpió mis pensamientos el rugido del motor de Jeff. Estaba dándole la vuelta a la camioneta para acercarla a la puerta de los terneros y, cuando los grandes maderos sin pintar oscurecieron la entrada, aumentó la sensación de condena final. Los animalitos habían sufrido ya dos viajes traumáticos en su breve vida. Este sería el último, el definitivo y el más sórdido.

Cuando el desguazador entró, permaneció junto al granjero mirándome, pues yo seguía plantado sobre la paja y entre las criaturas postradas. Ambos esperaban que yo me apartase, que abandonase aquel lugar con el fracaso a mis espaldas.

—¿Sabe una cosa, señor Clark? —dije—. Solo con que lográsemos salvar a uno de ellos, ya se reduciría su pérdida.

El granjero me miró inexpresivamente.

—¡Pero si todos están muriendo, muchacho! Usted mismo lo dijo.

—Sí, lo sé, pero hoy las circunstancias podrían ser algo distintas.

—¡Ya sé lo que pretende! —Se echó a reír de pronto—. Se ha empeñado en hacer una prueba con esas tabletitas, ¿no?

No contesté, pero le miré con una apelación muda. Guardó silencio unos instantes, y luego puso la mano en el hombro de Mallock.

—Jeff, este joven está preocupado por mi ganado. Tendré que complacerle. ¿No te sabe mal, verdad?

—No, Willie, no —contestó Jeff, completamente tranquilo—; lo mismo me da recogerlos mañana.

—Bien —dije—, veamos las instrucciones. —Saqué el folleto de la lata y leí rápidamente, calculando la dosis según el peso de los terneros—. Habremos de darles una dosis fuerte primero. Creo que doce tabletas por ternero, y luego seis cada ocho horas a partir de este momento.

—¿Cómo se las hará tragar? —preguntó el granjero.

—Tendremos que desmenuzarlas y disolverlas en agua. ¿Podemos entrar a hacerlo en la casa?

En la cocina de la granja tomamos prestado el mortero y la mano de almirez de la señora Clark y machacamos las tabletas hasta tener las cinco dosis iniciales bien medidas. Luego volvimos al vagón y empezamos a administrárselas a los terneros. Fue preciso actuar con mucho cuidado, ya que

las criaturitas estaban tan débiles que tenían dificultad para tragar. Pero el granjero les alzaba y les sostenía la cabeza, mientras yo les metía la medicina por un lado de la boca.

Jeff disfrutó plenamente del espectáculo. No mostraba deseos de irse, sino que sacó una pipa muy adornada con porquerías y restos de qué sé yo, se apoyó en la parte superior de la media puerta y empezó a fumar, satisfecho, mientras nos observaba con su mirada serena. No le molestaba en absoluto haber hecho un viaje en balde y, cuando hubimos terminado, se metió en la camioneta y nos dirigió un saludo cordial con la mano.

—¡Volveré a recogerlos por la mañana, Willie! —gritó, estoy seguro de que sin malicia—. ¡No hay cura para el estancamiento de los pulmones!

* * *

Pensaba en sus palabras al día siguiente cuando volví en coche a la granja. Al fin y al cabo, solo había declarado un hecho: en veinticuatro horas vendría a recoger su provisión de carne de perro. Pero al menos, me dije, tenía la satisfacción de haber probado y, como nada esperaba, no quedaría decepcionado.

Cuando me detuve en el patio, Clark se me acercó y habló por la ventanilla.

—No hay necesidad de que baje del coche.

Su rostro era una máscara impenetrable.

—¡Oh! —dije, y el estómago se me contrajo aunque traté de simular serenidad—. ¿Tan definitivo es?

—Sí, venga a verlos.

Se volvió y seguí hasta el vagón. Cuando la puerta se abrió con un crujido, una lenta tristeza había empezado a invadirme.

Miré sin ganas el interior.

Cuatro terneros estaban de pie, en fila, y nos observaban con interés. Cuatro figuritas peludas y envueltas en las chaquetas de saco, con los ojos brillantes y alerta. El quinto descansaba sobre la paja, mordiendo con aire ausente uno de los cordones que le sostenían el saco.

El rostro arrugado del granjero se abrió en una sonrisa de satisfacción.

—Bien, ya le dije que no había necesidad de que bajara del coche, ¿verdad? Ya no necesitan al veterinario, ya han vuelto a la normalidad.

No dije nada. Había algo que mi mente se negaba aún a comprender. Mientras miraba sin dar crédito a mis ojos, el quinto ternero se levantó de la paja y se desperezó a gusto.

—¡Se está desperezando! ¿Lo ve? —gritó Clark—. No les pasa nada malo cuando hacen eso.

Entramos y empecé a examinar a los animalitos. La temperatura era normal, la diarrea se había secado; aquello era un misterio. Como si quisiera celebrarlo, el ternero blanco que la víspera estaba prácticamente muerto, se lanzó a recorrer el establo provisional, coceando como un mustang.

—¡Mire ese cabroncete! —exclamó el granjero—. ¡Ojalá yo estuviera tan bien como él!

Volví a meter el termómetro en el tubo y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

—Bueno, señor Clark —dije lentamente—, jamás había visto nada semejante. Aún estoy atónito.

—¿Y a qué velocidad, no es cierto? —dijo el granjero con los ojos muy abiertos; luego se volvió hacia la puerta porque se acercaba una camioneta procedente del camino.

Era el vehículo familiar y siniestro de Jeff Mallock.

Este no demostró la menor emoción al mirar en el establo. En realidad, era difícil imaginar algo capaz de turbar sus mejillas sonrosadas y sus ojos plácidos, pero creí ver que las vaharadas de humo azul de la pipa salían un poco más rápidas al captar la escena. En la cazoleta de la pipa se veían algunos aditamentos recientes, y creí distinguir unos fragmentos de hígado.

Cuando hubo mirado cuanto quiso, se volvió y se dirigió a su camioneta. En el camino paseó la vista a su alrededor y luego alzó los ojos hacia las nubes que se apilaban en el cielo del oeste.

—Creo que acabará lloviendo antes de la noche, Willie —murmuró.

No lo sabía en ese momento, pero estábamos presenciando el principio de la revolución. Fue mi primera visión de los tremendos avances terapéuticos que habían de relegar los viejos remedios al olvido. Las largas filas de botellas de cristal, con los tapones tallados y las inscripciones latinas ya no figurarían mucho tiempo en los estantes del dispensario, y sus nombres queridos y familiares durante muchas generaciones —Espíritu de Nitro, Sal Amoniacal, Tintura de Alcanfor—, se perderían y desvanecerían para siempre.

Este era el principio y, a la vuelta de la esquina, aún nos esperaba una maravilla superior: la penicilina y los demás antibióticos. Al fin teníamos algo con lo que trabajar, al fin podíamos utilizar drogas a las que sabíamos capaces de conseguir algo.

En todo el país, probablemente en todo el mundo en esa época, los veterinarios obtenían sus primeros resultados espectaculares, pasando por la misma experiencia que yo; unos con vacas, otros con perros y gatos, otros con caballos de carreras y muy valiosos, con ovejas, cerdos y toda clase de animales en toda clase de ambientes. Mas para mí tuvo lugar en aquel viejo vagón de ferrocarril convertido en establo, entre la confusión de herramientas oxidadas de la granja de Willie Clark.

Naturalmente no duró, por lo menos no la parte milagrosa. Lo que yo viera en la granja de Willie Clark fue el impacto de algo nuevo en una población bacterial completamente virgen, pero no continuó así. Con el tiempo, los organismos desarrollaron cierta resistencia, y hubo que producir sulfonamidas y antibióticos cada vez más fuertes. Y así ha continuado la batalla. Ahora tenemos buenos resultados, pero no milagros, y yo creo que tuve suerte de formar parte de la generación que vio el principio, cuando las maravillas sucedían.

Aquellos cinco terneros jamás enfermaron y su recuerdo me produce una sensación cálida incluso ahora. Willie, naturalmente, estaba lleno de gozo, y hasta Jeff Mallock dio su espaldarazo particular a la ocasión.

—Esas tabletitas azules deben de ser muy buenas. Es lo primero que he visto capaz de curar el estancamiento de los pulmones.

Había algo maravilloso en la práctica en Darrowby. Yo tenía la ventaja inestimable de ser un veterinario de animales grandes, pero con una pasión extraordinaria por los perros y gatos. De modo que, aunque me pasaba la mayor parte del tiempo en los espacios abiertos y amplios del Yorkshire, siempre tenía el contraste cautivador de los casos con los animales domésticos.

A algunos de ellos los trataba a diario, lo cual daba más interés a mi vida; interés de una clase distinta, basado en sentimientos y no en el comercio, y, según estaban las cosas, aquello me servía para descansar y disfrutar. Supongo que, con una práctica habitual e intensiva de animales pequeños, será fácil mirarlo bajo el punto de vista de una máquina enorme de salchichas, una procesión interminable de formas peludas en las que clavar la jeringuilla hipodérmica. Pero en Darrowby llegábamos a conocerlos a todos como entidades individuales.

Cuando iba en coche por la ciudad, podía identificar sin la menor dificultad a mis pacientes: *Rover Johnson*, recuperado ya de una úlcera en la oreja, que salía de la pescadería con su ama; *Patch Broker*, cuya pata rota estaba perfectamente curada, balanceándose tan contento en la trasera del carro de carbón de su dueño; o *Spot Briggs*, un perro bastante fresco e independiente y que pronto volvería a herirse con alguna valla de alambre espinoso, al corretear solo a través de la plaza del mercado en busca de aventuras. La verdad es que disfruto mucho al recordar sus enfermedades y meditar en sus características, porque todos ellos tenían su personalidad propia que se manifestaba en aspectos muy diversos.

Uno de estos era su reacción personal frente a mí y mis tratamientos. La mayoría de los perros y gatos no parecían tenerme mala voluntad, a pesar del hecho de que, por lo general, me veía obligado a hacerles algo desagradable.

Pero había excepciones, y una de estas era *Magnus*, un perro pachón en miniatura de Las Armas de Drovers.

En él pensaba cuando me incliné sobre la barra del bar.

—Danny, una jarra de Smiths, por favor —susurré.

El camarero sonrió.

—Marchando, señor Herriot.

Abrió el grifo, la cerveza siseó suavemente en la jarra y, cuando él cortó la espuma, la superficie del líquido quedó firme e invitadora.

—La cerveza está realmente estupenda esta noche —murmuré, casi inaudiblemente.

—¿Estupenda? ¡Es hermosa! —Danny miró con cariño la jarra llena—. En realidad es una vergüenza venderla.

Me reí, pero *pianissimo*.

—Entonces es muy amable por tu parte que me permitas probarla.

Tomé un buen trago y me volví hacia el viejo Fairburn, siempre sentado en el extremo más lejano de la barra con su propia jarra pintada de flores en la mano.

—Ha sido un gran día, señor Fairburn —murmuré *sotto voce*.

El viejo se llevó la mano a la oreja.

—¿Qué dice?

—Que el tiempo ha sido magnífico —mi voz era como la brisa suave que suspira sobre los páramos.

En ese momento me dieron un golpe violento en la espalda.

—¿Qué diablos te pasa, Jim? ¿Tienes laringitis?

Me volví y vi la figura del doctor Allinson, mi consejero médico y amigo además.

—¡Hola, Harry! —grité—. ¡Qué alegría verte!

Luego me llevé la mano a la boca, pero era demasiado tarde. Un ladrido furioso surgió del despacho del administrador. Alto, penetrante, constante.

—¡Maldición, se me olvidó! —dije cansadamente—. Ya empieza *Magnus* otra vez.

—¿*Magnus*? ¿De qué hablas?

—Bien, es una larga historia...

Tomé otro sorbo de cerveza mientras el estruendo continuaba en el despacho. Ciertamente, alteraba la paz de aquel bar tan apacible y ya se veía a los clientes habituales molestos y dirigiéndose hacia el vestíbulo.

¿Es que aquel perro no iba a olvidar nunca? Había pasado mucho tiempo ya desde que el señor Beckwith, el joven administrado recién llegado a Las Armas de Drovers, me trajera a *Magnus* a la clínica. Se mostraba un tanto aprensivo.

—Tendrá que vigilarle, señor Herriot.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que tenga cuidado. Es muy malo.

Miré aquel cuerpecito pequeño y delgado, apenas una manchita marrón en la mesa. Probablemente pesaría unos tres kilos. Y no pude reprimir una carcajada.

—¿Malo? ¡Pero si no es lo bastante grande para eso!

—¡No se fíe! —Beckwith alzaba un índice en señal de aviso—. Le llevé al veterinario de Bradford, donde antes dirigía yo el Cisne Blanco, y le clavó los dientes en el dedo al pobre tipo.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Y hasta el mismísimo hueso. ¡Por Dios, que jamás he oído tales palabras! Pero no lo culpo. Había sangre por todas partes. Tuve que ayudarle a vendarse.

—Hum... comprendo. —Era agradable que se lo dijeran a uno antes de haber sido mordido, y no después—. ¿Y que intentaba hacerle al perro? Se trataría, seguramente, de algo importante.

—Pues no, veré. Todo lo que le pedí fue que le cortara las uñas.

—¿Eso es todo? ¿Y para qué lo ha traído hoy?

—Para lo mismo.

—Sinceramente, señor Beckwith —dije—, creo que podré arreglármelas para cortarle las uñas sin derramamiento de sangre. Si fuera un mastín o un alsaciano, tal vez tendríamos problemas, pero creo que entre usted y yo podemos dominar a este pachón enano.

El administrador denegó con la cabeza.

—A mí no me meta en esto. Lo siento, pero prefiero no sujetarlo, si no le importa.

—¿Por qué no?

—Porque nunca me lo perdonaría. Es un perrito muy original.

Me froté la barbilla.

—Pero, si es tan difícil como dice y usted no va a sostenerlo, ¿qué espera que haga yo?

—No lo sé realmente... Tal vez podría dormirlo... dejarlo fuera de combate.

—¿Se refiere a una anestesia general? ¿Para cortarle las uñas...?

—Me temo que sea el único modo. —El señor Beckwith miró con melancolía al diminuto animal—. Usted no lo conoce.

Resultaba difícil creerlo, pero era obvio que aquel átomo de la raza canina era el jefe de la familia Beckwith. Según mi experiencia, muchos perros han

ocupado esta posición, pero ninguno tan pequeño como aquel. Sin embargo, yo no tenía tiempo que perder en tonterías.

—Mire —dije—, le pondré un bozal y haré el trabajo en un par de minutos. —Busqué las tijeras detrás de mí y las puse sobre la mesa, luego solté una tira de venda y la dispuse más o menos en forma de lazo—. Buen chico, *Magnus* —dije, para congraciarme, y avancé hacia él.

El perrito miró el vendaje sin parpadear hasta que casi le tocaba el morro; entonces, con un estallido sorprendente de ferocidad, saltó rápidamente hacia mi mano. Sentí el aire en los dedos cuando unas hileras de dientes brillantes se cerraron de golpe a un centímetro, pero cuando se volvía para intentarlo de nuevo en la otra mano, lo agarré por el cuello.

—Está bien, señor Beckwith —dije serenamente—, ahora ya lo tengo. Páseme esa venda y no tardaré ni un minuto.

Pero el joven ya se disponía a batirse en retirada.

—Yo no —tartamudeó—, yo me marchó.

Abrió la puerta y le oí correr por el pasillo.

Bueno, pensé, probablemente era lo mejor. Con esos perros tan dominantes mi primera idea era, por lo general, quitarme al dueño de encima. Resultaba sorprendente cuán pronto los animales se calmaban en cuanto se hallaban a solas con un desconocido que no permitía tonterías y que sabía manejarlos. Podría recitar una lista de perros auténticamente feroces en sus propios hogares y que agitaban el rabo pidiendo perdón en cuanto cruzaban el umbral de la clínica. Y todos eran más grandes que *Magnus*.

Sin soltarle el cuello desenrollé otro palmo de venda y, mientras él luchaba furiosamente con la boca abierta y los labios retraídos como un lobo siberiano visto con unos prismáticos al revés, dejé caer la venda sobre el morro, la apreté y até el nudo detrás de las orejas. Ahora tenía la boca bien cerrada pero, para asegurarme, apliqué una segunda venda de modo que quedara totalmente amarrado.

Al llegar a este punto todos se calmaban, así que miré confiado al perrito aguardando señales de sumisión. Pero, por encima de los círculos blancos de venda que le rodeaban, los ojos me miraban furiosos y bajo el bozal se oía un rugido ronco y rabioso que se alzaba y bajaba como el zumbido distante de mil abejas.

A veces, un par de palabritas firmes lograban el efecto de demostrarles quién era el amo.

—¡*Magnus*! —grité—. ¡Ya basta! ¡Pórtate bien! —Y le sacudí bruscamente por el cuello para dejar bien claro que no bromeaba; pero la

única respuesta fue una mirada de reojo y de puro desafío de aquellos ojos ligeramente saltones.

Levanté las tijeras.

—De acuerdo —dije, lentamente—, si no quieres por las buenas será por las malas.

Me lo metí bajo un brazo, cogí una patita y empecé a cortar. Él no podía hacer nada al respecto. Luchaba y se agitaba, pero yo lo tenía dominado. Y mientras recortaba metódicamente las uñas crecidas en exceso, burbujas de ira se escapaban por cada lado de la venda, acompañando a los gruñidos. Si los perros juraran, habría oído la sarta de juramentos más fantástica de la historia.

Hice mi trabajo con cuidado extremo procurando mantenerme bien alejado de la parte sensible de las patas, para que él no sintiera nada, pero eso no supuso diferencia alguna. La indignidad de verse dominado por una vez en la vida, le resultaba insoportable.

Hacia el término de la operación empecé a cambiar de tono. Había descubierto en el pasado que, una vez establecido el dominio, es bastante fácil llegar a unas relaciones amistosas, de modo que introduje una nota zalamera.

—Buen chico —canturreé—; no fue tan malo, ¿verdad?

Dejé las tijeras y le acaricié la cabeza mientras las burbujas del resentimiento seguían abriéndose camino a través del vendaje.

—De acuerdo, *Magnus*, ahora te quitaremos el bozal. —Empecé a soltar el nudo—. Te sientes mucho mejor, ¿no es cierto?

Con frecuencia me había sucedido en el pasado que, cuando finalmente lo dejaba suelto, el perro ya había decidido olvidar viejos rencores y en algunos casos incluso me lamían la mano. Pero no ocurrió así con *Magnus*. Cuando la última tira de venda cayó del morro todavía hizo otro intento fabuloso para mordirme.

—Ya está, señor Bechwith —grité hacia el pasillo—, ya puede pasar y llevárselo.

El último recuerdo que conservo de la visita fue el perrito que se volvía en el primer escalón de la clínica y me lanzaba una mirada vengativa antes de que su amo se lo llevara a la calle, sujeto con la correa. Una mirada que decía con toda claridad:

—No te preocupes, amigo. No te olvidaré.

* * *

Todo esto había ocurrido hacía semanas pero, desde aquel día, el simple sonido de mi voz bastaba para que *Magnus* iniciara una serie de aullidos de

desaprobación. Al principio, los habitantes del bar lo tomaron como una broma, pero ahora habían empezado a mirarme de un modo extraño. Tal vez pensarán que yo había sido cruel con el animal o algo semejante. Y me resultaba muy molesto porque yo no quería abandonar Las Armas; el bar era muy cómodo y agradable, incluso en la noche más fría, y la cerveza magnífica.

De todas formas, si me hubiera ido a otra taberna, probablemente también habría hablado con susurros y la gente me habría mirado con mayor extrañeza todavía.

* * *

¡Cuán distinto del setter irlandés de la señora Hammond! Todo empezó con una llamada telefónica urgente una noche, cuando yo estaba en el baño. Helen vino a llamarme, me sequé rápidamente y me puse la bata. Subí corriendo y, en cuanto alcé el receptor, una voz ansiosa estalló en mi oído.

—Señor Herriot, ¡se trata de *Rock*! Se perdió hace dos días y un hombre acaba de traerlo ahora mismo. Lo encontró en un bosque con la pata atrapada en un cepo. Debe... —Oí un sollozo al extremo de la línea—. Debe haber estado prendido allí todo este tiempo.

—¡Oh, lo siento! ¿Está muy mal?

—Sí, muy mal.

La señora Hammond era la esposa de uno de los directores del banco de la localidad, y una mujer capaz y sensata. Hubo una pausa y me la imaginé haciendo esfuerzos sobrehumanos para dominarse. Cuando habló, su voz era serena:

—Sí, yo creo que... habrá que amputarle la pata.

—¡Oh, sí que lo siento!

Pero en realidad no estaba sorprendido. Una pata comprimida durante 48 horas por uno de esos instrumentos bárbaros debía hallarse en estado crítico. Por suerte, esas trampas son ahora ilegales, pero en aquellos días solían proporcionarme precisamente la clase de trabajo que yo no deseaba y el tipo de decisiones que tanto me disgustaba tomar: ¿le cortas un miembro al animal que te mira sin comprender, para conservarlo vivo, o acabas con él mediante ese telón definitivo pero misericordioso de la eutanasia? Yo era el responsable de que hubiera varios perros y gatos de tres patas corriendo por Darrowby, y, aunque parecían bastante felices y sus propietarios seguían disfrutando de placer de su compañía, para mí el hecho estaba nublado por la pena.

De todas formas, ya se vería qué podíamos hacer.

—Tráigalo inmediatamente, señora Hammond —dije.

Rock era un perro grande, pero del tipo de setter delgado, y parecía muy ligero cuando lo subí a la mesa de la clínica. Al cogerlo entre mis brazos sin que él se resistiera, noté que las costillas sobresalían bajo la piel.

—Ha perdido mucho peso —dije.

Su ama asintió.

—Han sido muchas horas sin comer. Devoró la comida como un loco al volver, a pesar del dolor.

Lo tomé entonces por el codillo y alcé suavemente la pata. Los dientes crueles del cepo habían atenazado el cubito y el radio, pero lo que me preocupaba era la hinchazón desmesurada del pie. Por lo menos dos veces su tamaño normal.

—¿Qué opina, señor Herriot?

Las manos de la señora Hammond estrujaban nerviosamente el bolso que toda mujer llevaba consigo al venir a la clínica, cualesquiera que fueran las circunstancias.

Acaricié la cabeza del perro. Bajo la luz, el pelo lustroso brillaba rojo y dorado.

—Esta terrible hinchazón del pie... en parte se debe a la inflamación, pero también al hecho de que la circulación estuvo cortada durante todo el tiempo que permaneció en el cepo. El peligro es la gangrena... el tejido muerto y descompuesto.

—Lo sé —contestó—. Trabajé algún tiempo como enfermera antes de casarme.

Levanté cuidadosamente aquel pie deforme. *Rock* miraba serenamente ante sí, mientras yo tanteaba los huesos del metacarpo y las falanges, subiendo poco a poco hacia la horrible herida.

—Es bastante grave —dije—, pero hay dos cosas positivas. En primer lugar, la pata no está rota. La trampa ha llegado justo hasta el hueso, pero no hay fractura. Y lo segundo y más importante: el pie aún está caliente.

—¿Y eso es buena señal?

—¡Oh, sí! Significa que todavía hay algo de circulación. Si el pie estuviera frío y pegajoso, no habría esperanza. Tendría que amputar.

—Entonces, ¿cree que puede salvar el pie?

Levanté la mano.

—No lo sé, señora Hammond. Como digo, la sangre circula todavía, pero la cuestión es saber cuánta. Parte del tejido se desprenderá por fuerza, y las cosas pueden ponerse muy feas en cuestión de días. Pero me gustaría probar.

Lavé la herida con un antiséptico suave disuelto en agua tibia, y exploré cuidadosamente aquel abismo horrible. Al cortar los trocitos de músculo dañado y pedazos de piel muerta, pensé que por fuerza debía de ser muy desagradable para el perro, pero *Rock* conservó la cabeza alta y apenas parpadeó. En una o dos ocasiones volvió hacia mí la cabeza, inquisitivamente, mientras yo seguía profundizando, y a veces noté que su morro húmedo me rozaba el rostro cuando yo me inclinaba sobre la pata, pero eso fue todo.

La herida parecía una profanación. Hay pocos perros que sean más hermosos que un setter irlandés, y *Rock* era una maravilla: esbelto, de pelo suave y sedoso que caía en flequillos en las patas y el rabo, y con una cabeza noble y de ojos amables. Cuando me atacó el pensamiento del aspecto que tendría con una pata de menos, agité la cabeza para rechazarlo y me volví rápidamente a coger los polvos de sulfanilamida del carrito a mi espalda. Gracias a Dios, ahora disponíamos de esto, una de las nuevas drogas revolucionarias, y los introduje bien en el fondo de la herida, con la confianza de que hicieran algo para acabar con la infección. Apliqué una capa de gasa y luego un vendaje ligero, con sensación de fatalismo. Ya no podía hacer nada más.

A diario me traían a *Rock*. Y cada día soportaba el mismo proceso: la retirada del vendaje, generalmente algo pegado a la herida, luego el recorte inevitable del tejido muerto y vuelta a vendar. Sin embargo, por increíble que parezca, jamás se mostró reacio a venir. La mayoría de mis pacientes entraban lentamente y se largaban a toda velocidad, arrastrando a sus dueños al extremo de la correa; en realidad, algunos daban media vuelta en la puerta, se soltaban del collar y corrían como locos por la calle Trengate, con los dueños tras ellos. Los perros no son bobos, y lo que significa para el ser humano el sillón del dentista debe ser lo que ellos imaginan ante la clínica de un veterinario.

Sin embargo, *Rock* entraba siempre contento y agitando levemente la cola. Es más, cuando yo salía a la sala de espera y le veía sentado allí solía incluso ofrecerme la pata. En el pasado, este había sido su gesto característico, pero lo encontraba extraño ahora al inclinarme sobre el perro y ver el miembro vendado tendido hacia mí.

Después de una semana, el aspecto era terrible. No había dejado de desprenderse tejido muerto y una tarde, al quitar el vendaje, la señora Hammond jadeó un poco y se apartó. Con su práctica de enfermera me había resultado muy útil para sostener la pata inclinándola hacia uno y otro lado según su intuición, mientras yo trabajaba, pero hoy no quería mirar.

No podía culparla. En algunos lugares se veían los huesos blancos de los metacarpos como los dedos de la mano humana, sin más protección que una débil cubierta de piel.

—No tiene remedio, ¿verdad? —susurró, mirando al otro lado.

No contesté por un momento, mientras seguía estudiando la base del pie.

—Tiene un aspecto muy feo, pero creo que hemos llegado al fin del camino y que pronto vamos a dar la vuelta a la esquina.

—¿Qué quiere decir?

—Bien, toda la superficie inferior está sana y caliente. La garra perfectamente intacta. Y observe que ahora ya no huele. Porque ya no hay más tejido muerto que recortar. Realmente, creo que el pie va a empezar a encarnarse.

Se arriesgó a mirar.

—¿Y cree que esos... huesos... quedarán cubiertos?

—Sí, lo creo. —Eché un poco más de sulfanilamida milagrosa—. No será exactamente el mismo pie de antes, pero bastará.

Y así resultó exactamente. Se necesitó mucho tiempo, pero el tejido nuevo y sano siguió subiendo por la pata como decidido a demostrar que yo tenía razón, y cuando, muchos meses más tarde, vino *Rock* a la clínica con un ataque leve de conjuntivitis, me ofreció la pata como era su costumbre. Yo la acepté cortésmente y, mientras se la estrechaba, examiné la superficie del pie. No tenía pelo, estaba suave y brillante, pero completamente curado también.

—Apenas se nota, ¿verdad? —dijo la señora Hammond.

—Es cierto, y resulta magnífico. Solo ese pedacito pelado. Y camina sin cojear.

La señora Hammond se echó a reír.

—¡Oh, se vale perfectamente de esa pata! Y creo realmente que le está agradecido... Mírelo.

Supongo que los psicólogos de animales juzgarían ridículo pensar que el gran perro comprendía que yo le había hecho algún bien; la boca abierta con la lengua colgante, los ojos cálidos y la pata extendida no significaban nada semejante.

Tal vez tengan razón, pero lo que sí sé, y ello me regocija, es que después de todos los dolores que le hiciera sufrir, *Rock* no me guardaba el menor resentimiento.

* * *

También hay que mostrar la otra cara de la moneda, y por esto voy a hablar ahora de *Timmy Butterworth*. Era un fox-terrier de pelo hirsuto que residía en Gimber, uno de los callejones empedrados junto a Trengate, y la única vez que tuve que tratarle fue un día a la hora del almuerzo.

Acababa de salir del coche y subía los escalones de la clínica, cuando vi a una niña que bajaba corriendo por la calle y que agitaba los brazos frenéticamente al acercarse. La esperé y, al llegar jadeante junto a mí, sus ojos estaban desorbitados.

—Soy Wendy Butterworth —dijo, entrecortadamente—. Me envía mamá. ¿Quiere venir a ver a nuestro perro?

—¿Qué le pasa?

—Mi mamá dice que ha comido algo.

—¿Veneno?

—Eso creo.

Había menos de cien metros y no valía la pena tomar el coche. Eché a correr con Wendy a mi lado y en cuestión de segundos entrábamos en el pasaje estrecho. Nuestras pisadas resonaban en aquel callejón que parecía un túnel y al final tropezamos con una de esas escenas increíbles que tanto me sorprendieron cuando llegué por primera vez a Darrowby: la callejuela con sus casitas apretujadas, unas tiritas de jardín, unos miradores que casi se tocaban unos a otros sobre unos pocos palmos de suelo empedrado. Pero entonces no tuve tiempo para mirar a mi alrededor porque la señora Butterworth, gorda, con el rostro enrojecido y muy aturdida, me esperaba en la puerta.

—¡Está aquí dentro, señor Herriot! —gritó, y abrió de par en par la puerta de una de las casitas.

Se pasaba directamente a la pequeña sala y allí vi a mi paciente, sentado en la alfombra ante el hogar y algo pensativo.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

La buena mujer abría y cerraba las manos.

—Ayer vi una rata enorme que cruzaba la calle, así que compré veneno para acabar con ella —tragó saliva, muy agitada—, lo mezclé en una sartén con *porridge*; en ese momento alguien llamó a la puerta y, cuando volví, ¡*Timmy* estaba acabándose!

La expresión pensativa del terrier se había agudizado y entonces se pasó lentamente la lengua por los labios, reflexionando sin duda que era el *porridge* más extraño que había probado en la vida.

Me volví hacia la señora Butterworth.

—¿Tiene la lata de veneno?

—Sí, aquí está —contestó, y me la entregó con una mano que temblaba violentamente.

Leí la etiqueta. Era un nombre muy famoso y solo su vista me hizo recordar los muchos animales muertos y agonizantes con los que se asociaba. Su ingrediente más activo era el fosfato de zinc, e incluso hoy en día, con nuestras modernas drogas, somos impotentes por lo general una vez el perro lo ha tomado.

Dejé de golpe la lata sobre la mesa.

—Hay que hacerlo vomitar inmediatamente. No quiero perder tiempo volviendo a la clínica. ¿Tiene sosa para blanquear? Si le metemos unos cuantos cristales lo conseguiremos.

—¡Oh, Señor! —La señora Butterworth se mordía el labio—. No tenemos nada parecido en la casa... si hay otra cosa que pudiera...

—¡Espere un minuto! —Yo miraba al otro lado de la mesa, más allá de un trozo de cordero frío, una fuente de patatas y una jarra de escabeche—. ¿Hay mostaza en aquel bote?

—Sí, está lleno.

Agarré rápidamente el bote, corrí al grifo y diluí la mostaza hasta que tuvo la consistencia de leche.

—¡Vamos! —grité—. ¡Afuera con él!

Cogí al asombrado *Timmy*, lo levanté de la alfombra, crucé la puerta como el rayo y lo dejé caer sobre las piedras sosteniendo apretadamente su cuerpo entre mis rodillas y asiendo firmemente las mandíbulas con la mano izquierda, fui echándole la mostaza líquida por un lado de la boca para que le bajara hasta el fondo de la garganta. El perro no podía hacer nada por evitarlo y tenía que tragarse aquella papilla asquerosa. Cuando llevaba ya como una cucharada, lo solté.

Después de una mirada de enojo, el terrier empezó a sentir arcadas y a moverse vacilante sobre los guijarros. En cuestión de segundos había depositado toda la comida robada en una esquina.

—¿Cree usted que será todo? —pregunté.

—Eso es todo —contestó la señora Butterworth con firmeza—. Iré por la escoba y el recogedor.

Timmy, con el rabo entre las piernas, se metió en la casa y observé que volvía a ocupar su lugar favorito en la alfombra. Tosía, gruñía, se tocaba la boca con las patas, pero no conseguía librarse de aquel sabor horrible y cada vez se hacía más patente que me miraba como el origen de todo el problema.

Cuando me iba me siguió con una mirada que decía bien a las claras: «¡Cerdo asqueroso!».

Había algo en aquella mirada que me recordó a *Magnus*, de Las Armas de Drovers, pero la primera señal de que *Timmy*, al contrario que *Magnus*, no iba a contentarse con aullar su desesperación, se manifestó pocos días más tarde. Caminaba meditabundo por Trengate cuando un proyectil blanco surgió de la calle Gimber, me mordió en el tobillo y desapareció tan silenciosamente como había venido. Solo pude echar una ojeada al cuerpecito que corría a toda velocidad por el callejón.

Me eché a reír. ¡Curioso que lo recordara aún! Pero sucedió una y otra vez, y comprendí que en realidad el perrito estaba siempre a la espera. No llegaba a clavarme los dientes, era un gesto más que nada, pero por lo visto le satisfacía sobremanera verme dar un salto cuando conseguía agarrarme por un instante la pantorrilla o la pernera del pantalón. Y yo era buena presa, porque normalmente iba enfrascado en mis pensamientos cuando bajaba por aquella calle.

Si reflexionamos sobre ello, no podemos culpar a *Timmy*. Mirándolo desde su punto de vista, la verdad es que él había estado junto al fuego digiriendo una comida extraordinaria y pensando tan solo en sus cosas cuando un desconocido le había agarrado por el cuello, le había arrancado de la comodidad de su alfombra y le había llenado de mostaza. Era ultrajante, y no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

Por mi parte, había cierta satisfacción en el hecho de ser el objeto de una *vendetta* por parte de un animal que ahora estaría muerto sin mis servicios. Y tras una agonía horrible, porque las víctimas del envenenamiento de fósforo han de soportar largos días y a veces semanas de aliacán, angustia y debilidad creciente antes del fin inevitable.

Así que yo sufría de buen grado los ataques. Pero, cuando me acordaba, cruzaba al otro lado de la calle para evitar el peligro de la esquina de Gimber y desde allí veía a veces al perrito vigilante y aguardando el momento de hacerme pagar tanta indignidad.

Comprendí que *Timmy* era de los que nunca olvidan.

Supongo que hay cierto humor negro en el hecho de que la carta que me llamaba al servicio me llegara el día de mi cumpleaños, pero en aquel momento confieso que no le vi la gracia.

El suceso ha quedado grabado en mi recuerdo, y aún sigo viendo la escena con la misma claridad que cuando entré en nuestro «comedor» aquella mañana. Helen subida en su taburete al extremo de la mesa, muy quieta y con los ojos bajos. Junto a mi plato, mi regalo de cumpleaños: una lata de tabaco Blue Square, y a su lado, un sobre alargado. No necesitaba preguntar qué contenía.

Había estado esperándolo algún tiempo pero me sobresaltó comprobar que solo me quedaba una semana antes de presentarme en Lord's *Cricket Ground*, St. John's Wood, Londres. Y que esa semana pasaría con velocidad terrible mientras tomaba las disposiciones finales, ataba los cabos sueltos en la práctica, hacía que me enviaran los impresos del ministerio de Agricultura y me encargaba del traslado de nuestras escasas posesiones a la antigua casa de Helen, donde ella viviría mientras yo estuviera ausente.

Tras haber decidido que acabaría el trabajo a la hora del té el viernes, hacia las tres de esa tarde recibí una llamada del viejo Arnold Summergill, y comprendí que ese sería mi último trabajo en verdad, pues más que una visita se convertía siempre en una expedición a la pequeña propiedad que se aferraba a una ladera cubierta de helechos, en lo más profundo de las colinas. No hablé directamente con Arnold, sino con la señorita Thompson, la encargada de correos del pueblo de Hainby.

—El señor Summergill quiere que vaya a ver a su perro —dijo por teléfono.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Oí una consulta en susurros al otro extremo.

—Dice que tiene una pierna muy rara.

—¿Rara? ¿Qué quiere decir con eso de rara?

De nuevo una babel rápida de voces.

—Dice que es como si se le fuera por un lado.

—De acuerdo —dije—. Pronto estaré ahí.

De nada servía pedir que me trajeran al perro. Arnold jamás había tenido coche. Ni nunca había hablado por teléfono; todas nuestras conversaciones se llevaban a cabo a través de la señorita Thompson. Arnold pedaleaba en su vieja bicicleta hasta Hainby y contaba sus problemas a la encargada de correos. Y los síntomas eran tan vagos como de costumbre; supuse que no habría nada de «raro» ni de «irse para un lado» en aquella pata cuando la viera.

De todas formas, pensé cuando salía ya en coche de Darrowby, no me importaba echar una última mirada a *Benjamin*. Era un nombre curioso para el perro de una granja pequeña, y realmente no averigüé nunca de dónde lo había sacado. Después de todo no era tampoco el perro más adecuado para aquel ambiente; era un magnífico perro pastor inglés que hubiera estado más en su lugar como adorno de los terrenos de una mansión en el campo, que siguiendo a su amo por los pastos pedregosos que eran las tierras de Arnold. Era el ejemplo clásico de un rollo de alfombra caminando, y había que mirar bien para decidir en qué extremo estaba la cabeza. Pero, una vez se la localizaba, uno hallaba los ojos más benévolos que es posible imaginar, brillando a través del espeso flequillo.

En realidad, *Benjamin* era demasiado amistoso en ocasiones, especialmente en invierno, cuando, después de revolcarse por el barro de la granja, demostraba su alegría ante mi llegada plantándome las enormes patas en el pecho. Y lo mismo hacía con el coche, generalmente después de que yo lo había lavado, repartiendo barro con generosidad por ventanillas y carrocería mientras charlaba incesantemente con *Sam* en el interior. Cuando *Benjamin* armaba un buen lío, lo hacía de verdad.

Pero hube de interrumpir mis recuerdos al llegar a la última etapa de mi viaje. Y mientras, aferrado al volante, escuchaba los gemidos y quejidos de los muelles y ballestas, pensé con la misma claridad de siempre que perdíamos dinero al acudir a la granja del señor Summergill. ¿Cómo lograr beneficios con esas visitas si el maldito sendero rebajaba al menos en cinco libras el valor del coche en cada viaje? Puesto que Arnold no tenía coche, no veía razón alguna para arreglar el estado primitivo de su camino.

No era más que una tira de tierra y rocas, de unos dos metros de anchura, que se enroscaba y retorció por un trecho terriblemente largo. El problema era que, para llegar a la granja, había que descender a un valle profundo antes de subir por un bosque hacia la casa. Yo creo que la bajada era peor, porque el

vehículo vacilaba angustiosamente en la parte superior de cada curva antes de lanzarse a las rutas abiertas abajo; y cada vez, al escuchar las piedras que restallaban contra los tubos, me las veía y deseaba para no empezar a calcular los daños en libras, chelines y peniques.

Al fin, cuando con la boca abierta, los ojos saltones y los neumáticos lanzando una lluvia de gujarros, recorría cuesta arriba y en primera los últimos metros que llevaban a la casa, me sorprendió ver a Arnold esperándome allí, solo. Era extraño verle sin *Benjamin*.

Debió de haber leído mi mirada inquisitiva, porque hizo un ademán con el pulgar sobre el hombro.

—Está en la casa —gruñó, y sus ojos reflejaban ansiedad.

Bajé del coche y le miré un momento. Permanecía allí en actitud típica, con los anchos hombros echados atrás y la cabeza muy alta. Le he llamado viejo y en realidad tenía más de setenta años, pero los rasgos bajo el gorro de lana que llevaba siempre hundido hasta las orejas, eran todavía juveniles, y su figura era alta, delgada y erguida. Tenía un aspecto magnífico y debía haber sido guapo en su juventud; sin embargo, nunca se había casado. Yo pensaba a menudo que allí había un misterio, pero él parecía satisfecho de vivir solo «como un ermitaño», según decían en el pueblo. Es decir, solo aparte de *Benjamin*.

Cuando le seguí a la cocina, oxeó al pasar a un par de gallinas que se habían instalado en el aparador polvoriento. Entonces vi a *Benjamin* y me detuve atónito.

El enorme perro estaba sentado, completamente inmóvil junto a la mesa, y esta vez, bajo el flequillo colgante, los ojos estaban desorbitados y llenos de terror. Parecía demasiado aterrado para moverse y, al ver su pata delantera izquierda, no pude culparle. Arnold había tenido razón, después de todo: se le salía realmente hacia fuera con violencia y en un ángulo tal que el corazón me dio un salto. Una completa dislocación lateral del codo, con el radio proyectándose desde el húmero en una oblicuidad casi imposible.

Tragué saliva, cuidadosamente.

—¿Cuándo sucedió esto, señor Summergill?

—Hace apenas una hora. —Se tanteó nerviosamente aquel gorro extraño—. Yo estaba pasando las vacas a otro campo y a *Benjamin* le gusta darles un mordisquito en los talones cuando va tras ellas. Bien, esta vez se pasó con una y ella le coceó y le dio en la pata.

—Comprendo.

Mi mente funcionaba a toda prisa. Aquello era grotesco. Nunca había visto nada parecido; en realidad, treinta años después, sigo sin haberlo visto. ¿Cómo diablos iba yo a arreglarlo allí, en las colinas? Por lo que veía, iba a necesitar anestesia general y un ayudante muy diestro.

—Pobrecillo —dije, dejando caer la mano sobre su cabeza mientras intentaba pensar—, ¿qué vamos a hacer contigo?

La cola golpeó las piedras en respuesta y la boca se abrió en un jadeo nervioso, dejándome ver los dientes blancos e impecables.

Arnold se aclaró la garganta.

—¿No puede arreglárselo?

Desde luego, esta era una buena pregunta. Una respuesta indiferente tal vez le daría una impresión errónea, y sin embargo yo no quería preocuparle con mis dudas. Sería una tarea de gigantes llevar a aquel perro hasta Darrowby; casi llenaba la cocina, no digamos mi pequeño coche. Y con aquella pata torcida, y *Sam* en el asiento. Además, ¿sería capaz de poner aquel miembro en su lugar, una vez tuviera el perro allí? Incluso si lo conseguía, todavía tendría que volverlo a llevar a la granja. Eso me llevaría el resto del día.

Pasé suavemente los dedos sobre la articulación dislocada y registré en mi memoria los detalles de la anatomía del hombro. Para que la pata estuviera en esta posición, la articulación del codo debía haberse salido por completo de la fosa supracándila donde está normalmente, y para volverlo a su lugar, la articulación habría de flexionarse hasta que estuviera libre de los epicóndilos.

—Veamos —murmuré para mis adentros—, si tuviera este perro anestesiado y sobre la mesa, habría de sujetarle así...

Tomé la pata justo sobre el codo y empecé a mover el radio lentamente hacia arriba. *Benjamin* me lanzó una mirada rápida y luego apartó la cabeza, gesto típico de los perros de buen carácter, enviándome el mensaje de que se proponía aguantar todo lo que yo creyera necesario.

Flexioné un poco más la articulación hasta quedar convencido de que estaba libre, y luego hice girar hacia dentro, cuidadosamente, el radio y el cúbito.

—Sí... sí... —murmuré de nuevo—, esta debe ser la posición adecuada... —Pero mi soliloquio fue interrumpido por un movimiento repentino de los huesos bajo la mano; un leve chasquido como el de un muelle al saltar.

Miré incrédulo la pata. Estaba perfectamente recta.

También *Benjamin* parecía incapaz de comprenderlo así, de sopetón, porque miró con cautela a través de la cortina de pelo antes de bajar el morro

y olisquear en torno al codo. Luego se convenció de que todo estaba bien y se dirigió hacia su amo.

Y estaba perfectamente sano. Ni huellas de cojera.

Una sonrisita lenta se extendió sobre el rostro de Arnold.

—Entonces, ¿lo ha arreglado?

—Eso parece, señor Summerville.

Intentaba mantener la voz indiferente, pero tenía ganas de chillar o de estallar en una risa histérica. Solo había estado haciendo un examen, tanteando un poco las cosas, y la articulación había venido a caer en su lugar. Un glorioso accidente.

—Pues es magnífico —dijo el granjero—, ¿no es así, muchacho? —Y se inclinaba hacia *Benjamin*, rascándole la oreja.

Podía haber experimentado cierta decepción ante este modo tan lacónico de acoger mi actuación, pero comprendí que era un cumplido para mí el hecho de que no le sorprendiera que yo, James Herriot, su veterinario, pudiera producir sin esfuerzo un milagro cuando era necesario.

Un teatro de operaciones lleno de estudiantes aplaudiendo hubiera sido un final más adecuado; también hubiese resultado agradable hacer algo semejante con el animal de un millonario, en un salón lleno de gente. Pero jamás sucedía de ese modo. Pasé la mirada por la cocina, la mesa vieja, el montón de platos sin lavar en la pila, un par de camisas rotas de Arnold secándose ante el fuego, y sonreí. Esta era la clase de ambiente en el que yo solía hacer mis curas espectaculares. El único público, aparte de Arnold, eran dos gallinas que habían regresado al aparador, y no parecían especialmente impresionadas.

—Bien, voy a bajar la colina —dije, y Arnold me acompañó a través del patio hasta el coche.

—He oído decir que se une al ejército mañana —me dijo, cuando yo tenía ya la mano en la portezuela.

—Sí, me voy mañana, señor Summerville.

—Mañana, ¿eh? —repitió, y alzó las cejas.

—Sí, a Londres. ¿Ha estado allí alguna vez?

—¡No, no, que me cuelguen! —El perro de lana tembló al agitar él violentamente la cabeza—. Eso no es para mí.

Me eché a reír.

—¿Por qué dice eso?

—Verá, se lo explicaré. —Se rascó la barbilla meditabundo—. Solo una vez fui a Brawton, y con eso tuve suficiente. No podía caminar por la calle.

—¿Que no podía caminar?

—No. Había demasiada gente a mi alrededor. Tenía que dar unos pasos largos, y luego otros cortos, y luego otros largos, y luego otros cortos. Aun así no podía avanzar.

Había visto a Arnold recorrer a menudo los campos con el paso largo y regular del hombre de las montañas al que nada le estorba, y sabía exactamente lo que quería decir. «Unos pasos largos y luego otros cortos». Eso lo expresaba perfectamente.

Puse en marcha el motor e hice un gesto de despedida y, cuando ya me alejaba, el viejo alzó la mano.

—Cuídese, muchacho —murmuró.

Divisé el morro de *Benjamin* que se asomaba por la puerta de la cocina. En cualquier otro momento, hubiera estado fuera con su amo para despedirme del lugar, mas para él había sido aquel un día extraño que culminó con el dolor de mis manipulaciones en su pata. No iba a correr más riesgos.

Bajé peligrosamente por los bosques y, antes de iniciar la subida al otro lado, detuve el coche y bajé. *Sam* saltó ansiosamente detrás de mí.

Este era un valle perdido y pequeño entre las colinas, un espacio verde muy separado de las regiones salvajes más altas. Uno de los beneficios del veterinario rural es que llega a ver estos lugares ocultos. Aparte del viejo Arnold, nadie iba jamás allí, ni siquiera el cartero que dejaba el escaso correo en un buzón en la parte superior del sendero, y nadie veía los tonos brillantes, rojos y dorados de los árboles de otoño, ni oía los murmullos acariciadores del arroyo que corría entre las piedras limpias.

Paseé por el borde del agua, observando a los peces que saltaban y se hundían en las profundidades heladas. En primavera, estas orillas estaban cubiertas de velloritas, en mayo un mar de campanillas se agitaba entre los árboles, pero aquel día, aunque el cielo era de un azul purísimo, el aire limpio tenía la dulzura y melancolía de un año que muere.

Ascendí un trecho por la colina y me senté entre los helechos que adquirirían rápidamente un color de bronce oscuro. *Sam*, como era su costumbre, se instaló a mi lado y le pasé la mano por el pelo sedoso de las orejas. La parte más lejana del valle se alzaba bruscamente hacia el punto, sobre el borde brillante de los riscos calizos, donde se veía ya el páramo bañado por el sol.

Miré hacia atrás. La chimenea de la granja enviaba un hilillo de humo sobre el borde de la colina, y pensé que el episodio de *Benjamin*, mi último trabajo en la práctica de la veterinaria antes de dejar Darrowby, era el epílogo

más adecuado. Un triunfo pequeño intensamente satisfactorio, pero en absoluto espectacular, como casi todos los demás triunfos y desastres pequeños que forman la vida de un veterinario y que pasan inadvertidos para el mundo.

La noche anterior, después de prepararme Helen la maleta, yo había metido el Diccionario de Veterinaria de Black entre las camisas y calcetines. Era un volumen muy grande, pero me había dominado momentáneamente el temor de olvidar las cosas que aprendiera, y, obedeciendo a un impulso, concebí el plan de leer una página o dos cada día para mantener fresca la memoria. Y ahora, entre los helechos, pensé de nuevo que la mayor suerte para mí no solo consistía en sentirme fascinado por los animales, sino también en saber todo lo necesario respecto a los mismos. Este conocimiento me pareció de pronto digno de conservar.

Regresé y abrí la portezuela del coche. *Sam* saltó al asiento y, antes de entrar, volví la cabeza para mirar en otra dirección, hacia la boca del valle donde las colinas se abrían y se podía vislumbrar la llanura, allá abajo. La mezcla interminable de los tintes pálidos, el oro de los rastrojos, las manchas oscuras de los bosques y los verdes jaspeados de las tierras de pastos formaban una acuarela perfecta. Y yo miraba ansiosamente, como si fuera la primera vez, una escena que tan a menudo había elevado mi espíritu: el Yorkshire, amplio, limpio y bañado por el viento.

Volvería a todo aquello, pensé al alejarme; volvería a mi trabajo... ¿cómo lo había descrito el libro?..., a mi profesión difícil, honrada y magnífica.

Pero mañana estaría lejos de aquí, en Londres, abriéndome camino entre la multitud. Unos pasos largos y luego otros cortos.

Tenía que tomar el tren y Bob Cooper esperaba ante la puerta, con su taxi viejísimo, antes de las ocho de la mañana siguiente.

Sam me seguía por la habitación, ilusionado como siempre, pero cerré amablemente la puerta ante aquel rostro desconcertado. Al bajar los largos tramos de escalera, eché una mirada al jardín por la ventana del rellano; el sol empezaba a despejar la neblina otoñal, convirtiendo el césped cubierto de rocío en una colcha brillante y avivando los colores de las manzanas y las últimas rosas.

Ya en el pasillo, me detuve ante la puerta lateral por la que había empezado tantas veces mi jornada de trabajo desde que llegué a Darrowby, pero luego pasé de largo. Esta fue la única vez que salí por la puerta principal.

Bob abrió la puerta del taxi y lancé la maleta al interior antes de volverme para mirar la pared de la vieja casa cubierta de hiedra hasta nuestra pequeña habitación bajo las tejas. Helen estaba en la ventana. Lloraba. Al verme, hizo un gesto alegre de despedida y sonrió, pero era una sonrisa forzada, pues seguían cayéndole las lágrimas. Y cuando dábamos la vuelta a la esquina y se me formaba un nudo espantoso en la garganta, nació en mí una resolución inquebrantable: en todo el país los hombres dejaban a sus esposas y yo tenía que dejar a Helen ahora, pero nada, nada, nada, volvería a apartarme nunca de ella.

Las tiendas estaban aún cerradas y nada se movía en la plaza del mercado. Cuando dimos la vuelta miré hacia atrás, a la plaza empedrada, con la torre del reloj y la fila de tejados irregulares, las montañas verdes, serenas y pacíficas al fondo, y me pareció que perdía algo para siempre.

Ojalá hubiera sabido entonces que no era el final de todo. Ojalá hubiera sabido entonces que solo era el principio.



James Alfred Wight (Sunderland, 3 de octubre de 1916-Thirsk, 23 de febrero de 1995), veterinario y escritor inglés.

Vivió en Glasgow, en Escocia. Hizo estudios en la Yoker Primary School y en la Hillhead High School. En 1939, con 23 años, se diplomó en cirugía veterinaria en el Glasgow Veterinary College. Al año siguiente ejerció de veterinario de campaña en Thirsk, Yorkshire del Norte, donde pasó el resto de su vida. El 5 de noviembre de 1941 se casó con Joan Catherine Anderson Danbury, de la que tuvo dos hijos, James, que será también veterinario, y Rosie, que seguirá la carrera de medicina.

En 1969 escribió *If Only They Could Talk*, el primer libro de una serie semiautobiográfica que trataba sobre su oficio de veterinario en la Yorkshire de los años cuarenta y su vida en la RAF durante la II Guerra Mundial.

En sus libros se presenta con el pseudónimo de James Herriot, y cambia el nombre de su villa de Thirsk a Darrowby, pues la ley inglesa prohíbe la publicidad para los veterinarios.

Sus libros, de lenguaje llano y sencillo, están llenos de anécdotas cómicas e incidentes representativos de la vida de un veterinario y alcanzaron un éxito inmenso; fue uno de los autores más vendidos en el Reino Unido y los Estados Unidos, a pesar de lo cual siguió practicando la veterinaria hasta su

muerte junto a su colega Donald Sinclair (llamado Siegfried Farnon en los libros de Herriot).

En cuanto a su hermano Brian, veterinario también, le dio en sus obras el nombre de Tristan Farnon.

Sus libros fueron adaptados al cine en dos ocasiones y a la televisión en una serie de la BBC (*All Creatures Great and Small, Todas las criaturas grandes y pequeñas*). Por otra parte, sus libros suscitaron numerosas vocaciones de veterinarios en todas partes del mundo.